Vuela, gorrión, vuela

José Miguel Andrade Arangüena

Primera edición 2025

© José Miguel Andrade Arangüena
© del diseño de la portada: Sarah Andrade Otín
© de la presente edición: José Miguel Andrade Arangüena
Diseño y maquetación: Sarah Andrade Otín

ISBN: 9798316173860

“Gratitud universal para los seres humanos que hacen honor a la oportunidad temporal de encarnar en el plano físico.

Digno destino para los que procuran seguir adelante, libres de quejas por recoger lo sembrado en otros tiempos, dispuestos a ayudar y servir sin pedir nada a cambio, intentando no dañar ni dejar una huella innecesaria en este bello planeta azul.

Dichosos los que aman olvidándose de sí mismos.”

(Plegaria al cielo, pendiente de ser escrita y comprendida).

Índice

Julio de 1936. Bañuelos de Bureba. 10

I. Camino de Santiago. Jaca. 32

La Tercera España.

Julio de 1936. Burgos. 48

II. Camino de Santiago. Ruesta. 72

Manuel Chávez Nogales.

Agosto de 1936. Montes de Oca. 88

III. Camino de Santiago. Puente la Reina. 99

Los Padres de la República.

Agosto de 1936. Grañón. 112

IV. Camino de Santiago. Nájera. 133

José Robles Pazos.

Agosto de 1936. Zaragoza. 147

V. Camino de Santiago. Grañón. 167

Julián Marías. Julián Besteiro.

Septiembre de 1936. Bujaraloz 180

VI Camino de Santiago. Atapuerca. 200

Simone Weil.

Octubre de 1936. Sierra de Alcubierre. 218

VII. Camino de Santiago. Burgos. 238

Federico García Lorca. Luis Cernuda.

Noviembre de 1936.- Sierra de Alcubierre. 257
VIII. Camino de Santiago. Castrojeriz. 274
George Orwell.
Febrero de 1937. Sierra de Acubierre. 292
IX. Camino de Santiago. León. 310
Miguel de Unamuno.
Abril de 1937. Poleñino. 325
X. Camino de Santiago. Rabanal del Camino. 343
Antonio Machado.
Junio de 1937. Poleñino. 361
XI. Camino de Santiago. O Cebreiro. 379
Vicente Beltrán Anglada.
Agosto de 1937. Sierra de Alcubierre. 393
XII. Camino de Santiago. Samós. 414
Clara Campoamor.
Marzo de 1938. Bolsa de Bielsa. 427
XIII. Camino de Santiago. Compostela. 452
Miguel Hernández.
Después de una guerra. 465
XIV. Camino de Santiago. Finisterre. 473

Julio de 1936. Bañuelos de Bureba.

Llegar a Bañuelos de Bureba desde Briviesca no había sido tan sencillo como parecía al bajar del tren, con el frescor de la mañana. Más de ocho kilómetros caminando por un camino carretero en pleno mes de julio, con ese calor retorcido que crece por momentos cuando la meseta burgalesa se pone extrema. Todo lomas medio desnudas y terreno abierto, entre campos de cereales amarillentos, sin una triste sombra. Menos mal que mi equipaje era solo una pequeña mochila, suficiente para pasar día y medio en la casa de mi amigo Antonio Benaiges, el maestro de la Escuela del pueblo, que me había invitado a conocer de primera mano la forma con la que enseña a sus alumnos con el método Freinet, a través de una imprenta en la que el niño se expresa libremente y se hacen textos que se comparten con otras escuelas que usan la misma técnica, con intercambio de ideas y experiencias.

Conocí a Antonio el año pasado, en el verano de 1935, en el II Congreso de "La imprenta en la Escuela", que se celebró en Huesca, también en pleno mes de julio, una buena fecha para un encuentro de maestros freinetistas en su periodo de vacaciones, y conectamos al instante. Admiro a las personas que se dedican con pasión a un servicio público e irradian ilusión y esperanza, sobre todo en este país de cerebros yermos, tan hambriento de cultura. Aprecio también a los entusiastas de verdadero espíritu anarquista, sanos y sensatos, que inspiran y motivan, amantes de la paz, lejos del ruido y de las ganas de imponer por la fuerza a los demás sus ideas, con los que simpatizo desde que empecé a pensar en serio, un poco tarde, sobre los catorce años, no hace tanto, veinte años han pasado enseguida.

Bañuelos es un pequeño pueblo de unos doscientos habitantes, sin agua corriente y sin luz eléctrica, situado en una ladera orientada al Este con las casas repartidas en varios niveles, y la iglesia en la parte alta, como de costumbre, para que nadie olvide lo que cuesta ganarse el cielo. En la parte baja de la ladera, un pequeño valle con un riachuelo, o más bien un arroyo, al menos en los meses cálidos, y unas huertas, en una zona fresca, sombreada por grandes árboles de ribera, con algún manzano.

No me costó mucho encontrar la Escuela donde también vivía

Antonio, después de atravesar un puente, aún cerca del río, en una casa antigua de piedra y madera, reconvertida para enseñar. Un chaval joven me abrió la puerta antes de llamar.

—Hola, me presento —soy Julián Torres, amigo de Antonio Benaiges, el maestro de este bonito pueblo. Creo que sabe que venía.

—Sí, ya me lo ha dicho, llegará enseguida, también me ha dicho que esta es tu casa, pase por favor. Ah, me llamo Cesar, soy un alumno que vive con él.

Debía tener sobre doce o trece años. Siempre da gusto encontrar un joven educado y amable, además de despierto y con ojos que miran de frente. Al entrar, la planta se abría a un espacio amplio, en lo que en su día serían las cuadras, con una escalera directa a la planta superior, dividida en dos: la Escuela a la izquierda y a la derecha la vivienda del maestro, que no podía ser muy grande. Entré directo a la Escuela y el primer vistazo ya daba muestra de ser un lugar lleno de vida. Una sola aula rectangular, con sólidos pupitres de madera, un gran mapa de España, la estufa de hierro para los crudos inviernos, una vieja mesa con lo que sin duda era la apreciada imprenta, y un montón de publicaciones, parte expuestas en las paredes. En otra pequeña mesa, lo que parecía una joya oculta: una maleta abierta, forrada con algo parecido al cuero, con un gramófono. En una viga de madera colgaba un termómetro.

—Todos los días dos veces se apunta la temperatura —comentó Cesar, que apareció de la nada—-, hay un cuaderno con las anotaciones que tomamos los alumnos desde el año pasado.

En ese momento llegó Antonio, tan airoso y alegre, como siempre. Treinta y tantos, bien parecido y con una presencia arrolladora.

—Dichosos los ojos Julián, me alegro que te hayas animado a llegar hasta esta Escuela alejada del mundo.

—No sabes las ganas que tenía de venir a descubrir las maravillas que hacéis algunos maestros en estos mundos perdidos.

Nos dimos un fuerte abrazo, y con una simple mirada nos volvimos a reconocer y hermanar.

—Eres de los pocos que se atreve a viajar tan lejos para ver una Escuela tan pequeña, espero que lo que veas te sirva y valga el esfuerzo. Aunque estamos en unas fechas muy complicadas, después de los asesinatos de Madrid el país está que arde.

Se refería a que este mismo 12 de julio, hace cinco días, había sido asesinado en Madrid el teniente de la Guardia de Asalto de la República, José del Castillo, que entrenaba a milicias socialistas, y al día siguiente en represalia, habían asesinado, también en Madrid, a José Calvo Sotelo, líder monárquico, abiertamente anti republicano.

—Supongo que estarás mejor informado que yo –apunté—. ¿Crees que se está preparando el golpe militar del que tanto se habla?.

—No hay duda, pero no creo que lleguen muy lejos, somos miles, millones los que defendemos la República y según me cuentan está todo controlado. Pero ya tendremos luego tiempo para esos temas. Vamos, si te parece, a hablar de educación, de niños, y de nuestra magnífica imprenta, vas a ver lo que son capaces de hacer los alumnos de Bañuelos, cuando se deja libre su creatividad.

Hablar de educación era mi auténtica pasión. Llevo ya casi dos años preparando una tesis sobre la educación en la Escuela. Aspiro a ser profesor titular en la Universidad de Filosofía y Letras en Salamanca, mi ciudad de siempre, especializándome en Filosofía de la Educación, pero por ahora tengo que conformarme con ser un profesor ayudante, lo que no está mal, a mis treinta y cuatro años.

—Supongo que has venido sobre todo para ver cómo se aplica el método Freinet, y te voy a presentar a nuestra querida compañera: "la imprenta", la alegría de la Escuela.

Me mostró la singular y sencilla maquinaría: la plancha, los tipos de letras con sus apliques, y al llegar a los cuadernos impresos, se detuvo con aire de protocolo.

—Esto es lo que imprimen con sus propias manos los alumnos, chicos y chicas de diversas edades, con espíritu de cooperación, inspirados por sí mismos, sin que un adulto les ponga todo tipo de límites. Mira, este cuaderno va sobre el mar, que los niños no conocen. Hace ya unos cuantos meses salió el tema y caí en la cuenta de que ninguno había visto el mar con sus propios ojos, así que comenzamos a preparar el cuaderno, y yo por mi parte, para estimularlos, les prometí que este verano, cuando se acaben los trabajos de la cosecha, allá por finales de agosto, les llevaré a ver el mar. Aún me queda convencer a algunos padres, y ya tengo todo organizado con mi familia de Mont-roig del Camp, en Tarragona, para usar la

casa familiar, que es muy grande. Los niños se adaptan a cualquier sitio; además cuento con el apoyo de mis padres para cubrir los gastos del viaje.

Me pregunto cuántos maestros son capaces de complicarse la vida de esta forma por sus alumnos. Hay mucha esperanza en que una sana educación saque lo mejor de nuestras gentes y el país se modernice y salga de su letargo.

El cuaderno era de tamaño reducido, ya solo la portada tenía una pinta muy acogedora:

El MAR
Visión de unos niños que no lo han visto nunca.
Enero de 1936.
Escuela nacional mixta de Bañuelos de Bureba (Burgos).

Comencé a ojear y leer algunos de los textos de los alumnos, impresos con letras grandes, en tintas negra, roja y verde:

"El mar es muy grande y para pasar a otro pueblo hay que pasar en barco y me figuro que a veces estará a una hora. - José Cuesta".

"El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. La gente va allí a bañarse. Yo no he visto nunca el mar. El maestro nos dice que iremos a bañarnos. Yo digo que no voy a ir, porque tengo miedo que me voy a ahogar. - Lucía Carranza".

"El mar será muy grande, muy ancho y muy hondo. Dice Fernando que será como de Vallejopablo a cerro Quebrantalinos de ancho, metros y metros de hondo. - Antonio García".

"El mar será muy hondo. Será de hondo como dos veces la veleta de la torre. Y tendrá dos metros de largura. - Baldomero Sáez".

"El mar será muy grande. Yo no lo sé porque no he estado allá. También será muy ancho y tampoco sé si es ancho o no lo es. - Natividad Hernáez".

—Este cuaderno muchos lo consideran todo un poema— comentó Antonio—. Con esta sencilla técnica es fácil sacar a la luz la belleza del niño y convertirla en trabajo, y el propio esfuerzo crea también belleza. Los niños se atreven a escribir de lo que saben y de lo que no saben. Que sean capaces de hablar de lo que no han visto, ni conocen, es un tesoro oculto que, cuando emana, llena de luz toda la Escuela. Durante los primeros siete meses de este año hemos publicado con esta imprenta diez cuadernos. Tenemos 22 subscriptores y querríamos llegar a 50. El precio de la subscripción es de tres pesetas para todo el curso, y como siempre, tengo a la familia para echar una mano, ya pusieron dinero para costear la imprenta. Me dicen a menudo que soy un manirroto, y algo de razón tienen. Acércate si quieres Cesar, el tema también te interesa.

Paré en la cuenta de que el chaval estaba en la puerta del aula, tal vez escuchando, sin decidirse a entrar.

—Nos entendemos bien —continuó Antonio—, compartimos nuestra pequeña casa con una habitación para cada uno; él se encarga de la limpieza y la cocina, y aquí tiene comida, cama y enseñanza. Es de Bribiesca, tiene seis hermanos y así aligera de cargas a sus padres. Es un alumno estupendo con ganas de aprender de todo, y además cocina muy bien, como luego comprobarás.

No me cabe duda que convivir con Antonio a tan corta edad y con tantas cosas por descubrir de un buen maestro de la libre enseñanza, es una oportunidad, un privilegio, que no se presenta muchas veces en la vida, y todo apunta a que sabe aprovecharlo.

—El método Freinet, como ya conoces —Antonio seguía a lo suyo—, descansa en el respeto y estímulo del niño. Son los propios niños quienes proponen sus textos y es importante que el interés del alumno sea el punto de partida, porque facilita la investigación y las ganas de experimentar. El papel del maestro no es de director sino de facilitador, dejando que los alumnos aprendan a asumir responsabilidades, tanto de lo que van haciendo como de su producto final. Alentamos para que cooperen entre ellos y se ayuden unos a otros, y son ellos mismos los que acaban haciendo la impresión en papel, y ven sus errores y los aprenden a corregir.

Conocía bien la teoría del método Freinet, una novedosa técnica educativa del francés Célestin Freinet, sobre la que había tenido la ocasión de aprender en profundidad en el congreso del año pasa-

do de la mano de buenos maestros freinetistas, pero verlo hecho realidad, en una sencilla aula rural, daba alma y color a las ideas. También estaba suscrito a la revista *"Colaboración. La imprenta en la Escuela"*, el boletín de los maestros y para los maestros, que utilizan la técnica Freinet, en donde comparten experiencias, publicaciones y opiniones. Según la propia revista ya eran 136 maestros los que aplicaban ese método en diversos puntos de España, aunque en Castilla solo acababa de comenzar. Bañuelos era la punta de lanza, de ahí el valor especial que como castellano tenía para mí, aunque Salamanca quedaba un poco lejos. También muchos de estos maestros participaban en las "Misiones Pedagógicas", en las que yo me apuntaba a colaborar siempre que podía. Allí se respiraba espíritu de educación libre y la ilusión por llenar de cultura los muchos pueblos olvidados, donde saber leer y poder escribir era casi un privilegio.

—Me encanta comprobar que los buenos proyectos educativos se pongan en práctica —comenté sin disimilar mi cara sonriente—, y más aún en pueblos donde tanto se necesita, pero ¿Cómo has acabado eligiendo este destino teniendo opciones de mejores Escuelas?, por ejemplo en tu tierra, en Cataluña.

—A veces el azar es muy caprichoso, pero lo importante para mí es que la vida tenga sentido allá donde esté. Soy catalán de nacimiento, pero sobre todo ciudadano del nuevo mundo que estamos construyendo entre todos. Me he ido involucrando en la educación de estos chiquillos y chiquillas que van abriendo sus cerebros, y también se van abriendo claros en el pueblo. Si puede entrar la luz en estos parajes, se acabará iluminando el país entero. El trabajo de un maestro comprometido es duro, pero muy agradecido. Cada avance, por pequeño que sea, es la más grande de las recompensas. Por las noches tenemos la Escuela Nocturna, nuestra particular academia para adultos, también mixta, sobre todo para enseñar a leer y escribir. También ayudo en aumentar la cultura de la zona; ahora soy el presidente de la Casa del Pueblo de Briviesca, que se acaba de inaugurar este 30 de mayo, y ya me conoces, aporto mi granito de arena para que los nuevos tiempos y la modernidad republicana vaya sustituyendo los dogmas arcaicos. El 1 de mayo, sin ir más lejos, tuve el honor de hablar en el mitin de Briviesca, ante un montón de gente ilusionada. Y además tengo compañera, estoy

iniciando una relación con una mujer que sabe darse con libertad, a la que amo intensamente. Estoy en el lugar donde tengo que estar.

Siempre me admira encontrar a alguien que sabe lo que quiere y pone en ello toda la pasión. Coincidía totalmente con la visión de la educación que Antonio expresaba e irradiaba, impregnando de esperanza los tiempos por venir. Quería plasmar en mi tesis el espíritu educativo que se iba implantando en la España republicana y que, a pesar de los atrasos históricos, aspiraba a ser innovadora y punto referencia para otros países, incluso más dotados de medios y recursos. Pero el desafío era enorme y había mucho por hacer.

—Supongo que ya has echado un vistazo a nuestra pequeña Escuela— la voz de Antonio me sacó de mis ilusionados pensamientos—. Aquí está la estufa, la niña mimada en el invierno, cuando llegamos a temperaturas gélidas, heladoras. Tiene un particular poder de atracción, todos acabamos acercándonos lo más posible a su aura acogedora. A veces nos llega justo para comprar carbón, aunque hasta ahora nos vamos apañando. Y en esta preciosa caja, como ves, un gramófono, una puerta abierta al arte musical que abre como por arte de magia las mentes y los corazones, despertando la creatividad y la sensibilidad, que son patrimonio de todo ser humano. No solo hacemos audiciones, también les enseño a bailar y a aprender a llevar el ritmo, algo que me resulta muy natural y siempre se me ha dado bien. La Música es una de las grandes materias olvidadas de nuestro sistema educativo, y la cuestión es que solo se puede aprender música oyendo música.

Vi sobre un pupitre un ejemplar muy usado de *"Platero y yo"*, de Juan Ramón Jiménez, una obra poética que recrea la vida del asno Platero, el inseparable amigo de niñez y juventud del autor, y me puse a ojearlo.

—A los niños les encanta Platero, es una preciosa obra didáctica—comentó Antonio—. Lo hemos leído muchas veces, y lo dibujan a menudo. Cuando van a por paja con el burro, dicen que van con Platero, y hasta han abandonado la insana costumbre de muchos niños de pincharlos e incordiarlos. Ahora comienzan a respetar no solo a los burros, sino a todos los animales, y esto un avance sorpresivo. Hace poco, y aprovechando este interesante descubrimiento, escribí un artículo sobre *"Platero y yo"* en la revista *"Escuela de España"*, que al parecer van a publicar en el próximo ejemplar de

la revista, este mismo mes. Leer y saber leer en los libros, te ayuda a leer en la Naturaleza y en la vida misma.

Mi vista iba y venía por cada rincón del aula intentando aprovechar la visita y que no se me escapara ningún detalle.

—Por lo que veo en los cuadernos, la Escuela es mixta—dije—. ¿Cómo en un pueblo, supongo que anclado en lo tradicional, han encajado estos nuevos métodos de enseñanza, y un maestro sin reglas estrictas, por no decir de los bailes con el gramófono, con chicos y chicas?. ¿Cómo llevan en el pueblo todo esto?.

—Todo cuesta, pero creo que poco a poco se van acostumbrando. Los cambios llevan su tiempo. El año pasado apareció una pareja de la guardia civil que decía venir a hacer una inspección a la Escuela, seguramente por alguna denuncia infundada. ¡Que podían inspeccionar un par de tristes personajes que les venía justo para hablar¡. Los niños estaban un poco asustados, pero no tuvo más trascendencia. Hace seis meses, después de las vacaciones de Navidad, varios vecinos se reunieron en el Ayuntamiento con la intención de "echar al maestro". El alcalde escuchó con paciencia y me comentó la reunión, pero tampoco llegó a más. Hay gente reaccionaria en todas partes, y para ellos debo ser un maestro rojo, que no saben ni lo que significa, y además no piso la iglesia, y eso al párroco se le llevan sus demonios, y se encarga con esmero de envenenar y airear sus piadosas mentiras. Esto es el fruto de las gentes de derechas que no quieren perder sus privilegios, y como no saben razonar, acusan de cualquier barbaridad. Quienes no tienen un mínimo de cerebro están expuestos a su toxicidad. Hay 32 niños y niñas en edad escolar y no todos asisten a clase; en algunos casos es porque en sus casas les necesitan y deben trabajar. Cuesta convencer a los padres de la utilidad de la educación. Hay quien sigue creyendo que basta con saber leer y escribir en plan básico y hacer algunas cuentas. Sobre la escuela mixta tengo claro que beneficia a niños y niñas, que no entienden de distinciones y se acostumbran a tratarse como iguales, y esa es la mejor forma de que cuando crezcan acaben con la tiranía del hombre sobre la mujer. Los niños se estimulan entre sí y a todos les hierve su ansia de saber, y se entusiasman con todo, cuando se les permite. No existe la manzana podrida, son niños. Aprenden a escribir y a leer con nuestro método que pone fin a aquello de "la letra con sangre entra". Yo suelo decir

“Las letras con sangre entran, pero con la sangre del maestro”, por su esfuerzo, su ayuda y dedicación. Como dicen en la Institución Libre de Enseñanza: la Escuela no debe ser nunca triste, ni el maestro alguien a temer, agrio, distante, frío. Hay que dejar paso a la alegría y al bullicio del niño.

El tiempo pasaba sin darnos cuenta. Antonio me resultaba tan ameno y el tema de la educación me tenía tan interesado que podría estar horas escuchándole. Cesar estaba presente pero no abría la boca, daba la impresión de estar impregnándose de las palabras y captando en profundidad su significado, mantenía la atención en todo momento, era como el alumno ideal.

Salimos a dar un paseo por el pueblo, a pesar de que empezaba a apretar el verano, pero era sábado y se acercaba la hora de tomar un vino con unas aceitunas antes de comer. No todas las tradiciones necesitan un cambio. Mientras Cesar se quedaba preparando la comida, nos acercamos a la taberna del pueblo, que al parecer no era la única. Estaba ubicada en los bajos de una vieja casa de adobes y madera, sencilla y acogedora, con un aire de bodega que invitaba a entrar. Todos saludaban al maestro con respeto, pero con distinta efusividad, se notaba que su presencia inquietaba a algunos. Allí nos encontramos con Domingo, un amigo de Antonio y alumno suyo en la Escuela Nocturna, y después de una presentación cordial, nos sentamos los tres en una mesa un poco apartada de las otras, que se iban llenando por momentos y aumentando los ruidos y las voces. A Domingo se le veía inquieto y no tardó en abrir la conversación, intentando que no se oyera en las mesas cercanas.

—Sabes algo, Antonio, de lo que está pasando, dicen que en Briviesca se ven muy activos los falangistas, ya ves, aquí todo el mundo se entera de todo.

—No sé, tendremos que poner la radio a ver si dicen algo, pero hay que permanecer tranquilos. Este es un momento de crisis, como tantos otros, pero la República es fuerte y no se va a dejar amedrentar por los fascistas, que además son cuatro gatos, ya vimos como en las elecciones de febrero apenas llegaron a cuarenta mil votos en toda España.

—Tu por si acaso ándate con cuidado —le dijo Domingo con cara de preocupación y bajando aún más la voz—. Todavía les duele el artículo que publicaste en *“La voz de Bureba”*, en enero —dijo mi-

rándome a mí—, no se cortó ni un pelo, hablando de capitalismo voraz, de la iglesia y el militarismo como parásitos, y de los burgueses como calamidad pública. Disté en el clavo, pero estos no perdonan. Y en su discurso en el mitin del 1 de mayo en Briviesca tampoco escatimó verdades como puños.

—No se puede vivir siempre con miedo —dijo Antonio convencido de su afirmación—. Precisamente sembrar temor es el último recurso de aquellos que no tienen razones y por eso cada día pierden apoyos y poder. Tenemos que estar firmes y dejar ver que no nos vamos a esconder.

—Y que piensa tu amigo Julián.

—Yo estoy más bien inquieto. No sé como son las cosas por aquí, pero en Salamanca hay mucha gente de derechas y los militares se envalentonan cada día más con sus proclamas; incluso en la Universidad se palpa el odio y la tensión entre supuestas gentes cultas e inteligentes. Por otra parte, los socialistas están también muy radicales, se producen muchos altercados, aislados, pero creciendo en violencia. Espero que el ambiente se calme y aprendamos a convivir en paz.

Nos percatamos que desde algunas mesas nos miraban de reojo y acabamos la conversación disfrutando de nuestro aperitivo. Nos despedimos de Domingo, quedando en comentarnos cualquier noticia que nos llegara.

Cesar, a pesar de estar recién salido de la infancia, hizo honor a su prestigio de buena cocina con unas estupendas lentejas acompañadas de morcilla y chorizo que entraban muy bien, aún en medio de los calores de julio. El zagal recibió todos nuestros elogios y se fue sonriente con los chavales de su edad.

Pasamos la sobremesa y buena parte de la tarde conversando mano a mano. Antonio estaba muy interesado en las Misiones Pedagógicas, en las que hasta ahora había participado muy poco, pero en las que estaban activos varios maestros freinetistas.

—No voy a hablar yo todo el rato —comentó Antonio—, cuéntame como ha sido participar en las misiones y que futuro se plantea.

— Está siendo una lucha titánica por acercar la cultura a los pueblos y aldeas más aisladas de todo el país, en un intento por ayudar a alfabetizar el mundo rural y llegar a aquellos que no tienen casi nada. Sorprende ver su reacción ante unos sencillos versos, un

coro musical, una buena obra de teatro, y sobre todo ante el cine, que les divierte y les deslumbra, y permanecen como alucinados, sobrepasados al ver el mar o por las imágenes en movimiento, de las que se apartan como si los fueran a atropellar; se olvidan que es una película. En mi caso me suelo dedicar a recitar versos, a veces acompañados por la melodía de un violín, tratando de despertar el afán de leer para los pocos que ya saben, o de aprender a leer para muchos más. También dejamos algunos libros en las Escuelas de los que siempre están escasos. Allí he conocido a gente magnífica; poetas como Cernuda, Machado, y al mismísimo Lorca, con el que cada pequeño detalle cobra un aspecto mágico, entusiasta de difundir el teatro entre las gentes campesinas que nunca lo han visto, poniendo a su alcance tanto el teatro clásico como el moderno. A pesar del gobierno de las derechas, que recortaron los recursos, el proyecto se ha ido manteniendo, además casi todo se hace a base de voluntariado, y muchos de los materiales han sido donados o regalados por personas y familias republicanas. También ha habido que aguantar ante los ataques de los sectores más tradicionalistas que consideran la cultura como un instrumento de propaganda izquierdista. La prensa reaccionaria ha arremetido sobre todo contra Lorca, intentando minar su estupendo trabajo en el teatro ambulante de "La Barraca", llamándole "Federico García Loca". "Loca", sin erre, en alusión a su condición de homosexual, y acusando a La Barraca de ser "una pandilla de sodomitas". Miserias y veneno en las palabras, a las que yo nunca me acabo de acostumbrar. A pesar de que en algunas localidades de la España profunda el odio ha creado el caldo de cultivo para que los más exaltados, y a menudo los más incultos, vayan a reventar las obras, sin embargo, en general, el proyecto está siendo un enorme éxito y muy apreciado por la población.

—¿Cómo se decide a que pueblos acudir?.

—Para asignar una misión a una determinada localidad, es necesario que ésta realice una propuesta acompañada de un informe que recoja datos sobre la geografía, economía, distribución de la población, situación cultural y escolar, ambiente social, comunicaciones, itinerario posible y cualquier otra peculiaridad de la comarca que pudiera ser útil para la organización de la futura misión. Al poco tiempo y a pesar del descontrol inicial, las solicitudes fueron

tantas que se hizo imprescindible hacer una selección, dando preferencia a los pueblos más pequeños y aislados. Las misiones no tienen una duración fija, oscilan entre uno y quince días, dependiendo de las actividades programadas en cada lugar y del itinerario pendiente. En muchos casos, al finalizar las actuaciones, tienen lugar conferencias seguidas de coloquios, charlas sobre temas profesionales, sanitarios y de educación cívica, etc. Una vez terminada la visita, se entrega a cada maestro o maestra del pueblo una pequeña biblioteca para instalar en la escuela y, en muy contadas ocasiones, un gramófono con un pequeño lote de discos. Estas modestas bibliotecas, pese a ubicarse normalmente en las escuelas, están dirigidas al conjunto de la población. Éste es el único servicio que permanece, una vez que la misión marcha a otro lugar. Desde los recortes de las derechas y para optimizar los recursos se ha dado mayor peso a las delegaciones locales, que se han creado según se han ido disponiendo de grupos comprometidos en distintas partes del país.

—Me viene a la mente — continuó Antonio—, los comentarios apasionados sobre las misiones en el congreso Freinet del año pasado de mi buen amigo, Ramón Acín, de Huesca, al que tú también conociste. Es un entusiasta de las técnicas Freinet, y ya ha visto sus buenos resultados en las manos de Simeón Omella, el maestro de Plasencia del Monte, pueblo cercano a Huesca, otro colega comprometido con la renovación pedagógica. Ramón tiene una pluma prodigiosa, dice que estos trabajos de los niños, salidos de estas máquinas como de juguete, tienen un poco la emoción de los incunables, y argumenta que Freinet lleva la imprenta en la mente porque debe ser la reencarnación del Gutemberg de cinco siglos atrás. Defiende que con estas imprentillas no se precisan de libros de texto, caros y pretenciosos, porque la civilización es una complejidad al servicio de una simplificación. Él no solo aboga por la nueva escuela y crítica al sistema vigente, sino que ha optado por una vía educativa en su propia casa para sus dos hijas, Katia y Sol, fuera de lo común. Cuenta con el apoyo inestimable de su mujer, Conchita, culta, con buenas dotes para el piano, que comparte los planteamientos de su esposo hasta sus últimas consecuencias. A las clases de padre y madre se añaden las de otros profesores amigos afines a la filosofía de la Institución Libre de Enseñanza, todo un

paraíso para esas afortunadas niñas.

—¿No es Ramón Acín quien ha patrocinado la película de Luis Buñuel "Tierra sin pan", sobre la dura vida en las Hurdes, esa región montañosa de la provincia de Cáceres?.

—Sí, la idea de rodar una película documental en la Comarca de las Hurdes, que vive un retraso indescriptible y mucha miseria, cautivó a Acín y a Buñuel, que se conocían de hace tiempo. El caso es que no había dinero para financiar la película y Acín, en una apuesta al viento, comprometió su palabra de que, si esas navidades le tocaba la lotería, financiaría los gastos. Le tocó el premio gordo de la lotería de navidad de 1932, y cumplió su palabra. Todavía quedan quijotes por ahí sueltos. La película levantó una ola de indignación por lo extremo de sus imágenes y el gobierno de la República decidió prohibirla por la supuesta mala imagen que daba de España. A los señores de bien no les gusta que les muestren las desgracias de los pobres, de las que no se consideran responsables, como si amasar riquezas no fuera la causa de tanta miseria. Ramón es un hombre del nuevo renacimiento: periodista, pedagogo, escultor, artista, y sobre todo hombre de paz, a pesar de su vinculación con el anarquismo. Es de los que cree, como creemos muchos, que se puede hacer la revolución sin derramar una sola gota de sangre, iluminando progresivamente las mentes y las conciencias, y eso que por estar en la CNT ya sabe lo que es la cárcel, el exilio y el odio ajeno. Supongo que lo veremos pronto en Manresa.

Se refería al próximo congreso sobre el método Freinet que se va a celebrar en Manresa este 20, 21 y 22 de julio. Habíamos quedado con Antonio en acudir juntos, después de la charla que iba a dar en Burgos este domingo, día 19, sobre la educación en la Escuela.

—Para mí lo más destacable de Ramón es su espíritu libre y su pasión por la educación de los nuevos tiempos —apunté con convicción—, y coincido con Ramón en que sobra la violencia. Giner de los Ríos decía que donde hay que hacer la revolución es en las cabezas y en los espíritus, no en las barricadas, ni en los campos, donde está sobradamente probado que las revoluciones, por muy buenos ideales que abanderen, acaban repartiendo dolor, desdichas, odios, y salvajismo, sobre todo en esta España nuestra que a la primera excusa se lanza en los brazos de la crueldad. Decía también que sobra la barbarie para recoger algunos frutos que se habrían obtenido

por otros caminos, y probablemente con mayor rapidez, si se tiene en cuenta la larga oscilación de acciones y reacciones que toda violencia trae consigo. Y el genial filosofo Ortega y Gasset, en el que resuenan las ideas de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza, decía que el liberalismo tenía que ser un "sistema de la revolución" si se quería evitar que impusiesen sus arbitrariedades los "revolucionarios sin sistema".

—¿Has tenido ocasión de ver a Ortega en una de sus clases magistrales, de las que tanto se habla? —preguntó Antonio—. Es un personaje un tanto polémico, pero me identifico con algunas de sus reflexiones profundas, como cuando habla del buen docente, no el que suministra un gran caudal de información, sino el que despierta el espíritu crítico. Y esa frase que enamora: "La verdadera varita mágica es la mente del niño".

—He tenido la fortuna de participar en algunas de sus clases en la Universidad de Madrid, y es toda una experiencia. Tiene la habilidad de despertar la atención del oyente y crear un aura especial en la que te sientes involucrado en los temas que plantea. No he conocido nunca una mente tan afilada y tan ágil. En materia de educación se nota la influencia de la filosofía krausista de Giner de los Ríos con el que mantuvo una estrecha relación y sin duda les unió un mismo afán de modernización de la sociedad española. Lo más importante de la educación es para Ortega incitar a los alumnos con el ejemplo, en la búsqueda de la verdad, para usar el conocimiento adquirido por la experiencia propia como método para la comprensión de la realidad y, en particular, la realidad de la vida de cada uno de nosotros. Afirmaba ya hace unos cuantos años que "La filosofía, no se enseña; la filosofía a lo sumo, se contamina". Lo denominaba como "Pedagogía de la contaminación", sobre la base de que cada uno tiene que buscar la verdad por sí mismo, y el maestro lo que tiene que hacer es poner al discípulo en el camino para hacer ese viaje de descubrimiento. El método sería la salida de la incertidumbre tratando de descubrir la verdad. Decía que, el maestro no puede enseñarnos sino cosas, pero puede aspirar a "contaminarnos" con el amor al saber, con la "filo-sofía". Ortega defiende que a los niños se les dé en el colegio mucha libertad para que se muestren cómo ellos son, en la misma línea del método Freinet, porque hay que hacer niños despiertos, vitales y espontáneos,

y no niños que parezcan adultos, alimentados por hechos y cifras; hay que educar a los niños en la sensibilidad hacia las normas básicas, pero al mismo tiempo, incentivar en ellos su voluntad y su entusiasmo y fomentar la naturaleza infantil. Más tarde ya habrá tiempo para introducirlo en los saberes de la cultura y de la civilización.

Continuamos charlando largo rato, parece que nos íbamos retroalimentado con lo que cada uno decía, disfrutando de una conversación amena, llena de contenidos, de esas que estimulan la capacidad de pensar, algo que para mí era una velada magnífica. Cuando caía la tarde, estiramos las piernas alrededor de la Escuela, y enseguida nos sorprendió la llegada de un hombre que caminaba ligero hacia nosotros.

—Hola Rafael, ¿Qué te trae por aquí a estas horas? — preguntó Antonio con cierta inquietud—. Este es Julián, un buen amigo, y él es Rafael Martinez, contratista de obras y dueño de una fábrica de yeso, con unos cuantos trabajadores a su cargo. Es el presidente de la Agrupación Socialista de Briviesca y un gran compañero, puedes hablar con franqueza.

—Vamos dentro y os cuento.

Entramos en la planta baja de la Escuela y subimos a la vivienda. Cuando Rafael se aseguró que estábamos solos nos dijo con rostro de preocupación:

—El ejército se ha sublevado contra la República en Marruecos. Parece confirmado que al menos en Melilla lo han conseguido. Se teme que sea el comienzo de una gran sublevación en toda España. Desde el Gobierno se dice que está todo controlado, pero desde el partido nos pasan la consigna de que estemos en alerta en todas las agrupaciones. En Briviesca se palpa mucha tensión, los ánimos están muy tensos, se ve a los falangistas en grupos y da la impresión que traman algo y que están a la espera.

La noticia nos cogió por sorpresa a pesar de que hacía días que se hablaba de que desde diversos sectores del ejército se planeaba un golpe de estado.

—Hay que confiar en la fuerza de la República —dijo Antonio, intentando poner un poco de calma—. Con una rápida respuesta de firmeza se pondrán las cosas en su sitio. Pero no podemos ser ingenuos, hay que estar preparados para cualquier escenario, y que

se note que estamos dispuestos a todo para que nadie se atreva a ir más lejos. Mañana, sábado, estaré todo el día en la Casa del Pueblo de Briviesca, con algunos camaradas que habrá que avisar cuanto antes, aunque conviene no crear una alarma excesiva.

—Yo por mi parte —añadió Rafael—, reuniré a un grupo de compañeros en la sede del partido, y correré la voz por si se precisa que el pueblo salga a las calles. Esperemos que todo quede en una algarada de militares jugando a la guerra.

—Tendremos que cambiar nuestros planes, Julián. Anularé la conferencia que tenía previsto dar en Burgos este domingo 19, y supongo que el congreso de Manresa del 20 al 22 también se va a suspender.

—Yo creo que intentaré llegar a Salamanca cuanto antes —comenté—, cogeré un tren, ya desde Briviesca, antes de que se tomen medidas restrictivas en los transportes. Por mi tierra tengo amigos que estarán muy preocupados.

—Ya le diré a uno de mis obreros que os pase a buscar con la camioneta a primera hora.

Toda la magia de la tarde se había esfumado en un instante. Una sombra, aunque supuestamente lejana, planeaba sobre nosotros. Rafael se fue enseguida y nosotros bajamos de golpe el nivel de nuestra conversación, y nos volvimos prácticos, organizando el próximo día, sin atrevernos a imaginar lo que podía pasar, y haciendo esas cosas cotidianas que te devuelven al día a día, como preparar la cena y fregar los platos, ya que Cesar seguía con sus amigos.

Para mí la situación no era la misma que para Antonio. Yo no estaba comprometido con ninguna organización, ni tenía responsabilidades directas, pero participaba de muchas actividades culturales cercanas a los grupos de izquierda y con algunos anarquistas, de esos que amaban la cultura por encima de las armas. Cosas tan normales como enseñar a leer y a escribir en la Casa del Pueblo de Salamanca; asistir a conferencias sobre los temas más modernos y avanzados; apoyar manifiestos de evidente justicia; en definitiva, material suficiente para ser sospechoso de rojo. Nunca entenderé la simpleza de dividir a las gentes en rojos y azules, esa simpleza que se va de las manos cuando se apodera de cabezas huecas. Aunque mis clases en la Universidad no habían recibido quejas o

críticas que reseñar, se me consideraba poco afín a la tradición y a los cánones vigentes en filosofía. Mis amigos y la gente con la que me relacionaba eran de lo más variados, pero sobre todo afines a las nuevas corrientes de ideas que impregnaban estos tiempos cambiantes, muy alejadas del fascismo y la monarquía, que seguían siendo ideas antiguas, aunque algunos intentaban pasarlas por modernas; pertenecían al viejo mundo empeñado en aplicar recetas arcaicas a situaciones actuales. Sin embargo, siempre he procurado diferenciar bien las ideas, de las personas, que abundan en lo bueno y en lo no tan bueno en todas partes. En cualquier caso, consideraba que mi sitio estaba con mi pueblo, haciendo número y apoyando los avances, tal vez aún imperfectos, que la joven República iba arañando con mil impedimentos.

Con mi familia no podía contar para nada. Mi madre murió hace cuatro años, y mi padre falleció el año pasado. Tuve suerte, eran de clase media, y aunque con ideas un tanto anticuadas, fueron lo suficientemente avanzados como para darme buenos estudios y permitirme estudiar Filosofía, algo que seguía considerándose de poco futuro. Tengo un sentimiento de gratitud hacia ellos que se agranda con el paso del tiempo. Mi única familia cercana es mi tío, un impresentable y un hipócrita, que por haberse casado con un buen partido se cree de la alta sociedad y con la obligación de ser de derechas, con lo que seguro que ahora se siente en su salsa. Hace años que no tenemos relación, y supongo que nos detestamos mutuamente, y tengo que reconocer que me cuesta evitar esa sensación de rechazo. Soy consciente que a veces no predico con el ejemplo.

Después de una noche inquieta con esos sueños revueltos que no recuerdas, pero que no dejan un grato sabor, me levanté con buen ánimo. Como nos prometió Rafael, llegó uno de sus trabajadores con una camioneta a punta de mañana. Metí las cuatro cosas que llevaba en mi bolsa-mochila y nos pusimos en marcha hacia Briviesca por un mal llamado camino carretero, al que el apelativo de camino le venía justo; ocho kilómetros que parecían tres veces más.

Briviesca es una gran población de más de tres mil habitantes, cabecera de Comarca y con una actividad destacada de negocios

y empresas, aupados por disponer de estación de tren. Ya de mañana, en pleno sábado, se veía actividad, aunque nada fuera de lo normal.

Casi habíamos venido sin cruzar palabras, no sé sí nos lo dijimos todo ayer, o pesaba sobre nosotros la losa de la realidad, llena de incertidumbres. Fuimos a despedirnos con un desayuno en la plaza mayor, un espacio muy peculiar, pero muy bello: de forma rectangular con un óvalo dentro, una calle de árboles, con faroles y bancos intercalados, una iglesia enorme ocupando casi una manzana, las casas con pórticos y miradores, una fuente y un poco más allá una glorieta, en la que Antonio me informó que se bailaba todos los domingos al son de la banda municipal; un baile con una sana mezcla de clases sociales, donde solía mostrar sus dotes como bailarín y disfrutar de la vida.

Después de un buen desayuno, con nuestras cabezas pensando en nuestras cosas, Antonio me acompañó a coger el tren hacia Burgos, donde pensaba intentar coger otro para Salamanca

—Bueno Julián, esta es nuestra despedida. Yo tengo que estar en la Casa del Pueblo y tu seguir tu camino. Todos los planes se han truncado, pero seguro que pronto coincidiremos y podremos seguir conversando junto a una buena mesa y bien acompañados.

—Gracias por tu hospitalidad, me llevo un grato recuerdo de Bañuelos de Bureba, y de su magnífica Escuela. Las personas como tú hacen grande esta tierra.

Nos dimos un fuerte abrazo de verdadera hermandad, con una cierta sensación de vacío ante nuestros inciertos destinos, si es que se puede hablar de destinos ciertos. No soy muy dado a dar aire a sensaciones extrañas, prefiero confiar y seguir adelante, aunque algo no encajaba del todo; tal vez eran cosas de mi mente impaciente; ya se vería.

****

Un destello de luz, seguido de un fuerte y rápido tirón, me saca de una escena que ocupaba toda mi atención. Parecía que estaba en un mundo real, pero nada comparado con la realidad de este instante, pleno de paz y de presencia, de una belleza indescriptible, luminoso, pero con una luz que no viene de ninguna parte. No

hay sensación de tiempo, y no me muevo en ningún espacio. Soy partículas de luz ordenadas en una disposición establecida, y conciencia, inmensa conciencia que no precisa de actividad cerebral. Sé que tengo una conexión con un cuerpo, pero ahora no siento, no respiro, no hay cielo ni tierra. Es un estado que me resulta muy familiar, pero sin acabar de estabilizarse.

—Es la primera vez que consultas un Registro Akáshico, y cuando se sale, tu presente se va reajustando de forma natural. Tu cuerpo físico permanece bien dormido, aquí no pueden entrar las personalidades, solo son vehículos, y además no resistirían los niveles energéticos. Este plano solo está al acceso de los cuerpos de luz, las almas inmortales de los seres humanos en evolución que, cuando llegue su momento, se fundirán con el Ser.

No es una voz audible, ni un pensamiento, ni una corriente mental, son pulsos, latidos de conciencia, que se comprenden al instante con una profunda intuición. Los pronuncia alguien que me guía, me protege y me orienta, que reconozco sin ninguna duda, y con quien me unen antiguas historias y experiencias. Tiene una evolución muy avanzada que no llego a abarcar; lo considero un maestro, un maestro de luz, un privilegio, una oportunidad de la que intento estar a la altura.

Una cadena de certezas se muestran sin buscarlas. Sé exactamente quién soy y que hago en este plano. He consultado el Registro Akáshico de una encarnación pasada en la guerra civil española. Ahora vuelvo a estar en encarnación, en un cuerpo de mujer que, mientras estoy en esta dimensión, permanece en un sueño profundo y con el que mantengo conectado el hilo de vida, que facilitará mi retorno. El hilo de conciencia está aquí enfocado, donde entró con cierta frecuencia.

Desde esta percepción, la vida en el plano físico tiene un marco de realidad muy limitado. Accedo a este mundo desde un cuerpo dormido, pero parece más veraz ver la vida física en coordenadas espacio-tiempo como un simple sueño, intenso, aunque con tintes de irrealidad ante la evidencia de nuestra esencia eterna.

Cuando vuelva al plano físico no voy a recordar nada. Mi personalidad terrenal y temporal no tiene la menor noción de la gran-

deza espiritual de un auténtico ser humano. Aquí tengo todas las respuestas que desde la conciencia cerebral tienen que ser conquistadas a fuerza de trabajo y esfuerzo, y mucha experimentación, entre algunos aciertos y muchos fracasos, si es que existe el fracaso, ya que cuanto más duras son las caídas y se acrecienta el dolor, más se aprende, y más se obtiene la debida recompensa de luz y amor.

—Se te ha permitido consultar tu reencarnación en los tiempos de la guerra civil española porque hay algo importante que resolver con tu pasado, imprescindible para que tu karma se libere de esa impactante experiencia en el plano físico. Desde tu otro lado también estás haciendo un intento de comprensión. Los sucesos de cada vida despiertan campos de conocimiento que deben ser explorados, integrados y asimilados y trasmutados en luz y sabiduría. El proceso es lento, porque la evolución es necesariamente lenta.

Cada idea que visionaba, cada intuición o cada sencilla reflexión, la capta el maestro sin necesidad de ser pronunciada. Nos comunicamos en medio del más absoluto silencio, sin necesidad de sonido. Comenzaba a plantearme el funcionamiento del Registro Akáshico, y una respuesta silenciosa se adelanta sin preguntar.

—El Registro es el gran archivo del Universo en el planeta Tierra, que recoge todo lo que sucede en todas y cada una de las vidas que se reencarnan una y otra vez, con el objetivo de evolucionar elevando el grado de luz de sus partículas subatómicas, espiritualizando progresivamente la materia. Es una Biblioteca de límites inabarcables que conserva con exactitud la historia completa de la humanidad, sin posibilidad alguna de ser tergiversada.

Se pueden comenzar a consultar archivos de vidas pasadas, cuando se ha conseguido un cierto nivel de luz, para garantizar que las fuerzas y las situaciones latentes que se reactivan puedan ser afrontadas sin peligro. Se precisa disponer de energía y recursos para tratar con situaciones kármicas, que a menudo conllevan un torbellino de efectos y consecuencias, que saltan a la actual encarnación. El karma no es bueno ni malo, es energía que pasará a través de los cuerpos físico, emocional y mental y que debe seguir

su curso sin ser bloqueada, porque podría dañar los vehículos que el alma necesita para permanecer encarnada.

Cuando se revisa una vida, se revive cada escena tal como sucedió, en cada detalle, con las mismas sensaciones y percepciones, con los mismos pensamientos que en su día pasaron por cerebros y mentes, con las mismas limitaciones o libertades. No es un simple pasatiempo, supone encarar con responsabilidad antiguas actitudes y comportamientos. Nada que ver con la estupidez de pretender conocer vidas pasadas que se practica y se vende en el mundo físico, sin fundamento. Si fuera posible, se reactivarían karmas para los que no se está en condiciones de responder. Conocer vidas pasadas supone acceder al Registro Akáshico, algo que nunca está al alcance de las personalidades, solo se permite el acceso a las almas, y como ves, con muchas limitaciones en función del punto evolutivo, que no es más que el nivel de luz y conciencia al que puedes aspirar.

Me cuesta entender el sentido de revisar una vida sin que se pueda observar de manera desapegada, desde una observación imparcial, y sin que se mantenga el recuerdo en la vida actual para no cometer los mismos errores. Entrar en el Registro, es volver revivir el pasado, como si estuviera sucediendo de nuevo; la historia que se sigue te envuelve y te engancha, como una película absorbente que atrapa con fuerza.

—Entrar en un archivo akáshico conlleva un impacto de identificación, que solo podrá ser superado con mucha práctica y un nivel de conciencia aún muy lejano. No se debe pretender evitar el archivo y verlo como una película, para sacar conclusiones intelectuales que nada aportaran. Se trata de tener una nueva oportunidad para actualizar hechos exactos y verídicos, que quedaran en niveles subconscientes, y que desde una nueva vida puedan ser digeridos y procesados. No se presentarán como pensamientos lineales, ni como certezas mentales, sino como intuiciones y percepciones abstractas, que facilitarán comprensiones, tomas de decisiones y nuevos contactos con la realidad.

No se recuerda nada en el plano físico. Es por falta de continuidad de conciencia y por protección ante una personalidad que se

llenaría de espejismos e ilusiones.

Tienes que volver a tus vehículos. Ve en paz.

Emprendo la vuelta al cuerpo físico con absoluta tranquilidad, en un paso que he cruzado muchas veces. El hilo de mi conciencia vuelve al cuerpo, ajustando su frecuencia. Aparece la noción de tiempo y espacio, la luz se difumina y adquiere otros tonos. Vuelvo a los sueños de un cuerpo dormido que no tardará en despertar.

I. Camino de Santiago. Jaca.

Primavera incipiente, principios del mes de abril, ni excesivo frío, ni mucho calor. Estaba preparada y a punto de iniciar el "camino de Santiago", que deseaba hacer desde que tengo recuerdos. Por fin disponía de más un mes con el único propósito de caminar, un día tras otro, e intentar llegar a Santiago de Compostela, y desde allí a Finisterre, "Finis Terrae", "El fin de la Tierra", antes de mediados de mayo, para celebrar mi 50 cumpleaños en la Galicia legendaria, que apenas tenía la fortuna de conocer.

Había elegido el llamado "camino francés", pero con comienzo en su variante aragonesa, para hacer honor al origen de mis padres, aragoneses emigrados a Barcelona en los años sesenta que, a pesar de sentirse muy catalanes, siempre han hablado a su querida hija con respeto y cariño de su Huesca natal. También por ser una ruta muy poco concurrida, hasta que en cinco o seis etapas se junta en Puente La Reina de Navarra con el grueso de la parte del camino francés que viene de Roncesvalles; mejor empezar sin mucho ajetreo.

El camino de Santiago o Ruta Jacobea es el antiguo recorrido medieval que seguían los peregrinos para venerar el sepulcro del apóstol Santiago, en Compostela. La peregrinación es para muchas personas creyentes una oportunidad de renovación espiritual y de crecimiento en su Fe, con mayor o menor contenido religioso, y supongo que con muchos más propósitos y promesas. Hoy día se realiza está ruta con las más variadas finalidades, respondiendo a la enorme diversidad de las personas en el siglo veintiuno, que además llegan de todos los países del planeta, cercanos y muy lejanos, aunque para un avión nada queda lejos.

Yo aún no acabo de tener del todo claro que ancestral impulso me lleva a querer hace el camino. No soy religiosa, pero intento ser espiritual, que para mí es responder a la necesidad de saber quién soy, de descubrir el sentido a la vida y hallar la paz interior, y de encontrar respuestas a los cientos de preguntas que te plantea el mero hecho de existir. Pretendo caminar sola, al menos en buena parte del trayecto, y tener espacio de sobra para reflexionar en sana soledad, pero estoy abierta para disfrutar de la amistad y el compañerismo con otros peregrinos de diferentes países, culturas y tradi-

ciones, aunque no es mi principal objetivo. También quiero tener tiempo todos los días, al final de la jornada, para ir investigando, con el apoyo de mi pequeña Tablet, sobre un tema que me ronda desde hace tiempo, sobre "La tercera España": el comportamiento de personas destacadas en la guerra civil española, y sus proyecciones hacia la actualidad. Me interesa a nivel de mi trabajo como profesora en el Departamento de Historia de la Universidad de Barcelona, pero me interesa en especial comprender la reacción de las personas ante situaciones de presiones extremas, ante el miedo implacable, y como se decantan en su comportamiento sacando lo mejor de su humanidad, o la mezquindad que siempre está al acecho de mentes temerosas.

Estaba bien preparada, o eso me parecía. Llevaba tres meses caminando dos horas diarias y con escapadas esporádicas los fines de semana para hacer rutas más largas por las montañas catalanas, que parecen no tener fin. Vengo con el equipo imprescindible, no soporto caminar cargada como una porteadora. Dicen que no hay que llevar más del diez por cien del peso corporal; en mi caso 6 kilos. Por fortuna mantengo un peso proporcional a mi altura: 1,75 metros con 60 kilos, o eso dicen las tablas. Seis kilos dan para llevar un saco de dormir, tres mudas, pantalón de repuesto, polar, impermeable, bolsa de aseo, un botellín de agua para una permanente hidratación, y cuatro cosas más; todo ello en versión ultraligera. Se ajusta bien la mochila a la espalda, con una buena presión del cierre en la cintura, y al poco de dar los primeros pasos, te olvidas de que vas cargada. También llevo en un bolso pequeño: el documento de identidad, tarjeta bancaria y algo de dinero en efectivo, no mucho, el camino es antiguo, pero está lleno de cajeros. En el bolso cabe un mini pack, que incluye unas tiritas para posibles ampollas y la credencial del peregrino, que me sellaran en cada albergue y acredita que voy haciendo el camino, supongo que acabará siendo un pequeño trofeo que guardaré con cariño.

Comienzo el camino con un extraño nerviosismo que arrastro desde ayer cuando salí de Barcelona, tal vez por una pesada jornada de viaje en dos autobuses, o porque no deja de ser un cambio sustancial en mi ordenada vida. No ha amanecido, pero ya se empieza a ver. Me había hospedado en el albergue del pequeño pueblo de la Estación de Canfranc, y su amable hospitalero me sube en

coche hasta el punto de inicio, en el puerto del Somport, el *Summus Portus* de los romanos, el collado y paso de montaña que hace de frontera con Francia y es una entrada originaria del camino de Santiago en España, junto con la Saint-Jean-Pied-de-Port y Roncesvalles en Navarra.

—¿Cómo te llamas, peregrina?—, se lanzó a hablarme después de recorrer los escasos siete kilómetros de trayecto.

—Raquel, Raquel Escartín, el apellido es de estas tierras.

—Sí. Escartín es un pueblo abandonado del Pirineo, en la Comarca del Sobrarbe, en un paraje precioso, aunque da cierta tristeza pasear por sus ruinas. Bueno, aquí te dejo: "Buen camino", es el saludo entre peregrinos que a partir de ahora oirás muchas veces. Antiguamente se decía "Ultreia", vamos allá, y se respondía "Et suseia", vamos más arriba.

—Gracias, espero hacer el mejor camino posible.

La mañana es un poco fría, pero llevadera, y al poco de mover las piernas ya se me templa el cuerpo. Un cartel marca 937 km hasta Santiago, mejor no hacer números. El sendero está bien señalizado y es cómodo, va en continuo descenso de forma progresiva, escoltado por las altas montañas pirenaicas, con tramos arbolados y otros abiertos, con bellos paisajes, un inicio ideal. Bajaba cerca de la carretera por donde me había subido el hospitalero, y era más que apreciable la diferencia entre recorrer siete kilómetros en coche o a pie. Andar es mucho más lento, pero también más tranquilo, y permite tener percepciones que no se consiguen con las prisas. La naturaleza se muestra esplendida a los ojos que la observan en calma.

La Estación de Ferrocarril de Canfranc, antes del pueblo de Canfranc, mantiene como un aire de nostalgia del siglo pasado, donde debió tener sus momentos de gloria, con una enorme edificación de estilo neoclásico, con ese corte modernista ideal para aventuras de espionaje junto a la frontera. Ahora estaba en plena rehabilitación intentando recuperar su condición de "internacional", y hasta con un hotel de lujo. Son tiempos de culto al turismo, no queda más remedio que aceptarlo, e intentar que el dragón no nos devore, es como luchar contra molinos de viento.

Antes de continuar ruta, ya toca el primer ritual de la mañana, el primer desayuno, nunca se sabe si habrá un segundo. Té breakfast,

té negro, con un poco de leche y un azucarillo, y tostadas con tomate, aceite y sal, el "pa amb tomaquet", "pan tumaca" para entenderte en castellano. En Cataluña lo tenemos por una joya nacional, pero debe ser adoptada, parece ser que lo introdujeron los murcianos emigrados a Barcelona en los años veinte del siglo pasado. Veo que en Aragón lo conocen bien, y seguramente en todo el camino, pero lo untan en la tostada con el tomate ya triturado, en lugar de restregar el tomate sobre el pan, no se puede exigir la perfección. A pesar de que no me apasiona la comida, ya se presagia que voy a disfrutar de muchas ocasiones de felicidad al sentarme en una buena mesa después de un prolongado esfuerzo

El día, aunque fresco, iba a ser soleado y casi sin viento, un buen comienzo. Seguía sin dificultad los senderos de la ruta bien marcados con las fechas amarillas, pintadas a brocha en piedras, árboles, paredes, y hasta en las calzadas de los pueblos. Es un símbolo que se ha convertido en universal. Lo ideo el cura de O Cebrerio, el primer pueblo que me recibirá cuando entre en Galicia; un entusiasta promotor del camino actual, que en los pasados años ochenta, junto a algunos voluntarios y tras conseguir pintura amarilla sobrante de pintar carreteras, se lanzó a señalizar todo el trayecto desde Francia a Santiago, y ahora ya es una marca distintiva legendaria, que orienta con certeza y seguridad.

Seguí a paso ligero con la cercana compañía del curso del río Aragón, y su bosque de ribera hasta llegar a Villanua, un bonito pueblo del Pirineo con un pequeño casco antiguo y muchas más casas por todas partes; se nota que ya hace tiempo de la llegada del turismo de montaña. Ahora es donde el valle se ensancha, y se cogen los primeros andaderos: tramos de camino junto a la carretera, que en primavera tiene poco tráfico. De vez en cuando, algunos pequeños descansos para tomar agua y ver el mapa, para masticar unas pasas o unos frutos secos, y sobre todo para detenerse a ver la belleza del mundo, que tan a menudo se nos resiste. Hace falta estar con un mínimo de paz, para sintonizar con el encanto de la vida natural, que está presente por todas partes, no solo en los lugares idílicos; parece que la alteración de los átomos oculta las maravillas del mundo.

Va pasando la mañana, y cada vez me siento mejor. El hecho de saber que tengo un montón de días por delante, libres de obliga-

ciones y de rutinas, me produce una satisfacción que me es desconocida. Llego a Castiello de Jaca y ya a lo lejos, pero a tiro de vista, Jaca. Treinta kilómetros, no está nada mal para ser el primer día. A pesar de ir bien preparada, ya se me empezaban a cargar las piernas, señales precursoras de las inevitables "agujetas"; con un poco de práctica no volverán.

Llegar a un albergue como peregrina es muy gratificante. Me reciben con amabilidad, casi con ternura. No debe haber llegado aún nadie, solo me he cruzado con tres caminantes. Sello la credencial, mi segundo sello, el primero fue en Somport, pero este es el primer sello ganado. Parece una tontería, pero hay algo mágico en esto, casi parece una ceremonia.

Una ducha y cada parte del cuerpo vuelve a su sitio. El agua es un don que solo apreciamos cuando falta. Das a una simple llave y una lluvia canalizada a la temperatura que prefieras te limpia, renueva, purifica, se lleva hasta las penas.

Aunque un poco tarde hasta para España, las tres y pico, aún llego a hora para comer. Menú del peregrino, bien anunciado en los restaurantes, ya me han advertido que lo encontrare en todo el camino, no es caro, y no suele faltar la pasta: macarrones, espaguetis, pasta y más pasta, que me encanta y con unos cuantos kilómetros a las costillas, ni siquiera engorda. La comida no me hace perder mucho tiempo. Soy vegetariana, o mejor vegetariana extensa, también como huevos, queso, pescado; en realidad como de todo menos carne. No creo que tenga problemas, en el peor de los casos, siempre puedes encontrar el sufrido huevo frito con patatas, que con un poco de hambre es una delicia.

Aprovecho para hablar con mi única hija, Lorena, la he prometido que daré señales de vida cada día a ser posible. Ya tiene veintidós años, no es una edad para estar pendiente de su madre, pero en el fondo me encanta que se preocupe de mí, o al menos juegue a hacerse la preocupada. Lorena es madura y sensata, el sueño de toda madre. Estudia medicina, y ya está medio emancipada, comparte piso con dos amigas y se gana buena parte de sus gastos sirviendo desayunos en un hotel desde muy temprano. Es un espíritu inquieto que le gusta aprender de todo, y hasta cocina de maravilla. Desde luego no ha salido a su padre, del que llevo divorciada hace unos años. No tuve mucha suerte con él, aunque dicen que la suerte

te la buscas tú. No puedo con la infidelidad de los hombres, y no entiendo que les pasa cuando les da un pronto y se enamoran de una jovencita; supongo que no pueden resistirse a sus arrebatos sexuales, o no pueden dejar de pensar en lo mismo. Me sigue quedando la frustración de no haberlo visto venir. Tal vez sea más clásica de lo que me considero, pero sin total confianza y respeto es mejor no compartir la vida con nadie. Tampoco pierdo la cabeza por el sexo. Me gusta hacer viajes "con derecho a roce" con buenos amigos, y luego cada uno a seguir con su vida. A estas alturas para volver a convivir con un hombre tendría que ser casi perfecto, y esos no existen, ni como hombres ni como mujeres.

No quiero hacer la siesta, si aguanto, no la haré ningún día. Hay mucho que ver en los pueblos y ciudades por los que voy a pasar, y ya tendré tiempo de caer rendida a última hora. Lo que está casi garantizado es que dormiré a pierna suelta después de darle semejante tute al cuerpo. Normalmente no acierto a dormir más de seis horas, tal vez aquí se me reajusten los horarios.

Tengo pasión por las piedras, y por el románico en particular, aunque mi especialidad en historia está más en la edad contemporánea. Esta aventura va a ser un festín de patrimonio histórico, una de mis debilidades. Al poco de recorrer las calles de la Jaca antigua, donde también está el albergue, algo me atrae, me lleva como un imán, y encima comienzan a sonar unas campanas. Un par de calles y ahí está, la Catedral de Jaca, una joya del Siglo XI, uno de los primeros y más antiguos santuarios románicos de la Península. En ella trabajó el maestro Esteban y sirvió de modelo para el resto de iglesias del camino de Santiago. Entro con los ojos bien abiertos y los sentidos en alerta, dispuestos a dejarse sorprender. De planta basilical con tres naves, pilares cruciformes, columnas adosadas y ábsides semicirculares. Bóvedas de cañón originales en la nave transversal, pero las de las naves ya son góticas. El conjunto es de una poderosa belleza. Sí pudiera tomar medidas y relacionar sus proporciones seguro que encontraría el número áureo, 1,618033..., un número algebraico irracional, con una representación decimal infinita y sin periodo, que posee propiedades peculiares. Fue descubierto en la Antigüedad, no como una expresión aritmética, sino como relación o proporción entre dos segmentos de una construcción geométrica, que tienden a la perfección. En la naturaleza, hay

muchos elementos relacionados con la sección áurea: la disposición de los pétalos de las flores, la distribución de las hojas en un tallo, la relación entre los nervios de las hojas de los árboles, o entre el grosor de las ramas principales y el tronco, o entre las ramas principales y las secundarias. Se atribuye un carácter de armonía y estética a los objetos cuyas medidas guardan la proporción áurea. Tienen algo especial, algo místico, que cautiva el espíritu.

Me siento un rato a meditar, a entrar en contacto con mi ser interior, con mi alma, en un entorno tan favorable. Practico la meditación cada día desde que era bien joven. Es una de esas actividades que descubres casi por azar y que a base de práctica se convierte en una de las partes más importantes de tu vida. Considero un privilegio meditar en un templo antiguo, entre piedras impregnadas con la energía que van dejando las personas que abren su corazón intentando encontrar la paz y dar lo mejor de sí mismos, y con la potencia acumulada por el paso de tantos peregrinos a lo largo de cientos de años. Cuantas gentes valientes e increíbles se habrán sentado en estos viejos bancos, cuanto deben haber visto estas viejas piedras.

Busco la cornisa exterior de la catedral donde ya sé que voy a encontrarme con el "taqueado jaques" o ajedrezado, un tipo de ornamentación arquitectónica en serie, de finales del siglo XI, que me maravilla, eleva mi percepción de la belleza allí donde lo descubro. Se encuentra en frisos y arquivoltas, y se basa en el uso, tanto de cuadrados como de rectángulos, unos hundidos y otros salientes de forma alterna, dispuestos en líneas, dando lugar a sombras que simulan un tablero de ajedrez, de donde le viene, en parte, su nombre, ya que si bien ajedrezado tiene su origen en la similitud de esta decoración con un tablero de ajedrez, el término "taqueado jaqués" está más relacionado con el hecho de presentarse de manera abundante en la decoración de la catedral de Jaca, de donde se debió extender al resto de la arquitectura románica de la ruta Jacobea y otros edificios románicos españoles. A mí me gusta llamarlo "ajedrezado jaqués", como lo he llamado siempre.

En la portada occidental, sobre la puerta principal, el crismón, cristograma o monograma de Cristo, las letras XP sobrepuestas, a modo de mandala cristiano. Se estima que es el primer tímpano de entrada a un santuario esculpido de toda Europa, en el que apare-

cen tallados símbolos secretos y el gran crismón: un círculo con el monograma griego de Cristo, rodeado por serpientes, algunas en espiral, varias esferas y dos grandes leones. Y junto al crismón tres inscripciones; me llama la atención la tercera: *"Imperium mortis conculcans leo fortis"*, "El poderoso león aplasta el Imperio de la muerte", a saber que pensaba exactamente su autor.

En la conocida como puerta de la Lonja, en la plaza del mercado donde se ubicaba antiguamente, en la jamba de la derecha, se encuentra tallada la "vara jaquesa", la unidad de medida utilizada por los gremios constructores, cuyo uso se prolongó durante más de cien años. Las asociaciones gremiales eran comunes en la Edad Media, pero ninguna llegó alcanzar el prestigio social, los conocimientos y la influencia que atesoraron los gremios de constructores. Consiguieron un estatus especial, y a pesar de no saber ni leer ni escribir levantaron esplendidos edificios que tardaron siglos en ser superados. Obras portentosas que han trascendido al paso del tiempo, que conservan su viveza original, y en las que grabaron códigos, mensajes ocultos y claves mágicas. Se regían por el secreto gremial, sus conocimientos se trasmitían de forma discreta, y por vía oral. Aún hoy día cuesta saber cómo pudieron conseguir elevar esas piedras hacia las alturas con un dominio tan elegante de las líneas y las formas, disponiendo de herramientas y tecnología tan rudimentarias, seguramente con unos planos básicos con los que ahora no sabríamos ni construir un chamizo. Y también estamos muy lejos de saber el mensaje que se esconde en sus signos y grabados en la piedra. Figuras geométricas de diferentes tamaños y estilos, de trazos simples y monogramas, iniciales o representaciones zoomorfas: las marcas de cantero. Además de su función práctica para cobrar el trabajo realizado o indicar la ubicación y orientación del sillar, no sabemos si también trataban de trasmitir algún mensaje en un lenguaje secreto, con connotaciones astronómicas, mágicas o místicas, hechas en un tiempo donde lo espiritual y lo luminoso era el centro de su universo.

Me interesa todo lo que tiene que ver con los aspectos mágicos, sagrados y ocultos del camino, que está lleno de pistas y simbología, de leyendas y misterios, que lo llenan de encanto. Hay que caminar con los ojos bien abiertos y la mente despejada, para descifrar las señales y descubrir la luz; por algo lo llaman "el camino a las estrellas".

El día no podía haber sido más solitario, dos holas y dos buen camino, y prácticamente sola en el albergue; no cuento una pareja que solo hablan en inglés y van a lo suyo. Tengo un buen inglés, casi perfecto, viví dos años en Irlanda, pero no me gusta mostrarlo con gente que no hacen el mínimo esfuerzo por comunicarse. Algunos, sobre todo ingleses y americanos, creen que pueden llegar a otro país y les tenemos que entender, ni siquiera se molestan en hablar despacio, son supremacías que no quiero alimentar. Yo tengo la suerte de ser además "bilingüe natal", con dos lenguas de nacimiento: el castellano y el catalán, a partes iguales. Con mis padres siempre he hablado tanto en una como en otra lengua. Nos pasa a muchos catalanes, no sé porque algunos pretenden que solo quede una de las dos lenguas. Cuantos más idiomas dominas, mejor que mejor. Me siento muy catalana, amo Cataluña, adoro la tierra en la que he nacido y he pasado la mayor parte de mi vida, pero el único nacionalismo que me interesa es el universal. Puede que los países tengan que ser así, mientras sigamos siendo tan amantes de lo nuestro, pero me pone enferma que se hagan diferencias entre seres humanos. Somos diversos, pero no tenemos derecho a imponer diferencias, mucho menos por ser más ricos y poderosos, o por creernos más inteligentes, más trabajadores, o más de lo que sea. A fin de cuentas, nuestra nacionalidad es provisional, cuando pasemos al otro lado no seremos de ningún país, ni de ningún sexo.

Hay un espacio por la tarde, ya en el albergue, porque en abril aún se hace pronto de noche, tal vez de un par de horas, antes de meterse en el saco y acostarse en la cama, camastro, litera, o en lo que toque, para aprovechar a sacar un rato, más allá del contacto y convivencia con peregrinos, para seguir conectada con mi trabajo de investigación sobre **la Tercera España** en la guerra civil española, que acabo de comenzar. Me cuesta llamar trabajo a indagar en temas históricos, es casi una pasión, que solo la entiende quien la vive. Además, tengo la fortuna de que sea mi medio de vida. No puedo decir que me llevo el trabajo a casa, o a mis vacaciones, es más bien que puedo disfrutar de mi vocación en cualquier momento y lugar. Llevo mi Tablet de viaje siempre a punto, como una mascota fiel, una buena compañía que nunca te defrauda.

Me meto de lleno en el tema en cuestión de segundos, olvidándome de lo que me rodea, sin ideas preconcebidas, sin saber a

dónde me lleva, ni las conclusiones por sacar. A menudo acabas llevándote enormes sorpresas que socaban los cimientos de tus convicciones. Todos creemos tener la mente muy abierta, pero qué difícil resulta cambiar de opinión y aceptar que enfocaba un asunto determinado desde una óptica errónea o incompleta. Solemos defender nuestros principios y certezas sin recordar o tener en cuenta como las adquirimos, tal vez condicionados por nuestra educación o nuestro pasado. La vida es continuo cambio, y lo sabemos, pero tenemos la tendencia de apegarnos a nuestras ideas.

Todo lo relacionado con la guerra civil me atrapa la atención de inmediato. Es una historia, no tan lejana en el tiempo, que a los españoles nos resulta muy difícil de comprender, y creo que aún no la hemos asimilado, tal vez porque no nos la han querido contar, o la han llenado de versiones distorsionadas y falsedades. Hay como una idea generalizada de que el pasado cruel y salvaje de una guerra civil entre hermanos es mejor olvidarlo y pasar página. No poder hablar de un suceso histórico, por terrible que haya sido, con libertad y sin miedo a las críticas, indica que no se ha superado, que su memoria y el trauma como nación permanecen enquistados. De hecho, aún quedan cientos de fusilados sin enterrar con dignidad. Enterrar bien el pasado supone conocerlo y no olvidar sus lecciones. La memoria histórica no se debe olvidar dejándola mal escrita. No puede quedar tergiversada, y debe saberse cada rincón oculto. Perder la memoria es perder las experiencias, buenas o malas, y no aprender de ellas. Avergonzarse del pasado es tan estúpido como quererlo repetir a ver si sale de otra manera. En palabras de Ortega: *"El pasado no nos dirá lo que debemos hacer, pero sí lo que deberíamos evitar"*.

La historia de la guerra civil es de una complejidad extraordinaria. Sorprende descubrir como una sociedad con una gran población de gentes sencillas, acabo metida en semejante laberinto. España siempre ha sido un país de grandes contradicciones, con enormes altibajos, con destellos de genialidad o de miserias, y de reacciones imprevisibles, donde las apasionadas ideologías del siglo pasado que prometían un nuevo mundo estaban destinadas a enfrentarse, y se enfrentaron a muerte, para desgracia de quienes vivieron en esos años de vértigo, y de sus herederos.

El viejo conflicto entre derechas e izquierdas continúa escribien-

do capítulos, como esas series que cada año estrenan nueva temporada y nunca se acaban. Afortunadamente las luchas ideológicas de ahora no llevan el rencor y la violencia de tiempos pasados, aunque mantienen vicios fosilizados en demagogias, manipulaciones, lenguajes ofensivos, y falsas verdades, o mentiras, por llamarlas por su nombre.

La República, que en realidad era la segunda, fue el primer intento serio y de calado en tratar de crear una sociedad democrática en España y modernizar un país que soportaba la pesada carga de haber sido un imperio y no sabía como salir de su decadencia y su letargo. Se ha cargado con tanto desprestigio y durante tanto tiempo a la República Española que ha calado en un amplio sector del ideario colectivo, que no se toma la molestia de actualizar sus ideas preconcebidas. La República no es roja o azul, no tiene colores, no es de izquierdas o derechas, no tiene ismos, es un medio para expresar la voluntad de todos y hacerla realidad, que muchos países han adoptado, superando sus etapas de reyes y reinas hereditarios, un anacronismo que aún hoy día se resiste a desaparecer. La toxicidad del régimen franquista y de sus acólitos nos ha hecho creer que era poco menos que la cuna del mal, la culpable de una guerra civil, cosa de rojos y comunistas con sed de venganza; ideas perversas que deforman la historia y que algunos se empeñan en mantener. A la República le salieron enemigos por todas partes, tal vez no estaban los ciudadanos españoles preparados para ser demócratas. Se acusa a los sublevados de querer destruir la República e imponer un régimen dictatorial de corte fascista, al uso de la época, y sin duda es una acusación cierta, pero no es menos cierto que una parte significativa de los que se auto declaraban antifascistas no defendían una república democrática sino una revolución radical y violenta, y no menos totalitaria, siguiendo el ejemplo que había triunfado años atrás en la Unión Soviética, que entonces estaba idealizada y no se conocían aún sus crímenes y atropellos, ni la crueldad de su lado oscuro.

Las ideas políticas enfrentadas demuestran ser un terrible espejismo que nos lleva al conflicto incierto, al fracaso como sociedad y a poner en riesgo nuestra propia existencia. Despejar el espejismo de que nuestra razón es la verdad y la justicia, y la de los otros debe ser aplastada, debería ser una prioridad para toda mente pensante.

A los humanos, a lo largo de la historia, se les ha olvidado muchas veces que todos somos hijos de Dios, de la Madre Tierra, o del Universo, como cada cual considere, y que nuestro destino pasa por aprender a convivir, a compartir, y a erradicar para siempre las miserias de la guerra.

Durante mucho tiempo se ha hablado de "las dos Españas". Benito Pérez Galdós, en 1912, en la publicación de *Cánovas*, su última novela histórica de los *Episodios Nacionales*, en plena crisis de la monarquía borbónica, escribió sobre la existencia de las dos Españas, la división de los intelectuales españoles en dos bloques: el liberal y el conservador, que se arrastraba desde el acogimiento de las ideas ilustradas un siglo anterior, y resaltaba la necesidad del renacer de una España moderada, liberal y sensata que superara el eterno enfrentamiento entre las otras dos.

Los ecos y el dolor de esta dualidad llegaron hasta el poeta Antonio Machado, que veinte años antes de la guerra civil escribió sus famosos versos, en el poema titulado *Españolito*, incluido en su obra *Campos de Castilla*:

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Sería Juan Manuel Serrat, quien le diera música y canción, durante la Transición, haciendo popular una reflexión, que en 1936 no heló, sino que partió corazones, y aún sigue dividiendo en bandos a un pueblo destinado a encontrar su punto de unión.

En los códigos no escritos de la historia actual se considera "la Tercera España" al referirse a aquellos hombres y mujeres que intentaron, sin éxito, durante la guerra civil traer la paz a España, y por este atrevimiento de moderación algunos perdieron la vida o la libertad y a otros les costó el exilio, perdiendo país y su modo de vida. Hay muchos personajes de relieve que podrían encajar en

esa denominación, pero a mí me interesan también otros menos conocidos, todos los que puedan aportar una poco de luz, aunque no fuera su propósito en absoluto.

Curiosamente fue un ucraniano Boris Mirkine Guetzevich, quien acuñó la expresión de Tercera España, en la revista francesa *L´ Europe Nouvelle*, con un artículo del 20 de febrero de 1937, titulado precisamente *La Tercera España*.

Mirkine, era miembro de la Academia de Ciencias Morales y Política y conocido en los ambientes de izquierdas de Madrid. Experto en Derecho Constitucional, en abril de 1933, fue invitado por la facultad de Derecho de la Universidad de Madrid para pronunciar una serie de conferencias sobre el régimen parlamentario en las democracias modernas, con gran repercusión. Mirkine planteaba rebelarse con tener que hacer una elección entre dos terrores, entre dos violencias, entre dos perspectivas. Decía que el modelo de Franco no puede "evolucionar", para sostenerse en el poder, Franco se apoyará en los alemanes y en los italianos, y reinará mediante el terror, lo que excluye toda transición hacia la democracia, pero la victoria de Madrid comporta eventualidades inseguras de este retorno, ya que comunistas y anarquistas habían impuesto unas condiciones bélicas patológicas. Por tanto, no era cuestión de elegir entre dos perspectivas nefastas. Ni la Victoria de Franco, ni la victoria de Madrid, eran garantía de una paz seria y de una vuelta a la libertad y a la independencia internacional. "La política exige soluciones inmediatas, no morales", decía Mirkine, y se precisaba una elección política que se impusiera a las dos perspectivas anteriores. La Tercera España, era la única que asegurará la libertad de su pueblo.

Durante la guerra civil, sobre todo en 1938, diversos intelectuales desperdigados por Europa, proponían crear una corriente ideológica basada en valores democráticos, para mediar en el conflicto y conseguir una paz que diese origen a una Tercera España, y con ello a la superación de las dos Españas que luchaban entre sí en la contienda bélica. Una idea rechazada por ambas partes, y en especial con la reacción frontal en contra de la Jerarquía eclesiástica y del régimen golpista militarista.

Me llama la atención la postura de los pacifistas en la guerra civil. Eran generalmente intelectuales, casi todos en la retaguardia,

o que habían huido, muchos por miedo a ambos bandos, y porque podían, porque huir no estaba al alcance de la mayoría de la población. Abogaban por la paz, ¿Quién no quiere la paz?, pero no es paz una liberación forzada de la guerra y un pacifismo convenientemente obligado. Ante una agresión se puede intentar la paz, pero tal vez no quede más remedio que defenderse del agresor, sobre todo si trata de arrebatarte la libertad y la justicia, aunque aún sean incipientes e incompletas. Recuerdo como me indignaba la postura de los pacifistas cuando estudiaba la segunda guerra mundial. Cuando los nazis estaban perdiendo la guerra, surgían voces ingenuas que pedían llegar a una paz negociada para acabar con tanta destrucción. Semejante despropósito solo permitiría rearmarse a un régimen de criminales para causar mucha más destrucción. Cuando el mal se encarna en la tierra no caben medias tintas, solo se detiene por una fuerza superior a sus instintos asesinos.

También ingenuo, aunque bien intencionado, fue el discurso que el presidente de la República, Manuel Azaña, pronunció el 18 de julio de 1938, justo dos años después del golpe militar, en el Ayuntamiento de Barcelona ante altos cargos del gobierno, diputados y diplomáticos europeos. Las tres palabras base del discurso fueron *paz, piedad y perdón*, con una llamada al fin de la guerra, para dar paso a la paz, el perdón y la reconciliación entre los españoles, y así evitar las terribles repercusiones de la guerra en el plano nacional e internacional, proponiendo la mediación europea para terminar con la guerra. Azaña reflexiona sobre el absurdo de la guerra como solución a los problemas de España, que no se solucionarían con un pensamiento dogmático. Planteaba, en un alarde de utopía que, una vez detenidos los combates, se aprenda *"la lección de esos hombres que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón"*. Fue un discurso ético que nadie aceptó, ni la izquierda española, ni los golpistas, ni tampoco, las supuestas democracias europeas, Reino Unido y Francia, más interesadas en mantener la paz con Hitler y detener el comunismo, que en el destino de España. Decía Azaña que, *"en una guerra civil*

no hay vencedores ni vencidos, no puede haberlos, porque quien pierde es la Nación, y la reconstrucción de España solo es posible con hombres libres". Pero la única paz que todos perseguían era la rendición incondicional de los otros, y no vino luego "la piedad" y "el perdón", sino la paz de los paredones y los cementerios, la venganza extrema. Los perdedores no tuvieron ocasión para demostrar piedad y perdón, pero los antecedentes de la guerra no presagiaban que hubieran hecho algo diferente.

Muchos intelectuales de la España republicana se marcharon al principio de la guerra, y no al final, lo que deshace el mito de una intelectualidad defensora de la República que se exilia tras la victoria de Franco. Se suele creer que se fueron por estar en contra de los crímenes descontrolados que se cometían, y por el miedo a los poderes revolucionarios, sobre todo comunistas, pero yo creo que también por no estar dispuestos a defender con su vida a una Republica imperfecta. Hay una tendencia generalizada entre las personas con mejores mentes y capacidades de un país a desvincularse de la política, que siempre tiene debilidades y contradicciones, con lo que dejan paso a gente mediocre y sin valores. Tenemos malos políticos en buena parte por la comodidad y la cobardía de los que tienen aptitudes naturales para ofrecer un excelente servicio a su sociedad y eligen servir a su individualidad, adornando su actitud de estupendas razones, simple egoísmo encubierto, exceso de "yo".

La Tercera España quería la paz, pero eso por sí solo no es suficiente para legitimarla, porque todos querían la paz, pero cada cual a su manera. La Tercera España fue generalmente republicana, porque era demócrata antes que nada, aunque los hubiera también conservadores y monárquicos. Todos repudiaron la barbarie de los extremistas, de ambos bandos. Su punto de unión era el respeto a la democracia sobre las ideas; respeto a la vida por encima de todo. La razón política y ética estuvo siempre en quienes defendieron a la República y nunca en quienes intentaron acceder al poder mediante un golpe de Estado. Tampoco el estalinismo, que se apodero progresivamente del control republicano, hubiera permitido una democracia en caso de salir victorioso.

No todos los intelectuales de izquierdas fueron extremistas o radicales, ni se desentendieron de sus obligaciones, y dentro de sus posibilidades permanecieron fieles a su ideario intentando hacer

lo correcto, que nunca se sabe bien lo que es en una situación de conflicto. Me interesan en particular los casos de la intelectualidad republicana sin bando definido, o del que se rebelan ante situaciones injustas. Creo que iré investigando personaje a personaje para pasar de las ideas generales a las concretas. Estudiaré casos determinados que, aunque no sean conocidos, ni tengan fama o prestigio, considere que aportan visiones que enriquecen y dan forma a la realidad que ocurrió, que añadirá elementos para entender también lo que ocurre ahora. Un buen trabajo de recuperación histórico es un tesoro rescatado, una joya invalorable, para poner por fin las cosas en su sitio.

Pero ya se me cierran los ojos y me voy a meter en el saco antes de que caiga frita en segundos encima de la Tablet. Mañana dan buen tiempo, promete ser un bonito día, me encanta coger el sueño con esa expectativa silenciosa.

Julio de 1936. Burgos.

El tren llegaba a Burgos con normalidad, aún por la mañana. Desde Briviesca solo son 40 kilómetros que se me hicieron cortos. En la estación todo parecía en orden, como cualquier otro sábado. A pesar de ser un nudo de comunicaciones se veía poca gente, metida en sus cosas, como de costumbre. Nada más bajar lo primero que hice es conseguir el primer periódico disponible. Abrí el Diario de Burgos y encontré enseguida lo que buscaba, devorando el texto con los ojos:

"Una parte del ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República. El levantamiento está circunscrito a determinados lugares de la zona del Protectorado y nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurdo empeño".

"Los jefes y oficiales de la guarnición de Madrid se ponen a disposición del Gobierno. Una parte del ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra la República. Fuerzas de tierra, mar y aire de la República se dirigen contra los sediciosos para reducirles. El Gobierno tiene dominada la situación. La aviación, que permanece fiel al régimen, está bombardeando Ceuta y Melilla".

"No es cierto que se haya declarado el estado de guerra. La noticia es absolutamente falsa"

Debería tranquilizarme la lectura de la prensa, pero me seguía corriendo un cosquilleo interno, una especie de intuición me decía que algo no encajaba. Tampoco acababa de fiarme de los comunicados oficiales, si las cosas iban mal es muy posible que trataran de ocultarlo.

Veo que no hay tren hacia Salamanca hasta mañana domingo, ya me lo habían advertido en la estación de Briviesca. En cualquier otra ocasión pasar un día en Burgos me hubiera encantado, pero ahora no era el momento, tenía que llegar a casa cuanto antes. Cogí mi pequeña mochila y me dirigí hacia una pequeña pensión de la calle Fernán González, por la parte alta de la Catedral, en la que había estado hace dos años, y en la que me trataron muy bien, además el dueño era del sindicato de la UGT y seguro que estaba bien informado.

La ciudad de Burgos se veía esplendida en un día de verano en

el que empezaba a subir el calor. El paseo hacia el centro histórico por la ribera del río Arlanzón, entre zonas de arbolado y jardines, me llenaba de la paz natural que desde ayer me había abandonado. Las agujas de la Catedral, que iban aumentado poco a poco de tamaño, son una guía directa hacia el corazón de una ciudad milenaria. Pasé por el Arco de Santa María, una de las antiguas puertas medievales para salir justo a los pies de la majestuosa Catedral. Te tienes que parar para contemplar semejante maravilla, una obra de arte gótica del siglo XIII, edificada sobre otra anterior del siglo XI de estilo románico. Me parece un privilegio estar delante de tanta belleza. Me encanta todo lo que tiene que ver esas piedras añejas, que unas manos diestras han convertido en las esplendidas iglesias y catedrales que pueblan nuestro país, y eso que no soy una persona religiosa. Rodeé la Catedral sin desviar la mirada de sus miles de detalles hasta subir por una escalinata a la calle Fernán González, que te da una perspectiva desde lo alto. La parte trasera de la Catedral es también de espléndida belleza, me gusta sentarme en un banco un poco más allá, a mitad de la calle, para disfrutar de una vista magnífica. Siempre que he pasado por allí tengo la necesidad de detenerme en ese banco. Hay algo que me atrae de esa visión de la parte de atrás de ese gigantesco templo y de las viejas casas cercanas, que parecen quererse arrimar a ver si se les pega alguna de sus virtudes. Es una mezcla de nostalgia y misticismo que me llena y me calma, no se definirlo, tal vez sea un profundo sentimiento de amor; mejor no ponerlo nombre.

Casi al final de la calle encontré la pensión, y veo que sigue abierta. Muy cerca está la Casa del Pueblo de la UGT en la que se notaba mucha actividad. Entrar y salir gente con prisas, no parecía una buena señal. Llegué a tiempo para comer en la misma pensión, que aún se acuerdan de mí y siguen igual de amables. Después de comer llegó Paco el dueño de la pensión, también con prisas, y conseguí hablar con él en un aparte.

—Hola Paco, no sé si te acuerdas de mí, soy Julián Torres, ya estuve aquí hace dos años. Tuvimos unas largas conversaciones sobre los bienes y males de la nueva República.

—Hola Julián, ya recuerdo, bienvenido de nuevo.

—Supongo que estás bien informado de lo que está pasando, yo estoy un poco inquieto, voy de paso, intento llegar a Salamanca,

pero no hay tren hasta mañana.

—Es un mal momento para viajar, la situación es muy delicada. No se sabe lo que va a pasar, pero todo indica que el levantamiento militar de África está a punto de extenderse a toda España, se nota en que los falangistas están envalentonados. Estamos pidiendo armas al Gobierno, pero insisten en que todo está controlado, creo que tienen más miedo a que estalle una revolución que a los fascistas. Aquí tenemos en el mando militar al General Batet del que nadie desconfía, es totalmente fiel a la República, pero está rodeado de oficiales fascistoides que no son nada de fiar. Los compañeros están muy preocupados, en Burgos hay demasiados militares y si se rebelan no habrá quien los pare.

—En que se os puede echar una mano.

—De momento tranquilo, gente somos muchos, y hay suficiente presencia en las sedes de partidos y sindicatos. Por ahora todo está quieto, Confiemos en que desde el Gobierno se actúe con firmeza. Si me entero de más noticias ya te tengo al día.

Se fue con la misma prisa con la que vino. Aunque me gustaba echar una siestecilla después de comer, no tenía cuerpo, ni siquiera para cabecear. Hice tiempo antes de ir a dar una vuelta por la ciudad y vi un anuncio en el periódico que me iba a ocupar la tarde. En el Teatro Principal, organizado por la sociedad cultural "Amigos de la Escuela" y bajo la dirección del maestro Quesada, tendría lugar un concierto con la interpretación de "Verde verderol", una poesía de Juan Ramón Jiménez adaptada para canto y piano por el compositor Jesús García Leoz, y "La Mañana", uno de los temas de la ópera "El mozo de mulas", de Antonio José Martínez Palacios. Hacía tiempo que quería escuchar en directo esa ópera de Antonio José, como se le empieza a conocer. Es un joven compositor, músico y folclorista burgalés, director del Orfeón burgalés y de la Escuela Municipal de Música, autor del Himno a Castilla, y con treinta y poco de años ya cuenta con un enorme repertorio y un prestigio en auge. Además de su actividad musical imparte conferencias, publica artículos y dirige conciertos, uno de esos genios que elevan un país.

Al concierto había acudido mucho público, sobre todo de la burguesía de la ciudad, se notaba en su cuidada forma de vestir, y en esas sonrisas fingidas y saludos huecos que se dedican los podero-

sos adinerados cuando se reconocen entre sí, y además ocupaban los mejores asientos. Nunca me han parecido gente tan respetable como ellos presumen, y me rechina la cabeza cuando alardean de que con sus fábricas y negocios dan de comer al pueblo. La mayor parte no dudan en estrujar a sus trabajadores todo lo que pueden, sin importarles las condiciones de miseria en las que viven. "Nadie se conforma con lo que Dios les da", como oí decir un día a una de estas señoras enjoyadas a la salida de misa, que no se paró ni a dar limosna a una pobre vieja a la puerta de la iglesia, tal vez ni la vio. Empezó la actuación y me olvidé por completo de esa "pobre gente rica", para disfrutar de la orquesta que acertaban a tocar con precisión y delicadeza. Me parece un gran logro en la historia de la humanidad haber llegado a juntar a un montón de músicos con los más variados instrumentos y lograr interpretar, en perfecta armonía, una complicada composición, con maestría y sensibilidad. Los seres humanos podemos hacer obras sublimes, o caer en los abismos más infames.

Al finalizar el concierto, después de una buena sesión de aplausos me acerqué, junto a muchos otros, a felicitar a Antonio José y ver de cerca al que se está convirtiendo en un auténtico genio de la música: un hombre de presencia sencilla pero firme, gafas redondas con pinta de intelectual y cara de buena persona. Le felicité, nos estrechamos la mano y cruzamos miradas limpias y sinceras. En la mirada reflejamos lo que somos, solo en un instante puedes tener un contacto profundo con una persona. La tarde había sido una grata sorpresa, pero al ir saliendo la gente del teatro se me desvaneció el optimismo cuando volví a detectar un cierto ambiente turbado, aún en medio de una aparente normalidad, con ese nerviosismo silencioso que no presagia nada bueno. Además, observar complicidades entre grupitos que hablaban con demasiado secretismo no ayudaba mucho a relajarse y optar por la tranquilidad. Nunca estoy seguro de si tengo un sexto sentido para revelar mundos ocultos, lo que nadie ve, o solo se trata de mi mente obsesiva que va siempre demasiado deprisa. Conocía a algunas personas en Burgos, pero no reconocí a nadie, el mes de julio es una fecha poco dada a encuentros. Me apresuré a llegar a la pensión, y a tratar de olvidar las preocupaciones, cenar deprisa e intentar ir a la cama para estar entero al día siguiente. La inquietud es muy cansina, te

agota más que una jornada de duro trabajo.

Me costó coger el sueño y me desperté un montón de veces, no acababa de centrarme. Cuando ya había caído cae bien dormido, y en plena noche, me despertó Paco, el dueño de la pensión, zarandeándome y dándome un buen susto.

—Despierta Julián, despierta.

—¿Qué pasa?, aún es de noche, ¿Qué hora es?.

—Son las cinco y media, y los militares se han sublevado, han salido de los cuarteles, dando armas a los falangistas y han comenzado a ocupar la ciudad, con el apoyo de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. Están haciendo detenciones, esto tiene muy mala pinta. Aquí no estás seguro, no tardaran en venir a por mí, y esta pensión será sospechosa de alojar gente de izquierdas. Hay al lado acaban de ocupar la Casa del Pueblo de la UGT, suerte que no había nadie dentro.

Estaba perplejo, no podía pensar con claridad. A pesar de que algo parecido podría suceder, me cogió totalmente desprevenido. Lo primero que pensé es que la República estaba en peligro y podíamos retroceder otra vez, la misma pesadilla de siempre en este país cuando se intenta salir del dominio de caciques y militares.

—Tienes que salir de aquí —dijo Paco—, hay un almacén a la vuelta de la esquina que es de un amigo y de momento puede ser un sitio seguro, y se puede entrar desde el patio trasero sin salir a la calle, lo tengo preparado desde hace días como una vía de escape por si las cosas se ponían mal.

Recogí todo en mi pequeña mochila y en unos minutos estábamos en el almacén, un viejo edificio, no muy grande, lleno de sacos de trigo y patatas y un montón de trastos, con olor a cerrado. Paco me dejó y quedamos que volvería en cuanto pudiera y se enterara bien de lo que estaba pasando. Me senté en una banqueta a esperar y a tratar de decidir qué era lo mejor que podía hacer. A medida que despuntaba el día y la luz se filtraba por unos pequeños ventanales a tres metros de altura, se me iban despejando las ideas, había que actuar con sensatez, sin precipitarse, y sin caer en el pánico. Decidí que iría a la estación a coger el tren que salía a media mañana, como cualquier otra persona que ahora en el mes de julio estaba de viaje, con naturalidad, sin levantar sospechas, además llevaba un documento que acreditaba que era de Salamanca y trabajaba en la

Universidad. Volvió Paco entrando con sigilo desde el patio trasero del almacén.

—La situación se está poniendo muy fea —dijo, con una alarmante expresión en su cara—. Un piquete de infantería recorre las calles de la ciudad proclamando el estado de guerra, leyendo un bando del General Mola, que se ha hecho cargo de la VI División Orgánica. Nada dicen del General Batet, parece que lo han sustituido. Han tomado posiciones por todas partes, hasta han emplazado dos piezas de artillería enfrente del Palacio de la Diputación. Grupos de falangistas, ayudados por la Guardia Civil están deteniendo a todas las personas de izquierdas que pueden, a uno le han pegado un tiro en plena calle por resistirse. Los militares se han sublevado por toda España, no sabemos que pasa por otras partes, pero aquí no hay manera de pararlos, son demasiados, y no tenemos armas.

Me quede sin palabras, pero reaccione enseguida.

—Gracias por todo —dije—, te estas poniendo en riesgo por mí, yendo y viniendo. Creo que voy a tratar de salir de la ciudad en tren, en Salamanca estaré en casa y no creo que nadie allí tenga nada en contra mía.

—Sí no eres de ningún partido supongo que esto no te afectará, pero yo no fiaría mucho, aún no sabemos el calado que tiene este golpe de estado, ni las intenciones de los fascistas; en Italia y Alemania han sido unos asesinos despiadados. En fin, tú decides, si permaneces oculto y te descubren puede ser mucho peor.

Quede de acuerdo con Paco que saldría hacia la estación de tren en un par de horas, ya cuando la gente se mueva para ir a la misa dominical, y así perderme un poco entre la multitud. Nos despedimos con un fuerte abrazo, y nos deseamos suerte.

Salí del almacén cuando comprobé que nadie pasaba o miraba. Las calles estaban casi desiertas, había poca gente que iba a misa, y cada poco rato pasaba un grupo de soldados bien armados que parecían patrullar solo para imponer respeto. No tenía muy claro si llevar mi pequeña mochila era buena idea, porque puede llamar un poco la atención, pero ira coger un tren sin nada de equipaje todavía iba a ser más raro al llegar a la estación.

Llegué al puente para cruzar el río Arlanzón, y había una especie de control de militares con una valla improvisada y una decena de soldados. Al llegar se me acercó uno con cara de inquisidor, y otro

me apuntó al pecho con su fusil.

—¿A dónde va usted, y que lleva en esa mochila?.

—Voy a coger un tren hacia Salamanca, estaba de viaje de vacaciones y tengo que volver a casa. Pueden ver lo que llevo, simples ropas, y aquí tengo un documento que acredita lo que digo.

Las palabras me salían con asombrosa tranquilidad. Revisaron mi mochila y el papel de la Universidad se lo dieron a un cabo, porque no debían saber leer. Lo revisó con detenimiento, me miró, y me dijo que siguiera mi camino. Continué caminando tratando de disimular lo nervioso que ahora me había puesto al tomar conciencia que me acababan de apuntar con un fusil.

En pocos minutos más llegue a la estación, que también estaba tomada por el ejército. Aunque casi no había gente, parecía un día normal. Al acercarme a la zona de la taquilla de los billetes un grupo de cuatro falangistas, pertrechados con su camisa azul, con sus pistolas en la cintura y su chulería habitual, controlaban a todo el que pasaba. Tenía por delante de mí, a una pareja con un niño con dos grandes maletas y un hombre ya mayor sin equipaje. Cruzaron unas palabras con la pareja, que no llegue a entender y los dejaron pasar. Al acercarse el hombre, uno de los camisas azules le reconoció, sacó su pistola apuntándole a la cabeza, y le detuvieron con brusquedad. Se acercaron tres soldados y se lo llevaron, todo en cuestión de segundos. Volvieron los nervios, me costaba respirar.

—¿Quién es usted y que hace aquí?.

—Me llamo Julián Torres, soy de Salamanca, aquí tiene un documento que lo acredita. Todo esto me ha pillado de viaje.

—Todo esto es el movimiento de liberación nacional, el nuevo amanecer —dijo uno de los falangistas con cara de perro, mientras los otros me miraban con una cara aún peor.

El que parecía el cabecilla se puso a leer mi documento de la Universidad. Al acabar me miró fijamente los ojos, como alardeando de que leía el pensamiento.

—Aquí dice que trabaja en la Universidad de Salamanca en Filosofía, donde vaguean un montón de rojos que no saben hacer nada de utilidad

—Yo no soy político, solo me dedico a hacer mi trabajo.

—¿No eres político?, pero sabes cantar “el cara al sol”, ¿Verdad?. Canta, cántalo, ¡ya!.

Estaba extremadamente nervioso, estar delante de estos energúmenos con pistolas me ponía los pelos de punta. Comencé a balbucear, más que cantar:

"Cara al sol con la camisa nueva, que tú bordaste rojo ayer…."

No me sabía más, ni me salían casi las palabras. Levantaron el brazo en alto, el saludo fascista, gritando "viva España", dos o tres veces, pero no supe reaccionar.

—No falla —dijo el más chulo de todos—, no se sabe el "cara al sol" y no reacciona a un "viva España", no es trigo limpio, y encima algo oculta, está cagado de miedo. Que se lo lleven, y ya veremos quién es de verdad.

De inmediato se acercaron otros tres soldados y me llevaron detenido a un cuarto cercano, donde retenían al otro hombre y a otro más, se los veía totalmente hundidos. Yo no debía tener mejor presencia, muy nervioso, y perdido, literalmente perdido, sin saber que me estaba pasando, lo que era seguro es que estaba en el lugar equivocado, el día equivocado. Después de unas horas, junto a otros dos detenidos más, muy vigilados, y sin nadie atreverse a hablar, nos metieron en un camión, y en unos pocos minutos entrabamos en la cárcel de Burgos. No me lo podía creer, pero estaba sucediendo.

La prisión de Burgos era de nueva construcción. No hace mucho, tal vez dos o tres años, había leído sobre su inauguración como un ejemplo del nuevo modelo penitenciario. Creo que decían que tenía cabida para 800 o 900 reclusos. A la vez que entraba nuestro camión entraba otro lleno de detenidos. Nos iban metiendo en un patio grande muy vigilado por soldados, algunos muy jóvenes, que debían estar haciendo el servicio militar, con la mirada atenta de un grupo de falangistas, que golpeaban a todo aquel que abría la boca. Nos pusieron en una larga fila e íbamos pasando ante un funcionario de prisiones que apuntaba nuestro nombre en un libro de registro. Me quitaron la mochila, así que solo me quedé con la ropa que llevaba puesta: pantalón, camisa, una chaqueta y los zapatos. Luego nos metieron en una sala grande donde nos íbamos sentando en el suelo. La sala se iba llenando cada vez más, ya debíamos estar más de 300 hombres y solo había un cuarto con un inodoro que tenía que permanecer con la puerta abierta. Nadie hablaba, algunos llevaban moratones en la cara, el miedo y la angustia se

podía palpar con las manos.

Pasamos allí todo el día, sin comida y casi sin agua, y llegó la noche sin que nadie nos dirigiera la palabra. No recuerdo haber dormido nunca en el suelo sin una triste manta, las noches del verano burgalés suelen ser frescas. Al día siguiente seguían entrando detenidos. De vez en cuando aparecía un viejo de camisa azul con bigote y rostro de piedra, con otros dos grandullones, pronunciaba algún nombre en voz alta ante un silencio sepulcral, se acercaba el llamado, y decía solemne: "acompáñenos", y se lo llevaban sin darle explicaciones. Al mediodía nos repartieron un trozo de pan por persona, al menos los que repartían, funcionarios de prisiones, se disculpaban diciendo que la cocina estaba desbordada, cuidando que no les oyeran los vigilantes.

Ya por la tarde se acercó un militar de rango, tal vez un teniente, con varios soldados y nos dijo que iríamos pasando a un cuarto cercano para tomarnos declaración. Iban entrando y nadie volvía, por una ventana pude comprobar con discreción como a algunos los llevaban unos soldados al interior de la cárcel y a otros se los llevaban los falangistas, a empujones y con malos modos. Un par de horas después me llegó el turno. Un cuarto no muy grande, con la salida enfrente, con una mesa y dos falangistas sentados detrás, otros dos de pie y algunos soldados en un pasillo. En la mesa, haciendo de jefe, el del bigote y cara de piedra:

—¿Nombre?. Y vaya contestando rápido que no tenemos todo el día.

Le dije mi nombre y lo comprobaron en el registro, que ya tenía un montón de hojas. El cuaderno en el que ahora anotaban era distinto, me iba preguntando según el orden de las casillas: nombre y apellidos, filiación, edad, naturaleza, residencia, estado civil, profesión, número de hijos, fecha de ingreso, y un hueco que se saltaba, con las palabreas excarcelación, traslado o fallecimiento. En el margen me hicieron poner la huella dactilar untando el dedo en tinta, y al lado pude ver una casilla que se repetía en todos con lo mismo "detenido en la calle por la fuerza pública".

—¿Quién es realmente usted y que hace fuera de Salamanca?.

—Lo dice el documento de la Universidad que me requisaron en la estación de tren. Soy profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca y estaba de viaje de vacaciones. Solo pretendía volver a

casa. No tengo vinculación con la política.

—Eso ya lo veremos. ¿Tiene en Salamanca algún honrado y respetable ciudadano que pueda dar cuenta de quién es usted?. Si nos oculta algo ahora luego será peor, se lo puedo asegurar.

—Pueden preguntar en la Universidad, no creo que nadie hable mal de mí.

—¿Y su familia?. Veo que no está casado ni tiene hijos.

—Mis padres murieron, y no tengo hermanos. Tengo un tío mayor que vive con su mujer, pero no tengo trato con ellos.

—¿Por qué, por las ideas políticas?. A ver si va ser que sus tíos son de derechas y no quieren saber nada de un comunista, que tanto abundan en la Universidad. Hable ahora que está a tiempo.

—Pues sí, mi tío es muy de derechas, y aunque no tengamos trato no creo que les hable mal de mí. Yo les insisto que no estoy metido en política.

—Ya se verá, permanecerá en prisión hasta que se aclare su situación. Que pase el siguiente.

Tuve la tentación de decirles que mi tío no solo era muy de derechas, sino un falangista radical, pero no era una buena idea, no nos hablamos y estamos enfrentados por lo mal que se portó con mis padres con la herencia familiar. No me fio de mi única familia, y eso es muy triste, siempre me queda un cierto sentido de culpabilidad por no arreglar nuestra relación, pero cada vez que lo he intentado hemos acabado a gritos. Por otra parte, la poca gente que conozco de Burgos son republicanos o cercanos a la izquierda. Solo me queda esperar que con quien contacten en la Universidad les de buenas referencias. Ahora me doy cuenta que firmar en algunos manifiestos no me va a ayudar, y tampoco defender a la Republica en algunas reuniones. Es el colmo, va a resultar que vivir en la legalidad se puede convertir en delito.

A los que salíamos del interrogatorio y nos dejaban en la cárcel nos iban colocando por diversas partes, todas saturadas, salas, patios, pasillos, y en algunas celdas abarrotadas a las que habían quitado las camas para tener más espacio, bien separados de los presos que ya estaban antes y seguían en sus celdas, y soldados por todas partes, paseando sus fusiles.

Pasaron varios días y la prisión se iba reorganizando. Nos servían una comida al día, si es que se podía llamar comida a un ran-

cho horrible, una especie de potaje de color marrón, unas veces de patatas con arroz, o con alubias, con mucho caldo, sin sabor, y un cacho de pan, casi siempre duro. También teníamos una manta con la que cubrirnos y no tocar el suelo. Por las mañanas te podías dar un agua por la cara en los pocos lavabos disponibles, y para lavar la ropa, un manguerazo en el patio con todo puesto, menos mal que estábamos en verano. Seguían entrando detenidos y saturando todos los espacios. De vez en cuando se llevaban a uno o a otro, nos decían que les trasladaban o los liberaban, pero por la forma en la que se los llevaban ya se intuía que los iban a "dar el paseo". Ahora nos dejaban hablar, sin levantar mucho la voz, aunque se iba con pies de plomo, no sabías quien tenías al lado o quien estaba al acecho. No conocía a nadie y prácticamente no había hablado con nadie. Pero una de esas tardes me senté, un poco separado, junto a un hombre mayor que llevaba un buen rato cabizbajo sin levantar la vista, parecía muy hundido. Sin saber porque, tuve un impulso para dirigirme a él, un simple arranque de humanidad.

—Hola, soy Julián, no pierdas la esperanza.

—Me llamo Quintín —dijo levantando la vista y mirándome a los ojos—, y mi esperanza va a durar el tiempo que tarden en tomar referencias y asegurarse de quien soy.

Tenía una mirada limpia y no ocultaba ningún miedo. Su cara delataba una edad avanzada, aunque sus arrugas eran suaves, casi dulces, reflejaba esa belleza que da la edad cuando se trata bien a la vida.

—¿Tan mal lo tienes?.

—Soy maestro de un pequeño pueblo del norte de la provincia. Para el alcalde, un caciquillo de pueblo, soy un cretino, y el cura me odia a muerte, porque enseño a pensar a los niños y no les puede meter el veneno del pecado y sus temores miserables. Es el sacerdote más infame que he conocido nunca. Mi hijo y su mujer, recién casados, han tenido que escapar como unos furtivos y no sé nada de ellos. Están fusilando a la gente sin piedad. Ya ves mis esperanzas. Me hubiera gustado envejecer viendo crecer a mis nietos que nunca conoceré. Pero ya he vivido una larga y buena vida, y tu aún eres muy joven, debes tener la edad de mi hijo, vuestro futuro si me entristece.

No sabía que decir, no era momento para ser cínico y quitar el

hierro a la situación, y más aun estando encerrados con un futuro incierto.

—No acabo de comprender que fijación tienen los fascistas con los maestros —dije sin querer ser condescendiente—, quieren construir una sociedad de incultos y de esclavos, volvemos a la edad media.

—Volvemos a la prehistoria, la edad media no fue tan mala como nos quieren hacer creer, y ni siquiera la prehistoria fue peor que lo que tratan de crear. He llegado esta mañana y es la primera vez que piso una cárcel, pero no tardare en salir, la única libertad que me queda es la más grande, la de encontrarme con Dios. Ya ves, soy cristiano, aunque me repugne una parte de la iglesia, verdaderos hijos del mal. El Dios verdadero está de parte de los que luchan contra la injusticia, contra la pobreza y la opresión de los terratenientes. A la pobre República casi no la han dado tiempo de educar a sus hijos. Había creído que en pocos años todo el mundo acabaría por saber, cuando menos a leer y escribir. Yo tengo la conciencia tranquila, he hecho todo lo que he podido.

—Yo también estoy muy comprometido con esa causa. Iba a la Casa del Pueblo en mi Salamanca natal para dar clases a los adultos, y ponían mucho interés, pero aún espero que esta sublevación les salga mal y las aguas vuelvan a su cauce.

—Dios te oiga, y espero que tú tengas suerte, nunca sabes lo que el destino te tiene reservado, soy pesimista conmigo y con lo que está pasando, pero contigo voy a hacer una excepción, algo me dice que vas a salir de esta.

Qué curioso, le trataba de dar esperanzas y me las estaba dando a mí. En medio de tanta tensión, con la vida colgada de un hilo, aún quedaba alguien mirando de frente a su inminente destino, sin miedo ni rencor, aplastado por las circunstancias, pero irradiando amor y lo más extraño, transmitiendo libertad, no de forma objetiva, algo evidente en una prisión, sino la libertad interna, de espíritu, o como quiera llamarse. Me prometí a mí mismo que pasara lo que pasara iba a mantener la dignidad, haría todo lo posible por salvar la vida, quería vivir, anhelaba vivir, pero no a costa de arrastrarme como un gusano, y si acababa fusilado no iba a zambullirme en el odio y morir de forma mezquina y cobarde, y al menos descubriría lo que hay después de la muerte. No tenía una creencia en Dios o en

la religión, pero me era evidente que tenía que haber algo que diera sentido a la vida, no tenía lógica que toda la complejidad del Universo fuera fruto de la casualidad. No me gusta sacar conclusiones sin una base sólida, por lo que dejaba un hueco, una expectativa en mi mente, que esperaba rellenar, quizá con la sabiduría de la edad avanzada. Por algún inexplicable motivo siempre he creído que las respuestas las encontraría cuando saliera de este loco mundo por las puertas de la muerte.

Solo unas horas más tarde oí que llamaban a Quintín, aunque no entendí los apellidos. Estaba un poco alejado, pero me acerqué sin llamar la atención. Paso al lado mío y cruzamos una mirada fugaz, pero con tiempo suficiente para que me guiñará un ojo y me regalara una sonrisa silenciosa. Me quedé helado en medio de un atardecer caluroso. Aquí la vida no valía nada, nunca había reflexionado sobre lo efímero que puede ser todo y esa vida da un vuelco cuando menos lo esperas, y no se la valora hasta que estas en peligro, a punto de perderla. Si salía de esta, no volvería nunca a perder el tiempo, aprovecharía cada minuto, cada segundo, tenía tantas cosas por hacer, tanto por descubrir y experimentar. Quintín salió, pero no al interior de la prisión, se lo llevaban los camisas azules, con paso prepotente, limpios e impecables, pero solo era la cascara que ocultaba su suciedad, manchados de sangre inocente hasta en su corazón de carbón.

Seguían pasando los días sobreviviendo en condiciones miserables tratados como animales, no acababa de quitarme el peso de la tristeza, la desazón por no saber cual era el siguiente paso, y ese desasosiego estaba en el aire, nos los contagiábamos unos a otros solo con respirar. La cárcel estaba totalmente abarrotada, a veces jugaba a calcular la población recluida considerando los que estábamos en cada espacio y el volumen aproximado de la prisión, que iba conociendo mejor, ya que a menudo nos cambiaban para evitar formar grupos. Cuando llegaba a los mil, me detenía, pero éramos muchos más, no sé por qué me entretenía con un pasatiempo tan masoquista. La vigilancia había cambiado, ya no se veían tantos militares, y a muchos funcionarios de prisiones no se los había vuelto a ver, seguro que entre ellos también se estaban haciendo depuraciones, aun así eran los más amables, si es que quedaba algo de amabilidad en aquel agujero yermo de humanidad. En su lugar

aparecían falangistas y supuesta gente de derechas, pero de edades un tanto avanzadas. Algunos las llamaban "las amas secas", porque no estaban en primera línea de una lucha de la que se sabía muy poco, o tal vez de la caza insaciable de los rojos y antipatriotas. Eran serios y duros, pero no tenían la crueldad de los falangistas jóvenes. La juventud no es precisamente la mejor edad para el respeto y la tolerancia. En cualquier caso, el control de los presos era total. Tenían instaladas ametralladoras en puntos estratégicos, algunas bien disimuladas, y las rondas de soldados eran continuas.

No podías hacer otra cosa que caminar por el patio de la cárcel de un lado a otro para no pensar, nos dejaban porque no tenían donde meter a tanta gente. Entre las caras abatidas me fijé en un hombre joven que me era familiar, menudo, con gafitas redondas, Antonio José, no me lo podía creer. Hace unos pocos días la alta y elitista sociedad burgalesa le colmó de aplausos, y ahora caminaba medio perdido por una prisión aterrorizada. Que yo sepa era una persona apolítica. Me acerque a él intrigado por tanto despropósito.

—Hola Antonio José, no me conoces, me acerque a felicitarte en el concierto del día 18. ¿Qué está pasando?, ¿Qué haces aquí?, ¿Qué locura se está desatando para atropellar también a la música?.

—Hola, ya te recuerdo, no tengo respuestas. En estos días se está perpetrando una persecución feroz contra mucha gente. Yo no soy político, no soy de izquierdas, ni de derechas y jamás he hecho mal a nadie. Supongo que esto se va a aclarar, tengo muchos amigos intentando interceder por mí. Me dicen que me están investigando por publicar artículos, que siempre han sido musicales y literarios, en revistas como *Parábola* de Eduardo de Ontañón o en *Burgos Gráfico*, en la que también colabora mi hermano Julio, que también lo han detenido, y no sé donde está. Es maestro y periodista, y miembro de la UGT de Burgos en la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza. Se está matando a gente sin juicio ni control. Apenas puedo pensar con claridad, la crueldad me supera. Y a ti ¿Por qué te han detenido?.

—Llevo aquí más de tres semanas y solo me han hecho un interrogatorio breve. Soy de Salamanca, profesor de la Universidad, parece que están recabando información sobre mí. Estoy muy preocupado, no pertenezco a ninguna organización, ni a ningún parti-

do, pero tampoco tengo muchos contactos con gentes de derechas. Además, colaboro con programas educativos de la República y enseño a leer y a escribir en la Casa del Pueblo, lo que ahora es sospechoso, tal vez un delito. Nos invade una ola de oscuridad. No te oculto que estoy muy asustado, cada día salen presos en camiones y no vuelven. Dicen que los trasladan, pero sabemos que los están fusilando.

—Esta locura se tiene que detener —dijo Antonio José con un convencimiento forzado—, los falangistas, protegidos por el ejército, están haciendo todo tipo de desmanes. Espero que se imponga el orden y vuelva la cordura. Ten fe, a la gente no se la puede asesinar impunemente.

—Te agradezco tus palabras sensatas. No te quiero inquietar, pero no solo se llevan a militantes destacados de partidos de izquierda o sindicatos, también desparecen maestros y gente de la cultura. Creo que están dispuestos a arrasar todo lo que tenga que ver con la República. Son una banda de asesinos sedientos de venganza y ni siquiera deben saber por qué. Ojalá tengas razón y se acabe este desatino, pero las consecuencias de lo que está pasando van a ser terribles. ¿Sabes algo de lo que pasa en otras partes?.

—La guerra civil parece imparable —continuó Antonio José—. El levantamiento militar ha fracasado en Madrid y Barcelona y en más de media España. Castilla, Galicia, Baleares y Canarias están en zona sublevada. El ejército de África ha pasado a la península y hay fuertes combates en el Sur y también cerca de Madrid; se están creando distintos frentes. En las zonas sublevadas se persiguen a las gentes de izquierdas y en las otras hay muchas zonas controladas por milicias anarquistas, socialistas y comunistas, y creo que están persiguiendo a la gente de derechas. No te puedes fiar mucho de las noticias, pero parece que todos han decidido que matar es la solución. Siento una profunda tristeza que me oprime el pecho y no acierto a ordenar mis ideas.

—Antonio José, hay quien está observando todo lo que hacemos, creo que es mejor que no te vean mucho conmigo. Sí van a por mí te va a perjudicar. Espero que tengamos suerte y salgamos de esta.

Parecía que Antonio José tenía que hacer un esfuerzo para hablar, asintió con la cabeza. Nos dimos un fuerte apretón de manos

tapándolo con nuestros cuerpos y nos mezclamos entre los demás presos de mirada perdida. Se respiraba el miedo y la incertidumbre. Estábamos en el peor lugar del mundo, en el peor momento, a las mismas puertas del infierno.

Tenía muy pocas conversaciones, no era muy inteligente hablar con gente que podía estar infiltrada haciéndose pasar por represaliado para recabar información. Pasó otro día más, que cada vez se me hacía más insoportable. No entendía como tardaban tanto en investigarme, supongo que estaban desbordados, y puede que en Salamanca estuviera pasando lo mismo. Las condiciones eran penosas, durmiendo en el suelo, sin casi higiene, y con una comida infame que no merecía ni tener nombre y encima escasa, irrisoria, una sola vez al día. Nunca había pasado hambre, y era una sensación demoledora, comenzaba a comprender el dolor de tanta gente que pasa hambre en el mundo, las cosas solo se entienden de verdad cuando te pasan a ti mismo.

En uno de esos paseos por el patio me encontré a Rafael, el amigo de Antonio Benaiges que nos facilitó el transporte el día que me fui. Nos miramos con sorpresa, y con dolor contenido.

—También a ti te han detenido —me dijo Rafael—, no tienen freno, están desbocados. Te tengo que contar algo horrible, pero vamos a sentarnos en un aparte, como si fuera una coincidencia.

Ambos caminamos entre la gente y nos fuimos a sentar en un lado del patio, en el suelo como de costumbre. Espere a que hablara con el corazón encogido, me vino a la mente la imagen de Antonio, y en ese momento odie ser intuitivo.

—Te lo voy a decir sin medias tintas, han asesinado a Antonio con una crueldad extrema. Ha sido uno de los primeros asesinados por esta horda de canallas.

A pesar de esperarlo, me quede petrificado.

—Lo detuvieron los falangistas el mismo día de la sublevación —continuo Rafael—, el 19 por la mañana, en la Casa del Pueblo de Briviesca que, ingenuamente, él y algunos otros creían poder defender. Le dieron una paliza terrible, delante de sus compañeros. Le querían hacer decir "Viva España", pero decía "Viva la República" y cada vez que lo hacía le pegaban un culatazo de fusil en la boca. Ya sabes como era Antonio, impulsivo y apasionado, nunca sumiso, y lo pago muy caro. Lo pasearon por todo Briviesca, en una camione-

ta, atado y semidesnudo, ensangrentado, con los dientes y la cara destrozados, tocando la bocina para que todo el mundo viera lo que les pasa a los rojos. El pueblo estaba aterrorizado, mientras los desgraciados fascistas alardeaban de su acto cobarde, amparados en sus armas. Esa misma noche lo mataron y lo enterraron por algún lugar del monte. Siento tener que decirte esto, yo todavía estoy destrozado, jamás podría imaginar lo que puede hacer la maldad de los hombres.

No pude evitar que las lágrimas me cayeran por la cara y también Rafael derramaba las suyas. Hubiera deseado estallar a llorar pero me contuve y comencé a pensar en la tragedia que suponía destruir a un ser como Antonio Benaiges, no solo por un crimen tan espantoso, sino también por la pérdida de una persona íntegra y honesta, por el final de un genial maestro, de un espíritu libre, y el ocaso de la ilusión de una nueva España, arrasada por la ignorancia y la barbarie. Los niños de Bañuelos de Bureba ya no conocerían el mar, y yo no volvería a ver a mi entrañable amigo. Traté de recuperar la compostura interna, en mi exterior disimulaba mi dolor.

—En Briviesca, está habiendo una represión feroz, sin medida —siguió Rafael, secando sus lágrimas con la manga de su camisa—, han detenido a más de 200 personas, casi todo hombres y a muchos ya los han fusilado. Los llevan por la mañana temprano al monte de la Pedraja, cerca del pueblo de Villafranca Montes de Oca. A mí me detuvieron anteayer, me iba ocultando por distintos sitios, pero si no me entregaba harían daño a mi familia y me entregue, no podría vivir si le pasa algo a mi mujer o a mis hijos. Algunos querían fusilarme de inmediato, ya sabes que soy el presidente de la Agrupación Socialista de Briviesca, pero tengo mucha relación con gentes de derechas influyentes, por la fábrica de yeso y como contratista de obras públicas, he hecho muchos favores, y no se han atrevido conmigo, pero se han lavado las manos como Pilatos y me envían a la capital para que se encarguen otros. Hay gente intentando avalarme, pero después de todo lo que voy viendo, incluso con personas menos comprometidas que yo, tengo muy claro que mis días están contados. Pero como se suele decir, la esperanza es lo último que se pierde.

Me volvía a sorprender la entereza de Rafael, me parece heroico enfrentarse a la mismísima muerte con la frente alta. No sé si yo

estaré a la altura, según lo que les llegue de Salamanca me puede pasar cualquier cosa. Pero mi cabeza volvía a despejarse.

—¿Qué sabes de lo que está pasando por otras partes?, —dije—, aquí no nos estamos enterando de casi nada.

—Estamos en plena guerra civil. La sublevación militar estalló primero en África el día 18 y luego por toda España el 19. Casi todo el ejército se levantó en armas y se las facilitaron también a los falangistas y otros grupos radicales de extrema derecha, e hizo lo mismo la mayor parte de la Guardia Civil y una parte de los Guardias de Asalto. La República se quedó de repente sin ejército y sin casi policía, pero el pueblo ha reaccionado de inmediato, con los anarquistas de la CNT y los socialistas de la UGT al frente y con todos los demás partidos de izquierda y los nacionalistas vascos y catalanes, y pararon la sublevación en Madrid y Barcelona y en la mayor parte de las grandes ciudades y son ellos los que han tomado el poder. Se está produciendo toda una revolución que no es nada fácil de entender, mientras la República se trata de recomponer. El país está dividido en dos. Para que te hagas una idea general, por una parte, la zona sublevada, que se hacen llamar nacionales y patriotas, como si los demás no tuviéramos nación ni patria. Esa zona nacional coge Castilla, Galicia, parte la cornisa cantábrica y de Aragón, Navarra y parte de Andalucía, y también las islas Baleares y Canarias. La parte aún republicana, si es lo que acaba siendo después del movimiento revolucionario, coge el resto de España, Asturias y el País Vasco, parte de Aragón, Cataluña y toda la franja mediterránea y una amplia zona en el centro. Hay fuertes combates por todos los frentes que están en continuo movimiento. El ejército cruzó desde África ayudado por aviones alemanes, y van avanzando por el Sur y tratan de cercar Madrid. De Barcelona han salido columnas anarquistas y del PSUC que tratan de liberar Huesca y Zaragoza. Es todo muy confuso, todo esto lo vamos escuchando por la radio, nadie sabe del todo bien que es lo que está pasando. Aquí en Burgos él golpe en la madrugada del día 19 se adelantó unas horas a las otras unidades sublevadas de la península, por eso nos pilló aún más de sorpresa. Al General Batet, el jefe de la VI División Orgánica, le arrestaron sus oficiales, ha sido el único jefe de División que ha permanecido fiel a la República. El mando en su lugar lo ha tomado el General Mola desde Pamplona, el peor de todos los

golpistas, ha lanzado una mensaje que hemos interceptado y literalmente dice: *"Hay que sembrar el terror.., eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros"*. En esta cárcel a los presos de derechas que permanecían condenados y pendientes de juicios les han soltado a todos, y esos son los que tienen más sed de venganza. Se está desencadenando una matanza sin precedentes que destroza familias enteras.

Nos quedamos un rato en silencio, no se me ocurría nada que decir. Me venía la imagen del asesinato de Antonio y me volvían a correr las lágrimas por la mejilla, y encima contagiaba a Rafael, que arrastraba un dolor mayor que el mío.

—¿Tu como lo tienes? —preguntó Rafael, un poco extrañado de que estuviera aquí.

—Me detuvieron el día de la sublevación, sospecharon de mí al querer coger un tren en la estación, me puse nervioso y no estuve acertado al contestar sus preguntas. Están esperando informes sobre mí de Salamanca y eso me mantiene en una inquietud permanente En la Universidad hay buena gente, pero también hay algunos indeseables. No soy militante de ningún partido, pero no he ocultado mi apoyo a la República. Me paso el día medio asustado con algún que otro brote esporádico de optimismo, y cada día que pasa me desmoraliza más el trato degradante que nos dan, y ver como dan palizas y se llevan a la gente a fusilar.

—Bueno, aún puedes salir bien parado —dijo Rafael—. No te puedes derrumbar, hazlo al menos en honor a la memoria y al valor de Antonio. Yo estoy más que fichado, hay ojos por todas partes y es mejor que no nos vean juntos, seguro que te va a perjudicar.

Aquellas palabras me llenaron de entereza. Nos separamos deseándonos suerte y con la falsa esperanza de que nos veríamos pronto, tomando unos vinos, y charlando en libertad. Pero a medida que nos alejábamos por el patio sentía una soledad inmensa, una losa demoledora que me aplastaba y hasta me costaba respirar. Nunca se me podría haber pasado por la imaginación que iba a acabar en una prisión, con riesgo de ser fusilado, sin haber cometido ningún delito, ni haber hecho el menor mal a nadie. Me desesperaba estar viviendo en primera persona el desmoronamiento de mi país y ver a la maldad campeando a sus anchas. No tuve que esperar mucho para clarificar mi destino, ese mismo día pronunciaron

mi nombre.

Dos falangistas me llevaban a uno de los cuartos donde interrogaban y golpeaban a los presos, y la mayor parte no volvía. No tenía miedo, intentaría defenderme con mis mejores palabras, me había desaparecido el desasosiego, yo era el primer sorprendido.

—Vaya ¿A quién tenemos aquí?. Julián Torres, mira lo que nos dicen desde Salamanca —dijo el viejo camisa azul de bigotes del primer interrogatorio, con tono de reproche—, ya le advertí que era mejor decir la verdad, a nosotros no nos la pega nadie.

Una punzada se me hinco en el estómago, un síntoma evidente de que estaba en peligro, Me colocaron de pie delante del viejo, que estaba sentado detrás de una mesa con unos papeles en la mano. A cada lado dos tipos enormes me miraban con atención y con desprecio.

—Tenemos tres testimonios —continuo el interrogador—, que nos aseguran que estamos ante una persona vinculada con los rojos más indeseables de la Universidad.

—¿Quién dice eso? —pregunte con indignación.

Un fuerte bofetón con la mano al revés, de uno de los que tenía al lado, me partió el labio y comencé a sangrar.

—Habla cuando se te pregunte —dijo el matón que me había golpeado.

—No es asunto suyo saber quién ha informado. —siguió el viejo—. También sabemos que es un asiduo de la Casa del Pueblo, y además su tío, por cierto, un buen patriota, dice que hagamos lo que tengamos que hacer, que no avala a un desgraciado como usted. Ni en su familia le aprecian, esa es la mejor prueba de su calaña. Si tiene algo que alegar dígalo ahora.

—No pertenezco a ningún partido ni organización, aunque me relacione con todo el mundo, sean de izquierdas o de derechas. Voy a la Casa del Pueblo a enseñar a leer y a escribir. No sabía que esas cosas ahora se consideran un terrible delito como para estar encarcelado tratado como un animal.

Me propinaron un puñetazo por cada lado, uno en la tripa, que me cortó la respiración y otro en la cara que me tiro por el suelo. Sangraba por la nariz y por una ceja abierta. Uno de ellos me levantó agarrándome por los pelos. Seguía sorprendido por no estar cagado de miedo. El viejo del bigote se puso en pie y sentenció con

solemnidad:

—Encima de rojo asqueroso, con soberbia. Llevároslo a la celda y que salga con el viaje de mañana.

Me quedó claro que mañana me iban a fusilar. No acababa de asimilar que unos ignorantes sin escrúpulos pudieran disponer de la vida de los demás a sus anchas. Una ola de indignación corrió por todo mi ser y me lancé a decir con rabia:

—Solo sois una banda de asesinos cobardes. Cuando lleguéis a ese juicio final vuestro, podéis estar seguros que arderéis en el infierno

Ahora los golpes me llovían por todas partes, caí al suelo y siguieron con patadas, solo pude cubrirme con los brazos.

—No perdamos más el tiempo —dijo el viejo—. Llevaros a este desgraciado y traer a al siguiente.

Me llevaron a rastras hasta una celda al final de un pasillo, y de un empujón, me arrojaron dentro. Quedé tendido en el suelo y perdí el conocimiento.

Recobré el sentido sin saber cuánto tiempo había pasado. Me dolía todo el cuerpo. Estaba recostado en un lado de la celda con mi cabeza sobre una manta. Mire alrededor, era un amplio espacio, al que le llegaba una luz escasa desde una pequeña ventana elevada. No había camas, solo un montón de presos sentados o tumbados en el suelo, tal vez 20 o 25 personas abatidas, muchas de ellas con moratones y marcas en la cara. Alguno se había tomado la molestia de ayudarme y ponerme una manta de almohada. Me reincorporé y traté de comprobar si además de dolores tenía roto algún hueso, no lo parecía. Mi cabeza volvía a funcionar y tome conciencia de mi precaria situación, con la paradoja de la preocupación por las lesiones del cuerpo, cuando en unas horas lo iban a destruir. Pensé en quien habría dado informaciones contra mí, y no se me ocurría nadie, lo que era evidente es que debajo de la aparente educación de mucha gente se esconde una falsedad detestable. Pero aún era peor la miserable actitud de mi tío, a pesar de nuestras diferencias, me costaba entender que me abandonara a la muerte, era su retorcida venganza porque mis padres no permitieron que mangoneara la herencia de los abuelos, otro que vivía en su particular infierno.

—Vaya, ya vuelves en sí —dijo el hombre que tenía al lado ba-

jando mucho la voz—. Me llamo Teo, te han dado una buena estos cabrones.

—Me llamo Julián, supongo que tú me has puesto la manta, gracias, últimamente no es fácil encontrar buenos modales.

—De nada, estaría encantado de invitarte a un buen vino, pero ya nos ves. Supongo que ya te imaginas lo que nos tienen preparado para mañana —dijo bajando aún más la voz para que nadie nos escuchara—, estaríamos en capilla si fuéramos meapilas como ellos.

—Ya sé lo que hacen estos asesinos, y lo que nos espera, aunque aún no me acabo de creer lo que está pasando —dije también en voz baja—, pero te veo muy entero, ¿Cuál es tu secreto?.

—Nada se puede dar por perdido antes de tiempo. Nos llevaran a fusilar en grupo y hasta el último momento puede haber una mínima oportunidad. Tú no pareces estar agarrotado de miedo como los demás. Puede que nos esposen por parejas y somos muchos, espero que seas bueno corriendo si llega el caso. Mañana permanece a mi lado y bien atento, y confía en la suerte, igual viene de cara. Intenta dormir todo lo que puedas, si llegamos a tener alguna ocasión más vale que estés todo lo descansado posible.

No me costó nada caer rendido, de puro agotamiento, al menos los golpes me iban a ayudar a olvidarme de esta pesadilla. Ningún sueño, por horrible que fuera, sería peor que esta realidad.

A la mañana siguiente, nos levantaron de madrugada, nos hicieron poner en fila y al salir a un patio nos esperaban dos camiones del ejército y un par de coches con el yugo y las flechas de falange, y un montón de soldados y camisas azules, muchos apuntándonos con fusiles y pistolas. Como dijo Teo, iban poniendo una esposa cada dos personas, así subieron a la mitad de presos al primer camión, con varios militares armados en la parte trasera, y a un par de parejas al segundo, pero ya no tenían más esposas, parece que hoy tenían más trabajo de lo habitual. Oí al falangista que estaba al mando, tambien con bigote y mala leche, aunque más joven que el interrogador, echar la bronca a otros dos, que parecían temerle, y también decir a los conductores, como en un aparte, que un camión iba para Estepar y otro para La Pedraja. Subimos al segundo camión, apuntados por varias armas y cuando iban a subir los tres

últimos, uno de ellos entró en un ataque de pánico y comenzó a gritar que se equivocaban, que estaban cometiendo un tremendo error con él, y empujó a un soldado que tenía al lado y le tiró al suelo, al mismo tiempo que un falangista le apuntaba a la cabeza con su pistola y le descerrajaba un tiro a bocajarro.

Cayó desplomado, inerte, como un muñeco de trapo. Me fijé en sus ojos perdidos y en la fragilidad de un cuerpo al que se retiraba la vida con tanta facilidad. Sin embargo, un aura de luces se dibujaba a su alrededor y se dirigían a un punto un poco más elevado donde se abría un canal luminoso, de una belleza extraordinaria, con una fuerza de atracción irresistible. Dirigí toda mi atención a ese canal olvidándome de todo, de mí mismo y de mi entorno y me dispuse a penetrar de lleno en ese espacio indescriptible de pura luz, cuando un chasquido me trasladó en un instante a otra realidad que me era muy familiar.

****

—No puedes seguir en el Registro Akáshico el proceso de una muerte que no fue la tuya. No tienes autorización para trascender ese nivel y al intentarlo salta la conciencia y te saca del registro.

Reconocí de inmediato esa voz inaudible que me llenaba de paz y confianza. Volví a percibir la liberación de estar fuera del cuerpo, que permanecía bien dormido en un albergue del Camino de Santiago. Había profundizado tanto en la experiencia de la vida pasada que volvía a revivirla con toda su intensidad, en unos momentos de intensa dureza. Sin embargo, era alentador descubrir que había actuado con dignidad y valentía ante una prueba enorme, y que no me doblegaba el odio y el rencor.

—En este plano no encontraras limitaciones que pertenecen a los tres mundos del plano objetivo, no hay cuerpo físico, ni emociones, ni mente, solo conciencia y luz. Las consultas en el Registro Akáshico conciernen solo a lo vivido en una determinada reencarnación y allí seguirán eternamente grabadas. Se corresponden con exactitud con los sucesos de ese tramo minúsculo de tu larga historia evolutiva. Cada vida queda registrada en las coor-

denadas físicas en las que se desarrolló, por eso su revisión está limitada a esos parámetros. Cuando estás en este mundo, todas las vivencias objetivas parecen sueños, y lo son, pero solo desde una visión iluminada libre de vehículos de manifestación objetiva. Lo que sucede en este plano no necesita ser registrado, se conoce con plenitud transparente, en este eterno ahora que trasciende el tiempo.

Tenía la certeza de que exploraba el Registro Akáshico sin ningún atisbo de curiosidad, sino simplemente por ser el momento adecuado y disponer del grado de intuición necesario para alcanzar comprensiones que a su debido tiempo se precipitarían en mi actual vida física. No había nada que analizar, eso era un hábito cerebral que aquí no tenía cabida

Mi vehículo físico estaba a punto de salir del sueño y me llamaba de vuelta.

II. Camino de Santiago, Ruesta.

Tan pronto como se empezó a ver algo de la luz del amanecer salí de Jaca en dirección al pequeño pueblo de Arrés. Era una estupenda mañana, un poco fresca, pero ideal para mover las piernas. En la guía ya se advertía que algunos tramos eran andaderos junto a la carretera, que no suelen ser del agrado de caminantes, pero yo encontraba su encanto. Los coches circulaban imbuidos en sus mundos mientras caminaba al margen, absorta, como si otra dimensión mágica se abriera junto a una simple carretera.

Me había imaginado, los días previos al comienzo del camino, la libertad que sentiría al no tener que hacer nada más que caminar, pero me había quedado corta. Tomar conciencia que tienes por delante un día sin obligaciones, sin que el tiempo te presione, y que la vida se abre ante ti sin exigirte nada, es una maravilla, un privilegio, la forma más sencilla de enfocar la existencia. Pensaba en la cantidad de motivos que nos creamos para estar ocupados con mil cosas y pensar en otras mil más, y como se nos escapa de las manos la singularidad de cada instante. Que fácil resultaba todo dando un paso detrás de otro sin ninguna prisa, y con lo que me gusta reflexionar, iba a ser un viaje para no olvidar.

Un desvío marcaba hacia el antiguo Monasterio de San Juan de la Peña, lleno de historia y leyendas, pero no lo seguí porque la etapa sería demasiado larga, aun así, van a ser más de veinticinco kilómetros, hay que dejar bellezas pendientes para nuevas ocasiones.

Después de pasar por el pueblo de Santa Cilia, de más andaderos y de una peculiar senda con montoncitos de piedras entre árboles, se llega al pueblo de Puente La Reina, en realidad unas cuantas casas al lado de un largo puente de arcos sobre el rio Aragón, que da su nombre a la villa, Puente La Reina de Jaca, que a menudo se confunde con Puente la Reina de Navarra en la otra variante del camino francés a la que llegaré en tres o cuatro jornadas. No me había cruzado con peregrinos, solo acerté a ver a dos muy por delante de mí, pero los acabe perdiendo de vista.

Me paré a comer un bocadillo al mediodía a orillas del río, que nace en las cercanas montañas del Pirineo y venía con un buen caudal de agua de deshielo, transparente y muy fría, una corriente de

vitalidad renovada en continuo cambio. El lugar era perfecto para echar una cabezada arropada por el murmullo de las aguas, una melodía natural idónea para caer en dulces sueños. Al cabo de un rato desperté con una sensación de frío, muy propia al estar en la ribera de un río, hasta las mejores siestas tienen sus pegas.

Para llegar al albergue de Arrés, final de jornada, quedan cuatro kilómetros de subida prolongada por un caminito estrecho entre matas y matojos, que poco a poco te va elevando sobre el horizonte, dejando a la vista un bello paisaje, con las majestuosas montañas al fondo, en las que todavía se ven sus partes altas y sus cumbres manchadas de blanco. Aunque el día no es muy caluroso, el esfuerzo y las piernas cansadas empiezan a pesar, y cuando a lo lejos ya se ve el pueblo se hace pesado el último tramo, parece que nunca se acaba.

Llegar a la pequeña localidad de Arrés por esta senda te sitúa en tiempos pasados. Sólidas casas de piedra en lo alto de una cresta rocosa, en la que se dibuja la torre de un viejo castillo fronterizo del Reino de Aragón, del siglo XI, que domina arrogante todo el valle. Al entrar vas directa al albergue de peregrinos "La casa de las sonrisas", en el que con una calurosa acogida me reciben una alegre pareja de hospitaleros, sentados junto a una mesa ofreciéndome un zumo o un vaso de agua fresca.

—Bienvenida peregrina —me dice la amable hospitalera, con un suave acento andaluz, que a pesar de su pelo blanco y alguna arruga parece joven, y tiene el libro de registro en la mesa—. ¿A quién tenemos el gusto de conocer?.

—Hola, soy Raquel, Raquel Escartín, por si lo queréis apuntar.

—Apúntate tú misma en el libro, y vas rellenando las columnas, nombre, apellidos, de dónde vienes, cuando has salido, y alguna cosa más. Aquí enseguida os ponemos a trabajar, te invitamos a compartir todo lo que hacemos. Nosotros somos de un colectivo de hospitaleros voluntarios, que estamos en periodos de quince días, y ofrecemos con gusto nuestro servicio al camino, que también hemos hecho y al que estamos muy agradecidos. El albergue es de donativo, hay una caja en el pasillo en la que se recogen las aportaciones voluntarias que cada cual considera, y si no se puede dar no pasa nada, no nos mueve el dinero sino el espíritu de fraternidad del camino, y siempre funciona, lo que se recoge hoy sirve

para abrir el albergue mañana y así sucesivamente; hasta el mismo edificio se ha construido con aportaciones de peregrinos. A las ocho habrá una cena comunitaria, como somos pocos la preparamos nosotros mismos, pero puedes luego ayudar a fregar los platos. Mañana antes de marchar preparamos el desayuno para que os vayáis con fuerzas de reserva.

En la mesa donde me apuntaba, y de paso sellé la credencial, había unos llaveros de madera de boj con el dibujo de la fecha amarilla del camino, que otro hospitalero regalaba a los peregrinos. Creía que eran pareja, pero me aclaró que era alemán y llevaba ya unos cuantos años en España. Después de una jornada caminando, que te reciban con los brazos abiertos, te produce un agradable sentimiento de hermandad y de esperanza por el futuro. Sin duda estaba en un auténtico oasis de verdaderos voluntarios, llenos de "hospitalidad", esa especial cualidad humana para "acoger y agasajar con amabilidad y generosidad a los invitados o a los extraños". Aquí la llevaban más lejos y la completaban con ese amor sincero que te hace estar como en tu propia casa.

El pueblo de Arrés es de una especial belleza, ubicado en la ladera de la montaña, bien orientado al Sur-Este, con preciosas casas de piedra, apretadas entre callejas estrechas, con su pequeña iglesia y la torre en lo más alto, y con extensas vistas en todas las direcciones. El albergue se había construido en piedra y madera, en la antigua escuela, repartido en tres plantas, la más alta daba a la calle de entrada y la más baja a otra inferior. Dos cuartos con literas, baños y duchas y una cocina-comedor, todo en escala reducida, pero supongo que suficiente. En la habitación voy a estar acompañada: una pareja de jóvenes catalanes, de la zona alta de Girona, de Ripoll que no tardan en decírmelo, para algunos su lugar de nacimiento es su principal seña de identidad; una mujer española, de mediana edad, del norte como dice ella, sin ocultar su acento asturiano, y un simpático francés, ya entrado en años, que habla poco y sonríe con amabilidad.

Después de la ducha, que a veces es uno de los grandes placeres de la vida, y de sentarnos un rato en tertulia en la puerta de entrada, a la espera del último peregrino que no parece llegar, los hospitaleros nos invitan a ver la iglesia y acabar junto a la torre viendo la puesta del sol que según dicen no tiene nada que envidiar a los

mejores atardeceres en el mar de la isla de Ibiza.

La iglesia de Arrés es una pequeña joya que resiste el paso de los años. Aunque no es muy antigua, del siglo XVI, con incorporaciones posteriores, tiene ese aire de lugar de culto de un pueblo antiguo y encaja con el resto de las casas que no hace mucho han sido rescatadas del abandonado. Al entrar y volver la puerta de madera ajada y descolorida, el chirrido de las bisagras ya nos anuncia que damos un salto en el tiempo y entramos en una realidad paralela. A primera vista todo parece olvidado, bancos de otro siglo, paredes con antiguas pinturas desconchadas, y viejas tallas de santos; pero al ir enfocando los ojos descubres un espacio que aún conserva la energía que da solidez y misticismo al conjunto. El retablo principal orientado al Norte, tiene unas cuantas figuras entre las que me fijo en la de la derecha, Santa Águeda, la patrona de las mujeres y según nos cuentan nuestros guías también patrona de este pueblo. Se representa con los pechos cortados en un plato; hay algo macabro en la tendencia de llenar de mártires los altares, nunca me ha gustado que las ideas y las creencias se apoyen en las muertes violentas de sus defensores. A un lado del retablo se eleva un discreto púlpito de obra, que hasta parece demasiado para un espacio tan reducido. Llama la atención una pila bautismal en una sola pieza de piedra cuadrada, ya que acostumbran a ser redondas, además está medio empotrada en la pared, como si quisiera permanecer escondida. Puede que se haya ocultado ella misma en protesta porque ya no hay niños que bautizar desde hace una eternidad. En la parte Sur se sitúa un coro sobre un buen armazón de madera con un gran atril también de solida madera, con cuatro caras donde apoyar las partituras. Es un atril solidario, como todo por aquí, los cantores iban caminando alrededor del atril y cada vez que una voz acababa su parte volvía la hoja de la partitura para que la siguiente voz pudiera seguir cantando.

El atardecer junto a la torre, en un magnífico mirador natural, superó con creces las expectativas puestas por los hospitaleros. El sol se escondía en las montañas pintando el cielo de colores rojizos y violetas, que nos dejaron a todos envueltos en calma y silencio. El crepúsculo es como una puerta abierta a otro mundo por el que se cuela una belleza desconocida, acompañada por la presencia de sutiles energías, de esas que te liberan y te llenan de una profunda

paz que no se puede describir.

La cena comunitaria en un albergue después de un largo día de ejercicio físico es siempre bien recibida, aún más cuando te la preparan con cariño y encima con buena mano. Ensalada variada, macarrones con tomate y queso, yogurt de postre, y una generosa jarra de vino en la mesa, que enseguida nos soltó la lengua, hasta con debate incluido. En un momento de silencio el joven catalán hizo un comentario:

—Me ha sorprendido ver tantas parcelas casi improductivas, de secano, con un río cerca, no me extraña que los pueblos se vayan quedando abandonados, en mi tierra…

—Ya le salió el ramalazo catalán —le cortó la asturiana—. Te has parado a pensar que no sean terrenos aptos para muchos cultivos, por la composición de la tierra, por el clima, o por cualquier otro motivo. Hay zonas con menos recursos que otras y eso no quiere decir que la gente no sepa trabajar o sean menos listos y no tengan iniciativas.

—O que la propiedad este mal repartida —añadió la hospitalera, con su acento andaluz que no necesitaba decir que era del sur—. La mayor parte de la gente emigra cuando no le queda otra, nadie quiere dejar sus orígenes.

El joven sacaba argumentos para justificarse, por algo era profesor, pero no le escuchaba ni su pareja, y allí no había ganas de discutir. Últimamente tampoco a mí me gustaba tratar de convencer a alguien, es una pérdida de tiempo, cada uno se atrinchera con su idea, y además no creo que nadie tenga el derecho de decirte que pensar, es un vicio muy de los intelectuales que me aburre.

Seguía la animada conversación en la que todos nos adaptábamos facilitando la comunicación, se mezclaba el español y el francés, y un montón de gestos que todos entendemos. Éramos pocos pero subían los decibelios, algo tendría que ver el vino, y en esas se oyó llamar a la puerta con unos golpes secos.

Una mujer jadeante llegaba casi al final de la cena, alta y fuerte, de unos cuarenta años, con una mochila pequeña y una sonrisa de oreja a oreja. Hace falta valor para caminar a una hora avanzada en medio de una noche oscura, y con la temperatura bajando.

—Hola, hola a todos, me llamo María, gracias que he llegado —dijo chapurreando el español y con un inconfundible acento por-

tugués—, no he calculado bien, pero el "Santi" siempre te protege cuando se le necesita.

Y seguía regalando sonrisas. El "Santi" debía ser Santiago, el santo del camino; no está mal esa confianza, pero tampoco está de más tomar precauciones y no forzar a tu suerte. Los hospitaleros la atendieron al momento con su cariño habitual. Venía hambrienta y ya tendría luego tiempo de ducharse. Vaya si tenía apetito, repitió de todo ante la cara de felicidad de la hospitalera que decía que la comida se tenía que acabar.

—Alguien quiere cantar —dijo el hospitalero alemán, que además del idioma había cogido rápido las costumbres españolas.

—Si queréis os puedo cantar un fado portugués —dijo María al momento.

Ante nuestra total aprobación, saco un chal lleno de formas coloristas sobre fondo negro, se lo echó por encima y nos cantó un fado precioso, dulce y triste a la vez, que nos dejó con la boca abierta; nos había llegado al corazón y además nos contagiaba su alegría y sus sonrisas.

—Ahora os canto yo una canción en francés, que conocen muchos peregrinos y seguro que también conocéis —dijo el francés, Jean-Paul, haciéndose entender.

Y se lanzó a cantar, y enseguida le acompañaron los hospitaleros y la asturiana, con buena armonía y entonación:

Tous les matins nous prenons le chemin
tous les matins nous allons plus loin.
Jour après jour la route nous appelle
c'est la voix de Compostelle
Ultreia, ultreia et suseia
Deus adjuva nos!

Todas las mañanas tomamos el camino,
todas las mañanas llegamos más lejos.
Día tras día la ruta nos llama,
es la voz de Compostela.
Ultreia, ultreia et suseia
Deus adjuva nos!

La canción continua pero ya no acierto a traducir su significado, aunque la entiendo igual, es el espíritu del camino, que lo capta cualquier corazón abierto. El estribillo "Ultreia, et suseia. Deus adjuva nos", viene del latín, según comentó Jean Paul, era un saludo entre peregrinos: "Ultreia", "vamos más allá", a lo que el otro contestaba "Et suseia", "vamos más arriba". Es una expresión de ánimo mutuo, y se completa con "Deus adjuva nos", "que Dios nos ayude".

Escuchar esa bonita canción realmente me llenaba de esperanza por la humanidad. Que fácil resultaba para unos desconocidos llegar a compartir un rato de tanta belleza; igual iba a ser cierto que la magia del camino te espera en cualquier recodo. Y que contraste con la soledad de ayer, no debería olvidar que cada día te trae algo diferente. En un minuto recogimos la mesa entre todos y para fregar los platos sobraban manos. Ya no me quedaba tiempo para coger mi Tablet y seguir con mi trabajo sobre la Tercera España, pero daba igual, hay que coger las cosas como llegan. Estaba cansada de un día intenso, me fui a mi litera, teníamos camas de la parte baja para todos, no me siento segura en la parte alta de la litera, y me metí en el saco sin perder la sonrisa, por algo le llamaban la casa de las sonrisas; le estaba cogiendo la onda al camino.

A la mañana siguiente, me desperté antes de salir el sol; es lo que ocurre cuando te acuestas antes de las diez y ya no sabes dormir todas las horas que quieras. No recuerdo ni haber soñado, pero empezaba el día con muy buena energía. Nuestros amables hospitaleros nos prepararon un suculento desayuno, con fruta, galletas, tostadas con mantequilla y mermelada, té, y un delicioso café, y luego nos iban despidiendo como quien despide a sus hijos, con un agradecimiento sincero.

El amanecer llenaba otra vez de colores el cielo, parecía la continuación de la puesta de sol de ayer. A pesar del frescor mañanero ya se adivinaba que seguiría haciendo buen tiempo, es la mejor forma de ponerse a caminar con vitalidad, ni siquiera pesaba la mochila, aunque ayuda mucho que lleve el peso justo.

Desde Arrés se baja hacia el amplio valle del rio Aragón, sin casi desniveles, por pistas de tierra, cómodas, pero poco señaladas, aunque no es fácil perderse, solo hay que seguir el valle. Voy rodea-

da de secanos, cebadas y trigales en grandes parcelas, que en esta primavera están de un verde intenso. Dejo a un lado el pueblo de Martés, en un alto a la izquierda, curiosamente hoy es martés, seguramente no significa nada, pero quien puede descifrar las pequeñas casualidades, a mí me hacen pensar, tal vez oculten un mensaje mágico. Andar en casi soledad entre tanta belleza, con todo un día por delante, y otro y otro más, solo siguiendo un sendero legendario, sin prisas ni grandes objetivos, con una sensación de tiempo infinito, ya de por sí debe tener su mensaje mágico.

Más adelante pequeños desfiladeros de piedras pulidas por el agua y la lentitud del tiempo conforman una senda de aspecto lunar, un camino con tonos grises y azulados, tierra erosionada, desgastada por las lluvias y barranqueras con surcos en pendientes. En los días lluviosos se debe hacer un buen barrizal. Dejando a un lado el pueblo de Artieda, en un cerro elevado, que aún conserva la estructura de un enclave medieval, me interno al cabo de un rato en un sendero por el bosque, entre pinos y robles. Después de un largo trecho entre árboles, aparece Ruesta, una villa atrapada en el pasado, un pueblo fantasma con restos, mas ruinas que otra cosa, de una antigua fortaleza, con dos grandes torreones de base cuadrangular y parte de una muralla invadida de yedras y verdes, y lo que queda de lo que fue una alta iglesia, ahora con el techo hundido; imposible entrar porque lo impide la vegetación asalvajada que se ha hecho feligresa al estilo ocupa. Quedan casas abandonadas entre montones de piedras, y alguna fachada ruinosa de lo que en tiempos pudo ser una casa señorial, lo que demuestra que la riqueza acaba siendo tan efímera como la pobreza. En una guía francesa dice que es un pueblo miserable, pienso que debe ser un problema de traducción, alguien ha debido de confundir palabras; las ruinas antiguas son de todo menos miserables, este es uno de los lugares especiales del camino. En 1959 fue despoblado para construir el pantano de Yesa. Hoy se ve un pueblo en parte rehabilitado, por el sindicato de la CNT, en miserable pago al embargo de sus bienes en la guerra civil.

Ya se nota al entrar el aire anarquista, con un mural lleno de significados revolucionarios y una pintada discreta con la firma de la A envuelta en un círculo: *"No odies el lunes, odia a tu jefe"*. Yo la actualizaría añadiendo algo así como: *"Defiende tus derechos y*

la justicia social, pero no odies a nadie". No creo que haya que ir contra las personas, solo contra las ideas obsoletas y sus imposiciones. Tengo simpatía de siempre por los anarcos, y sigo acudiendo a los ateneos libertarios de Barcelona y a muchos de sus actos, pero ya tengo muy superadas las tendencias antisistema, más propias del ímpetu y la radicalidad de la juventud. Construir es mucho más difícil que destruir.

La parte rehabilitada del pueblo está muy cuidada. Un esbelto edificio de piedra para encuentros culturales y de actividades de la CNT, un albergue con estupendas dependencias y la zona de bar restaurante. No había cena comunitaria, pero si la cena de toda la vida, la que se paga, aunque tenía precio muy asequible, y un magnífico cocinero, joven y bullicioso, al que llamaban el pirata, y le caía bien el nombre; si lo vieras por la calle no habrías imaginado su arte en la cocina. El ambiente era de lo más variopinto, quedábamos los mismos de ayer en Arrés, menos la asturiana que se habría quedado antes. Había un grupo de cuatro bicigrinos, peregrinos que van en bici y que te llegan por detrás a toda velocidad avisando en el último momento dándote un sustazo. Ya sé que no soy objetiva, pero cunden mucho las gentes sin respeto, además no se molestan en saludar. Hay quien hace el camino como deporte, y me parece bien, pero se pierden muchas cosas. También había unas cuantas jóvenes anarcas, cinco o seis mujeres envueltas en una apasionada discusión de principios; me gustaba observarlas, y me recordaban viejos tiempos, hace falta una juventud inquieta para enderezar este mundo.

María la portuguesa, le propuso al pirata que cantaría un fado si le daba otro trozo adicional de pan. Cantó con esa mezcla de dulzura y sentimiento de los fados, y se llevó un montón de aplausos, hasta de los bicigrinos. Se ganó un trozo de pan y una botella de vino, pero hoy no era ayer, no teníamos tantas ganas de beber, ni de seguir cantando, casi treinta kilómetros te tienden a dirigir a otro espacio, a buscar la posición horizontal.

Todos los caminantes nos íbamos a recoger, y yo aproveché una mesa del vestíbulo de las habitaciones para encontrarme con mi Tablet y seguir con mi particular investigación en el marco de la guerra civil. A lo largo del día también me venían algunas ideas y por la noche es un buen momento para ver que se ha decantado. Al

verme con la Tablet, la joven catalana sintió curiosidad, se acercó y me pregunto.

—No te habrás traído trabajo al camino.

—Yo no lo llamaría trabajo —comenté—, aunque tiene que ver con mi labor como profesora de historia. Aprovecho un rato algunas noches para mantener viva una investigación sobre un aspecto de la guerra civil que algunos han llamado la Tercera España. Voy recogiendo ideas, informaciones, datos,...y la Tablet es mi compañera, mi aliada que me ayuda a indagar y a pasar a palabras las cosas que pasan por mi cabeza.

—A mí también me interesa todo lo que tiene que ver con la guerra civil. Vengo de una familia republicana represaliada, sobre todo en la posguerra y en casa me han contado la verdadera historia que tanto nos han ocultado. A mi bisabuelo lo mataron en la Bolsa de Bielsa, en la que un puñado de valientes contuvieron tres meses al ejército de Franco muy superior en número y armamento y apoyado por la aviación alemana. Siempre que vamos por el Pirineo de Huesca pasamos una noche en ese pueblo y vamos a ver una placa conmemorativa, y a fantasear por los lugares donde tal vez estuvo mi antepasado. A veces también hacemos una excursión por el puerto viejo de Bielsa, por donde pasaban a Francia los refugiados, y al final, lo que quedo de los resistentes republicanos. Supongo que conoces el tema.

—Vaya, ya lo creo, fue una gesta de la guerra que a pesar de su significación no es muy conocida. Esa misma ruta la hice el pasado verano, asistiendo también a una jornada de fin de semana que todos los años se celebra en Bielsa en homenaje a la 43 división, que mantuvo ese frente, y más adelante sería muy diezmada en la batalla del Ebro.

—Sí, yo también estuve hace tres años. No conocí a mi bisabuelo pero pienso a menudo en él, y en todo por lo tuvieron que pasar, ojalá nunca se repita.

Nos despedimos con un hasta mañana. Me encanta ver a gente joven con criterio sobre la guerra civil. Estamos tan acostumbrados a imágenes de jóvenes descerebrados por todas partes, que es un alivio encontrar a quienes utilizan la mente y piensan. Se supone que las nuevas generaciones tienen que arreglar la herencia de desaguisados que les estamos dejando, esperemos que estén a la

altura, o al menos no lo estropeen aún más.

Cuando me meto en un tema me olvido totalmente de todo lo que me rodea. Hoy había elegido para explorar, el seguimiento de un personaje que podría encajar de lleno en la Tercera España, como ya apuntan algunos autores: **Manuel Chaves Nogales**, sevillano, nacido a finales del siglo XIX, fue un periodista de prestigio con una larga trayectoria, que público numerosos artículos, y también destacó como escritor de libros de carácter biográfico y de crónicas y reportajes de viajes que lo llevaron por toda Europa hasta Rusia. Con una mente despierta tomaba buena nota de como se vivía en cada país y de las muchas formas de pensar y de actuar de cada cultura. Lo que sin duda le dio una amplitud de visión inusual para la época y la capacidad para realizar reportajes audaces. En 1931 se convirtió en director del diario *"Ahora"*, un importante periódico de entonces cercano a la ideología de Manuel Azaña, del que Chaves era partidario. Llegó a organizar una nueva red de reporteros a escala mundial en la que él mismo se encargó de cubrir acontecimientos de primera línea de actualidad. Entrevistó a Joseph Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, y le causó un fuerte impacto de alarma. Publicó un reportaje en el diario "*Ahora*" titulado *"¿Habrá fascismo en España?"*, en el que calificaba de ridículo e impresentable a Goebbels, y advirtió de los "campos de trabajo" del nuevo fascismo alemán.

Manuel Chaves cubrió la revuelta asturiana de 1934, también como corresponsal del diario madrileño *"Ahora"*, escribió: *"Ni siquiera durante la gesta bárbara de los carlistas hubo tanta crueldad, tanto encono y una tan pavorosa falta de sentido humano"*. La llamada revolución asturiana se produjo tras la convocatoria en octubre de 1934 de una huelga general revolucionaria en España, durante el segundo bienio de la República, organizada por el Partido Socialista y la UGT, con Largo Caballero e Indalecio Prieto como principales responsables. Dentro del PSOE, únicamente Julián Besteiro se opuso a la huelga general revolucionaria, y comparó a Largo Caballero y a sus seguidores con los fascistas. En la revuelta participó el entonces reducido Partido Comunista y los anarquistas de la CNT y la FAI. Prácticamente fracasó en todas partes menos en Asturias, y la represión fue desproporcionada. No se trató solo de un hecho histórico más dentro de aquellos años convulsos, lo suce-

dido delataba la frágil capacidad democrática de quienes agredieron a la República tratando de hacer una revolución, curiosamente las mismas fuerzas políticas que habían contribuido a echar sus bases fundando la II República y dotándola de una Constitución, que pretendía representar una garantía de convivencia democrática. Seguramente fue el origen de una animadversión creciente en los militares y algunos sectores de la derecha hacia las ideas democráticas, por considerarlas caldo de cultivo de futuros intentos revolucionarios. A fin de cuentas, una revolución puede ser muchas cosas, pero no tiene nada de democrática.

Al estallar la guerra civil, Chaves se puso al servicio de la República, a la que apoyó con firmeza y dedicación, como se plasmó en sus numerosas editoriales, y aguantó hasta que el Gobierno abandonó Madrid. Entonces se marchó a París, en un exilio voluntario pero un tanto forzoso, motivado por su forma clara y libre de escribir y por miedo a ser fusilado por las milicias revolucionarias o por las tropas franquistas. No fue el único que compartió ese temor de acabar siendo fusilado por uno u otro bando y que salió de España con la misma premura, una macabra inquietud que compartieron muchas de las personas que se podrían considerar como miembros de esa Tercera España. En Francia, Chaves colaboró en diarios hispanoamericanos y escribió su particular testimonio de la guerra civil, con el título de *"A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España"*, publicado por primera vez en Chile en 1937. El libro es un conjunto de relatos de hechos reales, fielmente detallados, de sucesos terribles de la guerra y atrocidades cometidas por parte de ambos bandos. El prólogo de *A sangre y fuego*, se considera por muchos autores que debería ser de lectura obligatoria en las escuelas, lo que sin duda ayudaría mucho a cimentar desde la niñez el final del síndrome de las dos Españas que no nos acabamos de sacudir. Chaves Nogales, se definía como antifascista y antirrevolucionario y se negaba a ser cómplice de cualquier género de violencia y no establecía diferencias entre reaccionarios y revolucionarios. Decía el autor en ese mismo prólogo: *Mi única y humilde verdad era un odio insuperable a la estupidez y a la crueldad; es decir, una aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.* Afirmaba que la crueldad y la estupidez se enseñoreaba entonces

de toda España, que atribuyó a la peste del comunismo y del fascismo a partes iguales. Para él, la apuesta de la España de entonces por los totalitarismos se debía al miedo de los sectarios al hombre libre e independiente. La causa de la libertad entonces en España no tenía verdaderos defensores.

Voy recogiendo en mis notas de la Tablet las muchas reflexiones que se intercalan entre los relatos de ese libro genial. Para comprender el comportamiento de los seres humanos a lo largo de la historia, e incluso en el momento presente, no solo se necesita conocer la información detallada de las circunstancias por las que atravesaron y todo tipo de condicionamientos y expectativas, es necesario también saber qué es lo que pasaba por sus mentes y qué emociones se les venían encima. Las sencillas conclusiones del texto van revelando el espíritu de quien escribe. Decía Chaves: *Es el miedo el que da la medida de la crueldad*. Estoy muy segura de que la emoción del temor genera una parte importante de los males de este mundo. Cuando se resiste al empellón del miedo, la dignidad humana se mantiene intacta, y con dignidad no se daña arbitrariamente a nadie. Si se sucumbe, salen a la superficie las peores cualidades humanas, si es que se les puede llamar cualidades, y siempre alguien sale dañado.

En otro relato me centro en un comentario sobre el general Mola, uno de los más indeseables personajes de nuestra historia reciente, partidario de aterrorizar a los adversarios, algo que entendieron bien los falangistas, y cuya muerte en un accidente de aviación al comienzo de la guerra no debió hacer caer una sola lágrima a nadie. El comentario decía: *El general Mola había dicho por radio que sobre Madrid avanzaban cuatro columnas de fuerzas nacionalistas, pero que además contaba con una "quinta columna" en Madrid mismo que sería la que más eficazmente contribuiría a la conquista de la capital. Pocas veces una simple frase ha costado más vidas. Cada vez que a los milicianos se les presentaba un caso de duda, cuando no había pruebas concretas contra un sospechoso, cuando el inculpado creía haber desbaratado todos los cargos que se le hacían, el recuerdo de la amenaza de Mola fallaba en su daño y "por si era de la quinta columna" se votaba invariablemente por la prisión o el fusilamiento. Ha sido la frase más cara que se ha dicho en España*. Me da por pensar en la responsabilidad

por cada uno de nuestros actos, por activa o por pasiva, no solo en situaciones extremas como en una guerra, también en la vida diaria en la que a veces ofendemos sin querer. Siempre me propongo que voy a tratar de ser totalmente inofensiva, pero la vida hay que vivirla en directo y al instante, y no te acuerdas de los mensajes que te das. Espero que de las sanas intenciones algo quede.

Me puse a leer un pasaje del pensamiento de un miliciano en una de las descripciones noveladas que aporta más datos sobre la creación de crueldades: *De la guerra y de la revolución-pensabalo peor es el sueño que se tiene siempre. ¡Si se pudiera dormir¡, la guerra y la revolución serían menos duras y menos crueles si los hombres que las hacen hubieran dormido bien, a gusto, en una cama blanda y grande en la que fuese posible estirar las piernas entre unas sábanas frescas. Cuando se tienen los ojos como si fueran de cristal y los párpados pesan como el plomo, cuando se siente en la espalda curvada por la fatiga una punzada sutil, no cabe andarse con contemplaciones. Había que ganar la guerra, aunque no fuese más que para poder dormir. Luego haríamos todo lo demás. Pero haya que hacerlo todo ahora, sin quitarse nunca el correaje, sin dormir, sin pararse a pensar lo que se hace. ¡Tantas cosas hay que hacer!.*

Sigo con unos últimos datos biográficos sobre la vida de Chaves Nogales, al que me hubiera encantado conocer, ya me está entrando sueño y los ojos se me van a cerrar pronto. En su exilio en Paris siguió publicando y trabajando en apoyo de la República desde la visión de un auténtico demócrata. Creó una publicación artesanal, *Sprint*, que explicaba lo que ocurría en España para los exiliados españoles usando las noticias que traían los propios exiliados que llegaban a Francia. Trabajó también contra el fascismo que intentaba aplastar Europa, publicando artículos en periódicos franceses y de países de Suramérica. Cuando las tropas alemanas llegaban a Paris en 1940 tuvo que escapar a Londres, mientras su mujer y sus hijos regresaban a España. En Londres siguió con su actividad periodística con diversas colaboraciones y manteniendo la lucha contra los extremismos de izquierdas y de derechas. Murió en mayo de 1944 de peritonitis con solo 46 años de edad. Me llama la atención que se recoja en las informaciones sobre su muerte que está enterrado en el cementerio North Sheen Cemetery de Richmond, en

Londres, en una tumba sin lápida. No es importante que su tumba tenga una digna inscripción, pero si lo es que se reconozca su obra y sus escritos, que hoy siguen siendo de plena actualidad, quizá más que nunca, porque ahora se pueden comprender mejor y hay más medios para ponerlos en práctica. Cada día queda menos tiempo para que la humanidad deje de odiarse y abandone la peligrosa tendencia de pretender solventar sus diferencias con el uso de las armas, que son cada vez más poderosas. Si seguimos jugando con fuego nos acabaremos quemando, y según el tipo de fuego, convertidos en polvo instantáneo.

Se empieza a conocer ahora la obra de Manuel Chaves Nogales después de tantos años porque no solo fue silenciado por el franquismo, también la izquierda acalló su mensaje por su incapacidad de aceptar verdades como puños de un verdadero republicano, como lo recogido en *"A sangre y fuego"*. Desde los aparatos de los partidos de izquierda siempre se ha presumido de democracia. En la guerra civil brillaba por su ausencia, pero aún hoy día les cuesta horrores aceptar cualquier crítica, una lección pendiente cuyo aprendizaje muchas personas aún estamos esperando.

La violencia de la guerra civil no fue la misma en ambos bandos como siempre se nos ha querido hacer creer. Del lado nacional se lanzó desde el comienzo una represión feroz, implacable, institucional y organizada con órdenes de arriba a abajo, y se mantuvo durante toda la contienda. Incluso en la posguerra se reactivó con saña contra los vencidos, disfrazada de juicios justos, y santificada por la iglesia. Del otro lado fue fruto del desgobierno en el que quedo la República, al quedar sin ejército y casi sin policía, del descontrol de distintos grupos revolucionarios a los que les explotó la rabia acumulada durante años contra la iglesia, contra patronos y caciques que los tenían en la miseria, contra la opresión y la injusticia social. Se pueden argumentar que las víctimas son las mismas, y es cierto, pero las causas no fueron las mismas. Desde el lado nacional no se hizo el menor esfuerzo para detener esta corriente salvaje, nadie se atrevió a cuestionarla, incluso Franco ralentizó sus conquistas para asegurarse que no dejaba con vida a ningún adversario, por insignificante que fuera, no se perdonaba a nadie, fuera quien fuera. En el lado republicano intentaron poner orden desde el principio, con escaso éxito, pero aunque el daño infringido

tenga similitudes para ambos bandos, no se pueden sacar conclusiones solo por los resultados, son importantes los efectos, pero lo son más las causas.

Me quedo con la rebelión de Chaves Nogales contra la crueldad gratuita. Dentro del marco de la lucha de una guerra con ideas enfrentadas se puede llegar a entender que se recurra a una de las cosas más terribles que se puede hacer en la vida como es dar muerte a otro ser humano, pero la crueldad nunca debería tener cabida, sitúa a quien cae en sus delirios por debajo de la condición animal, y cualquier causa defendida con crueldad será siempre, aunque triunfe, una causa perdida.

Me apetece irme a dormir en mi querido saco con un pensamiento más esperanzado, no vaya a ser que me pase la noche soñando con asesinatos. A la vez que cierro los ojos y me voy desconectando, lanzo al mundo, desde mi humilde y pequeño corazón, una fuerte llamada al perdón, que ojalá la escuche quien necesite liberarse del rencor y la amargura.

Agosto de 1936. Montes de Oca.

Acababan de llenar de presos los dos camiones mientras quedaba en el suelo el cuerpo inerte del pobre hombre que había perdido los nervios, que tan solo había adelantado su muerte por unas horas. Agudicé el oído y oí lo que decía el que daba las órdenes: "lo dicho, somos muchos para ir a Estepar, nos llevamos este camión al monte de la Pedraja".

Me quedaba confirmado de nuevo que íbamos directos al pelotón de fusilamiento. Estepar y La Pedraja eran dos de los lugares conocidos donde se estaba ejecutando a un montón de gente. Los dos camiones se separaron enseguida, y al nuestro le seguía uno de los coches de los falangistas, pero no se veía gran cosa de la carretera, una lona lo cubría todo, dejando solo entrever los primeros rayos de la mañana desde el fondo del camión, en el que iban al menos tantos soldados como presos, con algunos fusiles enfocados hacia nosotros. A mi lado, Teo me lanzó una discreta mirada para que estuviera atento. No veía como podíamos salir de esta, estando tan vigilados, y sin esperanza, abatidos y atemorizados. Nadie decía nada, pero en la expresión de las caras se notaba el miedo, el más terrible de todos, el miedo a la muerte, sobre todo entre los más jóvenes, a los que iban a segarles la vida que aún tenían por vivir. A Teo se le veía sereno, tendría algo más de cuarenta años, con una complexión fuerte, pero hacía como si también estuviera abatido, tomaba nota de todo, al acecho. Yo, más que tener miedo, estaba muy confundido, sin acabar de comprender qué es lo que pasaba, y por qué me iban a matar solo por ser republicano, que era lo normal y lo legal, y por intentar ayudar a elevar la cultura de las gentes más desfavorecidas. Pero empezaba a darme cuenta que ya no tenía tiempo para lamentarme por la evidente injusticia, y me propuse estar alerta y dispuesto para actuar si se daba la ocasión. Dirigí una mirada velada a Teo y asentí ligeramente con la cabeza, a fin de cuentas, ya lo teníamos todo perdido, y si este era mi último día, no iba a morir encogido y asustado.

Llegamos a un pueblo y el coche que nos seguía se adelantó y nos hizo parar. Levantaron la lona trasera del camión, pero solo bajaron los soldados que seguían apuntándonos como si nos tuvieran miedo. Estábamos a la entrada de un pueblo con un montón de

casas en la ladera de un monte: Villafranca Montes de Oca, como decía bien claro en un cartel cercano, al lado de una taberna con un par de mesas y varias sillas viejas en el exterior. El falangista del bigote, haciendo alarde de una grotesca chulería, hizo salir a los que estaban en el bar tomando su primer carajillo del día, o puede que el primer orujo: diez o doce hombres de todas las edades, y mientras pedía café para sus hombres nos ordenó a todos que cantáramos el "cara al sol" a punta de pistola. Y todos cantábamos, o hacíamos los gestos, y por las caras, los vecinos del pueblo estaban aún más asustados que nosotros. Les sacaron café y coñac en las mesas de afuera y se lo tomaban tranquilamente hablando entre ellos, como quien va a comenzar una larga jornada de trabajo; matarifes de hombres, un nuevo tipo de empleo en pleno auge de expansión.

Como no estábamos lejos de la mesa, afiné mi oreja y pude oír al jefe hablando a un hombre mayor que parecía ser algún responsable del lugar:

—Espero que hayáis cavado las fosas exactamente como os dijimos, como vengamos un día y no estén, seréis vosotros los que acabéis como estos desgraciados

—Sí señor, si, cada mañana, cuando ustedes se van sube una cuadrilla con picos y palas para cubrir los cuerpos y hacer la fosa para el día siguiente. Nos turnamos por cada barrio del pueblo y nadie se ha negado a cumplir las órdenes.

—Mejor así, si alguien se niega ya le ajustaremos las cuentas. En esta causa todos tienen que poner su parte. Y chitón, al que se vaya de la lengua que Dios le coja confesado. Para mañana lo mismo y así hasta nueva orden.

El viejo asintió con su "si señor" varias veces ante la cara complaciente del matón que debía creerse alguien importante. Después de hacernos gritar tres veces "Viva España" subieron a los vehículos, con el ímpetu del coñac, ya sin cerrar la lona de atrás del camión, y nos metimos en una pista por el interior del monte. En unos pocos minutos paramos en un pequeño descampado entre un bosque de robles y encimas. Nos hicieron bajar en fila y despacio, y cada vez nos apuntaban más armas, debían haber tenido alguna fuga reciente al bajar del camión. Un poco más allá había una larga fosa cavada con más de un metro de profundidad, y quedaba una

amplia y clara huella de tierra removida, no éramos los primeros. Teo se situó con disimulo a mi lado y me susurro: "en el momento justo que ordenen fuego tírate al suelo y sal corriendo, como voy a hacer yo", y le dijo lo mismo a otro que tenía a un lado, que tampoco iba esposado.

—Vamos, que no tenemos todo el día —mandó el jefecillo, al que la soberbia se le iba subiendo a la cabeza.

Nos ordenaron ponernos en fila delante de la fosa; a los que no íbamos esposados nos colocaron en el centro. A algunos les temblaban las piernas y un chaval lloraba, no tendría más de quince años. Uno de los hombres se santiguaba, pero no le hicieron el menor caso. Se preparó el pelotón de fusilamiento a unos pocos metros de nosotros con todos los militares y los falangistas, con el fantoche del bigote a un lado, pistola en mano para dirigir la siniestra escena.

—Atención a mi señal —dijo con voz marcial, mientras el piquete se cuadraba con su arma al frente.

Y continuó inmutable: "Preparen", a lo que todos se echaron los fusiles al hombro, "Apunten", y tras un par de eternos segundos, "Fuego".

En el mismo instante de decir "fuego" nos lanzamos al suelo los tres, a la vez que sonaban atronadores los disparos y caían desplomados todos los cuerpos fusilados, y de inmediato salimos corriendo como locos en dirección contraria al pelotón. No miré atrás, solo me llegaron gritos: ¡matarles!, ¡dispararles!. Teo exclamó "cada uno hacia un lado, en zigzag".

Las balas silbaban a mi alrededor y corría como nunca me hubiera imaginado que sería capaz. Podía sentir también los pasos de los perseguidores vociferando, que cada vez que disparaban nos daban un segundo más de ventaja. El bosque estaba lleno de matas que me llevaba por delante o saltaba sobre ellas, como en una carrera de obstáculos. Teo había desaparecido entre los árboles, pero el otro fugado corría a 20 o 30 metros a un lado mío. En uno de los disparos oí un grito seco, una bala le había atravesado el pecho a mi compañero desconocido y pude ver como caía abatido. Seguí corriendo con una energía inusitada, sin pensar, concentrando toda mi atención en no tropezar con piedras, árboles o arbustos y sin mirar atrás. Ahora más perseguidores iban a por mí, y más balas

trataban de acertar en el blanco móvil en el que me había convertido, pero les iba sacando distancia, mi huida desesperada por salvar la vida seguro que era una motivación muy superior al simple orgullo de cazar al fugitivo. Iba tan deprisa que no me di cuenta de que llegaba a un fuerte terraplén y me lo tragué de lleno, rodando por una larga ladera de matojos que me iban parando y sacudiendo. Al llegar al fondo me levanté sin ni siquiera mirar si estaba herido. Ya no oía a la jauría de chacales, pero seguí corriendo por el bosque movido por un puro instinto de supervivencia.

No sé el tiempo que pude estar corriendo, puede que más de dos horas; llegué a un pequeño arroyo y me detuve para beber y casi me caigo al parar de golpe, con el cuerpo activado, resoplando con la respiración desbordada, sudando y recalentado. Me senté y tuve que esperar a retomar el aliento para poder llevarme un poco de agua a la boca. Mi cuerpo temblaba del esfuerzo y de la tensión y se resentía también de los golpes del día anterior. Empecé a darme cuenta de la extraordinaria experiencia que estaba viviendo, de una película muy real en la que yo era el protagonista de una macabra aventura, acababa de ser fusilado y me había escabullido de la muerte en el último instante. Mis pensamientos empezaban a organizarse, era el momento de pensar y tomar decisiones inteligentes, o no tan sensatas, pero que me sacaran de esta locura. Seguí bebiendo y lavándome en el riachuelo; sentía como el agua me sanaba y depuraba toda la suciedad, física y moral, que arrastraba desde la cárcel. Tenía la ropa hecha girones, si es que se puede llamar ropa a un pantalón rasgado, una camisa a cachos y una chaqueta a ronchones, lo que unido a un montón de rasguños y arañazos, y a los moratones de la paliza, debía ofrecer un aspecto lamentable; gracias que los zapatos aguantaban, aunque llenos de rajas y descosidos.

Teo salió del bosque como un duende que va de excursión. A pesar de lo súbito de su aparición, no me asustó, tenía mejor pinta que yo, su ropa deteriorada pero no tanto como la mía, pero sus alpargatas desechas, no todos tenían la suerte de tener zapatos. No se le veían raspaduras, debía haber corrido con cuidado, hay quien sabe caminar en el filo de la navaja.

—Me alegro de verte, más o menos entero —dijo Teo con una sonrisa de oreja a oreja—, al final has dado la talla, ahora tienes

algo que contar algún día a tus nietos, aunque no te creerán.

Nos dimos un abrazo de auténticos hermanos, nada une tanto como compartir y apoyarse en situaciones de peligro máximo. Nos sentamos como dos amigos que no tienen otra cosa que hacer. Teo aprovechaba a atar sus alpargatas como podía.

—¿Sabes si el otro compañero ha conseguido escapar? —preguntó Teo.

—Le han alcanzado, lo he visto caer, corría a unos metros de mí, pero sin hacer requiebros; en una situación de tanta tensión cada uno hace lo que puede. Nunca me podría haber imaginado que iba a correr ante una lluvia de balas con la muerte pisándome los talones; no la he llegado a ver porque no he vuelto la cabeza a mirar, pero debía ir detrás de nosotros vestida de negro con la guadaña lista para segarnos la vida. Estoy contento por seguir vivo, pero siento una pena muy profunda por lo que puede llegar a hacer la condición humana. Aunque parezca estar entero, me tiembla todo por dentro.

—Cuando te están a punto de matar el temor te sobrepasa, es inevitable, el valor solo reside en actuar, aunque estés cagado de miedo, y nunca puedes saber como vas a responder, te puedes quedar bloqueado y se acabó.

—No nos podemos relajar mucho —dije—, nos estarán buscando y deben conocer el monte mejor que nosotros.

—Por ahora hemos vuelto a nacer, que no es poco —apuntó Teo—. Hay que ir tomando decisiones sobre la marcha, pero sin precipitarse. En el bosque es fácil esconderse, pero al salir a campo abierto te pueden localizar desde muy lejos, es mejor moverse de noche y ocultarse de día. Suerte que estamos en verano, aunque las noches son frescas, pero también hay huertas y frutales. También tendremos más oportunidades si nos separamos.

—Tienes razón, uno por cada lado nos dará más opciones, pero la cuestión es saber hacia donde ir.

—Por lo que nos han ido contando tenemos el lado republicano hacia el norte, en dirección a Santander o a Bilbao, y hacia el este, más allá de Zaragoza. Ahora lo importante es que los que nos persiguen se harten de dar vueltas y nos den por perdidos. También deberíamos poner la mayor distancia posible, no sea que utilicen perros y den con nuestro rastro.

Seguimos el curso del arroyo caminando por su cauce en algunos tramos. Al cabo de un rato llegó el momento de separarse, nos deseamos suerte con total sinceridad y nos despedimos con un fuerte abrazo. Teo se dirigía al norte y yo al este, y ninguno tenía la menor idea de lo que nos depararía el destino; en realidad es lo que pasa siempre, pero solo te das cuenta cuando tu mundo se pone patas arriba. Nuestras vidas se habían cruzado en circunstancias durísimas y ahora cada uno tomaba su rumbo, seguramente nunca nos volveríamos a ver. Me resultaba extraño pensar en como te encuentras con un desconocido, compartes situaciones intensas, arriesgas todo junto a tu nuevo compañero, y esa profunda y efímera amistad se desvanece tan rápido como ha llegado y otra escena se abre ante ti. Me queda el recuerdo que se grabará en un lugar de culto de mi cerebro y jamás se olvidará.

Ahora caminaba con cuidado, procurando no hacer ruido, lo más sigiloso posible, a veces agachado, intentando no dejar huellas ni hierbas o maleza pisada, sin dejar ramas rotas. Al concentrar la atención pude ver la notable belleza del bosque, de los robles, encinas, brezales, endrinos y arbustos de distintas clases. Afiné el oído para detectar cualquier movimiento extraño y me sorprendió escuchar la gran variedad de los sonidos del monte, de pájaros, de la brisa sobre las hojas, y me llegaban olores de lo más variados, en los que nunca había reparado. Mis sentidos activados me daban una perspectiva de la naturaleza en todo su esplendor, de los rayos del sol dando colores, luces y sombras, de la infinidad de tonos verdes, ocres y grises. Fantaseaba que iba paseando por un bosque encantado, y de cualquier rincón iba a aparecer un gnomo o un elfo, que tal vez me guiñaran un ojo, como diciendo que su mundo era el real y no el mío, triste y miserable, con los humanos enloquecidos tratando de matarse por algún estúpido motivo. Vaya contraste de realidades, creo que la balanza se inclina a favor de la sencillez de lo natural, pero no parece que me sea permitido saltar a esa dimensión. Lo único que tenía por delante es intentar salir de esta increíble pesadilla, y para ello me iba a tocar hacer un largo, duro y peligroso viaje, la aventura que nadie querría correr.

Caía la tarde y me acercaba al final del bosque, que casi de golpe pasaba a ser pura meseta: campos de cereal entremezclados con laderas peladas donde había pocos sitios donde esconderse. Me que-

dé sentado a esperar la noche, oculto detrás de un arbusto y de los últimos árboles, con una vista privilegiada de todo el entorno y de las colinas lejanas. No se veía a nadie, por este día estaría a salvo. El bosque se despidió regalándome una preciosa imagen: a tan solo unos metros aparecieron unos jabalíes, una madre cruzaba seguida de varias crías un poco crecidas. Como estaba quieto y en perfecto silencio no se fijaron en mí y pasaron muy cerca con un porte elegante. Ese era un buen ejemplo de familia feliz, hasta de los jabalíes hay cosas que aprender. La puesta de sol envolvió la tarde y fue dejando el resplandor de matices rojizos y violetas subidos de tono. A lo lejos el vuelo de un azor o podría ser un gavilán, dibujaba su silueta oscura en un cielo que se apagaba con las ultimas luces del día.

Las punzadas del estómago no me dejaban disfrutar del crepúsculo, que daba un aire mágico al monte, acrecentado por mi soledad y mis emociones a flor de piel. Llevaba casi dos días sin comer, si es que se puede llamar comida a la bazofia de la cárcel. La noche estaba despejada pero sin rastro de la luna, solo contaba con la escasa luz de las estrellas para mis caminatas nocturnas y con un poco de suerte encontraría algún huerto, y algo a lo que hincar el diente, y con un poco más de suerte también ropa tendida aunque no sea de mi talla; mis harapos poco iban a durar. Tendría que acercarme a algún lugar habitado y esperar para llevarme alguna prenda prestada, no podía arriesgarme a pedir, ni tampoco tenía derecho a mendigar como un humilde pobre. Me llevaría lo justo e imprescindible y ojalá me perdonen. Tomé buena nota de donde se ocultó el sol para ir en dirección contraria, hacia el este, con un poco de suerte las columnas catalanas habrían liberado ya Zaragoza. Aprovecharía para echar un sueñecito mientras se hacía del todo de noche, en este suelo sería muy breve, y más cuando salga el frio nocturno.

****

En un destello de luz he salido del Registro Akáshico y toda la presión que estaba sintiendo ha desaparecido por completo. Este salto de conciencia lo he hecho muchas veces y me sigue sorprendiendo la limitada capacidad de la percepción en el plano físico,

apabullada por los sentidos, las emociones y los pensamientos. En este plano la visión no tiene barreras, pero en el mundo en encarnación queda anulada por las circunstancias, atrapada en la profunda densidad de la vida material. Estaba reflexionando sobre ello, pero en realidad trataba de preguntar sin emitir palabras, y la voz silenciosa no se hizo esperar:

—La conciencia observadora tiene que aparecer de vez en cuando para desapegarse, para integrar la experiencia del registro y para desvelar los espejismos que impiden el correcto discernimiento, son los obstáculos que lastran el proceso evolutivo.

Desde aquí puedo comprobar como la red de espejismos aprisiona a los vehículos y corta el contacto con la inmensidad del mundo interior, pero no acabo de comprender como se crean y la forma de desenredarlos.

—El espejismo modifica la realidad por el empleo inadecuado de las emociones. La ilusión es la reacción tergiversada de la mente inferior al mundo de las ideas. Por la acción del espejismo, de la ilusión, o de ambos, se produce el desequilibrio de la energía al construir la realidad; es de carácter vital y físico, es Maya, una palabra que puedes encontrar en muchos libros de esas librerías que tanto motivan a tu inquieta mente.

En el uso de la mente radica la clave para dejar pasar la luz. El Camino de Santiago es una buena elección para aquietarla sin perder intensidad mental y sin caer en nuevos espejismos de disciplinas radicales.

La mente iluminada disipa el espejismo. La intuición, esa cualidad que proviene del Ser interior, disipa la ilusión.

La actitud más adecuada para tu vida diaria es "el desapego", que libera y purifica. Es un baño de realidad, y su carencia es la principal causa del espejismo.

Comprender el desapego no ofrece ninguna dificultad, ponerlo en práctica es otra cuestión. Aquí se ve con claridad, pero cuando vuelves a la vida a través de los vehículos todo es confuso y enmarañado, allí lograr el desapego es una hazaña y su aprendizaje es muy lento.

Cuando visionas el Registro Akáshico nada se puede modificar, su utilidad reside en captar las causas de cada suceso y encontrar el sentido a aquello que se experimenta, para que a su debido tiempo las comprensiones que se han interiorizado se trasladen al plano físico. El proceso debe ser pausado y equilibrado, y no se puede acelerar. No te apresures, pero nunca te detengas

Desapego es ser capaz de vivir la vida y no querer poseerla, no desear nada de ella. Desapego es implicarse en la vida sin anclajes. Debes dirigir el foco de la conciencia para que la realidad rija todos tus pensamientos y la verdad predomine en tu vida.

Trato de asimilar toda la energía que se libera al entender la sencillez del desapego y grabar con fuerza un mandato dirigido a mi mente para que lo integre en su forma de pensar y de discernir.

—Hay otro nivel para visionar el Registro al que por ahora no puedes acceder, pero que se te va a mostrar para que amplíes los límites de tu percepción. Vamos a entrar como meros observadores externos en la escena que acabas de revisar sobre el fusilamiento, pero ahora enfocando la visión en los cuerpos etéricos, que se proyectan en sus auras. Como sabes, el cuerpo etérico forma parte del cuerpo físico, es su contraparte energética; es tangible y objetiva, aunque la mayor parte de la humanidad encarnada no lo pueda ver. Observa los cambios de coloración y de fulgor de las auras en función de las emociones y pensamientos y la influencia de corrientes externas cuando se las deja pasar.

Volvía a revivir unos hechos llenos de dramatismo, pero ahora como espectadora, ajena en cierta medida, sin estar involucrada en las emociones y percepciones. La imagen era nítida: bajabamos del camión y nos iban situando junto a la fosa para dispararnos. Cada cuerpo tenía alrededor un aura perfectamente visible, la mayor parte con tonalidades apagadas, grisáceas, que se correspondían con los miedos de los más abatidos, y algunas con tonos rojizos, que reflejaban odio e indignación. El aura de Teo y la mía tenían matices diferentes, colores difusos pero vivos, más armoniosos y con un mayor grado de luminosidad. En las auras de los militares y falangistas dominaban los tonos grises, descoloridos pero neutros,

propios de su estado indiferente a lo que estaban a punto de hacer; en algunos de los falangistas, y sobre todo en el jefe del pelotón, se veían tonos rojizos, delatando su excitación por dar rienda suelta a su odio.

Cuando se estaba a punto de dar la orden de ejecución todas las auras subieron de intensidad en sus diferentes tonalidades. Al producirse los disparos se produjo un cambio brusco y repentino de coloraciones y luminosidad. Aquellos que caían desplomados por las balas perdían progresivamente el brillo y sus campos energéticos se iban apagando. El aura de Teo se veía más brillante, reflejando cierta calma; la mía había aumentado su resplandor, pero sin perder su estabilidad; y la del que corría a mi lado estaba llena de colores mezclados casi chillones, hasta que el disparo la bloqueó y la fue anulando. Los militares y falangistas subieron de golpe a tonos rojizos, contagiados por los gritos y la furia de su superior, que parecía a punto de explotar. En ese momento una extraña corriente penetraba en ellos irradiada desde su jefe, era como una nube de formas oscuras, tóxica, cargada de emociones negativas y pensamientos de odio apasionado y venganza. A medida que iban persiguiendo a los fugados y la corriente oscura penetraba en sus auras, su brillo se volvía opaco y los colores rojizos se ennegrecían con un matiz denso y desagradable.

Salí de la visión de observación, mi pequeña incursión en el mundo de las auras había finalizado. Todo indicaba que un cuerpo energético vitalizaba y animaba al cuerpo físico, y que el nivel de energía estaba vinculado a las emociones y a la actitud mental.

—La energía sigue al pensamiento, tanto en sentido evolutivo como involutivo, es una ley de la naturaleza universal que se aplica inexorablemente en todo momento y lugar. Los pensamientos negativos, de ira, cólera, enfado, abren las puertas a una corriente tóxica que envenena el cuerpo etérico, densifica su parte física, y mina la capacidad de canalizar la luz al cuerpo emocional y mental.

La actitud evidente para no ser víctima de los ataques de la negatividad es no prestarles atención, no escuchar sus macabras elucubraciones y no cultivar un mecanismo de respuesta afín a ese tipo de energías. Pero el mayor preventivo contra cualquier ofus-

cación o inflexibilidad en la percepción, es el Amor, un magnífico antídoto para evitar la rigidez, y la cristalización de emociones y pensamientos, sobre todo en su tendencia a la negatividad. Amor es la fuerza coherente que renueva todas las cosas. Y no olvides nunca que el amor subyace en todo lo que ocurre en esta época, y cuando te sintonizas con la frecuencia del amor, descubres que todo lo que toca se convierte en belleza.

Tu cuerpo se prepara para despertar en el albergue, y lo va a hacer con mucha motivación para seguir el camino.

III. Camino de Santiago. Puente la Reina.

He dormido de un tirón y me despierto con energía renovada. Han pasado dos largas jornadas marcadas por un viento frio, casi siempre de frente, que las han hecho muy duras. La primera etapa de Ruesta a Sangüesa con la entrada por las tierras del antiguo reino de Navarra, acompañada por una real y ventosa bienvenida, y la siguiente hasta Monreal. A un lado ha quedado el legendario monasterio de Leyre y el Castillo de San Javier, que me hago una promesa interna de visitar cuando me sea posible. No se puede abarcar todo. Dos días con variados paisajes, llenos de preciosos horizontes, por una senda solitaria en la que rara vez te cruzas con alguien, y que atraviesa muy pocos pueblos en los que hacer paradas a repostar y te sirvan algo. A pesar de la presencia continua del viento, o puede qué con su ayuda, empiezo a entrar en la belleza silenciosa del camino, abrigada por los sonidos de la naturaleza, con la compañía de aves revoloteando por sus cielos inmensos, y con breves y estupendos encuentros con otros peregrinos, que en medio de la austeridad impuesta por la ruta, te llenan de ganas de compartir lo que lleves, unas almendras, una manzana..., un simple comentario, y el mejor deseo del mundo: "buen camino".

Me queda un recuerdo un tanto amargo al coincidir con una joven peregrina italiana desconsolada, sentada en una gran piedra intentando aliviar a sus afligidos pies llenos de ampollas y de rozaduras a punto de pasar a verdaderas heridas, que casi asustan. Muy cerca estaba el motivo: unas botazas enormes que deben de pesar como piedras, auténticas trituradoras de pies, y una mochila de grandes dimensiones; no quiero ni pensar en lo que lleva y seguro que no necesita, los ingredientes perfectos para convertir el camino en una penitencia autoimpuesta. Hablé un rato con ella para calmarla, y la pedí por favor que acabe la etapa con sus chanclas, y además de curar sus pies, se tome un día de descanso, se haga con un calzado más sencillo, y aligere su mochila o no llegará muy lejos. Se quedó más animada, no sé si me hará mucho caso, está demostrado que nadie hacemos caso a lo que nos dicen los demás. Tal vez tiene que ser así, solo se aprenden las cosas por propia experiencia, deberían saberlo los adoradores del oráculo de Google o similares, la información no es conocimiento y mucho menos sabiduría.

Hoy se presenta un día tranquilo y soleado. Por la mañana bien temprano he salido de Monreal, un bonito pueblo, conjunto histórico de casonas de piedra, saturadas de coloridos geranios, al pie del gran monte calizo y cónico de la Higa, en dirección al mítico Puente la Reina de Navarra, donde se une el camino aragonés con el camino francés que viene de Roncesvalles. Otros treinta kilómetros, aunque mis piernas aguantan bien. Pequeños pueblos, uno tras otro: Yarnoz, Otano, Guerendiáin, Tiebas, Eneriz, entre otros, con casas más grandes, cercanas a la arquitectura rural vasca, localidades que quedaran en algún rincón olvidado de la memoria, pero me dejan su marca y su pulso de vibración. Después de salir de Eneriz y seguir por una pista agrícola y atravesar un sendero arbolado, cuando menos lo esperaba, apareció una silueta impresionante: el templo de Eunate.

Santa María de Eunate, en medio de la nada, una nada llena de esplendor, entre amplios campos de cultivo irradiados de paz, con algunos árboles alrededor. Es en realidad donde convergen las vías jacobeas provenientes de Sompor y Jaca, y de Saint Jean Pied de Port y Roncesvalles, su punto espiritual de encuentro, que queda aún en el camino aragonés, a cinco kilómetros de Puente la Reina. Eunate, significa en euskera "cien puertas", aunque los documentos mencionan que en el pasado se llamó Onat, traducible como Buena Puerta. Data del siglo XII, es una de las joyas del románico español más misteriosas. El conjunto es de planta octogonal imperfecta y está rodeado en su exterior por una galería porticada, una arquería perimetral también octogonal de 33 arcos de medio punto, con capiteles decorados, algunos erosionados por los años. Tiene el suelo empedrado entre los arcos y la iglesia, con cantos rodados en forma de espigas. La armonía de la planta octogonal se quiebra por un ábside pentagonal y una torreta de planta cuadrada adosada. En los muros exteriores se alternan ventanas caladas y ciegas y dos puertas de acceso, la del norte ante el Camino, muy decorada, y otra más sencilla hacia poniente. La puerta principal exterior está custodiada, en sus arquivoltas, por dos rostros barbudos, los baphfomet templarios, que protegían el carácter sagrado del templo.

Suerte que está abierta, están limpiando, y coincido con cuatro o cinco peregrinos, que no he visto en el camino aragonés, se

nota que me acerco al tránsito del camino francés. Cuando entras a Eunate te quedas "de piedra" ante la maravillosa combinación de sencillez y belleza. Los muros interiores están construidos con cuidados sillares. En cada ángulo que forma el octógono, arranca una columna que acaba en un capitel decorado con motivos vegetales que a su vez y mediante una fila corrida de piedras con moldura delimita un primer cuerpo del edificio. Sobre esta columna se levanta otra columna más corta, acabada en un capitel también decorado con motivos vegetales que se fija en otra fila de piedras moldeadas, corrida hacia las ventanas, completando el segundo cuerpo del edificio. En el tercer y último nivel, nacen los nervios que convergen en la clave formando la original cúpula de la iglesia. La luz penetra en el interior a través de unas aberturas, unas lucernarias abiertas en el techo de formas geométricas, cerradas con placas de alabastro.

La decoración interior del templo es austera, se limita prácticamente a los capiteles de las columnas, con motivos vegetales de acantos, helechos y frutos. A la altura del ábside aparece una decoración con figuras humanas; una bailarina danzando acompañada de dos músicos. En el lado contrario un capitel con dos cuadrúpedos con cabezas de pájaros, entre los cuales se levanta un árbol de la vida; en otro capitel, dos ángeles con alas, uno de ellos tocando una trompeta. En el altar mayor, en el ábside vacío y en el recogimiento de las piedras, se sitúa una solitaria imagen románica de la Virgen de Eunate, que es una copia, ya que la original fue robada años atrás. Se trataba de una imagen de finales del siglo XII o principios del XIII. En algunas piedras se pueden ver los signos y símbolos de los canteros, como las marcas de "Pata de Oca" y "Roque".

El espacio transmite paz y silencio. Me doy cuenta que me he quedado sola y aprovecho la ocasión para sentarme a meditar en uno de los recios bancos de madera a tono con la sobriedad del entorno. Con solo cerrar los ojos ya se percibe con fuerza el sutil sonido del silencio que te conecta directamente con la energía que emana del templo, que enseguida se entona a la perfección con la frecuencia de la vibración interior. Mi meditación es muy simple, enfoco la atención en el centro ajna, en el entrecejo y me mantengo al margen de pensamientos y emociones, dejando que la energía se alinee con mi alma, abierta a cualquier percepción, pero sin per-

der la concentración relajada en ese punto. En Eunate es muy fácil mantener el estado meditativo, el nivel de potencia casi se respira, te envuelve, te eleva y te protege. El tiempo desaparece y permanezco en ese estado ajena al mundo, pero llena de mundo espiritual, por poner nombre a algo que trasciende las palabras. Podría haber seguido meditando por el resto del día, pero el personal de limpieza me dice que van a cerrar, y hoy no es día de visitas.

Tras salir refortalecida, y llena de esperanza, y despedirme agradecida a este remanso de paz, me acerco al pueblo de Obanos en poco más de dos kilómetros, ya a tiro de piedra del final de la jornada. Después de parar a tomar una cerveza en un bar, y recorrer un pequeño trecho, viene un niño corriendo llamando mi atención. No tendría más de ocho o nueve años, me ofrece un sombrero, y me dice "señora, se le ha caído". Había perdido mi sombrero, una pieza indispensable en el equipo de ruta, y un niño encantador me lo trae con una sonrisa, y se va sin coger la propina que le daba: "no hace falta señora". Que preciosa escena, de esas que te llenan de alegría, no tanto por un simple sombrero, sino por el gesto de inocencia y frescura de un niño, transmitiendo alegría y bondad. Después de esto, caminar se convierte en un dulce paseo.

La llegada a Puente la Reina, "Gares" en Euskera, idioma que también cuidan en Navarra, es todo un acontecimiento: aparece una villa que no oculta su pasado medieval, ni su orgullo de realezas perdidas. El trayecto urbano empedrado que cruza el pueblo por la larga calle Mayor es una delicia, rodeado de viejas casonas con recios aleros de madera y balconadas de forja, y de grandes iglesias, para acabar en un magnífico puente románico con seis grandes arcadas. Antes de ir a buscar albergue, me quedo un buen rato contemplando este espléndido puente de los peregrinos sobre el río Arga, que en esta época baja con un buen caudal. Sentarse a ver pasar caminantes es muy entretenido. Son de lo más variopinto, de distintas edades, con variados atuendos, caras de docenas de países: rubios, morenas, pelirrojos, pelos con canas, tanto en hombres como en mujeres, y hasta algún calvo. Los hay que van con mochilas enormes, o más discretas, y los casi sin mochila, porque la mochila de verdad se la lleva un transporte. Y también, como no, los bicigrinos, que siempre van pidiendo paso, como si tuvieran preferencia; tengo que aprender a no juzgarlos, cada cual hace el

camino como le parece, y tener que ir sorteando caminantes también debe ser un incordio.

Después de coger hueco en el albergue, y sellar la credencial, y tras una ducha reparadora y comer algo, es obligado hacer una ruta por las Iglesias. La más grande es la de Santiago, con una imponente portada con arquivoltas románicas erosionadas. En el interior me llama la atención el suelo de grandes tablones, más bien planchas con amplios recuadros, y hasta parquet en la zona del altar. Tiene unos viejos bancos rústicos de madera, pero no me voy a sentar, hay mucha gente entrando y saliendo, van como zombis mirando aquí y allá sin percatarse que están en un lugar con una energía y vibración especial, un lugar sagrado, aunque la palabra "sagrado" está tan tergiversada que me cuesta usarla; tampoco existe un vocabulario para describir aquello que no se ve y solo se percibe por la propia experiencia. Por eso me voy a la Iglesia del Crucifijo, en la calle del Crucifijo, frente al convento del Crucifijo, suena un poco a penitencia, pero es un espacio en el que se respira sana libertad, en medio de la aplastante sencillez de las piedras de muros y arcadas, y del recio románico. Una magnifica talla de un Cristo gótico germánico preside el austero templo, de donde está claro que le viene el nombre, además dispone de una original forma de "Y" en los brazos de la cruz que le hace resaltar su presencia. Se oye, se siente, el zumbido del silencio con una fuerza inusitada y una paz penetrante que no te deja la menor duda de la realidad que estás viviendo, en la que solo importa el estricto presente, sin la menor inquietud, sin atropellar el tiempo. Hay varias personas sentadas en actitud meditativa; este sitio debe tener una fuerza atractiva especial para quienes buscan el contacto interior y conectar con la parte espiritual más elevada a la que pueden acceder, que aquí se facilita. El entorno te incita a la interiorización, se nota la carga de buena energía acumulada durante siglos por tantos corazones peregrinos que han ido dejando su huella y sus esperanzas.

Al caer la tarde, otra inesperada alegría: una melodía llega desde la ribera del río junto al puente, un "tin whistle", una pequeña flauta irlandesa lanza sus notas al aire con cierta nostalgia y desgarro en una canción cargada de sentimiento, recordándome mis tiempos vividos en Irlanda. A su alrededor se ha producido un encuentro de gentes de un montón de lugares del mundo disfrutando

del improvisado concierto, al que me uno encantada. Toca la flauta una chica muy joven, irlandesa seguro, con toda naturalidad, sin cohibirse, como si estuviera en su grupo de amigos. Se nota que compartimos un objetivo común: caminar hacia Santiago nos abre a compartir otras muchas cosas.

Ya de noche de vuelta al albergue y de animadas conversaciones en las que puedo practicar el inglés, se produce una fuga a las literas, pero yo no puedo irme a dormir tan pronto. A pesar del cansancio acumulado y aunque te levantes al alba, son demasiadas horas de cama, no sé como lo aguantan. Es un buen momento para coger la Tablet y seguir con mi particular investigación del triste pasado español, que me está empezando a atrapar; espero que me mantenga despierta y luego no me quite del todo el sueño.

Me vuelvo a sumergir en las vidas de singulares personajes de la guerra civil que por su actitud y también por sus contradicciones pueden encajar en esa Tercera España, que nadie sabe bien que es. Me fijo en la deriva de los llamados **"Padres de la Republica"**, más padres espirituales que políticos, Gregorio Marañon, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala, tres de las grandes mentes y personalidades españolas del siglo XX, que fundaron la Agrupación al Servicio de la República el 1 de Febrero de 1931, con un primer acto púbico unos días más tarde en el Teatro Juan Bravo de Segovia, presidido por Antonio Machado. De allí sacaron un manifiesto en contra de la monarquía y a favor de la modernidad que tuvo una extraordinaria influencia sobre la opinión pública y contribuyó a promover la creación de la II República dos meses después. Me llama la atención como se fueron desmarcando del devenir republicano a medida que el radicalismo y el sectarismo se adueñaba de un proyecto nacido para corregir el atraso político y social de España a base de reformas, excesivas para los tradicionalistas e insuficientes para los anhelos revolucionarios. A ello se les unía la inquietud por el anticlericalismo y las amenazas de desintegración territorial. Los hechos sucesivos parecieron irles dando la razón, como la quema de conventos en 1931 y la huelga general revolucionaria de 1934, que solo triunfó en Asturias, una insurrección que en realidad fue un golpe de Estado contra un resultado adverso en las urnas de las izquierdas, alentadas por el temor propagado desde fuentes comunistas de que la derecha iba a acabar con la democracia desde den-

tro como había pasado en Italia y Alemania, facilitando el poder a los fascistas.

Gregorio Marañón fue un insigne médico, científico, político y pensador. Cuando se produjo el golpe militar del 18 de julio de 1936, estaba plenamente a favor de la República, a pesar de sus imperfecciones, pero fue obligado por gente armada a hablar dos veces en la radio a favor de la revolución, estando a punto de ser asesinado. Salió de España vía Alicante a bordo de un destructor inglés. Declaró al *"Petit Parisien"* que había huido *"porque iban a matarnos"*. Después de alejarse de Madrid, sobre enero de 1937 expresó en una reunión de intelectuales franceses: *"No hay que esforzarse mucho, amigos míos; escuchen ustedes este argumento: el ochenta y ocho por ciento del profesorado de Madrid, Valencia y Barcelona ha tenido que huir al extranjero, abandonar España, escapar a quien más pueda. ¿Y saben ustedes por qué? Sencillamente porque temían ser asesinados por los rojos, a pesar de que muchos de los intelectuales amenazados eran tenidos por hombres de izquierda"*.

En el artículo titulado *"Liberalismo y comunismo"*, publicado en *"Revue de Paris"* el 15 de diciembre de 1937, Marañón manifestó con claridad su cambio de posición respecto de la Segunda República:

[...] En la historia hay una cosa absolutamente prohibida: el juzgar lo que hubiera sucedido de no haber sucedido lo que sucedió. Mas lo que no admite duda es que las profecías de las derechas extremas o monárquicas que se oponían a la República se realizaron por completo: desorden continuo, huelgas inmotivadas, quema de conventos, persecución religiosa, exclusión del poder de los liberales que habían patrocinado el movimiento y que no se prestaban a la política de clases; negativa a admitir en la normalidad a las gentes de derecha que de buena fe acataron el régimen, aunque, como es natural, no se sintieran inflamadas de republicanismo extremista. [...] Cualquiera que sea el porvenir político de España, no cabe duda que en esta fase de su historia fue el reaccionario y no el liberal, acostumbrado a vencer, el que acertó.

Me sobrecogen unas líneas que Marañón escribió a Pérez de Ayala sobre el presidente Negrín el 13 mayo 1938, en las que criti-

cando a unos acaba justificando a otros:

"¡Qué asco! ¡qué asco! tendremos que estar varios años maldiciendo la estupidez de estos cretinos criminales y aun no habremos acabado [...] con todos sus defectos los del otro lado me parecen y nos deben de parecer arcángeles, sin querer me siento que ¡estoy lleno de resquicios por donde me entra el odio que nunca conocí ¡Y aun es mayor mi dolor por haber sido amigo de tales escarabajos, y por haber creído en ellos!"

Ramón Pérez de Ayala, fue un prolífico escritor, columnista y político. Cultivó y destacó como novelista, poeta y ensayista, con un estilo de lenguaje muy refinado, no exento de ironía y citas encubiertas. El Gobierno de la República le nombró director del Museo del Prado y en 1932, embajador en Londres. Dimitió de su cargo en junio de 1936 por sus desavenencias con el Frente Popular y al iniciarse la guerra civil española se exilió a Francia. Dos hijos suyos se alistaron como voluntarios en el ejército nacional y Pérez de Ayala explicó y defendió su toma de posición en una carta publicada el 10 de junio de 1938 en el diario londinense The Times, en la que arremete contra Manuel Azaña y le sale también el odio que en las guerras se contagia como una epidemia:

Cuanto se diga de los desalmados mentecatos que engendraron y luego nutrieron a los pechos nuestra gran tragedia, todo me parecerá poco... Lo que nunca pude concebir es que hubiesen sido capaces de tanto crimen, cobardía y bajeza. Hago una excepción. Me figuré un tiempo que Azaña era de diferente textura y tejido más noble... En octubre del 34 tuve la primera premonición de lo que verdaderamente era Azaña. Leyendo luego sus memorias del barco de guerra —tan ruines y afeminadas— me confirmé. Cuando le vi y hablé siendo ya presidente de la República, me entró un escalofrío de terror al observar su espantosa degeneración mental, en el breve espacio de dos años, y adiviné que todo estaba perdido para España.

Me detengo con especial atención en interés en el último padre espiritual de la República pendiente, esperando al menos que su deriva llegue a buen puerto, o que yo la comprenda. José Ortega y Gasset, un eminente filósofo y una de las grandes mentes pensadoras de todos los tiempos, por mucho que moleste a sus muchos detractores, fue un personaje controvertido, aunque yo creo que

le salen enemigos furibundos a toda persona que destaque por su sagacidad, inteligencia y libertad de pensamiento.

Ortega, que comenzó la andadura de la II Republica siendo elegido diputado en 1931 por la provincia de León con la Agrupación al Servicio de la República, se fue desengañando progresivamente del futuro republicano dimitiendo en 1933. Enseguida crítico muchas de las decisiones que se iban tomando, en especial la forma como se había resuelto la cuestión regional y la religiosa. Escribió en la revista *"Crisol"* un famoso artículo el 9 de septiembre de 1931, *"Un Aldabonazo"*, toda una premonición de los tiempos que se avecinaban, y del que me hacen mella algunos párrafos que podrían ser pronunciados en nuestros días:

Desde que sobrevino el nuevo régimen no he escrito una sola palabra que no fuese para decir directa o indirectamente esto: ¡No falsifiquéis la República! ¡guardad su originalidad! ¡No olvidéis ni un instante cómo y por qué advino! En suma: autenticidad, autenticidad...

Con esta predicación no proponía yo a los republicanos ninguna virtud superflua y de ornamento. Es decir, que no se trata de dos Repúblicas igualmente posibles -una, la auténtica española, otra, imaginaria y falsificada- entre las cuales cupiese elegir. No: la República en España, o es la que triunfó, la auténtica, o no será. Así, sin duda ni remisión.

¿Cuál es la República auténtica y cuál la falsificada? ¿La de «derecha», la de «izquierda»? Siempre he protestado contra la vaguedad esterilizadora de estas palabras, que no responden al estilo vital del presente -ni en España ni fuera de España.

(....) No es cuestión de «derecha» ni de «izquierda» la autenticidad de nuestra República, porque no es cuestión de contenido en los programas. El tiempo presente, y muy especialmente en España, tolera el programa más avanzado. Todo depende del modo y del tono. Lo que España no tolera ni ha tolerado nunca es el «radicalismo» -es decir, el modo tajante de imponer un programa-. Por muchas razones, pero entre ellas una que las resume todas. El radicalismo sólo es posible cuando hay un absoluto vencedor y un absoluto vencido. Sólo entonces puede aquél proceder perentoriamente y sin miramiento a operar sobre el cuerpo de éste. Pero es el caso que España -compárese su historia con cualquier otra- no

acepta que haya ni absoluto vencedor ni absoluto vencido.
(...) Las Cortes constituyentes deben ir sin vacilación a una reforma, pero sin radicalismo -esto es, sin violencia y arbitrariedad partidista-. En un Estado sólidamente constituido pueden, sin riesgo último, comportarse los grupos con cierta dosis de espíritu propagandista; pero en una hora constituyente eso sería mortal. Significaría prisa por aprovechar el resquicio de una situación inestable, y el pueblo español acaba por escupir de sí a todo el que «se aprovecha». Lo que ha desprestigiado más a la Monarquía fue que se «aprovechase» de los resortes del Poder público puestos en su mano. Una jornada magnífica como ésta, en que puede colocarse holgadamente y sin dejar la deuda de graves heridas y hondas acritudes, al pueblo español frente a su destino claro y abierto, puede ser anulada por la torpeza del propagandismo.

Yo confío en que los partidos (...) no pretenderán hacer triunfar a quemarropa, sin lentas y sólidas propagandas en el país, lo peculiar de sus programas. La falsa victoria que hoy, por un azar parlamentario, pudieran conseguir caería sobre la propia cabeza. La historia no se deja fácilmente sorprender. A veces lo finge, pero es para tragarse más absolutamente a los estupradores.

Una cantidad inmensa de españoles que colaboraron con el advenimiento de la República con su acción, con su voto o con lo que es más eficaz que todo esto, con su esperanza, se dicen ahora entre desasosegados y descontentos: «¡No es esto, no es esto!»

La República es una cosa. El «radicalismo» es otra. Si no, al tiempo.

Me paro a pensar que en una verdadera Republica no deberían caber todos aquellos que tratan de aprovecharse de su tolerancia democrática para tratar de imponer sus ideas y sus regímenes totalitarios, sean de derechas o de izquierdas o de cualquier otra dirección que se inventen. Aún hoy día seguimos sufriendo la falta de sentido democrático de una buena parte de la población, y parece que esto es un mal generalizado en muchos países. Con auténtica conciencia democrática los problemas se irían solucionando con rapidez y el respeto llenaría de dignidad nuestro sufrido mundo.

Cuando comenzó la guerra civil en julio de 1936, Ortega se hallaba enfermo en su domicilio, y enseguida se presentaron en su casa varios comunistas armados de pistolas que exigieron su firma

al pie de un manifiesto contra el golpe de Estado y en favor del Gobierno republicano. Ortega se negó a recibirlos y fue su hija la que salvo una situación muy tensa conversando con ellos y haciendo de intermediaria de su padre, para convencerlos de redactar otro texto más corto y menos politizado y que acabó siendo firmado también por Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y otros intelectuales. Ortega posteriormente desautorizó su firma alegando que fue por coacción. En cuanto pudo huyó y se exilió de la España republicana temiendo por su propia vida y por una revolución que según decía "no respetaba a nada ni a nadie". En diversas ocasiones cargó con fuerza contra esa revolución que se hizo con el control de la república y la usurpó. Sorprende que no tuviera el mismo espíritu crítico contra el régimen franquista y sus innumerables atropellos, al que por cierto enseguida se apuntaron a defender sus dos hijos. Y a la que pudo volver en 1945, seguramente porque había huido de la España republicana, recuperó su cátedra de Filosofía, o al menos la remuneración de sus atrasos, y se cuenta que incluso se ofreció a Franco para mejorar sus discursos.

Pienso qué al margen de las ideas, con o sin proyección política, y de sus aciertos o errores en situaciones extremas o no tan extremas, o de sus contradicciones, tenemos que fijarnos en sus valores humanos, y sobre todo en su aportación cuando contribuye a ensanchar las mentes, ya que cuando se amplía la mente se abren también un poco más las puertas del corazón. Por eso prefiero evitar caer en juicios fáciles sobre la vida, las circunstancias y las decisiones personales, sobre las que siempre nos falta información, ya que no estamos en su pellejo; y porque los juicios acaban siendo agresiones personales y de corte destructivo.

En el caso de Ortega y Gasset, no soy capaz de juzgar, su filosofía eclipsa con creces cualquier posible equivocación de su trayectoria personal. Ejerció una gran influencia en la filosofía española y en la filosofía del siglo XX, no solo por el contenido de sus obras, sino también por la forma de expresarlo con su pluma ágil, clara, directa, a menudo sublime, que llegaba bien a todos los públicos.

Para Ortega, el objetivo de la filosofía es descubrir el ser fundamental del mundo, en relación con la "circunstancia" donde se encuentra, que dejó plasmada en su famosa frase: *"Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo"*. Desarrolló "el

raciovitalismo", teoría que funda el conocimiento en la vida humana como la realidad radical, uno de cuyos componentes esenciales es la propia razón. La razón vital es una razón que se va realizando constantemente en la vida a la cual es inherente. Sobre esta base enseñó a sus alumnos a pensar y a discernir, a desmenuzar cada idea y cada concepto, sin dar nada por demostrado, con un espíritu científico-filosófico, que permanece en vigor y aún hoy no se acaba de aplicar por muchas mentes.

Ortega, escribió en la década de los años 20, en la España de la dictadura de Miguel Primo de Rivera, *"La rebelión de las masas"*, una obra que se adelantó a los tiempos que iban por llegar, donde refleja problemas como la hiper democracia, la emancipación sin asumir la responsabilidad, que se manifiesta en la masa que asume gobiernos con clisés, que resolverán todas sus necesidades como por arte de magia. Ortega no rechaza la visión liberal democrática, y en el fondo su visión de la vida tiene mucho de libertaria, y no faltan referencias de corte anarquista en su texto. La vida del hombre-masa se ve privada de la voluntad de progresar y de participar en un proceso de evolución de la sociedad. La Masa no entiende que si ahora se puede disfrutar de ciertas ventajas esto se debe al progreso, pero para progresar se necesita esfuerzo. Las Masas, por otro lado, consideran el progreso como algo natural, que no ha costado ningún esfuerzo. Son los tiempos, que aún continúan, del *"señor satisfecho"*, que piensa que el estado se encarga de todo, sin necesidad de cuidarse de nada y limitarse a ser conformistas. Es el *"niño mimado"*, que da por sentado el bienestar y el progreso, cree que la vida no requiere ser competente y no es necesario que surjan los mejores. El progreso no es una cosa fácil, pero la masificación, en cambio, induce a sentirlo.

Me hubiera gustado escuchar una conferencia de José Ortega y Gasset, o participar en alguna de sus "clases magistrales". Los que le escuchaban cuentan que su palabra imponía un silencio reverencial en sus oyentes que despertaba toda su atención, y que hablaba con claridad y elegancia con la misma fluidez y riqueza con la que escribía, de forma culta y amena, a veces hiriente, aunque respetuosa, y capaz de adentrarse con valentía en cualquier tema por polémico o complejo que fuera.

Ortega se enamoró de la idea de democratizar España, volverla

culta al mejor estilo europeo, con la pacífica revolución del poder de las ideas, expuestas y debatidas de forma sana y sensata, pero la desilusión con el devenir de la República y la sublevación fascista y la guerra aplastaron su proyecto de progreso. No hubo espacio para debates y diálogos pausados porque los fanatismos y los odios arrasaron con todo. Costaría medio siglo volver a retomar la senda, esta vez cargada con el lastre del pasado por acabar de resolver.

A pesar de estar imbuida en la particular historia de determinados personajes de la guerra civil vuelvo a mi propia realidad y me viene a la mente una reflexión sobre el camino que me viene persiguiendo: *"El camino te hace vivir el presente, perder el miedo, dejar de preocuparte. No hay que preocuparse de nada, solo caminar hacia delante".*

Escribo en mi cuaderno de notas del camino, que ahora voy a abrir de forma oficial: *"Camino confiada, sin ninguna prueba evidente, desoyendo los consejos del fatalismo de estos tiempos. No hay prisa, no busco seguir planificando. La vida es arte efímero, lo olvido y lo recuerdo, voy a resolver está disociación y a vivir en el más absoluto presente"*

Ya rendida por el sueño me acuesto, pero no acabo de coger bien el sueño. Cada vez que voy a caer en el sueño profundo, una inquietud, un desasosiego me trae de vuelta de nuevo, lo intento dos o tres veces y da lo mismo, algo no encaja con lo cansada que estoy, no sé lo que me está pasando. Alzo la cabeza y para mi sorpresa me doy un susto de muerte y un escalofrío recorre todo mi cuerpo: en medio de la semioscuridad del cuarto, hay una mujer sentada en la cama alta de una litera, cubierta con una sábana. No me lo acabo de creer, tengo que pellizcarme para ver si estoy en una pesadilla y cerrar y abrir los ojos varias veces. Es una escena real, pero parece una película de terror, además hay muy mala energía en la habitación. No me lo pienso, cojo el saco y me voy a otro cuarto donde no haya vampiros "chupa energía", o sea lo que sea que esté pasando. Lo que me faltaba por ver, puede que sean cosas mías y solo se trate de una peregrina con problemas de digestión o que no puede dormir, pero prefiero hacer caso a mis sentidos y mis percepciones. En mi nueva cama, que por suerte quedaban unas cuantas libres, no tengo el menor problema y a pesar del susto me duermo antes de darme cuenta.

Agosto de 1936. Grañón.

Comencé a caminar por primera vez fuera del bosque, ya en plena noche, con la débil luz de las estrellas, cuidando de no tropezar con las sombras. No había dormido casi nada, no resulta nada fácil coger el sueño tumbado en la tierra entre hierbas y hojarasca, con mis escasas ropas, aguantando el frío de la noche, por más que sea verano, y escuchando el ulular de aves nocturnas, tal vez búhos o lechuzas, y otros sonidos desconocidos. La naturaleza es muy bonita hasta que te toca vivir en ella a lo salvaje, y yo soy más animal de biblioteca y de un hogar confortable.

Apenas veía por donde andaba, no me parecía una buena idea deambular así, seguro que perdería el rumbo en cualquier momento. Decidí esperar a que hubiera algo de luz e intentar abrirme paso ocultándome todo lo posible entre matas y arbustos y por barranqueras o desniveles del terreno. Aproveche para intentar dormir un poco, aunque fuera sentado, y recuperar fuerzas.

El amanecer me cogió cabeceando, algo había descansado, y comencé a avanzar con toda precaución. Tenía muy buena vista, y podría ver a alguien moviéndose a mucha distancia. Ahora me atacaba un hambre atroz, era una prioridad comer lo que fuera; agua ya iba bebiendo en algunos arroyuelos. Después de un par de horas, y cuando ya se elevaba el sol, divisé un pequeño pueblo a lo lejos. Pensé que tendrían huertos en las afueras y me dirigí hacia allí con la misma ilusión como el que se va a sentar a la mesa para tomar su almuerzo. No me equivocaba, al irme acercando se iban viendo con claridad los contornos de alguna huerta y unos cuantos frutales. Por suerte estaban muy alejados de la zona donde se trillaban los cereales para separar el grano de la paja, faena que en verano ocupa a todas las manos disponibles. Elegí la huerta más escondida y me acerqué sigiloso, medio agachado, a ver si pillaba desprevenido a algún tomate o lo que fuera. No se veía a nadie, ya pegaba el sol y no era la mejor hora para el quehacer de los hortelanos. Me movía con el máximo cuidado, intentando no dejar huellas ni romper nada. Había un poco de todo, lechugas, cebollas, acelgas, matas de patatas, y hasta algún tomate. Cogí varias piezas y me las llevé para devorarlas a la sombra de una higuera, que con sus ramas bajas daban un buen refugio. Era la mejor ensalada que jamás

me había llevado a la boca, aún sin aliñar y sin limpiar, con algún granito de tierra. Nunca me hubiera imaginado que me iba a comer una lechuga y varios tomates a dentelladas, y una cebolla, más bien cebollón, picaba pero me daba igual. Luego probé a desenterrar patatas con una pequeña azada que había junto a una improvisada caseta de cañas. No eran muy grandes, pero me llevaría unas cuantas para el camino, un par de kilos como mucho, en un saco que habían dejado colgado en la casetilla; me había convertido en el "hombre del saco"; supongo que daría más pena que miedo. Dejé el huerto lo mejor posible, sin un solo resto, poniendo la tierra como si nadie la hubiera tocado, para que el dueño, al ver algún hueco, tuviera dudas de si lo habría hecho él mismo algún día antes. Le agradecí internamente lo que había cogido, pensando que si se lo hubiera pedido me lo habría dado, y comprometiéndome conmigo mismo a ayudar algún día a alguien que se viera en una situación como la mía. Esperé a que el sol estuviera bien fuerte y me moví por la periferia del pueblo, pero nada de ropa tendida, no sería día de colada. Vi pasar a un carro medio vacío, y a nadie más. Los campos amarillos estaban con la siega muy avanzada, que se hacía a primera hora de la mañana para llevar los atados de espigas, las gavillas, a la parva de la trilla del resto del día. Entonces todos los caminos estarían bien transitados, mejor darme prisa y seguir avanzando, como siempre hacía el este, ni siquiera pude ver el nombre del pueblo cuando lo iba dejando atrás. Seguí campo a través evitando los caminos y mirando continuamente en todas las direcciones, como un poseso, atento hasta el más mínimo movimiento, que casi siempre era el vuelo de un pájaro o el viento sobre las hojas de los pocos árboles del paisaje. Procuraba meterme entre pequeñas colinas y terraplenes de las parcelas, que por sus lindes tenían un poco de maleza y arbustos.

A media tarde mis ojos, ya expertos detectores de señales, me dieron la alarma y me agazapé entre unos juncos a unos metros del camino. A lo lejos un par de siluetas difusas venían en mi dirección. Enseguida se dibujaron mejor, eran dos hombres a caballo, dos guardias civiles con su inconfundible tricornio. Iban a paso ligero, pero sin trotar, y se acercaban. Me acurruque aún más, abrazando con fuerza el saco de patatas para que no se notara el menor bulto. Ya se aproximaban, iban a pasar por el camino que tenía delante.

Lanzaban miradas para todos lados, y con el fusil entre los brazos, no cabía duda, nos estaban buscando, se había abierto la veda, no de la caza de la codorniz, sino de un par de pobres harapientos, en mi caso armado con patatas. Pasaron sin verme y sin parar, daban miedo hasta los caballos y sobre todo la cara de uno de ellos, el más mayor, con el ceño fruncido y con bigote, a esta marcha iba a coger manía a todos los que tuvieran bigote. Igual eran buenas personas, solo dos guardias a los que les habían ordenado detener a unos fugitivos, aunque después de lo visto me costaba creer en la buena fe de personas con uniforme.

Seguí adelante para aprovechar el resto de la tarde, ahora prestando todavía mayor atención. Escudriñaba el terreno, y cuando lo veía limpio, me movía rápido, sobre todo en los tramos abiertos, hasta encontrar un recodo, un pequeño escondrijo, y volver a otear el horizonte. Así una y otra vez. Caminaba a menudo agachado con el saquete de patatas al hombro, desde lejos parecería un viejo encorvado con un saco al hombro.

El atardecer me regalaba otra esplendida puesta de sol. Me detuve junto a una pequeña corriente de agua entre zarzas y hierbas altas, aprovechando para lavarme un poco, y para cenar: patatas, crudas pero patatas, que limpias y bien masticadas se podían comer. No echaba de menos ni un pela-patatas, hasta la piel me parecía digna de hincarle el diente, nada como el hambre para apreciar lo que tienes, y mucho mejor que la porquería que nos daban en la cárcel.

Para dormir me preparé una cama con largas hierbas secas, que también me valían para cubrirme. Picaba un poco y me recorría algún bichito, insecto, hormiga, o cosa pequeña con muchas patas, pero esos no eran bichos peligrosos, los de temer solo tenían dos patas. Me acosté contemplando el cielo nocturno salpicado de infinidad de estrellas. Era un espectáculo increíble, el universo mostraba su magnífica grandiosidad y belleza, ante un solitario espectador en primera fila, en un planeta tal vez olvidado, contemplando un mundo inalcanzable, y a pesar de mi destino incierto, feliz de seguir vivo y ser una parte insignificante de tanta inmensidad. Me sentí libre, unido a la naturaleza, dispuesto a vivir lo que se presentara, sin nada que defender, ni cargas por llevar, por no llevar iba casi sin ropa. Supongo que esta sensación no duraría mañana

ante la cruda realidad, pero esta noche se respiraba libertad y tenía acceso a la belleza en estado puro, y me iba a la "cama" en la mejor compañía, arropado por las estrellas. Sin darme cuenta conseguí coger el sueño y quedar profundamente dormido.

Por la mañana me desperté con una energía desconocida. Estaba amaneciendo y el sol preparaba otro derroche de luces y colores. Me centré pensando en lo que tenía por delante y dándome ánimos para el día intenso que se intuía, atento a todo y dispuesto a enfrentar lo que se me presentara. Desayuné el plato de la casa, patatas, que seguían crudas, y ya no las veía tan interesantes, ya encontraría otro huerto con algo más suave. Intenté no dejar rastro de que allí había dormido alguien y con el saco casi vacío me puse en marcha, con mis ojos como catalejos oteando el horizonte en todas direcciones. Dejé atrás un pueblo grande que luego en un cartel de caminos comprobé que se trataba de Belorado. Iba en la dirección correcta, me puse a buena distancia de cualquier casa, y tuve que esconderme varias veces por el paso de carros cargados hasta arriba de gavillas de trigo con largos tallos, y por un aldeano que iba montado en su burro. El tiempo seguía siendo veraniego, y aún bien entrado agosto seguía apretando el calor.

De repente me llegó un sonido a motor antes de ver ningún movimiento. Me acurruqué en una ladera a esperar y enseguida pude ver la silueta de un coche negro, nada habitual por estos caminos lejos de la carretera. El vehículo se acercaba, iba a pasar por el camino en el que estaba escondido detrás de un arbusto casi seco. Cuando estuvo más cerca distinguí a sus cuatro ocupantes, todos con la inconfundible camisa azul que tenía tan atragantada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo desde la punta del pie a la cabeza, pero no me inmuté, quedándome quieto como una piedra. El coche pasó y siguió su ruta sin nadie que mirara hacia mí. Debían seguir buscándonos, o tal vez iban a truncar la vida de algún otro indefenso ciudadano que no sabría que las hienas andan sueltas, y que me perdonen las hienas por la comparación.

Continué sin detenerme en todo el día, solo parando a beber agua cuando se daba la ocasión, y al mediodía a dar cuenta de las tres patatas que me quedaban. Aun así, seguí llevando el saco, era mi maleta por si había algo que meter y mi única posesión, además era un buen saco, no tenía ningún agujero y tenía múltiples

usos, por ejemplo para almohada. Se hacía imperioso localizar otra huerta. Me acercaba hacia un pueblo de un cierto tamaño; en uno de los carteles de un cruce de caminos pude ver su nombre: "Grañón". Pensé que el nombre pudiera tener algo que ver con el trigo, igual era una señal de que me esperaba algo tan maravilloso como el pan, que no veía en condiciones desde hace un mes. Localicé la zona de las huertas y elegí la más lejana y escondida y me acerqué con cautela agudizando todos los sensores del peligro, que ya los debía tener por todos los rincones de mi cuerpo. Se veían unos bonitos tomates de generoso tamaño y un amplio abanico de verduras, entre las que destacaban las judías verdes empaladas, que además ofrecían un lugar perfecto para ocultarme. Empecé a abrir algunas vainas, y comer los granos de alubias; estaban deliciosas, tiernas y jugosas, un manjar caído del cielo, o en este caso salido de la tierra. Cerré los ojos imaginando que estaba en un comedor degustando un plato exquisito, masticando despacio para saborear este guiso cocinado por la sabia mano de la naturaleza. Abrí los ojos y me quedé perplejo, al final de la hilera de judías un hombre muy mayor, parado en mitad del pasillo, me miraba sin inmutarse. Tenía un montón de arrugas en su cara, y se notaba su avanzada edad, pero estaba derecho y no decía nada.

—Lo siento —dije, juntando las manos en petición de perdón—, estaba muerto de hambre, y no pensaba comer más que lo imprescindible, no sé como puedo compensarle.

—No seré yo el que niegue comida al hambriento, y menos por unas pocas judías. No parece un mendigo, ¿De dónde sale usted?.

Con mis ropas destrozadas ni siquiera estaba en la categoría de indigente. Debía tener un aspecto horrible, pero no pasaba desapercibido mi aire de persona de ciudad, poco trabajada; en esto no cuentan mucho las labores de cabeza.

—No le voy a engañar, no me he perdido, o eso creo, solo trato de escapar de la muerte, que me persigue y todavía no acabo de entender el motivo. Si me delata me mataran, le aseguro que soy una buena persona, y que usted no tiene nada que temer de mí.

—No le temo, a mi edad ya he aprendido a ver en los ojos de los demás con solo mirar. ¿Por qué le persiguen?.

—Parece ser que los nuevos inquisidores han decidido que yo era un rojo peligroso al que eliminar sin compasión. No soy rojo,

y mi único peligro está en creer en la República y en enseñar a la gente a leer y a escribir; espero que a usted no le haya llegado el veneno, y si le parece me iré y haremos como si no me ha visto.

—No iría muy lejos, está lleno de controles por todas partes y le acabaran por coger. No es el único que trata de escapar de los fascistas, mi propio sobrino lo ha intentado y anteayer lo detuvieron camino de Logroño. Yo no estoy en nada de política, pero no trago a estos fantoches que solo van a traer miseria y desgracia. Le voy a ayudar, como me gustaría que alguien ayude a mi sobrino si tiene ocasión. Venga conmigo, en la caseta del huerto hay un peto de trabajo que puede ponerse, con esas pintas alarmaría a cualquiera.

Estaba sorprendido, por fin un poco de suerte, y un poco de humanidad. Me llevó a la caseta en uno de los lados del huerto y me puse el peto, un poco grande pero no me quedaba mal; fue una liberación desprenderme de los andrajos a girones en que se había convertido mi pantalón y la camisa

—No sé como agradecerle lo que hace, pero quiero que sea consciente que está corriendo un gran riesgo ayudándome.

—Eso es cosa mía, en esta vida se hace lo que se debe hacer, y sí no, no vales una mierda.

—Me alegro de encontrar a una persona con dignidad. Me llamo...

—No me diga su nombre —me cortó el anciano—, es mejor que no sepamos nuestros nombres. Cuando empiece a anochecer le voy a llevar a mi propia casa, iremos en silencio por donde yo le diga y espero que nadie nos vea. Hoy no te puedes fiar ni de tus propios vecinos, y algunos delatarían a cualquiera para su propia protección. Quédese aquí en silencio entre estos sacos mientras yo hago que hago, y no se asome venga quien venga, aquí nadie va a entrar. Tenga, coma algo decente y beba de la bota, aún quedan unos cuantos tragos.

Me pasó una canasta cubierta con una servilleta de cuadros. Tenía pan, un trozo de queso y una navaja, y me señaló una bota de vino colgada de una caña, mientras salía a faenar por el huerto. Me puse a comer de inmediato, pero sin prisas, intentando disfrutar y grabar estos momentos de gloria en mi cerebro. El pan me pareció como descubrir un tesoro inadvertido que nunca había sabido valorar, y cuando le puse el queso, ya no tenía palabras, se me caían

las lágrimas de puro gozo. Veía al viejo por unas rendijas de la caseta, que tenía más años que el dueño, hecha con adobes y cubierta con palos, con más tierra encima y tejas de esas que se hacían a mano en otros tiempos, y a nadie parecía importar que se filtrara la luz por donde quisiera. Me fiaba del buen señor, tal vez yo también sabía distinguir a la gente por su mirada, pero seguía atento, el pueblo estaba muy cerca y ya sabía que la vida puede dar un giro inesperado en cualquier momento.

Fue cayendo la tarde y cuando comenzaba a oscurecer, se acercó el viejo a la caseta con un carretillo de madera lleno de productos de la huerta. Los metimos en dos cestos grandes, metiendo también en ellos la canasta de comida, ahora vacía, y la bota de vino.

—Sígueme y no hables ni hagas ruido, échate el cesto al hombro y que te medio tape la cara. Si nos cruzamos con alguien déjame a mí y no te muestres.

Le hice caso sin rechistar. Casi no se veía, y no había nadie con quien cruzarse. Se veían luces en algunas casas y se oía alguna conversación por las ventanas abiertas, pero nadie se asomaba ni salía a la calle. Recorrimos dos calles, otra más estrecha, y nos metimos en un callejón y entramos por la puerta de una tapia a un patio trasero de una casa. Estaba todo casi oscuro y solo me limitaba a seguir a mi guía. Dejamos los cestos en un porche cubierto y pasamos al interior de la casa, dando al interruptor de la luz del pasillo, encendiendo una débil bombilla de luz amarillenta.

—Vaya, ya llegas abuelo, ya creía que tenía que ir a buscarte —se oía la voz de una mujer que se iba acercando desde otra habitación cercana.

—Hola, no vengo solo —dijo el abuelo, cuando la sorprendida nieta llego hasta nosotros—, no hables alto y no te asustes, este señor viene huyendo de los fascistas, necesita ayuda y le vamos a ayudar.

La joven me miró de arriba abajo con ojos despiertos y astutos, como intentando desvelar mi identidad debajo del peto prestado, los zapatos desechos y de mi suciedad mezclada con algunos moratones y rasguños.

—Abuelo, ¿Sabes a lo que nos arriesgamos?.

—Sí, tendremos cuidado, piensa en tu primo y que tal vez necesite encontrar alguien que le ayude.

—De acuerdo, vamos a hacerlo bien. Lo primero señor, se tendrá que lavar bien, afeitar, y veremos que ropa se puede poner, creo que la de mi difunto padre le irá bien. Luego cenaremos, y prepararemos una cama en el desván, que es el sitio más seguro, y mañana ya se verá.

Parecía darme la aprobación, para ser tan joven demostraba dotes de mando, debía ser la que se hacía cargo de la casa. En poco rato preparó agua caliente en un balde grande, una toalla y jabón con un cepillo de mango largo, en un pequeño cuarto sin ventanas. No había agua corriente, pero para mí era un lujoso baño, estaba aprendiendo a valorar los detalles más insignificantes de la vida diaria que das por hechos; es una lástima que tengamos que apreciar lo que tenemos cuando lo perdemos. Tuve que frotar con ganas para sacar la roña que llevaba encima después de tantos días sin bañarme. Me trajo ropa de buen ver, una muda, pantalón, camisa y un chaleco de verano, calcetines y unas botas de media caña en buen estado que se ajustaban a mis pies. Salí reluciente, hasta me miraron sorprendidos.

—Muchas gracias, no sé como agradecerles lo que están haciendo por mí, espero que la vida les trate con el cariño que se merecen.

—Todos tenemos que hacer nuestra parte en estos días difíciles —dijo el abuelo—. Vamos a cenar, seguro que hambre no le faltará.

—No he tenido una comida caliente desde el día siguiente del golpe militar, y es la primera silla en la que me voy a sentar desde entonces.

En la mesa de la cocina, sobre un mantel, vasos, platos cubiertos, servilletas, las maravillas de la civilización. Antes de cenar la joven bendijo la mesa, pidiendo ayuda al Señor para todos los necesitados del mundo; aunque no soy muy creyente lo pedí internamente con fuerza, agradeciendo la ayuda que a mí me estaba llegando. Comenzamos a cenar, con una ensalada, y huevos fritos con patatas y panceta, pan tierno, y un vino casero excelente.

—Nunca voy a olvidar esta cena —dije—, la gente como ustedes son la esperanza de la humanidad.

—Le tengo que preguntar, si puede responderme —Dijo la joven, preocupada—, ¿Qué ocurre cuando alguien como mi primo es detenido?, algunos dicen que, en los Montes de Oca, en Villafranca, están fusilando gente todos los días, además mi primo es del sindi-

cato, de la CNT.

Pensé mi respuesta para no herir su sensibilidad, me miraban temiendo lo que les podía decir, el abuelo ya debía saberlo y miraba a su nieta como protegiéndola.

—Les puedo decir lo que he visto, pero no sé lo que pueda pasarle a su primo. Yo soy de Salamanca de paso por Burgos, donde me detuvieron a la espera de informes sobre mí, que por lo visto no fueron buenos, soy profesor en la Universidad y aunque apoyo a la República no me he metido con nadie y a nadie he hecho la menor ofensa, además mi propio tío, con mucha mano, ha ido contra mí por un viejo tema de herencias. He pasado por la cárcel de Burgos en una situación deplorable y al final me llevaron a fusilar a la Pedraja, en el monte que ha dicho, que no es el único que usan de matadero. Escapamos tres en el último momento, a uno lo mataron y nosotros dos nos hemos separado para tener más posibilidades en la huida. Esto ocurrió hace tres días. No les quiero engañar, se ha desatado una fiebre criminal contra todo lo que tenga que ver con la República y sobre todo con la izquierda y con los anarquistas; si tienen algún amigo en Falange o en el Ejército, o en la Iglesia, pídanles que avalen a su primo.

—No tenemos influencia con nadie —dijo el abuelo—, solo somos campesinos y de los que menos tierra tenemos en el pueblo, un viejo con su nieta, y mi hermana y mi cuñado, los padres del detenido ya hace dos días, tampoco tienen a quien recurrir, están desesperados por la suerte de su hijo, que es muy joven y muy buen zagal.

—Yo voy siempre a misa —dijo la nieta—, y ayudo con la limpieza de la iglesia, y hasta tengo la llave. Se lo voy a pedir al párroco, él sabe que mi primo es buena persona.

—No esperes nada del cura —dijo el viejo—, es un falso y un hipócrita, lleva tiempo echando pestes contra la República desde el púlpito, te dirá que no te preocupes, que está en manos de Dios, y luego ira a lavarse las manos. Pero hay que intentarlo todo, hazlo mañana sin falta.

Me llenaba de pura pena ver a un abuelo y su nieta apesadumbrados por el incierto destino de su familia. No había aún parado cuenta, por prácticamente no tener familia, que cada tragedia personal irradia el dolor a todos sus seres queridos y se extiende el su-

frimiento sin medida; eso sin contar que el miedo se mete por todas partes. No me pareció oportuno contarles el salvaje asesinato de mi amigo Antonio Benaiges, ya tenían preocupaciones de sobra como para echar más leña al fuego. Seguimos sentados en la mesa, acabando la cena, casi en silencio, hablando con frases cortas, sin ninguno saber que decir que aportara algo digno de ser dicho. Cuando ya estábamos preparándonos para acostarnos llamaron a la puerta con tres golpes secos y se dispararon todas las alarmas. El abuelo me hizo una seña para que me metiera en el cuarto de al lado y salió a abrir dando la luz del pasillo.

—Buenas Tomás, pasa amigo, que te trae por aquí a estas horas.

—No hay mucho tiempo —dijo Tomás, un hombre de unos sesenta años, mientras entraba a la cocina—, no os molestaría tan tarde, pero os tengo que decir que de madrugada van a venir a inspeccionar algunas casas del pueblo, la vuestra entre ellas, y no os pueden encontrar nada que os comprometa. No os puedo decir como me he enterado, pero registran las casas de cualquier familiar de los que van deteniendo, como a tu sobrino.

—¿Sabes algo de él?.

—No, y siento decir que no me atrevo a preguntar. Ahora al menor desliz te conviertes en sospechoso. Sus pobres padres hacen todo lo posible, pero las cosas se están poniendo muy feas. Cuando vengan, hacer todo lo posible para guardar las apariencias, llenar la casa de crucifijos y santos y decir que no sabéis nada de nadie.

—Y tenemos otro pequeño problema —dijo el abuelo acercándose hacia donde estaba para que entrara en la cocina—, tenemos que ayudar a escapar a este buen hombre.

—Tu siempre complicándote la vida —dijo Tomás, frunciendo el ceño—, menos mal que he venido.

—No se preocupen por mí, bastante han hecho, y se lo agradeceré eternamente. No pueden seguir arriesgándose así, cuando sea bien de noche saldré del pueblo y seguiré mi camino, tarde o temprano llegaré a Zaragoza, aunque sea arrastrándome.

—En Zaragoza están los nacionales —dijo Tomás—, aunque cerca deben estar las columnas de Durruti, pero tardaría demasiado. Se me ocurre otra idea: mañana sale un camión de patatas hasta la estación de Logroño, lleva su salvoconducto, no creo que lo revisen. El conductor es un buen amigo y con un algún contacto le podemos

colar en el mismo tren que carga las patatas hacia Zaragoza, ahora todo va para el frente, luego el resto será cosa suya. Pero está noche no puede quedarse aquí.

—Se puede esconder en la iglesia, que se llega en cuatro pasos —dijo la joven—, tengo la llave y por la mañana solo yo estaré limpiando.

—Esta nieta tuya es una joya—añadió Tomás—, ya la querría yo para mi hijo pequeño.

Seguía sonriéndome la suerte, aunque otro en mi lugar no sería tan optimista. Tomás se marchó, con todo mi agradecimiento, y nos preparamos para conducirme hasta la iglesia esperando a que se hiciera un poco más tarde. No había alumbrado y la noche era oscura, con la joven adelantándose para avisar de cualquier cosa, salí pegado al abuelo, que a pesar de su edad estaba más ágil que yo. Llegamos a la iglesia y una vez dentro nos guiamos con una vela encendida que apenas iluminaba, su luz se la tragaban las sombras de una iglesia alta y esbelta, hasta subir al coro por una escalera lateral dejando la vela en el suelo para que no se filtrara un resquicio de luz por lo que parecía una ventana redonda. El coro tenía una vieja sillería de asientos de madera, y un par de bancos corridos donde me instale con una manta, iba mejorando de cama poco a poco. Quedamos en que vendrían a buscarme temprano, cuando llegara el camión, y nos despedimos con un abrazo y mis gracias de todo corazón.

Aunque casi no veía nada del interior de la iglesia, sentía su majestuoso silencio y una inmensa paz que me llenaban de esperanza. Había sido un gran día, descubriendo que también hay mucha bondad en la gente, y eso era algo que nunca iba a olvidar, pasara lo que pasara. Me acosté en uno de los bancos, que se me antojó hasta mullido, y me envolví en la manta, tenía mucho sueño que recuperar y mañana sería otro día, y caí dormido antes de darme cuenta.

Las primeras luces que se filtraban por los ventanales de la iglesia me despertaron y después de despejarme pude comprobar la belleza del edificio y su grandiosidad. La ventana redonda que por la noche se adivinaba era un rosetón, pequeño, pero daba una iluminación uniforme a todo el coro, en cuyo centro se erguía un viejo atril de madera para los grandes libros de música de otros tiempos. Desde el coro se contemplaba una amplia vista de todo el conjun-

to, una alta y larga nave abovedada que acababa en un trabajado retablo, y tenía una buena visión de la puerta al fondo. Permanecí agachado detrás de la barandilla de maderas torneadas del coro, a la espera de que vinieran a buscarme, y cruzando los dedos para que todo fuera bien. Solo me faltaba rezar, pero a pesar del respeto que me imponía estar dentro de un templo, aún no estaba preparado para volver a sentirme creyente, que en cierta medida lo había sido siempre. La actitud de los devotos españoles hacia la libertad y la justicia social no me ofrecía confianza en la religión, como le pasaba a buena parte del país.

No tuve que esperar mucho, la joven, de la que no quise saber el nombre, se acercaba discreta mirando a todas partes y cuando me vio me hizo una seña para bajar por las escaleras.

—Sígueme y cúbrete con este sombrero de paja y agacha la cabeza si nos cruzamos con alguien.

—¿Habéis tenido problemas con el registro?.

—No, han estado muy desagradables y lo han revuelto todo, pero se han ido pidiendo disculpas, se miraban los crucifijos y los santos, ha sido una buena idea. Los falangistas se han ido del pueblo hace un par de horas. El camión está a las afueras esperando, vamos por unas callejas con cuidado, ahora está todo el mundo segando y acarreando.

Al salir de la iglesia se nos juntó el abuelo y me dejaron en medio de los dos, caminando ligeros. Llegamos al camión enseguida, junto a unos pajares, un viejo Chevrolet lleno de sacos. Me dieron un pequeño morral con unos bultos envueltos en papel de estraza, del que salía un exquisito olor.

—Esto es para al viaje —dijo el abuelo—. El conductor es un buen amigo y no eres el primero al que ayuda, haz lo que te diga.

—Gracias de corazón, nunca os voy a olvidar. Espero que el sobrino salga con bien y cuando esto acabe yo mismo pueda volver algún día a celebrarlo con vosotros.

Nos dimos un abrazo y me ayudaron a ocultarme al fondo del camión en un pequeño espacio que habían dejado preparado. No era precisamente cómodo, estaba encogido y encorsetado entre sacos de patatas, y el ruidoso camión vibraba y pegaba brincos al menor bache, pero no me importaba, mucho peor estaría vagando por caminos como un furtivo.

Cada poco rato el camión se paraba y oía como le preguntaban a donde iba, quien era y que les mostrara los papeles. Eran conversaciones cortas y solo en una ocasión pude sentir a alguien por encima de los sacos. Ya no sentía miedo, contenía la respiración y me quedaba totalmente inmóvil, tampoco tenía espacio para moverme. Enseguida continuaba y de nuevo el ruido y el traqueteo. Pasó un trecho de tiempo que se me hizo enorme, transitando por una carretera con pocos tramos buenos. De Grañón a Logroño debía haber como 60 o 70 kilómetros, y desde luego este camión era rematadamente lento.

Paramos al fin y el conductor se acercó a rescatarme diciendo que ya habíamos llegado. Salí como pude del escondrijo y estiré mi dolorido cuerpo a medida que salía del camión. Estábamos dentro de un gran almacén con otros dos hombres

—Estos dos camaradas te van ayudar a ocultarte en el tren —dijo el conductor del camión, con el que hasta ahora no había cruzado palabra—. Va directo hasta Zaragoza, pero como podrás ir viendo donde va llegando, cuando veas la gran ciudad y el tren vaya casi parado, te tiras y te pierdes, y si sigues la ribera del Ebro acabaras encontrando el frente. Mucha suerte.

Le di mi sincero agradecimiento, y seguí a los hombres sin mediar palabra; seguramente era lo mejor, si detenían a alguien habría poco que contar. Me llevaron entre almacenes hasta una larga fila de vagones y me metieron en uno lleno de pacas de paja.

—Ocúltate como puedas entre los fardos de paja—dijo uno de los hombres—, el tren saldrá en una o dos horas, y cuando llegues al otro lado le dices al compañero Durruti que espabile, que como tarde mucho aquí no va a quedar nadie a quien salvar.

—Podéis contar que se lo diré y que por estas tierras le espera gente muy valiente. Gracias compañeros y tener buen cuidado.

Cerraron el vagón explicándome como hacer para abrir la puerta cuando tenga que saltar, y me dejaron un botijo lleno de agua fresca. Les había llamado compañeros, era la primera vez que usaba esa palabra, yo siempre tan reacio a afiliarme a alguna organización, pero era como les sentía, verdaderos compañeros, que arriesgaban su vida por un desconocido.

Me acomodé entre la paja en la parte más alejada de la puerta, allí solo había una hilera de pacas, una de ellas desmadejada,

que me iría de perlas como cama improvisada. Abrí el morral como quien abre un regalo; me habían dejado pan, queso y chorizo, y me pegué un apañado banquete, dejando una buena parte para lo que pudiera venir, y el botijo fue un detalle perfecto, porque a finales de agosto aún sigue pegando el calor, y más en estos vagones que parecen hornos. El tren tardó en arrancar, y poco a poco fue cogiendo el ritmo, con sacudidas breves y continuas, hipnóticas, que animaban a echar una cabezada en la paja, una forma de acunar un poco bruta, pero efectiva, cogí el sueño y me quedé traspuesto, seguía teniendo mucho cansancio por aligerar.

El chirrido de los frenos del tren me despertó a medida que se iba parando. Caía la tarde y me había dormido como un tronco. ¡Cómo se puede ser tan torpe¡. Estaba entrando en los alrededores de una gran ciudad, Zaragoza sin duda. Ya no podía saltar, había soldados a los dos lados del tren, que acabó por pararse, y empezaron a abrir los vagones y revisarlos. No había tiempo para lamentarse, tenía que hacer algo y rápido. Venían por los dos lados, lo único que podía hacer era esconderme, ocultar el botijo, y cubrirme con la paja suelta lo mejor posible y encomendarme al Señor, que no creo que tuviera tiempo para salvar a un ateo, aun así pedí ayuda sin saber a quién.

Les podía ver llegar por una rendija, en cada vagón subía un soldado y volvía a bajar diciendo "nada" o "nadie" a su jefe, al sargento cabreado de turno. Tenían las bayonetas caladas y no tardaron en plantarse y abrir la puerta de mi vagón. Subió un soldado joven y empezó a mirar entre las pacas acercándose hacia donde estaba; sí miraba con cuidado me iba a encontrar, me empezó a palpitar todo el cuerpo. Llegó hasta mi escondrijo y movió la paja que me cubría con la bayoneta dejándome la cara y el pecho a la vista.

—Vamos, no tenemos todo el día —se oyó la voz del sargento desde fuera del vagón.

El joven soldado me miró a los ojos, estaba tan asustado como yo, resopló y se dirigió hacia la puerta.

—Nadie, mi sargento —y salto decidido del vagón.

Los militares acabaron de registrar todos los vagones y se retiraron hacia un lado y cuando el tren iba a arrancar cogí mi zurrón y salté sin pensarlo dos veces por el otro lado que daba directamente al campo en una zona llena de cañaverales y maleza donde me es-

condí para tomar aliento.

Un joven soldado, que no tendría más de dieciocho años, me había dado otra exhibición de valor. Sentí orgullo por él, es un honor estar delante de alguien que toma una difícil y arriesgada decisión en un instante, y se juega la vida al hacer lo correcto, porque ese chaval había hecho lo correcto, y sin conocerme. Me propuse no juzgar a nadie a la ligera porque vistiera un uniforme, aunque con los falangistas me iba a ser muy difícil.

Se iba la luz del día y busque algún lugar resguardado y discreto para pasar la noche. Un pequeño porche abierto en un huerto rodeado de cañizos parecía una buena opción. Me acomodé como pude haciéndome una cama con pajas y hierbas secas y me tumbé empezando a ver las primeras estrellas por uno de los lados del porche. De la tensión no tenía hambre ni ganas de nada, ni siquiera de pensar, tampoco sueño después de dormir buena parte de la tarde, pero permanecí inmóvil con el deseo interno de que se acabasen los sobresaltos y esta pesadilla. Ya me acabaría durmiendo y olvidando, al menos por unas horas, que mi vida seguía colgando de un hilo.

****

Salir del Registro Akáshico es como volver a despertar de un intenso sueño, con la sensación de realidad muy palpable, y podría ser que cualquier situación de la vida cotidiana fuera el rebobinar de un registro archivado y todo fueran vidas vividas. Sin embargo, la certeza que se tiene en este plano de conciencia no deja lugar a dudas, aquí no hay el menor vestigio de condicionamiento o de confusión, es pura realidad, se respira libertad, aunque no se respira, y todas las respuestas están disponibles.

Trato de comprender la razón de que en el plano físico, tanto en el registro como en la vida actual al otro lado, todo lo relacionado con la religión y las creencias sea tan complicado. Sí aquí se conoce quienes somos y el sentido de la vida, no encuentro el motivo de que no se haya incorporado a las mentes encarnadas y aligerar buena parte de los sufrimientos de la humanidad. Son planos de conciencia en el mismo planeta, la Tierra, y habitados por los mismos seres humanos.

Cuando emito una pregunta, o solo con pensarla, la respuesta de la voz silenciosa acude con sencillez y naturalidad.

—En el plano físico reina por ahora la materialidad y no se puede encarnar la espiritualidad por ningún acto de poder, debe ser desarrollada por cada ser humano a través de su proceso evolutivo, avanzando en la expansión de la conciencia, que se expresa en el punto de unión entre materia y espíritu. Encarnamos para impregnar de la luz la materia, para espiritualizar la materia. El espíritu es materia en su más elevado punto de expresión, y la materia es espíritu en el más inferior. La evolución consiste en despojarnos de todo lo que oculta la luz. Evolucionamos mediante la absorción de luz.

Espiritual es todo aquello que lleva a un ser humano a un estado de vida más elevado, sea en el plano físico, emocional, mental, y espiritual o del alma. Todo lo que vaya dirigido hacia la mejora de la humanidad es fundamentalmente espiritual. El sendero religioso es sólo un sendero, no es el único, y no todo lo que es religioso es automáticamente espiritual. La palabra "espiritual" no se refiere necesariamente a las cuestiones religiosas. Toda actividad que conduce al ser humano hacia un progreso de su estado actual es espiritual, como lo es todo lo que tiende a la comprensión, a la bondad, hacia aquello que produce belleza y puede conducir a una expresión más plena de las potencialidades y valores humanos. Todo trabajo con móvil e intención correcta es espiritual. Manejados correctamente, todos los temas son de importancia espiritual.

Entendía con claridad el concepto de espiritualidad, pero no acababa de encajar el sendero religioso en ese esquema, cuando desde las religiones se han realizado, y se siguen realizando, las mayores agresiones y desmanes que ha conocido la historia, como lo que voy reviviendo en el registro sobre la guerra civil.

—El comportamiento de algunas personalidades en el plano objetivo no definen la naturaleza de ningún camino. La religión es un camino válido y lo siguen una ingente cantidad de personas. Todo ser encarnado es un alma dando energía a los cuerpos y sentido a la personalidad. El alma es el impulso motivador y centro

espiritual, que se halla detrás de las formas manifestadas; es el ser eterno, que espera a ser descubierto. Desde su sabia visión, las vicisitudes del cuerpo solo importan si enriquecen su experiencia eterna.

La expresión del alma se bloquea desde los cuerpos que forman la personalidad. En el cuerpo físico con obstáculos de ignorancia y personalismo. En el cuerpo emocional la obstrucción es el deseo. En el cuerpo mental son las distracciones de odio y apego. Todos estos escollos se superan por una actitud mental opuesta, pero antes deben ser detectados por una sana capacidad de discriminación

Me cuesta comprender que la vida encarnada sea tan difícil y complicada y haya tanto dolor, y sufrir sea la constante para millones de personas y en cierta medida para todos.

—Se ha llamado a este bello planeta azul, el planeta del sufrimiento, y no está exento de razón. La inercia de la comodidad y la pasividad no son evolutivas. Sólo bajo la presión de las circunstancias se puede evocar la energía del alma. Espiritualizar la materia conlleva su propia dosis de sufrimiento, pero no olvides que a su debido tiempo dará la debida recompensa de luz y amor.

Cuando se enfoca la visión y percepción interna, se diluyen las divisiones externas y el porvenir queda revelado, entonces prevalece el verdadero amor que subyace en todo lo que ocurre en el plano físico, que espera a ser descubierto y manifestado. Cuando cesa la identificación con la personalidad, se abre el camino luminoso hacia el alma inmortal, donde la vida se refleja en su máximo esplendor.

Contactar con el alma exige una actitud reflexiva de la mente, para descubrir cualidades de nuestra verdadera naturaleza. Eres un alma divina que habita en un templo corporal. Intenta serlo, intenta demostrarlo.

Aquí todo se sabe y todo se comprende, pero en el plano objetivo no hay una orientación directa a la que acceder cuando se necesita.

—La guía es tu propia alma. Aprende a escuchar y desarrolla

el oído espiritual. Mucho se ha dado y permanece escrito en los libros de librerías y bibliotecas, al acceso de la humanidad, para que a través de una búsqueda sincera se encuentre y comprenda, y se ponga en práctica, para aprender a pasar de lo irreal o lo real, y transmutar el conocimiento en sabiduría

Trataba de asentar todo lo que iba comprendiendo, con la esperanza de que se irradiase a la vida cotidiana que me esperaba al otro lado, en la que el camino de Santiago es un oasis, un retiro, un buen espacio para que la luz de la verdad se vaya sedimentando.

Me planteé como sería el camino de Santiago en la Edad Media y me enfoqué de nuevo hacia el Registro Akáshico, que se abrió con facilidad. Ahora era una espectadora externa visionando imágenes cargadas de energía donde quedaban grabadas las emociones y los pensamientos de las personas de aquellos lejanos tiempos.

Me vino la visión de los templos cristianos medievales erigidos en lugares de poder, esos sitios especiales por donde pasan corrientes telúricas, conocidas desde la antigüedad, en la que se concebía la tierra como un organismo vivo provisto de nervios o canales por los que circulaban energías, que desde el interior de la tierra daban vida a las tierras por las que pasaban. En los cruces de esta red de nervios de energía se encontraban los puntos con mayor carga energética, y era allí, en esos centros de poder, donde se construían las iglesias, ermitas, y catedrales del camino, auténticos templos abiertos a la espiritualidad. También se tenía en cuenta su ubicación con respecto a las estrellas y su orientación cardinal.

Se presentaban escenas en las que los maestros constructores tenían en cuenta medidas astronómicas y la situación del sol a lo largo del año. Sobre ellas proyectaban de forma geométrica la planta del templo y su distribución. En uno de los vértices se colocaba la "piedra angular" y desde ella se dirigía toda la construcción. Me metí en el espíritu de los gremios de constructores, sorprendiéndome de que, aun sin saber leer o escribir, mostraban un especial conocimiento para construir edificios enormes, espectaculares, resistentes al paso del tiempo, en los que ocultaron mensajes, claves y señales secretas. Ser "compañero" no era solo el oficio, sino una filosofía de vida. Los aprendices debían mostrar aptitudes, propósito, y capacidad de aprendizaje, que se transmitía de forma oral y

por la propia experiencia. Viajaban de un lado a otro, y se reunían en hermandades, trabajando en el anonimato, utilizando todos los canteros el mismo nombre: del gremio o del maestro, o del santo que profesaban. Maestro constructor era un grado que llegaba después de larga búsqueda y experiencia. Eran expertos en geometría, matemáticas, y astronomía, entre otras materias. Me vinieron en cascada las construcciones de maestros con su nombre y las espléndidas edificaciones construidas, como el maestro Esteban en la catedral de Jaca, Pamplona y Compostela; el maestro Enrique y maestro Beau Dieu de Amiens en la catedral de Burgos, el maestro Jusquín en la catedral de León, el maestro Mateo en Portomarín y Compostela. Eran proyectos grandiosos, realizados con un esfuerzo colectivo, trabajo manual a gran escala.

Compruebo que la indumentaria del peregrino medieval era mucho más variada de lo que ha trascendido. El bordón, una vara alta para apoyar el paso y como defensa de alimañas. Ropas de lanas, telas, y cueros. La capa o la sobre-capa para resguardar de la lluvia, el frío y el viento. Los sombreros, no solo de ala ancha. Sandalias y calzados de pieles. Calabazas para llevar agua o vino, pero sobre todo botas y pellejos de piel. El zurrón, una pequeña bolsa de cuero, para transportar alimento y alguna ropa. Al llegar a Compostela solían añadir una concha de vieira cosida o colgada.

Me queda muy claro que ha llegado una idea muy distorsionada de la Edad Media. No fue para nada un periodo oscuro, en el que reinaban el salvajismo y la superstición. La historia se tergiversa con mucha facilidad. Fue un tiempo de gentes sencillas con sólidos principios y, aunque sometidos a regímenes que hoy no entendemos, sabían más del respeto y la dignidad que en los actuales tiempos confusos, y con una fuerte tendencia hacia lo espiritual que hoy estamos perdiendo.

En el camino de Santiago quedan muchos testimonios de la grandeza en la construcción de iglesias, ermitas, monasterios y catedrales. Es un museo de arte a cielo abierto, en el que predominan dos estilos: el románico y el gótico. Visualizo su evolución: el románico, utilizado en la ruta Jacobea en los siglos X al XII, robusto, de trazos sencillos, con orden y simetría y austeridad en las piedras, que transmiten paz y silencio, cuyas construcciones se orientan al Este hacia Jerusalén, pero la fachada principal mira a Occidente, con

plantas de cruz latina, una o varias naves longitudinales y cabecera con ábsides. El gótico irrumpe a partir del siglo XII con perfiles de grandes construcciones, muros con arbotantes, elevados torreones con agujas, formas armónicas, esbeltas, con bóvedas y torres que se estilizan hasta alcanzar alturas antes impensables, dejando paso a la luz, con resplandecientes vidrieras y rosetones, plenos de color y simbología. Ambos estilos han sobrevivido al paso del tiempo, de cientos de años, de climas extremos, incluso terremotos, pruebas que no aguantaran muchas de las joyas de los edificios modernos.

En la Edad Media el camino estaba marcado por las estrellas y hoy también, o más bien por la luz que emitieron hace mucho, mucho tiempo, pero estrellas, se mire como se quiera. La Vía Láctea, la galaxia a la que pertenece nuestro sistema solar, brilla con todo su esplendor, lástima que la contaminación lumínica actual oculte esta maravilla. Veo como las gentes se orientaban con las estrellas como algo natural. Para identificar la ruta del camino de Santiago valía con caminar hacia el Oeste, a la puesta de sol y si era de noche buscar la Estrella Polar para encontrar el norte, entre Casiopea y la Osa Mayor. El cielo cambia en cada estación. En otoño se aprecian bien Andrómeda, el Triángulo de Verano, la Corona Boreal y la nebulosa del Anillo. En invierno, Orión, la nebulosa de Orión, y las Pléyades. En primavera, León y la galaxia del Remolino. El camino de las estrellas desemboca en la constelación del Can Mayor, donde destaca Sirio, la estrella más brillante que podemos ver por la noche, vinculada, con una especial relación, a nuestro sistema solar y por ello con la Tierra.

Tomar conciencia de la inmensidad del Universo, ya sea en el registro akáshico, o por observación directa desde el mundo físico, abre la conciencia hacia la comprensión del infinito. En una galaxia se estima que hay 200.000 millones de estrellas, y se cree que hay 1 billón de galaxias. Son cifras inabarcables, que solo muestran su verdadero sentido a la conciencia del alma.

Me queda claro, evidente, que las energías de las estrellas también llegan a nuestro sistema solar y a todos sus planetas. Somos hijos de polvo estelar, parte del Universo, del que creemos conocer y del que está todo por descubrir.

Las mismas estrellas que orientaron y sobrecogieron con su inmensidad a los peregrinos medievales, nos esperan hoy para guiar-

nos y elevar nuestras mentes y corazones a la abstracción del infinito.

Tengo que dejar este lado, un cuerpo se despierta y llama a su alma.

IV. Camino de Santiago. Nájera.

Me encontraba en plena ruta de Logroño a Nájera, en tierras riojanas, otros treinta kilómetros de terreno llano y llevadero, y con un día soleado y apacible. Las pasadas jornadas habían sido duras por la presencia de la lluvia, suave e intermitente, con la continua sensación de que te iba a caer un chaparrón y te ibas a calar. Es más el miedo al agua que otra cosa, propio de quienes no estamos acostumbradas a la lluvia, porque luego resulta que te calas y te secas y no hay mayor problema; es mucho peor el viento helador, sobre todo cuando te da de cara. Lo que si hace el agua, es agrisar y desdibujar los paisajes por donde pasas y no dejarte disfrutarlos en plenitud, aunque también tienen su encanto. Había recorrido de Puente la Reina a Estella, una preciosa villa de sabor medieval, por tierras rojas, con muchas vides y también romeros, pasando por la Fuente de Irache, con dos grifos, uno que da agua y el otro vino, rememorando la costumbre medieval de dar vino a los peregrinos, algo que deja a muchos caminantes muy sorprendidos. La siguiente etapa, de Estella a Los Arcos, por los bosques de encinas y robles de Montejurra y luego campos abiertos de cereal y alguna viña. Luego de Los Arcos a Logroño, se abandona Navarra para entrar en La Rioja, pero sigue sintiéndose la presencia de vides y de buenos vinos y también aparecen fértiles huertas. Han sido días de largas sendas y repechos que he vivido en casi soledad, aún en medio del tránsito ajetreado del camino. Tal vez llover hace el camino más introspectivo, en el fondo se lo agradezco.

Pero hoy el sol renueva la senda y despeja los grises dejando paso a los colores luminosos y con ese olor a tierra mojada que parece haber pasado por un baño depurativo. Es una jornada con gran variedad de paisajes desde la salida de Logroño, atravesando amplios parques y arboledas, encuentros con carreteras y autovía, campos y más campos, y Nájera ya a la vista, un largo pero suave descenso entre viñedos y una entrada a la villa un tanto desangelada, que no anuncia la grandeza que te espera.

Antes de adentrarme en la ciudad antigua y cruzar el río Najerilla por un largo puente medieval, me llama poderosamente la atención el Convento de Santa Elena, un antiguo monasterio del que no queda casi nada, que acoge a una congregación de francis-

canas clarisas, con una fachada exterior de piedra de sillería con la entrada almohadillada y con hornacina en lo alto.

Entro en el interior de una sencilla Iglesia del siglo XVII, con planta de cruz latina, con una nave de cuatro tramos, crucero y cabecera rectangular con columnas adosadas, rematadas por arcos de medio punto, que configuran bóvedas de cañón con lunetos. Al crucero lo cubre una cúpula sobre pechinas decoradas por pinturas. En la cabecera se ubica un magnífico retablo mayor, plagado de figuras y representaciones, y destacan otros dos retablos de estilo rococó, situados en ambos brazos del crucero. El coro alberga una sillería en banco corrido y diversas piezas artísticas. A los pies de la iglesia, una antigua reja de hierro de dos cuerpos, separa ésta de la clausura. Se nota la enorme carga de energía del templo sin tener que detenerse; las hermanas clarisas deben pasar muchas horas contemplativas que dejan su inconfundible huella.

La iglesia está vacía y en completo silencio. Me siento, dejando mi mochila a un lado, y al cerrar los ojos me transporto instantáneamente a un profundo estado meditativo, de pura paz, centrando la atención en el entrecejo para no perderme en este baño de luz. Nada por hacer, ni pensar, ni siquiera comprender. No tengo sensación de tiempo, en plena conciencia de la realidad y de seguir sentada en un banco. Percibo mi ser interior en una dimensión desconocida, con una enorme presencia, pero sutil, integrada con mi propio cuerpo y en el entorno. Permanezco sin el menor atisbo de querer estar en otro sitio, sin moverme, durante un largo rato que no puedo medir. Abro los ojos irradiando luz a la vida externa, sin proponérmelo, y dejo que el mundo cotidiano se vuelva a dibujar.

No creo recordar haber llegado a sentir este nivel de meditación que me llena de alegría, de gozo por existir y por tener el privilegio de caminar por este mundo. Trato de grabar este estado para que nunca pueda olvidarlo. Se me ha ido todo el cansancio de la jornada y mi espalda está libre de la más mínima tensión y contractura, que tan a menudo me suelen incordiar. Ahora entiendo de verdad a todos aquellos peregrinos que dicen que el camino es sobre todo de búsqueda interior. No es un concepto manido y al uso, es real. En el camino, cuando se recorre en clave de búsqueda y apertura, se dan las condiciones ideales para encontrarte contigo misma, pero con esa "yo misma" que se olvida de lo personal y de sus pequeños

yoes, y se abre a lo desconocido, al misterio de ser y existir.

Me fui al albergue sin parar a comer, no tenía hambre por el estupendo almuerzo que me había arreado, de vez en cuando hay que hacer caso al cuerpo y además con este ritmo de caminatas se quema todo. Después de una reconfortante ducha me dedique a recorrer el casco viejo de Nájera. Encuentro un singular placer al pasear entre callejas, viejas casas y rincones olvidados, tratando de vislumbrar como se vivía en el pasado y sorprenderme con las edificaciones que se pueden hacer con piedra, madera, adobes y ladrillos, esos ladrillos viejos y macizos que ahora son tan caros.

La visita obligada era el Monasterio de Santa María la Real, el templo más majestuoso y destacado de Nájera, que debería haber sido mucho más especial que una simple capilla de convento, pero empiezo a darme cuenta de la importancia de la energía por encima de los diseños y de las propias edificaciones. Es un templo románico y gótico, con elementos renacentistas, de aspecto austero por los contrafuertes exteriores en forma de torres y un magnífico interior con planta rectangular, tres naves separadas por diez columnas, cubiertas con bóveda de crucería, ábside central y lateral, y sobre todo el claustro interior, el claustro de los caballeros, de estilo gótico florido con detalles platerescos, estilizadas columnas con decoración vegetal y geométrica, con animales fantásticos y ángeles. Sin duda un precioso conjunto, pero a veces lo más sencillo supera a lo más grandioso. A lo largo del camino hay tantas iglesias, monasterios, ermitas, puentes..., todos ellos cargados de arte, historia y leyendas que resulta imposible conocerlos y disfrutarlos en profundidad, queda la sensación de que tanta belleza junta no se puede llegar a asimilar. Hay que dejarse llevar por la intuición y que el camino te vaya llevando, si queda algo pendiente será una buena excusa para volver, aunque sea de escapada turística.

Ya de nuevo en el albergue se preparaba una cena comunitaria, de pago, pero a precio razonable, y la mesa es un lugar perfecto para compartir y conocer historias de peregrinos y personas de mil lugares. El plato estrella eran lentejas con cebolla y zanahorias, y una ensalada para picar, y con un buen vino de rioja. Esta vez no coincidía con peregrinos conocidos, creo que iba un poco más rápido de lo habitual, a cerca de treinta kilómetros al día y dejaba a muchos atrás, aunque otros me pasaban y nos lo volvía a ver, y eso que

me sentía un poco bruta por meterme tanta marcha. Estábamos sentados un grupito variopinto: una pareja de vascos ya mayores, el hombre casi calvo, fuerte y grande y la mujer espigada, ambos en buena forma a pesar de su edad; una sueca de sesenta y tantos con el blanco del pelo muy avanzado; una danesa también entrada en años, con una tristeza en la cara que no podía ocultar, parecía arrastrar mucho dolor; un simpático joven de Barcelona que decía hacer cincuenta kilómetros diarios, hablando un estupendo inglés; y dos chicos coreanos amables y sonrientes que se enteraban de todo aunque casi no hablaban; y el hospitalero, también con unos cuantos años en su haber y sus buenas canas, que decía ser de Donostia, pero parecía andaluz por las trazas del acento.

A medida que avanzaba la cena y también el vino, se fue animando el ambiente y se iban soltando las lenguas. El joven catalán y yo traducíamos al inglés y todos nos entendíamos. En un momento la cena dio un giro.

—Tu voz me suena y me resuena —dijo el hombre vasco mayor al hospitalero—, me viene a la cabeza la "Comunidad del arco iris", ¿Te dice algo ese nombre?.

—Sí, ya lo creo, yo viví en ella, en Lizaso, de lo que ya debe hacer como más de cuarenta años.

Me quede de piedra, mi hermana mayor, que me saca quince años, también había pasado por esa comunidad en Lizaso, un bonito pueblo de la montaña Navarra, y me había contado mil aventuras comunitarias de una experiencia que combinaba espiritualidad oriental con una mezcla de hipismo y vida en libertad.

Los dos hombres se miraron con cara de sorpresa intentando reconocerse y diciendo como se llamaban en la comunidad, unos nombres de la tradición hindú o tal vez budista; al parecer todos utilizaban otros nombres distintos a los de su nacimiento.

—Ya te recuerdo —dijo el hospitalero—, entonces tenías un pedazo de melena.

—Todos teníamos barbas y pelos, algunos al menos conserváis un poco. Yo también te recuerdo, tocabas la flauta en las relajaciones, me viene tu imagen como si fuera de hoy mismo, no me lo acabo de creer.

Se acercaron entre ellos y se dieron un abrazo El resto del grupo estaba observando e intrigado por la escena; el chico de Barcelo-

na iba traduciendo al inglés y todos estaban muy interesados, y yo también, siempre había fantaseado sobre como sería la vida en comunidad con las cosas que me contaba mi hermana.

—¿Recuerdas el golpe de Tejero en el 23F del ochenta y uno? —le preguntó el hospitalero—, tú eras de los que tenía organizada la evacuación y el paso a Francia por las montañas, si las cosas se ponían mal.

Comenzaron a intercambiar recuerdos, cada cual más rocambolesco, sobre lo intensa que era la vida en esa comunidad, en la que hacían cursos de yoga y técnicas de distintas tradiciones orientales, como el zen, el tantra y el sufismo, y otras muchas, a los que acudían cientos de personas interesadas. Hablaban de lo que disfrutaban bailando y de una vida con una libertad desconocida para esos años, y de un maestro o algo parecido a un líder, al que llamaban Emilio, quien dirigía las actividades y que con el paso de los años todos fueron abandonando y la comunidad se disgregó.

Las historias que contaban eran de lo más amenas, rememorando un ambiente de vida sana, de jóvenes ilusionados, muy naturista, sin drogas ni alcohol, con comida vegetariana, y de tolerancia y libertad en las relaciones sexuales, y mucha música para bailar; un tipo de comunidad que hoy no parece haber prosperado, minado por un extraño culto a determinadas drogas, que tengo muy claro que no conducen a evolucionar, ni a ninguna liberación.

En medio de la conversación la peregrina sueca se abrió y contó que ella conocía la existencia de la comunidad en España, y también había vivido en una comunidad de esas características que se difundieron por Estados Unidos y Europa por Bhagwan Shree Rajneesh, quien más tarde se llamaría Osho, un hindú que aplicó enseñanzas espirituales de la India, actualizándolas a los occidentales, una especie de gurú moderno con miles de seguidores y al que los servicios secretos americanos se encargaron de neutralizar haciéndole volver a la India a su ashram de Poona, donde pronto murió de forma sospechosa. La mujer sueca había estado en una de las comunidades, en Oregón, y contó también algunas cosas. Era toda una lección de vivencias que los medios de comunicación de la época ocultaban o las convertían en cosas de sectas, y ahora teníamos el privilegio de escuchar de boca de sus protagonistas. Estas historias se olvidarán y se perderán, y solo quedará lo que se

ha contado en las televisiones. Lo que se acaba escribiendo en los libros de historia se modula y se filtra desde el mismo momento en que sucede, ya no hace falta que pasen muchos años para que unos eruditos den sus interpretaciones de todo lo que sucede; los datos, previamente dirigidos, son tan arrolladores que será difícil darles otras versiones.

No me lancé a contar que mi hermana también vivió en la Comunidad del arco iris, en Lizaso, donde tuvo que coincidir con ellos. Me limitaba a escuchar y de paso a reflexionar sobre como ese tipo de vida la había influido. Yo debía de tener sobre 10 años cuando ella vivía de una forma tan distinta y tan avanzada para la época, y solo llegaba a captar lo que oía hablar a mis padres, a hurtadillas. Al principio estaban muy preocupados porque su hija viviera en una comunidad y poco a poco se fueron relajando al comprobar que cada vez estaba mejor y se volvía más madura y responsable. Me ha quedado en la memoria el cambio profundo que fue manifestando las ocasiones en que volvía por casa a hacernos una visita o la íbamos a ver a Lizaso. Paso de ser una joven rebelde, mal humorada y agresiva, a convertirse en una persona alegre, amorosa, solidaria, siempre dispuesta a escuchar con una sonrisa, y lo sigue manteniendo, es una delicia tenerla como hermana. Como suele decir: en la comunidad se sacudió toda la mierda que le habían metido en el franquismo, por los curas, los tópicos, y los códigos sociales retrógrados, sobre todo para las mujeres. Lástima que mucha gente marcada por esa educación no haya tenido este tipo de oportunidades. Yo no me quejo, no recibí tanta carga de profundidad, y muchos miedos y condicionamientos creo que los he neutralizado viajando y lanzándome muchas veces a la aventura saltando sin red, es decir al vacío, que luego resulta que no es tan peligroso y está lleno de vida.

La mujer danesa seguía la conversación, interesada, pero sin mostrar emociones, con una profunda melancolía que trataba de disimular, se notaba que cargaba con un pesado lastre, y tal vez por eso no le salían las palabras. Los coreanos escuchaban con los ojos bien abiertos, parecían tratar de comprender las rarezas de algunos europeos, y detrás de sus caras sonrientes no sabes si les encantaría formar parte de esas historias, o las veían como cosas de personas consentidas y mal criadas.

En un momento dado el vasco le preguntó al hospitalero si seguía en la vía espiritual y este se detuvo a pensar lo que iba a decir. Cuando vas a manifestar tus creencias o como ves la vida, conviene cuidar bien las palabras y lo que vas a contar. Pero no tardo en contestar.

—Yo creo que la vida espiritual forma parte de nuestro equipaje por este loco mundo, lo sepamos o no, sin ella explotaríamos. Vivimos en un mundo espiritual, es parte de la naturaleza. Para mí, espiritual es todo aquello que te impulsa hacia adelante, hacia alguna forma de desarrollo; por eso caben los creyentes, los ateos, y los que no saben lo que son. Los tiempos de la comunidad fueron impresionantes y tuvimos ocasión de vivir intensamente nuestra juventud, y explorar técnicas y tradiciones lejanas, entonces desconocidas. Pienso que llegamos a un punto en que nos dimos cuenta que no podíamos depender de gurus y maestrillos, y aprender a tomar decisiones por nosotros mismos, sin protección, y hasta sin consejos, y asumir sus consecuencias. Emilio solía decir: "la gracia del guru congela tu sonrisa", pero luego se las apañaba para convencer e imponer su visión. No le guardo rencor, todo lo contrario, fue una influencia beneficiosa, de una persona honesta, pero nadie puede, o al menos no debe, decirte lo que hacer o lo que pensar. Al salir de la comunidad pasé una temporada renegando de todo lo que tuviera algo que ver con esoterismo o cosas alternativas, pero la sensatez se acabó imponiendo, esta vez de una forma libre e independiente fui siguiendo lo que me decía mi intuición, la verdadera inteligencia espiritual. Practico la meditación y desde hace más de treinta años estudio los libros que el conocido como maestro Tibetano redactó telepáticamente a Alice Bailey. También me he interesado por el mensaje de un inglés, Benjamín Creme que, en esa misma línea, anunció hace años la presencia de Maitreya, y la progresiva exteriorización de los maestros de sabiduría, y los espectaculares cambios que nos esperan en la nueva era de Acuario. No me interesa creer en nada que no resuene en mi interior, y me puedo considerar de todo menos religioso.

Siguieron un rato hablando de sus vidas espirituales que se habían ido adaptando a los nuevos tiempos. Ambos y también la mujer sueca, seguían meditando y con diversas líneas de investigación y crecimiento personal. Las conversaciones se fueron mezclando y

ya no se traducían. Yo me había dedicado casi todo el rato a escuchar y aprender, con demasiados datos que procesar. Seguramente acabaría buscando en internet lo relacionado con el tema de Maitreya, que me había tocado la fibra; esas cosas se quedan en la recamara del cerebro y, si vuelven a salir, hay que seguirlas.

Después de una cena tan animada nos fuimos disgregando y me llamó de nuevo la atención la mujer danesa, sentada en una esquina absorta en lo que yo interpretaba como tristeza. No pude menos que acercarme a ella, como haciendo caso a un impulso para romper una barrera de cristal.

—No quiero molestarte, ni inmiscuirme en tu vida —la dije en correcto inglés, hablando con lentitud y respeto—, pero te siento triste y sola, y por alguna razón que no comprendo, me duele verte así. Si quieres podemos hablar un poco, igual tú no lo necesitas, pero a mí me dejarás más tranquila. Me llamo Raquel.

La pillé por sorpresa, al parecer nadie se fijaba en ella y no se le acercaban, tal vez porque ella misma repeliera el contacto, o porque se suele seguir la corriente general. Hay una tendencia en el camino a seguir la corriente de actividad que suelen marcar las personas más abiertas y que más hablan y se relacionan, y es una línea que tiende a atrapar la atención y a mí me suele agobiar y resultar incomoda.

—Me llamo Karen, y es verdad que no puedo evitar sentirme triste, por mucho que intento sacudirme ese estado. En el mismo año he perdido a mi hijo en un accidente y a mi marido por un cáncer agresivo. Vine al camino porque en Copenhague ya no podía soportar el dolor, con la esperanza de salir del agobio que me oprime y volver a reencontrar sentido a la vida. Trato de coger el entusiasmo por el camino que muestran muchos peregrinos, pero no encuentro la forma. Dicen que es cuestión de tiempo, aunque lo empiezo a dudar, llevo así varios meses. No me voy a rendir, siempre he sido una luchadora. Caminar me está ayudando, por lo menos tengo ratos que respiro y contemplo el paisaje.

—No me extraña que lleves tanto dolor, perder a seres queridos es lo más doloroso que te puede ocurrir, pero no nos queda otra que seguir. No se me ocurre nada que te pueda decir, sin sonar al típico discurso de alguien que no está en tu situación. Creo que hablar con sinceridad es una buena ayuda, para quien habla y quien

escucha. Yo no soy muy habladora, y tampoco me entusiasman los grupos y las relaciones sociales; en el camino voy casi siempre sola. Si nos vamos encontrando estaré encantada de compartir contigo una conversación, o unos minutos de silencio, o compañía por los largos senderos.

—Te lo agradezco, y si coincidimos espero no ser un alma en pena. Aunque no lo parezca ahora, yo siempre he sido una persona alegre y sociable y he amado la vida. Hubo un tiempo en que fui modelo y me dediqué al mundo de la pasarela y era el foco de atención, y caí en ese hechizo creyéndome el centro del universo, hasta que me di cuenta que la belleza era una trampa, que atraía a personas vacías y te deparaba decepciones, una tras otra. Cambié radicalmente de vida y aprendí a valorar a la gente por sus valores y desde entonces he encontrado personas magníficas, que por desgracia un día las pierdes y te quedas hundida. Ahora tengo que encontrarme con mi soledad y darle la vuelta a mi sufrimiento, y espero descubrir también personas que miren a los ojos, como tú, y me encantará ir coincidiendo contigo.

Karen debía haber sido extraordinariamente guapa y con un tipazo precioso de lo que aún le quedaba un buen porte, hasta las canas le quedaban bien. Me daba la sensación que su verdadera belleza era interior, de esas que no envejecen y mejoran con la edad. Hablamos un rato más sobre la ruta de mañana y nos despedimos con un cariñoso "hasta pronto".

Cogí mi cuaderno de notas para dejar un par de reflexiones antes de que se me pasasen. La primera iba sobre la época de los hippies y los jóvenes que vivían vidas alternativas dispuestos cambiar el mundo, y que mucha gente piensa que era una utopía: "se les pasó la tontería y se volvieron egoístas como todos, ocupándose solo de sus vidas y la de los suyos". Y de paso lo aplican a todas las personas con vidas diferentes que tratan de crear un mundo mejor, tal vez para justificarse a sí mismos, porque no son capaces de hacer nada por nadie, ni siquiera por el planeta. Anoto: *"las utopías son necesarias para cambiar el mundo"*, *"cada grano de arena es parte necesaria en la playa más inmensa"*. No es cierto que los hippies o los jóvenes con inquietudes y utopías se diluyeron y se dedicaron a lo suyo; cambiaron el mundo en alguna medida, y muchos de ellos y ellas están haciendo una importante aportación en sus pequeñas

vidas cotidianas. El mundo se salva por las pequeñas y sencillas aportaciones, no por los grandes salvadores que suelen imponer su visión.

La segunda reflexión me venía por mi propia trayectoria personal tomando en cuenta lo que comentaba Karen: la esclavitud de ser guapa y tener que superar los protagonismos. A mí en parte también me había pasado, sin llegar a ser una modelo, no me ha faltado atractivo, y en mis primeros pasos por el misterioso mundo del amor y de las relaciones, había caído en la tentación de sentirme importante y con interés por los hombres guapos, y así me había ido. Ya lo dice la canción de "soldadito marinero" de Fito Fitipaldis: "elegiste al más guapo, pero al menos bueno", yo solo he cambiado el género, de soldadito a soldadita, se puede aplicar en las dos direcciones. Como Karen, tuve que aprender a valorar a las personas por encima de su físico, y lo que es más difícil, a dejar de sentirme el centro cuando estas con gente. La edad ayuda a darte cuenta que todas las personas merecemos el mismo respeto y atención. Anoté en mi cuaderno: *"soy parte de un Universo que no tiene centros"*.

Como de costumbre todo el mundo se va a la cama a eso de las diez, y a mí, por mucho cansancio que arrastre, me resulta imposible, no puedo dormir tantas horas, por más que lo intente. Mi Tablet viene a salvarme en estas ocasiones, y no me faltan ganas de seguir explorando sobre la Tercera España en la guerra civil, en una versión "a mi manera", con la libertad de escoger personajes y sucesos, sin una criba previa, con un particular sentido de interés en historias que transmiten un potente mensaje y que despejan dudas y controversias.

El personaje en el que me voy a centrar es **José Robles Pazos** (1897-1937), filólogo, traductor, profesor de literatura española, y simpatizante socialista comprometido con la Republica. En 1920 fue admitido cómo profesor de la Universidad John Hopkins de Nueva York, y mantuvo una buena amistad con los dos escritores más influentes de la época: John Dos Passos, y Ernest Hemingway, dos novelistas que conocían bien España y lo habían reflejado en diversas de sus obras; ambos comprometidos con la causa republicana española. Con John Dos Passos, del que fue su traductor, de obras tan conocidas como *"Manhattan Transfer"*, tuvo una amis-

tad aún más íntima y personal. Me interesa especialmente el desenlace trágico de los acontecimientos y la reacción de estos dos geniales escritores, cuando la presión pone a prueba las convicciones más profundas.

La guerra sorprendió a José Robles durante unas vacaciones en su país natal, y solicitó un permiso a la Universidad de Nueva York para permanecer en España, poniéndose al servicio del gobierno de la República, destinado como traductor al Ministerio de la Guerra, con el rango de teniente coronel, donde por sus conocimientos del idioma ruso, fue asignado como intérprete y colaborador del general soviético Vladimir Gorev, quien había sido enviado por el gobierno de la URSS como asesor militar.

En diciembre de 1936, encontrándose en Valencia, adonde se había desplazado acompañando al Gobierno, Robles fue arrestado por agentes españoles de filiación comunista en su propio domicilio. Su mujer, la artista Márgara Illegas, logró localizarlo y verlo en un par de ocasiones, y aunque él la tranquilizó asegurándola que debía de tratarse de un error, desapareció sin dejar rastro, y nunca se encontró su cuerpo. La mujer de Robles, acudió desesperada a sus amigos intelectuales, sin conseguir nada; uno de ellos, Rafael Alberti, el célebre poeta gaditano, compañero de tertulias de Robles en el Ideal Room, le dio la espalda, como quedó aclarada su postura en su libro posterior de conversaciones donde reflejó que: *"Decían que estaba probado que Robles era un espía y lo fusilaron"*.

John Dos Passos visitó la España republicana poco después y allí supo de la desaparición de Robles, con la que quedó sobrecogido, sobre todo cuando la única respuesta que recibió, después de pedir explicaciones por todas partes, fue que había sido arrestado como "espía fascista", lo cual le pareció increíble y también alarmante para el devenir de la guerra. Al final, un amigo vinculado al contraespionaje le reveló que Robles fue ejecutado dentro de la misma embajada soviética. Aunque sigue siendo hoy día un tema de discusión, parece probado que su muerte se produjo tras ser interrogado en las checas de la NKVD, germen del KGB, y que, por su trabajo como asesor de los soviéticos, se enteró de los planes para aplastar las milicias de la CNT y el POUM que no acataban la disciplina del partido comunista, y en lo que pudo manifestar su discrepancia. Lo

más probable, dado el alto grado militar de Robles, es que su asesinato fuera una orden directa de Stalin. No pasaría mucho tiempo para el fulminante ataque contra el POUM por la maquinaria estalinista, que se había hecho con el control del partido comunista y de buena parte del ejército republicano, y para el posterior arrebato de poder a la CNT. El enconado odio de los comunistas rusos hacia los troskistas y los anarquistas encontró otro campo de acción en España.

La desaparición de José Robles fue el motivo de la ruptura de la amistad que hasta entonces habían mantenido John Dos Passos y Ernest Hemingway, después de que éste, también presente en España en la misma época, burlándose de los escrúpulos de Dos Passos justificara el asesinato de Robles como "necesario y correcto para la causa", manifestando que una vida, aunque fuese arrebatada injustamente, no puede compararse con la causa implicada en la guerra; el mismo argumento por el que la izquierda renunció, en este caso y otros similares, a la verdad.

Para Dos Passos, la muerte de Robles fue un mazazo que lo apartó de sus convicciones socialistas. Había formado parte del comité que defendió en Chicago a los anarquistas Sacco y Vanzetti, cuya ejecución en 1927 tachó de asesinato, y en 1928 publicó *"El visado ruso"*, tras un viaje a la URSS en el que expresó sus simpatías por la revolución soviética, de las que se iba a desengañar de forma dolorosa cuando se comenzó a conocer su lado más oscuro. Dos Passos, entusiasta defensor de la República española, concibió la idea de rodar un documental que le mostrara al mundo el sufrimiento del pueblo español en la guerra, para lo cual se asoció con Hemingway. De esa idea se creó *"Tierra española"*, que se estrenaría con unos créditos en los que ya no figuraba el nombre de Dos Passos, apartado del montaje de la película y desencantado por el asesinato de su amigo.

El asesinato de Robles, no solo rompió la amistad entre Dos Passos y Hemingway, sino que marcó parte de sus obras posteriores, en las que desde entonces ambos escritores no dejaron de atacarse. Valgan dos ejemplos que lo dejan de manifiesto: Hemingway en *"A moveable feast"* (París era una fiesta), publicada tres años después de su suicidio, incluye un despiadado retrato de John Dos Passos; y a su vez en la obra de su antiguo amigo *"Century's Ebb"*, publicada

también póstumamente, se recrean episodios que tienen a Hemingway como poco agraciado protagonista.

Dos Passos no abandonó a la familia de Robles. Su aportación económica le permitió a su mujer Márgara y a su hija Miggie evitar los campos de concentración al final de la guerra y marchar a los Estados Unidos. También intercedió para que el hijo de Robles, Coco, llegara a México en 1947, tras pasar varios años en las cárceles franquistas.

Hemingway es para mí un sublime escritor. Cuando solo tenía dieciséis años leí *"El viejo y el mar"*, y me quedé fascinada y apasionada por la literatura de por vida. La frase de ese libro *"Todo en él era viejo, salvo sus ojos; y estos tenían el color mismo del mar y eran alegres e invictos"*, se me quedo grabada, y me ha ayudado a respetar y apreciar a las personas mayores, sin dejarme influir por la imagen de sus cuerpos envejecidos o sus códigos sociales ya caducos. Siempre me parece ver en los ojos de la avanzada edad las huellas del paso de la vida que marcan el aprendizaje por el dolor, del que nadie escapa, la sensatez de la experiencia, la calma que llega después de muchos desengaños, y en algunos casos excepcionales la total ausencia de temor y un amor incondicional por la humanidad. Pero hay algo en Hemingway que nunca me ha acabado de convencer y no puedo ser imparcial. Detrás de su atractiva imagen de vividor y de aventurero revolucionario, creo que ocultaba un vacío existencial del que huía, y que finalmente le llevaría al suicidio, como esos grandes genios que son capaces de grandes logros, pero a todo anteponen su "fantástico yo" y son incapaces de dar y amar y mucho menos de comprometerse de verdad con nadie a nivel familiar.

Me paro a pensar en la cierta ingenuidad que devoró a personas como José Robles Pazos, cuando la crueldad humana se desata desmedida, y en su versión más retorcida se disfraza de la libertad del pueblo, o con cualquier otro traje bordado para el "bien común", y se lleva por delante la sana ilusión de gentes honestas, que solo trataban de luchar por los más desfavorecidos y por la justicia social, para liberar a la tierra de sus cadenas.

Cojo el cuaderno de notas y escribo: *¿Por qué es todo tan complicado?. ¿Por qué sigue triunfando el egoísmo?. Estamos tan cerca de vivir en hermandad, si solo pudiéramos espantar la estu-*

pidez que nubla nuestra visión. Tiene que llover amor, tiene que llover, hace falta que llueva amor a cantaros.

Ahora sí que me entra el sueño. Me meto en el saco y me maravillo al dejarme ir por otra jornada onírica, otro magnífico camino; que me lleve donde quiera.

Agosto de 1936. Zaragoza.

Me desperté sobresaltado por el ladrido de un perro cercano, que se quedó en nada; las noches de verano en las huertas están llenas de actividad. Se empezaban a vislumbrar los primeros claros del día, un buen rato antes del amanecer. Ya se dejaba sentir el frescor mañanero, debíamos de estar a finales de agosto y el verano no tardaría en comenzar a recogerse. Tenía que pensar bien como iba a dar los siguientes pasos, el frente estaba cerca y supongo que lleno de soldados y no sería fácil cruzarlo. Mi conocimiento de Zaragoza era muy limitado, solo había estado un día, casi de paso, y apenas me quedaba el recuerdo de la ciudad. Por otra parte, no llevo ninguna documentación, y visto lo que me pasó en Burgos, lo mejor sería evitar acercarme a la ciudad y que nadie se pueda fijar en mí. Seguiría el consejo que me dieron los ferroviarios: ir ladeando el río Ebro hasta acercarme al frente y buscar una zona de paso donde pueda tener alguna oportunidad.

Era la bendita hora del desayuno, y a falta de un humeante y oloroso café, no se quedaba corto el pan con queso y chorizo. Repartí lo que me quedaba en dos, una parte para ahora y otra para el resto del día. No podía demorarme mucho en atravesar las líneas de combate, tal vez esta noche o mañana, y entonces me iba a sobrar todo.

A medida que amanecía emprendí la marcha procurando moverme entre los huertos por los rincones más resguardos, entre cañaverales, malezas, árboles, y cualquier cosa en la que ocultarse. Iba como dando saltos de un escondrijo a otro, evitando que me vieran los hortelanos más madrugadores, por ahora todos de edad muy avanzada, puede que los jóvenes estuvieran reclutados para jugarse la vida por las locuras de otros.

No tardé en localizar la ribera del Ebro, que aún en periodo seco bajaba con un buen caudal. Me quedaba a mi derecha y yo iba hacia el este, no tendría que cruzarlo. Seguir por su ladera era más seguro que ir por caminos, porque estaba llena de hierbas altas y todo tipo de vegetación. El único inconveniente estaba en irse abriendo paso cuando aparecían las zarzas, con sus moras a punto de madurar, y que al menor descuido te daban un generoso pinchazo con sus púas malhumoradas, su particular modo de decir que ellas habían

llegado primero y no las gusta que las pisoteen.

El sol iba ganando altura y se iba viendo más actividad. Apareció un camión, el primer camión militar, con algunos soldados dentro, que pasó de largo. Cada vez tenía más cuidado con mis movimientos. Al llegar a un pequeño escondrijo, observaba con detenimiento el siguiente tramo a cubrir, sin prisas, esperando detectar hasta la más mínima sombra, y cuando estaba totalmente seguro, me lanzaba con agilidad, medio agachado, hasta el siguiente recoveco, y así una y otra vez, parecía que estaba jugando al escondite.

Llegué cerca de lo que podría ser un puesto de control. Varios soldados estaban alrededor de un cruce de caminos. Me aseguré de que no llevaran perros, porque te huelen en la lejanía y te delatan, son fieles a sus amos, lástima que no sepan para quien trabajan. Extremé mis sigilosos pasos y pasé a una distancia prudente sin más contratiempos. No faltaban acequias surcadas con agua transparente en las que ir aplacando la sed, el sol ya calentaba, y mi extraña forma de caminar resultaba agotadora.

Seguía aumentado el paso de soldados y vehículos militares, no cabía duda de que iba en la buena dirección. Un par de cañonazos, lo confirmaron, aún un poco lejanos, pero ya eran señales claras de que se acercaba la línea del frente; me sonaron hacía el este, no hacían falta carteles, perderme no me iba a perder.

Llegué a las cercanías de un río que desembocaba en el Ebro, tenía que ser el río Gállego, que viene desde las montañas del Pirineo y desemboca en Zaragoza. Afortunadamente me habían hecho estudiar un montón de Geografía a lo largo de mi formación académica; siempre me había parecido una exageración, y ahora lo agradecía. El Gállego venía con un nivel respetable, pero enseguida localicé zonas donde se ensanchaba y la corriente era menos fuerte. Elegí para cruzarlo un sitio más cargado de arboleda y arbustos y con buenos lechos de cantos rodados para tener que nadar lo menos posible. Como se me iba a mojar la comida, me pareció un buen momento para acabarla, ya solo quedaba pan y queso, y lo mastiqué con devoción, despidiéndome de cada bocado, no sabía el tiempo que iba a pasar hasta la próxima comida, y además cuando masticas mucho tienes la sensación de que comes mucho más.

No había tiempo para la siesta, ese lujo que tiene el don de estar al alcance de todos. Me dispuse a cruzar el río sin esperar a hacer la

digestión, como te inculcaban de pequeño. Tendría gracia que me diera un corte de digestión; no creo que esas cosas te pasen cuando ya te estás jugando la vida. Después de vigilar las dos orillas, me interné en el río por un recodo tranquilo con el agua hasta las rodillas y se fue haciendo más profundo, por lo que no me quedó más remedio que nadar y mojarme del todo. Enseguida logré volver a hacer pie y llegar a la otra orilla sin mayor problema. Escurrí como pude mis ropas mojadas y de nuevo seguí con mis movimientos de un punto a otro y la postura encorvada, que me iba dejando la espalda dolorida.

Dejé el río a la izquierda y me interne por los campos siguiendo el resonar de algunos cañonazos aislados, que cada vez se iban oyendo más nítidos. Ahora el terreno era más abierto y expuesto y buscaba desplazarme por los desniveles, entre cárcavas erosionadas por las aguas de tormentas y pequeños barrancos, pero los campos se iban haciendo más planos y me obligaba a ir medio arrastras por las lindes. Seguía viendo el paso de camiones militares yendo y viniendo, y muchos soldados, me estaba metiendo en un terreno muy peligroso. Tuve que cruzar la carretera, junto a una señal que dirigía a Villamayor de Gállego, y le di las gracias al parque móvil del ejercito por tener unos vehículos tan ruidosos, que anunciaban su llegada mucho antes de verlos venir. Salí de esa carretera a mi izquierda siguiendo su línea, pero desde una buena distancia, me bastaba con distinguir las siluetas de los vehículos, ahora que empezaba a atardecer. Dejé el pueblo de Villamayor a un lado desde una lejana y prudente distancia y ya pude vislumbrar las primeras colinas de la sierra donde estaba claro que venían las explosiones esporádicas y algunos disparos lejanos, que ya se dejaban oír. La ropa se me había secado por completo, no sé si por el calor del día o por el que yo desprendía con mi esfuerzo y mi tensión.

Los campos de cereales estaban bien pelados, los habían segado a casi ras de tierra y quedaban muy pocos restos de paja. Tampoco debían ser muy productivos, de un color ocre grisáceo, parecían auténticos secarrales, pero llevábamos un verano encima, y que podría saber yo de cosechas agrarias. Por suerte en los linderos aún quedaban matojos medio secos y ligeros desniveles.

Daba la sensación de ralentizarse la actividad a medida que el día se iba viniendo abajo. La carretera, ahora más sencilla y estre-

cha, con un piso de tierra y gravilla bien prensada, se dividía en dos y me decidí por la ruta de la izquierda, ya que parecía llegar más directa a la zona donde debería estar la línea del frente. En otro cartel medio destartalo ponía una fecha en dirección a Perdiguera. Ahora con semioscuridad podía avanzar más deprisa. Un poco más adelante un montón de ruido y movimiento me hizo dar un rodeo. Desde la lejanía pude divisar tiendas de campaña, camiones y varios grandes cañones, y un montón de militares: era una posición de artillería. Los cañones apuntaban a los montes que se perfilaban en el horizonte cercano hacia el este, el camino quedaba bien indicado.

Estaba muerto de sed, no había encontrado nada de agua desde que crucé el río, pero tenía que aprovechar la penumbra y acercarme todo lo posible a las posiciones del frente, porque de día iba a ser imposible. Cada vez se hacía más difícil caminar por las lindes de los campos, tenía que ir con cuidado para no hacer ruido y no tropezar. De vez en cuando se dejaban sentir algunos disparos, que se iban oyendo más nítidos a medida que me acercaba a su origen. Hacía un rato que había abandonado los campos y me había internado en un monte bajo, y se hacía muy difícil ver por donde andaba, si seguía podría acabar dándome de bruces con alguna posición de los militares o partirme la crisma al caer por alguna barranquera. Se iban oyendo ruidos propios de gente atrincherada, debía estar cercar, muy cerca del frente. Decidí parar y buscarme un escondrijo entre matojos, y mantenerme despierto toda la noche, y en cuanto se filtraran los primeros hilos de luz acercarme todo lo posible a la línea de fuego e intentar pasar al otro lado, justo cuando el sol del amanecer les diera en la cara a los soldados de las trincheras, y también me pudieran ver los del otro lado sin pegarme un tiro.

Hubiera dado cualquier cosa por echar un trago de agua, pero lo mejor era olvidarme de mi sed, descansar lo que pudiera, y reservar fuerzas para el día siguiente. Aquí se iba a acabar esta pesadilla que ya duraba más de un mes y me tenía harto. Empezaba a darme igual lo que fuera a pasar, no se puede vivir intentando esquivar a la muerte y encima hacer como que no tienes miedo, esa maldita tensión se te pega como una lapa. No quería morir, me quedaban mil cosas por hacer y mil bellezas de la vida por descubrir. Por la mañana iba a correr como un loco y lo que fuera a suceder ya no

era cuestión mía. No necesito valor, sino fuerza para mis piernas, y que los rayos de luz del alba me protejan y no dejen que las balas me alcancen.

No había formar de dormir, aunque me hubiera empeñado en ello, estaba tan despierto que podría saltar y echarme a volar. Mantenía los ojos y las orejas bien abiertas, detectando cualquier sonido como una antena de radio, y hasta llegaba a escuchar algún murmullo de conversaciones en la primera línea del frente, que se iban apagando según la noche se hacía más oscura. La cúpula del cielo era un mar de estrellas de una belleza espectacular, y perderme en su inmensidad me hacía relativizar mi pequeña situación personal y dejar de considerarme tan importante. Pensar que cada uno de esos minúsculos destellos de luz son una lejanísima estrella, un sol, cuya luz se emitió hace muchos años y llegan ahora a la vista de un simple humano abandonado a su suerte, en un planeta tal vez perdido, o que pasa desapercibido entre tanta infinitud..., te deja sin palabras, sin nada que decirte a ti mismo. Me pregunto si en las vidas humanas o similares que seguro habitan en muchos de los planetas de tantos sistemas solares, pasan cosas tan terribles como en la Tierra, y si habrá en algún lejano lugar una persona desorientada, que no sabe quién es y no entiende el mundo que le rodea. Observaba las estrellas intentando captar su intensidad, sus mensajes ocultos y esperanzados de un futuro mejor, o alguna cosa que querían transmitir y nuestros limitados sistemas de recepción no podían descifrar, y a la vez me grababa la imagen de su esplendor, por si esta era la última vez que iba a tener la oportunidad de disfrutar de la grandiosidad de un cielo estrellado.

La noche se me hizo eterna y también pasó como un suspiro. Llenarme los ojos de estrellas me había ayudado a no pensar en mi destino inminente, y cuando se calma el pensamiento, el tiempo se evapora, desaparece, ya no pasa lento o deprisa. Se empezaban a visualizar leves filtros de luz, llegó la hora de la verdad. Estiré mis músculos y me puse en marcha, agachado, casi "a gatas", entre tierras erosionadas, piedras, matas y muchas sombras. Iba decidido a no parar y fui cogiendo agilidad. No tarde en divisar la línea de trincheras del ejército sublevado, a las que me iba acercando con mucho cuidado. Elegí un lugar con buena visión para estudiar el terreno. No era una trinchera corrida, tenía cada cierto trecho una

serie de puestos bien equipados con muchos sacos de tierra, y podía ver los espacios donde se apostaban los tiradores. Tampoco el terreno era uniforme, había muchos badenes y pequeñas colinas en las que se ubicaban los lugares defensivos mejor montados. En medio quedaban espacios abiertos, blancos fáciles para los tiradores, pero al menos no tenían alambradas. Desde donde estaba podía ver los sitios especiales en los que habían montado ametralladoras y el particular dibujo de las trincheras, como en forma de estrella, con salientes y entrantes. En las puntas tenían soldados con los fusiles apoyados listos para disparar. Localicé el que consideré mejor hueco para intentar pasar, lo más lejano de las ametralladoras, con algunas barranqueras de tierra de yesos y arcillas y con algunos arbustos dispersos que irían bien para confundir mis movimientos. Las trincheras del otro lado solo las podía adivinar por el color de los sacos terreros que variaban un poco del paisaje. No iba a ser fácil, había un buen trecho entre los dos bandos y además estaba en cuesta, ya me podía espabilar, esto iba a ser como la caza de un conejo en un descampado por un montón de cazadores. Solo que el conejo era yo. Justo el sol mandaba sus primeros rayos, me encomendé a mi suerte, ojalá hubiera sido creyente para pedir ayuda a algún santo. Respiré profundo y no me lo pensé más.

Empecé por seguir moviéndome agachado hasta que no quedara otro remedio que empezar a correr, para mi sorpresa nadie se fijaba en mí y estaba solo a unos metros de la primera línea de fuego, puede que la tranquilidad del frente por la noche les pillara medio dormidos a los centinelas. Continué sin hacer movimientos bruscos incluso después de rebasar las trincheras, y en ese momento oí un grito que me helo la sangre: "¡Alerta¡" y el primer disparo.

Me lancé a correr con toda la fuerza del mundo y en zigzag, como ya me era familiar, y varios disparos más me iban acompañando. Se oían gritos enfurecidos: "¡Darle¡", "¡Matar a ese traidor¡", "¡Disparar¡". Corría intentando no tropezar, ganando altura por el monte con una lluvia silbando a mi alrededor. Desde el otro lado se dieron cuenta de lo que pasaba y comenzaron también a disparar sobre sus enemigos y a alentarme con sus gritos: "¡Corre¡", "¡No mires atrás¡", "¡Corre muchacho¡". Estaba en medio de un fuego cruzado, y solo corría y corría, sin olvidar ir en zigzag. No sé si era yo el que corría o era el sonido de las balas el que me impulsaba. Ya

casi llegaba a la otra línea de trincheras, también espaciadas y sin alambradas entre ellas. Las balas daban por todas partes, pero no eran de ametralladora, no les debió dar tiempo a cargarla. Al llegar salté como un gamo sobre sacos y piedras amontonadas junto a unos milicianos y se hizo un estruendo de júbilo entre ellos y en toda la línea de trincheras, como si hubiera metido el gol decisivo en el partido del siglo.

Estaba a punto de estallar, lo había conseguido, no podía pensar, solo respirar profundamente y recuperarme. Me palpé para ver si me habían alcanzado, estaba ileso. Llegaban hombres y me daban palmadas en el hombro y me abrazaban, parecía una fiesta: "bien hecho", "así se hace, con dos cojones", "bienvenido al mundo libre". El tiroteo había cesado y el día ya aclaraba lo suficiente para ver donde estaba. Lo primero que me llamó la atención era la forma de vestir de este particular ejército. Cada uno vestía a su manera, se veían buzos de trabajo, y hasta alguna ropa de color caqui, pero sin ningún orden, con las camisas por fuera, o las mangas recogidas; lo más uniforme eran las gorras rojas y negras de la CNT, no cabía duda de quién controlaba esta zona. Me alegré de estar entre anarquistas; eran los que menos imponían sus ideas y los primeros en dar la cara; ninguno con los que había tenido relación me había defraudado nunca. Me iba tranquilizando según me daba cuenta de que seguía vivo y fuera del alcance de los criminales que intentaron liquidarme. Les pedí agua, y bebí feliz, liberando aún más la tensión. Mi precipitada llegada parecía haberles animado y alegrado la mañana.

Dos de ellos, ya de cierta edad, me acompañaban pasando de una posición a otra, fuera de la primera línea, y me seguían llegando palmadas y felicitaciones.

—Vaya forma de correr y de saltar —me dijo un joven miliciano—, en las carreras de mi pueblo habrías hecho historia, nada como unas balas detrás de tu culo para hacer maravillas.

—Aquí estas a salvo de esos fascistas —me dijo otro—, cualquier día les vamos a mandar a todos a su maldito infierno.

Llegué a un punto más elevado y fuera de la línea de tiro donde se ubicaban unas casamatas hechas con piedras y cubiertas con palos, ramas, tierra y tejas sueltas, y lo que parecían tiendas de campaña caseras improvisadas con algunas lonas. Por fuera se veían

un montón de cosas por todas partes sin ningún orden: cajas de madera, utensilios de cocina, leña apilada, y gente en movimiento. Me sorprendió ver algunas mujeres, milicianas con sus fusiles al hombro. Nos acercábamos a un grupo donde un hombre parecía estar dando instrucciones, llevaba ropa militar y botas altas, aquí casi todo el mundo calzaba alpargatas.

—¿Ese es vuestro capitán? —pregunté a mis acompañantes

—Aquí, todos somos camaradas, no hay jefes —, cada uno hace lo que se le da mejor, y los que saben de la guerra toman las mejores decisiones, pero a la hora de luchar todos arrimamos el hombro. Ya verás como estamos cambiando las cosas.

Cuando llegamos hasta el grupo cortaron su conversación y me examinaron de arriba abajo, como para detectar si podría ser un espía. No tenía mi mejor presencia, sucio, con magulladuras, y con una cara de cansancio que hasta yo la podía ver sin necesidad de espejo.

—Así que este es el que ha despertado a todo el frente —dijo el que parecía estar al mando—, cuéntanos quien eres, de donde vienes y como has llegado hasta aquí.

—Me llamo Julián Torres, soy profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca y vengo huyendo desde Burgos, donde me apresaron al día siguiente del levantamiento militar. Allí me dejaron sin documentación, y después de días en la cárcel tratados como animales, cuando me iban a fusilar escape, y tras días de peripecias y penurias he llegado hasta aquí. Me han disparado un montón de veces y lo único que puedo decir es que he tenido mucha suerte.

—Que te disparen, no es precisamente suerte —comentó quien me preguntaba, un hombre robusto, de cuarenta y muchos, con unas amplias entradas en su escaso pelo, y que mantenía su mirada fija en mis ojos—, ¿Cómo están las cosas por Burgos, y por los sitios que has pasado?.

—En Burgos se está fusilando a cientos de personas. A la cárcel llegan camiones de detenidos y van saliendo los mismos camiones llenos de condenados, a ejecutar en los montes cercanos. En los Montes Oca lo he visto con mis propios ojos, ya tienen las fosas preparadas por la mañana, se las hacen cavar a los vecinos del pueblo de al lado, y la llenan cada día de cadáveres, es una matanza. Los

falangistas van como posesos deteniendo a todo el que tenga lo más mínimo que ver con la República y asesinan sin contemplaciones, y lo mismo está pasando por Logroño, aunque eso ya no lo he visto, lo sé por la gente que me ha ayudado, como vuestros compañeros, ferroviarios, que se la juegan cada día. Me dijeron que si llegaba a cruzar las líneas le dijera al camarada Durruti, que espabile, o no quedará nadie a quien salvar.

Se miraron sonriendo por la referencia a Durruti, pero impresionados por lo que les estaba contando. Había cambiado la forma en la que me miraban, ya no era alguien al que observar con detenimiento para detectar a un posible espía, ahora sus caras estaban relajadas y confiadas. Puede que mi imagen desgarbada, sucia, llena de arañazos, supongo que con ojeras, y mi manera de hablar cargada con el peso del dolor de ver tanta miseria humana, les había convencido de que decía la verdad.

—Qué tipo de fuerzas militares has visto desde Zaragoza hasta aquí —me preguntó de nuevo, ahora sin seriedad forzada.

—Hay mucho tránsito de camiones y de soldados por todas partes. Hay abajo, en el terreno llano pasé cerca de una posición de artillería con varios grandes cañones, un poco alejada del frente. Las trincheras están muy montadas, con muchos soldados y ametralladoras cada cierta zona, que se solapan para cubrir toda la línea. Yo he pasado en el punto de separación entre dos de ellas, o eso creo, y por suerte les he pillado de sorpresa. Hay espacios sin trincheras, ni alambradas, pero muy expuestos al fuego de los lados. No sé nada de guerras, pero creo que se necesita un gran ejército para vencerlos.

No se extrañaban de lo que les estaba contando, y se les notaba preocupados. En este lado se veía mucho movimiento, pero nada de armamento pesado, ni vehículos, solo logré ver una ametralladora, muchos milicianos con viejos fusiles, y algunas milicianas también armadas, con aire altivo y resuelto. Yo iba sintiendo que un gran peso se me quitaba de encima, no recordaba haber respirado nunca con tanta profundidad, y un agradable cosquilleo me recorría la espalda, mi cuerpo se relajaba por fin y mi cabeza se despejaba de la presión que sin darme cuenta había mantenido desde que me detuvieron.

—Vamos a Bujaraloz al cuartel general, Durruti quiere saber a

qué nos enfrentamos y todas las informaciones son útiles, de paso le das tu mensaje, si te atreves, no es hombre que ande con medias tintas. Primero vamos a desayunar, come algo, tienes pinta de haber pasado mucha hambre, y que le dejen algo de ropa.

Llegaba un inconfundible olor a fritura, y nos acercamos a un puesto de cocina que no era más que un fuego entre piedras con una enorme sartén, una mesa de madera y unos tablones a modo de bancos improvisados con una larga lona por encima. Dos mujeres y un cocinillas con su delantal estaban preparando huevos fritos por docenas, con tocino y panceta, llenando platos de hojalata que se iban repartiendo, con generosas rebanadas de pan de hogaza, y botas de vino que pasaban de mano en mano con agilidad. Estaba encantado con volver a comer de nuevo, disfrutando de cada bocado y calmar a mi sufrido estómago, la última parte del cuerpo que precisaba ser liberada; no hay nada para apreciar el don la comida como haber pasado un hambre atroz.

Se hizo un corrillo a mi alrededor, parece que despertaba curiosidad y todos querían saber que estaba pasando al otro lado. Les conté muy por encima quien era y lo que me había pasado, sin dar detalles sobre el fusilamiento porque era un poco difícil de creer y tampoco tenía intención de ser el centro de atención y mucho menos de parecer valiente, con todo el miedo que había pasado. Se quedaban un poco decepcionados porque no podía darles nuevas sobre como iban las cosas por Zaragoza, y porque suponían que estaba ocurriendo algo similar a las matanzas de Burgos. A uno del grupo, que no decía nada, se le caían las lágrimas, tenía un hermano en Zaragoza que habían detenido al principio del alzamiento y del que no había vuelto a saber nada.

Se acercó mi anterior interrogador, que ahora se presentó, se llamaba Tomas, y comencé una conversación con él.

—Has dicho que eras profesor de Filosofía, ¿Sabes también algún idioma?. ¿Tienes alguna otra habilidad?

—Hablo y domino bien el inglés y el francés, y me defiendo con el alemán. Llevo toda la vida estudiando y enseñando, también tengo experiencia educando adultos que quieren aprender a leer y a escribir, daba clases en la Casa del Pueblo de Salamanca. Pero no tengo ninguna habilidad manual que reseñar, y no creo que valga para manejar armas. Por ahora lo único que he hecho con acierto

es correr delante de las balas.

—En esta guerra todos somos necesarios y gente para manejar las pocas armas que tenemos hay de sobra, y no todo el mundo tiene el valor de correr delante de las balas. Con los idiomas puedes ser de mucha ayuda, hay muchos voluntarios internacionales en las columnas. Te tengo que preguntar cual es tu intención y hasta qué punto estás dispuesto a comprometerte.

—No me he planteado cual es mi sitio en esta guerra, hasta ahora no he tenido ocasión de elegir. Mi tierra está ocupada, mi familia inexistente, mis amigos muertos o perseguidos y mi país atacado por la locura del fascismo. No soy militante de ningún partido, pero haré todo lo que pueda por defender la libertad, no tengo otra cosa por hacer, ni a donde ir.

—Bien dicho, se necesitan cabezas sensatas, y seguro que vas a ser de utilidad, hay mucho trabajo por hacer para vencer en la guerra y para crear un país más justo y liberarlo de la tiranía. Cuando lleguemos a Bujaraloz ya te encontraran un puesto acorde con tus conocimientos. Bienvenido camarada.

Un par de milicianas me consiguieron una chaqueta de tipo militar de color caqui, que parecía hecha a medida, y me ofrecieron una gorra roja y negra, que rechacé con mucho tacto, prefiero no llevar cosas en la cabeza, ni signos de pertenencia a ninguna corriente ideológica, lo que en realidad encaja con el verdadero espíritu anarquista. Puedo colaborar y hasta obedecer, pero no soy militante ni me gusta enarbolar banderas, ya he visto mucho odio en nombre de las siglas y los colores.

Junto con Tomás y dos milicianos más, nos internamos un trecho por un bosque seco e irregular, bajando por la ladera contraria al frente y bien resguarda, con árboles dispersos, quejigos, carrascas y algunas sabinas, y muchos arbustos, espinosos como las aliagas, y casi impenetrables como las coscojas con sus ramas entrelazadas. Se percibían olores a romero y a tomillo y el sol se filtraba entre hojas y ramas; era un precioso paseo para mí que me sentía como si había vuelto a nacer, aún sorprendido por la velocidad con la que se sucedían los acontecimientos. Enseguida llegamos a un descampado donde había más milicianos y varios coches y un camión, con las siglas de la CNT y la FAI pintadas en sus carrocerías a simple brocha gorda. Los vehículos iban y venían transportan-

do combatientes, cajas de madera, cestos con alimentos, cubas de agua, y todo tipo de enseres, pero se seguían viendo pocas armas, y me seguía asombrando de ver algunas milicianas. Muchas cosas estaban cambiando y se palpaba una atmosfera de ilusión y compañerismo que me costaba acabar de creer.

Subimos a uno de los vehículos, un Lancia-Augusta de color negro, sucio pero casi nuevo, al que los brochazos de las siglas le habían quitado su orgulloso porte, y nos fuimos metiendo por caminos polvorientos, estrechos y peligrosos porque podía aparecer otro coche o camiones en el otro sentido, en cualquier recodo, y por alguna razón desconocida todos iban a mucha velocidad, y eso sin contar los baches cogidos a la brava que te hacía brincar del asiento, lo que cabreaba a Tomás con el conductor, desde su puesto de copiloto.

Mi compañero en el asiento de atrás me iba poniendo al día sobre como estaba yendo la guerra. La columna de Durruti ocupaba este monte que llamaban Monte Oscuro, hasta la carretera de Farlete, y siguiendo más allá hasta el Ebro. En las posiciones del lado contiguo del monte que junto con esta zona formaban parte de la que llamaban Sierra de Alcubierre, y en los pueblos de Leciñena y Alcubierre se colocaban las fuerzas del POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista, afín al troskismo y alejado de los estalinistas de Rusía, con las que deduje que los anarquistas mantenían estrecho contacto. Otra serie de columnas marcaban un largo frente hasta llegar a Huesca que estaba medio cercada y que esperaban conquistar en los próximos ataques. Madrid resistía y las tropas sublevadas apoyadas por la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini iban avanzando en algunas zonas por el Sur y por la zona Norte. Por aquí se había estabilizado el frente dividiendo en dos a Aragón, pero se mantenía la presión de las columnas sobre Huesca y Zaragoza y estaban convencidos que iban a caer en cuestión de días, lo que yo no tenía nada claro después de lo visto en los alrededores de Zaragoza, pero ni se me pasó por la cabeza llevar la contraria. Tomás nos oía, pero no intervenía en el relato, daba la impresión de ser un hombre de acción poco dado a las palabras.

Pasamos un par de controles en los que bastó un saludo y llegamos a una carretera, en realidad un camino más ancho y con el piso firme y uniforme, donde se veía como iba creciendo la actividad,

con el paso de carros, camiones con milicianos y otros caminado, la mayor parte en dirección al frente. Daba la impresión de que se iban concentrando tropas para preparar alguna ofensiva. Atravesamos los pueblos de Castejón de Monegros y La Almolda, en los que se notaba el paso de las columnas por las pintadas de siglas en las paredes y las banderas, y llegamos a Bujaraloz, un pueblo más grande, que parecía una ciudad en ebullición por la cantidad de gentes en movimiento, con coches y camiones circulando por sus calles, y hasta algún autobús, también con las marcas de sus nuevos dueños en la carrocería. Me llamó la atención unos cuantos vehículos blindados, furgones y camionetas a las que se había cubierto de chapas de metal soldadas. Había un extraño contraste entre las casas de un pueblo antiguo con muchas paredes de adobes y tapial, las calles de tierra y muy pocos árboles, que hasta ahora habría estado perdido en una amplia llanura de secanos, con el bullicio y el alboroto de una multitud en movimiento: coches, carros, gente a caballo, el sonido de bocinas, y voces y griterío, propio de una ciudad emergente, con la particularidad de que muchos de sus habitantes pasajeros llevaban su fusil al hombro. Se percibía una atmosfera que nunca había presenciado, llena de energía desbordada, una mezcla de ímpetu de juventud, alegría, y pasión por vivir una revolución que iba a cambiarlo todo.

Aparcamos cerca de una casa grande con aire señorial que tenía todas las trazas de ser el centro de operaciones. Tomás le indicó a mi compañero de asiento que me llevara a la zona de comedores y ya nos llamarían. Aquí se veían más milicianas, la revolución todavía no había roto la inercia de las mujeres hacía las cocinas, tantos siglos de costumbres no serían fáciles de dar la vuelta, aunque no faltaban hombres en las faenas. Aproveché para asearme, afeitarme por fin, y quitarme el olor a sudor y la mugre de andar tirado por los campos. La naturaleza será muy limpia, pero la combinación con un cuerpo humano deambulando por ella no acababa precisamente en limpieza. Debía tener un aspecto ruinoso, porque enseguida aparecieron dos milicianas que me proporcionaron, entre risas, ropa para cambiarme, se debían reír de mis huesos, ya de por sí era delgado, y con más de un mes de privaciones no era de extrañar el resultado. También me ofrecieron algo de comer, lo que les agradecí de corazón, ya había desayunado y mis ansias por

comer se habían calmado, el miedo a no tener una próxima comida se había esfumado, igual que el temor a morir en cada instante. No se me olvidará nunca que podemos morir en cualquier momento, pero esa preocupación también se había evaporado. Volver a reencontrar la amabilidad y la solidaridad renovaba mis esperanzas por un mundo mejor; y ahora me parecía tan sencillo, solo es cuestión de mostrar nuestro lado bueno y abandonar la visión ceniza y negativa de la vida.

Después de un buen rato nos llamarón para ir al centro de mando. Mi compañero hacía de guía, y no sé si también de protector o de guardián. No me lo podía creer, iba a estar en presencia nada menos que con Durruti, el líder carismático de los anarquistas y un mítico modelo de héroe revolucionario. Llegamos a la gran casona y subimos a la primera planta por una gran escalinata. Antes de entrar en una amplia habitación con varias personas de pie alrededor de una mesa, se acercó Tomás y me dijo en voz baja que contestará directo y sin rodeos a las preguntas de Durruti. Tomás se dirigió al grupo y les dijo que era el último que había saltado las líneas esta misma madrugada, y se llamaba Julián. Me miraron de arriba abajo, Durruti solo se fijaba en mis ojos; era un hombre recio, tirando a alto, camisa remangada, gruesas cejas, mentón prominente y una mirada penetrante a través de sus gafas redondas, y con un porte imponente, irradiaba fuerza y energía, y comprendí de inmediato porque era un líder indiscutible.

—Acércate Julián —dijo Durruti, en tono cordial—, ahora estás en tierra liberada y entre compañeros, y nos gustaría que nos puedas aclarar algunas cosas en este mapa.

Al hablar apareció un hombre normal y sencillo, sin falso orgullo; su tono de voz me dio confianza. Me coloqué a su lado y de varios milicianos.

—Él ha pasado por este punto —señaló Tomás en el mapa—, corriendo entre las balas que venían de estas trincheras.

—¿Has podido ver como estaban armadas las trincheras? —preguntó directo Durruti.

—Sí, tuve tiempo de observarlas bien antes de pasar, al menos las de esa zona. Tienen puntas que entran y salen con muchos puestos de tirador y muchos soldados. Cada cierto trecho, disponen de ametralladoras que se solapan unas con otras. Los espacios

sin alambradas están muy expuestos y cubiertos por los lados.

Con la ayuda del que parecía entender mejor el mapa les ayudé a marcar el lugar donde se situaban las piezas de artillería que yo había rodeado.

—¿Has visto tanques? —me preguntó otro del grupo, que tenía todas las trazas de ser militar.

—No he visto ningún tanque, pero solo he pasado por la zona de las vías del tren en los alrededores de Zaragoza, y desde allí hasta el frente cruzando el río Gállego y siguiendo por el lado izquierdo de Villamayor hasta el punto donde he pasado. Lo que si he visto es mucho movimiento de camiones y muchos soldados, todos con sus fusiles. No sé nada de guerras, ni siquiera he hecho el servicio militar, pero por lo poco que he visto, disponen de un ejército bien armado.

Se miraron entre ellos confirmando algo que ya sabían y que los causaba inquietud. No me atreví a opinar que los milicianos estaban mucho peor equipados, lo que era evidente y no iba a ser yo quien transmitiera desánimo; estudiar historia te enseña que muchas batallas las ganan los que tienen mayor motivación y se lo juegan todo.

—¿Qué sabes de las persecuciones y fusilamientos que se están produciendo en el lado de los sublevados? — preguntó con mucho interés, uno que no había dicho nada.

—Se ha desatado una locura asesina dirigida por los falangistas, detienen y fusilan, no solo a los militantes de izquierdas y anarquistas, también a todo el que ha apoyado a la República; se enseñan especialmente con los maestros. En Burgos están perpetrando una matanza infame.

—¿Los has visto también en Logroño?—, insistió el que preguntaba.

—Lo he visto en Burgos y lo he presenciado en la Pedraja, en los Montes de Oca, uno de los lugares de fusilamientos diarios, del que escapé por los pelos. No lo he visto en Logroño, pero me lo han transmitido compañeros vuestros, ferroviarios, que me ayudaron a escapar.

Mi respuesta le dejó muy afectado, parecía contenerse para no derramar alguna lágrima. Me miró y me dijo:

—Tengo un hermano, que podría ser uno de los que te ayudó,

espero que ayude a muchos como tú.

—Con todo el respeto —dije midiendo mis palabras cuidando de no ofender—, vuestros compañeros de Logroño me dijeron que, si veía a Durruti, cosa que no creí que iba a suceder, le diera el mensaje de que: "espabile, o no quedará nadie a quien salvar".

—Vaya lo has soltado —dijo Tomás—, dices que no valdrás para luchar, lo que dudo, pero no te faltan arrestos, y tranquilo, Durruti ya lo sabía.

—No vamos a tardar en romper el frente y liberar Zaragoza y luego no habrá quien nos pare—intervino Durruti, arengando al grupo—. Me dice Tomás que eres profesor de Universidad y que hablas varios idiomas, aquí están llegando muchos camaradas de otros países a apoyar la revolución y necesitamos personas para traducir y pasar comunicaciones. ¿Estás dispuesto a dejarte la piel en ello?.

—Estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda, no creo ser de utilidad en la acción, pero si como traductor y también enseñando a leer y a escribir que era lo que hacía en la Casa del Pueblo de Salamanca. Tengo que deciros que no soy miembro de la CNT ni de ningún partido, y me gustaría seguir así, espero que no sea un problema.

—Te pondré en contacto con mi secretario, que tampoco tiene carnet de la CNT —dijo Durruti—, aquí lo que se necesitan son hechos.

Se lanzaron sonrisas entre ellos, como si conocieran algo de su secretario que me iba a sorprender. Me retiré con el compañero que me hacía de guía, me llevó hasta un almacén reconvertido en algo parecido a un albergue, donde les dijo a otros camaradas lo que había dicho Durruti sobre mi puesto como traductor, y se despidió con afecto; ya era alguien de confianza y no necesitaba ser vigilado. En solo unas horas mi vida había dado otro vuelco, había pasado de ser perseguido intentando sobrevivir, a estar en medio de una revolución con un papel activo. Cuando todo acabe y mi mundo se estabilice, necesitaré años para asimilar tanta intensidad de experiencias; recuerdos espectaculares no me van a faltar.

Se me acercó un hombre menudo con aire de intelectual con sus correspondientes gafitas de pequeños cristales redondos y poca pinta de miliciano, de edad similar a la mía, que se presentó como

Jordi, y se ofreció a mostrarme el espacio del que dijo estar al cargo. Estaban separadas dos grandes estancias por unos cañizos, una con muchas mesas y bancos, y algunas sillas, para comedor y lugar de reunión, y otra con varias hileras de colchones sobre el suelo, docenas, a modo de dormitorio colectivo. No me pasó desapercibido que los bancos eran de iglesia a los que les habían cortado la parte para arrodillarse.

—Aquí se comparte todo, hasta los colchones —apuntó Jordi, mostrándome el enorme dormitorio—, esa zona junto a la pared suele estar más libre; si dejas tus cosas sobre el colchón se suele respetar. Para tus necesidades se usa la cuadra del patio de al lado y con un poco de paja se va echando a un montón. No es un hotel, pero hace las veces, además siempre hay algo para comer y para cenar y no falta vino, por la mañana no suele quedar casi nadie ya que suelen partir de madrugada al frente. Siempre hay trasiego de gente, sobre todo a la noche con muchas ganas de jarana. Allá a las doce se cierra la luz y los que quieren fiesta se tienen que ir a la calle.

—La verdad es que no tengo cosas, voy con lo puesto.

—Eso tiene arreglo, algo encontraremos.

Y al poco me trajo una manta, una camiseta, ropa interior y por ahora un saco para guardar el ajuar, ya me conseguiría una mochila más adelante.

—A última hora vendrá el secretario de Durruti y algunos dirigentes —añadió Jordi—, ya te pondrás en marcha con ellos. Si quieres descansa un rato antes de la comida, tienes aspecto de estar agotado.

Me quedé solo en el gran dormitorio. Estaba exhausto, por la madrugada de tensión al límite, por el mal dormir desde hace días y por la emoción de verme a salvo y metido de lleno en un torbellino revolucionario, así que me tumbé un momento para recuperar fuerzas, y me quedé frito, en una inesperada "siesta del carnero", sin importarme la dureza ni los montículos del colchón de lana que llevaría años sin varear.

****

La salida del Registro Akáshico tiene un fuerte impacto en la

conciencia. La intensidad de la vida registrada que se está revisando ocupa toda la atención y te sumerge en el devenir continuo de acontecimientos, y al salir choca de golpe con un espacio totalmente libre, exento de densidad, sin emociones ni pensamientos. Es un inmenso contraste, que ocurre también cuando se está en encarnación en un cuerpo físico y se sale a través del sueño profundo para penetrar en el plano de alma, del que no se recordará nada al regresar de nuevo al cuerpo.

Había comprendido que accedía al registro de mi anterior reencarnación para aprender a integrar ese pasado y asimilar sus lecciones, pero no acababa de encajar como se puede lograr la paz con el uso de la violencia, aunque sea en la defensa de las causas más nobles y justificadas. En este plano de pura paz no había el menor atisbo de desarmonía.

La respuesta, aunque fuera a preguntas sin formular, no se hacía esperar; un instante antes advertía la energía de su presencia:

—Es la intuición de tu conciencia, dirigida por el alma, la que te lleva a un registro concreto, en el que están las claves para liberar formas de sentir y de pensar que afectan a tu actual encarnación y a muchas otras almas aprisionadas en cuerpos que tienen pendiente de resolver el conflicto entre ideologías y la tendencia a aniquilar al contrario emitiendo odios que no necesariamente conllevan a la utilización de violencia directa. Sembrar odio es cargar las armas de la agresión que acabará por manifestarse, por eso es tan importante practicar la inofensividad, que no impide aplicar la fuerza cuando sea oportuna

La paz no reside en renegar al uso de la fuerza, o en alejarse y desentenderse del destino del grupo al que perteneces. Eso es falso pacifismo. Cuando estalló la guerra mundial a la que España se anticipó con su trágica guerra civil, el mundo estuvo envuelto en el caos, horror, y desastre, al borde de su destrucción, provocados por la política del Eje, basada en una perversa separatividad y odio extremo. Evitar la lucha, con el pretexto de la hermandad universal y el sentimental amor a la humanidad, supone en realidad sacrificar el bien de todos por el egoísmo y el aislamiento personal. Las almas de los seres humanos son Una, y actuar en consecuencia supone poner ese concepto en práctica en la vida

diaria, pasar de la teoría a la práctica, nada ocurre por sí solo.

Me venían a la visión escenas de enfrentamiento entre izquierdas y derechas en la guerra civil y como se mantenía ese combate en la actualidad con el veneno de la palabra, y la dificultad por saber cuál es la actitud correcta, siempre con la tentación de tomar partido de forma excesiva y acabar cayendo en la intolerancia.

—El fondo religioso y la ideología política de cada persona son determinados generalmente por su lugar de nacimiento, por influencias familiares y sociales, por el trasfondo nacional y la tradición de la cultura en la que crece y se desarrolla. Son asuntos de la personalidad que no son importantes mientras no se polaricen en contra de otras creencias o ideologías. No debería juzgarse a nadie por sus ideas, nadie tiene el derecho de decirte que pensar. Debe prevalecer el respeto a los demás y la resolución de diferencias de forma inofensiva. Pero no podemos mantenernos al margen de los conflictos globales, cualquier acción en la correcta dirección, por pequeña que parezca, es necesaria y decisiva, y para ello hay que prestar atención y seguir la intuición que emana del alma.

Hay quienes sostienen que hay que mantenerse alejado y sin tomar parte de los acontecimientos políticos y sociales, y permanecer solo activos en los reinos espirituales. Esa es una interpretación errónea de la verdad, los asuntos del plano físico son parte de la influencia de la vivencia espiritual, y por ello las personas espirituales deben comprometerse y participar de esa parte espiritual de sus vidas.

Me quedaba totalmente claro el concepto en mi conciencia, el desafío residía en el traslado a la conciencia del plano físico. Aunque en este plano no cabía la frustración, cuando volviera al cuerpo físico volvería al punto en el que le deje.

—La conciencia es la misma que en el plano físico, pero sin limitar y sin condicionar por la conciencia cerebral. Al no tener aún continuidad de conciencia entre ambos planos, no se transmite la sabiduría del alma al conocimiento de la personalidad y tampoco

el recuerdo de lo que aquí realizas. Lo que en este plano desvelas y resuelves tiende a filtrarse en el plano objetivo. Tiene que ver con el grado de alma que pueden percibir y manifestar tus vehículos.

La conciencia es atributo del alma, que se presenta y se viste a través de la mente. Mente y cerebro son conductos refinados, esplendidos vehículos para su manifestación, cuando sus lazos de conexión no saben de separación alguna.

La conciencia del alma es impersonal, inclusiva y sintética. Ilumina.
La conciencia cerebral tiende a ser personal, exclusiva y analítica. Separa.

Conciencia es una forma de energía, y la vida es la energía misma.

Plano y estado de conciencia son términos intercambiables. Un plano es en esencia un estado de conciencia y no un lugar. Ser consciente de un plano de manifestación es percibir la vinculación con su estado de conciencia. Conciencia en un plano y control en ese plano son cosas diferentes; si la conciencia es limitada, el control será aún más reducido.
La conciencia expresa el punto de unión entre materia y espíritu. Es el resultado de la unión de ambos polos, y lo que constituye el alma de todas las cosas. Es el punto medio entre vida y forma, entre el Ser y la personalidad.

Me hice el firme propósito de que mi conciencia no sea separatista, y aprenda a desvelar los mundos ocultos, con inofensividad y compromiso.

V. Camino de Santiago. Grañón.

A primera hora de la mañana, la salida de Nájera se ha visto desdibujada por la lluvia, aunque solo ha sido un "calabobos", cuatro gotas, lo justo para tomarme la molestia de tener que cubrir la mochila y sacar mi impermeable super ligero, que solo funciona bien cuando llueve poco. Hay quien prefiere llevar una capelina que te cubre también la mochila, pero pesa más y resulta un poco agobiante, envuelta en plástico; además se suda mucho y me incomoda la colección de ruiditos de los roces de la cubierta sintética con todas partes.

Cuando el cielo se aclara, deja paso a otro día luminoso de temperatura intermedia, en el que se camina con fluidez y te sorprende como cunde; cuando miras atrás descubres el poco tiempo que te lleva recorrer largas distancias. De la abundancia de viñedos se va dando una progresiva transición a los campos de cereal; indican que las tierras de la Rioja tocan a su fin, por anchos caminos bien cuidados y una ruta llana sin desniveles. Me había propuesto llegar a Santo Domingo de la Calzada, que ya lo tengo a la vista, pero se queda una jornada un poco corta, 22 kilómetros, así que pararé a comer y seguiré hasta el siguiente pueblo.

Santo Domingo de la Calzada es un pueblo volcado en el camino, lleno de grandes edificaciones y joyas patrimoniales, como su catedral, y con plazas y rincones especiales, que me tendrían entretenida un día entero. Me llama la atención el Parador de Turismo, al lado de la catedral, y lo elijo para echar un vistazo. No suelo anteponer nada a una catedral, pero algo tienen los paradores que me incitan a entrar. Además, se ubican en antiguas construcciones, muchas veces recuperadas de la ruina, y conservan una belleza legendaria; son testigos en primera línea del paso de la historia. El Parador es la adaptación del antiguo Hospital de Peregrinos cuyo edificio original fue levantado por Santo Domingo en el siglo XII; en aquellos tiempos sería mucho más sencillo y sobrio que el actual. Se dice que Santo Domingo fue un ermitaño que fundó el pueblo en medio de un bosque, y se dedicó a facilitar el paso de los peregrinos por estas tierras, entonces difíciles y peligrosas. Su estilo arquitectónico es regio y elegante, con salones majestuosos y un vestíbulo repleto de arcos góticos y artesonados de madera.

Es la hora de comer y tengo un hambre de las de verdad. El menú del Parador no es barato, pero tampoco prohibitivo, y me apetece darme un capricho, no todo va a ser austeridad, este es el camino del siglo XXI y, al menos en ocasiones, parece inteligente adaptarse a la época en la que vives. Coincido en el comedor con algunos peregrinos que se quedan hospedados en el propio Parador y van recorriendo los mejores hoteles del camino, y por supuesto tiran del servicio de transporte de mochilas. No lo juzgo, cada cual hace el camino a su manera y toma sus propias decisiones, lo que resulta evidente es que hace falta buena cartera para llevar ese ritmo de gasto cada día.

Una rica comida, con unos platos vegetarianos bien elaborados, lo que no es fácil de encontrar, y además en un espacio tan atrayente, que te retrotrae a tiempos pasados y me hace pensar en cuantas comidas habrán contemplado estos viejos muros, y después toca ponerse en marcha; la tarde se te echa encima sin darte cuenta y aún quedan 7 kilómetros para llegar a Grañón, el final de etapa. Siento no entrar en la catedral, ya la visité hace un par de años, aunque solo fuera para dar mis saludos al gallinero del interior, en una vitrina acristalada en lo alto de una pared, que conmemora un famoso milagro del santo, del que me contaron la historia, pero solo recuerdo su final: "un gallo y una gallina asados, que saltaron del plato y se pusieron a cantar, y de ahí viene la famosa frase: "Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada".

Caminar por las tardes primaverales se está convirtiendo en un bonito y tranquilo paseo, ya con poco tránsito de peregrinos que suelen apurar sus jornadas y acabar al mediodía, sin continuar después de comer. Ahora que el cuerpo está acostumbrado a la marcha rítmica de las piernas, sin apenas sentir la mochila, se disfruta cada paso, acompañada por el fondo de cielos cambiantes, donde se filtran luces y colores, y encuentro belleza en todos los paisajes.

Grañón es un pueblo, ni pequeño ni grande, atravesado de punta a punta por el camino, que supongo será su calle principal, que solo fue ancha cuando se usaban los carros. El albergue, al que me llevan los pies como por inercia, está adosado en la parte trasera de la iglesia, y si no fuera por un pequeño cartel: "Albergue de San Juan Bautista", diría que estaba entrando por la parte de atrás del

templo. Se sube por unas estrechas escaleras de piedra y lo primero que encuentras es un sitio en una repisa, también de piedra, para dejar el calzado, y sigues subiendo y aparece una sonriente mujer sentada que se levanta para darme la bienvenida como si fuera una vieja amiga.

—Hola peregrina, me llamo Anabel, y esa que asoma la cabeza por nuestra diminuta cocina es mi compañera hospitalera, Jana, es polaca y solo habla polaco y ruso, y yo no hablo inglés, así que espero que me estés entendiendo, o empezamos a comunicarnos por signos, que no se nos da nada mal.

—Hola a las dos —dije riendo, deslumbrada con una bienvenida tan original, y el simpático acento andaluz de la hospitalera—, me llamo Raquel y podemos hablar por signos, pero no va a hacer falta.

—Tan pronto como abren la boca se reconoce a los españoles, aunque eres la primera española que llega hoy y ya somos más de veinte.

La mire a los ojos y me pareció una mujer encantadora. Estaría cerca de los setenta años, llena de vivacidad, bajita, con las arrugas de su cara suavizadas por su sonrisa y un brillo en su mirada que daba plena confianza.

—Aquí está el libro de registro de entradas para que te inscribas tú misma rellenando estas casillas. No tenemos sello para tu credencial, nuestro sello es un abrazo—, y sin pensárselo dos veces me dio un abrazo.

Me volvió a sorprender, y también a los dos coreanos que acababan de llegar y contemplaban la escena. Pensé que esto los iba a descolocar, pero me equivoqué, lo entendieron de inmediato y salió de ellos acercarse a por su abrazo, en medio de más amables sonrisas.

La hospitalera buscó una hoja entre varias, para pasársela a los coreanos, traducida a su idioma, a la vez que me preguntaba si sabía inglés, y ante mi afirmación con la cabeza y comprobar que ellos también lo hablaban se lanzó a hacer de guía, como en una visita turística.

—Os cuento, ella me va traduciendo, siempre aparece alguien que traduce, así es más rápido y os enteráis todos. Bienvenidos y bienvenida, por ahí tenéis las duchas y en el cuarto de arriba unas colchonetas en el suelo, que no son muy cómodas, pero como esta-

réis bien cansados no os vais ni a enterar. Arriba hay un cuarto por si tenéis que lavar ropa. A las ocho tenemos cena comunitaria, si queréis colaborar en su preparación, estupendo, luego fregaremos los platos entre todos, con un método que supera a todos los lavavajillas que habréis conocido, ya lo veréis. Después de cenar, para quien quiera, tendremos un encuentro de peregrinos en el coro de la iglesia, que tiene una entrada directa por la habitación de aquí abajo, al que os animo a participar, seáis creyentes o no, es un acto entrañable abierto a todo el mundo. Este es un albergue de donativo, en esta caja podéis donar lo que consideréis oportuno, con lo que aportaron los peregrinos en los días anteriores se cubren los gastos de hoy, y con lo que se deja hoy se cubrirán los de mañana. En la caja pone esta inscripción: *"deja lo que puedas o coge lo que necesites"*, esta es la filosofía de este albergue, que encaja de maravilla con el espíritu del camino.

Hablaba deprisa, era un reto traducir, y además me despistaba el acento andaluz, que daba un suave y melódico toque musical a sus palabras. Me sorprendió ver una caja con una inscripción tan atrevida y abierta al acceso de cualquiera, sin ninguna vigilancia y con dinero: varios billetes y abundantes monedas. No pude evitar preguntar:

—Así, tan sencillo, y ¿funciona?.

—Sí, siempre sale dinero para mantener el local y las comidas y también da para algunas reparaciones. Si alguien lo coge, yo no lo sé, no lo vigilamos, pero seguro que no se pasan, y si alguien no puede dar para eso está la solidaridad del grupo, la mayor parte de la gente es honrada por naturaleza, y mucho más en el camino.

Los coreanos estaban preocupados porque habían mandado sus mochilas por el servicio de correos y se habían equivocado de albergue, las habían dejado en el albergue juvenil de la Ermita de Carrasquedo, a un par de kilómetros y no les cogían el teléfono.

—No preocuparse —les dijo Anabel—, ahora venís conmigo y las vamos a buscar con mi coche, todo tiene solución; que todos los problemas sean como este.

Y con el mismo aire activo se los llevo, con mil agradecimientos a su hospitalera salvadora. Era un buen ejemplo de hospitalidad, y le daba su verdadero sentido a la palabra "hospitalera", muy por encima de alguien que atiende tus necesidades, asociada a un tra-

to humanitario, solidario, con un servicio altruista, que se acentúa cuando se hace en forma de voluntariado basado en el compartir.

El lugar contrastaba con el Parador en el que había estado hace solo unas horas. A veces la vida te lleva de un extremo a otro. Sin duda el Parador es más cómodo y muy bello, un buen alojamiento, pero sin la particular atmosfera del camino que aquí se respiraba. El albergue tenía un toque austero y a la vez hogareño. La habitación donde se extendían las colchonetas, de tan solo unos centímetros de espesor, era aguardillada, con gruesas vigas de madera en el techo y suelo de tarima. El amplio espacio de salón-comedor, de altos techos también aguardillados, estaba arropado por una chimenea encendida, en realidad una estufa de pellets, bien camuflada, metida en la antigua chimenea de leña; la tarde de primavera era aún fría, puede que por la cercanía a las tierras de Burgos. Completaban la estancia varias mesas y sillas de madera extendidas hasta el mostrador de la mini cocina, unos sillones recogidos de algún naufragio, y un piano de pared acompañado de una tímida guitarra. La pared más alta era la de la propia iglesia, con grandes piedras en las que aún se notaban las trazas de antiguas ventanas góticas que algún día dieron a la calle. Desde luego el albergue no podía ser más parroquial.

Después de la ducha me fui a dar una visita rápida por Grañón, antes de la cena comunitaria. No tardé en descubrir una fantástica panadería con un festín de panes y dulces variados y con una dependienta que podrías confundir con otra hospitalera, tenía ese brillo en los ojos que se activa al servir a los demás con cariño, y no me pude resistir a probar los dulces y hacer acopio para mañana.

Al entrar a la iglesia, por una esbelta arcada gótica de medio punto, tuve una fuerte sensación de familiaridad. Nunca había visitado Grañón y sin embargo el espacio me resultaba muy cercano. El edificio, de un tamaño considerable, estaba construido en fábrica de sillería, con una nave formada por tres tramos, crucero, y cabecera de tres paños. Todo el conjunto se cubría con bóvedas de crucería, excepto el último tramo con una bóveda de cañón apuntado. Destacaba la pila bautismal románica, único vestigio del primitivo monasterio de San Juan, y sobre todo, el retablo mayor, de gran riqueza ornamental, realizado en el siglo XVI, con motivos platerescos y cuidados relieves con tallas de figuras bien articula-

das, llenas de movimiento, y que se conservaba en perfecto estado por una restauración de hace unos años. En frente del retablo, en la otra punta de la iglesia, el coro, hacia el que una extraña inercia me incitaba a subir por unas escaleras laterales de piedra. Ahora la sensación de familiaridad era aún mayor. Pasé la mano por la sillería que rodeaba el coro, con asientos de madera sencillos y desgastados por el paso de doscientos o trescientos años. En el centro un gran atril de madera para la lectura de aquellos grandes libros de partituras. Un pequeño rosetón con una vidriera moderna alusiva al camino, donde ya se filtraba la última luz del día, no le quitaba el aire mágico de antigüedad al coro, aunque me dio por ver otro rosetón más abandonado, con cristales rugosos, opacos, como una tenue visión que se me presentaba a la vista. La sensación de haber estado sentada allí era muy intensa, me pitaban los oídos con esa especie de pitido del silencio que a veces viene en estado de meditación profunda, solo que ahora de pie, moviéndome y con los ojos abiertos. Me senté en un asiento lateral contemplando el conjunto del coro, y podía sentir como la vibración de este espacio resonaba en mi pecho, con una sensación agradable, muy intensa, que ni siquiera me dejaba pensar, lo único que venían eran imágenes difusas, que no me eran ajenas, en las que veía a un hombre moverse y su figura se difuminaba entre las sombras de la iglesia. Estaba tranquila, aunque un poco confusa; no eran alucinaciones, sino percepciones sutiles, ligeras, sin emociones asociadas, y que me inducían hacia algún plano oculto, sin ningún tipo de temor, todo lo contrario, con un estado de profunda calma y confianza. Me dedique un rato a disfrutar de ese momento, con la tranquilidad que da la ausencia de pensamientos. No tenía ganas de buscar explicaciones, a veces basta con dejar que las cosas sucedan y te lleven en sus alas, si hay algo que comprender ya llegaría, no vale de nada meter la mente analítica en los mundos a los que no puede acceder.

Salí por una puerta lateral del coro que daba directo al albergue y subí a la parte de arriba para llegar al salón comedor, que estaba en plena actividad, bien caldeado por la chimenea y con pequeños grupos de animadas conversaciones, sobre todo en inglés, pero también se sentía el francés, y se hacía notar un grupo de italianos haciendo honor a la alegría latina a base de risas y decibelios.

Sobraba ayuda para preparar la cena. Un cocinero italiano, que llevaba treinta años en la cocina de un albergue de montaña de los Alpes, se había ofrecido a hacer un plato italiano, ¡cómo no¡, pasta con tomate, solo que este tomate era con piperrada, un refrito de verduras envasadas provenientes de un almacén de Santo Domingo de prestigiosas conservas riojanas, que suministraba al albergue, y que facilitaba las comidas rápidas, porque hasta la misma hora de la cena podían seguir llegando peregrinos, y a veces, sobre la marcha, había que añadir ingredientes a la cazuela, cazuelón para ser exactos, éramos treinta y muchos para cenar.

Me dediqué a observar la habilidad del cocinero con el manejo de la pasta. Insistía que tenía que estar "al dente" y comerse caliente, y a estos macarrones, a los que llamaba "penne liso", les faltaba rugosidad o marcas de espirales, para poder coger bien los sabores; decía que eran los únicos que no se habían agotado en Italia en la pandemia del covid 19.

En medio del trajín, se notaron unos fuertes golpes en los cristales de la cocina, un par de adolescentes disparaban perdigones a los pájaros con sus carabinas, sin importarles que fueran edificios y además habitados, ante el enfado de la hospitalera que ya había tenido varias enganchadas con ellos y estaba harta de llamarles la atención. El italiano estaba sorprendido, afirmaba que en su país esto no ocurría, porque se le dan dos bofetadas al adolescente y se le rompe la carabina, y asunto resuelto, y si se entera su padre también le da otras dos bofetadas más.

Se empezó a escuchar el piano y pararon las conversaciones, sonaban unas piezas tocadas con maestría por un israelí de mediana edad con un cuidado peinado, de esos que a mí me hacen desconfiar: flequillo enlacado, y encima guapo, no puedo ser objetiva en estos casos. La música era de calidad, pero se rompió la relación entre la gente, y el pianista, gesticulando sensibilidad, pasó a ser el centro de atención. No pude evitar ver un sentido de superioridad y un ego de manual del protagonista, aunque puede que sean mis prejuicios, tanto por las alertas que me producen las prepotencias de nacionalidad que acostumbran a exhibir los israelís, como por desconfiar de los guapos, y en eso podía influir el recuerdo de mi "ex", y de capullos como él.

Solo decir que era hora de cenar y se acabó el hechizo. Uno de

los premios de caminar durante horas es la debida recompensa de ganas de comer y el agradecimiento del cuerpo al atender sus demandas liberando endorfinas. Con una particular bendición de las hospitaleras a ritmo de rock nos lanzamos a por el menú: además de la pasta exquisita, abundantes ensaladas, pan, generosas jarras de vino, y de postre yogures de sabores. Volvían las conversaciones a medida que se iban acabando los platos, y puede que ayudara el vino, aunque nadie abusaba, después de una larga jornada de ejercicio el alcohol entra directo a la sangre y tiene mucho peligro.

El ritual de fregar los platos nos dejó sorprendidos a todos. Con una mínima explicación de Anabel que me tocó traducir, se colocaron cuatro grandes palanganas, cubos de boca ancha sobre las mesas, los dos primeros con agua caliente y detergente y los otros dos con agua limpia, y se creó una cadena a ambos lados. Los restos de comida a un cubo de basura y toda la vajilla iba pasando por cada cubo, por orden, primero los vasos, luego los cubiertos, después los platos; en los dos primeros con un toque de esponja y los otros dos cubos para aclarar, y al final varios secando con trapos y acabando en el mostrador de la cocina con las dos hospitaleras recogiendo platos, vasos y cubiertos y cada cosa a su balda. Trabajo en grupo con alegría y algunos haciendo fotos, no solo los coreanos, también un par de alemanes, espero que para copiar el eficaz invento y no para contar que han estado en pueblos primitivos donde no ha llegado el lavavajillas. En catorce minutos estaba toda la vajilla lavada y recogida y las mesas limpias. Y lo mejor, la grata sensación de hacer algo en grupo, creando un ambiente de compartir, y con un bonito resultado: convertir el fregote en una diversión.

Me llamó la atención que no coincidiera en este albergue con peregrinos de jornadas anteriores, la convivencia en cada albergue cambia cada día, no hay nada de monotonía en el camino. Con un toque de campanilla se anunció el encuentro de peregrinos en el coro de la iglesia, para pasar a través de la planta baja, al que acudieron casi todos. La hospitalera me pidió que tradujera al inglés, lo que asentí con la cabeza. Nada más entrar sobrecogía el espacio iluminado solo con velas, parecía que habíamos contactado con siglos pasados, en medio de un ambiente místico de recogimiento. Volví a percibir el fuerte sentimiento de familiaridad con este lugar, como no había sentido nunca en ninguna iglesia, solo que

ahora, en la penumbra lo notaba con mayor profundidad y tuve la certeza de que aquí había vivido algún episodio significativo; tendría que haber ocurrido en otra vida. Traté de captar algún mensaje o alguna señal que diera sentido a mis sensaciones, pero no me llegaba nada, lo único que me quedaba claro es la confianza y la tranquilidad que experimentaba y la ausencia de pensamientos, así que me dejé llevar hacia un estado meditativo, sin concentrar la atención, con los sentidos internos bien abiertos.

Nos sentamos en los asientos de la vieja sillería y en el banco corrido de madera, cerrando un rectángulo lleno de sutiles sombras, y se hizo el silencio en medio de la fascinación.

—Estáis sentados donde hace mucho tiempo se sentaron otros peregrinos —comenzó Anabel, con una gruesa vela en la mano, haciéndome una señal con los ojos—, Raquel va a ir traduciendo. Vamos a ir pasando esta vela y cuando la cojáis, si os parece, podéis decirle al grupo, lo que consideréis, cada cual en su propio idioma, desde el corazón, con esa lengua universal que da un valor especial a cada palabra, y así, a través de compartir nuestras reflexiones, conectaremos de lleno con el espíritu del camino. Si no queréis decir nada, sostenerla unos momentos en la mano y pasarla al siguiente.

Comenzó Anabel, expresando el agradeciendo que sentía hacia el camino por la oportunidad que la daba atender el albergue y lo unida que se sentía a cada peregrino al prestarles servicio. Siguieron otros testimonios con distintos contenidos, sinceros, llenos de buenas intenciones, y esa misma energía la trasladaban, aunque no se entendiera el idioma. Yo misma solté lo primero que me llegó, acordándome del amor hacía mi hija y manifestando el deseo de que todo el mundo ame. Muy pocos pasaban la vela sin decir nada, y aún con su silencio se hacía notar una energía en armonía con los demás. Cuando casi finalizaba la ronda, una mujer norteamericana de mediana edad me sorprendió al dirigirse a mí en inglés.

—Te llamas Raquel, ¿verdad?, he oído tu nombre. He venido a recorrer el camino con un gran dolor por la reciente muerte en un accidente de mi única hermana, a la que quería muchísimo. Hoy al comenzar a caminar me he propuesto con firmeza que no puedo seguir arrastrando este dolor y le he pedido a Santiago que por favor me dé una señal para saber si ya es hora de acabar el duelo, y le he dicho al santo qué si hoy encontraba a una persona que se llamará

como mi hermana, Rachel, querría decir que tendría que aceptar su muerte y abandonar la pena, para volver a vivir mi vida con la alegría que siempre he tenido.

Me conmovió la profundidad de sus palabras y también hizo mella en el grupo, y me encantó el mensaje tan liberador que transmitían: cualquier problema, por fuerte que sea, se canaliza cuando el amor y la sinceridad entran en acción.

Terminamos con una oración cogidos de la mano, un padrenuestro que pronunciaba Anabel en español, que ya no tenía que traducir. Me impresionó la fuerza que cogía el padrenuestro recitado lento y desde el interior, demostrando que las oraciones no tienen por qué ser machaconas y vacías, pueden irradiar todo el contenido del corazón que las pronuncia. Al acabar nos dijo que el sello del albergue era un abrazo y nos invitó a abrazarnos entre todos y todas. Esto era una auténtica celebración. Abrazar es precioso, sobre todo cuando se hace de forma sincera, con amor, libre y desapegado. Al llegar a la americana fue un abrazo aún más profundo y cariñoso, con mis mejores deseos.

Un día de relaciones intensas y alegres, para compensar otros más solitarios y nostálgicos. En un par de minutos se produjo una desbandada hacia las camas, o mejor dicho, hacia las colchonetas en el suelo. Hay como un ritual para acostarse a una hora, aunque supongo que la gente está muy cansada. Como de costumbre no puedo ir a dormir pronto, así que me busco un rincón, en uno de los viejos sillones junto a la chimenea que, a pesar de estar apagada, aún desprendía un punto de calor; y a tirar un rato de la Tablet.

Me dedico a seguir la trayectoria de **Julián Marías**, un filósofo y ensayista, con una trayectoria íntegra que la guerra no pudo truncar, y supo mantener en la posguerra, en un ambiente hostil hacia el pensamiento libre. Muchas de sus reflexiones serían plenamente aplicables a la situación actual, que parece haber olvidado el horror de ver a seres humanos resolviendo sus disputas a través de la barbarie, y el nefasto destino que espera cuando se coquetea con los totalitarismos. Aseguraba que: *la única manera de superar la guerra era no permitir que su recuerdo fuera fuente de manipulación*. Resulta paradójico que ahora se esté intentando ocultar la historia de la guerra civil con la excusa de que hay que enterrar odios antiguos. Conocer la historia, de forma exacta y verídica, es

una fuente de enseñanza y en ningún caso incita a nada; es solo historia, cargada de lecciones sobre muchos errores y algunos aciertos. Siempre he estado en contra de que la asignatura de historia se considerara como de relleno en los programas educativos, con la opinión generalizada de que no es práctica ni útil para la vida diaria, y con esos estudios nadie se gana bien la vida. Eso es una gran equivocación, es incalculable el sufrimiento que nos ahorraríamos si hiciéramos caso a la historia, y no perderíamos ni un segundo escuchando a los que plantean viejas soluciones a los problemas actuales, que en su día condujeron a grandes catástrofes. Creo que la cultura es en el fondo la base para resolver todos los conflictos

Julián Marías se apasionó desde muy joven por la literatura y a los 18 años conoció a Ortega y Gasset, en la Facultad de Filosofía de Madrid, del que decía que *"se le veía pensar"*, y pronto se convirtió en su discípulo, demostrando estar a su altura en el magistral uso de la mente. Su relación con Ortega fue fiel y profunda y desembocó en una gran amistad, que les llevo a fundar juntos en 1948 el Instituto de Humanidades, y después de la muerte de Ortega en 1955, a publicar estudios sobre él como *"Ortega circunstancia y vocación"*, y *"Ortega, las trayectorias"*. Otra fuerte influencia en Marías fue la de Miguel de Unamuno, a quien conoció en la Universidad Menéndez y Pelayo, en 1934, y del que también investigó en muchas de sus obras.

La guerra civil le pilló a Julián recién licenciado y consideró un "error" la sublevación de Franco, que *"destruyó al Estado" y que "al no triunfar, abrió el camino a innumerables muertes"*, y por ello no dudó en ponerse al servicio de la República, trabajando como traductor en el ejército de tierra. En la etapa final de la Guerra ayudó al socialista **Julián Besteiro**, su antiguo profesor de la Universidad, que estaba al frente del Comité Nacional de Defensa. Besteiro era para Marías una de las pocas figuras públicas de la República que le inspiraba un respeto integral, por su honradez personal e intelectual, y por ser consecuente con sus ideas y defenderlas con valentía en su empeño de propagar las ideas pacifistas y democráticas y en oponerse a la guerra fratricida buscando afanosamente la paz. Besterio siempre se opuso a la influencia comunista en el gobierno republicano y participó en el golpe de Estado contra el gobierno de Juan Negrín llevado a cabo por el coronel Segismundo

Casado, formando parte del Consejo de Defensa de Madrid en calidad de consejero de Exteriores. Fue el único miembro del Consejo que permaneció en Madrid a la entrada de las fuerzas del bando sublevado en marzo de 1939, mientras otros huían. Tras un juicio de guerra se le acusó de haber promovido un socialismo moderado, y condenado a cadena perpetua, sustituida posteriormente por treinta años de reclusión mayor. Falleció en 1940, víctima de una infección, en la cárcel de Carmona.

Marías acompañó a Besteiro en aquellas últimas semanas de la Guerra, demostrando también un valor que no apreció el bando vencedor. Su posición a favor de la República, su colaboración con Besteiro y su amistad con Ortega, le acarrearon persecución política que se manifestó con una acusación falsa el 15 de mayo de 1939, de su antiguo amigo, Carlos Alonso del Real y del profesor Julio Martínez Santa Olalla, por la que fue encarcelado. Los cargos eran inverosímiles, entre otros, que había sido colaborador del periódico soviético *Pravda*, pero Marías tuvo que estar dos meses y medio en prisión, hasta que en agosto la causa fue sobreseída provisionalmente. El nuevo Régimen le condenó al ostracismo y a devaluar su trabajo a pesar de su brillantez. En 1942 el tribunal de doctorado de la Complutense le suspendió la tesis sobre la filosofía del padre Gratry, que le había dirigido Xavier Zubiri. Como cuenta el propio Marías, *"el tribunal parecía más bien el de una cheka"*. Muchos profesores de la Universidad eran del Régimen franquista o acataban sin rechistar sus órdenes, y en Filosofía la doctrina oficial era el escolasticismo, por lo que Ortega y sus discípulos tenían la consideración de malditos, lo cual le excluía de la carrera académica, por lo que tuvo que subsistir escribiendo libros, traduciendo y dando conferencias. Escribió su primer libro, *"Historia de la Filosofía"*, en 1941, sobre la base de dar "*los pasos libres y necesarios de la mente occidental en busca de la verdad radical sobre la realidad"*, y a pesar del ambiente hostil, se vendió muy bien y se reeditó hasta superar el medio centenar de ediciones, siendo leído y estudiado por varias generaciones de estudiantes. Su extensa obra hasta su fallecimiento en 2005 fue enseguida muy valorada y reconocida, y lo sigue siendo.

El balance de Julián Marías de la contienda civil fue amargo, porque dividió en dos a los españoles: lo expresaba con una frase

paradójica: *"Los justamente vencidos y los injustamente vencedores"*.

Marías fue un visionario que se adelantó a su tiempo con ideas sencillas, renovadoras y avanzadas. Decía de España que "*siempre ha convivido el ansia de unidad con la apertura a la diversidad"*, y que *"el futuro solo es fecundo cuando dibuja un horizonte de concordia"*, por lo que España debía volver a ser un proyecto inteligible, una *"unidad de convivencia"* con la creatividad necesaria para sintetizar tradición e innovación, enterrando los rencores y apostando por la esperanza.

Dejo la Tablet y mi particular investigación, ya todos están durmiendo y me empieza a entrar el sueño, pero hay un silencio tan bello, con la luz de la luna filtrándose por la ventana y llenando de sombras el salón, que quiero disfrutar de este momento un poco más. Un impulso poético me hace coger el cuaderno de notas y escribo:

La sombra de la luna
y mi silueta en el horizonte,
son hijas de la misma estrella,
que por la noche festeja en la inmensidad,
y para el día se viste de fuego.

Estamos dibujadas en el mismo paisaje,
que evita dejarse ver
cuando las nubes seductoras
prometen bellezas imposibles
y la esperanza reniega de la luz.

Presiento el fin de la oscuridad
que precede a la tierra soleada,
donde la verdad corre libre
danzando con sus sombras,
las mejores amigas del eterno sol.

Ahora sí que sí, voy a meterme en el saco y ya puede ser dura la colchoneta, que caeré frita en un instante.

Septiembre de 1936. Bujaraloz.

Desperté de mi siesta mañanera improvisada por el bullicio de gentes que venían al comedor. Me sentía renovado y encantado de estar rodeado de jóvenes, en su mayor parte, alegres y llenos de vitalidad, que irradiaban su energía revolucionaria por los cuatro costados. Me pellizqué la cara varias veces para asegurarme que no era un sueño. Llevaba tantos días en peligro y huyendo que necesitaba tiempo para asimilar que la pesadilla había acabado, al menos de momento, porque en medio del ambiente semifestivo del comedor, seguía estando en una guerra, y en las guerras solo se puede vivir en el presente.

La comida era un rancho servido desde grandes cacerolas repletas de garbanzos con chorizo y algunos trozos de carne. Me senté junto a un animado grupo de anarquistas catalanes. Lo mismo hablaban en catalán que se pasaban al español con una facilidad que me tenía atrapada la atención, además volvía a comer en una mesa y a disfrutar de cada instante en sana compañía. Me propuse no olvidar nunca los pequeños regalos que te da la vida cada día, algo bueno tendría que salir de este duro verano. Como era el único del grupo que no era catalán se interesaron por saber de mi procedencia. Les conté muy por encima que venía huyendo desde Burgos, y lo difícil que estaba la situación en la zona sublevada, y me escuchaban con mucha atención. Comenzaron a decir de donde eran, casi todos de Barcelona, y otros tres de Tarragona, uno de ellos precisó que de Mont-roig del Camp, y al decirlo se me cambió la cara. Me vino de golpe la imagen de Antoni Benaiges y me quedé cortado, ante la sorpresa del que hablaba, que me dijo:

—¿Qué ocurre?, te has quedado de piedra, Mont-roig es un bonito pueblo con magnífica gente.

—No me cabe duda —dije, recuperando la compostura—, me ha venido el recuerdo de un amigo de Mont-roig que asesinaron en Burgos al comenzar la sublevación, y aún se me clava el dolor de su perdida.

—¿Quién era, cómo se llamaba?.

—Antoni Benaiges, un maestro muy especial de un pequeño pueblo burgalés, Bañuelos de Bureba, cercano a Briviesca.

Ahora el que se quedó de piedra era él, le costó unos segundos

reaccionar.

—Conozco a su familia, somos casi vecinos, Antoni era mayor que yo, y sé que era maestro. ¿Qué le ha pasado?.

Les conté el importante trabajo pedagógico que estaba realizando y su trágica historia, sin incidir en la forma cruel con la que le habían matado, y les puse al corriente de los fusilamientos masivos como los de los Montes de Oca y otros lugares de Burgos, omitiendo mi particular odisea; no me quería significar. Ahora las caras eran serias, sin querer les había bajado los ánimos hacia el lado amargo de la guerra.

—La próxima vez que tenga a un fascista a tiro me lo voy a cargar sin contemplaciones —dijo uno de los del grupo, con el asentimiento de los demás.

Poco a poco se fue recuperando el ambiente jovial, aunque mucho más comedido. Después de comer se iban para el frente, nos despedimos con un apretón de manos, de esos que das cuando es muy probable que no te vuelvas a ver. Yo tenía que esperar al secretario de Durruti, vendría por la tarde y veríamos en lo que podría ser útil. No tardó en llegar, acompañado por dos milicianos armados con sus fusiles y con pistolas al cinto en sus fundas de cuero. Era un hombre menudo, limpio y afeitado, vestido como si estuviéramos en la ciudad, con una chaquetilla de lana fina, que no encajaba entre dos milicianos grandotes de aspecto descuidado. Nos fuimos hacia una dependencia de la casona que hacía de centro de mando, donde nos quedamos solos, en un despacho equipado con muebles de distintos estilos. Nos sentamos alrededor de una mesa, saco un fichero y fue apuntando algunos datos míos, el nombre, procedencia, y se paró al ver que le observaba y tardaba en contestar.

—Me miras con cierta cara de asombro. ¿No te lo han contado?, no es ningún secreto, me llamo Jesús Arnal, soy sacerdote, y hace más de un mes que soy secretario de Durruti—, me dijo fijándose en mis ojos para ver mi reacción.

—Vaya, es toda una sorpresa, eso era lo que me ocultaban con sus sonrisas cuando dijo Durruti que te pondrías en contacto conmigo y que tampoco tenías carnet de la CNT. Desde luego es ver para creer, es lo último que me hubiera imaginado de un dirigente anarquista.

—Durruti es una persona íntegra, muy especial, y confía plenamente en su amigo Timoteo Callén, el presidente del Comité Local de Candasnos, el pueblo en el que nací, cerca de aquí. Le pidió que me protegiera, lo decidió el pueblo en asamblea por unanimidad, y como necesitaba alguien para manejar papeles me ha encomendado labores de intendencia, de alistamiento y de organización de la milicia. Lo que dice Durruti se cumple sin objeciones, y te puedo asegurar que toma decisiones sensatas y oportunas; aquí todo el mundo me respeta y él también; no compartimos ideas, pero yo hago mi trabajo con lealtad lo mejor que puedo, tenemos cierta distancia, pero confiamos el uno en el otro.

Me cayó bien desde el primer momento, hablaba sereno, con un lenguaje culto y fluido, que desprendía sinceridad y daba seguridad, se le notaba la bondad, no era de extrañar que todo su pueblo saliera en su defensa. Le conté que era profesor de Filosofía en Salamanca y mis peripecias desde que me detuvieron en Burgos

—Te comprendo bien, yo también he estado varios días huyendo para salvar la vida, caminado de noche y escondiéndome de día. Me sorprendió la sublevación en Aguinaliu, un pequeño pueblo de la zona de Graus en el Prepirineo de Huesca, en el que ejercía de párroco, y recorrí todo el trayecto hasta Candasnos con mucho miedo y en condiciones penosas. Afortunadamente hay personas que defienden la vida por encima de todo, hay anarquistas que no ven bien los fusilamientos ni la persecución visceral a los clérigos.

—Yo tampoco apruebo las ejecuciones ni la pena de muerte. Puedo entender la lucha en la guerra, a la que nunca se tendría que llegar, pero no la crueldad y la violencia por venganza, somos tristemente un país de gatillo fácil. Me duele también la persecución de la iglesia, aunque la comprendo después de su alianza con los fascistas, pero no es justo que se asesine sin juicio ni control a todos sus miembros y se destruyan los templos y el inmenso valor patrimonial que albergan.

—Pues en esa materia me puedes echar una mano. ¿Conoces el Monasterio de Sijena, que está a unos cincuenta kilómetros de aquí?.

—Sí, es una maravilla del románico que visité hace un par de años. Por ver joyas del románico me puedo desplazar a cualquier sitio; además tiene una Sala Capitular con unas pinturas murales únicas.

—Parece ser que ha sido quemado y destruido, lo que ha indignado a Durruti, que también lo conocía. Me ha encomendado que vaya mañana con un grupo de milicianos a evaluar los daños y para cerrar el recinto y poner una guardia porque dice que una fotografía de eso nos hará más mal que todos los cañones de los fascistas juntos. Me vendría bien que me acompañes.

—Claro, no soy un experto en arte, mi especialidad es Filosofía, pero llevo toda la vida estudiando y visitando templos y edificios históricos —dije, impresionado por semejante salvajada, intentando visualizar mi recuerdo de aquel esplendido monasterio.

—Estupendo, mañana saldremos de madrugada y veremos lo que se puede hacer. Me han dicho que te busque alguna tarea aprovechando tus conocimientos de idiomas. Hacen falta traductores con los internacionales de la columna, y con los que van llegando. ¿Qué idiomas dominas?.

—Inglés y francés sin problema y me defiendo con el alemán.

—En cuanto volvamos te pongo en contacto con ellos. Esta misma tarde tengo que dejar preparadas unas compras y ventas, si quieres me puedes ayudar.

Acepté encantado, me puse mano a mano con él, ahora me tocaba ayudar en el trabajo comercial y de oficina, una novedad más que consistía en ordenar las compras de cereal en los pueblos de Los Monegros y la cercana zona de La Hoya, destinando una parte para el consumo de la columna y revendiendo el resto, sobre todo a la zona levantina, donde iba cotizando al alza por su escasez. Los camiones que salían cargados de trigo, regresaban con frutas y verduras y aún quedaba dinero suficiente para comprar otros artículos, como ropa o tabaco. Jesús era un lince para los negocios, como buen cura, con mucha paciencia y educadas palabras, seguro que conseguía todo lo que se proponía.

Estuvimos repasando facturas y pedidos, y haciendo anotaciones hasta la noche. Nos fuimos a cenar al comedor grupal, pero Jesús se retiró llevándose unas frutas y un pequeño bocadillo a su habitación en algún aposento de la gran casona. Entrar junto al secretario de Durruti, parece que me daba cierta notoriedad y prestigio, me dirigían miradas como para saber quién podría ser. En cualquier mesa me sentía cómodo, y no había la menor diferencia entre mandos y milicianos de base, ni en la vestimenta, ni en la

forma de hablar, aquí todo eran camaradas, y compañeros y compañeras.

Me senté en una mesa con unos cuantos milicianos y tres milicianas entusiastas que llevaban la voz cantante en la conversación, con las intervenciones más radicales. El tema versaba sobre cuál era lo primero y más importante: ganar la guerra o hacer la revolución, y el consenso se decantaba por hacer las dos cosas a la vez: centrar todos los esfuerzos en la lucha en el frente, y seguir creando colectividades, como las que se estaban formando en los pueblos que se liberaban. Me seguía fascinando la fuerza y el ímpetu con el que personas tan jóvenes, en su mayoría, querían cambiar el mundo, y la certeza que manifestaban de que lo iban a conseguir. Era una corriente llena de vitalidad, contagiosa, aunque yo debía estar vacunado contra los arranques de ilusión y la utopía revolucionaria, por muy justa y necesaria que fuera. Había presenciado mucha crueldad y visto de cerca el lado más oscuro e inhumano en el que se puede caer y que nunca me hubiera podido imaginar. Además, el ejército sublevado estaba mejor armado y contaba con el apoyo militar de los mayores fascistas de la historia: Hitler y Mussolini. El desafío era enorme, y no me atrevía a decir nada que bajara la moral de los que estaban dispuestos a jugarse la vida por la causa. Intentaba sentir el mismo espíritu, pero no me acababa de calar, tal vez estaba aún dañado por el dolor y necesitaba tiempo para sanar las heridas internas.

Estaba tan agotado, por el cansancio acumulado y el impacto de tantas emociones seguidas, que dejé la interesante tertulia para dejarme caer en el colchón del suelo del almacén; además mañana había que madrugar. Puede que a alguien esta cama le podría parecer un camastro, un catre descuidado, pero para mí era un paraíso. Me hubiera gustado tumbarme, y aguantar un poco antes de dormir, para tener la última reflexión del día sobre cualquier pensamiento esperanzador, pero cuando se lleva al cuerpo a límite, toma sus propias decisiones, y fue cerrar los ojos y desconectar.

Por la mañana temprano me reuní con Jesús y una docena de milicianos. Montamos en una camioneta, cargamos víveres y algo de equipamiento y nos pusimos en marcha hacía el Monasterio de Sijena por carreteras locales, secas y polvorientas; hacía días que

no caía una gota de lluvia.

En una hora larga llegamos a Sijena, no había duda, varios restos de columnas de humo marcaban el lugar. En la entrada esperaban unos cuantos milicianos y sus caballos, con los que trató Jesús dando órdenes al resto, que se dispusieron a bajar el equipo y tomar posiciones. Yo casi no me enteraba, estaba absorto en el desastre, sin entrar aún ya se vía la mayor parte del monasterio en ruinas, devorado por el fuego. Recordaba con bastante claridad como era el monasterio que vi en mi anterior visita, construido en el siglo XII, por Sancha de Castilla, reina consorte de Alfonso II de Aragón, destinado a religiosas hospitalarias. Un espléndido conjunto, declarado ya hace años monumento nacional, con un amplio claustro lleno de arcadas románicas, y un montón de dependencias, entre las que destacaba sobre todas ellas, la Sala Capitular, con unas magníficas pinturas muy bien conversadas, sin duda de las mejores de su época, que me temía que se hubieran perdido por completo.

Fuimos con Jesús revisando cada rincón, empezando con la portada románica de la iglesia con sus 13 arcadas lisas sobre columnas también lisas, que estaban muy ennegrecidas, con los restos calcinados del porche que la protegía a su alrededor, pero se mantenía entera. La iglesia se veía muy dañada y las paredes tenían unos extraños colores resultantes de la quema de su interior. Por el suelo estaban los sarcófagos de piedra del panteón real que habían sido abiertos, volcados y quemados. Los alabastros de los ventanales habían reventado por el exceso de calor y solo quedaban trozos oscurecidos. Todo el interior del monasterio estaba destruido, el salón del trono, el coro, la biblioteca, todo arrasado por el fuego, repleto de ascuas, rescoldos y cenizas. Lo que quedaba de la Sala Capitular daba auténtica tristeza; de sus pinturas originales que cubrían toda la estancia solo permanecían algunos restos en blanco y negro por las partes que no se habían desmoronado, y no quedaba nada de la techumbre mudéjar policromada que, antes de esta tragedia, te dejaba con la boca abierta cuando mirabas hacia arriba. Daban ganas de llorar.

Ni a Jesús ni a mí nos salía palabra alguna, parecía que caminábamos entre las tumbas de un cementerio. Pensé en lo atrevida que era la incultura y las consecuencias del descontrol de los pri-

meros pasos de una revolución. La pérdida de patrimonio artístico era irreparable, e invalorable; y en todo caso, con lo que se había quemado, traducido a dinero, se habría podido financiar una cantidad ingente de armamento. Pero cuando la ignorancia toma las decisiones, que otra cosa se puede esperar. Comprendí el enojo de Durruti, y la necesidad de tener límites y normas que seguir por muy anarquista que se fuera, y más en una guerra en la que algunos se creen con derecho a desatar todo su salvajismo.

Estábamos por la parte de afuera del monasterio dando el último repaso al desastre, y vimos que un campesino pasaba por el camino colindante con un burro cargado con un montón de hierba. Al llegar a nuestra altura le paramos y Jesús se dirigió a él con tono cordial:

—Buenos días tenga usted, estamos evaluando lo que ha pasado aquí, ¿Sabe usted lo que ha ocurrido?, hable con libertad no le va a pasar nada.

—Yo no quiero líos, señores —respondió fijándose en los milicianos armados que estaban un poco más allá—, no ha sido nadie del pueblo cercano, de Villaneva de Sijena, es cosa de las milicias que venían de fuera, de Cataluña creo, también han quemado los santos de la iglesia del pueblo y han matado al párroco, pero yo no sé nada.

—No tema señor, y vaya usted en paz —dijo Jesús con tristeza, como si le diera la absolución.

El aldeano se fue enseguida disimulando sus prisas, y me quedé mirando a Jesús que mostraba una mezcla de preocupación con abatimiento.

—Conocía al cura de Villanueva —dijo Jesús reponiéndose—, era una buena persona. Todo este dolor es innecesario, sabes que soy sacerdote y hasta puedo entender el derecho a defenderse y a luchar por la libertad, pero matar a sangre fría es un sacrilegio. No sé si va a salir algo bueno de esta guerra, lo que sí es seguro es el enorme sufrimiento que nos espera, gane quien gane.

—Todo esto es fruto de la locura, de la explosión de odios contenidos que ha provocado la sublevación —dije, intentando de paso ordenar mis ideas—. Lo he visto también de cerca en el otro lado, no hay nada peor que pretender imponer tu ley a costa de la vida de los otros. Lamento que se pierdan vidas y me imagino la aflicción

de tantas familias rotas, y además me desconsuela ver este magnífico monasterio consumido por el rencor y la incultura; para los que amamos el románico es una desgracia, ¡qué culpa tendrán las piedras!.

—Esperemos que vuelva el agua a su cauce —apuntó Jesús—, he traído la cámara para hacer algunas fotos, a Durruti no le va a gustar. Por ahora, quedará un retén vigilando para que nadie vea, ni fotografíe nada. Esperemos que sirva de lección para no volver a repetir el error.

Jesús demostraba ser un hombre práctico, de esos que no pierden el tiempo en lamentaciones y buscan soluciones. Ese era sin duda el tipo de personas que podrían canalizar de algún modo la efusión de violencia descontrolada que asolaba mi amado país. Lo mejor sería seguir el ejemplo de Jesús y volverme práctico y hacer lo que estuviera en mi mano, que por otra parte es lo más que se puede hacer.

Volvimos a Bujaraloz y esa misma tarde ya estaba envuelto en mi nueva tarea de traductor. Se habían incorporado a la columna un grupo de una docena de internacionales y tenía que ponerles al día y acompañarles a la zona del frente, cercana a Pina de Ebro, a unos treinta kilómetros. Entre los brigadistas había dos alemanes y tres italianos, todos ellos exiliados forzosos, perseguidos en su propio país, muy motivados para luchar contra el fascismo. Subimos a una de las camionetas que habitualmente hacían el trayecto al frente, llevando combatientes y suministros, y trayendo algunos heridos; se notaban algunas manchas de sangre limpiadas a prisa, una clara advertencia de que esto no era un juego. Inicie una conversación con los dos alemanes, apañándome relativamente bien con el idioma que llevaba tiempo sin practicar. Eran dos hombretones altos y fuertes, con los cuarenta bien cumplidos, con rasgos teutones, pero sin el pelo rubio, incluso uno de ellos con serias amenazas de calvicie anunciada por sus generosas entradas, que unido a sus gafas le daban un cierto aire de intelectual. Me contaban su odisea para escapar de Alemania. Estaban ocurriendo cosas terribles en los campos de concentración donde se recluía a todos los que se oponían al régimen nazi. Habían perdido amigos y familiares y por eso venían dispuestos a todo con tal de frenar el auge del fascismo. Tenían muy claro que no era un problema de un solo país, que se trataba

de una amenaza para la humanidad. Les indignaba la actitud de los gobiernos de Francia e Inglaterra por no hacer nada, para no entrar en conflicto con Hitler; decían que cuanto más tiempo le dieran para aumentar su ejército más peligroso se volvería. Y esa plaga venía hacía aquí. Me iba dando cuenta que mi obligación y mi responsabilidad estaba en tomar bando y luchar contra la imposición y la intolerancia, aunque no estuviera de acuerdo con algunas cosas. En otro tiempo y en otras circunstancias, me hubiera parecido más consecuente con mis convicciones pacifistas evitar la guerra y largarme bien lejos o a otro país, pero ahora eso no era una opción, no iba a desentenderme del destino de mi tierra, y aquí se libraba el presente y el futuro de España y de mucho más, lo demostraba la cantidad de voluntarios que venían a luchar a favor de la República desde un montón de países.

Llegamos a las cercanías del frente y enseguida les asignaron a una unidad con la mayor parte de internacionales y algunos españoles. Yo tenía que esperar a un grupo que había hecho una internada, y mi puesto iba a ser de traductor entre combatientes españoles e internacionales para pasar las órdenes, una especie de correo andante. No sabía si eso implicaba estar en primera línea, pero de momento no tenía ni un arma, que escaseaban, y ya había dejado claro que no había disparado en mi vida. No tenía miedo a luchar, y aunque albergaba dudas sobre si sería capaz de matar, estaba preparado para ser útil en lo que hiciera falta, aunque supusiera arriesgar la vida, que era lo que ya estaban haciendo miles de personas.

Cuando ya empezaba a oscurecer llegó el grupo de acción: una veintena de hombres y algunas mujeres, de los cuales tres o cuatro eran españoles. Venían eufóricos, hablando entre ellos, se escuchaban varios idiomas con las voces subidas de tono. Me puse de inmediato a ir traduciendo, aunque se apañaban bien con gestos y expresiones. Traían a dos heridos y contaban que habían abatido a varios fascistas. Oí decir a uno de los españoles algo sobre la filósofa francesa dirigiéndose con la mirada hacia una mujer un poco apartada. Como un imán me acerqué para conocerla, era una novedad para mí estar con alguien del gremio; me recorrió una grata emoción, con un poco de nerviosismo, solo de pensar que podía mantener alguna conversación sobre temas filosóficos.

Era una mujer joven vestida al modo de las milicianas con un mono de mecánico con la inscripción CNT y la gorra roja y negra, con gafitas y una cara angelical, y fumando con ganas un cigarrillo, apurándolo hasta la punta.

—Hola, me llamo Julián Torres, —le dije en un correcto francés—, me han asignado de traductor, y además soy profesor de filosofía, he oído que tú también lo eres, y no he podido resistir en venir a presentarme.

—Encantada de conocerte, soy Simone Weil —dijo también en francés con una dulce sonrisa—, también enseño filosofía, en el Instituto de Le Puy en Francia, aunque lo que estoy haciendo los últimos días tiene poco que ver con todo lo que he aprendido hasta ahora.

Lo dijo como si lo que estaba haciendo en esta guerra, en primera línea de fuego, estuviera entrando en contradicción con su trayectoria filosófica. Hablaba con suavidad, y se entreveía una fortaleza interior y una claridad en la expresión que me causaba respeto y a la vez admiración.

—Me sorprende encontrar a una filosofa tan joven que se lanza a combatir en otro país —dije—, este no es el mejor lugar para aplicar la filosofía, o tal vez sí, yo no he tenido opciones…

—Todos tenemos opciones —me corto con amabilidad—, y hay que ser consecuentes con nuestras decisiones. Joven, es una apreciación muy relativa, la experiencia de la vida depende mucho de la intensidad con la que se vive. En el 31, con tan sólo 22 años, ya era catedrática de Filosofía, pero yo solo la entiendo desde su vinculación con la realidad; no puedo mantenerme al margen de lo que sucede, de la injusticia, de las miserables condiciones de vida de los obreros, con los que me he mezclado más de una vez, compartiendo su situación. No se puede comprender nada en profundidad sin implicarte, hay que llevar las teorías a la práctica, y no soy capaz de refugiarme en la nube de los intelectuales que de todo saben y de todo opinan, dejando que sean otros los que defiendan y luchen por los cambios tan necesarios. Tampoco me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha provocado más horror que la guerra es la situación de los que se encuentran en retaguardia. Estaba en París cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía dejar de participar moralmente en esta guerra, es decir, desear todos los

días, a todas horas, la victoria de unos y la derrota de los otros. Me dije que París era para mí la retaguardia, y tomé el tren para Barcelona con la intención de comprometerme, y aquí estoy.

Me encanta ver a alguien usando su mente con firmeza de ideas y de forma totalmente honesta: diciendo y haciendo lo que piensa. Me viene muy bien para coger solidez y despejar dudas, y me reafirma en que estoy haciendo lo correcto. No es fácil ser coherente y fiel contigo mismo, y menos en medio de una guerra.

—No sé si es una pregunta demasiada personal—dije—, pero, ¿Cómo se llega desde impartir clases de filosofía, a combatir, y precisamente en una columna anarquista?.

—Elegí a los anarquistas porque no soporto la imposición y la intolerancia de los estalinistas, ni siquiera a Trotsky. El fin nunca justifica los medios. El uso de la fuerza en la revolución es necesario, pero tiene el riesgo de convertirse en violencia descontrolada y caer en la intransigencia y el fanatismo a una causa, perdiendo las bases de la condición humana, y ya no te diferencias de tu adversario. Es esa histeria colectiva en la que está cayendo la Alemania de Hitler con todos esos débiles que se ven atraídos hacia esa fuerza como las moscas hacia la llama. Y de la histeria colectiva a la barbarie hay solo un paso. Es imprescindible frenar el auge del fascismo, y hacerlo con inteligencia y con el menor daño posible.

—Yo no valgo para la violencia —dije—, me viene persiguiendo desde el principio de la sublevación y cada vez que la presencio siento como mi cuerpo se retuerce y se rebela. El miedo que tengo no es a lo que me pase, sino a lo que pueda ser capaz de hacer.

—Amo el pacifismo por encima de todo —afirmó Simone—, y soy capaz de defender los valores humanos, pero lo que no soporto es la crueldad. Siempre he sabido que la barbarie es un carácter permanente y universal de la naturaleza humana, que está latente, y puede activarse en determinadas circunstancias. La tendencia es ser bárbaros con respecto a los más débiles, y a los que podemos dominar. Vengo buscando la ansiada liberación de la opresión, y me encuentro ante la experiencia de la barbarie. Llevo unos cuantos días viendo crecer la violencia. He presenciado como matar a un fascista capturado es seguido de gritos de celebración, y en ese momento tengo la certeza de que algo se nos está escapando de las manos. No he visto a nadie expresar, ni siquiera en la intimidad, el

menor gesto de repulsión, el asco o tan solo la desaprobación con respecto a la sangre inútilmente derramada. Hace solo unos días tras una breve escaramuza un grupo de milicianos capturo a un chico de tan solo quince años que, temblando al ver ejecutar a sus camaradas, dijo ser enrolado a la fuerza. Se le registró y se le encontró una medalla de la Virgen y un carnet falangista. Durruti mismo habló con él y le explicó la belleza del ideal anarquista durante una hora y le dio 24 horas para elegir entre enrolarse y la muerte. El chico dijo no, pero no fue ejecutado, seguía preso. Creo que Durruti nunca lo hubiera hecho, pero no tuvo ocasión, otro grupo que pasaba y lo vio, se encargó de fusilarle sin ninguna autorización, solo con saber que le habían encontrado un carnet de falangista, y sin importarles su corta edad. Durruti tiene fama de duro, pero no tiene nada de crueldad, es admirable en muchos aspectos. No pongo en duda la buena fe de nuestros camaradas libertarios aquí o en Cataluña, sin embargo, sabemos que se están produciendo formas de coacción, casos de inhumanidad claramente contrarios al ideal libertario y humanitario de los anarquistas. Las necesidades y la atmósfera de la guerra civil prevalecen sobre las aspiraciones que se tratan de defender. La guerra va a devorar a la revolución. La violencia lo destruye y corrompe todo. Un solo asesinato exaltado se carga cualquier idealismo. Ya lo ve hasta Durrutí, que dice si la guerra dura mucho se cargará la revolución.

Nos llamarón para cenar y juntarnos junto a una hoguera. Pan con jamón, y vino que no falte, aunque un poco fuerte para mi poca costumbre, un clarete de la zona de cerca de 17 grados, y para rematar la fruta del postre: un potente coñac, que ya le habían puesto nombre: "salta-parapetos", y no le faltaba razón, con un pequeño trago te veías capaz de saltar a donde hiciera falta.

El ambiente de camaradería era una delicia. Si no fuera por los fusiles que se apoyaban entre ellos por distintas partes, podría parecer una celebración de amigos de toda la vida. Hombres y mujeres, jóvenes en su mayor parte, en animadas conversaciones, riendo, gastando bromas, a veces lanzándose puyas, sin que nadie se ofendiera. Con el coñac algunos se animaron a cantar aprovechando hasta el último minuto de la noche. Aunque nadie lo comentaba tenían bien presente lo efímera que puede ser la vida.

Sin buscarlo, o puede que sí, inconscientemente, acabé sentán-

dome junto a Simone y volví a abrir la conversación que habíamos dejado a medias y que ella también parecía estar esperando.

—¿Cómo consigues mantenerte fiel a tus principios en medio de la guerra y de tantas acciones ajenas que no podemos evitar?.

—Concibo la filosofía como la búsqueda de la verdad. Cualquier ser humano, aun si sus facultades mentales son casi nulas, puede penetrar en el reino de la verdad, con sólo desear la verdad y hacer perpetuamente un esfuerzo de atención para alcanzarla; y ninguna circunstancia debería evitar mantener la firmeza en lo que tu conciencia anhela.

Hablar de la búsqueda de la verdad me llevó a citar a Ortega, cuya obra Simone conocía con detalle, y nos enfrascamos en disertaciones filosóficas sobre la realidad, adaptadas al insólito entorno en el que estábamos. Ella era también una admiradora de Unamuno y la eterna discusión filosófica sobre Ortega y Unamuno estaba servida, con la dicotomía entre ciencia y creencia. Llegamos a la conclusión de que hasta en la ciencia más estricta se ocultaba algún grado de creencia. También coincidíamos en el respeto a la religión, en sus variadas expresiones, y en una cierta tendencia al misticismo laico. Simone, además de una inteligencia excepcional, demostraba una capacidad sorprendente para desarrollar cualquier tema, y podía hablar largos intervalos sin mostrar el menor signo de agotamiento, y hacerlo de forma amena.

Se acercó un miliciano para decirnos que nos estábamos quedando solos y que habíamos cogido “capazo”, que según nos aclaró, es una expresión tradicional aragonesa que se emplea cuando dos personas se lían a hablar sin parar. Casi todos ya se habían buscado un lugar para dormir, Simone tenía reservado un camastro con su grupo en unas tiendas de campaña, y yo no tardé en encontrar un hueco en una casamata, un montón de paja con unos sacos encima; suficiente, aún se aguantaba el verano, y de todas formas no tenía sentido pensar en el invierno, a la velocidad con que las cosas estaban cambiando.

Antes de amanecer, aún en plena noche, nos iban despertando sin crear alboroto; les había llegado un soplo de que había un gran movimiento de tropas al otro lado y se preparaba una ofensiva. De forma rápida todo el mundo se organizó, con una eficiencia que ya querrían los mejores ejércitos. Se repartieron las armas y la mu-

nición, se asignaron puestos y funciones, y se distribuyó a toda la milicia a lo largo de la línea del frente, evitando hacer ruido y que el enemigo observara los movimientos. A mí me correspondía hacer de traductor con los grupos de internacionales y pasarles las órdenes que llegaran desde el puesto de mando. Me dieron una pistola con su funda de cuero y su cinturón y otro cargador adicional, y me iban a acompañar en todo momento dos milicianos, para asegurarse que no me pasara nada, y no cayera en manos de enemigos infiltrados; la información que íbamos a llevar era muy valiosa, y el frente era muy extenso con muchas zonas abiertas entre las líneas. Haríamos de correos entre internacionales y españoles, pero sin llegar a las primeras trincheras. Con la pistola ahora parecía alguien destacado, un falso comisario, que en realidad no había usado nunca un arma.

—Es muy fácil — me dijo uno de los acompañantes—, le quitas el seguro y aprietas el gatillo, y así se cambia el cargador.

Probé a quitar y poner el seguro y el cargador como me dijo, saliendo de mi sentido común apuntar al suelo. No tenía nada de complicado, al final esto de matar es un oficio que no necesita mucho aprendizaje.

—Muy bien, sobre todo apunta con cuidado y no nos pegues un tiro o te vueles el pie. Estate pegado a nosotros como si fueras nuestra sombra y haz lo que te digamos. ¿Has entrado en combate alguna vez?.

—No, a no ser que cuente que me hayan disparado cientos de veces como a un conejo, en la zona hacia Perdiguera.

—Vaya, tú debes ser el que atravesó las líneas por Monte Oscuro hace unos días, nosotros estábamos cerca de allí y te vimos a lo lejos, ya sabes lo que te juegas. En la lucha también es importante saber correr, y en nuestra misión aún más.

—Mi abuelo decía —comentó el compañero que aún no había hablado—, que "tan valiente se es con las manos como con los pies", que es lo que le contestó a un amigo cuando le increpó por huir en una pelea de críos en el barrio. Hoy vamos a correr de lo lindo.

Nos buscamos unas cantimploras para el agua; si había que moverse ligeros de un lado para otro las íbamos a necesitar. Mis dos acompañantes eran nacidos en Barcelona, catalanes, aunque de padres andaluces. Parecían aún jóvenes, pero ya empezando a pa-

sar a esa edad que acaricias la madurez. Llevaban casi desde niños trabajando juntos en la construcción y según decían ya se les consideraba albañiles de primera. Tenían pinta de tipos duros, no muy altos pero fuertes como robles, con unos brazos que se me antojaban mazos para tirar paredes; lo que contrastaba con su particular sentido del humor, riéndose de todo, contando chistes, y poniendo motes a los variopintos personajes de la columna.

Nos quedamos a la espera en un punto establecido, para estar disponibles pasando comunicaciones. Desde allí se veía una buena parte del frente a una muy prudente distancia. Apenas amanecía cuando empezaron a sonar los estruendos de las bombas de artillería, precedidas por un siniestro silbido que te ponía los pelos de punta. La mayor parte caían barriendo las trincheras de las que salía polvo y humo por todas partes. Nosotros estábamos suficientemente alejados, y aun así se desviaba algún proyectil, por lo que nos acurrucamos en una hondonada entre piedras y matojos. Al cabo de unas cuantas oleadas de artillería cesaron las bombas, y se produjo un ataque generalizado en toda regla, cientos y cientos de soldados lanzándose sobre nuestras posiciones en medio de un infernal estrepito de fusiles y granadas, con un griterío de fondo del que no se entendía nada. En un minuto había estallado una enorme batalla. Estaba sobrecogido, lo primero que se me vino a la mente era la cantidad de gente que iba a morir hoy o a quedar gravemente herida. Desde luego no tenía madera de guerrero, una serie de algo parecido a escalofríos recorrían mi cuerpo, con un extraño sabor a metálico en el paladar; puede que fuera el sabor del peligro, o la forma macabra con la que se nos presenta la muerte cuando nos empeñamos en matarnos por no saber resolver conflictos de forma civilizada.

Enseguida nos llegaron las primeras órdenes a transmitir, y nos olvidamos de los combates con el solo objetivo de llegar lo antes posible a cada puesto. Comenzamos por la zona de Farlete y nos íbamos desplazando hacia Monte Oscuro en dirección a Perdiguera; empezaba a pensar que esa zona me perseguía con alguna "oscura" intención. Teníamos que conectar con la parte posterior de una centuria de alemanes y con otras zonas con combatientes italianos y gentes de diversas nacionalidades. Pasábamos las órdenes a dos o tres milicianos de cada grupo, intentando que uno al menos

fuera español, y volvíamos al punto determinado para la próxima transmisión, que iba cambiando según se desarrollaban los acontecimientos.

Me sentía seguro con mis compañeros que no se inmutaban cuando estábamos cerca de los disparos y se oía el silbido de alguna bala; eran temerarios y aguerridos y lo agradecía porque en esos momentos algo se me contagiaba y podía correr con agilidad y sin miedo Ya había aprendido a saltar entre arbustos espinosos y las impenetrables coscojas y a menudo era yo el que iba abriendo camino. Me orientaba bien hacia la dirección que nos iban indicando y ya teníamos localizados los puntos de lucha donde los internacionales aguantaban bien e incluso avanzaban posiciones. Estuvimos corriendo toda la mañana, sin dejar de escuchar el ruido de la batalla, al que no creo que nadie se pueda acostumbrar. Pasábamos órdenes cortas con contenidos simples y variados: "desplazaros hacia la derecha", "contraatacar hasta esa loma", "aguantar la posición que van refuerzos en camino", "replegaros hacia ese cerro para luego cogerlos entre dos posiciones". Daba la sensación de que alguien en el mando sabía manejarse con soltura y acierto porque se adelantaban a las acciones enemigas y se repelían todos los ataques, avanzando en algunos tramos. En un par de ocasiones llegamos a ver a soldados enemigos atacando a cierta distancia, y con la bayoneta calada, que marcaba su silueta en el aire y te ponía aún más en guardia. Yo echaba mano a mi pistola, como quien echa mano a un palo cuando se acerca un perro agresivo, pero sin sacarla, tampoco tenía muchas balas, y me quedaba la duda si iba a estar a la altura si se presentara la ocasión.

Por la tarde ya se pudo comprobar que la fuerte ofensiva había sido rechazada, e incluso se habían mejorado nuestras posiciones. El día comenzó nublado y daba la sensación de que las nubes se habían ido oscureciendo a medida que aumentaba el ruido de disparos y explosiones, con el humo mezclándose con el aire. Seguíamos en la zona de Monte Oscuro, ahora reoscurecido por la muerte, cuyas colinas se me iban haciendo extrañamente familiares; creo que nunca las podré olvidar.

Se habían producido un considerable número de muertos y muchos heridos, no tantos como en el lado de los nacionales, y se habían hecho algunos prisioneros y capturado armamento ligero.

Estaba cansado, pero no tanto en proporción a lo recorrido; mis compañeros estaban exhaustos, decían que fumar les ayudaba a recuperar el aliento; yo no tenía la menor intención de contradecirles, estaba aprendiendo a no decirle a nadie lo que le conviene hacer.

Después, al caer la tarde, los nubarrones ya negros, estallaron en una intensa lluvia que empapó el terreno, rico en arcillas y yesos, y en poco rato lo enfangó todo; imposible avanzar para ningún bando. Tal vez las nubes se habían hartado de tanto estruendo y de la estupidez humana, y se habrían compadecido de los pobres mortales.

****

Salir del Registro Akáshico y volver al plano del alma es una liberación sublime, que inmediatamente se desvanece y se reconoce como el mundo auténtico, con una percepción de la realidad muy superior a la vida en el plano objetivo de los cuerpos físicos.

Aquí la vida es conciencia pura, no necesita cuerpos para manifestarse. No se respira, ni se come, no hay sexos, solo seres humanos, luminosos, conscientes de su unidad esencial. No existe el tiempo, algo que al cerebro le es imposible de entender por ser un órgano lineal. Lo genuinamente vivo es el eterno ahora, el presente eterno. Desde esta visión se desvela lo subjetivo, la energía, el alma de todas las cosas, y afluye la belleza creativa del ritmo, que deja de estar oculta. En este espacio se tiene la absoluta convicción de la necesidad básica de respetar a cada ser humano, es un principio básico e inalterable de la verdadera humanidad.

Trato de comprender y asimilar, en profundo estado meditativo, el sentido de ser del alma, que es también el sentido de ser de las vidas encarnadas, y busco la conexión del alma cuando encarna en la personalidad, y la presencia silenciosa viene en mi ayuda.

—Dando energía a los cuerpos y sentido a la personalidad, permanece el alma, el ser eterno, que espera a ser descubierto. Cuando cesa la identificación con la personalidad, se abre el camino hacia el alma inmortal, donde la vida se refleja en su máximo esplendor.

La vida de la personalidad debería ser de actividad inteligente,

la existencia del alma es amorosa contemplación.

Cualquier énfasis puesto sobre la personalidad, puede desfigurar fácilmente la luz pura del alma, cuando trata de afluir hacia el yo inferior.

El alma es el impulso motivador y centro espiritual, que se halla detrás de las formas manifestadas. Desde su sabia visión, las vicisitudes del cuerpo solo importan si enriquecen su experiencia eterna.

Me cuesta comprender como la realidad, que aquí es incuestionable y evidente, se bloquea cuando la conciencia del alma pasa a habitar un cuerpo físico.

—La expresión del alma se bloquea desde los cuerpos. En el cuerpo físico con obstáculos de ignorancia y personalismo. Ignorancia, al no poder discriminar lo real de lo irreal, y sentido de lo personal, cuando el conocedor se identifica con el instrumento de su conocimiento. En el cuerpo emocional la obstrucción es el deseo. En el cuerpo mental son las distracciones de odio y apego.

En el plano de la verdadera existencia somos uno, no hay separación, ni existe "mi alma y tu alma". Sólo en los mundos de maya, del espejismo y la ilusión, pensamos y actuamos en términos de almas y cuerpos. Nos diferencia solo la capacidad de expresar luz en los tres mundos.

Manteniendo con facilidad la comunicación telepática surgió una cuestión que hasta ahora no había acabado de formular: ¿Cómo favorecer el contacto con el alma cuando vuelva al otro lado?.

—Contactar con el alma exige una actitud reflexiva de la mente, para descubrir cualidades de nuestra verdadera naturaleza.

Adopta la posición de observación, de quien mira, con conciencia de ser el alma integradora.

Aprende a vivir como si el cuerpo físico no existiera.

Aparta la mente de los problemas de los vehículos, y de los de aquellos con quienes compartes destino. Todos tenemos almas que merecen plena confianza.

Considérate, en todo momento y lugar, como el alma y no como

la personalidad diferenciada.

Busca cada día la aprobación del Guía e Instructor interno, y su respuesta desapegada a la buena acción.

El desapego interior actúa desde niveles del alma, y viendo la vida a la luz que fluye del espíritu, considera todas las cosas desde el punto de vista de la eternidad.

Ocúpate lo más posible de la vida del alma. Asume responsabilidades e inicia actividades basadas en esos impulsos característicos del ser verdadero, sin dar tiempo a la introspección de la personalidad, ni al razonamiento de la mente inferior concreta.

Deja de construir formas mentales, aprende a tranquilizarte en la luz. Mantente con sencillez en el ser espiritual, y habiendo hecho todo esto, permanece allí.

Eres un alma divina que habita en un templo corporal. Intenta serlo. Intenta demostrarlo.

Para el alma no hay luz ni oscuridad, sólo hay existencia y amor.

Grabé con fuerza cada una de las orientaciones, con la certeza de que la esencia de su contenido encontraría eco en la mente física, en los momentos más cercanos a las cualidades que sintonizan con alma, sobre todo cuando el amor incondicional está presente.

—El verdadero amor es una cualidad del alma. Amor es la fuerza coherente que renueva todas las cosas. Es una fuerza activa. Se expresa solo cuando está en acción.

Desarrollar la difícil espiritualidad amorosa, permite ver en las personas sus defectos y virtudes, sus pequeñeces y grandezas, y amarlas sin condiciones.

Cuando se ama profundamente y con sinceridad, se trasmuta la tensión emocional en compasión que, expresada desde el alma, irradia humanidad, transmite calma y ofrece ayuda sin pedir nada a cambio.

El amor del alma es libre en sí mismo y deja libres a los demás. Es la principal fuerza liberadora de la vida, el mejor remedio para salvar al mundo de su locura.

El amor sustenta, fortalece, dota de capacidad de resistencia, desapego y gozo. No deja espacio para la maldad, que cuando

llega no tiene nada en lo que asirse.

La vida es síntesis amorosa en acción. Amar es armonizarse con la energía que conduce hacia la permanente unidad, a la integración con nuestra auténtica naturaleza.

Los corazones que aman son luces que despejan la oscuridad, y dejan ver la belleza que está latente por todas partes, porque, "el amor subyace en todo lo que ocurre en esta época".

El corazón florece cuando ama, y el amor crece cada vez que lo compartimos. La aspiración más espiritual a la que podemos acceder es ser un sencillo canal de luz y amor que se olvida de sí mismo.

Percibo el tirón de mi conciencia hacia mi cuerpo encarnado, y me cargo de motivación espiritual para seguir caminando.

VI. Camino de Santiago. Atapuerca.

Ayer fue mi primera jornada recorriendo las llanuras y ondulaciones castellanas, con los campos de cereales de secano en pleno verdor, a través de largos caminos, a veces cerca de la carretera por andaderos bien cuidados. Desde Grañón, con un precioso día primaveral, una etapa larga de cerca de treinta kilómetros, con el horizonte alejado, y peregrinos salpicados por el camino en una larga perspectiva, que hace que parezca que no avanzas, aunque pases un pueblo detrás de otro, con elementos comunes, pero todos diferentes.

Estaba tomando mi primer desayuno en la cafetería del Hotel San Antón Abad de Villafranca Montes de Oca, en el que había pasado la noche. Podría haber elegido el albergue anexo al hotel, pero no me pude resistir al ver que era un edificio antiguo restaurado, y además me apetecía estar tranquila en una habitación individual. Voy comprobando que después de varias noches de albergues tengo casi la necesidad de buscar una habitación para mí sola, sin las molestias de algunos peregrinos, los menos, con escaso respeto al que duerme, bien por acostarse tarde revolviendo todas sus cosas y encima cerrando la ventana que nos deja respirar, o por levantarse aún de noche, antes del amanecer, con el frontal enfocando sin control y rehaciendo sus mochilas, a las que no las faltan sonoras bolsa de plástico, sin parar a pensar que lo pueden hacer fuera del cuarto, en el pasillo.

Elegir este hotel fue un acierto, estaba lleno de historia y eso es algo que me supera. Ubicado en un antiguo hospital de peregrinos, fue construido en el siglo XIV por la reina castellana Juana Manuel de Villena, esposa de Enrique II de Trastámara, para el servicio de los pobres y de las personas que pasaban hacia Santiago. En su fachada exterior ya se presagia el abolengo en un escudo de armas en piedra perteneciente a los Reyes Católicos, y el vestíbulo es como una sala de antigüedades rescatadas del olvido, con lienzos, tapices, cruces y objetos litúrgicos. Las habitaciones, aunque restauradas, mantienen un cierto aire medieval, con colchas y cortinas de las de antes, recias y con motivos florales, y dan a una galería con porte señorial que sabe recoger bien los rayos de sol. La cafetería no se la ve tan afortunada, junto a ornamentos barrocos hay colocados tro-

feos de caza que le bajan todo el arte a los pies. Afuera dispone de una terraza y unos jardines bien cuidados con acceso al albergue; se tiene que estar de maravilla cuando el tiempo acompañe.

Acabo mi desayuno y me preparo para coger la marcha. Ahora es el turno de los montes de Oca, que dan nombre al pueblo, un buen contraste con la extensa meseta. Me advierten que me provea de agua, que una vez en el interior del bosque no hay fuentes de agua potable y el tramo es largo. La mañana se presenta fría, haciendo honor a la fama de las tierras burgalesas; no tardará el sol en lanzar un poco de calor, para pasar de frío a fresco, ideal para caminar.

Nada más adentrarse en el bosque, entre un arbolado disperso, tomo un camino con una fuerte subida, que se va moderando progresivamente. Después, ya en una pista forestal, voy ganando altura y ahora se puede apreciar la variedad del bosque cogiendo espesura, robles, pinos, enebros, brezos...Hay desniveles que, aunque exigen un esfuerzo, no se hacen duros, porque la belleza del paisaje, sus verdes de todos los tonos, los aromas de monte, te impulsan y te llevan como en volandas. Al poco rato llegué a un lugar con algunos claros, ya desde lejos me llamaba la atención con una extraña sensación que me tenía desconcertada; me pitaban los oídos, y todos mis sentidos se pusieron en alerta, no por miedo, más bien dispuestos a percibir al máximo.

Había llegado a un monumento en homenaje a personas fusiladas durante la Guerra Civil, en un paraje que se denominaba la Pedraja. Estaba muy inquieta, un poco confundida, no era la primera ocasión que visitaba un sitio parecido, y no entendía el porqué de tantas sensaciones. Me serené y comencé a observar cada detalle intentando desvelar la causa de mi estado de ánimo. Había un monolito sobre un lecho de piedras rodeado por una verja de poca altura, con una paloma blanca en la parte superior, y la inscripción de *"1936"*, con una poesía de Miguel Hernández más abajo:

> *"Quiero escarbar la tierra con los dientes,*
> *quiero apartar la tierra parte a parte*
> *a dentelladas secas y calientes"*

Leo también otra placa explicativa en español y en ingles donde

dice:

"En este lugar fueron fusiladas 300 personas por los que apoyaron el golpe de estado del general Francisco Franco contra la república legítimamente establecida y que dio lugar a la guerra civil española entre 1936 y 1939.

Fueron fusiladas en los primeros meses de la guerra civil por sus ideales políticos y por defender la libertad.

Este humilde monumento, realizado por sus familiares servirá para que nunca olvidemos su memoria

Descansen en paz"

En otro punto se lee en otra breve placa: *"no fue inútil su muerte, fue inútil su fusilamiento"*.

Sentía mucha tristeza, sin acabar de comprender lo que me estaba pasando. No me era indiferente nada que estuviera relacionado con la guerra civil, llevaba años investigando en ese campo, y esto era una novedad. Creía tener asumido el pasado de mi país y mi trabajo se centraba en una investigación de la historia, apasionante sin duda, pero científica, y este arranque emocional me tenía cogida por sorpresa. Seguí recorriendo visualmente el entorno, lo que había sido el terreno en que se ubicaban dos largas fosas. Estaban bordeadas por viejas traviesas de madera de vías de tren, con grava en el interior, y en un espacio al frente de ellas, en una gran piedra, una placa tenía grabado el título: *"Relación de personas conocidas asesinadas en este paraje"*, seguido de todas las personas allí fusiladas que se habían podido identificar, ordenadas alfabéticamente, por el pueblo de origen. Comencé a leer por pura curiosidad, dos fusilados de *Bañuelos de Bureba*: *Antoni Benaiges y Nogués y Domingo Viadas Hernáez*. Me dio una punzada en el pecho y sentí una fuerte presión en la cabeza e inmediatamente comenzaron a caerme lágrimas por la cara. Ya no era solo tristeza, sentía un dolor interno como si se tratara de personas cercanas, y ese dolor iba saliendo lentamente al exterior. Algo se desprendía de mí alterando mis emociones y a la vez llenándome de un profundo sentimiento de compasión y paz, que no acertaría a definir solo con palabras. Tomé conciencia de la enorme tragedia que había presenciado este bello bosque, y la cantidad de vidas y familias truncadas que aquí

se habían enterrado.

Me quede sentada en un bando de madera junto a la fosa reflexionando sobre el verdadero horror de una guerra, que no está solo en los sucesos y las muertes, sino en lo que viene luego: dolor para los que quedan, al saber que su ser amado ha sido asesinado; rencores enquistados; herencia de odios y venganzas. Y lo peor: un país dividido y enfrentado. Da igual que se lo llame izquierdas o derechas, buenos o malos, patriotas o revolucionarios, conservadores y progresistas, en definitiva, un conflicto que no se acaba de resolver. Pensé en las críticas que se hacen al levantamiento de estas fosas por el peligro de remover y desenterrar el pasado, y que se vuelva a reproducir; un razonamiento que siempre me ha parecido que se queda incompleto. Ocultar el pasado no significa que se ha superado, solo se le ha colocado por debajo del nivel de la conciencia, y eso si es peligroso, puede salir a flote y estallar en el momento más inoportuno. Dicen que "la verdad, como las semillas, acaba germinando aunque se entierre". Estoy convencida que lo correcto pasa por hacer todo lo contrario, se tiene que conocer en profundidad el pasado para poderlo asimilar y enterrarlo correctamente, pero nunca para olvidarlo, conservando su recuerdo y su memoria y como también dicen en otros trabajos en este tipo de fosas: *"no se desentierran solo huesos, también se desentierra la dignidad robada"*.

Ya podía respirar sin la presión en el pecho, sentía alivio al canalizar mi particular dolor, puede que al aceptarlo, o por mirarlo de frente, sin juzgar, sin ganas de hacer de justiciera de la historia, o tal vez tenía relación con el perdón, no hacia los asesinos o los supuestamente malos, sino a mí misma, a la tendencia a odiar, y a exigir responsabilidades, aunque fuera de manera encubierta. ¿Quién era yo para sentirme ofendida?. Ahora estaba más que segura que habría vivido esta guerra en primera persona. No se podrá demostrar la existencia de la reencarnación, pero hay evidencias que no se pueden pasar por alto, son personales, propias, no son comprobables por terceras personas, y sin embargo para mí son señales inequívocas, palpables, se confirman con las sensaciones corporales, con intuiciones sensatas y liberadoras.

En medio de estas reflexiones no había parado cuenta de un peregrino que me observaba y se me acercaba, con una pequeña mo-

chila y apoyándose en un bastón. Tenía una edad avanzada, pelo blanco y generosas arrugas en la frente, pasaría de los setenta años, caminaba despacio contemplado su entorno con miradas cuidadosas. Cuando llego hacia mí me levante y nos saludamos con un movimiento de cabeza, y él comenzó a hablar en un perfecto inglés:

—Este es un lugar muy especial.

—Si —corroboré, también en inglés—, es un monumento en homenaje a fusilados en la guerra civil, no sé si conoces esta parte de la historia de España, ¿De dónde eres?.

—Vengo de Londres, donde vivo desde que era niño, aunque de ascendencia alemana. Conozco bien la historia de la guerra civil española, mi padre era alemán, y luchó en la defensa de Madrid, con las Brigadas Internacionales, con otros muchos alemanes que perdieron allí la vida; él sobrevivió, y también a la segunda guerra mundial; no todos en Alemania eran nazis.

—Desde luego, soy profesora de historia y siempre trato de enseñar rompiendo tópicos, que solo valen para tergiversar los hechos y juzgar sin base. Además, como española me duele que durante años en Europa, durante la época de Franco, se diera por sentado que España estaba llena de franquistas. Las personas somos parecidas en todas partes, solo que a veces nos equivocamos y cuando el error se generaliza en el conjunto de un país, las consecuencias son desastrosas.

—Me gusta mucho comprobar como va avanzado España en democracia y libertades. Si mi padre, que murió poco antes que Franco, lo hubiera visto, estaría encantado. Amaba España, y solo tenía palabras de reconocimiento para los españoles. Decía que era el pueblo más solidario y generoso que había conocido; no me contaba muchas cosas porque le producía dolor recordar. En las celebraciones familiares siempre acababa elevando una copa y brindando con nostalgia por la República Española. A mí se me ha contagiado el amor por este bonito país, que visito cada año, y recorrerlo en el camino de Santiago, que lo he hecho ya varias veces, me sigue pareciendo un privilegio; lástima que mis piernas no estén del todo de acuerdo.

Continuamos un rato comentando sobre el paso del tiempo que lo cambia todo, como este rincón del bosque, que un día fue un lugar infernal y ahora es un espacio natural con mucha paz, y ter-

minamos hablando del camino, que él por sus limitaciones hacía en tramos cortos, como mucho de media etapa diaria. Nos despedimos con un abrazo, deseándonos "buen camino", y los dos sabíamos que nos referíamos al camino de la vida. No creo que nos volviéramos a ver. Solo habían sido unos minutos y este monumento nos había hermanado sin pretenderlo; debía ser la magia del camino que no te deja de sorprender.

Seguí la ruta con energía renovada, este breve contacto con las fosas habría obrado un pequeño milagro, me había aligerado el peso, no el de la mochila que solo necesita un cuerpo en forma, sino el peso que te ancla al suelo, el de la densidad interna, el lastre de las exigencias al destino y los reproches por no darnos lo deseado. Algo se había desvelado en mi relación con la guerra civil, como si un archivo se hubiera desbloqueado y una vez al descubierto me liberara de ideas preconcebidas, de esas que justifican las separaciones y dan cobijo al uso de la fuerza, y te hace permanecer impasible ante el sufrimiento de tus contrarios.

El recorrido por los montes de Oca, de cerca de doce kilómetros, alternaba largos caminos forestales con senderos más estrechos, que te obligan a permanecer atenta para no perderte. No vale con seguir a otros peregrinos, que también pueden ir equivocados, hay que poner cuidado en ir siguiendo las flechas amarillas. Ayer, en el hotel de Villafranca, leí en un libro de la historia del camino, que cuando quedó fijado el trazado del Camino Francés a Santiago, los peregrinos atravesaban estos montes tras abandonar las fértiles tierras riojanas de Santo Domingo de La Calzada en dirección a Burgos y debían superar el Puerto de la Pedraja por un territorio que oscila entre los 700 y los 1.150 metros de altitud. Estos kilómetros cruzando los Montes de Oca eran de gran dificultad debido a los empinados y prolongados ascensos que han de realizarse, además de que sus bosques eran merodeados por bandidos que asaltaban a los peregrinos. Ahora ya no hay bandidos que te puedan asaltar, ni lobos, ni otras alimañas, y los desniveles no son para tanto. En aquellos tiempos no debían estar acostumbrados al senderismo, o al trekking, y tampoco disponían de buen equipamiento. Lo único que te puede asaltar es la soledad que nunca viene a robar, sino a mostrarte la riqueza que llevas dentro, y en estos parajes viene acompañada de silencio natural y belleza; solo tenemos que calmar

nuestro dialogo interno y dejar que la paz y la tranquilidad nos hagan de guías.

La salida del bosque te devuelve a las tierras propias de la meseta castellana. Llaneaba por una pista forestal a través de los últimos restos de robles y pinos dispersos, y después de una larga y suave bajada llegué a San Juan de Ortega, un minúsculo pueblo con los restos de un magnífico monasterio medieval, y una iglesia espectacular. Está considerado uno de los puntos emblemáticos del Camino de Santiago, que fundó Juan de Ortega hace más de 800 años, cuya vida estuvo ligada a favorecer el tránsito de peregrinos por estas tierras difíciles y peligrosas. Fue discípulo de Domingo de la Calzada, con quien colaboró en la construcción de hospitales, iglesias, puentes, y otros edificios, aunque la iglesia del monasterio es obra originaria de la segunda mitad del siglo XII. De esta época es la fantástica cabecera triabsidial y el transepto, todo construido con una cuidada sillería, perfectamente cortada y ajustada. Las obras se interrumpieron y se reanudaron en el siglo XV, ya en estilo tardogótico, finalizando las naves y la fachada occidental, con su pequeña portada gótica de finas arquivoltas ojivales. También de esta fase es el mausoleo situado en el centro del templo, una joya escultórica, completamente decorada con figuras y escenas, con relieves elegantes y bien labrados.

En el interior, el ábside central tiene una estructura muy especial en sus ventanales, con diez arquivoltas en degradación que se abocinan, creando un singular juego de luces y sombras al incidir la luz de los amaneceres. Entre estos ventanales hay gruesas columnas sobre las que se asientan los nervios que refuerzan la bóveda de horno y que se juntan en la clave. Los ábsides laterales son más bajos que el central y su articulación más sencilla.

Destacan más de setenta capiteles esculpidos, la mayoría mostrando follajes vegetales y media docena de ellos son historiados, entre los que sobresale el triple capitel del arco triunfal del ábside del Evangelio, que reproduce el ciclo de la Natividad completo. El capitel que representa la escena de la Anunciación es protagonista de un acontecimiento que se conoce como "Fenómeno o Milagro de la Luz". En los equinoccios, en torno al 21 de marzo y al 23 de septiembre, el sol lo ilumina durante diez minutos a las 5 de la tarde, hora solar, incidiendo un rayo de luz en el punto del capitel donde

la Virgen, con las manos juntas recibe esta luz vespertina. Sin duda, debe ser una contemplación deslumbrante para quien esté presente en esos privilegiados minutos, en una visión en la que se mezcla arte, religión y astronomía.

Me quedo un rato meditando dejándome acariciar por la sutil energía de este templo singular; voy descubriendo que todas las iglesias tienen su singularidad propia. Aunque compartan estilos arquitectónicos, están en diferentes lugares, con distintas historias y con muy variados matices en la percepción de su vibración y sus energías. Después de este baño de espiritualidad entre piedras, toca comer, una necesidad a cubrir que se disfruta, sobre todo cuando viene precedida de esfuerzo físico, y aún más al estar sentada en la terraza exterior de un sencillo bar-taberna con vista directa a la cabecera románica de la iglesia. El menú es de esos de auxilio único para quienes no comemos carne, un plato combinado de la ensalada básica que no precisa de romperse la cabeza: lechuga, tomate y cebolla, y se completa con huevos y patatas fritas. No es la mejor opción, pero al menos no es carne. En el camino me queda siempre esta elección de mínimos que a veces varía de huevos fritos a pasta con tomate, con una extraordinaria variedad: macarrones o espaguetis. Con "hambre no hay pan duro", se suele decir, un dicho muy acertado, y después de una prolongada caminata no se le pone "peros" a ningún plato.

La etapa continúa sin desniveles, hasta el pueblo de Agés a cerca de tres kilómetros, otra pequeña localidad en la que sobreviven recias casas, la mayor parte restauradas, muchas de las cuales solo se ven habitadas en verano y días festivos. Hoy es de esos días solitarios de gentes en la aldea, no me he cruzado con nadie, con la excepción de un hombre de avanzada edad haciendo tallas de boj a las puertas de un viejo almacén, que me ha regalado una entrañable sonrisa y un sincero "buen camino".

Al poco de salir de Agés, sigo por una carretera local, desangelada de tráfico, hasta el fin de la ruta en el pueblecito de Atapuerca. Serán solo un par de kilómetros, pero en los tramos finales y después de una larga jornada, ya se te hinca cada trecho, por corto que sea. Se me acerca una peregrina, "una hermana peregrina" como ella saluda, encantada de encontrar a una española con la que hablar. Me cuenta de sus muchos caminos de Santiago que ha

hecho durante años en todas sus variantes, y que conserva una caja llena de credenciales selladas, que algún día heredara su sobrina, como un tesoro, y se me ocurre pensar que tal vez no le interese lo más mínimo. Repite la palabra "hermanos y hermanas peregrinas" varias veces, y suele pasar que cuando se insiste en afirmar una condición de algo se esconde su ausencia. Trato de no juzgarla, pero me cuesta, me resulta pesada y hasta invasiva. Justo cuando ya se divisa el pueblo, se adelanta porque dice que quiere seguir su propio ritmo; ya se lo he visto hacer ayer con un grupo que iba un poco delante de mí, llegue a oír sus comentarios, que entonces me parecieron excesivos: afirmaban que en realidad lo hacía para llegar primera y elegir cama. Parece que tuvieran razón, lo puedo entender cuando son literas y tienes problemas por estar arriba o abajo, pero cuando son camas simples o colchonetas en el suelo no acierto a ver la diferencia. Me produce cierta tristeza que haya quien se trae el sentido de competición al camino y no sabe quitarse el estrés, y llegado el caso, no se plantea pedir las cosas "por favor". En fin, no es asunto mío, después de un día tan bello no me voy a quedar con nimiedades.

La ducha, nada más llegar al final de etapa, es una bendición, te deja recuperada y pasas a esa parte del día en la que te has ganado el descanso, o lo que quieras hacer. La hermana peregrina está en otro albergue, mejor, hoy no tengo muchas ganas de hablar y menos intentando ser amable con alguien que me tiende a cruzar los cables. Tendré que observarme, estas reacciones siempre ocultan cosas propias, una cosa es esquivar una relación que no me interesa y otra que me altere. Para estos casos tengo el truco de ponerme a hablar en inglés o francés con algún peregrino extranjero, y eso ahuyenta a los que no lo entienden y se van a otra conversación, no me enorgullece, pero es un recurso que evita tener que ser desagradable.

Atapuerca no es el pueblo perdido que puede aparentar, tiene más historia que ningún otro lugar conocido en España. A solo un kilómetro hay unas cuevas y una montaña con un gran corte excavado por el paso de una antigua vía de tren, donde se han descubierto restos y fósiles, evidencias de la presencia de cinco especies de homínidos diferentes: Homo, con el nombre aún por determinar, de hace 1.300.000 años, Homo antecesor, de 850.000 años,

Homo Preneandertal de 500.000 años, Homo Neanderthalensis de 50.000 años, y Homo sapiens, de hace también algunos miles de años, pero ante estas fechas con tantos dígitos, es como si fuera de ayer mismo. No quedan horas de luz para visitar el yacimiento arqueológico y paleontológico, que además en esta época estará cerrado. A pesar que me apasiona la historia, cuando se trata de tantos miles de años me pierdo en las cifras, y no me motiva seguir indagando. Me quedo con una reflexión sobre el paso del tiempo, que no acierto a materializar del todo en la mente; si retrocedes demasiado en el tiempo se desvanece hasta la nostalgia.

Más cercana en la historia es una batalla medieval que tuvo lugar aquí, en Atapuerca, que sigo en un cartel del centro de interpretación que han montado sobre esos hechos, y lo complemento consultando el móvil, ya que el centro está cerrado, para variar. Si te sales de días festivos y vacaciones te encuentras cerrado casi todo, solo se salva alguna iglesia, y generalmente por méritos del párroco de turno, o de devotos feligreses que aman sus templos. La batalla de Atapuerca ocurrió el 1 de septiembre de 1054 en una llanura frente a la sierra de Atapuerca, que atravesaré mañana camino a Burgos, entre Fernando I, rey de León y conde de Castilla, y su hermano García Sánchez III "el de Nájera", rey de Pamplona, que murió en ella, hijos ambos de Sancho III el Mayor. Hermanos matándose entre ellos, "que raro", esta costumbre cainita española ya debe venir grabada en el código genético, igual se remonta hasta los tiempos del "homo antecesor". Una asociación del pueblo prepara todos los años, desde 1966, una representación histórica de la batalla, que se celebra el penúltimo domingo del mes de agosto, con actos en el fin de semana, en un bonito evento medieval, con mercadillo incluido. Me encanta todo lo relacionado con el medievo, salvando lo de las batallas, que se estudian en la historia como si fueran lo más importante de cada época, por eso nos queda la imagen de espadazos y salvajismo. Si todos los que se enfangan luchando en batallas supieran que en relativamente poco tiempo las ofensas, los agravios y los odios personales, van a mutar, se van a desvanecerse o a olvidarse, e incluso los antiguos enemigos van a volver a ser aliados, se pensarían dos veces la locura que están cometiendo. Si le dijeran, por ejemplo, a un francés y a un alemán intentando matarse en la segunda guerra mundial, que sus países

iban a volver a ser buenos vecinos, y que, si no sus hijos tal vez sus nietos, iban incluso a contraer matrimonio entre ellos, si hubieran visionado por un momento ese futuro, habrían tirado las armas a la basura.

Mientras vuelvo al albergue a recogerme, ya con la luz del día agotada, voy reflexionado sobre como el paso del tiempo lo cambia todo y el poco sentido que tiene agarrarse a lo que nos va ocurriendo. Me da por pensar que en lo efímero de la vida reside la clave para vivir el presente y con auténtico sentimiento de libertad. En eso, llegando a las puertas del albergue, me llega la melodía de "Let it be" de los Beatles, acompañada con la guitarra, y me da un subidón, como cada vez que oigo esa canción, que cuando era cría, la ponía mi hermana cientos de veces en nuestro viejo tocadiscos, y siempre me tocaba la fibra. Tarde años en saber el significado de su letra, de la que el estribillo se me ha quedado grabado en la mente: "déjalo así", "déjalo estar", un mantra que me ha ayudado en infinidad de ocasiones, y ahora encajaba oportuno con mis cavilaciones.

El cantante, al estilo de cantautor, de una bonita voz ronca, era un holandés, ya de generosa edad, como delataba su pelo blanco y algunos surcos en su rostro, sentado con una guitarra de tamaño reducido, un poco más grande que un ukelele, pero guitarra en definitiva. Un grupito le rodeaba haciéndole los coros, muchas caras sonrientes creando una bonita atmosfera. Luego fueron siguiendo otras baladas, todas de los viejos tiempos, que debieron corresponderse con los años de juventud del juglar, que no lo hacía nada mal. Le tocó el turno a "Imagine", interpretada con sentimiento por el solista, al que llamaban Hans, y se me solapó la imagen de John Lennon sobre su figura, se le daba un aire, con unos cuantos años más, con parecidas gafitas y mirada abstraída, creando añoranza de los sueños hippies, la utopía de un nuevo mundo, donde las personas aprenden a respetarse y a compartir, y volvemos a tocar el paraíso perdido.

Con el anuncio de la hora de la cena, que preparaban en el comedor del albergue, se disolvió el festival sin la menor queja y ya en la mesa volvieron las animadas conversaciones. Yo los acompañaba, pero no iba a cenar, y eso extraño a Hans que estaba a mi lado.

—¿No cenas nada? —me preguntó Hans en un inglés forzado, aunque suficiente—, ¿Tienes algún problema?, si es por dinero yo

te invito —y añadió una sonrisa.

—No, gracias —le conteste devolviendo la sonrisa—, aún me da para ir comiendo, estoy bien así, y he comido tarde, además no me suelen sentar bien las cenas, no duermo bien con el estómago lleno.

Sacaron el primer plato y el segundo a la mesa, de primero morcilla de Burgos con guarnición de pimientos y patatas fritas, de segundo chuletas de cordero, menuda bomba, y se me escapó fruncir el ceño ante la atenta mirada de mi compañero.

—No me digas más, eres vegana.

—No llego a tanto, eso se lo dejo a mi hija. Te has acercado, soy vegetariana, o mejor dicho, como de todo menos carne, y ya ves, esto en el camino tiene sus inconvenientes.

—Siempre que me encuentro con alguna persona vegana o vegetariana no puedo resistirme a preguntarles por el motivo.

—Aparte de que es mucho más sano, en mi caso tiene que ver con la práctica de la meditación, que se facilita cuando no se come carne. No tiene que ver con ser mejor persona ni nada de eso, ni es ningún juicio ni comparación con nadie, es una simple cuestión de favorecer el contacto con determinadas energías, y con el tiempo el cuerpo se te hace a tu dieta, y se acostumbra, y luego la carne te acaba sentando como una losa.

—Buena respuesta, de las mejores. Perdona mi atrevimiento, no me gusta meterme en temas personales, y me parece una decisión sensata e inteligente. Tengo una sobrina que tampoco come carne porque dice que le baja su estado de ánimo, igual tiene relación con lo que dices. Mi relación con la energía no es mi fuerte, no la siento, cada uno nos metemos en mundos diferentes, yo le doy mucha importancia a que cada cual siga su camino, con corazón, como hacemos cuando vamos a Santiago.

Me caía bien Hans, hablaba con calma, montando las frases sin atropellos, y sabía escuchar, participaba en las conversaciones sin hacerse notar y lo que decía tenía su espacio y su sentido. Este era de los que se iba pronto a acostar, espero tener ocasión de volver a coincidir con él, me transmite serenidad y alegría, una preciosa combinación para un buen coctel.

Para no perder la costumbre, me llegaba la hora de dedicarle un tiempo a mi Tablet, como cuando se quiere a una mascota. Ya iba cogiendo esa rutina nocturna, encontrar el rincón perfecto y meter-

me en una de mis pasiones, puede que una adicción que necesita su dosis diaria. Esta noche elegí la figura de **Simone Weil** (1909-1943), una filosofa francesa que participó en la columna Durruti, y que merece un puesto destacado en un repaso a la Tercera España, que es un concepto aplicable por encima de la nacionalidad de sus personajes. Nació en Paris en el seno de una familia burguesa de origen judío de un elevado nivel cultural, y fue educada en el agnosticismo, en un ambiente liberal, producto de la enseñanza laica francesa y de la voluntad de sus padres, que habían abandonado toda práctica religiosa. Me paro a pensar en el privilegio de recibir una buena educación, culta y abierta, como he tenido la suerte de tener, y que debería darme tolerancia hacía quienes no han tenido las mismas oportunidades.

A Simone Weil se la considera como una mística cristiana, a pesar de que solo fue bautizada poco antes de morir. Tengo cuidado con la tendencia a encasillar de las crónicas, mirando con lupa las que se hacen en tiempo presente y más aún las hechas a posteriori, y me fijo en su particular trayectoria biográfica y sus experiencias, que suelen dar pistas sobre como se va formando un carácter y moldeando la mente.

Simone destacó desde pequeña en los estudios interesándose muy pronto por la civilización griega y romana, así como por la poesía y la literatura. A esta atracción por la cultura se unió su preocupación por los más desfavorecidos, un sentimiento que le brotó al observar la miseria humana producida por la Primera Guerra Mundial. Sentía la exigencia de la justicia social. Desde muy joven se vinculó a grupos de extrema izquierda de carácter anarquista y sindicalismo-revolucionario, pero sin llegar a inscribirse en ningún partido, y centró su interés en una acción sindical libre e independiente de los partidos, preocupada sobre todo por la educación popular, y sintonizando de forma natural con el ideal pacifista.

En 1931, con tan solo 22 años, se incorporó a su primer destino como profesora de filosofía en el liceo de Le Puy, ligando su actividad profesional a múltiples actividades relacionadas con la defensa de las reivindicaciones de los trabajadores y la formación obrera. Su intervención al frente de una manifestación de parados, en pleno curso escolar, provocó protestas de los padres de sus alumnas y despertó un gran interés y controversia en la prensa local. Su ac-

tivismo social y político no gustó en el Instituto donde trabajaba y se tuvo que desplazar a Auxerre primero y, después, en 1933, a Roanne, donde fue mejor acogida por sus compañeros de trabajo e incluso impartió un curso sobre el marxismo.

Weil viajó a Alemania en 1932 para comprobar sobre el terreno los efectos del nacional-socialismo en la clase obrera, y ya predijo la victoria rotunda de Hitler y la caída del movimiento proletario alemán. Se adelantó a una gran parte de intelectuales de izquierda, al tomar conciencia de la subordinación de los partidos comunistas occidentales al aparato estatal soviético, que ya no podía considerarse un estado obrero dada su degeneración autoritaria y burocrática. A partir de entonces, criticará duramente el estalinismo y el fascismo, siendo una de las primeras en denunciar el poder totalitario.

Simone tenía la necesidad de llevar la teoría a la práctica, y dejó la enseñanza para irse a trabajar como peona en la fábrica parisina de Renault durante un año. Su experiencia como obrera quedó recogida en su Journal d'usine, donde manifestó que *"Allí recibí para siempre la marca de la esclavitud, como la marca a hierro candente que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Después me he considerado siempre como una esclava"*.

En agosto de 1936, siguiendo su trayectoria de ser consecuente con sus ideas, se alistó como miliciana en el grupo internacional de la Columna Durruti durante la revolución social española en la guerra civil. Su participación fue breve y muy intensa, y marcó su trayectoria posterior. En su *"Diario de España"* de aquellos días, decía: *"Me tumbo sobre la espalda, miro las hojas, el cielo azul. Un día muy bello. Si me cogen, me matarán... pero es merecido. Los nuestros han derramado mucha sangre. Soy moralmente cómplice"*. Esa complicidad con la crueldad innecesaria y la barbarie le rompió los esquemas y reforzó su pesimismo sobre el futuro de la revolución.

En una de sus posteriores cartas a su amigo Bernanos le dijo: *"Lo esencial es la actitud con respecto al hecho de matar a alguien. Ni entre los españoles, ni siquiera entre los franceses llegados, sea para combatir, sea para darse un paseo –estos últimos con mucha frecuencia intelectuales blandos e inofensivos–, he visto nun-*

ca expresar, ni siquiera en la intimidad, la repulsión, el desgarro ni tan sólo la desaprobación por la sangre vertida inútilmente... En cuanto a mí, tuve el sentimiento de que, cuando las autoridades temporales y espirituales han puesto una categoría de seres humanos fuera de aquellos cuya vida tiene un precio, no hay nada más natural para el hombre que matar... Hay ahí una incitación, una ebriedad a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional, puesto que no la he encontrado en ninguna parte".

Ese escenario revolucionario anhelado por la filósofa se le desveló como un escenario de guerra en el que, lejos de la ansiada liberación de la opresión, se encontró ante la experiencia de la barbarie y la brutalidad que marcaría profundamente la evolución de su pensamiento. Llegó a conclusiones que ha dejado escritas: *"la guerra revolucionaria es la tumba de la revolución*", y *"lo absurdo de una lucha antifascista que tome la guerra como medio de acción"*. Ambas las interpretó, no en el sentido del pacifismo puro, que se niega a la defensa de principios, sino a usar la violencia desmedida como arma de imposición

No duró mucho su participación en la guerra, se la destinó a la cocina, como a muchas milicianas, un detalle típico del machismo de la época, y poco después, sufrió un accidente al meter el pie en el aceite hirviendo de una sartén que estaba en el suelo sobre las brasas de un fuego enterrado, que le ocasionó fuertes quemaduras, y salió de España, muy a su pesar. Siguió siempre defendiendo con vehemencia la lucha por la libertad del pueblo español.

Después de su experiencia de trabajo como obrera en la fábrica, y quizás para recuperarse, viajó con sus padres a Portugal y allí tuvo su primer contacto con el cristianismo. Del abrazo entre comunismo y cristianismo, y seguramente por su imagen externa, dulce y un tanto angélical, le viene el apodo de "la virgen roja". Solo unos meses después de su presencia en España, en un viaje a Italia, se produjo lo que ella llamará su *"segundo contacto con el catolicismo"*, en la basílica de Santa María de los Ángeles de Asís. Según contó, algo más fuerte que ella misma la obligó a arrodillarse por primera vez en su vida y descubrió la presencia de la gracia, de la que saldría una abundante literatura cristiana y textos místicos. Fue autora de artículos de una independencia penetrante y total en

las revistas avanzadas de la época, y esa visión también se plasmó en su sentido de la religión: *"Para poder estar presente en todas partes, como debe estarlo, la religión no solamente no debe ser totalitaria, sino que debe limitarse a su vez rigurosamente al plano del amor sobrenatural que es lo único que le resulta adecuado", y en la forma de comprender su misticismo: " la mística es el paso más allá de la esfera donde el bien y el mal se oponen, por la unión del alma con el bien absoluto".*

En su incansable búsqueda de la verdad, Simone, exploró el Budismo Tibetano y el Zen Japonés, y se aproximó también a los cátaros. Se interesó por "los koans" de la tradición Zen, una forma de enseñanza en la que el maestro plantea al discípulo una breve historia, diálogo o pregunta, de carácter paradójico, desconcertante o ilógico, que nunca se resuelve siguiendo la lógica del enunciado o tras un análisis racional del problema y se necesita abrir la mente a la intuición, en la frontera de la necesidad inteligible, donde se espera la revelación de la realidad y de la unidad que subyace en todas las cosas. Su ejemplo favorito del budismo tibetano era la historia de Milarepa y su cuenco roto: *"Había perdido todo y renunciado a todo, pero aún no había sentido con todo su ser que el mismo cuenco era perecedero".*

Para Simone la vitalidad moral del ser humano radica en su aspiración al bien, lo que coincide con su único valor real, el de un alma que procura vivir todos los aspectos de su vida en la tierra en el nivel del amor impersonal, porque *"Todo lo que es impersonal en el hombre es sagrado, y solo eso".* Se preocupa por la vulnerabilidad y la compasión: *"La vulnerabilidad de las cosas apreciadas es bella, porque la vulnerabilidad es una señal de existencia", "La compasión por la fragilidad siempre está ligada al amor por la verdadera belleza, porque sentimos intensamente que las cosas verdaderamente bellas deberían estar aseguradas con una existencia eterna y no lo están"*

Simone trató que su imperfección se manifestara por completo ante ella, no para curarse, sino para estar *"en la verdad": "Tal conocimiento es más mortal que una espada...Con el tiempo, mata en nosotros todo aquello que denominamos yo. Para sostenerlo, hay que amar la verdad más que la vida".* Y en eso se hermanó con la ciencia, entendida en su dimensión más profunda, conectando

con su visión de la filosofía que es, según su etimología, el amor a la sabiduría, viene del griego "filos: amor" y "sophia: sabiduría": *"El científico tiene como fin la unión de su propio espíritu con la sabiduría misteriosa eternamente inscripta en el universo", "la investigación científica no es más que una forma de la contemplación religiosa"*.

Su familia se vio obligada a huir de Francia con la ocupación alemana en 1940. Primero se refugiaron en Marsella, donde Weil trabajó como jornalera agrícola, al mismo tiempo que traducía a Platón. Las autoridades franco-alemanas la acusaron de resistente, pero la pusieron pronto en libertad "por loca". En 1942, huyó con su familia a Nueva York, donde pasó varios meses con la idea de trasladarse a Londres para participar en la resistencia que desde allí dirigía el general De Gaulle y sacrificarse por la causa. En lugar de eso, se le encargó que escribiera propuestas e informes sobre cómo podría encauzarse la reconstrucción de la sociedad francesa una vez que se logrará derrotar a los alemanes. Esos textos, desechados por utópicos, serían rescatados años después por Albert Camus, que los recopilaría en el libro *"Echar raíces"*.

Finalmente, en noviembre del año 1942 consiguió que la enviaran a Londres, donde la admitieron en los grupos de trabajo de la Francia Libre que organizaba la resistencia. En Londres y en plena guerra, Simone Weil aseguró que: *"nada inferior a la justicia, la verdad y la belleza (imagen entre nosotros del orden impersonal y divino del universo) es digno de servir de inspiración a los hombres que aceptan morir"*.

Su solidaridad con los franceses en el frente la llevó a no querer probar más alimento que el que la población ocupada comía, lo que terminó de agravar una tuberculosis que le acababa de ser diagnosticada. Simone Weil murió en Londres el 24 de agosto de 1943, con tan solo 34 años de edad.

Me llega muy dentro todo lo que voy conociendo sobre esta atípica filósofa y la pasión con la que vivió y su fidelidad a sus principios. También voy constatando, a medida que profundizo en la historia de personajes en la guerra civil, que algunos aguantaron la enorme presión y mantuvieron en todo momento su dignidad y su humanidad. No fueron insensibles e inmunes y se descorazonaron con la crueldad y la violencia, con esa terrible falta de respeto hacia

la condición humana, y creo que esa es una lección pendiente de ser aprendida. Tendemos a pensar que la historia no nos aporta nada nuevo, y que nosotros no vamos a cometer los mismos errores, un pensamiento que nos baja las defensas ante los ataques a las bases de nuestra convivencia, que deberíamos proteger por encima de todo.

Como muchos días voy a ser la última en acostarme, me estoy haciendo experta en no hacer ningún ruido y moverme con sigilo, para luego desconectarme en medio minuto.

Octubre de 1936. Sierra de Alcubierre.

Los dos días siguientes a la ofensiva no hubo más combates, solo encontronazos esporádicos. Las posiciones de cada bando se habían reforzado y daba la impresión de que por ninguna de las dos partes iba a ser fácil superarlas. Ya habíamos entrado en el mes de octubre y los calores del verano se habían esfumado, dejando paso a días moderados y noches cada vez más frías. Tenía perdida la noción del tiempo con el espectacular vuelco que estaba dando mi vida, como la de tanta gente. Casi no me reconocía, metido en plena guerra, con la única posesión de la ropa que llevaba puesta, y un montón de pensamientos desordenados en mi cabeza. Además, ya era un hombre sin pistola, se la había pasado a un miliciano que iba sin fusil hacia posiciones más expuestas que las mías, y seguro que le daría mejor uso que yo.

Volví a Bujaraloz en una pequeña furgoneta convertida en ambulancia en la que llevábamos a dos heridos, junto con otro compañero y el conductor. Me había metido a ayudar como camillero para ser útil y tener mi mente ocupada, no había gran cosa que traducir y parece que se apañaban bien entre españoles e internacionales; ya tenían aprendidas las frases básicas y empezaban a chapurrear en español. Los heridos eran muy jóvenes, les habían alcanzado las balas, a uno en una pierna y al otro en el omoplato. No soltaban el menor quejido, y eso que íbamos en continuo movimiento con algún salto incluido por los inevitables baches del camino. Eran un par de valientes, en manos de dos aficionados a enfermeros; les agarrábamos para que se movieran lo menos posible, y yo me daba la orden interna de contagiarme con su aplomo y su coraje, porque si seguía en el frente tarde o tempano lo iba a necesitar.

Dejamos a los heridos en el hospital de sangre que se había montado en el pueblo y enseguida me cruce con Jesús, el secretario de Durruti, que iba con prisas hacia el Cuartel General, y se me acercó todo decidido.

—Hombre Julián, me alegro de verte, necesito la ayuda de una persona como tú para una misión en la que hace falta tacto y modos, y también ira bien dominar idiomas, aunque te advierto que no está exenta de riesgos.

—Si puedo ayudar, por mí encantado —dije un poco intrigado.

Jesús me daba confianza, pero eso de tacto y modos sonaba muy raro.

Dejé a mis compañeros de la ambulancia, me dijeron que hasta mañana no volverían a primera línea y ya me avisarían. Si algo estaba aprendiendo es que por aquí todo cambia en cuestión de minutos, las cosas se deciden sobre la marcha, sin farragosas cadenas de mando, aplicando la lógica y el sentido común. Puede que tuvieran razón los anarquistas y lo que sobraban eran mandones diciendo a todo el mundo lo que hay que hacer, aunque a mí, una persona disciplinada y amante de la organización, me seguía sin encajar la improvisación y tanto revuelo. Según íbamos caminando le pregunté a Jesús:

—¿Cuál es esa misión tan secreta?, me tienes en ascuas.

—Tranquilo, no temas, no llegará la sangre al río, lo hablamos en la oficina más despacio, te adelanto que se trata de retirar a las mujeres del frente, orden directa de Durruti.

Seguimos caminando sin decir nada, y no pude evitar pensar que se iba a armar una gorda, igual sí que iba a ser una misión arriesgada, aunque viniendo de Durruti no habría discusión, se le tenía un respeto que rayaba en la devoción.

Al entrar en el cuartel general nos cruzamos con uno de los milicianos que había hecho de correo conmigo, me pare a saludarlo mientras Jesús entraba iba para su oficina, y me dijo:

—¿Ya sabes lo de la filósofa francesa?, esa con la que hacías tan buenas migas.

—¿Qué le ha pasado a Simone? —pregunté inquieto, con miedo a la respuesta.

—Está viva, pero tuvo un torpe accidente y ha tenido que abandonar la columna. En una de las internadas de su grupo, volvieron con gallinas y un montón de huevos y ella se empeñó en preparar huevos fritos para todos en un gran sartén con aceite hirviendo. Como es un poco miope metió el pie en la sartén y se hizo una grave quemadura que le dejó frita hasta la alpargata. La atendieron aquí, en el hospital, pero como las quemaduras eran fuertes la han trasladado, creo que hacia Valencia; son heridas que cuesta mucho curar, no creo que la veas de vuelta.

Me entristeció que Simone hubiera tenido un grave percance, la consideraba como una entrañable amiga. Me consolé pensando

que así se alejaba del frente y dejaba de arriesgar la vida, alguien tendrá que contar algún día lo que estaba pasando. Los acontecimientos me llevaban de una sorpresa a otra, siempre sacando a flote lo efímero de la vida y el poco sentido que tiene hacer planes. La iba a echar de menos, no sería fácil encontrar alguien con quien compartir nuestros devaneos filosóficos.

Cuando entré en la oficina, Jesús ya estaba revolviendo papeles.

—Lo primero que hay que hacer es preparar un listado con todas las milicianas de la columna — me dijo—, toma asiento, nos va a llevar un buen rato.

Él me iba diciendo el nombre y apellidos de cada mujer y yo lo escribía en la lista, y añadiendo en un espacio al margen su lugar actual, si lo sabíamos, aunque con los movimientos continuos de cada día, prácticamente no teníamos la ubicación exacta de ninguna.

—Por cierto —dijo Jesús interrumpiendo su cuenta en voz alta— las noticias sobre la quema del Monasterio de Sijena han causado revuelo en Barcelona, incluso van a mandar algún experto en arte para ver si hay algo que se puede salvar. Los altos cargos culturales de la Generalitat dicen que los culpables de calcinar los templos en Cataluña y Aragón son los malos catalanes, y la chusma charnega y anarquista.

—Siguen creyendo que estos desmanes son cosa de los charnegos, los venidos de fuera de Cataluña — dije con aire de desaprobación—, para ellos solo los nacionalistas catalanes son las verdaderas personas de bien y los demás: la pobre chusma. Ese sentimiento clasista esconde mucho desprecio, y dará problemas cuando la guerra se acabe.

—Tengo curiosidad —continué, cambiando de tema—, por saber el motivo de retirar a las milicianas del frente, si no es un asunto secreto.

—No creas que a mí me explican mucho las cosas —comentó Jesús—, y no soy dado a preguntar, hago lo mejor que puedo lo que se ordena. A nadie se le escapa que el principal problema es el aumento de las enfermedades venéreas. Según dicen los mandos "están causando más bajas que las balas enemigas". Se ha tenido que abrir un hospital aquí en Bujaraloz, solo para venéreas. Tampoco ayuda la fama de libertinaje en el frente que se va corriendo por

ahí, y hasta hay quien habla de que son prostitutas, lo cual es una mentira, una infamia que hace mucho daño. La idea es destinarlas a labores de cocina y enfermería a las que se precisen, y a la mayor parte restante mandarlas de vuelta a Barcelona en un tren vigilado. Esto es confidencial, seguramente mañana mismo se dará la orden.

—Ni se me ocurre hablarlo con nadie. Me molesta que se critique a mujeres libres que se juegan la vida por la libertad, y encima por personas bocazas desde la retaguardia. Cambiar la mentalidad cerrada de nuestro país va a costar mucho más que ganar una guerra.

Hablar de estos temas con un cura era un poco chocante. Jesús representaba la prudencia en persona. Hablaba poco, lo justo, solo para decir cosas sensatas en el momento oportuno. No se le veía capaz de hacer daño a nadie, y a la vez actuaba con firmeza, en perfecta calma, fiel al cometido encomendado. Me preguntaba que le pasaría por la cabeza, no daba muestras de miedo o inquietud, tal vez era consecuente con sus creencias religiosas y había puesto su vida en manos del "Señor". Me inclinaba por pensar que se dedicaba a vivir el presente, con plena confianza en su destino; siempre hay algo que aprender de lo que ocurre a tu alrededor.

Estuve hasta caer la tarde ayudando a Jesús a organizar su particular cruzada, supuestamente en favor de las mujeres, aunque parece que lo que primaba sobre cualquier otra cosa era ganar la guerra, y las enfermedades venéreas eran un peligroso enemigo.

A la hora de la cena, Jesús se retiraba a su habitación, no era amante de tertulias, y no debía sentir su encaje en el ambiente revolucionario, a pesar de estar muy bien considerado por la columna. No en vano, era de plena confianza para Durruti y le tenía en un puesto destacado; todo el mundo daba por hecho que Durruti sabía bien lo que se hacía.

A mí en cambio las conversaciones de mesa en un momento histórico tan decisivo y tan único, me atraían con fuerza y fascinación; eran una clase magistral, impartida no solo por los acontecimientos, sobre todo por el impacto de la realidad de personas por las que corre la vida como un torrente, ilusionadas por cambiar el mundo y liberar a la humanidad de sus cadenas. No se me ocurre un intento más atrevido de poner en práctica las ideas más elevadas: filosofía en estado puro; otra cosa será lo que resulte, no creo que nadie lo

sepa. Ser partícipe de este intento de transformar por completo un país entero, lo consideraba un privilegio, por eso tenía los ojos bien abiertos y afinados mis oídos, para no perderme nada, me quedaba mucho por descubrir, mucho por comprender.

Cuando se acababa de cenar se soltaban las lenguas, quizá animadas por unos buenos tragos del vino de la zona, recio y peleón. Un miliciano explicaba a los demás la composición de la columna: el Comité de Guerra, que tomaba las decisiones importantes; el Consejo Técnico-militar formado por los militares de profesión incorporados a la columna, con la misión de asesorar al Comité de Guerra; las centurias, grupos de cien hombres, repartidos en cuatro grupos de veinticinco, cada uno con un delegado elegido entre ellos como representante, sin funciones de mando; los Grupos Autónomos, como el Grupo Internacional, con voluntarios de distintos países, con su propio delegado; y los Grupos Guerrilleros, encargados de infiltrarse en la líneas enemigas con distintos objetivos y que tenían sus propios nombres: "Los Hijos de la Noche", "La Banda Negra", "Los Dinamiteros", "Los Metalúrgicos", y otros.

Entró en el comedor un compañero que pidió que escucháramos, que nos iba a dar una información. Nos dijo, como algunos ya sabían, que se había formado hace solo unos días, el 6 de octubre, el Consejo Regional de Defensa de Aragón. Se celebró su constitución aquí en Bujaraloz, en la sede del Cuartel General con la reunión de Sindicatos y Columnas del Comité Regional de Aragón, Rioja y Navarra, de la Confederación Nacional del Trabajo. Asistieron 174 representantes de los sindicatos cenetistas de 139 pueblos aragoneses, del Comité Nacional de la CNT y de diferentes columnas confederales: la Columna Durruti, Columna Roja y Negra, Columna Los Aguiluchos de la FAI, Columna Carod-Ferrer, además de numerosos militantes de la CNT de Cataluña. Estuvieron presentes los máximos representantes de las columnas, como Buenaventura Durruti, Gregorio Jover, Antonio Ortiz, Cristóbal Aldabaldetrecu, Julián Merino. Se debatió si se tenía que colaborar con los órganos de gobierno republicanos o crear, al margen de ellos, unos Consejos Regionales de Defensa vinculados de manera federada a un Consejo Nacional de Defensa que ejercería de gobierno central y así poder defender y apoyar las conquistas revolucionarias, siguiendo las directivas propuestas el 15 de septiembre en Madrid en el Pleno

Nacional de Regionales de la Confederación Nacional del Trabajo. Se acordó la creación del Consejo Regional de Defensa de Aragón, que integra el territorio de Aragón en el que se ha implantado los principios del sistema económico y político del anarcosindicalismo, conformando aproximadamente 450 colectividades rurales, la práctica totalidad de ellas en manos de la CNT, y unas 20 a cargo de los socialistas de la UGT. Tiene su sede en Caspe y desde allí se ejercerá el control y el poder sobre el Aragón revolucionario. Al final de su discurso, y a un grito de "Viva el Consejo", todos aclamaron eufóricos la nueva forma de gobierno. Me uní de forma discreta al entusiasmo, me gustaba la idea, se necesita una organización para todo, pero no tenía muy claro en que iban a acabar estos movimientos, algún día se tendría que volver a la democracia, o acabaríamos en gobiernos totalitarios; seguía sintiéndome más republicano que revolucionario. Mi mente, como siempre, unos cuantos pasos por delante, creando escenarios que no existen.

Ya en el grupo de la mesa, uno de los compañeros que parecía estar bien informado, comentaba que la creación del Consejo no era del agrado ni de las autoridades republicanas, ni de la Generalitat, pero no les había quedado más remedio que aceptarlo. Insistía en que aquí no nos iba a pasar como ocurrió en 1921 en el llamado "territorio libre de Ucrania", donde se aplastó a la revolución anarquista por parte del ejército comunista ruso. Las conversaciones de mesa subían a menudo de tono, y se acaloraban los ánimos sobre todo al hablar de los fascistas, y las milicianas no se quedaban atrás, eran si cabe, más intrépidas y lanzadas que los hombres. Yo tenía más motivos que ninguno de los presentes para odiar a los fascistas, solo pensar en camisas azules me corría un escalofrío de los pies a la cabeza, pero un sexto o un séptimo sentido me decía que ese no es el camino, y el odio no es buen consejero. Escuchaba las intervenciones de unos y otras, con chistes y mofas divertidas sobre los enemigos, pero me faltaba ese ardor revolucionario, y me sobraban las ganas de matar; una cosa era ganar la guerra y otra exhibir crueldad y venganza. No estaba en el pellejo de gente muy explotada y que habían estado encarcelados por su militancia política, los podía entender, pero no estaba dispuesto a matar a nadie si no fuera imprescindible.

Un buen rato después de la cena, y ya con los últimos rezagados

pensando en irnos a dormir, llegaron al comedor varios milicianos del grupo de "los hijos de la noche" acompañando a dos familias rescatadas de un pueblo de más allá de Zaragoza, que venían en un estado penoso, agotados, con las ropas a jirones, el calzado destrozado, y hambrientos. Eran dos hombres, tres mujeres y cinco niños, el más pequeño de apenas seis o siete años. Una de las mujeres apenas ocultaba con un pañuelo el pelo rapado y una cara de tristeza que sobrecogía; esa era una de las formas con la que los "valientes patriotas" castigaban a las mujeres republicanas, además haciéndolas ingerir también aceite de ricino, lo que provoca vómitos y diarrea, para degradarlas aún más . Ahora entiendo por qué les llaman "los hijos de la noche", cruzaban las líneas por la noche, y una de sus misiones era rescatar a compañeros y familias perseguidas atrapadas en la zona nacional. La guerra, además de su particular infierno, es una ocasión especial para demostrar el valor y lo que un ser humano puede arriesgar para ayudar a otro.

Al día siguiente, después del desayuno, que no se perdona porque hay que aprovechar cada ocasión de llevarse algo al cuerpo y no se sabe cuando vas a hacer la próxima comida, volvimos con la ambulancia al frente, cargándola de equipamiento y llevando a seis milicianos más. Nada más llegar nos informan del desastre en las posiciones del POUM de esta noche en la Sierra de Alcubierre, que son las contiguas a las nuestras de Monte Oscuro. Los nacionales han lanzado un ataque por sorpresa en el flanco derecho desde Perdiguera hasta las lomas de Alcubierre y ha caído en sus manos Leciñena y algunas colinas con posiciones importantes sobre la carretera. Los atacantes han sido moros y fuerzas regulares y han rodeado el pueblo de Leciñena, del que algunos han escapado, a la desbandada, como han podido. Se cree que han muerto unos 400 milicianos del POUM, a todo el que capturaban lo mataban al instante. Esa zona del frente ha estado muy activa, se abrió una peligrosa brecha entre las columnas que cercan Huesca, por lo que se han tenido que hacer contraataques para recuperar alguna posición y contener la ofensiva. Ha causado mucha indignación lo que han hecho en la casa de los camineros del alto de Alcubierre, en el límite entre la provincia de Zaragoza y de Huesca. Han capturado por sorpresa y sin ninguna resistencia a un grupo de chavales muy jóvenes que habían venido de Sitges, y en vez de cogerles prisio-

neros, los han matado los moros a cuchillo, cortándoles brazos y piernas y luego quemándolos con gasolina y prendiéndoles fuego. Lo mismo han hecho con el matrimonio de ancianos que allí vivían.

Se notaba el nerviosismo y la inquietud entre los compañeros, y como iba creciendo el odio hacia los enemigos, y sobre todo hacia los moros, mercenarios a sueldo, con fama de despiadados y sanguinarios. Algunos proclamaban que al que cogieran lo iban a cortar en rodajas.

Me quedé en un espacio a buena distancia de las trincheras, donde se ocultaban tres ambulancias y unas tiendas de campaña para atender las primeras emergencias de heridos y organizar su traslado a los hospitales de sangre de la comarca. Seguiría como camillero, y pendiente si me necesitaban como traductor. No me importaba si tenía que acudir a primera línea de fuego a recoger heridos, Ya no sentía temor, y eso era un alivio; el miedo es muy sibilino y se agazapa en cualquier rincón de tu ser, esperando su oportunidad para saltar al menor descuido. Los acontecimientos me estaban convenciendo que las cosas ocurren al margen de lo que tú hagas o decidas, y aunque el peligro es evidente en medio de una zona de guerra, el destino te tiene reservado un desenlace que no puedes prever ni evitar. No te queda más remedio que ser consecuente con tus ideas y con lo que crees que es lo correcto, y asumir las consecuencias de lo que se presente, que acostumbra a llegar sin pedir permiso.

Pese a los cambios en las posiciones del POUM en la Sierra de Alcubierre, por nuestro flanco no se había movido nada, el frente se había estabilizado, y tampoco había mucho por hacer después de atender las cuatro cosas imprescindibles: preparar la comida, tener a punto el equipo, y buscar leña, para solo por la noche hacer algo de fuego. Las horas pesaban y se hacían eternas, algunos jugaban a las cartas, cosa que a mí me aburría, y lo único que quedaba es hablar. Así pasaron un par de días, y como había nombrado un par de veces la palabra "historia", me empezaron a llamar "el profesor" y me preguntaban sobre cualquier tema, a veces sin ninguna relación con la historia. Me sorprendía que militantes anarquistas supieran tan poco del movimiento en el que se había metido y cuando les planteaba algo sobre el tema captaba toda su atención. Y yo a su vez también me sorprendía con los pensamientos sencillos y el sentido

común de las mentes sanas, que a menudo superan a las ideologías, como cuando surgió el tema de las colectividades y les conté un montón de cosas sobre su organización, la forma de gobernarse, la importancia del beneficio común sobre el particular y la redistribución de la riqueza; y ellos me recordaron el principio anarquista: "Produce según tus fuerzas y consume según tus necesidades", o bien "De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus posibilidades". Tenían también muy claro que nadie con salud debe vivir a costa de los demás, como hacen los ricos y los terratenientes desde que nacen.

Una de esas noches me pidió un miliciano, ya mayorcito, que les contará de donde había salido el anarquismo, y me dispuse a dar una clase como si estuviera en la Universidad, solo que adaptando el lenguaje a los presentes, en una nueva faceta, al estilo de un narrador de historias. Les conté que los orígenes del anarquismo español se remontaban a un día de octubre de 1868, cuando llegó a Madrid, Giuseppe Fanelli, un italiano barbudo, alto, de cerca de cuarenta años, ingeniero de profesión, con aire despierto y mirada penetrante, que en un café les habló con pasión a un grupo de obreros, la mayoría tipógrafos de pequeñas imprentas de la ciudad, sobre los oprimidos por los explotadores y la falta de justicia y libertad. Lo curioso es que no sabía hablar en español y les hablaba en francés y en italiano, y se hacía entender con expresiones y gestos, con las dotes de un gran comunicador, convenciendo y contagiando su entusiasmo. Durante varias noches Fanelli les inculcó sus ideas y principios, pasándoles los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), que era la que le había mandado a España, junto con el programa de la alianza de socialistas democráticos y algunos ejemplares de *"La Campana"*, con artículos y conferencias de Bakunin, del que se consideraba un discípulo. Pertenecía al movimiento "antiautoritario" de la Primera Internacional, y el mensaje que había traído a España era el del anarquismo. Esta ideología se extendió de inmediato entre los trabajadores rurales y de núcleos industriales, sobre todo por el este y el sur de España, fue un éxito arrollador. El primer congreso en 1870 del movimiento obrero español, se declaró a favor de Bakunin y contra Marx, y dos años más tarde la Federación Anarquista reunió en su convención de Córdoba a más de 40.000 miembros activos. Las

insurrecciones campesinas de 1873, que se extendieron por toda Andalucía, estuvieron dirigidas por los anarquistas. Las teorías revolucionarias de Bakunin cuajaron en España como en ningún otro país de la tierra. Los anarquistas han ido creciendo a lo largo de los años y han mantenido hasta ahora el empuje y el control del movimiento obrero español, junto con los socialistas de la UGT, pero los anarquistas, son los más numerosos y los más militantes.

Todos estaban de acuerdo, se notaba que habían tomado parte en el movimiento obrero de los últimos años, algunos incluso pasando por la cárcel, y liberados después del fracaso en Barcelona de la sublevación militar. Les añadí que lo que estaba pasando ahora era algo histórico, que quedará grabado en libros que se estudiaran durante generaciones. Estamos participando en la primera verdadera revolución anarquista de la historia, cada hecho que aquí sucede, que a nosotros nos pasa casi desapercibido, será motivo y fuente de estudio en años posteriores, para universitarios que escribirán sus tesis sobre estos apasionantes días. En este punto saltaron las bromas sobre los intelectuales y su falta de sentido práctico. Uno defendía que estudiar te estriñe y no hay manera de cagar, porque es como si llevaras un palo metido en culo, y gesticulaba su argumento, la verdad con mucha gracia, y con el acuerdo de los demás que lo confirmaban con sus carcajadas.

Un joven que escuchaba con atención, y que no había pronunciado palabra, nos devolvió de nuevo al tema y me pidió que explicara que era exactamente la "dictadura del proletariado". Era una pregunta tan directa que me cogió por sorpresa, e intente medir bien la respuesta.

—La dictadura del proletariado —comencé— es un concepto político propio del marxismo que se refiere a un Estado en el que el proletariado, formado sobre todo por los obreros industriales asalariados, tienen el control del poder político en lugar de los grandes propietarios capitalistas, cuyo dominio es considerado en oposición a una "dictadura de la burguesía". El término fue adoptado por los fundadores del marxismo, en el siglo pasado, tomando como primer ejemplo a la Comuna de París. La dictadura del proletariado se la plantea como un período de transición entre el capitalismo y el comunismo, que requiere el reemplazo del personal del Estado burgués, y un cambio estructural hacia una nueva forma obrera

de Estado, que posteriormente se organizaría en formas como las comunas, hasta ser abolido. Sobre el papel parece una progresión razonable, pero en la práctica sabemos que toda dictadura es autoritaria y se convierte en implacable y además se personaliza en el líder supremo. Tenemos un claro ejemplo en Stalin, que elimina sistemáticamente a todo el que se le opone; ha convertido a la "dictadura del proletariado" en la "dictadura de Stalín". Algo muy diferente a lo que estáis construyendo aquí, tomando las decisiones en grupo, aunque tendréis que estar muy atentos a los personalismos.

Se hacía tarde y nos fuimos moviendo a nuestros camastros en las tiendas de campaña. Me quedé un rato observando a las estrellas, que se veían nítidas y espléndidas, preguntándome si creía en lo que estaba contando. El concepto filosófico del anarquismo me había atraído desde que empecé a pensar. La visión de un mundo justo, sin clases sociales dominadoras, sin pobreza, con la solidaridad por bandera, se me antojaba perfecta, una utopía descabellada, tal vez, visto como podemos llegar a comportarnos las personas, pero por qué no creer en el sentido común, la sensatez, el respeto, la cooperación en lugar de la competencia, era pura lógica, la humanidad natural que traemos al nacer; por qué no recuperar esa sencillez y bondad genuina que esta sociedad cruel y salvaje nos va arrebatando poco a poco. Contemplando la belleza del cielo nocturno estrellado todo parecía posible, me quedé con esa reflexión casi silenciosa hasta que el sueño me pudo.

Al día siguiente por la mañana llegó una noticia que me impactó y me dejó horrorizado. Se había sabido que en el mes de agosto había sido asesinado Lorca, cerca de Granada, aquí todas las noticias llegan muy tarde. Federico García Lorca el genial poeta, una maravillosa persona y la más destacada de la literatura española actual. Lo había conocido con las misiones pedagógicas en su espectáculo cultural de la Barraca, un teatro rural ambulante por los pueblos perdidos de la España que no tenían acceso a la cultura, y había tenido la ocasión, el privilegio, de compartir tertulia con él y su grupo. Lorca tenía algo magnético, contagioso, que te incitaba a sentirte feliz y esperanzado por el futuro de la humanidad, con una mente brillante y un corazón inmenso, capaz de crear una poesía sencilla y a la vez compleja, profunda, comprometida, llena de

raíces populares; para mí un disfrute perfecto. Lo habían asesinado en un barranco las bestias de la ignorancia, y ahora sentía una tristeza y un desconsuelo interno que me hundían en un doloroso pesimismo, y la duda de si la condición humana saldría algún día de su fase animal.

Mis compañeros camilleros me preguntaron por lo que me pasaba, se me debía reflejar el pesar en la cara. Ninguno sabía nada de Lorca, el trabajo por educar en España estaba todo por hacer. Les explique quien era Lorca, la expresión del amor en persona, y les recite de memoria los versos de "Es verdad" de su libro de poemas de 1921, que me aprendí de memoria en mis tiempos de estudiante, y que nunca he olvidado:

¡Ay qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!.

Por tu amor me duele el aire,
el corazón
y el sombrero.

¿Quién me compraría a mí
este cintillo que tengo
y esta tristeza de hilo
blanco, para hacer pañuelos?.

¡Ay qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!.

No sabrían nada de poesía, pero habían conectado con el sentimiento del poema. Empezaba a darme cuenta que la falta de cultura no impide que un buen corazón capte la belleza y exprese cualidades que se consideran coto de los intelectuales. El día que se consiga que la cultura y la buena voluntad se hermanen, todas las utopías serán posibles.

Solo unas horas más tarde comprobé que detrás de una noticia horrible suele venir otra igual de mala, o peor, de la misma familia, su prima-hermana. Me enteré por un recorte de prensa del apoyo de Miguel de Unamuno a la sublevación, y me dio un vuelco por

dentro, un dolor paralizante, la corrosiva amargura de la decepción. No me lo podía creer, mi amado profesor, el insigne Catedrático de Historia de la Lengua Española y Rector de la Universidad de Salamanca, mi inspiración y mentor en filosofía, una de las grandes mentes de nuestro tiempo, rindiendo su sabiduría, apoyando públicamente a los fascistas, a estos tiranos que nos quieren mantener esclavizados y subyugados. Esto tendría que tener alguna explicación. Se le consideraba uno de los padres de la República, y no me cabe duda de su integridad moral, lo ha demostrado cientos de veces y siempre ha sido un ejemplo de caminar hacia la luz, y ahora, ¿Qué sentido tenía ponerse del lado de la oscuridad?. Me quedé con la duda, sin atreverme a juzgar con severidad, tal vez le habrían obligado, o chantajeado de alguna manera. Decidí guardarme mi opinión para cuando tuviera más información, pero esto era un mazazo para todos los que tratamos de mantener nuestros principios en medio de la presión extrema.

Ya avanzada la tarde llegaron los dos milicianos que me habían hecho de guardaespaldas el otro día en la ofensiva, acompañados de otros dos que se presentaron como militantes del POUM. No se les diferenciaba por su inexistente uniforme, a no ser por el gorrito rojo y negro de uno de mis compañeros anarquistas. Venían en mi búsqueda, me comentaron que había llegado un grupo de ingleses a las posiciones del POUM y que tenían dificultades para entenderse con ellos y habían pedido a la columna si tenían algún traductor de inglés. Mis compañeros me dijeron que en el Cuartel General habían dado la autorización para que fuera a echarles una mano a sus líneas, si yo estaba dispuesto, y que Jesús, el secretario de Durruti, les había hablado muy bien de mí. Ya no me sorprendía de los cambios que daba mi vida, casi a diario. Les dije que estaba a disposición de donde fuera más útil, lo primordial era ganar la guerra y todo lo demás pasaba a segundo plano. Recogí mis cuatro cosas, y en mí caso no era una expresión hecha, sino la pura realidad; me despedí de mis últimos compañeros y me monté en la camioneta en la que habían venido, que me llevaría hasta mi nueva zona de trabajo. La camioneta era de la columna y se aprovechó para desplazar a algunos milicianos por detrás de las posiciones anarquistas y hasta el punto en el que comenzaban las del POUM, con los que los anarquistas tenían muy buena relación. Pensé que el hecho de no

ser militante con carnet de la CNT les habría facilitado la decisión en el Cuartel General; se llevarían bien, pero no era habitual que se prestasen recursos.

A mitad de camino, uno de mis compañeros de correrías me contó que se había puesto en marcha la retirada de las mujeres de las trincheras y que había sido todo un espectáculo, con el consiguiente cabreo de muchas de las milicianas. Se las había montado en un tren hacia Barcelona, incluso con las puertas precintadas, pero un par de días después ya se veían algunas por el frente, y más que volverán. Como sabía que había hecho buenas migas con Jesús, me comentó que había hecho un excelente trabajo, con mucha paciencia; muchas de ellas eran del colectivo de "mujeres libres", y esas no le temen a nada. También había realizado con éxito la misión que Durruti le había encomendado, enviándolo con una escolta a la zona de Lleida a poner orden en algunos milicianos incontrolados que estaban vaciando comercios, apuntando los gastos a la columna: "algunos se creen que la revolución es hacer lo que les place".

Llegamos a las líneas del POUM, en la Sierra de Alcubierre y me despedí de mis dos compañeros con un fuerte abrazo, deseándonos suerte mutua. Los vi alejarse, y me entró un poco de nostalgia; cuando compartes con alguien el peligro y te juegas la vida en la defensa de lo que crees justo, se establece un vínculo que va más allá de la simple amistad. Casi no nos hemos conocido, y puede que nunca nos volvamos a ver, pero ese vínculo permanecerá intacto, porque tiene el sello de la humanidad verdadera.

Con mis dos nuevos compañeros nos dirigimos a las trincheras donde estaba el grupo de ingleses, pasando por distintos grupos de milicianos, que tenían la misma sencillez y camaradería que los anarquistas. Prácticamente no se notaba la diferencia, a no ser qué en vez de gorros rojinegros, ahora se veían pañuelos rojos al cuello; las ropas igual de variadas y descuidadas, muchas alpargatas, barbas abundantes, y pintas desaliñadas, se notaba que tampoco había servicio de baño. En lo que si repare era que aquí se veían menos armas y fusiles más viejos; igual también hay clases en la revolución. Llegamos a la zona donde estaba el grupo de ingleses, una veintena, con otros tantos españoles, y me acogieron como si me conocieran de toda la vida. Había un montón de cosas acumuladas

para traducir y no me daban descanso. Les llamaban los ingleses, pero entre ellos había tres o cuatro irlandeses y un americano, y otros tres o cuatro escoceses que parecían tener país propio. Los españoles no paraban de preguntarles cosas, como de donde venían, si tenían familia, sobre sus ideas, sus sindicatos, y de contarles la situación de la guerra. Me reconfortaba comprobar que seguía dominando el idioma, aunque me tenía que mantener atento y concentrado por la velocidad en la que me hablaban con distintos acentos de inglés, y a veces se me resistía alguna palabra. Me sentía realmente útil y eso era un alivio, me liberaba de la tensión de vivir como si estuviera colgado de un hilo.

Mi nuevo hogar era de lo más austero que se puede imaginar, en segunda línea de trincheras, a solo trescientos metros de la primera, y hasta podía divisar a lo lejos las posiciones enemigas. Escondidas entre matojos y algunos viejos robles, escasos en esta zona de sierra bastante descarnada, unas casamatas hacían las veces de vivienda, construidas con muretes de piedras y calizas unidas sin argamasa, cubiertas por un tejado improvisado de ramas y uralitas cubiertas de tierra y ramaje, con una rústica chimenea al fondo para el invierno que se acercaba y que ya empezaba a dejarse notar, y con el suelo revestido de ramas secas. Todo muy tosco y sencillo, y sin embargo acogedor, siempre es mejor que estar al raso.

Mis nuevos compañeros seguían consternados por la pérdida de Leciñena y las bajas que sufrieron; estaban reforzando sus posiciones, dispuestos a aguantar como fuera cualquier ataque. Se hizo de noche y después de una cena discreta de comida enlatada me quedé contemplando el mismo cielo estrellado de ayer, y enseguida me acompañó un joven pelirrojo, alto y fortachón, que se presentó hablando un inglés lento y bien pronunciado.

—Qué noche tan bella. Hola, me llamo Lyam, que es la forma irlandesa de Willian, aquí soléis confundir a los irlandeses con los ingleses, somos vecinos, pero muy diferentes.

—Hola Lyam, yo soy Julian, y me apasiona la historia, por eso conozco muchas cosas de la cultura irlandesa; me encanta sobre todo vuestra música tradicional, en particular las antiguas composiciones de O´Carolan. Tengo previsto, en mis planes que por ahora están congelados, viajar a Irlanda, y recorrer sus verdes paisajes y sus esplendidas tabernas, y también pasar a Escocia a recorrer las

tierras altas. Es un sueño que ojalá pronto se me haga realidad. Por ahora compartimos el mismo mantón de estrellas.

—Contemplo las estrellas y así sigo estando cerca de mi tierra. Si algún día vienes a Irlanda te llevaré a conocer sitios increíbles de los orígenes de la tradición gaélica; comprobarás que la hospitalidad irlandesa es muy parecida a la española, en eso somos pueblos muy cercanos, a diferencia de los estirados ingleses que creen saberlo todo.

Lyam me cayó bien al instante, me sentía cómodo y relajado a su lado, hablaba despacio, cuidando la emisión de las palabras, como si las fuera dibujando en el aire. Seguimos un rato en silencio disfrutando de la visión del universo, sabiendo que era compartida, lo que le daba mayor grandeza.

Por la mañana temprano del nuevo día nos llegó la información de lo que significaban las explosiones lejanas que se oían ayer: los internacionales de la columna de Durruti habían lanzado un ataque desde Monte Oscuro para ocupar el pueblo de Perdiguera y habían caído en una trampa quedando muchos acorralados. El ataque fue un total fracaso, descoordinado con otros grupos de la columna, con el resultado de un número considerable de bajas; lo que me entristeció, con ese dolor que te corre por el pecho ante las desgracias ajenas, que ya me empezaba a ser familiar; seguro que habrán caído caras conocidas, prefería no saberlo. Me hizo pensar que, de haber permanecido junto a los anarquistas, es muy posible que me hubieran llamado para ir de traductor con los internacionales. Empezaba a creer que las casualidades del destino pueden no ser tan fortuitas, y hay algo que me protege. En medio de una guerra reina la incertidumbre, no hay manera de prepararte para lo que va suceder en cualquier momento; lo único que podía hacer es permanecer disponible para estar a la altura y confiar en que alguna estrella de este infinito cielo se digne a ser mi guía y protección.

****

Salir del Registro Akáshico siempre conlleva un fuerte contraste con una realidad más profunda, en la que tomas plena conciencia de la atmosfera absorbente que dominaba tu vida en una determi-

nada encarnación en el mundo objetivo, en el plano físico denso. Ahora se ven con claridad los espejismos que envolvían y nublaban la visión, esa particular forma de distorsionar la realidad, sustentada por emociones y pensamientos, de la que no eres consciente.

La visión nocturna del cielo estelar puede que fuera lo más cercano que estuve para traspasar esa realidad paralela. En la contemplación de la inmensidad de las estrellas se intuye una oportunidad para romper límites y ampliar la percepción y la perspectiva; trato de penetrar en esa intuición, y la voz silenciosa viene en mi ayuda,

—El Universo contiene todas las respuestas, que se reflejan en todas las partes de su creación, pequeñas o grandes, y es a través de la contemplación, tanto del macrocosmos como del microcosmos, como se desvelan los mundos ocultos, como se pasa de lo esotérico a lo exotérico a través de la evolución de la conciencia

Habitamos un bello planeta azul del que tanto nos cuesta formar parte. Lo llamamos Tierra, aunque su mayor parte sea de agua. No es el centro del universo, ni del Sol, que le irradia y le da vida. Tal vez un punto insignificante de la galaxia, pero es un lugar mágico, único, irrepetible, y en él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro Ser. "Vivimos", significa la apariencia en el plano físico, "nos movemos", el alma o aspecto conciencia, y "Ser" se refiere al aspecto espíritu.

La Tierra gira sobre su eje y se mueve alrededor del Sol. El sistema solar gira también sobre su eje, en un sendero orbital alrededor de su centro galáctico, acompañando al devenir de otras constelaciones. Este centro forma parte a su vez de una gran rueda cósmica. Toda la bóveda celeste está en movimiento girando y viajando a velocidades de vértigo.

Mi atención iba siguiendo la descripción del Universo. Lo primero que se planteó ante una visión tan grandiosa era la eterna pregunta de la ciencia sobre si estamos solos en el universo.

—Creer estar solos en este espacio infinito, solo es un espejismo miope, que hasta va en contra de toda lógica lineal. Si pudiéramos ver con ojos de realidad, con visión etérica y espiritual, sabríamos, no solo que otros seres humanos similares a los terrestres

habitan en infinidad de planetas dispersos por esta y otras galaxias, sino que nuestro propio sistema solar está habitado en la mayor parte de sus planetas por seres humanos con cuerpos vibrando en niveles etéricos; solo en la Tierra existen cuerpos físicos en su nivel más objetivo.

La vida de la forma se presenta en muchas manifestaciones. El plano físico contiene desde los cuerpos más densos, hasta varios niveles etéricos que por ahora la ciencia solo acierta a intuir. Invisible no quiere decir inexistente, o carente de alma. El proceso evolutivo desvelará con sencillez, a su debido tiempo, lo que hoy son misterios insondables.

Nuestros "hermanos del espacio", son seres humanos como nosotros, solo que se manifiestan en cuerpos etéricos, y solo pueden ser vistos, tanto ellos como las naves en las que viajan, cuando reducen su frecuencia energética y pasan al nivel objetivo. Están muy cerca, atentos a intervenir, cuando la estupidez terrestre se acerca al abismo. No dejaran que la ambición de unos pocos destruya las muchas formas de vida que también pueblan la madre tierra. Nadie viene a hacernos daño. No es nuestro destino ser destruidos, ni acabar con las vidas que no nos pertenecen.

Cientos de señales se ocultan o se pasan por alto: círculos y formaciones increíbles en las cosechas, naves y objetos volantes imposibles, mensajes, presencias, contactos. Para quien no quiere ver, ni saber, todas las pruebas rebotan en sus limitados cerebros.

La imagen de los círculos de las cosechas se dibujó nítida en mi campo de visión. En el otro lado seguía con detenimiento todas las informaciones que se publicaban sobre estas formaciones, que se creaban en cuestión de minutos en distintas partes del planeta, sobre todo en los campos de cereales de Inglaterra. Para cualquier persona sensata eran un completo misterio. Casi coleccionaba las fantásticas fotos de los campos de trigo y centeno sobre los que se creaban estos sofisticados diseños, al doblarse sus tallos en grandes extensiones, sin que ningún tallo estuviera roto, siguiendo patrones geométricos, a veces en formaciones espirales, o con signos astrológicos, y otros dibujos desconocidos. Siempre he sabido que la complejidad de sus diseños es de tal magnitud que supera a la inteligencia y tecnología actual de los habitantes de la Tierra.

—Sin recurrir al Registro Akáshico, vas a ser testigo en primera fila y en tiempo real de la creación de un círculo. Tu cuerpo etérico va a participar de la experiencia directa con la conformidad de nuestros vecinos, nuestros hermanos extraplanetarios.

En un instante me vi sobre un extenso campo de cereales con verdes tallos ya bien crecidos ondeando ligeramente al viento. Una nave de forma ovalada y luminosa si situó sobre el campo a cierta altura, muy cerca de mí, y a medida que hacia un recorrido casi circular, los tallos se doblaban siguiendo una determinada dirección y dibujaban un complejo diseño de una belleza deslumbrante. En pocos segundos había quedado completado un complejo dibujo, grabado en tres dimensiones. Mi cuerpo se movía a través del espacio con solo enfocar la atención; me acerque al círculo recién elaborado, que rompía su curvatura por tres lados, sin alterar sus constantes geométricas. A medida que penetraba sus límites, cambiaba y se elevaba el grado de la energía y el magnetismo, que un cuerpo etérico detecta a la perfección. Se percibía una paz clara y profunda, y como aumentaba la vibración de todo mi cuerpo de luz, como si estuviera recargándose. Noté que desde la nave me observaban y supe que se presentaban, me invitaban a conocerles. Me acerque hacia sus cuerpos de luz movido por un impulso natural, sin el menor atisbo de deseo. No había espacio para emociones, solo comunicación directa, telepática, intuitiva, real. Supe que su labor para con la Tierra era de ayuda, limitando en parte nuestros errores con la contaminación, sobre todo con la toxicidad nuclear, y también con otros cometidos, como la energetización de diversos puntos, cuyo sentido estaba fuera de mi comprensión, y entendí, sin la menor duda, que no procede hacer preguntas sobre lo que aún no se puede comprender. Era evidente que estaban desarrollando una refinada forma de solidaridad entre planetas del mismo sistema solar, de carácter esencialmente benévolo, con un grado de altruismo en dimensiones desconocidas.

Se despedían, no sentí ningún deseo de conocer su nave, me bastaba con el privilegio de estar en su presencia y la sintonía de nuestras conciencias. Como un gesto hacía mí, disminuyeron la vibración atómica de su nave y pasó de ser etérica a física, lo que sería un "ovni", "un objeto volador no identificado", para alguna persona

que tuviera la suerte de pasar por aquellos campos. La nave dio dos vueltas y se perdió a lo lejos a la par que volvía a su estado etérico.

En un instante, como el que me había transportado allí, volví al plano del alma y al contacto con el ser que me instruía.

—Ahora sabes algo más sobre el insondable mundo del que formamos parte. Llegará un tiempo en el que todo esto sea algo natural para la humanidad, por ahora solo está al acceso del plano del alma y de las conciencias más elevadas.

Toda forma de vida, incluidos los planetas y los soles que a la noche son estrellas, se construyen con materia universal provenientes de constelaciones anteriores, que un día abandonaron el plano físico, y dejaron un bello rastro de polvo estelar. El ser humano contiene en sí mismo todos los elementos que se encuentran en el universo. Somos parte del planeta, del sistema solar, del Todo. Una inmensa red de energías todo lo compenetra. El sentido de separación es un cruel espejismo, que aísla, daña y rompe la armonía natural del Universo, que a su vez es nuestro verdadero estado natural. Hacía ese estado debe caminar hasta el último cansado peregrino.

VII. Camino de Santiago. Burgos.

Me había levantado un poco antes de lo habitual, aún de noche, y eso que en este albergue de Atapuerca se dormía bien. A veces no es tan fácil, cuando coincides en las habitaciones compartidas con los super madrugadores que acostumbran a arañar minutos a la mañana, aún por acabar de llegar, para desperdiciarlos por la tarde, y creen tener derecho a imponer sus ritmos a los demás haciendo ruidos innecesarios y ostentación de falta de respeto; en todas partes se necesita paciencia. Salí a contemplar las estrellas antes de que se retiraran; lucían espléndidas, nítidas, llenando el cielo de poderío luminoso.

Esperé a las primeras luces para ponerme en marcha, me niego a caminar de noche con el frontal si no es imprescindible, y el día da mucho de sí. De paso se marchan estos madrugadores obsesivos que se pasaran la tarde sin hacer nada, dando "palique" en los albergues, contando batallitas del camino; prefiero esquivarles y que vayan por delante, parece que les gustan las prisas.

Al final del pueblo de Atapuerca una senda sube hacia una pequeña Sierra, con cierta dureza por caminar entre piedras irregulares. Después de atravesar un reducido encinar y acometer una larga cuesta se llega a una cumbre en la que te encuentras una gran cruz de madera sobre un montículo con un gran montón de piedras en su base, y desde ese punto se ven, o se adivinan, muy a lo lejos de una amplia llanura descendente, las torres de la catedral de Burgos envueltas en una suave bruma que le dan misterio a la grandeza del lugar que ya se intuye.

En un cartel escrito sobre láminas de hierro con las letras perforadas de estilo medieval se puede leer:

"Desde que el peregrino dominó en
Burguete los montes de Navarra
y vio los campos dilatados de
España, no ha gozado de vista más
hermosa como esta."
Pag 106 de las Peregrinaciones Jacobeas de Luciano Hidobro.

Cerca de allí me llama la atención un gran dibujo circular, un

tanto irregular, hecho con piedras, que no habrán tenido que hacer mucho esfuerzo en acumular; ¡será por piedras¡, y si no que se lo digan a las plantas de mis pies, es muy incómodo caminar en pedregales. El dibujo me recuerda a los círculos de las cosechas, salvando las distancias, este sería un círculo de cosecha de piedras, y aquí se ve la mano humana, de trazos rudos, descuidados, pero tiene su particular encanto.

Un peregrino acababa de llegar y se había detenido mirando el círculo con interés. Le había oído hablar ayer en el albergue con un inconfundible acento del sur de Inglaterra. Se me ocurre hacerle un comentario en mi más cuidado inglés,

—Podría ser una versión rupestre de los círculos de las cosechas que abundan en tu país.

—Vaya, es curioso, yo también lo estaba relacionando, ya se ve que no es lo mismo, sin embargo, me ha venido la misma imagen. No sabía que se conocían fuera de Inglaterra. Por cierto, me llamo Alfred.

—Yo soy Raquel, y el mundo es muy pequeño para que algo tan extraordinario pase desapercibido.

—Yo he tenido la suerte de estar en un círculo de las cosechas hace dos años en Hampshire y no me queda la menor duda de que una creación tan perfecta está muy por encima de la mano del hombre.

—¿Es verdad que todos los tallos de los cereales están doblados y ninguno roto?, ¿Lo has visto con tus propios ojos?.

—Es totalmente cierto, son diseños en tres D, muy complejos, en una extensión mayor a la de un campo de futbol, donde no solo los tallos están doblados, sin una sola rotura, sino que se distribuyen siguiendo los dibujos de forma impecable. Son auténticas obras de arte hechas con una tecnología desconocida. Se distinguen perfectamente de los burdos intentos de hacer algo parecido por aficionados o para desprestigiarlos. Nadie puede doblar millones de tallos sin romperlos, y mucho menos que se plieguen y se dirijan de forma tan exquisita.

—¿Cómo se puede llegar a estar en presencia de uno de estos círculos?, tengo entendido que se destruyen enseguida.

—En la época de mayor auge de estas formaciones, en primavera y principios de verano, hay varias empresas de turismo activo,

que recorre determinadas comarcas, sobre todo del sur de Inglaterra, llevando a gente interesada. La noticia de la creación de un círculo corre como la pólvora, y en poco rato ya tienes a alguno de estos modernos viajeros llegando, a veces hasta en helicóptero. Todo ocurre deprisa, el gobierno paga a los agricultores para que los destruyan y ocultar su existencia, y según se cuenta, paga también por crear círculos falsos, para confundir y tergiversar. Se toman muchas molestias, en mi opinión tratan de ocultar que son realizados por seres extraplanetarios. No creas que soy un fanático de los extraterrestres, solo es lo que tiene más lógica.

—Yo también lo creo, y muchas veces pienso que los gobiernos, los de cualquier país, tienen pánico a que estos seres se nos presenten y nos orienten sobre la forma de gobernarnos sin tanto intermediario. Una última pregunta, y perdona mi insistencia porque nunca había conocido a nadie que hubiera estado en persona en un círculo recién creado, ¿Qué se siente en su interior?, ¿Es tan especial como cuentan?

—No sabría contestar bien a eso, yo soy poco sensible a energías y a cosas desconocidas. Lo que sentí es una paz inmensa, y como un zumbido a mi alrededor, como si hubiera un campo magnético diferente, pero no puedo afirmar o negar nada.

Nos pusimos en camino, en un terreno con una ligera y larga bajada, con la bonita expectativa de acabar en Burgos, un punto emblemático en el camino, con mucha historia por ofrecer. No había planeado caminar en compañía, me estaba acostumbrando a ir sola, aunque Alfred no se hacía notar, era un hombre muy callado, casi me extrañaba que me hubiera hablado de los círculos, ahora apenas soltaba palabra, se las apañaba casi con monosílabos. Algo me dice que es un tipo raro, tal vez un solterón que, a su mediana edad y con un buen porte, no parece normal que vaya solo; como de costumbre ya empiezo a fabular, no tengo arreglo.

Pasamos por varios pueblos pequeños, donde pudimos hacer un buen desayuno, y acabamos rodeando un aeropuerto, un tramo que se me hace farragoso, aún en terreno llano y cómodo, puede que por tener un cierto prejuicio sobre las ciudades pequeñas que se empeñan en tener aeropuerto; puede que en este caso tenga sentido, por lo menos tengo que cuestionar mis prejuicios.

Llegamos al pueblo de Castañares, y aquí se abre la posibilidad

de ir por el camino antiguo, a través de un largo polígono industrial y una entrada a Burgos por una parte de la ciudad llena de asfalto y ruido, como advierten en algunas guías, o elegir una ruta por la ribera del río Arlanzón, en un largo recorrido natural lleno de verde y árboles.

Alfred, haciendo gala del típico inglés defensor de las viejas tradiciones, prefiere ir por la ruta antigua y respetar el camino original, a través del polígono industrial y los barrios periféricos de la ciudad. El caso es que yo no soy típica española y prefiero recorrer la ruta verde, ya ha sido bastante raro rodear un aeropuerto, y no soy una "pureta" del camino. Puede que Alfred, más que complejo sea rígido, y eso si es un síndrome de difícil curación. Me imagino que en la Edad Media los antiguos peregrinos no tenían problemas para tomar un tramo alternativo del camino en mejores condiciones, igual eran más flexibles que nosotros.

Pasado Castañares se coge enseguida la ribera del Arlanzón y la ruta coge un giro inesperado entre la frondosidad de viejos y grandes árboles, por un camino rodeado de naturaleza, hierbas y plantas con cientos de tonalidades, aire fresco, una larga playa a un lado del río en una zona remansada, con patos y otras aves; toda una amplia zona de ocio en la que la gente pasea y corre relajada, y muchos "buen camino" al verte peregrina, la amabilidad siempre reconforta. Hay ciudades donde se nota que viven conscientes del camino que las atraviesa.

Han sido más de cinco kilómetros por un entorno agradecido, un paseo reparador, aunque esté al final de la jornada. Se sale de la ribera del río cruzando por un puente peatonal que enseguida te dirige a la calle de las Calzadas que conecta con el casco viejo de la ciudad. Ahora me doy cuenta de que esta calle me es familiar, la conozco, recuerdo que en uno de estos portales vivía la familia de una compañera de estudios, y que una vez vinimos de pasada. No he vuelto a saber nada de ella desde que acabamos los estudios, a veces pierdes la pista a personas y nunca las vuelves a ver, como pasa en el camino, que es como el camino de la vida en versión super reducida, aunque ya quisiera la vida regalarte tantas magníficas jornadas. Hace más de veinte años que estuve por esta calle, entonces no tenía ni idea que era el camino de Santiago, y no me podría haber imaginado que muchos años después lo recorrería

como peregrina.

Al final de la calle de las Calzadas, sales a una placeta donde ya se respira el Burgos medieval con la fachada del convento de Las Bernardas, la Iglesia de San Lesmes y los restos del antiguo Monasterio de San Juan, antiguo hospital de peregrinos. Después de pasar el arco de San Juan se entra de lleno en el casco antiguo: calles empedradas, viejos edificios con galerías acristaladas, calle de San Juan y subida por Fernán González hasta el albergue, muy cerca de una catedral que quita el hipo; aunque ya la conozco nunca me cansaría de visitarla, esta tarde promete.

Hay algo en estas viejas calles que me resulta cercano, una extraña mezcla de emotividad y nostalgia. Todos los cascos históricos me emocionan y me motiva mucho recorrerlos, disfrutando de cada rincón, de infinidad de detalles, pero en este caso hay un componente de tristeza que no acabo de encontrar su encaje.

Al llegar al albergue municipal te queda claro que es una ciudad que se interesa por el camino. Está ubicado en la que se conoce como Casa del Cubo, cuyo nombre alude a los cubos que se ven en la parte superior de la fachada. Es un edificio de siglo XVI, inaugurado en 2008 después de una cuidada rehabilitación. Se levanta sobre un cuerpo de piedra en el que aparece una bella portada flanqueada por balaustres que culminan en un escudo heráldico. Por encima se desarrolla un cuerpo de ladrillo dividido en tres pisos. Ambos cuerpos están separados por una franja moldurada con ménsulas en la que descansan los cubos que se ensanchan progresivamente.

El albergue dispone de 150 plazas, repartidas en seis plantas, cuenta con todo tipo de servicios: lavadero, calefacción, agua caliente, duchas e inodoros más que suficientes, taquillas, botiquín, máquinas de agua, refrescos y café, salón de reuniones, comedor, terraza, teléfono público, aparcamiento de bicicletas, Internet, cobertura de móviles y recarga de baterías. Lo gestiona personal contratado, y dispone de voluntarios para atender y asesorar a los peregrinos. Las camas están distribuidas a lo largo de cada planta en compartimentos de cuatro literas con separaciones entre ellos. Son unas instalaciones muy cómodas, y aunque se llenen no te queda la impresión de estar en un internado de hace doscientos años, como ocurre en algunos albergues de habitación única en los que ajustan

literas mejor que en el “Tetris”

Después de una ducha y de dejar mis cosas para ir a comer algo, me sorprendió una escena de lo más surrealista en la recepción del albergue. Un italiano con un perro, con una pinta de suciedad desastrosa, sobre todo la del dueño, se empeñaba en entrar con el animal y el hospitalero se lo negaba, argumentando que en este albergue no se admitían animales, dándole la opción de ir a otros albergues que sí los admitían, pero el señor estaba indignado echando pestes por la boca, sin duda la parte más sucia de su deplorable presencia. En un momento comparó al hospitalero con los nazis de Hitler, y aquí se acabaron las contemplaciones, o se iba o vendría la policía. Unos cuantos peregrinos nos dedicábamos a observar; a mí me parecía indignante que alguien no respete las normas de un albergue, aunque no le gusten, y se atreva, en un ataque de arrogancia, a irradiar energía negativa como si fuera el dueño de la atmósfera. En todo caso deberían tener en los albergues una ducha a prueba de bombas antes de entrar para casos de excesos de suciedad; hay filtros que parecen segregar y son todo lo contrario. No creo que nadie tenga el derecho de obligar a los demás a compartir su mugre. Pensé en la paciencia que tienen que tener a veces los hospitaleros con las rarezas de la gente; afortunadamente estas situaciones no son nada habituales.

Tengo que comer algo, me vale un bar enfrente del alberque, será una comida tardía, o una cena adelantada. Otros peregrinos han tenido la misma idea. Me quedo observando a uno muy distinto al italiano de antes; es clavado a Vicente Ferrer, el artífice de un extraordinario trabajo con su Fundación como cooperante de la India, que por cierto falleció ya hace unos años, y con el que tuve la suerte de coincidir y conversar como compañero de asiento en un viaje de avión; misma cara, mismos ojos, idéntico tono de voz, pausado y tolerante. Me dan ganas de decirle su parecido, pero un sexto sentido, en forma de pitido interno, me dice que no lo haga, porque puede que sea un comentario invasivo, demasiado personal, y últimamente hago caso a las señales. Recordé una entrevista que le hicieron hace muchos años en televisión a Vicente Ferrer, en la que, entre otras anécdotas de su vida, contó que una vez se reunió con Franco, a petición del dictador que quería conocerle, aún sabiendo que había luchado en la guerra civil en el lado republicano,

en la quinta del biberón. Decía que había tenido una interesante conversación con Franco quien, hablando sobre el dinero, le había dicho que "el dinero corrompe", con la consiguiente indignación del entrevistador, a lo que Vicente Ferrer dijo que había escuchado a Franco y valorado el contenido de sus palabras, no era su función juzgar a nadie. Se me ocurre que después de perder una guerra, ser capaz de escuchar al dictador, y encima tener en cuenta lo que dice, es una muestra de tolerancia que supera todas las barreras. Puede, y esto me cuesta más pensarlo, que el hecho de que Franco se reuniera con respeto hacia un antiguo enemigo de guerra también dice algo a su favor. Esta sería una buena reflexión para mi trabajo sobre la Tercera España.

Ya dispuesta a hacer el recorrido por el centro histórico de esta bella ciudad, un banco alargado a modo de mirador en la parte trasera de la catedral absorbe mi atención. Atraída como un imán, tomo asiento, y vuelvo a sentir esas extrañas sensaciones de las viejas calles, solo que esta vez una presión me aprieta el pecho con fuerza, y un escalofrío recorre mi cuerpo. Intento relajar la respiración y contemplar la imponente vista que tiene la parte posterior de la catedral desde este punto y los edificios de casas antiguas que cierran su entorno. Ahora me parece evidente que aquí he tenido que vivir alguna situación muy difícil, de esas que se graban y saltan en otra encarnación. Como en los Montes de Oca estas sensaciones me transportan a la guerra civil, puede que por eso me interese tanto, y algo tendrá que ver Burgos en esta historia. No me puedo quedar con elucubraciones o fantasías, algo hay, pero no puedo saberlo con certeza, creo que lo más inteligente y sensato será observar y dejar que las cosas se desmadejen solas, y en cualquier caso, enfocar el tema de la guerra civil sin prejuicios y sin dejar que las emociones nublen mi visión. Un pequeño letrero del banco dice que tiene wifi, a mí me sirve para darme cuenta que estamos en el siglo XXI, y que ningún pasado debe limitar mi presente.

Con ese espíritu de "aquí y ahora", recorro los contornos de la impresionante Catedral, un templo gótico, construido sobre uno románico y con aportaciones de diversas épocas. Desde el exterior tiene un aspecto imponente, con unas torres en forma de agujas llenas de filigranas, un gigantesco rosetón, y un montón de detalles y recovecos. Puedes pasarte horas proyectándote sobre una imagen

tan potente y tan bella. En la fachada principal de la catedral está escrito en piedra:"pulchra es et decora" que significa: "eres hermosa y bella", pero en latín pulchra es con "h" y al no tener hueco, suprimieron la h para solo poner "pulc". Suenan las campanas para dar todavía más grandiosidad al momento, y esta gente sabe de tocar campanas, un buen rato tañendo y repicando, para inundar y resaltar el carácter histórico de la villa. Dejo que las campanadas me arropen y me eleven, aunque pitan un poco los oídos.

Me meto al interior de la Catedral, previo pago del ticket especial para peregrinos, para dar un corto recorrido, conocerla en profundidad llevaría horas: planta de cruz latina, tres naves divididas en nueve tramos, bóvedas de crucería, pilares octogonales, triforio en la nave central y transepto, coro plateresco en forma de U con sillería de nogal, claustro de dos plantas, capillas llenas de obras de arte, museo...Me quedo maravillada ante el magnífico cimborrio octogonal con bóveda estrellada de ocho puntas, de influencia musulmana, con unos inigualables filtros de luz. A este cimborrio lo considero una de las joyas del templo, se ubica en la parte superior de las naves mayor y transversal formando en su parte exterior el crucero. Tiene cincuenta metros de altura desde la base, y cuenta con doble cuerpo de luces y una espectacular bóveda de estrella calada, que permite el paso de la luz desde lo alto del cielo. Todas las galas del gótico y todos los lujos del renacimiento se dan cita en esta construcción, principalmente en la asombrosa estrella de ocho puntas. El conjunto descansa en cuatro poderosas columnas, que se asientan sobre una amplia base octogonal. A la altura de los ventanales de las naves se inician cuatro arcos torales y cuatro pechinas, a partir de las cuales surge el octógono de la linterna, que desemboca en la más fastuosa ornamentación, básicamente plateresca con reminiscencias góticas y unas soluciones muy originales. En la primera franja del octógono resalta una leyenda, distribuida en las ocho caras: IN MEDIO TEMPLI TUI LAUDABO TE ET GLORIAM TRIBUAM NOMINI TUO QUI FACIS; cojo el traductor del Google del latín al español y me dice: EN MEDIO DE TU TEMPLO TE ALABARÉ Y DARÉ GLORIA A TU NOMBRE QUE HACES. Me quedo con lo de en medio del templo, la contemplación ya es cosa de cada cual. Es sin duda una entrada de luz de las más bellas de todo el Renacimiento Español, tanto por su originalidad arquitec-

tónica como por su abundante y valiosísima decoración escultórica. Felipe II decía que "más parecía obra de ángeles que de hombres".

Si no fuera por el dolor de cuello, me pasaría horas perdiéndome en contemplar esta maravilla. A sus pies está enterrado el héroe castellano por antonomasia. Desde el año 1921, se hallan depositados los restos del Cid, Don Rodrigo Díaz de Vivar y de su esposa Doña Jimena, y está bien dicho, "los restos", porque solo quedan unos pocos huesos que quedaron tras el expolio al cual fueron sometidas su sepultura y la de su esposa por las tropas francesas durante la guerra de la Independencia. Me pregunto si un personaje que se pasó toda la vida repartiendo espadazos merece estar en un lugar tan especial.

Para acabar la visita me recojo en una capilla dedicada a la oración, la Capilla del Cristo Moreno, presidida por la singular talla de un cristo, articulado, que mantiene el cuerpo vertical, los brazos casi en horizontal y las manos curvadas, con la cabeza ladeada sobre el hombro derecho, cayendo por él parte del cabello; lleva ceñida la corona de espinas y mantiene la boca y los ojos entreabiertos; está cubierto con una larga faldilla de terciopelo que le cubre casi todas las piernas. En la puerta de cristal de la entrada de la capilla un cartel pide a los turistas respeto por ser un espacio reservado solo para el culto, o sea, ideal para meditar un rato. Enseguida conecto con la energía de este espacio que tiene una potente vibración, y me dejo abandonar, sin perder la concentración en el entrecejo, que con la práctica se dirige a ese punto, una y otra vez. Por muy fuerte que sea la energía del lugar, si pierdes un mínimo de concentración no se puede mantener el estado meditativo.

La tarde se presta a conocer las callejas aledañas a la Catedral que te obsequian con una numerosa oferta de bares de tapas, de lo más apetecibles, ahora que el día vuelve al frío que da fama a esta ciudad. Si pides un vino te preguntan: ¿Ribera o Rioja?, ambos excelentes vinos tintos de joven cosecha que entran solos; la belleza esta donde menos se la espera.

En uno de estos bares coincido con una pareja de peregrinos de avanzada edad, aunque se les ve muy en forma. Nos hemos cruzado varias veces a lo largo del camino, y creía que eran franceses, porque les he oído hablar en francés con soltura, y solo ayer cuando nos dijimos "buen camino", he descubierto que son españoles;

hacen también jornadas largas y van ligeros, si los ves a lo lejos no dirías que ya peinan canas, bueno él ya peina pocas, si se quita la gorra se le pueden ver hasta las ideas. Ahora compartimos el único hueco que queda libre en la barra del bar y lo natural es hablar; se llaman Maribel y Manuel, y tienen algo que te da confianza.

—Prueba "las bravas" de este bar, que llevan fama —me invita Manuel con una sonrisa.

Y son realmente buenas, es una delicia ir de tapas para coronar una jornada del camino.

—De donde sois —les pregunté—, no os cojo el acento.

—En realidad somos fruto de una mezcla —me respondió Manuel—, vivimos en Cuenca, yo nací en Albacete, de padre andaluz y madre valenciana, y Maribel nació en Paris, de padre catalán y madre francesa. Los ocho apellidos de nuestros hijos son una muestra de la mezcla de razas que viene arrasando. Tú tienes un acento catalán que te delata.

—Sí, de Barcelona, una ciudad también llena de mezclas. Supongo que ya sois peregrinos expertos —les pregunte—, os he visto con las mochilas con poco peso y conocéis los buenos bares.

—No hagas caso a la edad, y los expertos no existen, aquí en Burgos aciertas en todos los bares —respondió Maribel—. Hicimos el camino completo desde Roncesvalles cuando teníamos cincuenta años, no es fácil tener un mes libre cuando estás trabajando, y hasta ahora, ya recién jubilados, no hemos tenido ocasión para repetir. Hemos probado a hacer algunos tramos cortos estos años, pero cuando le coges el punto al camino, se acaba, y te quedas con las ganas. Ahora podemos hacerlo sin prisas. Y tú, vas un poco solitaria, ¿No echas de menos ir en compañía?.

—No busco nada en especial —comenté—, pero si es cierto que me apetece ir a mi aire; nos pasamos la vida acompañados y en el camino tienes la oportunidad de conocerte sin influencias externas, a veces la soledad es necesaria.

—Ya lo creo —comentó Manuel—, si no has aprendido a vivir en soledad, no encuentras tu armonía, y tampoco valoras las buenas compañías. Nosotros llevamos cuarenta años juntos, pero hay días que apenas nos vemos, cada uno tiene su mundo, sus proyectos y objetivos; afortunadamente nuestra casa es grande y cada cual tiene su estudio; hemos sido profesores, yo de Psicología y ella de

Literatura Francesa.

—Vaya, y yo de Historia, algo tenemos en común.

Nos sentamos en otro bar, más tranquilos, me sentía muy cómoda con esta pareja, que irradiaba una alegría muy atractiva. Al pedir otra ronda de tapas resulta que también eran vegetarianos.

—Bueno, más que vegetarianos, no comemos carne —Puntualizó Maribel—, pero si comemos pescado, queso, huevos, aunque con moderación, no como nuestra hija que es vegana, y nos mira de reojo cuando comemos seres vivos.

—Como mi hija Lorena, que por cierto llevo varios días sin hablar con ella, a ver si la pillo esta noche.

—Ah, la familia —añadió Manuel—, unas veces se la echa de menos y otras de más. Una de las ventajas del camino es que eres libre de relaciones y luego las coges con más cariño. Aquí tenemos muchas ocasiones para entrar en contacto con nosotros mismos y desvelar algunos de los misterios de nuestras vidas. A nosotros nos encanta visitar las iglesias, y después de disfrutar de su rico patrimonio, sentarnos en sus rincones más recogidos, y meditar un rato; hay todo un festival de energías en los templos del camino.

—Pues yo también aprovecho cada iglesia para disfrutar de su arte y meditar. Empiezo a sentirme menos rara al comprobar que no soy la única que recorre el camino intentando captar sus energías.

—Si lo piensas, todo es energía —continuó Manuel—, ya lo sabe la ciencia, no tiene sentido ocultarlo. Yo me he pasado la vida estudiando no solo la psicología oficial, también la alternativa, la esotérica, y te das cuenta que detrás del mundo físico hay un mundo paralelo donde la energía está en el eje de todo.

—¿Cómo se estudia la psicología esotérica?.

—Hace muchos años leí que la "la energía sigue al pensamiento", y esa frase me impacto y me puse a o investigar, y fui descubriendo que es una verdad como un templo. Eso me dio pie a confiar y a valorar la fuente de donde venía ese principio: los libros de Alice A. Bailey, que en realidad son los dictados telepáticos de un Maestro Tibetano conocido como Djwhal Khul, y a sus contenidos se les considera "sabiduría eterna". Yo solo soy un estudiante de esos libros, ideales para abrir la mente abstracta y despertar la intuición, pero en realidad la psicología esotérica se aprende a través

de la experiencia, por el servicio y la meditación, que son las prácticas más recomendables para establecer contacto con el alma, y es en el alma donde reside la clave para entrar en el mundo subjetivo que da vida y energía a la vida objetiva. Hasta que la psicología no admita la realidad del alma no va a hacer grandes avances.

—Tú has preguntado —añadió Maribel—, con él no hay respuestas cortas, si le dejas nos tiene aquí toda la noche.

—Conversar con Manuel es muy interesante, y lo que dice tiene todo el sentido; supongo que entre vosotros lo tenéis todo hablado.

—Maribel no es de hablar ni estudiar mucho —dijo Manuel sonriente—, pero cuando dice algo no da puntada sin hilo.

Seguimos con otra ración de tapas, esta vez de mejillones con una salsa de tomate, un poco picante, pero deliciosa, y los correspondientes vinos de apoyo.

—Nosotros no cenamos —dijo Maribel—, aunque hoy no cuenta, una buena sesión de tapas es casi más que una cena; por suerte en el camino se quema cualquier exceso.

Hasta en eso coincidíamos, a mí también me sienta mal cenar. Manuel y Maribel resultaban ser unos conversadores estupendos, y buenos escuchadores; con ellos todo era fluido, animado, inspirador. Nos despedimos, me comentan que ya casi no pisan albergues, que se han hecho mayores para dormir con tanto ajetreo, y buscan habitaciones de hostales y hoteles; los entiendo, a mí cada vez me cuesta más meterme en una litera en una habitación repleta de gente, de ruidos y ronquidos, y siempre hay alguien que llega el último y cierra las ventanas, y nos acabamos respirando unos a otros.

Por la noche, ya en el albergue, tuve un rato para hablar con mi hija Lorena, por fin la pillaba bien para hablar, hasta ahora solo habíamos tenido charlas cortas y mensajes de texto. Puede que necesitáramos más espacio entre nosotras, ahora ya es momento de ajustarlos. Me encanta saber cualquier cosa de la vida de mi hija, y ella no hace más que preguntarme por todo lo que hago en el camino, y que le mande fotos. Se empieza a plantear hacer de peregrina, se le está metiendo el venenillo del camino, conociéndola, seguro que lo iba a disfrutar y a sacar partido.

Los peregrinos ya se van retirando y después de una jornada con tanta belleza en mis ojos, me inclino por meterme con la Tablet por

otro ángulo de la tercera España, por algún poeta, y el primero que me viene a la mente es Lorca, **Federico García Lorca**, el célebre poeta granadino, dramaturgo y genio de la palabra, de mayor influencia y popularidad de la poesía y literatura española del siglo XX, que fue asesinado en la guerra civil por el bando sublevado, con solo 38 años, dejando una gran obra, que hubiera sido sublime si no le matan.

Me fastidia que lo primero que sale a la luz cuando te metes a investigar un personaje como Lorca, sea su asesinato, pero igual hay que desmadejar las cosas tal como llegan, para dejar a un lado los emocionalismos y centrarse en las aportaciones y los aspectos humanos.

Hay una creencia muy difundida de que a Lorca lo asesinaron por ser cercano a la izquierda y por su condición de homosexual, pero nuevas investigaciones se centran más en que se trató de una disputa familiar que venía de lejos. Los García Lorca estaban enfrentados con sus parientes, los Roldán y los Alba, por motivos económicos, familiares, y de poder en la vida granadina. De hecho "La Casa de Bernarda Alba" fue una venganza literaria hacia la familia Roldán. El escenario de la guerra civil era perfecto para ocultar un asesinato, como tantos otros que aprovecharon el conflicto para resolver sus rencillas. En Granada buscó refugio en casa de la familia de su amigo el poeta Luis Rosales, confiado en su protección ya que dos de sus hermanos, eran destacados falangistas. A pesar de ello, el 16 de agosto de 1936, se presentó allí la Guardia Civil y lo detuvo, con una retorcida acusación de "ser socialista, masón, de espiar para los rusos, ser amigo de Fernando de los Ríos y ser homosexual". Fue fusilado en la madrugada del 18 de agosto en el camino que va de Víznar a Alfacar. Su cuerpo, que jamás se recuperó, permanece enterrado en una fosa común anónima en algún lugar de esos parajes, junto con el cadáver de un maestro nacional, y dos banderilleros anarquistas ejecutados con él; otra de las cientos de fosas olvidadas, que reflejan la vergüenza de un país que no se atreve a finalizar con dignidad la historia de su guerra civil.

Me interesa el encaje de Lorca en la Tercera España, para el que habría que crear una sección especial. Lorca nunca militó en ningún partido político, ni de izquierdas ni de derechas, sus amistades iban desde la falange hasta las izquierdas. Alguien le preguntó so-

bre su preferencia política, y él manifestó que *"se sentía a su vez católico, comunista, anarquista, libertario, tradicionalista y monárquico"*. Lo que sí tuvo, y lo demostró con los hechos, era una enorme conciencia social; siempre se mostró "*partidario de los que no tienen nada"*. Hay una declaración del poeta sobre el final del hambre que me maravilla: "*El día que el hambre sea erradicada de la tierra habrá la más grande explosión espiritual que el mundo ha conocido nunca. La humanidad no puede imaginar la alegría que irrumpirá en el mundo en el día de esa gran revolución"*. Lorca creó su compañía de teatro itinerante, La Barraca, firmó regularmente manifiestos antifascistas, y colaboró con organizaciones como Socorro Rojo Internacional, con lo que se ganó el desprecio de la Falange y el resto de la derecha. En Granada mantuvo una estrecha relación con los grupos de izquierda moderada. Tenía un sentimiento "patriótico" muy adelantado a su época, y hasta para los tiempos actuales:

"Yo soy español integral y me sería imposible vivir fuera de mis límites geográficos; pero odio al que es español por ser español nada más, yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista, abstracta, por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula, pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política".

Como fiel amante de la cultura, Lorca fue un entusiasta de las Misiones Pedagógicas, un proyecto de las mentes más avanzadas de la República, que con el espíritu educativo de la Institución Libre de Enseñanza y la guía intelectual de la base humanista del krausismo, se marcaron como uno de sus objetivos más importantes elevar el bajo nivel educativo y cultural de las clases populares, en una época donde casi la mitad de la población era analfabeta. En la inauguración de la biblioteca de su Fuente Vaqueros natal Lorca declaró: *"Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal (...) que el lema de la República debe ser: 'Cultura'. Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz. Y no olvidéis que lo primero de todo es la luz. Que es la luz obrando sobre unos cuantos individuos lo que hace los pueblos, y que los pueblos vivan..."*.

Me fascina como se implicaron voluntariamente cientos de personas amantes de la cultura en las Misiones Pedagógicas y como se creó con un espíritu renovado, una corriente liberadora enfocada en la población más desfavorecida, sobre todo del abandonado mundo rural. Coincidieron con la creación masiva de escuelas y de bibliotecas populares en una de las pocas cruzadas que tienen sentido: enseñar a leer y a escribir, y de paso a pensar, lo que encontró el rechazo de la España reaccionaria, o sería más apropiado llamarla la España primitiva. Complementariamente, las misiones destacaron con actuaciones del Coro y Teatro del pueblo, proyecciones cinematográficas, entonces desconocidas en muchos pueblos, no solo de películas que alucinaban a los que las veían por primera vez, también se proyectaron documentales: sobre la eficiente elaboración del pan, nuevos sistemas de siembra y riego o técnicas agrarias innovadoras. Hubo hasta un museo ambulante, itinerante: el Museo del pueblo, donde copias de cuadros del Museo del Prado se expusieron en docenas de localidades, a menudo acompañadas por música.

De forma paralela a las Misiones Pedagógicas, Lorca junto a Eduardo Ugarte, crearon "La Barraca", un proyecto de teatro universitario por y para el pueblo, de espíritu nómada, errante y gratuito, que recorría aldeas y poblados montando en sus plazas el teatro y actuaciones de guiñol. Trataban de regenerar la esencia del teatro. Para Lorca, *"el teatro está en decadencia... El teatro debe volver al pueblo (...) la clase media y la burguesía han matado el teatro y ni siquiera van a él, después de haberlo pervertido"*. Como quedó escrito en el manifiesto fundacional de la Barraca, se perseguía *"difundir el teatro en las masas campesinas, que se han visto privadas desde tiempos lejanos del espectáculo teatral"*. Le llamaban la Barraca por tener el espíritu de una feria ambulante, *"una cosa que se monta y se desmonta, que rueda y marcha por los caminos del mundo"* Como imagen, adoptaron una máscara, como emblema del teatro, y una rueda como enseña de los nómadas y símbolo de los caminos que recorrerían; y el mono azul, aportaba la representación simbólica del carácter popular del proyecto. Hasta la camioneta donde se transportaban todos los elementos escénicos participaba en la atmosfera creativa del proyecto; Lorca la bautizó con el nombre de "La bella Aurelia" en honor a Aurelio, el chófer.

El repertorio teatral era muy variado: entremeses de Cervantes, El Burlador de Sevilla de Tirso de Molina, La vida es sueño de Calderón de la Barca o, entre otras, Fuenteovejuna de Lope de Vega. Estos clásicos, como decía Lorca, *"se los arrebatamos a los eruditos, los devolvemos a la luz del sol y al aire de los pueblos"*.

No todo fue viento a favor en la corta vida de la compañía. Al principio, una parte de la izquierda temía que el contenido religioso de algunas de las representaciones teatrales trasladara al pueblo un mensaje distinto al que la República predicaba. Algunos dirigentes consideraron el repertorio elegido por Lorca "demasiado reaccionario", y sin embargo, conforme el proyecto arrancaba y cosechaba éxitos por los pueblos del país, fueron los sectores más tradicionalistas los que atacaron ferozmente lo que consideraban un instrumento de propaganda izquierdista. Otra vez las dos Españas juzgando y sentenciando. Las derechas, que ganaron las elecciones generales de noviembre de 1933 y ostentaron el poder hasta febrero de 1936, ahogaron La Barraca con drásticos recortes presupuestarios. La prensa más reaccionaria, conocedora del compromiso político de Lorca y del papel sociocultural del proyecto, arremetió contra el poeta. *"Gracia y Justicia"*, el órgano extremista del humorismo nacional, publicaba titulares del estilo "*Federico García Loca o cualquiera se equivoca*". "*Loca"*, sin erre, en alusión a su condición de homosexual. La revista ultraderechista *"El Duende"*, en su caso, acusó a La Barraca de ser *"una pandilla de sodomitas"*, denunciando que *"también el Estado da dinero para La Barraca (…) ¡Qué vergüenza y qué asco!"*. En el verano de 1934, el órgano falangista FE recogió el testigo y acusó a La Barraca de estar pervirtiendo a los honrados campesinos españoles con *"costumbres corrompidas propias de países extranjeros"* y de moverse *"en las aguas turbias y cenagosas de un marxismo judío"*. En algunas localidades, el odio irradiado por quienes no soportaban que las clases trabajadoras vieran el poder popular de Fuenteovejuna, cuya versión lorquiana fue tachada por la derecha mediática como "fiesta bolchevique", o leyeran los versos revolucionarios de Miguel Hernández, provocó incluso sabotajes. Que se leyera lo que no controlaba el sacerdote o el cacique local era visto como la simiente de las aspiraciones revolucionarias populares, hasta ese extremo llegaban los ataques de incultura. Entre el otoño de 1935 y la pri-

mavera de 1936, La Barraca se desmembró y la guerra civil acabó con todas las aspiraciones educadoras y culturales, y después de la guerra se instauró "la paz de la ignorancia", de la que aún quedan rescoldos por apagarse.

Tengo casi la necesidad de leer una poesía de Lorca. Rebuscando en internet me encuentro con una poesía que pertenece a *Sonetos del amor oscuro*, un libro que no se llegó a publicar por el carácter homoerótico de los textos y durante muchos años se mantuvieron escondidos, hasta que aparecieron finalmente como un conjunto homogéneo en 1984. En estos versos se lamenta la pérdida del ser amado, que Lorca sufrió más de una vez.

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena pues de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

Hermanado con el espíritu de Lorca me viene la figura de **Luis Cernuda**, un poeta amigo, que se involucró en las Misiones Pedagógicas, y que también tuvo que soportar la defensa de su homosexualidad, que en aquellos años oscuros era todo un estigma social. Incluso entre gentes de izquierdas no se comprendía y apenas se respetaba, con ese cinismo oculto del que dice una cosa, pero piensa otra; aún hoy día queda mucho por respetar sobre la sexualidad de los demás.

Apenas iniciada la sublevación, Cernuda marchó a Paris como Secretario del embajador de la República, Álvaro de Albornoz, padre de una íntima amiga suya. Volvió en septiembre, y le trastornó la noticia del asesinato de Lorca, su querido amigo, y le escribió una sentida "Elegía a Lorca, a un poeta muerto".

Así como en la roca nunca vemos
La clara flor abrirse,
Entre un pueblo hosco y duro
No brilla hermosamente
El fresco y alto ornato de la vida.
Por esto te mataron, porque eras
Verdor en nuestra tierra árida
Y azul en nuestro oscuro aire.

El poema continúa y lo voy leyendo hasta sus dos últimos párrafos que en su día fueron censurados, a saber que le pasaba por la cabeza al censurador:

Tenga tu sombra paz,
Busque otros valles
Un río donde del viento
Se lleve los sonidos entre juncos
Y lirios y el encanto
Tan viejo de las aguas elocuentes,
En donde el eco como la gloria humana ruede,
Como ella de remoto,
Ajeno como ella y tan estéril.

Halle tu gran afán enajenado
El puro amor de un dios adolescente
Entre el verdor de las rosas eternas;
Porque esta ansia divina, perdida aquí en la tierra,
Tras de tanto dolor y dejamiento,
Con su propia grandeza nos advierte
De alguna mente creadora inmensa,
Que concibe al poeta cual lengua de su gloria
Y luego le consuela a través de la muerte.

Luis Cernuda, a pesar de estar desencantado, y sin cabida en ninguna de las dos Españas se ofreció a defender a la República y se alistó en el Batallón Alpino; con él fue enviado a la Sierra de Guadarrama. En abril de 1937 se trasladó a Valencia, donde colaboró con *Hora de España*, publicando la citada elegía a Lorca. Participó allí en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia, donde conoció a Octavio Paz, a quien volverá a ver más adelante en México.

Abandonó Paris para involucrarse en la guerra y dejo escrito:

Al principio de la guerra, mi convicción antigua de que las injusticias sociales que había conocido en España pedían reparación, y de que ésta estaba próxima, me hizo ver en el conflicto no tanto sus horrores, que aún no conocía, como las esperanzas que parecía traer para lo futuro. Desnudas frente a frente vi, de una parte, la sempiterna, la inmortal reacción española, viviendo siempre, entre ignorancia, superstición e intolerancia, en una edad media suya propia; y, de otra (yo en pleno wishful thinking), las fuerzas de una España joven cuya oportunidad parecía llegada. Luego me sorprendería, no sólo la suerte de salir indemne de aquella matanza, sino la ignorancia completa de ella en que estuve, aunque ocurriera en torno mío.

Cernuda escribió sobre el volver a apoyar a la Republica: *"Ninguna otra vez en mi vida he sentido como entonces el deseo de ser útil, el deseo de servir", y más adelante la experiencia le hizo matizar: "Afortunadamente mi deseo de servir no sirvió y para nada me utilizaron. La marcha de los sucesos me hizo ver poco a poco que no había posibilidad de vida para aquella España con que me había engañado".*

Cernuda, como otros poetas visionarios, creyeron en una España ideal, solidaria, evolutiva, respetada, pero eso no era ninguna de las dos Españas dispuestas a aniquilarse. No era el país arcaico, oscuro, dominado por los púlpitos, ni la España de las masas proletarias obedientes, aplastada por una falsa libertad. Su sueño fue creer en una España librepensadora, civilizada, justa, tolerante con las ideas, culta, amante del arte y de las sanas tradiciones; una utopía abocada al dolor de la decepción, que al menos avivo el fuego en su corazón, dando vida a magníficas poesías.

Se me cierran los ojos, está noche se me antoja de sueños poéticos.

Noviembre de 1936. Sierra de Alcubierre.

La zona de la columna del POUM de la Sierra de Alcubierre en la que me estaba instalando pertenecía a las colinas del Monte Irazo. Este sector del frente llevaba ocupado desde el mes de agosto y ya se notaba un gran trabajo en trincheras, refugios y casamatas. Entre la columna del POUM, que llegaba hasta el monte de Leciñena, y la columna Durruti, más volcada en el valle del Ebro, quedaba un enorme hueco de varios kilómetros con puestos de defensa esparcidos, y un continuo movimiento de patrullas móviles por ambos bandos, que raramente entraban en combate. De hecho, el frente estaba estabilizado por la falta de recursos suficientes en ninguna de las dos partes para romper las líneas enemigas. Las posiciones que ahora ocupábamos estaban bien defendidas, por considerarse vitales para el control de esta parte de la Sierra.

Mi función principal era hacer de traductor con el grupo de ingleses y ocasionalmente con internacionales de la zona anarquista cuando llegaban a nuestras posiciones, pero eso no era un trabajo suficiente para sentirme útil y me ofrecí de camillero, para lo que ya tenía un poco de práctica, y de maestro, para enseñar a leer y a escribir a los milicianos que lo deseasen. Aquí no se cuestionaba a nadie, me aceptaron como a uno más y corrieron la voz de que había un maestro disponible. Enseguida se montaron dos grupos para dar clases diarias cada mañana, en una zona boscosa detrás de la primera línea, muy bien camuflada. Las clases se darían en una escuela poco habitual: era un abrigo de descanso, con una parte semi excavada en la tierra, cubierto con tierra y ramaje y tepes de musgo y verdín, soportado por troncos de árboles, con un hueco en una punta para hacer fuego por la noche provisto de su salida de humos, y el piso cubierto de ramas secas con pequeñas zanjas perimetrales para desaguar posibles lluvias torrenciales, y eso que apenas caían cuatro gotas de agua. A la entrada unos soportes artesanales encajados en la pared eran el espacio perfecto para sujetar las armas, de fácil acceso por si había que tomarlas con urgencia. Aún en medio de las literas, cabían holgados la docena de alumnos de cada grupo.

Las trincheras estaban trabajadas a conciencia, talladas en tierra y en las rocas sueltas entre yesos y arcillas, rematadas con pa-

rapetos hechos en parte de sacos terreros y en parte de bloques de caliza, con pozos de tirador, protegidos con piedras del terreno, sacos rellenos, aspilleras en un plano elevado sobre el nivel de excavación, con una abertura larga y estrecha para disparar por ella, cubierta de madera y más sacos de tierra. Tenían formas rectangulares, redondos, o adaptados al terreno, con pequeños nichos interiores para depositar municiones, cargadores o granadas de mano. Solían estar conectados con un hilo telefónico con el puesto de mando y algún privilegiado disponía de prismáticos de campaña. A lo largo de las trincheras se disponían un montón de pequeños refugios ganados a la pared rocosa, como ratoneras, con el techo muy bajo, no se podía estar de pie. Delante de la trinchera estaba la alambrada, al menos en las zonas más expuestas, y más allá una pendiente hacia un barranco profundo. La línea de la posición zigzagueaba a la izquierda y a la derecha hasta unirse con las posiciones de otras colinas, y sobre nuestra posición, en lo alto de un risco calizo, ondeaba la bandera roja. Al otro lado, en unas montañas peladas, yermas y grises, estaban las posiciones de los nacionales en lo alto de la montaña, a unos setecientos metros, fuertemente parapetadas y armadas y allí la bandera roja que ondeaba tenía una franja central amarilla. Pensé si todo el problema era una cuestión de banderas y colores, no me acabo de creer que, en el fondo, las personas seamos tan distintas.

Sobre las armas la situación era penosa. En toda esta línea del frente la única artillería eran cuatro morteros ligeros con quince granadas cada uno, protegidos como un tesoro y situados hacia la zona de Alcubierre. Una ametralladora cada cincuenta hombres, a cargo de los españoles, y armas viejas, precisas solo hasta trescientos o cuatrocientos metros. Fusiles de tres tipos: Mauser largo, en general de más de veinte años, con el cañón corroído, y las mirillas nada fiables. El Mauser corto o mosquetón, fácil de llevar, pero la mayoría se encasquillaba a los cinco disparos. Y algunos Winchester, cómodos aunque poco precisos, y como los cartuchos no podían meterse en los cargadores, solo se podían usar de disparo a disparo. Escaseaba la munición, cada miliciano disponía de cerca de cincuenta cartuchos, algunos defectuosos. Eran mejor los de fabricación alemana, pero solo venían de prisioneros y desertores. Sin cascos de hierro ni bayonetas, una granada por cada cinco o

diez hombres, y unos cuantos revólveres o pistolas. Las granadas, las temibles "bombas FAI", fabricadas por los anarquistas, eran como las bombas de mano Mills, pero con espoleta sujeta por una cinta en lugar de una anilla; había que romper la cinta y lanzarla lo más deprisa posible; se decía que eran "imparciales" porque mataban tanto a aquel contra el que se arrojaba como al que la tiraba. Y apenas había mapas y planos, y muy pocas cizallas para las alambradas. No había grasa para el fusil, se engrasaba con aceite de oliva, con vaselina, nata y hasta panceta. Escaseaban las linternas y los faroles. Con esta falta de artillería, de armamento, y de todo, era normal que las líneas no se movieran, no se podía organizar un ataque a gran escala, y gracias que el emplazamiento se podía defender, más con valor que otra cosa.

De camillero me iban a poner a un compañero con experiencia, aunque decía alguno que era por haber trabajado en el cementerio de Barcelona, pero el primer día tuvo un accidente estúpido, se le cayó una roca que trataba de mover en un pie y le tuvieron que llevar al hospital con el pie lesionado, seguramente roto, y ese fue el primer transporte en camilla de un herido, junto a mi nuevo compañero camillero, Lyam, el irlandés pelirrojo, que ya sentía como un amigo. Ambos lo cogimos con ganas; en mi caso no tendría que disparar a nadie, para lo que sigo pensando que no estoy preparado, y así sería útil ayudando a algún herido. Solo teníamos una camilla de campo: dos palos largos con una lona en medio, tosca pero muy resistente, y algunas vendas, y una botella con alcohol, lo justo para tapar una herida y puede que para hacer ver las estrellas a quien callera en nuestras manos. Nuestra misión iba a ser solo de traslados del frente hasta la ambulancia oculta y preparada detrás de la colina.

Un médico del hospital de sangre de Sariñena nos hizo un par de visitas y nos dio una serie de consejos a tener en cuenta cuando tuviéramos que mover a los heridos, y nos enseñó la forma de proteger las heridas e inmovilizar roturas. No había medicinas, ni morfina, ni nada parecido, por eso nos pasó los principales remedios caseros que teníamos que saber, a falta de un buen botiquín, y así teníamos algo más que ofrecer. Para los resfriados: vino caliente con miel, está última difícil de conseguir, pero no faltaba el vino, y fuerte, con sus cerca de 17 grados. Para las diarreas: vino tinto y

manzana rallada; el vino que más abundaba era clarete. La sal cicatrizaba las heridas, pero te hacia ver las estrellas. Las quemaduras se trataban con aceite, agua de cal y tinta. Para el reuma: dientes de ajo. Con el mal de riñones, el lumbago, y el temido "crujido": agua caliente y compresas de vinagre, y fuertes "puñadas" en los riñones. El dolor de muelas se calmaba aplicando un pañuelo al flemón con salvado caliente. Para los sabañones, esas costras en la piel que produce la humedad y el frío intenso y continuado, sobre todo en manos y pies: aceite de ricino, y agua hervida con sardinetas; ya había llegado el crudo invierno y las primeras heladas.

La mayor parte del tiempo no teníamos mucho que hacer como camilleros o enfermeros aficionados, pero si había muchos milicianos con interés por aprender a leer y a escribir. Las campañas animando a la alfabetización y a subir la cultura estaban dando frutos; se leían en muchos carteles repartidos por los pueblos, frases como: *"Enseña a leer a tu compañero", "El que sabe leer puede ser mejor soldado", "El analfabetismo ciega el espíritu- Soldado instrúyete", "la cultura es un arma más para combatir al fascismo"*. Ahora muchas trincheras se estaban convirtiendo en escuelas para la lucha con mayor sentido: la guerra al analfabetismo.

Las clases empezaron enseguida en el refugio de descanso, aunque solo se podía hacer fuego por la noche para no marcar la posición a la artillería enemiga, que se podía permitir alguna tirada de vez en cuando, y si el sol acompañaba, enseñaba en el exterior. Mis alumnos eran españoles, con los ingleses tenía otro grupo por la tarde en la misma trinchera, pero solo para aprender a hablar y entender el idioma. Estar activo me hacía olvidar la precaria vida del frente y del futuro que nadie conoce y que en una guerra no vale la pena ni plantear, y de paso sentir que mi vida tenía sentido, y ser útil en las muchas horas muertas que hay cuando no se producen combates. De paso ayudaría a elevar un poco el uso de las mentes, y que fácil es enseñar a quien tiene ganas de aprender. Aquí trataba con tipos sencillos, la mayor parte jóvenes, analfabetos, pero no simples; estaban jugándose la vida por un bien mayor, y eso no tiene nada de simple. Desde el primer momento se ganaron todo mi respeto, y a pesar de las bromas y las ocurrencias divertidas, ponían toda la atención para aprender y aprovechar la oportunidad que nunca habían tenido.

Les hablé del método Freinet y conté la entrañable historia de mi amigo Antoni Benaiges, que les dejó impactados, y también tuve ocasión de hablarles de Lorca y su trágico final, que hasta alguno tuvo que ocultar sus ojos vidriosos; no sabrían mucho de literatura, pero de sensibilidad iban sobrados. Trate de explicarles lo que era la poesía, y para entender a los poetas lo mejor es recitar sus versos. Elegí a Antonio Machado, por sus palabras directas, sencillas, inmensas, y su poema *"Caminante no hay camino"*, incluido en la sección de *"Proverbios y Cantares"* del libro *"Campos de Castilla"*, que no me costó nada memorizar en su día, y que nunca he olvidado. Pronuncie los versos con lentitud, dando energía a cada palabra:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

Les pregunté sobre lo que entendían, lo que les evocaban los versos y para mi sorpresa me fueron diciendo cosas llenas de significados: "es como mi vida, con una mano delante y otra atrás sin saber que me espera a la vuelta de la esquina", "mis huellas hasta yo las olvido y si no las borrará el viento", "la vida es un camino que yo quiero recorrer hasta el final", "siempre voy caminando a todas partes, y no me había fijado que yo hago el camino". Y no faltaba el graciosillo: "miliciano no hay trinchera, se hace trinchera al marcarla... con los zurullos", y un montón de risas, que hacían más divertido el aprendizaje. En pocas clases iban haciendo un avance espectacular, y eso que no había lápices para todos y nos apañábamos con poco papel, a veces de los laterales de los periódicos y revistas que circulaban por el frente: *"La Batalla"* del POUM, *"Treball"* del PSUC, *"Solidaridad Obrera"* de la CNT, *"La Vanguardia"*

de la Generalitat.

Y con los ingleses también todo era muy fácil, empezaban a entender lo básico del español y a chapurrear; los compañeros españoles les ayudaban, aunque estaban cogiendo las expresiones más vastas, que por una especie de magia se les quedaban al momento; "de puta madre" lo pronunciaban a la perfección, y enseguida descubrieron que valía para todo.

En pocas clases me empecé a encariñar con mis alumnos, cosa que no me había pasado en la Universidad. Ver sus rápidos progresos me llenaba de orgullo y de alegría por su futuro, que seguro iban a mejorar cuando acabara la guerra. Me despertaban hermandad y amistad, y creo que el sentimiento era mutuo, yo era el "compañero maestro", "el profe poeta", algunos bromeaban diciéndome que cuando llegará la hora de combatir ya me enseñarían ellos la lección; puede que hablaran en serio, a la hora de la verdad todos tenemos algo que aprender de los demás.

Al día siguiente, muy temprano, entramos en verdadera acción como camilleros; nos despertaron los disparos que les llovían a compañeros que llegaban de una incursión nocturna. Uno de ellos, que venía el último, había quedado herido en tierra de nadie, agazapado en una hondonada y otro se había quedado con él. Había un poco de niebla que se iba despejando con rapidez. Lyam no se lo pensó y yo tampoco, si hay que recoger a un herido me armo de valor, desaparece el miedo y me atrevo a ir donde haga falta. Cogimos la camilla y el bolso con nuestro escuálido botiquín. Los fascistas no tenían claro el sitio exacto donde se habían refugiado los rezagados, la visibilidad era limitada por la bruma y todavía era muy temprano. A una señal, con toda la línea de la trinchera para que nos cubrieran, y aprovechando que la niebla se movía a nuestro favor, saltamos los sacos terreros y salimos a por el herido corriendo como gamos. Sonaban disparos por todas partes, los que nos cubrían y las balas enemigas que caían cerca, pero no nos detuvimos ni a mirar. Al llegar a la hondonada montamos al herido en la camilla, tenía un balazo en un costado, le metimos una venda y le pedimos que apretara, y agarrando bien la camilla, salimos tan rápido como pudimos; su compañero disparaba cubriéndonos, aunque dudo que pudiera apuntar a algo. Empezó a sonar el repi-

queo de una ametralladora y eso nos dio una fuerza sobrenatural, parecía que volábamos, hasta temí que perdiéramos al herido. Llegamos a nuestra posición en una nada, y entramos en la trinchera sin pensarlo, con una ovación general. ¡Que alivio!, por fin a salvo, Lyam y yo nos mirábamos a ver si alguna bala nos había alcanzado, sin dejar de sujetar la camilla, estábamos enteros, menudo milagro. Este deporte empezaba a serme familiar, correr entre balas, no creo que me llegue a acostumbrar nunca. Llevamos al herido hasta la ambulancia y hasta allí llegaba nuestro cometido.

Al volver a la trinchera todo eran felicitaciones. Uno de los milicianos de más edad se acercó y nos dijo: "hacen falta muchos huevos para hacer lo que habeis hecho y nunca más voy a dudar del valor de los camilleros"; aunque eran cosas suyas, no había oído que los camilleros tuvieran menos valor; igual lo decía porque no íbamos armados y yo me dedicaba a dar clases, cada uno con sus limitaciones, puede que ahora su mente estaría un poco más abierta.

A la mañana siguiente nos despertó una noticia que nos dejó descorazonados: Durruti había caído abatido en el frente de Madrid, al que acudió a defender unos días antes con una parte de su columna. Fue un mazazo entre los camaradas del POUM, y debió ser mucho peor para los anarquistas; habían perdido a su líder indiscutible que lo hubieran seguido al fin del mundo. Su muerte no estaba clara, le alcanzó un disparo al bajar de un coche recorriendo el frente para arengar a sus camaradas. No faltaba quien dudaba y se planteaba que podría haber sido una encerrona y un asesinato de los estalinistas. Lo cierto es que desaparecía un bastión de la revolución anarquista, que junto con su compañero Ascaso, que cayó el primer día de la sublevación en el enfrentamiento con los militares en Barcelona, el movimiento había perdido a sus mejores baluartes. A mí, su muerte no me era indiferente, no sentía ese ímpetu revolucionario, pero apreciaba y respetaba, y hasta admiraba, a los valientes que se parten el pecho defendiendo a los desfavorecidos que el capitalismo insaciable aplasta como cucarachas. Un gran funeral con los restos de Durruti se montó en Barcelona, donde se dijo que había despidiéndole medio millón de personas. Te mueres, con una despedida concurrida o discreta, y a veces ni eso, y se acabó, tanto los problemas y las preocupaciones, como

los idealismos, las ilusiones, los proyectos. Cuando reflexiono sobre la muerte siempre me preguntó por el sentido de la vida, en ese momento que dan igual los éxitos y los fracasos por los que hayas pasado. ¿Qué queda?, tiene que contar lo que hayas evolucionado, por eso un sexto sentido, mi intuición, o como quiera llamarse, me lleva hacia el ser espiritual que tiene que estar detrás de esta escena, por encima de creencias religiosas cerradas, que a mí me confunden y no me ayudan. Por ahora sobrevivir a la guerra es mi objetivo, y el de casi todos, que ya de por si es una hazaña.

La vida continuaba en las trincheras y se iba endureciendo a medida que arreciaba el invierno. Las heladas venían puntuales cada noche y apenas se salía de ellas por el día, demasiado frio para piojos, pero eso no afectaba a las abundantes ratas y ratones. Te quedaba el consuelo de que el hielo congelaba el fango, y salvo algún tropezón no te pringabas de barro, y siempre te quedaba el "saltaparapetos", un coñac atronador salido de algún alambique infame, que hacía honor a su nombre. No faltaba la comida diaria, y sin embargo parecía que se pasaba hambre, tal vez por estar demasiados ociosos, atascados en zanjas de tierra. Solo el paso de desertores del lado nacional, jóvenes mal nutridos, dejaba claro lo que de verdad es pasar hambre, y eso lo sabía por experiencia propia. El rancho no era muy original: las eternas alubias, y que no falten, y también comida enlatada y alimentos semi conservados, subidos con caballerías, y en ocasiones postre de lujo: manzanas o naranjas.

Las preocupaciones en las trincheras cogieron un orden peculiar: lo primero la leña, luego la comida y el tabaco, por la noche las velas, y en último lugar el enemigo, motivado sin duda por la paralización de los combates; seguían sin llegar armas, y cada uno defendía la suya como un bien personal. También se acusaba del parón a la pasividad del coronel Villalba, un militar de profesión que se mantuvo en el lado republicano y que desde Barbastro mantenía una fuerte influencia sobre las acciones a tomar. Por otra parte, y no menos importante, los desacuerdos y las desconfianzas entre columnas y partidos sin duda dificultaban las decisiones.

Para la escasez de velas, el ingenio de los españoles: hacer lámparas con botes de leche condensada, un cargador y un trapo, y con aceite de oliva, que ardía la cuarta parte de una vela. Las ceri-

llas tenían su importancia, junto con los chisqueros de larga mecha amarilla, para ver de noche, y encontrar el fusil en caso de alarma, y para no pisar al compañero, o aplastar un zurullo al ir a hacer tus necesidades en lo más parecido a un estercolero, donde además de la invasión de excrementos, estaba bien nutrido de mendrugos de pan duro, latas oxidadas y basura de todo tipo; ya apestaba bastante el entorno como para llevar el olor a mierda en el calzado, había incluso quien proponía mover las posiciones para tener más sitio para renovar el vertedero.

Algunos milicianos se iban unos días de permiso, y los compañeros me preguntan porque yo no voy. La respuesta es fácil, no tengo a donde ir. No me faltan invitaciones a sus casas familiares y a sus pueblos, donde me aseguran que comeré caliente hasta hartarme y no faltara buen vino, y con suerte conoceré a alguna chica. Algunos ingleses marchan con ellos, y se van haciendo amistades profundas que confirman que la humanidad está muy por encima de diferencias nacionales. No me siento con ganas de moverme y cortar las clases, mi sitio por ahora está aquí, más adelante ya se verá, no creo que nunca me acostumbre a esta vida tan dura, pero tengo claro que debo atender lo que cada día me prepare.

Me llega otra noticia que me llena de esperanza, a pesar de que puede acarrear trágicas consecuencias para una persona que sigo admirando. Unamuno había sido destituido como Rector de la Universidad de Salamanca el pasado 22 de octubre, y recluido en sus aposentos, por los sucesos en la celebración del Día de la Raza, el 12 de octubre, en el paraninfo de la Universidad en los que, como Rector, presidía el acto en representación del jefe del Estado, el General Franco, con lo que se convirtió en el único Rector destituido por los dos bandos. Al parecer se encaró con Millan-Astray, un furibundo militar, fundador de la Legión, ahora mutilado, amigo incondicional de Franco y un defensor a ultranza del alzamiento, ante altos cargos y personalidades adeptas al bando sublevado, y en presencia de un nutrido grupo de exaltados falangistas. Les echó en cara la crueldad y el uso injusto e indiscriminado de la fuerza, con una frase que había trascendido: “venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis”. Ahora ya empezaba a encajarme el comportamiento de Unamuno que cometió la torpeza de creer que la sublevación iba encaminada a poner orden en la

República y en los excesos revolucionarios, y cuando comprobó su ingenuidad, tuvo el valor de plantarse.

Me viene a la cabeza una anécdota que contaba Unamuno sobre los tiempos de la República después de la victoria electoral del Frente Popular, cuando vio a un tipo meando en la calle y un policía se le acercó a llamarle la atención, y el tipejo le dijo: "ojo conmigo, que soy del frente popular" y el policía siguió su camino, con la consiguiente decepción de Unamuno, seguramente, no por presenciar un acto grosero, falto de educación, sino por ver descontrolada la República, por la que tanto había luchado y tantos sacrificios le había costado.

Llegó la Navidad y se me hacía muy raro que no hubiera celebraciones. Siempre me han gustado estos días, y hasta cierto punto comparto el espíritu navideño. Desde muy pequeño estaba acostumbrado a montar un belén con mi padre, y luego he ido siguiendo la tradición; algo resuena en mi interior cuando contemplo un belén, no hace falta ser religioso para sentir la hermandad y el amor a la humanidad.

En cambio, sí se celebraba el nuevo año, en el que se oía por todas partes que este era el año del final de la guerra y la victoria de la revolución; un contagio de ánimos, que visto lo estancadas que estaban las trincheras costaba creer, pero no había otra opción que "tener que creer": la esperanza no viene del cielo, hay que tejerla y hacerla realidad. Lo que si se notó en la fiesta fueron varios corderos que llegaron y no tardamos en asar, eso sí era crear esperanza.

En esos días llegó otro pequeño grupito de ingleses relevando a varios de los que ya estaban que luego irían al frente del cerco de Huesca donde el POUM iba concentrando efectivos. Entre ellos llamaba la atención un joven, no tan joven, muy alto, le sacaba la cabeza a los más altos, corpulento, con un ancho cuello y rasgos toscos, al que le iban diciendo con gestos que se agachara cuando recorría las trincheras. Se había puesto de moda intentar pegar un tiro al enemigo descuidado, una práctica para tiradores expertos, y cuando respondían con un montón de tiros se confirmaba que se había dado en el blanco.

—Yo lo conozco —me dijo Lyam al verme observándole— te lo voy a presentar, en ese cuerpo grande se esconde un escritor aún más grande. Hace dos o tres años publicó un libro: *"Sin blanca en*

Paris y en Londres", donde refleja su experiencia como mendigo en el East End Londinense, y como mozo de cocina y lavaplatos en Paris, y narra las penurias de obreros y parados y las miserias de las clases sociales más desfavorecidas.

Nos acercamos a él, y comenzó una conversación en inglés, cada uno con su particular acento.

—Hola, tú no me conoces, pero yo conozco tu obra, soy Lyam y este es mi compañero Julián. Sé que te llamas Eric, pero firmas tus escritos como George Orwell. ¿Cómo quieres que te llamemos?.

—George está bien, encantado de conoceros.

—Bienvenido —dije apretándole la mano, cuidando mi inglés— y es una suerte tener a un escritor en esta tierra yerma de palabras escritas, aunque estamos intentando poner algún remedio.

—Julián es profesor de Universidad y enseña a leer y a escribir, —añadió Lyam—, y también el español a los internacionales. En este grupo hay sobre todo ingleses, varios irlandeses y algunos más de todas partes, hasta tenemos un alemán.

—Yo también me apunto a aprender español, —dijo George—, que se me hace cuesta arriba, si es que estoy a tiempo.

—Será un honor —dije—, y de paso yo aprenderé un poco más del inglés de Sakespeare.

—No soy un escritor tradicional y procuro usar la lengua para llegar también a la población menos culta.

—Ya me imagino —dije—, has venido de muy lejos a luchar por el pueblo, y en otro país.

—Esta lucha es universal —comentó George—, los totalitarismos no entienden de fronteras, son un peligro para toda la humanidad, y hay que intentar pararlos donde sea. La pobreza de la clase obrera es muy similar en todos los países; quizá en estas tierras aún es más injusta, pero habéis sido capaces de frenar al fascismo y hacer una revolución, y eso es admirable y merece todos los esfuerzos de los camaradas de toda Europa. Lo primero que me llamó la atención al llegar a España es que nadie dice señor o usted, se dice salud para saludar y camarada o compañero para dirigirse entre unos y otros.

—Ya iras conociendo a los españoles —dijo Lyam—, son de espíritu anarquista, ingobernables, pero no quisieras tener a otro a tu lado cuando empieza la batalla.

—Lo que está pasando aquí se observa y se sigue con interés

desde todo el mundo—continuó George—, y puede ser un ejemplo a seguir para liberarnos de este capitalismo feroz, sin caer en estalinismos como en Rusia, donde puede haber más justicia social, pero se aplasta la libertad. El socialismo tiene que ser democrático o se pervierte. Esta revolución española es una prueba de fuego y no puede fracasar, si no paramos el fascismo aquí lo tendremos que parar en Paris o en Londres, esta es mucho más que una guerra civil.

—Si necesitas cualquier cosa háznoslo saber a mí o a Lyam, somos camilleros, pero hacemos de todo. La vida en las trincheras es dura y más en este frio invierno y tendrás que acostumbrarte a ratas, suciedad y olor a excrementos. No esperes el té a las cinco, la comida llega, pero no tiene hora, aquí el tiempo corre de otra manera.

—Ya he comprobado la impuntualidad de los españoles, algo difícil de entender para un inglés. Se compensa de sobra con el compañerismo, cualquiera que me encuentro me ofrece todo lo que tiene, cada día estoy más deslumbrado; nunca hubiera imaginado poder llegar a contemplar la calidad humana por todas partes como algo natural, se está gestando algo grande.

Le dejamos que se instalara, una casamata puede llegar a convertirse en un hogar, y como apuntaba George, el calor humano compensa fríos, durezas y adversidades.

Se oyen disparos de vez en cuando, y desde nuestro lado también se hace algún intento muy discreto, no estamos para desaprovechar cartuchos. La mayor parte eran balas perdidas que en raras ocasiones hacían blanco. Desde los fascistas disparaban a veces ráfagas de ametralladora, puede que para que no se les oxidaran, o para recordarnos que estaban mejor armados y sus posiciones eran inexpugnables. Con nuestros fusiles también corres peligro al usarlos; hemos tenido que llevar con Lyam hacia la ambulancia a un chaval de 16 años, que se le ha reventado el cerrojo de un máuser del siglo pasado; los trozos del cartucho le habían rasgado a tiras la piel de la cabeza; no creo que nunca me acostumbre a las heridas de guerra.

Los desertores nos iban pasando información del otro lado, decían que había algunos suboficiales alemanes, y también que había habido moros y los habían trasladado a otros frentes más activos.

El glorioso ejército español lanzando los primeros a mercenarios marroquís, para que hicieran valer su fama de sanguinarios; seguramente estaban mal pagados, pero les dejaban arrancar los dientes de oro a los caídos y cualquier cosa de valor que llevaran, y esos eran los patriotas. Ahora la desconfianza se había extendido por todo el frente y hasta en la retaguardia, se tenía la certeza que en el otro bando conocían todos nuestros movimientos y se andaba con mucho cuidado con los desertores y sus informaciones, ya que lo lógico es que hubieran cruzado las líneas meses atrás. Se sabía que había infiltrados y los llamados miembros de la quinta columna, que facilitaban las cosas al enemigo. Cualquier sospechoso se jugaba la vida, en tiempos de guerra los derechos bordean la ruina.

El frente permanece estático, ya los pocos disparos ni siquiera rompen la monotonía, y estar a la espera pone a prueba los nervios del más plantado. Por ambos bandos parece que se hayan descubierto los megáfonos, la última moda en propaganda estéril, sobre todo para insultar. Desde el otro bando se oía "viva España, viva Franco", o se ponían a cantar "el cara al sol" de los falangistas, y como sabían que había un grupo de ingleses: "volveros a vuestro país, aquí no queremos extranjeros"; y la respuesta era inmediata "rebelaros contra vuestros jefes que son unos maricones". Uno que había sido camarero se empeñaba en explicar a los fascistas lo bien que se comía en nuestras líneas: "Ahora vamos a dar cuenta de unas deliciosas tostadas con mantequilla, untadas en un caliente y humeante café con leche"; se nos hacía la boca agua, no sé si bajaba la moral al enemigo, o nos la quitaba a nosotros.

Uno de estos días insípidos un avión enemigo nos sobrevoló un poco alto como para que valiera la pena gastar munición; lo normal era disparar con la ametralladora, elevando el cañón y tumbados de espaldas para poder apuntar mejor. No lanzó bombas sino unas cosas blancas y brillantes, que daban vueltas y vueltas en el aire. Unas cuantas cayeron en nuestra posición, eran hojas impresas de un periódico afín a los sublevados, el *Heraldo de Aragón*, anunciando la caída de Málaga. Noticia que se confirmó a los dos días, habían evacuado la ciudad sin disparar un solo tiro, y los italianos habían perseguido a los civiles con fuego de sus ametralladoras durante más de ciento cincuenta kilómetros, provocando una matanza infame. Se hablaba de traición o divergencia de objetivos, y que

casualidad, el coronel Villalba estaba por allí al mando. Recogimos los papeles para encender las chimeneas nocturnas y aprovechar los lados sin textos para las prácticas de escribir, y así transformábamos su propaganda en cultura.

Algunos amaneceres seguían siendo espectaculares y las noches estrelladas no tenían parangón. Lástima que no acertara a dormir a pierna suelta; con frio y en un lecho incómodo es imposible, siempre vas falto de sueño. El invierno pesaba y aún más los días a ras de tierra. Noche a noche, iba consiguiendo sentirme arropado por las estrellas, la inmensidad del universo calma y libera de las preocupaciones.

****

De nuevo respiro la auténtica libertad, en una dimensión donde no se necesita respirar, ni se tienen que soportar las limitaciones de un cuerpo físico. Aquí no existen sexos, razas, naciones, solo una única humanidad vibrando como almas, en un espacio pleno de luz y una indescriptible atmósfera de paz.

Desde este plano de visión no se me plantean preguntas sobre el sentido de la existencia o sobre otros tantos misterios que desde el otro lado se formulan una y otra vez en múltiples variantes. No es que ahora tenga todas las respuestas, es que no encuentro el fundamento para preguntar.

La presencia telepática de mi maestro viene en mi ayuda.

—Determinadas preguntas que solo se hacen desde la personalidad, están avocadas a no tener respuesta, porque una mente lineal con un cerebro estructurado no son vehículos con suficiente capacidad para comprender. Hay preguntas lineales que no tienen respuestas lineales. La mente abstracta y los estados de meditación profunda son los puntos más cercanos a la comprensión natural del alma, que se pueden lograr desde el mundo de la personalidad.

Resultaba evidente la limitación de los vehículos, no solo en sus aspectos puramente físicos, sobre todo en las emociones y en la forma de pensar, lo que se proyectaba en las actitudes de las per-

sonas al sentir y pensar diferente, en los conflictos de ideologías y religiones, y en los sentimientos nacionales, que están en la base de las guerras que no se acaban de superar.

—La primera reflexión es sencilla y básica y sin entenderla no habrá manera de despejar el camino: al encarnar nacemos en determinada raza o nación, sólo por esta vida, y únicamente desde el ángulo de la personalidad.

Por ello la estimada nacionalidad tiene un marcado carácter provisional, mucho más si ya se han cumplido cincuenta o sesenta años; y no es nada probable que en nuestra próxima reencarnación repitamos el mismo lugar de nacimiento. Tomar conciencia de ello facilitará la adquisición un correcto sentido de proporción del aspecto nacional y de nuestro paso temporal por la tierra.

Me doy cuenta de la conexión que tiene el repaso en el Registro Akáshico de mi anterior encarnación en la guerra civil, con mi interés en mi actual reencarnación por estudiar la Tercera España, y la comprobada experiencia con personas de diversos países en el camino de Santiago que me confirma que todos somos una unidad.

—Estás haciendo un trabajo de integración de las actitudes separatistas que son el uno de los grandes obstáculos evolutivos, no solo para la evolución de una persona, también para el desarrollo de una nación. Es una gran responsabilidad, porque no solo puede ser útil a nivel individual, también a nivel grupal puede inspirar a muchos. Hoy la humanidad está obligada a resolver sus separatismos o corre el riesgo de una nueva guerra global que tendría un final catastrófico.

La tendencia hacia la segregación racial es un mal muy extendido; es una forma de aislacionismo y necesariamente un aspecto del materialismo, relacionado con la personalidad de la humanidad y no con el aspecto alma; es separatista en sus efectos y por lo general fomenta el orgullo del individuo y de la nación. La creencia germana de que son una raza especial, que la guerra mundial no ha acabado de borrar; el nacionalismo intenso de los franceses que los hace creerse poseedores de una cultura superior; la prepotencia de los judíos sobre los árabes; el orgullo de los

británicos que los lleva a creer que están siempre en lo correcto; la supremacía de los estadounidenses que los conduce a considerar su país como la esperanza del mundo, y otros tantos ejemplos, tienen en realidad poca diferenciación entre sí y todos indican en forma muy similar el control que ejerce la personalidad.

Esto debe ser superado, tanto por las naciones como por los individuos. Atenta contra el verdadero progreso de la humanidad, que debe conducir a relaciones humanas más estrechas, a la verdadera humanidad en la que se reconozca la unidad vital que es nuestra naturaleza, sin poner el énfasis sobre las naciones individualmente, ni sobre las razas.

Tomo plena conciencia de estas sabias palabras, y me viene cierta inquietud por el momento tan confuso por el que atraviesan las naciones, manipuladas por noticias falsas, propagandas que le dan la vuelta todo, y otras muchas formas de toxicidad, de las que no están exentas los llamados países democráticos, incluso con un marcado repunte de movimientos totalitaristas.

—La gran ley de que "la energía sigue al pensamiento", siempre está en vigencia, y una de las condiciones que inducen a la actual tensión y presión, se debe al hecho de que muchos millones de personas comienzan a pensar de forma incipiente, aún con escasa capacidad de discriminación, por lo que las masas tienden a ser dirigidas por mentes poderosas, existentes en todas partes, que tratan de controlar los acontecimientos del mundo. Si la persona o nación está espiritualmente orientada, el resultado del impacto de la energía será bueno y constructivo. Donde domina la fuerza de la personalidad los efectos serán destructores, y obstaculizadores.

No puedo evitar albergar dudas sobre las decisiones que tome la humanidad ante los muchos retos que tienen ante sí: los conflictos entre naciones, la desigualdad salvaje entre pobres y ricos, el cambio climático, la continua contaminación del planeta…

—Los que vemos la proyección del futuro desde una visión más profunda y elevada, podemos afirmar que emergeremos como

una sola humanidad, depurada, disciplinada, pero iluminada y fusionada; lo que no podemos precisar es el factor tiempo, que en parte depende de los aciertos o los errores de la propia humanidad.

Los seres que tenemos mayores responsabilidades espirituales sobre la vida humana no somos neutrales. Estamos con la correcta actitud de cada nación y contra las acciones separatistas, aislacionistas y materialistas. Tales actitudes impiden la captación de los verdaderos valores espirituales y obstaculizan el desarrollo humano. La identificación con todas las condiciones mundiales y la participación en ellas, voluntariamente y no por la fuerza- es el camino de salida para todos los pueblos.

Comprendo el contenido de cada palabra y de cada frase, es evidente, solo me queda demostrarlo cuando vuelva a los vehículos, a través de mi cuerpo físico, emocional y mental. Afirmo con fuerza un propósito liberador: "Que mi conciencia no sea separatista", con la intención de que surja como un resorte en mi mente cuando las divisiones traten de asaltar el sentido de unidad.

VIII. Camino de Santiago. Carrión de los Condes.

"La vida es corta, pero ancha", es una frase que leí en alguna parte. *"Ancha es Castilla"*, así empieza el poema de *Antonio Machado*:

Ancha es Castilla, tierra de vastedad,
donde el horizonte se pierde en la inmensidad.
Sus campos dorados se extienden sin cesar,
y en sus valles y montañas, la historia está.

Y aquí, en Castilla, la vida no es corta, sino grandiosa, haciendo alarde de infinito, donde la aridez del paisaje contrasta con la amplitud de miras. Tierras de meseta, llanuras con alguna tímida ondulación en las provincias de Burgos, Palencia y León, muchos campos de cereales, y también cerros, valles y campiñas. Mal catalogado de yermos, hay guías que incitan a coger un autobús de Burgos a León y saltarse ese tramo y perderse la inmensidad de estos paisajes que reverdecen en primavera al brotar de los cereales, adquieren un color pajizo en verano con rojos atardeceres, muestran hojas doradas en otoño de las choperas y otros arbolados, y ocres y colores del frío en invierno. Cada pequeño pueblo atesora una dilatada historia y esperan muchas sorpresas en templos, castillos, calles, plazas, puentes…Saltarse esta parte del camino es un despropósito, solo apto para turistas que no hacen el más mínimo esfuerzo por descubrir la belleza de una naturaleza discreta, y se pierden el tesón y la fortaleza interna que aportan estas tierras.

Llevo dos jornadas: de Burgos a Hontanas, y desde allí a Castrojeriz de la que solo estoy a unos cuatro kilómetros, recorriendo soledades, pueblos pequeños con escasos habitantes, con la amabilidad que otorga el paso de los años, de los que miran a los ojos y dicen "buen camino" con corazón y una sonrisa, y todo ello en medio de un entorno que clama paz, con cielos colosales, que abren los sentidos a la percepción de libertad.

Cerca ya de Castrojeriz, un paraje inesperado de libro de cuentos te envuelve con esa magia de pasados legendarios: el antiguo Convento y Hospital de San Antón, hoy en estado ruinoso. Estaba constituido por una iglesia ubicada en el lado sur del camino y

una hospedería con su respectivo cementerio en el lado norte. Era paso obligado de peregrinos, a través del pórtico de su iglesia. Su fundación original es del siglo XII, las ruinas del templo que vemos en la actualidad son posteriores, del siglo XIV y de acusadas características góticas. La iglesia conventual era un amplio edificio de planta de cruz latina de una sola nave de dos tramos finalizada en un gran ábside poligonal y transepto con dos capillas también poligonales. Se añadió una segunda nave colateral en el costado sur para su empleo por los conversos. Toda la estructura ha perdido sus bóvedas y solo quedan los arranques de los nervios que las soportaban. Se conserva el magnífico ábside central con dos pisos de ventanales. En los restos de la fachada opuesta se mantiene una pequeña puerta de arquivoltas esculpidas y un gran rosetón. El claustro y las dependencias claustrales, construidas al sur de la Iglesia han desaparecido. Al norte de la iglesia, orientada por donde llegaban y cruzaban los peregrinos, y siguen cruzando, se eleva una monumental portada con seis arquivoltas, escudos reales, y decenas de figurillas muy desgastadas. Junto a este pórtico hay dos alacenas en el muro, destinadas para dejar comida a los peregrinos que llegaban por la noche y dormían fuera. Ahora, en plan simbólico hay una jarra y vasos de cerámica, que están cogidos con cemento, porque algunos malos turistas se llevan cualquier cosa; a ningún peregrino se le ocurriría cargar en su mochila con semejante peso.

Los Antonianos fundaron este hospital en 1146 durante el reinado de Alfonso VII, estableciendo aquí la Sede de la Encomienda General de la Orden de San Antonio de los distintos reinos de la Corona de Castilla y Portugal. Los Hermanos Antonianos tenían como principal propósito el de cuidar de aquellas personas que sufrían la enfermedad del Ergotismo, muy habitual en la Europa central y septentrional. Este mal, llamado “Ignis sacer” o “fuego sacro”, popularmente más conocido como Fuego de San Antón, se originaba por ciertas toxinas que se ingerían cuando se comía pan de centeno en cuyas espigas había crecido el hongo del cornezuelo. Esta enfermedad era más habitual en territorios europeos del norte, especialmente aquéllos con mayor índice de humedad que favorece la expansión del hongo. Los síntomas de este trastorno eran similares a la lepra o gota gangrenosa, sumamente dolorosa, con

sensación de fuego abrasador en las extremidades. La muerte se producía, generalmente, por parálisis respiratoria. También podía llevar a la gangrena y posterior necrosis y amputación de los órganos afectados, con tan elevada fiebre que producía alucinaciones. Muchos peregrinos enfermos se curaron gracias a este convento hospitalario puesto que comían el pan ofrecido por los antonianos. Se trataba de un pan de trigo hispano que se encontraba libre del hongo de cornezuelo. También el descanso, la acogida en un lugar seco y acondicionado, facilitaba el restablecimiento de la salud de muchos caminantes afligidos por cientos de kilómetros realizados a pie en duras condiciones.

El pan de San Antonio se daba a todos los peregrinos y era elaborado contra enfermedades y peligros de mar y tierra. Antes de cocer se signaba con la Tau y se bendecía en la fiesta de San Antonio. Algunos de los sillares de la iglesia llevan una marca con la letra griega "tau", símbolo de la orden, y también se haya en las tracerías del rosetón. La cruz llamada Tau o Thau, fue usada por el fundador de la orden en memoria de la liberación de los primogénitos de los hebreos, los cuales tenían sus puertas marcadas con este símbolo. Esta Tau libraba de pestilencias a todo el que la llevaba. Durante el tiempo que estuvo activo el convento, los peregrinos eran recibidos en la iglesia, se les bendecía y entregaba un escapulario con la "tau", se les ofrecía pan de trigo candeal también con la "tau", vino, y unas campanillas igualmente con la cruz de San Antonio.

Tras muchos siglos de servicios a peregrinos y pobres, la Congregación de San Antón desapareció al ser anexionada en 1775 a la Orden de Malta y suprimida por una Bula papal de Pío VI de 1787. Hoy día, en medio de estas míticas ruinas, se ubica un pequeño albergue con capacidad para 12 plazas, adosado a un muro que aún permanece sólido. Dispone de dos espacios, uno con unas cuantas literas y otro con un amago de cocina. Las duchas son de agua fría, compensada con creces con el calor del hospitalero, y ofrecen cena comunitaria, todo de donativo: austeridad arropada con espíritu hospitalario. Continuo hasta Castrojeriz, con poco cuerpo para sobriedades, con la excusa interna que, si paro, la jornada se me quedará muy corta.

El pueblo de Castrojeriz es una villa monumental que te traslada al pasado, lo que para mí es muy fácil, porque ya vengo sensibiliza-

da por las ruinas de San Antón. Con una antigüedad de 2000 años antes de Cristo, a orillas del río Odra, conoció asentamientos tribales, más tarde del visigodo Sigerico, un Castro en lo alto del cerro "Castro Sigerici", que luego paso a "Castro Xeriz".

No es posible visitar como se merece el abundante patrimonio acumulado en la historia de este lugar que a medida que avanzo por la Calle Real, la larga travesía del pueblo, voy grabando en plan casi telegráfico.

A la entrada del pueblo nos recibe la Ex-Colegiata de Santa María del Manzano, que data del siglo XIII, con numerosas intervenciones posteriores. Es un templo románico y gótico de planta rectangular, que para variar está cerrado. Se pueden admirar las dos portadas de la iglesia con un enorme rosetón en la principal.

A lo largo de la Calle Real te encuentras con la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán de recia edificación exterior, con una portada de estilo gótico plateresco del siglo XVI, y un campanario más moderno. En el interior se aprecia su edificación gótica, y allí se ubica un Centro de Interpretación del Camino de Santiago, con imágenes que se proyectan en video sobre las bóvedas. Han cuidado los detalles, y son explicaciones útiles para los visitantes, pero estos centros, como tantas otras publicaciones, van creando mitos sobre lo que el camino ha sido, o es esto o aquello, y como decía Machado: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar", con lo que vive en eterno presente y en continua creación.

Más allá de la plaza Mayor aparece la Iglesia de San Juan, de planta alargada, con rústicos soportales y una torre fuerte coronada por cuatro pináculos. Cuenta con elementos arquitectónicos del templo del siglo XIII, como la cabecera, parte de la torre y el claustro, que luego fue muy reconstruida entre los siglos XV y XVI. Lo más destacado es su pequeño y encantador claustro de forma cuadrada que se encuentra adosado al muro sur.

El Castillo de Castrojeriz se encuentra en lo alto del cerro que domina la población. Su primera construcción data del siglo IX, a la que los tiempos fueron añadiendo otras muchas. Fue muy destruido en el terremoto de Lisboa de 1755, que llegó hasta aquí. Tampoco voy a subir la cuesta para contemplar sus restos en declive, y siento que me perderé una vista única del paisaje castellano, pero mi capacidad para contemplar y retener la belleza se está em-

pezando a saturar.

Ya en el exterior de la villa, que no voy a llegar a ver, en extramuros, se encuentra el Convento de Santa Clara, cuya fundación data del siglo XIV. Se conserva en buen estado el templo gótico, con excelente cabecera poligonal. Y también en las afueras quedan las ruinas del Convento de San Francisco del que en la actualidad solo quedan algunos arcos y bóvedas de crucería del templo originario del siglo XIV.

Me produce una agradable sorpresa descubrir un cartel que anuncia una meditación, junto a la entrada de un viejo caserón rehabilitado que también ofrece albergue. Tendré albergue y meditación. Ya he almorzado y ya tomaré algo al acabar, hay un par de bares con servicio de comidas; me gusta meditar sin estar haciendo la digestión. Una ducha rápida y llegaré a tiempo a la sesión.

La sala de meditación era ideal: acogedora y tranquila, con madera en suelo y techo y recios muros de piedra; incitaba al recogimiento, con la ayuda de un fuerte aroma a sándalo y una musiquilla oriental de fondo. Estábamos doce o catorce personas sentadas en cojines, un poco justo para mis rodillas. Llegó una mujer mayor, la misma que gestionaba el albergue, se sentó en el puesto central que la estaba esperando, se acomodó dirigiéndonos una sonriente mirada a todos, apagó la música y cerró los ojos; los demás también los cerramos, no hubo instrucciones, sonó una campanilla tibetana tres veces, y se hizo el silencio. Al momento sentí el tierno pitido del silencio y la energía armonizando mi cuerpo y aquietando la mente. A pesar de una cierta incomodidad con mi cojín, mis chakras se alinearon de forma natural, dejando circular las oleadas de una elevada energía, como la que encuentras en las iglesias de mayor grado de espiritualidad. No tuve dificultad para mantener la atención en el entrecejo, en Ajña, y a la vez dejarme inundar por el estado contemplativo de una meditación profunda. Ya perdida la noción del tiempo, un golpe de campana anunció el final de la sesión, y no podría afirmar la duración, no se me ha hecho ni corta ni larga. Después de meditar habiendo conservado la concentración relajada, te quedas llena de paz, renovada; un precioso baño de alma que te limpia por dentro.

Me doy cuenta que en la otra punta de la sala ha estado meditando Karen, la danesa que intentaba superar la pérdida de su hijo y su

marido, y que no veo desde una etapa en la Rioja, puede que desde Nájera. Nos miramos y nos reconocemos, y de forma instintiva nos acercamos la una a la otra, cruzando unas bonitas sonrisas.

—Hola Karen, me alegro mucho de verte —dije volviendo a engrasar mi inglés.

—Hola Raquel, lo mismo digo, pensaba que ya estarías mucho más lejos y no volveríamos a coincidir, es una grata sorpresa.

—Como te va al camino, se te ve radiante.

—Estoy mucho mejor, la tristeza me viene de vez en cuando, pero ya no me atrapa, creo que caminar me está sanando, hasta he podido meditar un rato. Tengo momentos muy bonitos, y ya no se me hace tan duro cargar con la mochila y tirar para delante.

—Qué alegría escuchar esas palabras..., te tengo que abrazar.

Nos fundimos en un abrazo precioso, de corazón a corazón. Me sentía junto a una compañera fraternal, con la sensación de que compartíamos cosas profundas, como si nos conociéramos de toda la vida

—Este reencuentro merece una celebración —dije—, además yo tengo que comer algo, ¿te vienes conmigo?.

—Claro, yo también tengo hambre, y tengo ganas de hablar contigo. No te lo creerás, pero eres la única con la que he hablado y me he sincerado, sin contar saludos y frases educadas.

Nos fuimos a un restaurante de la plaza en el que unos cuantos peregrinos comían unas pizzas estupendas. Ante una buena pizza me salto lo de cenar poco, y Karen no tenía el menor problema, así que con unas cervezas teníamos todo lo que se puede desear en el camino al caer la tarde. La cocina y los camareros eran todos jóvenes amables, y además divertidos, lo que se agradece mucho cuando llevas a las espaldas un día de caminata.

—Y tu Raquel, ¿Cómo va tu camino?.

—Estoy encantada, me parece un privilegio disponer de todo un mes para llegar a Santiago, casi echo de menos las preocupaciones y los hábitos de la vida cotidiana. Hay algo mágico en levantarse con el único objetivo de caminar, cambiando poco a poco de paisaje, pasando por pueblos y contemplando el rico patrimonio que salpica el camino.

—A mí me está ayudando mucho encontrar iglesias tan bellas, sobre todo las románicas, que me tienen fascinada, lástima que

muchas estén cerradas. No soy especialmente religiosa, y no creo que sea importante para poder conectar con la paz de estos lugares, en los que se nota la huella del paso de peregrinos durante siglos. Adaptarme a cada día me ayuda a aceptar las cosas como vienen, y eso está cambiando la percepción de mi vida personal. Sé que lo último que mi hijo y mi marido hubieran deseado es verme sufrir por su partida, y ahora, por fin después de meses, empieza a ser una realidad; es como salir de un infierno. Me alegro mucho de haber venido, tenía que encontrarme con mi soledad, aunque los primeros días han sido muy dolorosos.

—Se te nota el cambio, lo refleja tu cara, tus ojos, tu sonrisa. La vida continua y todos tenemos el derecho a aprovecharla, y si es posible, disfrutarla, y verte salir de la oscuridad me llena de felicidad, como se suele decir: "al final, siempre sale el sol".

—Creo que una de las claves que me ha servido para dejar de obsesionarme con lo que me había pasado, es dejar de pensar en ello. Cada vez que me venía un recuerdo o un pensamiento sobre mi desgracia, miraba a mi alrededor, a un árbol, una montaña, una casa, lo que tuviera delante, respiraba profundo y a caminar que ya de por sí es muy depurativo, quema la angustia y te saca de la inercia derrotista. Decidir que se ha acabado pensar en negativo ha sido muy liberador.

—Tienes mucha razón —confirmé—, lo he aprendido de la psicología, que trato de poner en práctica, hay que tener cuidado con las órdenes que le das al cerebro. Es un órgano muy obediente, si le dices que la vida no vale la pena, o esto o aquello es una mierda, tratará de obedecer y presentarte así la vida; y lo mismo hace en sentido contrario cuando le das mensajes positivos. Puestos a elegir es mejor pensar en positivo, aunque yo tengo cuidado para no convertirme en una tonta feliz.

—No creo que vuelva a ser insulsa —añadió Karen—, ya pasé unos años en que me hicieron creer que era la reina del universo, y me costó mucho salir de ese agujero, en eso la edad te va ayudando, cuando afortunadamente vuelves a ser invisible.

—Si te gustan las iglesias puedes probar a meditar un rato en cada una. Te renueva, te llena de paz, es una recarga de energía, y encima es un placer, de los de verdad, de los que se disfrutan y no se evaporan, se introducen en tu interior y permanecen.

—No sé si medito. Después de recorrer la iglesia y ver todos sus recovecos, me siento y cierro los ojos unos minutos, encuentro silencio y mucha paz, puede que hasta me sienta un poco mística. Supongo que hay una técnica para aprender a meditar.

—Meditar es contactar con el alma —afirmé—, y cualquier actitud, situación, actividad o inactividad que te acerque al alma, es una meditación válida. Lo reconoces cuando se manifiestan las cualidades propias del alma: paz, silencio interno, sensación de intemporalidad, presencia de energía y de realidad, desapego, ausencia de pensamientos o al menos no los atiendes y no te atrapan, pasan de largo, solo tienes que mantener la concentración que hayas elegido. Yo uso un punto en el entrecejo, en el centro ajña, donde concentrarse es más fácil y con menos riesgos. Luego solo hay que mantener ese estado y dejar que tus centros de energía se alineen con la energía que emana del alma, que fluirá, y con el tiempo acabarás en un estado de pura contemplación. Es un aprendizaje largo, pero va dando frutos desde el principio si se práctica con constancia y motivación.

—Lo pondré en práctica, me parece una forma increíble de conectar con la esencia de los templos antiguos y captar sus energías; nos quedan muchos por ver y descubrir.

Nos liamos a hablar de todo lo que nos pasaba por la cabeza, de los sitios que más nos habían impactado, de los tramos más duros. Karen era un saco de sorpresas, después de su decepción con la vida de modelo, había estudiado física, y era una toda una erudita en astrofísica y en astronomía, lástima que esta noche el cielo estuviera cubierto.

Se nos ha hecho muy tarde hablando. Nos despedimos, ella se queda en otro albergue. Mañana no vamos a salir juntas, yo aprovecho la luz desde casi amanecer y Karen se lo suele tomar con más calma; va lenta, no la importa emplear toda la jornada caminando. Nunca sabes si vas a volver a coincidir en el camino o incluso si ya no te volverás a ver; es como lo efímero de la vida solo que comprimido.

No tengo cuerpo para la Tablet, me puede el sueño, algo deben haber influido las cervezas.

La jornada siguiente, de Castrojeriz a Fromista, se presenta nu-

blada, 25 kilómetros, entrando en la Tierra de Campos, infinitos horizontes en extensas llanuras de trigales. El río Pisuerga y sus choperas, en la divisoria de las provincias de Burgos a Palencia, viene pronto a la vista, y para atravesar su cauce, espera un antiguo puente, de los más largos del camino, con once arcadas de sillería: el Puente de Itero también llamado Paso Itero o Puente Fitero, situado entre Itero de la Vega e Itero del Castillo, pueblos que bordean cada una de sus orillas. Es de estilo románico, construido a principios del siglo XII, en tiempos del rey Alfonso VI, para ayudar a los peregrinos a salvar el caudaloso río Pisuerga, que en aquellos tiempos debía llevar mucha más agua que ahora. Luego tuvo modificaciones en época gótica, y se encuentra en buen estado, se nota que ha tenido una reciente restauración. Presenta un perfil en forma de lomo arqueado hacia arriba, con 11 arcadas, algunas apuntadas y otras de medio punto, con tajamares que cortan el curso del agua del río, triangulares aguas arriba y cuadrangulares aguas abajo. Este puente, tuvo una gran importancia estratégica, por lo que fue muy disputado en la Edad Media, al ser el límite del condado de Castilla; entonces ya era famoso y aparece repetidamente citado en los itinerarios jacobeos, ya desde el Codex Calixtinus, del siglo XII. Actualmente sigue siendo el límite entre las provincias de Burgos y Palencia.

Sigue la ruta llana, donde los paisajes que tienen el protagonismo son los cielos de nubes cambiantes. Desde el pueblo de Boadilla del Camino se sigue por una senda junto a una hilera de chopos, en paralelo con el canal de Castilla que termina en una zona de esclusas, un recorrido extraño e inesperado, para introducirnos en Fromista, la antigua Furmesta de los romanos, un pueblo un poco más grande de lo habitual, donde como un imán te atrae la majestuosa joya románica, la Iglesia de San Martín, construida en 1066, que formaba parte de un monasterio benedictino, hoy desaparecido.

Es un templo de planta basilical, formada por tres naves de distintos tamaños separadas por pilares compuestos. La nave principal o central es más ancha que las dos laterales, y las tres terminan en ábsides semicirculares. Sobre sus naves, de escasa altura, destacan el cimborrio octogonal sobre el crucero y las dos torres cilíndricas a ambos lados de la fachada principal; en sus muros se presenta el ajedrezado jaques a diferentes alturas. Bajo los aleros

de las puertas y tejados hay numerosos pequeños canecillos, con figuras similares a gárgolas, representando animales, seres humanos y seres mitológicos o fantásticos. Sobre la puerta principal hay un crismón de seis brazos. La iglesia tiene cuatro entradas, repartidas en cada una de sus fachadas, aunque sólo dos permanecen útiles; es igual, también están cerradas. Pienso que este país no tiene remedio y mucho que aprender en mostrar su patrimonio, con mucha más razón en el Camino de Santiago, que no solo es de días festivos y periodos vacacionales.

Viendo la iglesia se me acerca un peregrino alemán o austriaco, alto, rubio, guapo, ojos azules, que me echa los tejos de forma descarada; me dice que meditamos juntos hace dos días, cosa que yo no había fijado. Tiene un perfil de peregrino habitual, te encuentras muchos rubios, altos y de ojos azules, sobre todo en esta época, en la que les gusta venir a los europeos, que temen el calor del verano, y en la que se ven pocos españoles. No es demasiado viejo, lo cual es una novedad, a mis casi cincuenta ya no estoy en el mercado del ligue, y eso que me conservo relativamente bien. No estoy abierta a flirteos, ni a amoríos del camino, que por lo que voy viendo, ligar está la orden del día, debe ser que andar afecta a las hormonas, no a las mías. Lo que desde luego no me imagino es volver a vivir en pareja, tendría que ser algo muy especial, que a estas alturas ya no creo que exista.

La tarde y la noche pasaron como una exhalación. Me atacó pronto el sueño y no hay lugar para la Tablet. Es un poco novedad, ya es el segundo día, puede que este aflojando y ya no sea la disciplinada que me creo ser; esa sensación me gusta, los excesos no son buenos.

Al día siguiente la tónica general de la jornada son los largos y continuos andaderos, hasta ahora alternos, al lado de carreteras, que se pierden a lo lejos y parece que no se acaban nunca. Se hacen pesados por la cercanía de la carretera, por la que no hay un tráfico fluido, pero no dejan de pasar vehículos, y ponen a prueba el espíritu de quien camina con conciencia interiorizada. Al menos hay árboles, plantados en el recorrido, que les queda mucho por crecer. Ahora están pelados, y aún hacen algo de compañía. No faltan bancos y pequeños merenderos para descansar o comer algo. En

verano, con los calores, tiene que ser una ruta dura.

Paso por Villalcazar de Sirga en la que se eleva majestuosa la Iglesia de la Virgen Blanca, "catedral templaria", plena de historia y arte, a la que dedicó sus "Cantigas" el rey Alfonso X El Sabio, pero sin mucho tiempo para parar. Habrá que volver sobre los pasos de este camino unas cuantas veces para detenerme en tantos lugares que se atraviesan como un suspiro; quien iba a pensar que caminando se cogiera tanta velocidad como para justo ver el exterior de muchos pequeños mundos. Para una amante de la historia y del patrimonio, pasar sin ver tantos sitios que siguen de pie después de siglos es hasta doloroso. Tardaría tres meses en hacer el camino si me paro a hacer caso a lo que me piden mis amores históricos; no queda otra que ir dejando escapadas pendientes. España es un paraíso cultural que nunca se acaba. Creo que junto con las maravillas históricas de los países del entorno: Portugal, Italia, Francia..., no me quedaran ganas de viajar por el mundo más lejano; conocer otras culturas es un propósito interminable, cuanto más conoces más quieres, hay que tener cuidado para que no se convierta en algo obsesivo.

Llegar a Carrión de los Condes es una doble satisfacción: la que da el final de la etapa, y la cantidad de patrimonio por visitar. En la edad media era considerado el centro geográfico del Camino de Santiago, aquí se unían la vía romana de Aquitania, que unía Burdeos y Astorga, y la ruta de peregrinos trazada por Sancho III de Navarra desde Pamplona. Es una villa histórica, atravesada por el río Carrión, que tiene sus orígenes en el asentamiento de un pueblo llamado Cares, de origen oriental, en el siglo III antes de Cristo. Después vino la tribu de los vacceos, más tarde los romanos, visigodos y finalmente musulmanes, antes de pasar a ser parte del reino de León. Llegó a tener doce iglesias y otros tantos hospitales y hospederías. Aún hoy día ofrece mucho por ver, demasiado para este pobre cuerpo cansado. Me dejo llevar por el pueblo para entrar en una iglesia con el espíritu vivo, sabiendo que voy a pasar por alto otros muchos templos mágicos, y descubro la iglesia de Santa María del Camino, románica, construida a mediados del siglo XII, durante el reinado de Alfonso VII. Desde su construcción, se dedicó a la "Virgen de las Victorias". Se le da el título de las Victorias en alusión a la derrota sufrida por los musulmanes, cuando llegaron a

Carrión a cobrar el "Tributo de las Cien Doncellas". Los cristianos del rey Mauregato, tenían que pagar a Miramamolín con cien muchachas, correspondiendo a Carrión la entrega de cuatro. Al salir de la localidad las muchachas pidieron permiso para despedirse de la Virgen que, al oír sus rezos, hizo aparecer cuatro toros, que pusieron en fuga a los musulmanes, dejando libres a las muchachas. Desde un primer momento, esta iglesia se llamó Santa María de las Victorias en memoria de la victoria sobre los moros, como cuenta la tradición, aunque seguramente haga referencia a la victoria lograda por Bermudo I sobre los sarracenos, o a la de Alfonso III quien, tras derrotar en Zamora en el año 901 a los moros, llegó a Carrión donde lo celebró. De cualquiera de estos triunfos bélicos tomo nombre el templo. Más tarde, se llamó de *Santa María del Camino* por estar al lado de la ruta jacobea, y desde entonces se conoce con ambos nombres; de vez en cuando me sale mi vena histórica, y estas leyendas me sobrepasan, no lo puedo remediar.

La planta del templo es rectangular de tres naves rematada originalmente por ábsides semicirculares. Consta de cuatro tramos con bóveda de cañón en la nave central y un crucero que no sobresale de las naves con bóveda de crucería. Cuenta con tres capillas laterales, sacristía y coro elevado en el tramo de los pies. Llama la atención la portada meridional, que está formada por cinco arquivoltas de medio punto en las que se alternan orlas ajedrezadas con una tosca guirnalda de pámpanos y racimos. Las arquivoltas segunda y cuarta se apoyan en cuatro capiteles historiados que parecen hacer alusión al célebre tributo de las cien doncellas. En los capiteles del lado izquierdo aparecen unos hombres barbados, quizá los moros, y unas mujeres, tal vez las doncellas. La entrada está flanqueada por cuatro ménsulas con forma de rudas cabezas de toro. Hay otras representaciones en otras arquivoltas y sobre los arcos.

Se nota que la Iglesia se construyó a conciencia, con sillería de buena calidad, asentada en hiladas bien aparejadas, en un interior con altura y fuerza, que se sustenta en robustas y anchas columnas, y muestra una decoración austera. Cuando te sientas y cierras los ojos detectas el inconfundible sonido del silencio y la paz que siempre lo acompaña.

Me voy a quedar en el albergue del convento de Santa Clara,

de las hermanas clarisas, que reservan solo para peregrinos, y que también cuenta con hospedería. Dicen que viene funcionando como albergue desde el siglo XIII, con reflejo de la tradicional hospitalidad franciscana. Es una edificación muy antigua, seguramente llena de historias y recuerdos, con dos grandes porches en el patio interior, uno con columnas de piedras de cerca de ocho metros de alto y anchas maderas envejecidas, con cubierta de teja, y otro más bajo con pilares de troncos viejos que sostienen el segundo piso en forma de balconada cerrada.

Me han contado que acaban de desinfectar el albergue porque habían aparecido algunas chinches. Es pronto para plagas, aunque ya estamos en primavera y por el día se elevan las temperaturas. Nos piden que avisemos si vemos algo o de cualquier picadura: Son gente honesta, podían haberse callado para no alarmar y pasar desapercibidos; se agradece cuando la verdad va por delante.

He cogido una habitación individual que debió ser una antigua celda, el aposento de una monja. Está muy limpia, con una cama estable y un buen colchón; dispone de unos gruesos muros que no dejan pasar el frio del anochecer y un ambiente cálido, austero pero confortable. Todo el albergue rezuma silencio y se respira paz.

En abril aún anochece pronto, y afuera hay una bonita noche estrellada, con el atisbo de una incipiente luna creciente. Aguanto un rato en el exterior un poco alejada de las farolas, llenándome de estrellas, a pesar del frío que sube por momentos, en estas tierras todavía te puede caer una helada tardía.

Casi me alivia no tener sueño, y esta acogedora celda incita a coger el cuaderno de notas y escribir lo primero que el lugar me inspire:

"No hay nada que objetar a planificar, a establecer el plan del día, o de la semana, mes..., siempre que me adapte a los cambios, que escuche las señales, las certezas sutiles que te indican si es momento de seguir uno u otro sendero. La vida es continuo cambio, el camino lo demuestra, nunca aciertas a imaginar lo que va a ocurrir al día siguiente. Espero que no me pueda la prisa, sin precipitarme, y que tampoco me pueda la pereza, que no me detenga y camine en armonía, y que esté a tono con el arte de fluir en la corriente de la vida".

La Tablet me llama y tengo auténticas ganas de continuar con mi investigación sobre la Tercera España, en la que entran todos los personajes que participaron de alguna forma en la guerra civil, sean de la nacionalidad que sean. Hoy me voy a fijar en **George Orwell**, al que lo vivido en la trágica guerra española marcó su vida y su obra.

Eric Arthur Blair, conocido por su seudónimo de George Orwell, fue un novelista, periodista, ensayista y crítico británico nacido en la India, que ha pasado a la historia sobre todo por sus obras más conocidas: *"Rebelión en la granja"* (1945) y *"1984"* (1949). Su obra es extensa, y la completó escribiendo muchos artículos. Vivía en sus carnes lo que escribía; de su indigencia, o de trabajar de lavaplatos creó "*Sin blanca en París y Londres"*, (1933): En 1936, escribió sobre la pobreza de la clase obrera en el norte de Inglaterra, en *"El camino a Wigan Pier"*, publicada en 1937, para lo que se metió a experimentar las penosas condiciones en las que vivían los obreros.

Consecuente con su implicación en la lucha por los más desfavorecidos, Orwell se lanzó a la defensa de la República Española amenazada por el fascismo. Llegó a Barcelona en diciembre de 1936 y ese mismo día se alistó y fue asignado como miliciano al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), de antigua orientación trotskista. Más tarde escribiría que de haber comprendido mejor la situación política en España, se habría unido como miliciano a los anarquistas, a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

En enero y febrero de 1937 estuvo en las trincheras del frente de la Sierra de Alcubierre, en la provincia de Huesca. Más tarde combatió en el cerco a la ciudad de Huesca, y estando de permiso en Barcelona, fue testigo de primera mano de las Jornadas de mayo de 1937. En esos días, los comunistas, bajo órdenes directas de Moscú, se revolvieron contra sus antiguos aliados anarquistas y contra el POUM, un partido disidente con los estalinistas, para hacerse con el control del poder revolucionario, con la infame acusación de que estaban ayudando a las tropas de Franco. Fueron cinco días de traiciones y violencia que dejaron varios cientos de muertos, en los que Orwel, conoció la persecución y el asesinato de compañeros suyos y entendió que su vida y la de su mujer, Eileen O'Shaughnessy, presente en la ciudad, corrían peligro. Lograron huir de Barcelona

y sobrevivir a la represión. Durante la purga comunista, Barcelona vivió un clima de pesadilla, a la que Orwell calificó como "un manicomio", donde la paranoia, las calumnias y los rumores crearon un ambiente tan venenoso que incluso los que no participaban en las intrigas se vieron a sí mismos como conspiradores. Esa atmósfera de terror es la que después reflejaría en *"1984"*.

Orwell volvió al frente, y recibió un tiro en el cuello en las proximidades de Huesca, el 20 de mayo de 1937, unas graves heridas de las que logró reponerse, y volvió a Inglaterra abandonando el escenario bélico español. Su experiencia en la guerra civil le motivó para escribir *"Homenaje a Cataluña"*, que refleja el espíritu revolucionario de catalanes y aragoneses, que él conoció, y el respeto a la integridad de los milicianos, así como los terribles sucesos de mayo del 1937 en Barcelona: *"Nunca había visto a nadie cuya profesión fuese contar mentiras"*, cuenta en ese libro. Supo comprender las tensiones entre diferentes grupos políticos, pero le superó la administración organizada de falsedades, como que los comunistas habían desmontado una red de traidores anarquistas que se comunicaba con los fascistas por medio de emisoras de radio secretas y mensajes en tinta invisible para asesinar a líderes republicanos.

Su participación en la guerra civil española marcó para siempre su visión del mundo. En 1946 escribió: *"La guerra de España y otros acontecimientos ocurridos en 1936-1937 cambiaron las cosas, y desde entonces supe donde me encontraba. Cada línea en serio que he escrito desde 1936 ha sido escrita, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático como yo lo entiendo"*.

Para Orwell, la verdad era lo más importante, aunque resultara inoportuna y al llegar a Londres buscó dónde publicar lo que vio en Barcelona. Por eso le sorprendió y le decepcionó que se le dificultara esa posibilidad, porque editores amigos suyos alegaban que explicar esos sucesos, aunque fueran ciertos, podía favorecer a las tropas de Franco y al fascismo. La constatación de la mentira política en España y la ocultación de la verdad en Reino Unido, fue fuente de inspiración para su obra posterior.

Me fijo en un texto de Orwell que aclara lo que son los dos bandos, diferenciándolo del compromiso con la verdad y la justicia que debería caracterizar a una honesta tercera España: *"Cuando se*

piensa en la crueldad, miseria e inutilidad de la guerra (...) siempre es una tentación decir: "Los dos bandos son igual de malos; me declaro neutral". En la práctica, sin embargo, no se puede ser neutral, y difícilmente se encontrará una guerra en la que carezca de importancia quién resulte vencedor, pues un bando casi siempre tiende a apostar por el progreso, mientras que el otro es más o menos reaccionario. El odio que la República española suscitó en los millonarios, los duques, los cardenales, los señoritos, los espadones y demás, bastaría por sí solo para saber lo que se cocía. En esencia fue una guerra de clases. Si se hubiera ganado, se habría fortalecido la causa de la gente corriente; pero se perdió, y los potentados de todo el mundo se frotaron las manos. Esa es la cuestión de fondo; todo lo demás es apenas espuma en la superficie".

La obra de Orwell posterior a su aventura en España revolucionó las ideas de la izquierda de entonces, que en buena parte la acogió con desprecio, sobre todo por sus críticas al totalitarismo en su novela corta alegórica *"Rebelión en la granja"* (1945), en clara referencia al estalinismo, que entonces no se entendían y parecían reaccionarias. Se anticipó a lo que más tarde se supo sobre la realidad de la Rusia de Stalin, seguramente porque observó y conoció el comportamiento de los comunistas en España, escuchó a todos los exiliados y se informó sin prejuicios leyendo todo lo que pudo.

La novela *"1984"*, (1949), escrita en sus últimos años de vida y publicada poco antes de su fallecimiento, es la que más ha trascendido de toda su obra, y acertó de lleno con el futuro que se le venía encima a la humanidad. En ella no predijo, sino que advirtió, sobre la manipulación y la policía del pensamiento, creando el concepto de "Gran Hermano", toda una distopía, una palabra que se define como "una representación ficticia de una sociedad futura de características negativas causantes de la alienación humana". El adjetivo "orwelliano" es frecuentemente utilizado en referencia al distópico universo totalitario imaginado por el escritor británico.

"Gran Hermano", es un término que desde entonces pasó al lenguaje común de la crítica de las técnicas modernas de vigilancia. Lo curioso es que el autor pensó con esa obra sobre todo en la sociedad inglesa y las sociedades occidentales y no tanto en Rusia como se ha creído. Sacó a la luz la fragilidad de la verdad frente al poder. Y

el tiempo demuestra que las peores previsiones de *"1984"* se han ido cumpliendo, e incluso se han superado con la epidemia de toxicidad, tergiversaciones, noticas falsas y mentiras, mezcladas con abusos de poder, y el uso interesado y fraudulento de las nuevas tecnologías.

George Orwell manifestó a su editor Fredric Warburg: *"La moraleja que podemos sacar de esta peligrosa pesadilla es simple. No deje que ocurra. Depende de usted"*.

En 2015 se reveló, mediante un informe de la inteligencia británica, que Orwell fue vigilado durante alrededor de doce años por la policía de aquel país en vista de su aparente vinculación con movimientos de izquierdas. Hasta a él mismo llegaron los tentáculos del "Gran Hermano".

Me llama la atención que en lo personal, a Orwell le disgustaba lo que él consideraba como puntos de vista emancipadores revolucionarios equivocados de la clase media, expresando desdén por *"todo bebedor de jugos de fruta, nudista, persona que usa sandalias, hipersexuales"*. Estaba abiertamente en contra de la homosexualidad, en un momento en que tal prejuicio era común, y que visto desde ahora cuesta mucho de entender. Eso no tenía nada que ver con sus relaciones con sus amigos homosexuales, a los que respetaba y apreciaba. El caso es que tenía una actitud negativa y denigrante hacia la homosexualidad, y no lo ocultaba. Lo reflejan sus escritos cuando usa epítetos homofóbicos como *"Nancy y pansy"*, así como expresiones de desprecio hacia lo que llamó los *"poetas Nancy"*, en relación a escritores e intelectuales homosexuales o bisexuales de izquierda. Hay quien justifica estas explosiones homofóbicas ocasionales de Orwell como parte de su rebelión contra la educación pública, pero eso es mucho justificar.

Pienso que grandes creadores que han hecho grandes aportaciones al progreso de la humanidad, han tenido personalidades con sombras y lagunas significativas. Tal vez lo importante sea la verdad de la obra que ha quedado, y las características y comportamientos personales de sus autores pasen a segundo plano. Es un pensamiento que no tengo resuelto, mientras tanto no caeré en la trampa de hacer juicios sobre apariencias externas o expresiones, muchas veces sacadas de contexto.

A pesar de las dificultades y decepciones, Orwell siempre creyó

en la humanidad. Nunca se rindió, ni la enfermedad pudo con él. Pasó los últimos tres años de su vida entre hospitales, escribió hasta el final. Murió en Londres a la edad de cuarenta y seis años, de tuberculosis, enfermedad que había contraído durante el periodo que describe en *"Sin blanca en París y Londres"*. La pobreza enseña mucho, pero no es fuente de salud.

Voy a caer frita en el saco, no me va a dar tiempo a contar los segundos que me costara coger el sueño.

Febrero de 1937. Sierra de Alcubierre.

Lo más crudo del invierno se había echado encima de las trincheras. Las fuertes heladas, por la noche y a veces hasta por el día, congelaban la tierra dejándola dura como una piedra, y los sufridos milicianos que tenían que estar al raso, ateridos de frío, tenían que arropar sus fusiles para que el hielo no los dejara bloqueados. La ropa de abrigo se quedaba escasa. Los más afortunados disponían de calzoncillos largos de algodón debajo de los monos azules y de las variantes del uniforme de la milicia, con polainas de tela y lana para las alpargatas y las esporádicas botas altas. Se veían bombachos de pana, y otras prendas también de pana, un tejido que aparentaba cubrirte del aire gélido más de lo que en realidad aportaba. El pañuelo rojo alrededor del cuello había pasado de ser una seña de identidad, a parte importante de la ropa invernal, lo mismo que cualquier tipo de gorra, o lo que fuera para cubrir la cabeza; los cascos de guerra eran una rareza. Teníamos un manta por persona y solo te salvaba recogerte en una casamata con algo de fuego por la noche. Una de las prioridades era conseguir leña, asaltando lo que quedaba en estos pobres montes desolados, que día tras día íbamos arrasando. La comida iba llegando, pero no siempre caliente y a menudo enlatada. El frío se te metía hasta los huesos, y al menor soplo de viento nos acurrucábamos por los recovecos y los rincones. Nuestra falta de higiene con barbas de un montón de días, en vez de un ejército, nos hacía parecer una banda de indigentes, a la espera de que pasará algo que nos sacará de aquel agujero.

Los días iban pasando sin cambios en las posiciones, que estaban muy consolidas por ambas partes, aunque se iban incrementado las incursiones entre líneas poniendo a prueba las defensas, aumentando la tensión y a la vez la desesperanza porque no se avanzaba en la guerra, lo que ahondaba en un sentimiento generalizado de abatimiento que tenía algo de contagioso. Se iba produciendo un goteo aislado de muertos y heridos que no daban para que los camilleros nos sintiéramos activos. En mi caso me mantenía ocupado con las clases para enseñar a leer y a escribir, con gratos momentos por los progresos de mis particulares alumnos, que ya se manejaban con cierta soltura con las lecturas de los periódicos que nos iban llegando; lástima que el tema fuera monocolor,

todo giraba alrededor de la guerra.

A mediados de febrero, la mayor parte de la columna y todos los vinculados directamente al POUM, se iban a trasladar a las inmediaciones de la ciudad de Huesca, en la que se estaban acumulando tropas para una fuerte ofensiva, y esta parte la iban a ocupar socialistas y comunistas provenientes de la columna Carlos Marx, así como nuevos reclutas del Ejército Popular de la República que estaba iniciando un proceso de integración de las columnas. Se mantenía la estructura y autonomía miliciana, pero ya con connotaciones de ejército, con lo que se iba diluyendo el espíritu revolucionario dejando paso al objetivo único y prioritario de ganar la guerra. Para la gente sencilla no había mucha diferencia, la misma comida, con la misma ropa, e iguales condiciones de vida. Muy pocos entendían las complejidades políticas, aunque las cosas importantes, como la lucha por la libertad y la justicia social la tenían muy clara.

Yo me quedaba en este nuevo e incipiente ejército republicano, al igual que Lyam y otros tres irlandeses, que se desmarcaron del grupo de ingleses que irían a Huesca. Los irlandeses van por libre, se parecen más a los españoles que a los ingleses, son más locos y decididos que los recatados británicos, y nos superan con creces a los españoles en las ganas de juerga y en la capacidad de beber, y eso que el nivel por aquí está muy alto.

La tarde anterior a la partida del grupo del POUM nos juntamos unos cuantos, los más cercanos en nuestra zona de trincheras, para hacer una despedida. Tantos días recogidos en un trozo de tierra, compartiendo penas e ilusiones, con la tensión de que puedes entrar en combate de forma repentina, crean un vínculo que va más allá de la amistad. Me acerqué a George, el escritor inglés con el que había tenido ocasión de hablar varias veces, y siempre me trasmitía sensatez y claridad de ideas; estaba escribiendo en su cuaderno.

—Me alegro de haberte conocido —le dije, —, espero que tengáis suerte en vuestro nuevo destino, allí hay muchos más enfrentamientos que por aquí; perdona si te interrumpo en tus escritos.

—Solo estaba tomando notas, —comentó George—, cuando te viene una idea es mejor apuntarla, para luego darte tiempo a darle vueltas. Ya tengo ganas de entrar en acción, para eso hemos venido.

Se nos arrimó Lyam, que nos estaba escuchando, junto con un

joven austriaco llamado Max, que dominaba el inglés.

—George, —dijo Lyam—, en Huesca tendrás que agachar bien esa cabeza, que es muy valiosa, tienes mucho que escribir y que contar sobre todo lo que estás viendo y viviendo en primera persona.

—Tienes razón —comentó George—, esta guerra, o mejor dicho esta revolución, es una fuente continua de ideas y reflexiones. Lo que aquí está ocurriendo se tiene que conocer e inspirar a toda una generación que deberá cambiar los hábitos arcaicos de la vieja Europa. Para lograr la liberación de la opresión del capitalismo, es imperativo acabar con los totalitarismos, no solo con el fascismo, también con los falsos comunistas que tratan de imponer por la fuerza sus planteamientos. Sin libertad no se puede lograr la verdadera justicia e igualdad social.

—Nos fijamos en Rusia, y no es un buen ejemplo —apuntó Max, el joven austriaco—, lo que vamos conociendo es que el pueblo ruso sigue oprimido, ahora de otra forma, y sin quitarle méritos a sus avances sociales, la población sigue sufriendo. En España hay una oportunidad para hacerlo mejor, aunque está claro que esta guerra no ayuda. Se impone la necesidad de vencer al fascismo o no habrá nada de qué hablar, y os puedo asegurar, por lo que he conocido en Austria y Alemania, que el fascismo arrasa con cualquier cosa, eso sin contar con la locura obsesiva de los nazis contra los judíos que consideran una raza inferior.

—Hay judíos austriacos que son auténticos genios —dije—, como Sigmund Freud, que aprendió español en su juventud para leer "El Quijote" de Cervantes en su lengua original, y es un precursor de la nueva psicología, con aportaciones interesantes en la interpretación de los sueños; se le considera el padre del psicoanálisis.

—Ese Freud tendría mucho trabajo en España —Comentó Lyam—, se volvería loco psicoanalizando esta guerra, y no sabría interpretar los sueños de grandeza de Franco y sus generales, por no decir de algunos dirigentes de partidos de izquierdas.

—En Austria, Freud es una persona reconocida —Continuó Max—, pero está soportando una campaña de desprestigio que trata de aniquilarlo, más le valdría largarse, ahora que está a tiempo. Yo también soy de origen judío, y conozco por propia experiencia lo que es la persecución y lo que están generando las ideas paranoicas

de Hitler sobre los judíos, que por desgracia van calando con fuerza en la sociedad austriaca. Los países, como las personas, también se enferman, y algunos males atacan a la mente.

—En toda Europa hay una epidemia de fascismo —añadió George—, hasta ha llegado a Inglaterra. Esta enfermedad solo se puede tratar plantándola cara con la fuerza; es el único lenguaje que entienden los fascistas. España es el primer campo de batalla, mucho me temo que no será el último.

La conversación continuó hasta el anochecer. Tuvimos ocasión de hablar de muchos temas. Un grupo de españoles se nos unieron y las charlas intelectuales pasaron a comunicación directa y divertida, con un espontaneo y creativo lenguaje de signos y expresiones de español aprendidas, que hacían que nos entendiéramos sin problema. Ayudaba que corriera la bota con el vino recio de estas tierras aragonesas y unos buenos tragos del "saltaparapetos", que venía en botellas de cristal con un simple corcho, y que nadie sabía dónde o cómo se fabricaba, mejor no saberlo. Las risas y la alegría alargaron la celebración, una bonita forma de despedida de personas con las que te sentías hermanado. Me preguntaba sobre qué sería de este o aquel, de cada uno de nosotros, sí nos volveríamos a ver, o sí sobreviviremos a la guerra. En el presente de las trincheras todo está en el aire, y no tiene sentido pensar en el futuro. Hay algo de liberador y aventurero al vivir justo en este instante, y me iba sorprendiendo de que mi mente, amante del orden y del pensamiento analítico, se fuera adaptando con tanta rapidez. Esta experiencia tan extrema estaba creando un nuevo Julián, el tiempo dirá si valió la pena.

A la mañana siguiente se simultaneó la salida del POUM con la entrada del nuevo grupo; daba lo mismo que se llamaran milicianos o soldados del ejército popular de la República, no había mucha diferencia, incluso los pañuelos rojos al cuello seguían siendo habituales. Lo que si se notaba era un trato más enérgico de los comisarios dando órdenes; alguien se habría dado cuenta de la importancia de un mínimo de disciplina y de las cosas bien planificadas, pero con ello se esfumaba parte del espíritu revolucionario. Los que nos quedamos fuimos desplazados a otra zona de trincheras hacia una zona más cercana a Alcubierre, mucho mejor

equipadas y fortificadas a conciencia, con zanjas de comunicación entre ellas, cerradas, llenas de parapetos y sacos terreros, y mucho alambre de espino por todas partes; también las posiciones fascistas estaban más cercanas. Cada bando ocupábamos una línea de colinas diferentes, estábamos a tiro unos de otros.
Habían llegado más armas y más modernas, fusiles sobre todo y algunas ametralladoras, pero seguía faltando artillería, y la aviación republicana del cercano aeródromo de Sariñena seguía en cuadro, la escuadrilla "Alas Rojas" se había disuelto, y solo quedaban algunos viejos aviones con poco armamento. La buena noticia es que empezaban a llegar aviones y pilotos rusos con los modelos Polikarpov I-15 "Chato", y Polikarpov I-16 "Mosca". Enseguida me ofrecí a enseñar a leer y a escribir y se apuntó un grupo numeroso, tendré que dividirlo en dos o tres. Vuelvo a empezar de cero, me queda el consuelo de que los que marchan han aprendido a leer y muchos también a escribir. Volveré a estar ocupado, si es que nos deja la actividad del frente que va aumentando.

Viene con el nuevo grupo un hombre de mediana edad, que había pasado las líneas desde Huesca y se interesa por las clases, le he oído pronunciar el nombre de Ramón Acín en un comentario a otro compañero, y tengo que preguntar.

—Te he oído nombrar a Ramón Acín, ¿Sabes algo de él?.

—Hablábamos de los fusilados por los falangistas, entre los que está Ramón Acín.

Me quedé mudo, como si me pegaran un puñetazo en el estómago. Ramón asesinado, como su amigo Antoni Benaiges, otro desastre de esta infame guerra.

—Cuéntame, por favor, como ha sido. —Le pedí con premura.

—En la noche del 18 de julio, muchos fuimos al Gobierno Civil para pedir armas con las que hacer frente a la sublevación militar que había empezado en África y se veía venir. El gobernador de Huesca se entrevistó con Acín y otros antifascistas, socialistas y anarquistas, asegurándoles que todo estaba bajo control. Con inútiles así estamos como estamos, tenía más miedo a dar armas al pueblo que a los fascistas. Cuando al día siguiente la ciudad fue tomada por los sublevados, todos tuvimos que ocultarnos como pudimos. Acín lo hizo en su casa, a la que fueron a buscarle y solo encontraron a su mujer, Conchita, y a sus hijas, que les dijeron que se

había marchado, y de momento coló, pero un par de semanas después volvieron, y comenzaron a golpear a Conchita, y al oír como maltratan a su esposa, Ramón salió de su escondite y se entregó. Ese mismo día le fusilaron en las tapias del cementerio. Su esposa Conchita fue asesinada, unos días después, junto a un centenar de militantes de izquierda y republicanos oscenses. Han ido casa por casa y no han perdonado a nadie, son una cuadrilla de asesinos.

Me dieron ganas de llorar, pero no podía, tanta miseria humana me estaba dejando seco de lágrimas. Pensé en las mentes privilegiadas que estaban siendo asesinadas por una jauría de trogloditas y en el desastre que suponía para avances en educación y en cultura, como el método Freinet, que había perdido a dos de sus mejores valedores. Tal vez en el otro lado se encuentren Ramón Acín y Antoni Benaiges y allí se explayen libres sus maravillosas almas, que en esta tierra asalvajada no han tenido cabida.

Dicen que las malas noticias no vienen solas. También por los nuevos soldados de reemplazo me enteré de la muerte de Unamuno, con mucho retraso, fue justo el 31 de diciembre. Murió en su casa familiar de Salamanca en la que estaba recluido, se fue con el fin del año 1936, un año fatídico en la historia de España, que nos ha dejado una sangrienta y cruel guerra civil, donde nos matamos entre hermanos por nuestras sagradas causas. No creo que una causa merezca la muerte de nadie, pero aquí estoy, en una trinchera, defendiendo mi vida y una República que tratan de aplastar los poderes de siempre. Yo, como muchos, no hemos elegido matar, solo nos ha quedado el derecho a defendernos. Seguro que Unamuno ha muerto de pena y puede que hasta de vergüenza por apoyar al bando sublevado imaginando que iba a poner orden en la República, y no pudo adivinar que los militares salvadores llevaban escondida una guadaña para imponer sus ideas fascistas con asesinatos sin medida; no se dio cuenta hasta que empezaron a matar a buenos amigos y vio el desastre de cerca. Descanse en paz el viejo profesor, del que no volveré a escuchar sus sabias palabras ni su exquisito lenguaje, en un aula de la Universidad de Salamanca, a la que tal vez nunca pueda volver.

Los días se fueron sucediendo con la misma parsimonia que antes, solo que ahora las líneas estaban más reforzadas y mejor armadas, incluso llegaba más comida, que nunca era suficiente. Se

producía un continuo intercambio de disparos, y alguna ocasional explosión de mortero; se notaba que desde las dos partes se quería romper el frente. Te acabas acostumbrado al silbido de las balas, una nueva monotonía para la que basta con tener buen cuidado en no exponer la cabeza. A mí me salvaba enseñar a mis alumnos y hacer de enfermero aficionado de remedios caseros, que junto con Lyam formábamos un buen equipo; ahora quedaban pocos internacionales para ejercer de traductor. Seguía haciendo un frío invernal y noches heladoras, no tan crudas como antes, el día iba alargando con más horas de luz, y se daban las primeras señales de que la primavera no estaba lejos. Las lluvias empezaban a hacerse presentes, con el incordio del barro que a la noche se congelaba y era peligroso andar sobre el hielo.

Una de esas mañanas la calma tensa se rompió de verdad, un ataque en toda regla de los nacionales se lanzó a la desesperada intentando romper nuestras defensas. En cuestión de segundos se dio la alarma cerrando filas en las trincheras, y todo el mundo se puso a disparar. Había tantos blancos móviles que no hacía falta ni apuntar, se estableció un fuego cruzado infernal, con los fusiles y las ametralladoras repartiendo balas por todo el frente, produciendo un descalabro entre el tumulto de atacantes que caían acribillados como marionetas; los que se habían acercado a nuestras posiciones lanzaban granadas, que se quedaban cortas, no podían seguir avanzando, y enseguida se dieron cuenta que el ataque era un fracaso, por lo que dieron la orden de retirada. En ese momento, uno de nuestros mandos se dejó llevar por un estúpido impulso y dio a su vez la orden de contraataque, supongo que para aprovechar la ventaja e intentar tomar alguna posición enemiga. Junto con Lyam agarramos con fuerza nuestra camilla, esto iba muy en serio y habría muchos heridos que rescatar. En cuanto los asaltantes se replegaron y llegaron a sus trincheras todo el contraataque quedó expuesto al fuego enemigo con lo que ahora las bajas eran las nuestras, caían los hombres fulminados y se dio la orden de retroceder, en medio de un griterío de heridos de ambos bandos, un espectáculo dantesco que ponía los pelos de punta. Lyam y yo íbamos como locos, cargábamos un herido, aullando de dolor, y corríamos a ponerlo a salvo, e inmediatamente a por otro, entre un tiroteo en el que las balas daban a nuestro alrededor y te pasa-

ban cerca con su siniestro silbido; parecía que ninguno de los dos bandos le importaba alcanzar a sus propios compañeros heridos. Conseguimos sacar a cuatro heridos y cuando íbamos a rescatar a los últimos Lyam cayó con un balazo en una pierna. Dejé la camilla, lo agarre como pude y me lo eche al hombro y corrí hasta ponerle a salvo. Le habían alcanzado en el muslo, le hice a toda prisa un torniquete y preparé un trozo de tela para taponar la herida. Lyam no se quejaba y la herida de la pierna la apretaba con sus propias manos, ahora era urgente trasladar los heridos a los hospitales de sangre de la zona.

Había habido muchas más bajas enemigas que las nuestras, pero la orden precipitada de contratacar había sido un error fatal, que había costado una docena de vidas y el doble de heridos. No había ningún médico, así que a los camilleros nos tocó vendar como pudimos las heridas y preparar el traslado. Solo se disponía de una ambulancia, se habían ido a buscar más y enseguida llegaron otras dos y una camioneta. A Lyam le iba abriendo y cerrando el torniquete tan pronto como comenzaba a sangrar, por miedo a dejar mucho tiempo la pierna sin circulación. Le dije que iría con él, que no le iba a abandonar, Lyam solo miraba, sin el menor reproche, solo asentía con la cabeza.

La ambulancia en la que íbamos a trasladarnos era un camión Ford 8 adaptado, con la parte de atrás cubierta de chapa y cristales en las puertas, proveniente de la cooperación de voluntarios norteamericanos, en el que se habían dispuesto ocho camillas en cuatro literas, con colchonetas, que ya estaban teñidas de sangre y más teñidas iban a acabar. Disponía de un buen botiquín, para las primeras curas, solo podíamos mal vendar y desinfectar con mercromina. Cargamos el camión-ambulancia con ocho heridos, Lyam entre ellos, y nos pusimos en marcha, en dirección al hospital de Poleñino, recién acondicionado, a unos veinticinco kilómetros; había que repartirse entre los hospitales de la zona. Íbamos el conductor con su acompañante y dos camilleros atrás con los heridos, ninguno se quejaba, todos jóvenes y valientes, sentí orgullo ajeno como si fueran de mi propia familia, la guerra crea estos lazos de sentimientos que no se romperán fácilmente; estar dispuesto a jugártela por un compañero une con fuerza para siempre.

El viaje hasta Poleñino fue muy movido, por carreteras que más

parecían caminos arreglados, con muchos baches y rodadas marcadas, que zarandeaban el vehículo sin piedad. El conductor trataba de ir deprisa y a la vez esquivar los socavones y las zonas embarradas de las últimas lluvias. Tratábamos de mantener inmóviles a los heridos; Lyam me dijo que no me preocupara por él, que atendiera a los demás, con una mano sujetaba la herida de su pierna y con la otra se agarraba al camastro. Cada poco rato le aflojaba el torniquete y lo volvía a apretar, lo que sin duda le producía dolor, pero no soltaba queja, estaba yo más nervioso que él. El resto de heridos presentaba un cuadro lamentable, algunos con varios balazos y sangre por todas partes. Hacíamos todo lo posible para evitar las hemorragias poniendo y fijando vendas, pero uno u otro se nos descontrolaba, lo que me producía una dolorosa impotencia. El transporte se me hacía eterno, solo veía un camino polvoriento por los cristales de las puertas traseras, deseaba llegar como fuera; si hubiera sido un devoto creyente estaría rezando.

Paró al fin el furgón y al abrir las puertas ya estaban preparadas varias personas con batas blancas y camillas para sacar a los heridos. Lo hicieron con orden y rapidez; yo me encargue de Lyam con una joven enfermera de pelo rubio, muy seria, que trataba de decirme como subirlo a la camilla y se sorprendió de que hablará inglés como ella, le explique lo del torniquete, que ella revisó, lo abrió y cerró, solo me dijo "well done", "bien hecho", y con cuidado trasladamos a Lyam al interior, que lejos de quejarse tuvo el atrevimiento de decirle a la enfermera, imitando a un actor de película, que tenía suerte de que le atendiera una inglesa tan guapa, que no pudo menos que sonreír y decirle que era australiana.

El hospital era una casona señorial, antigua y enorme, de ladrillo macizo, con grandes ventanales y balconadas. Tal como entrabas en un amplio vestíbulo, un joven médico español repasaba a los heridos con rapidez ordenándoles por gravedad, le llamaban doctor Aguiló, y pese a su juventud parecía ser quien dirigía el hospital. Cuando llegó a Lyam me preguntó por el tiempo que llevaba el torniquete y al saberlo le mandó con los primeros a operar. Una elegante escalera subía a la primera planta, en la que estaba el cuarto de quirófanos, pero me dijeron que se ocupaban ellos, había otro médico y varias enfermeras que se manejaban en inglés y alguna se defendía en español. Una mujer española, morena, bajita pero bien

plantada, que hacía de ayudante se me acercó y me dijo:

—No se preocupe, están en las mejores manos posibles, este es un buen hospital. Venga conmigo, le mostrare donde puede limpiarse.

No me había fijado que iba lleno de sangre, salpicado del sufrimiento de otras personas y de su lucha por sobrevivir. La mujer me llevo a un patio con varias piletas de bebederos de animales que ahora hacían las veces de lavabos, cubiertos con un porche abierto de madera y tejas.

—Gracias, me llamo Julián, y me sorprende gratamente encontrar un hospital tan organizado y con gente tan preparada y amable.

—Yo soy Ramona, algunas mujeres del pueblo ayudamos en tareas de limpieza, comidas y esas cosas.

—Hay mucho personal de otros países, ¿Cómo se ha organizado todo esto?.

—Este hospital lo ha creado la que llaman British Medical Unit, con la ayuda inglesa y lo recaudado por voluntarios del pueblo británico, a través del Comité de Ayuda Médica para la República de España. Todos son voluntarios y muy preparados, sobre todo las enfermeras. Lo dirige el doctor Gonzalo Aguiló, que es un cirujano mallorquín que según dicen opera muy bien para lo joven que es. Al principio se instalaron en Grañen, a doce kilómetros de aquí, pero estaban en muy malas condiciones y más expuestos a bombardeos; además tenían problemas con su líder anarquista, un tal "Pancho Villa", que desconfiaba de los extranjeros, y se han trasladado hace unos días a Poleñino, en esta casa con mucho más espacio. Aquí no nos andamos con diferencias, el pueblo es de mayoría anarquista, pero son bien recibidos todos los que defiendan la República.

—Me alegro de oír eso, como no estemos unidos no ganaremos la guerra. ¿Cómo es de grande Poleñino?.

—Sobre 500 habitantes, aunque ahora somos muchos más, con el hospital y los soldados que pasan y no dejan de ir y venir.

Me dejaron ropa limpia porque la mía estaba perdida de sangre y con agujeros y rasgones. No pregunté de donde venía, no quisiera escuchar que perteneció a algún miliciano fallecido. Aproveché el jabón y una toalla para sacarme la suciedad que llevaba encima, y eso que los lavaderos estaban al raso, me daba igual pasar un poco

más de frío. Parecía que me estaba quitando kilos de peso, el agua salía sucia, hasta con restos de tierra. Esto era algo que echaba en falta en el frente, estaba acostumbrado a la ducha matinal, un lujo que no supe apreciar cuando lo tenía a diario. Mis compañeros también aprovecharon para lavarse, pero les bastaba hacerlo de forma superficial, haya cada cual con su higiene.

Las mujeres de este pueblo eran de lo más apañado. En poco rato habían limpiado como pudieron las colchonetas de la ambulancia, quitando muchos ronchones de sangre. Ramona me dijo el remedio: echar bicarbonato sobre la mancha y verter vinagre para que se mezcle y actúe unos minutos; luego se retiran los restos de la mezcla con un paño o trapo húmedo. No había tiempo para haber dejado trabajar más al mejunje, y luego haberlos lavado a conciencia y que hubieran quedado sin manchas.

Quise esperar, y hacer esperar a mis compañeros de furgón, para saber como salía Lyam de la operación y aprovechamos para comer algo; solo con preguntar a Ramona, les faltó tiempo para traernos jamón, chorizo, pan y vino. Es un placer encontrar amabilidad y reconforta saber que se valora a los que están luchando.

Con mis compañeros de ambulancia nos fuimos a dar un paseo por el pueblo, no había visto tantas casas juntas en meses, ni tanta gente en movimiento. Se ubicaba sobre una amplia colina, no muy elevada, con un río abajo bordeando una parte del pueblo, el río "Flumen", que significa río en latín, o sea el río dos veces río. Hay casas de todos los tamaños, sobre todo pequeñas, la mayoría son de adobe revocado con mortero de cal, con dos plantas y desván, y con cubiertas de madera y tejas. La planta baja se utiliza para el ganado: mulas, vacas y caballos, que entran y salen como otro miembro más de la familia. Las calles de tierra, estrechas, y dominando todo, una gran iglesia con una bonita torre de estilo mudéjar, ahora convertida en centro de intendencia; como se podía ver por la puerta entreabierta; de las vigas del coro colgaban chorizos y longanizas. No quise entrar, me duele ver los templos convertidos en almacenes o en establos, no encuentro el sentido de castigar a los edificios por los actos de las personas, y tampoco me parece que se tenga que alterar un espacio destinado al culto. Se confunde el daño hecho por muchos curas desde el púlpito, con las sanas creencias religiosas, que no tienen por qué ser enemigas

de la revolución; imponer el ateísmo es otra forma de totalitarismo, aunque me callo estos pensamientos, aún no es el momento para que determinadas cosas se pongan en su sitio.

Desde el exterior de la iglesia hay una bella vista de las huertas a la ribera del río, que baja con un generoso caudal, se nota que está empezando el deshielo de las montañas. Hay dos puentes casi seguidos, uno muy viejo, estrecho, de ladrillo macizo, con grandes arcadas, y otro moderno más ancho, con una estructura de hormigón. Al otro lado del río se ven algunas casas bajas, si tuviéramos tiempo nos daríamos un buen paseo por allí.

Es un pueblo pequeño, pero tiene unos cuantos bares, en uno de ellos nos invitaron a beber, y en una de las casas nos sacaron el porrón al pasar, da gusto sentirse apreciado.

Lyam salió de la operación y pude hablar con una de las enfermeras inglesas que me dijo que había ido bien y la pierna estaba salvada, ahora tenía que reposar y recuperarse, por unos milímetros no le llegó la bala a la femoral y entonces no habría habido nada que hacer. Hubiera preferido hablar con el doctor Aguiló, pero le quedaban más operaciones pendientes. Me sentí aliviado, había cogido cariño a mi amigo pelirrojo y en este hospital se iba a sentir en familia. Ese sentimiento contrastaba con la muerte de uno de los heridos. La vida, que siempre das por supuesta, podía desaparecer con mucha facilidad. El fallecido era muy joven, me vino a la cabeza la imagen de su madre cuando supiera la noticia, y la borre al momento, no te puedes entregar a la lástima con la imaginación, ya es bastante dura la realidad.

Acababan de llegar noticias de que en el frente todo había vuelto a la calma, pero había que regresar cuanto antes. Existía el riesgo de que algún avión enemigo nos cazara en algún descampado como a conejos, aunque los chatos rusos se habían hecho al lugar y estaban protegiendo bien los cielos.

La vuelta a las trincheras fue un paseo, tuvimos tiempo para contemplar el paisaje en un día soleado, campos de cereal entre colinas erosionadas y árboles dispersos, almendros y olivos, y algunos viñedos, que deben ser los culpables del vino clarete subido de tono.

El frente era un fuerte contraste con los pueblos de retaguardia, volvía a la extraña normalidad de vivir entre zanjas y casamatas.

Ambos bandos se habían dado una breve tregua para retirar sus muertos, pero quedaba la huella, aún se veían los restos de sangre en la tierra. Saber que la muerte estaba al acecho era un lastre que te iba robando sigilosamente la energía. Esa muerte que puede llegar en cualquier momento, inesperada, aunque creo que la muerte es siempre inesperada.

Raro es el día que no hay algún herido, por las balas perdidas, que alguna encuentra su blanco, también por accidentes o intentos de autolesionarse, que se delataban solos, curiosamente suelen ser en manos y pies y ninguno grave. No supone mayor trabajo, también hay otros camilleros, supongo que para estar preparados para un enfrentamiento a gran escala, todos sabemos que es inevitable. Hasta que Lyam no se recupere tengo un compañero español muy agradable, sencillo y sincero, y además está en el grupo de alumnos. Aun así, echo de menos al irlandés, con él me sentía seguro, me transmitía fuerza y alegría, y disfrutaba de sus chispas de humor.

Uno de esos días se produjo un fuerte combate en una cota que quedaba alejada de nuestra posición, en un paraje de la Sierra, en el monte Puig Ladrón, más conocido por "las tres huegas", como llaman en Aragón a los mojones que marcan los límites de separación, en este caso de los términos municipales de Robres, Alcubierre y Leciñena, que también marcan los límites de las provincias de Huesca y Zaragoza. Un batallón republicano, en un ataque sorpresa logró tomar la cota y una colina cercana a la derecha de la carretera. Hubo muchas víctimas en el bando nacional, se cree que más de cien, sobre todo de falangistas, incluido un teniente, el jefe de la posición, pero al día siguiente recuperaron el terreno perdido, y esta vez con muchas bajas republicanas. Las líneas se quedaron como estaban, solo que con un montón de muertos por ambas partes. Desde donde estábamos solo llegó el sonido de fusiles, granadas y morteros, durante horas los dos días, lo suficiente para estar con el estómago encogido; la incertidumbre da más miedo que estar en mitad de la lucha.

El frente se ha vuelto inestable, se revuelve mucho, y hay muchas ganas de incursiones y escaramuzas. Una mañanada, a punto de amanecer, nos despertó un intenso tiroteo desde las posiciones de enfrente; una avanzada de una docena de milicianos había sa-

lido en la noche para capturar armamento desde otra zona, y se habían despistado con la oscuridad, y ahora llegaban corriendo a nuestra trinchera. Los de la primera línea respondieron a los disparos, y antes de que nos diéramos cuenta los perseguidos por las balas habían saltado a nuestras zanjas, a cubierto. Pero no habían reparado que uno de ellos había quedado herido a una considerable distancia. Dos de sus compañeros le fueron a rescatar y les llovió una lluvia de fogonazos que hacían saltar la tierra a su alrededor y se dieron la vuelta a tiempo. La escena era estremecedora, una persona herida, agachada sin donde parapetarse, en medio de dos líneas de trincheras, y uno de los lados esperando a que acudieran otros soldados a auxiliarle para abatirles, alguien lo debía de haber ordenado, las ganas de matar sacan las ideas más crueles. Cundía el nerviosismo entre sus compañeros de incursión, era una trampa mortal, pero su camarada estaba allí tirado.

Me acerqué con mi compañero camillero, las armas no eran lo mío, pero los heridos sí. De algún sitio que desconozco saqué un arrojo y una decisión de la que yo era el primer sorprendido. Con voz firme, les dije a los de mi grupo que prepararan varios hatillos de paja y la mojaran lo justo para que ardieran y sacaran todo el humo posible. Les anuncié, casi como una orden, que yo iba a recoger al herido, que iría soltando los hatillos para llenar de humo el recorrido, y que apuntaran bien todas las armas hacia las posiciones enemigas y afinaran la puntería sobre todo en cuanto intenten asomar la ametralladora, eso les pondrá nerviosos. Habían cesado los disparos y se impuso un silencio sepulcral. Cuando tuve la paja, la dimos fuego y empezó a humear. En cuanto salga cubrirme, les dije, y salté corriendo todo lo que pude con cuatro hatillos de paja que iba soltando cada diez o doce metros guardando uno para el final, que arroje delante al llegar al herido. Silbaban balas por todas partes, el maldito concierto de siempre; cogí al compañero ensangrentado y lo cargué al hombro, con unas fuerzas que yo no sabía que tenía y comencé a correr de vuelta entre los humos de la paja. El ruido era ensordecedor, mi mente no pensaba, solo corría y resoplaba. A casi diez metros de mi trinchera sentí un rayo que me atravesó el hombro en la parte que no llevaba peso, como una punzada ardiendo, que me produjo un agudo dolor. Seguí corriendo, y salté sobre unos sacos terreros, cayendo revuelto en el suelo

con mi maltrecho rescatado, ante una ovación general. Era muy consciente que una bala me había alcanzado, tanta suerte ya era demasiado. Ahora era yo también el herido. Nos atendieron como pudieron nuestros compañeros camilleros, en mi caso taponando la herida, que me ardía, salía sangre del hombro por los dos lados, era señal de que la bala me había atravesado, eso es lo mejor, ahora a esperar que no me haya cogido alguna arteria importante.

Lo primero que oí fue: "no cogerás armas, pero eres el más valiente de todos", y otras cosas parecidas que no entendía, ahora mi atención estaba enfocada en mi incierto destino. No me dice mucho que me tengan como héroe con un tiro encima, esas gestas son para militares. No sé como había tenido una reacción tan decidida, puede que empezara a ver normal que las balas me silben cerca de mi cabeza, y eso es para preocupar, porque como acabo de comprobar, las envían para quitarte la vida.

Fui trasladado en la misma ambulancia del otro día, pero esta vez era yo el que manchaba de sangre la colchoneta de la litera. Era el único herido, el que había rescatado partió en otra ambulancia, y mi compañero camillero trataba de asegurarse de que no me durmiera dándome conversación que mi cerebro no podía seguir; toda mi energía estaba centrada en mantenerme despierto y respirar con dificultad. El dolor lo podía soportar, el temor de lo que fuera a pasar ya era otra cosa

Nos dirigíamos al hospital de Poleñino, al que nunca pensé que volvería, porque no es mi función ir en ambulancias, la otra vez fue solo por acompañar a Lyam. Tengo suerte, voy a un buen hospital, si se puede llamar suerte a ir con un balazo dando botes por los caminos.

Llegamos al fin, después de un viaje que me pareció eterno, y seguía semiconsciente, lo justo va para ver batas blancas que me sacaban del furgón, y me metían en la casona, subiendo las escaleras hasta una habitación con grandes ventanales, como las viejas galerías. Era el cuarto del quirófano, y allí reconocí al doctor Aguiló, con su pelo rizado y su bigotito, que me decía al odio que me iban a sedar y que iban a curar mis heridas y todo iría bien.

Me dieron algo para respirar, supongo que cloroformo, me estaba durmiendo, iba perdiendo la conciencia, mi destino no estaba en mis manos. Lancé una última intención de confianza, en quie-

nes me iban a operar, y una petición de ayuda para quien fuera que existiera en el otro lado.

****

Al salir del Registro me quedé con la visión última de los cuerpos etéricos de la mesa de operaciones, con sus distintas tonalidades de auras. Contrastaba el aura del cuerpo herido, de tonos suaves, que se difuminaban, con la del médico, de colores fuertes y radiantes, y las del resto de cuerpos de asistentes, con gamas más grises, y con matices coloristas aislados de mayor luminosidad.

Las auras marcaban las energías que circulaban por centros y canales y el punto de evolución del alma residente en el cuerpo, según el grado de luminosidad. Una oleada de luz acompañaba a la presencia de mi maestro y la certeza de estar en contacto con plena sintonía telepática.

—La visión etérica es la verdadera vista del ser humano porqué la etérica es su verdadera forma en encarnación, que anima y dirige a su parte puramente física. La energía sigue al pensamiento y el cuerpo físico a su contraparte energética, lo que demuestra la responsabilidad de la mente en cada actitud y decisión que se toma.

En esta dimensión no se ven cuerpos etéricos y sin embargo la evidencia la realidad de los seres es incontestable.

—En este plano no hay cuerpos etéricos, que siguen siendo parte de la personalidad, y por tanto vehículos temporales. Solo tienen acceso las almas, que son incorpóreas en esencia, ningún vehículo soportaría la vibración y se desintegraría. Tampoco procede dar a conocer a la personalidad lo que no es capaz de procesar, por eso no hay continuidad de conciencia, ni recuerdo a la vuelta, en la conciencia cerebral.

Era consciente y veía con total naturalidad que los cuerpos no tuvieran cabida aquí. Se necesita el alma para moverse en estas coordenadas, donde no hay factor tiempo. El alma lo comprende

todo, el desafío es hacerlo llegar a la vida objetiva.

—Lo más cerca que podrás estar en el plano físico de comprender el eterno ahora es en estado de meditación profunda, cuando la belleza del instante de absoluto presente arrope tu percepción.

El tiempo no es un proceso, es un estado mental, un producto de la conciencia cerebral, y sólo existe en el cerebro. El tiempo es la longitud de un pensamiento. Es una sucesión de estados de conciencia, con periodos de actividad y no actividad, que progresa a través de nosotros en espirales infinitas.

Tomaba plena conciencia del vicio de acelerar el ritmo de nuestras vidas, con la consiguiente creación de espejismos y bloqueos de la realidad, con la imposición de programación de resultados y deseos por satisfacer que nunca se acaban. Entendía con claridad como nos precipitamos con una velocidad ansiosa, como insaciables depredadores del tiempo, abocados a perder el horizonte, perdidos entre pasado, presente y futuro.

—El pasado ya no existe y el futuro no está aquí todavía, no ha sido real nunca, ni jamás lo será. El pasado es memoria almacenada, y el futuro pura ilusión. El presente se pierde instantáneamente en el pasado, y se fusiona en el futuro a medida que se experimenta.

Solo existe un instante continuo, este presente eterno, que no se deja observar, un concepto tan puro y sencillo, que se diluye al intentar comprenderlo.

Eternidad no significa "tiempo infinito" sino simplemente "ausencia del tiempo". Para apreciar lo eterno se precisa ignorar el pasado y el futuro, enfocar la atención en el espíritu, y permanecer en el momento presente, sin apegos, sin prisas ni objetivos imposibles, abiertos a la percepción de nuevas energías, y a las infinitas formas de expresión de la vida.

Me viene la visión de mi lucha en el otro lado por conseguir estar en el trabajo de profesora con la sensación de no estar sometida a la presión del tiempo, que a veces parece corto y otras excesivo, y un cierto temor a no tener motivaciones y caer en el aburrimiento.

—Si te gusta el trabajo conviértelo en un sustituto del tiempo, pero si no te gusta, y tienes la obligación de hacerlo, reinterpreta su percepción y cambia los gustos. No permitas que las horas sean aburridas. Cuando se vive el presente, el tiempo se estira hasta límites inconcebibles, y no hay lugar para el tedio ni el abandono. El aburrimiento radica en no vivir el ahora y desperdiciarlo sin apreciar su valor.

En el plano físico se precisa el tiempo para que la forma objetiva se materialice, y mantenga su integridad. En el plano donde el Ser manifiesta su presencia, no existe la forma ni las limitaciones del tiempo. Se precisa hacer un esfuerzo de intuición para saltar de la conciencia corporal a la conciencia del Ser. El puente que hace posible este salto es el alma. La ilusión del tiempo se puede vencer utilizando las cualidades intuitivas de la mente, desapegándose del cerebro lineal, y dejando paso al contacto con el alma.

Tus cuerpos te llaman, y a tu conciencia cerebral no le gusta esperar.

IX. Camino de Santiago. León.

Ya me voy aproximando a León, un punto emblemático del camino, que según el *Codex Calixtinus* llegó a tener 30 hospitales de peregrinos en el medievo, y aún conserva un impresionante patrimonio, abanderado por su "catedral de la luz", un aliciente para acometer el final de la jornada con fuerza renovada.

Han sido varias etapas por los aparentemente interminables campos de Castilla, sin casi árboles, que han cedido su espacio a los cultivos extensivos del trigo y la cebada, con horizontes que intimidan porque parece que nunca van a terminar. Secanos y prolongadas rectas, e interminables andaderos adosados a las carreteras, como si andar por los campos abiertos fuera un peligro, y con escasas sombras, que ahora no son problema, pero en pleno verano se notará su ausencia. Los pocos árboles que se han plantado al lado del recorrido proyectan mejor la sombra sobre los campos que sobre el camino, sus diseñadores deberían haber caminado primero en los días que más aprieta el calor. Páramos y soledades que tienen su propio encanto, incitan a interiorizar a la vez que la conciencia se expande libre en estos territorios sin barreras, y la mirada no encuentra cortes ni finales.

Hay tramos muy largos sin posibilidad de reponer fuerzas por lo que hay que ir con provisión de bebida y algo que echarse a la boca. Se atraviesan pueblos con pocos habitantes, pero con mucha historia y con singularidades que merecen detenerse a contemplar. Presentan muchas construcciones de adobe, de esos humildes bloques de barro y paja secados al sol; y tapial: barro y piedra prensados para fabricar potentes muros. El adobe y el tapial son esos tesoros despreciados, que son un maravilloso aislante del frio y del calor, y bien protegidos del agua aguantan una eternidad soportando grandes edificaciones. Duele ver muchas de esas construcciones en ruina, por simple abandono. También es tierra marcada por el paso de mudéjares, que empleaban el ladrillo con arte y elegancia. Por eso las casas se confunden a menudo con la tierra, con sus tonos pajizos y ocres, que se encienden y se elevan en las puestas de sol.

Me maravillan los nombres de los pueblos: Calzadilla de la Cueva, Ledigos, Terradillos de los Templarios, Sahagun, el del románi-

co pobre, Bercianos del Real Camino, El Burgo Ranero, Reliegos, Mansilla de las Mulas. Como de costumbre me es imposible parar a disfrutar de todos los templos y las muchas sorpresas que jalonan el camino.

La entrada a León no está exenta de la densidad de los grandes núcleos habitados, que queda en evidencia cuando los atraviesas andando. Ya los exteriores y arrabales tienen esa mezcolanza descontrolada e insulsa de almacenes y zonas semi industriales. Para llegar al centro histórico y las joyas antiguas hay que atravesar una ciudad extensa, y como la mayor parte de ciudades está basada en edificios de pisos, cubos con ventanas, asfalto y mundo urbano, de ese que se clava en la planta de los pies y hace que sientas hasta la suela del calzado; puede que también influya llevar muchos kilómetros a la espalda. En estos momentos me detengo a recordar que no vengo en plan turista: hago un camino, un peregrinaje, en sus tramos buenos o no tan buenos.

En cuanto llegas al casco viejo se dispara la atención a todos los detalles; es como un festival de piedras y de historia, que se ramifica en callejas que invitan a ser recorridas. Antes de buscar donde dormir, tomar la ducha de rigor, y decidir donde comer, no me puedo resistir a entrar en la Catedral gótica que se presenta delante de mí, majestuosa, con ese aire altivo y orgulloso que muestran las catedrales cuando se elevan a los cielos desafiando la gravedad.

Desde el exterior no se adivina el espectáculo que espera dentro. La fachada occidental es la principal de la catedral, y por la que normalmente se accede al templo. Consta de un triple pórtico ojival, con un gran rosetón central, con vidrieras de finales del siglo XIII. Se encuentra flanqueada por dos altas torres góticas que difieren en forma y altura, porque están construidas en tiempos diferentes, algo propio del gótico. La torre norte o de las campanas fue iniciada en el siglo XIII y terminada en el siglo XIV, siendo más sobria y maciza, terminada en una aguja cerrada. La torre sur o del reloj se inició también en el siglo XIII, pero no fue concluida hasta finales del siglo XV, su estilo es gótico flamígero, con una aguja calada, estando menos acorde con el resto del edificio que su compañera. Estas torres presentan la particularidad de estar adosadas a las naves laterales, en lugar de surgir de ellas. Las portadas exteriores están realizadas en la segunda mitad del siglo XIII, y son una

muestra de la riqueza y esplendor de la escultura con representaciones de santos y de escenas del antiguo y nuevo testamento. Las figuras presentan el naturalismo propio del gótico, que se impone sobre el simbolismo, la rigidez, y solemnidad extrema que se observa en la escultura románica. Son notables el trabajo de los pliegues en los ropajes, la expresión e individualización de los rostros y la sensación de movimiento, toda una señal del avance en las técnicas artísticas. En la portada central, junto a los santos de las puertas, llama la atención la escultura de Santiago, que se reconoce por la concha de su gorro, cuyo pedestal está gastado, según la tradición, por el roce de las manos de los peregrinos a su paso por León de camino hacia Compostela.

Me puede la tendencia a meterme en el interior, debe ser porque sé que me espera una visión única, aunque ya hace años que no la visito. Lo primero que me queda claro nada más entrar es por qué la llaman la "catedral de la luz". En sus elevadísimos muros, con las piedras justas, hay 125 ventanales, con 1800 m² de vidrieras policromadas de origen medieval, siendo consideradas de las mejores del mundo en su género. De ellas, destacan el gran rosetón situado en el pórtico central, así como las de la Capilla Mayor, el transepto norte y la Capilla de Santiago. La reducción de los muros a su mínima expresión para contener el máximo de vidrieras, lleva al extremo la desmaterialización del arte gótico, creando una sensación de verticalidad que te eleva. Me quedarías horas mirando hacia arriba, embelesada, disfrutando de los colores que refleja la luz al filtrarse por los ventanales, pero el cuello se tensa y se resiente, y te hace volver a tierra.

La planta de la catedral es de forma rectangular, con una nave central y dos naves laterales. La nave central es la más grande y alta, y está cubierta por una bóveda de crucería gótica. Hay un transepto que cruza la nave central, formando una cruz latina. Destaca un bello coro de madera con dos órganos, y el retablo mayor con pinturas en vez de esculturas.

Hay demasiados turistas que no dejan sentir en calma la energía del lugar, es una lástima, no llama a meditar, seguro que tiene una paz especial.

Al salir tengo que esperar a que mis ojos se reajusten. Después de esta lluvia de belleza, voy a hacer un extra y a coger una habita-

ción de algún hotelito de los muchos que pueblan la villa histórica, luego la ducha de rigor y a comer algo rápido, solo para que el hambre no incordie; al atardecer es obligado visitar la zona de tapas y entonces equilibraré el sistema digestivo.

No tengo tiempo para siestas ni descansos, quiero ver con tranquilidad la Basílica de San Isidoro, que la última vez que visité León apenas pude contemplar. Fue construida encima de un antiguo templo romano entre los siglos XI y XII, es un destacado conjunto arquitectónico de estilo románico de lo más relevante de toda España por su historia, arquitectura, escultura, y por los objetos suntuarios también románicos que se han podido conservar. Originalmente el templo estaba consagrado a San Pelayo, hasta que en el año 1063 se le cambió el nombre por el traslado de los restos de San Isidoro, obispo de Sevilla, al templo leonés.

En el exterior, destaca la Portada del Cordero, puerta principal, cuyo nombre deriva del "Agnus Dei" que la adorna, y la Portada del Perdón, que da acceso a la iglesia a través del crucero y se abre en determinadas ocasiones para que los peregrinos a Santiago puedan ver perdonados sus pecados. Otros elementos interesantes son el Zodiaco esculpido en la portada principal y la peineta, en la que se recoge el escudo real y una figura de San Isidoro a caballo.

Esta Basílica presenta la particularidad de tener un Panteón Real ubicado a los pies de la iglesia, es el monumento más antiguo del conjunto; conocido como "Capilla Sixtina del arte románico", alberga frescos de más de mil años de antigüedad y fue utilizado para unificar el sepulcro de los restos de varios reyes leoneses. El edificio actual tiene tres naves y planta de cruz latina. El ábside central es del siglo XVI, hispano-flamenco; sustituyó al románico anterior. Los ábsides laterales son románicos con bóveda de horno. La nave central es de gran altura y está cubierta con bóveda de cañón, mientras que las laterales tienen bóveda de arista. Los arcos de separación de las naves tienen un peralte muy acusado; los del crucero son polilobulados, compuesto de pequeños arcos de medio punto, detalle de supervivencia de la época mozárabe.

El interior de la Iglesia posee una rica decoración en impostas de ajedrezado, motivo que se ve tanto en paramentos rectos como curvos, y dispone de numerosos capiteles bien trabajados, cargados de simbolismos. Me sorprende la intensa luminosidad, por la

gran cantidad de amplios ventanales de la nave central y del crucero sur.

Es un espacio que incita a meditar entre grandes y elevados arcos, y además casi no hay nadie. Me siento, y tan pronto como cierro los ojos, noto una conexión directa con la paz del templo que hace vibrar mi paz interior. Hoy tengo una sensibilidad especial a la energía, capto como se alinea una corriente luminosa desde lo alto de mi cabeza irradiándose por todo mi cuerpo, en medio de un silencio que parece susurrarme al oído una nota profunda de quietud. No pierdo la concentración, me resulta cómodo y fácil permanecer en unión con la energía, arropada por este precioso lugar de culto. El tiempo se detiene, o desaparece, y tomo conciencia de la inmensa realidad que subyace a la vida atropellada, nublando la armonía, que en esencia es nuestra naturaleza.

Después de un tiempo que no podría precisar, vuelvo a mi conciencia cotidiana llena de alegría interior, totalmente renovada, como si hubiera recargado al máximo mis baterías, ni siquiera siento las agujetas que antes me marcaban en la parte inferior de la espalda y las bolas de las piernas.

Llevo un atracón de arte, que voy a ir asimilando al pasear por las calles del casco antiguo de León, que además alberga una interesante zona de tapas, ideal para hacer una pequeña cena con la degustación de los últimos inventos en pinchos y bocaditos que, por mucha modernidad, les cuesta superar los guisos y los preparados tradicionales de siempre.

Al entrar en uno de los bares, salía la peregrina sueca, que había vivido en una comunidad de Rajneesh en Oregón, con la que coincidí en Nájera, y nos hizo mucha ilusión; es muy agradable ir reencontrando personas con las que has compartido algo en el camino. Se quedaba en un hotel dos días a descansar en León, iba haciendo lo que la pidiera el cuerpo. Se la notaba muy contenta, decía que estaba disfrutando mucho del camino y que se había vuelto un poco ermitaña, apreciaba caminar en la soledad que la había faltado en los últimos años. Nos despedimos deseándonos "buen camino", sabiendo que era improbable volvernos a ver, hay algo nostálgico en estas despedidas cortas, en las que dejas abierta la posibilidad de verte mañana o en unos días, y a la vez tienes la certeza de que esa persona desaparecerá de tu vida dejando un pequeño destello que

se irá perdiendo en el almacén de tu memoria; son momentos que te recuerdan lo efímero que en el fondo es todo.

Entré en el bar, con el premio de las tapas a la vista y allí, en el mostrador, estaba Maribel y Manuel, esa parejita entrañable de jubilados, que ya me demostraron en Burgos que amaban las tapas, aunque al no comer carne, como yo, te pierdes la mitad de la oferta.

—Hola Raquel —me saluda sonriente Maribel—, nuestros encuentros son en la barra de los bares, curiosa coincidencia, esto igual quiere decir algo.

—Sí —añadí—, que lo mejor para rematar una buena jornada en el camino es ir de pinchos por la parte antigua de una ciudad.

—Me alegro de volverte a ver —dijo Manuel—, prueba estos calamares, están de muerte.

—Y yo me alegro de coincidir de nuevo con gente que irradia alegría —dije—, nadie diría que sois jubilados; lo del espíritu joven lo tenéis muy asumido.

—Viejos son los trapos —aclaró Maribel—, como decía mi abuela, que se hizo de cien años. La vejez es una actitud.

—Si —añadió Manuel—. Hay que tener cuidado con lo que te dices a ti mismo, el cerebro es muy obediente y cuando le das ordenes en serio, hace todo lo posible para cumplirlas; como le digas que estas envejeciendo, tratara de hacerlo realidad. Aunque a veces se hace el remolón, yo le digo que quiero que me crezca el pelo, pero le debo pillar ocupado.

—Espero llegar a la jubilación con esa determinación —dije—, odiaría convertirme en una viejecita quejica. Tengo muy claro que cumplir años es un privilegio, y que la vida se gestiona mejor con más experiencia y se abren muchos campos que en la juventud no habrías imaginado, aunque el cuerpo vaya yendo a menos.

—El cuerpo se va debilitando con los años —comentó Maribel —, que se lo digan a mi artrosis, pero se pueden hacer muchas cosas, no es necesario ir dando brincos por la vida. Además, las emociones y la mente no tienen por qué envejecer, al revés, lo lógico es que vayan ganando sensatez y perdiendo tonterías, lo que en definitiva es madurar de forma sana, que a algunos tanto les cuesta. De todas formas, pensábamos que seriamos los viejales del camino, y ya hemos encontrado unos cuantos que nos pasan de edad y van más ligeros que nosotros.

Nos sentamos en una mesa un poco recogida para hablar con más tranquilidad, y a la vez manejar varias raciones que habíamos pedido para ir picando.

—Da gusto compartir —dije convencida—, que fácil sería todo si aprendiéramos a poner las cosas en común y resolver los problemas colaborando, ayudándonos unos a otros.

—Compartir es la clave para salvar el mundo —apuntó Maribel—, en todos sus niveles, en la familia, con los vecinos, entre los ciudadanos de tu país, o entre una nación con otra. El día que lo pongamos en práctica vamos a crear un planeta irreconocible. Mientras tanto reina el egoísmo, todo el mundo preocupado por sus cuestiones personales.

—Dejar de preocuparse es un arte que no acabo de aprender —confesé con sinceridad—, voy progresando, a veces creo que ya lo tengo, y cuando menos me lo espero: ¡Zas!, ya está ahí la inquietud por cualquier ñoñería.

Manuel me sonrió comentando:

—Alguien dijo que la preocupación es como una mecedora, que te mantiene ocupado y no te lleva a ninguna parte. Solo que en la mecedora se está muy cómodo y relajado, y con la preocupación te quedas en tensión, afilando los nervios, con desasosiego y sensación de malestar. Total ¿Para qué preocuparse, si nunca aciertas?, y si por una casualidad aciertas, no te vas a sentir como te imaginabas, y no vas a reaccionar igual.

—La realidad no se pueden imaginar —añadió Maribel—, solo se descubre cuando se experimenta. Lo demuestra cuando viajas, te sirve para descubrir la realidad de los sitios que querías visitar y que no hubieras imaginado por muchas fotos o videos que vieras. En el camino el viaje también es interior, para desvelar lo que te impide conocer tu propia realidad, que por muy particular que parezca, se desenvuelve en el mismo escenario que para el resto de los mortales. No somos tan diferentes ni tan especiales como nos solemos creer.

Me gusta conversar con esta pareja, me dan tranquilidad e inspiración. Parecen solo dos personas sencillas, agradables, que pasan desapercibidas, y sin embargo están llenos de vida y de esa sabiduría que sabes que está a tu alcance, y además la practican. Cuando encuentras gente así, se te levanta el ánimo y crece la esperanza en

un mundo mejor.

—Como van tus Iglesias —preguntó Manuel—, supongo, que para una buena amante del arte, esto es un festín diario.

—Estoy encantada —aseguré—, me siento muy afortunada de tener la oportunidad de hacer el camino hasta Santiago, y en cada pueblo o en mitad del campo te encuentras con un cachito de historia, es como una cura de sanación a base de románico y gótico; cuando lo cuente en la Universidad se les van a afilar los dientes a mis colegas.

—Todos estos templos están vivos —comentó Maribel—, les sale alma por todos los poros de las piedras. ¿Sigues meditando en estos oasis de paz?.

—Sí, siempre que puedo —contesté—. Meditar me pone en contacto con las vibraciones de cada Iglesia, que tienen sus propias tonalidades, y me desvela aspectos de mi interior y estados de conciencia que desconocía. Me llena de una paz profunda y da sentido y color a la vida. Creo que es una buena forma de hacer el camino, abierta al contacto con mi alma.

—La energía que te llega en las iglesias no solo es la de tu propia alma —añadió Maribel—, también te alinea con las corrientes de luz que circulan por la atmosfera espiritual, tan real como el aire que respiramos, y que solo precisan cuerpos en sintonía que las puedan recibir. Los templos del camino, se han convertido en pequeños centros energéticos de la tierra, donde se concentran y cruzan energías, que se llevan anclando desde hace cientos de años, por un numero incontable de peregrinos que expresaban su humildad abriendo sus corazones y sus mentes. Es un regalo apreciar esa herencia luminosa y seguir formando parte de ella. Tan sencillo como sentarte en unos de esos viejos bancos y dejar que todo ocurra olvidándote de ti misma.

Creía que el erudito en psicología esotérica era Manuel, pero cuando Maribel se suelta te das cuenta que es una mente tan brillante como él. Aquí no se cumple aquello de que “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”, cuando ya nadie está detrás de nadie se comprueba que las mujeres, no solo están a la altura, aportan un valor añadido, y no lo pienso porque sea mujer.

Después de dar cuenta de nuestras raciones de tapas, y de una animada conversación de peregrinos meditadores, nos despedimos

con unos abrazos, sin que me quede la sensación de habernos despedido. Con esta pareja tengo la sensación de que si tardáramos cinco años en vernos sería como si nos hubiéramos visto ayer. Hay relaciones que son verdaderas, desde el principio, aunque apenas te conozcas, y el paso del tiempo no las afecta; tener esa certeza me tranquiliza.

Ya en el hotel me dispuse a aprovechar la noche, sin ajustarme a un espacio reducido, ni tener que ir pisando huevos para no molestar cuando todos se van a acostar a la hora de las gallinas.

Me llama mi hija Lorena, y solo ver su nombre en el móvil y oír la melodía particular que la he puesto, me sube una onda de cariño y alegría; solo quiere saber como estoy, es un amor, y lo suficiente adulta como para gobernar su vida sin mi protección. Las pocas preocupaciones que aún me alteran son sobre mi hija, y es cierto que siempre están fuera de lugar. Después de lo que hemos hablado sobre la preocupación debería tomarme muy en serio dejar de prestar atención a todo lo que no está ocurriendo en este instante.

Se me cruza una reflexión que apunto en mi cuaderno de notas:

"La belleza esta por todas partes, solo la oculta la pantalla de densidad de pensamientos, de deseos y preocupaciones que intentan crear otra realidad, que se supone que es mejor que la que tengo ante mí. ¿Por qué no admitir el presente?, sea cual sea, y dejar de querer cambiar las cosas, como si mi imaginación tuviera las soluciones. ¿Para qué preocuparme?, y entrar en "modo de mecedora". Me voy a grabar a fuego en mi mente que voy a afrontar la vida tal como se presente, sin temor, con el mayor amor posible, intentando ver con los ojos del alma".

Aún no me entra sueño, voy a investigar un rato con la Tablet uno de los personajes que siempre me ha parecido candidato a representar la Tercera España: **Miguel de Unamuno** (1864-1936), el brillante escritor y filósofo de la generación del 98, que cultivó gran variedad de géneros literarios en novela, ensayo, teatro y poesía, y fue un prodigio escribiendo cartas; solía escribir tres o cuatro cartas diarias, lo que a lo largo de su vida debe dar una cifra imposible.

Es triste que a la figura de Unamuno se la conozca más por sus últimos meses de vida y los sucesos del 12 de octubre de 1936, que por su magnífica y extensa obra. Debería leerse y estudiarse a un

autor sin saber nada de su biografía, ni de su vida personal, para que la parte más simplona de la mente no tenga datos para teñir su obra.

Unamuno fue una persona comprometida con su país y con su tiempo y un convencido republicano, lo que le costó censura, exilios y destierros por sus escritos liberales, antimilitaristas, contra el patriotismo y la monarquía de Alfonso XIII. Por eso cuando se proclamó II República, el 14 de abril de 1931, que ponía fin a la monarquía, la recibió con esperanza, se abría una oportunidad para que el país saliera de su letargo ancestral. Pero esta esperanza se le truncó muy pronto, alarmado por la quema impune de conventos en Madrid, Valencia y diferentes zonas de Andalucía, que reprobó con fuerza, y los conflictos entre Estado e Iglesia. Marcó una distancia ideológica respecto a las leyes sobre la laicidad y la descentralización, por lo que renunció al cargo de presidente del Consejo Nacional de Instrucción Pública, en 1933. Su desengaño con la II República también lo manifestó en duras críticas en el periodo de gobierno de las derechas. Su desilusión y la pérdida de confianza en los valores republicanos la plasmó en numerosos escritos: *"He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su República"*.

Cuando llegó la sublevación militar contra la República el 18 de julio, tomó una decisión, que luego lamentaría: se adhirió al bando nacional, pensando que el objetivo del alzamiento era rectificar o corregir las desviaciones de la II República y restablecer el orden público como proclamaban las afirmaciones envenenadas de Queipo de Llano o García Álvarez, con falsos aires republicanos; incluso se mantuvo la bandera tricolor republicana en el Ayuntamiento de Salamanca durante los primeros días. El 25 de julio de 1936, Unamuno leyó un discurso a favor de la sublevación militar, por lo que desde la República le cesaron como Rector de la Universidad, cargo en el que fue restituido por la Junta de Defensa Nacional de España, y además donó al movimiento sublevado 5.000 pesetas, una cantidad muy generosa, la peseta de entonces tendría ahora un valor cercano a un euro de ahora. Unamuno también firmó un "Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del Mundo", con críticas a los atropellos de la República, donde dejo su famosa frase: *"hay que salvar la civilización*

occidental, la civilización cristiana: esta lucha no es una lucha contra una república liberal, es una lucha por la civilización". Lo de salvar la civilización occidental cristiana serviría luego de inspiración ultra católica al franquismo.

La prensa de izquierdas, desde *El Socialista y Mundo Obrero*, denunció duramente los actos del viejo rector, tachándolo de fascista. Algunos autores expresaron su sorpresa ante las "contradicciones ideológicas" de un escritor que había participado en su juventud en la redacción de "La Lucha de Clases". A los pocos días siguió creyendo en la bondad de la sublevación, escribió: *"En este momento crítico del dolor de España, sé que tengo que seguir a los soldados. Son los únicos que nos devolverán el orden. Saben lo que significa la disciplina y saben cómo imponerla. No, no me he convertido en un derechista. No haga usted caso de lo que dice la gente. No he traicionado la causa de la libertad. Pero es que, por ahora, es totalmente esencial que el orden sea restaurado. Pero cualquier día me levantaré —pronto— y me lanzaré a la lucha por la libertad, yo solo. No, no soy fascista ni bolchevique; soy un solitario"*.

La decepción para Unamuno no tardó en volverse trágica cuando fue comprobando la deriva asesina del nuevo régimen. Sintió una gran impotencia y conmoción ante los asesinatos a manos de los fascistas, a los que había apoyado, de amigos queridos y excelentes personas, como Casto Prieto Carrasco, José Andrés y Manso, Atilano Coco, Filiberto Villalobos, Salvador Vila y García Lorca. En zona republicana fueron asesinados sus amigos Román Riaza y Ureña. La represión llevada a cabo por ambos bandos rompió su corazón rasgando su amor por España. Vivió de cerca la instauración de un régimen de represión y de terror, marcado por los encarcelamientos, los fusilamientos y los juicios militares.

Está olla a presión en la mente y en el corazón de Unamuno tenía que estallar y lo hizo el 12 de octubre, en el día de celebración del Día de la Raza, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, que presidía como Rector y como representante del General Francisco Franco, ante una gran audiencia. Sentados en el estrado estaban Carmen Polo, esposa de Franco, junto al Gobernador Civil, el presidente de la Diputación y el alcalde de Salamanca. A la derecha del Rector: el Obispo, el presidente de la Audiencia, el delegado de

Hacienda y el General Millán Astray.

Lo que sucedió a continuación no ha quedado grabado, y ha dado pie a muchas dramatizaciones, incluso se ha llevado al cine. Me quedo con el resumen de los hechos probados, que de alguna forma tienen que ser expresados; me basta para comprender el genial arranque de libertad del anciano rector, sabedor de que jugaba con fuego, que presentó el acto sin intención de intervenir. Los dos primeros oradores, el catedrático de Historia José María Ramón Loscertales, y el domínico padre Beltrán de Heredia, Historiador de la Universidad de Salamanca, exaltaron con grandilocuencia el Imperio Español y las esencias históricas de la raza. El tercer orador Francisco Maldonado de Guevara, hijo de Luis Maldonado, amigo de Unamuno, catedrático de literatura de la Faculta de Filosofía y Letras, acusó a las provincias de Cataluña y País Vasco del crimen del separatismo. Las comparó con canceres en el cuerpo sano del país, denunciando las fuerzas de la anti-España y, valiéndose de términos acuñados por el obispo Pla y Deniel en sus primeras pastorales de guerra, exaltando el papel del Ejército, que "ha emprendido con éxito una cruzada nacional".

Ante esta exaltación de alabanzas enloquecidas de la España nacional, Unamuno no pudo aguantar, nervioso, tomó la decisión de intervenir y en la parte trasera del sobre de la carta que le mandó la mujer de Atilano Coco, su amigo sacerdote protestante acusado de masón en la que solicitaba su intercesión, garabateó con lápiz unas notas, una serie de palabras que harían historia demostrando que el valor no necesita fusiles.

El último orador, José María Pemán, intelectual del nuevo régimen, poeta, articulista y político, concluyó su discurso haciendo una sugerente invitación a la juventud: *"Muchachos de España: Hagamos en cada pecho un Alcázar de Toledo"*, y le siguió una ovación estruendosa.

Al hacerse el silencio tomó la palabra Unamuno, diciendo que quiere hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado:

"Se ha habado de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana occidental; una civilización que yo mismo he defendido otras veces. Pero lo de hoy es una guerra incivil. No la guerra civil que de niño viví en el bombardeo de mi Bilbao, una

guerra doméstica. Conquistar no es convertir. Vencer no es convencer y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; no puede convencer el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva y no de inquisición."

El ambiente se tornó explosivo, El General Millán Astray, alterado trató de intervenir. Unamuno no se aplacó por la hostilidad del ambiente y continuó:

"Dejaré de un lado la ofensa que supone en un discurso la explosión contra vascos y catalanes, llamándoles la anti-España; pues con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Y aquí está el señor obispo que, lo quiera o no, es catalán, nacido en Barcelona, para enseñaros la doctrina cristiana que ignoráis. Y yo, un vasco, llevo toda la vida enseñándoos la legua española que muchos desconocen. España es un manicomio suelto. Bolchevismo y fascismo son las dos formas –cóncava y convexa- de una misma y sola enfermedad colectiva."

Se generalizan los gritos y los abucheos entre el público con Millán Astray iracundo, y aun así Unamuno agregó:

Hoy no celebramos una Fiesta étnica, celebramos el día de la lengua, eso sí es Imperio, el de la lengua española, hablada por Rizal, tan español como sus verdugos, vencido, sí; convertido, acaso; pero convencido, no…

Lo interrumpieron los alaridos de rabia de Millán Astray, quien luchó en su juventud contra ese mismo Rizal, que fue un líder independentista filipino y un autor prolífico, además de médico, político, pedagogo, tipógrafo, escultor, pintor, naturalista y políglota; basta decir que hablaba veinte lenguas y dialectos y conocía una decena más. Rizal impulsó la modernización de su país y la construcción nacional filipina. Fue fusilado por la Guardia Civil por el crimen de rebelión después de ser juzgado por un tribunal español en Manila, tras estallar la Revolución Filipina.

Millan Astray se puso de pie y lanzó el grito: *"¡Muera la intelectualidad traidora!"*, ahogado en parte por una gran ovación y otras exclamaciones de ira:

Unamuno no pudo seguir, en medio del griterío, de la confusión y de la excitación de algunos falangistas. La rápida actuación por parte de Millán Astray le salvó de una posible agresión del público. Salió de la mano de Carmen Polo de Franco, entre jóvenes que le

hacían el saludo fascista, para subir a un automóvil negro hacia su casa.

Lo destituyeron de Rector y como alcalde honorario del Ayuntamiento y lo confinaron en su casa hasta su muerte a final de diciembre. Su destino estaba sentenciado, no lo mataron seguramente por la repercusión internacional.

Unamuno mantuvo una férrea actitud crítica contra la deshumanización y los horrores de la guerra, insistiendo en la equiparación de la barbarie de ambos bandos:

"Tan salvajes como los "hunos" son los "hotros", en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia".

En sus últimos escritos, reconoció que las atrocidades cometidas por los rebeldes eran peores que las perpetradas por los republicanos:

"Y ahora debo decirle que por muchas que hayan sido las atrocidades de los llamados rojos, de los "hunos", son mayores las de los blancos, los "hotros". Asesinatos sin justificación. A dos catedráticos a uno en Valladolid y a otro en Granada por si eran... masones. Y a García Lorca. Da asco ser ahora español desterrado en España."

El 21 de noviembre, escribió a Lorenzo Giusso:

"La barbarie es unánime. Es el régimen de terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horrorizada. Ha brotado la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre los "hunos" y los "hotros". Y aquí está mi pobre España, se está desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo..."

Tal vez la palabra "entontecimiento", que Unamuno repitió en varias ocasiones, está en la base de los grandes errores de los colectivos humanos.

En una de sus últimas cartas, fechada el 13 de diciembre, dio su visión de los militares sublevados ante el cariz que iba tomando el conflicto, volviendo a aparecer su famosa sentencia:

"Ésta es una campaña contra el liberalismo, no contra el bolchevismo. Todo el que fue ministro en la República, por de derecha que sea, está ya proscrito. (...) Vencerán, pero no convencerán; conquistarán, pero no convertirán."

Unamuno pese a situarse al comienzo de la guerra abiertamente en el bando rebelde no fue nunca simpatizante del fascismo, por

mucho que los falangistas se lo apropiaran llevando su féretro a hombros en su entierro.

Las personas son lo que son, no lo que otros interpretan o dicen de ellas. A pesar de las apariencias o incluso de sus errores, esa manía de encasillar a alguien y su trayectoria por una mínima parte de sus muchas acciones, es injusta y no responde a la verdad. No hay más que profundizar en la obra de Unamuno para tener que demostrar respeto. Dicen que: "de sabios es rectificar", y él demostró también ser sabio a la hora de corregir y enmendar su error cuando apoyo, ingenuo, el golpe militar. Tuvo el valor de hacer lo que considero correcto, y eso no abunda. Otros no tuvieron agallas y volvieron a ver si el régimen les readmitía o bien se desentendieron de opinar para pasar desapercibidos. Me quedo con la humanidad y el legado de un genial filósofo y escritor, una mente privilegiada, muy por encima de cualquier consideración personal.

Aunque tengo llena la cabeza de la imagen de Unamuno y su atropellado final, me puede el sueño y se va a difuminar la Tercera España en cuestión de segundos.

Abril de 1937. Poleñino.

Abrí los ojos y lo primero que pude comprobar es que seguía vivo; sentí un alivio inmenso. Estaba tumbado en una cama en una espaciosa habitación con unas cuantas camas más, todas con pacientes llenos de vendas. Entraba una buena luz por dos grandes balconadas que daban a lo que parecía una amplia terraza. Empecé a hacer un recorrido por mi cuerpo, moví mis piernas, luego los brazos, y sentí un dolor en el lado izquierdo del pecho, que tenía totalmente vendado, creo que lo había despertado. Al respirar me pinchaba toda la zona del omoplato, recordé con claridad como me había atravesado la bala. Me sentía como si me hubiera pasado un camión por encima, aplastado contra el colchón, muy cansado, dolorido, y confuso, en otra realidad a la que tenía que amoldarme. El brazo izquierdo apenas lo podía mover, pero parecía estar en su sitio. Ahora solo me quedaba esperar a que me cuenten como ha ido la operación y me digan que me voy a restablecer sin secuelas.

Una enfermera estaba atendiendo a otro herido hablándole en un español escaso con palabras aisladas, con ese inconfundible acento que tienen los de habla inglesa cuando utilizan nuestra lengua. Era joven y resuelta, muy amable, dirigiéndose a todos con una sonrisa. La mayor parte de los heridos eran jóvenes que se hacían los valientes; no osarían quejarse delante de una mujer, alguno hasta intentaba coquetear, y ella no hacía el menor caso. Se dio cuenta de que me había despertado y se acercó.

—Vas tú, bien —me preguntó haciendo un esfuerzo para que la entendiera y sin borrar su sonrisa.

—No te sabría decir —le contesté en ingles ante su sorpresa—, me lo tendría que decir el médico o vosotras, no puedo mover mucho el brazo y me cuesta respirar, el dolor es aguantable, y ya veo que aquí no se queja nadie, no voy a ser yo el primero. Por cierto, soy español, por si te lo estabas preguntando.

—Llamaré al doctor Aguiló para que te examine y te explique— se dirigió también en inglés—. Perdona mi asombro, no es fácil encontrar un español que hable un correcto inglés.

Salió y no tardó en volver con el médico, que me pareció aún más joven que la otra vez que le vi, debía tener entre veinticinco y treinta años, pelo rizado, bien peinado, y un bigotito que le hacía

parecer elegante.

—Buenos días, soy el doctor Gonzalo Aguiló, él que te ha intervenido. Te recuerdo, hace unos días viniste como camillero, aquí cuando alguien habla inglés no pasa desapercibido. La operación ha ido bien, has tenido suerte. La herida es limpia, aunque te llevará un tiempo sanarla. Pero dime, como se encuentra el paciente.

—Supongo que bien, sin poder mover casi el brazo y respirando con cuidado, dolorido, pero se puede llevar.

—Mejor, tenemos poca medicación para el dolor y la reservamos para los casos más graves. Lo tuyo es lento de curar, además perdiste mucha sangre, tienes que tener paciencia, ya te daremos cuando mejores algunos ejercicios de rehabilitación; si tienes algún problema todas las enfermeras hablan inglés así que te llevaran en palmitas, estas en buenas manos y muy profesionales.

Era un médico que inspiraba confianza, y lo mismo transmitía a los demás convalecientes. Todo el personal del hospital lo trataba con respeto siguiendo sus indicaciones sin vacilar, a pesar de su juventud todo apuntaba a que debía ser un gran cirujano.

Me dije a mi mismo que había tenido suerte, me habían convencido. Vuelvo a encontrarme con esa curiosa suerte en mi vida de los últimos meses, con la visión optimista de "podría haber sido peor"; puede que sea así dadas las circunstancias y con todo el sufrimiento que está cayendo sobre mi amado país.

Al cabo de unas horas vino a verme Lyam, y me llevé una enorme alegría. Se le veía muy recuperado, casi andaba sin dificultad, me encantó reencontrar a mi amigo pelirrojo.

—Ya me han contado que has hecho de las tuyas —me dijo—. El profesor inofensivo que no quiere armas y que tiene más valor que ninguno. Me alegro de verte compañero.

—Y yo de ver que vuelves a caminar, te he echado de menos en la trinchera. Ahora me toca tomarme un descanso.

—A mí en unos días me darán el alta, tú reponte pronto que volveremos a hacer equipo. Aquí te tratan muy bien, los días suelen ser tranquilos, salvo cuando viene una oleada de heridos, y todo el mundo se vuelve loco intentando salvar vidas. Descansa que se te ve muy flojo.

En realidad, no tenía otra opción que permanecer tumbado, medio adormilado, sin ganas ni de moverme. Los ratos que estaba

más despejado y que el dolor se apaciguaba, tomaba conciencia del placer de tener un colchón. Creo que arrastraba una carencia en mi cuerpo por falta de cama, después de una eternidad durmiendo en el suelo entre paja aplastada, de la que tenía que resarcirme.

Al día siguiente ya pude ir al aseo por mí mismo y llevarme la comida a la boca, por fortuna el lado derecho no estaba afectado. Iba cogiendo fuerza muy deprisa, y según me decían las enfermeras en las curas, la herida estaba cicatrizando bien. Me aprendí sus nombres Patience, Agnes, Suzanne, Murray, y me dirigía a ellas intentando mi mejor pronunciación inglesa, aprovechando a comentar alguna cosa de sus países; así me fue quedando claro la diferencia entre ser inglesa, escocesa, galesa, y Agnes había venido, nada menos que desde Australia, en la otra punta de la Tierra. La defensa de la República y de la revolución española, y sobre todo la lucha contra el fascismo, se había convertido en la causa de miles de personas con conciencia de humanidad llegadas de muchos lugares, dejando todo para venir a España a frenar las locuras totalitarias que amenazaban con contaminar todo el planeta.

Las mañanas con sol sacaban a los heridos a una enorme terraza, a la que daban los balcones de la habitación en la que estaba, y a la que yo podía salir por mi propio pie. En mitad de la terraza habían instalado una red de Bádminton, en la que jugaba el equipo médico, sobre todo las enfermeras, haciendo la delicia de los inmóviles espectadores, que se les alegraba la cara, y no solo por la luz del sol. Desde la barandilla de arquitos de cemento de la terraza se podía divisar la Casa Ayuntamiento, la Iglesia y una parte del pueblo, con la bajada hacía el río y los huertos a lo lejos, y también el ajetreo de milicianos y de vehículos.

El hospital tenía días en los que llegaban heridos por andanadas desde distintas partes del frente de toda la Sierra de Alcubierre, que los repartían entre los distintos hospitales de la zona. Llegaban casos con graves heridas, que a veces no superaban. Me impactaba cuando metían en la habitación a alguno con amputaciones. Ver a un joven mutilado me producía desazón interna y una indignación, ya no contra nadie, sino contra la propia guerra, la forma más estúpida de resolver conflictos. Nadie se quejaba, y había cuadros que tenían que ser muy dolorosos: la valentía se demuestra muchas

veces con el silencio.

Me voy encontrando mejor y me voy a dar una vuelta para conocer el hospital y estirar las piernas. Hay un trasiego por las estancias de esta casona enorme, de las personas que nos atienden, de residentes como yo, y hasta de niños que corren por los pasillos, para los que todo este trajín debe ser un mundo lleno de sorpresas por descubrir. Una de las enfermeras les da chocolatinas, y no debe ser la primera vez, por como se dirige a ella un chiquillo rubio, con pinta de avispado, que tendrá seis o siete años, al que llaman Pascualín.

El edificio debía ser una mansión del potentado del pueblo. En la planta baja hay un recibidor inmenso con una gran escalinata; a los lados, entrando desde fuera, cuadras y almacenes. La primera planta tiene un montón de habitaciones, pasillos y cuartos de baño, y en ella se alberga una gran cocina y la galería que hace de quirófano. Encima una segunda planta adesvanada con altos techos donde se alberga el personal médico y de asistencia, en habitaciones separadas por muros incompletos, con colchones en el suelo, parece que para las camas tenemos prioridad los heridos. Me fijo que la habitación de los hombres es más grande que la de las mujeres y eso que tiene menos camastros; no habrá clases, pero siguen quedando cosas por aprender en igualdad de sexos, más vale que no se enteren las milicianas anarquistas de "mujeres libres". Encima de algunos lechos se marcan a lápiz en la pared quienes son sus ocupantes: "Dr. Aguiló", "Aquí descansa el practicant número 1", y en otros rincones de los tabiques hay otras muestras de los que van pasando, que está claro que han venido de Cataluña: "Visca l'URSS, llar del proletariat, visca el comunisme", o "Visca la política"; habría que preguntar al autor lo que quiso decir. Y no faltan otras expresiones como: "Quina merda!", o "Ordre és netedat", con la firma de Tony.

Me voy parando a hablar con los que me cruzo a la menor excusa, me parece muy interesante saber algo de la historia de las personas tan variopintas que van y vienen. Da la impresión que el hospital funciona bien organizado, a pesar del continuo movimiento; solo es predecible lo que hacen los pocos heridos que, como yo, podemos ir caminando. He conocido al cocinero, un tal Paulino. Dice que muchos días tiene que hacer milagros con la comida dis-

ponible, que suele ser escasa. Me asegura que no me creería lo que dan de sí las patatas, y cuando no llegan, se va a buscar setas y caracoles.

Me siento en un banco alargado, en un espacio entre la cocina y las habitaciones junto a una chimenea con un fuego escaso, que aun a primeros de abril se agradece. Un joven con gorrete de la CNT está sentado un poco más allá, en la otra punta del banco, tomando notas. Le he oído hablar con otros dos y por su acento deduzco que es de la zona, así que me animo a entablar conversación, aun a riesgo de interrumpir sus anotaciones.

—No acaba de llegar el calor, ¿Hace siempre tanto frío por estas tierras?.

—Espera a que llegue el verano —me contestó sonriendo—, a medio día se fríen hasta los pájaros. ¿De dónde eres?.

—De Salamanca, la guerra te lleva a sitios caprichosos. Me llamo Julián. Tú, desde luego no eres catalán, tienes acento aragonés.

—Soy Paco, aragonés de Poleñino, este bonito pueblo que como ves tiene un hospital que ya quisieran en algunas capitales; espero que te estén curando en condiciones.

—Ya lo creo, me recupero deprisa, el cirujano ha hecho un gran trabajo.

—El doctor Aguiló es un médico excelente y un artista con el bisturí en los casos terribles que le llegan. Es quien dirige el hospital, con fama de cirujano experto y administrador de primera. Procede de Mallorca, aquí hay gente de muchos sitios. Hasta julio pasado era el sitio más tranquilo del mundo, ya ves como cambia todo, yo era un simple campesino y ahora aquí estoy, preparando una lista de suministros, a ver de dónde saco todo lo que se necesita.

—Me sorprende el funcionamiento del hospital y como se ha acondicionado una casa tan deprisa.

—Este hospital está cogiendo fama de poseer la dirección más eficaz de todo el frente de Aragón. Han comenzado desde el principio a llevar un registro de todos los pacientes y ya conoces el equipo médico, las enfermeras inglesas son más eficientes y preparadas que las de otros hospitales. Hacen hasta turnos de noche. Cuentan con la ayuda como asistentes de varias mujeres del pueblo. En otros lugares, hasta los enfermos se hacen sus necesidades por la noche por falta de atención.

Tenía prisa y se fue a hacer sus cometidos, yo ya había cotilleado un rato. Me gusta saber dónde estoy y lo que ocurre a mí alrededor, y este sitio es una sorpresa de solidaridad detrás de otra, con gentes que merece la pena conocer. Hay cosas que nunca se aprenderán en una Universidad; el libro que aquí te enseña y que se abre en cada esquina te muestra mundos que nunca hubieras imaginado, lástima que el escenario sea una guerra entre hermanos.

Nos llegan noticias inquietantes de lo que estaba sucediendo en Barcelona, en parte por comunicaciones que van recibiéndose, y también por lo poco que se emite desde radio Barcelona, que se recibe con cierta dificultad en un aparato de Telefunken de la pequeña sala donde acostumbra a reunirse el equipo médico. Se estaba produciendo un fuerte enfrentamiento entre fuerzas del Gobierno de la Republica y de la Generalitat, apoyados por grupos socialistas y comunistas, contra los anarquistas de CNT y FAI y contra el POUM y otros grupos marxistas minoritarios, por el control de distintos enclaves de la ciudad, hasta ahora en poder de los anarquistas, produciéndose duros combates. Habían comenzado en el edifico de Telefónica y se irradiaban a otros espacios significativos de Barcelona, e incluso a otras poblaciones catalanas. Ya solo faltaba una guerra civil dentro de otra guerra civil. Todos estábamos impactados y había un gran revuelo por el hospital, no hay nada más amargo para los que luchan en el frente, que en la retaguardia se desmorone el orden y se enfrenten los compañeros, y encima en pleno proceso de militarización de las columnas y de integración en el Ejército Popular de la República.

Por suerte aquí nadie se posicionaba contra nadie. Coincidí con Lyam que me buscaba para despedirse porque mañana volvía a las trincheras. Estaba muy confundido, indignado, y casi me tomó al asalto.

—¿Me quieres explicar qué les pasa a los españoles?, ¿No les basta una guerra para matarse entre ellos?. No entiendo que está pasando.

—No estoy seguro, mucho me temo que la revolución anarquista está en el punto de mira, no solo del Gobierno de la República, sobre todo de los comunistas que, con la excusa de ganar la guerra, quieren anular toda oposición a sus planteamientos, y en cuanto puedan aplastaran a anarquistas, troskistas y a todo grupo que se

les oponga. Los "Tovarichs", que es la forma despectiva popular con que se llama a los agentes y dirigentes rusos, están haciendo su trabajo, y de ellos depende el suministro de armas.

—Los españoles sois todavía más ingobernables que los irlandeses. Con tantas divisiones internas no será fácil ganar la guerra. Yo vuelvo al frente, te estaré esperando, así que recupérate pronto.

—Volveré en cuanto pueda, echare de menos a mi amigo pelirrojo.

Nos dimos un fuerte abrazo, sobraban las palabras; en estos tiempos las despedidas pueden ser para siempre, y por eso el sentimiento de amistad es mucho más intenso. Nos decíamos "hasta pronto" o "nos vemos", como conjurando los malos augurios, en el fondo conocedores de la incertidumbre de cada día, y el poco valor al que se cotizaba la vida.

Fueron varios días de enfrentamientos en la retaguardia catalana, la mayor parte en Barcelona; en los que se calcula que murieron sobre quinientas personas y mil heridos. El Gobierno Republicano envío un potente contingente de guardias de asalto desde Madrid para reprimir lo que antes eran revolucionarios y ahora "extremistas". La Generalidad de Cataluña, los comunistas y el Gobierno Central aunaron esfuerzos para imponerse, por la fuerza, si era necesario. No se tardó en restaurar el orden con un nuevo director de Orden Público en Barcelona, y con los comunistas ganando posiciones en el gobierno republicano, lo que les facilitó el camino en su particular persecución paranoica contra el POUM. Las autoridades republicanas no se atrevieron a tomar más medidas contra la CNT-FAI por el poder que todavía detentaban y por su gran apoyo popular, y a su vez los anarquistas no quisieron echar más leña al fuego, desentendiéndose en parte del destino del POUM; el patito feo siempre se lleva la peor parte. Lo que se impuso fue que las milicias se integraran definitivamente en el Ejército Republicano. Resultaba extraño que se restaurara una especie de jerarquía militar, con rangos y saludos, y con comisarios políticos con una carrera militar vertiginosa: un panadero podía ser capitán, o un fontanero estar al mando de una brigada. Trataba de no pensar sobre las consecuencias de este desastre, que sin duda iba a ser un lastre para dar la vuelta a la guerra, en la que el balance era desfavorable para la República; se iban perdiendo territorios y no se hacían conquis-

tas. Estaba claro que se abría un nuevo escenario, que reflejaba la debilidad del bando republicano, donde incluso la unidad forzada podría llegar tarde.

Me iba recuperando deprisa, ya no necesitaba ocupar una cama de las destinadas a heridos graves, y podía seguir mi rehabilitación instalándome en un camastro de uno de los almacenes del patio del hospital. La herida cicatrizaba bien y poco a poco iba cogiendo movilidad en mi brazo izquierdo. Fantaseaba imaginando que algún día les contaría a mis nietos la historia de mi marca en el pecho, mi costurón, en una guerra legendaria, de la que convenientemente ocultaría sus atrocidades. El sueño me duraba poco, se tendría que ver como iba a acabar esta locura, y si la Universidad de Filosofía, que ahora me parecía un paraíso, seguiría existiendo; por no hablar de encontrar una mujer que me robara el corazón. La idea de amar era un bálsamo en un mundo hostil saturado de odios.

Uno de esos días, llegaron varios heridos del bando nacional, uno de ellos un teniente fascista de solo 16 años. Se les recibió por el personal del Hospital que, menos las enfermeras, eran íntegramente españoles. El Dr. Aguiló dio la orden de que se tratara a todos los heridos por igual, rebeldes o republicanos, lo que se obedeció al pie de la letra. Al día siguiente se podía contemplar un espectáculo inimaginable: se veía charlar e intercambiar experiencias a soldados heridos de los dos bandos, que tomaban el sol en la terraza, en la que también participaban los que vigilaban a los prisioneros. Los soldados nacionales habían venido en una situación lamentable, desnutridos, débiles, con los rasgos del hambre marcados en su cara, en claro contraste con el aspecto normal y hasta saludable de los soldados republicanos. Estaban asombrados de que no les hubieran fusilado, les habían convencido de que los rojos eran una pandilla de crueles asesinos y si caían prisioneros los matarían sin piedad. Entre ellos, el joven teniente, no acababa de creer que les trataran con atención; incluso cuando una enfermera iba a poner una inyección a uno de los heridos, este se apartó asustado pensando que lo iban a envenenar. El Doctor Aguiló estaba muy presente asegurándose que se les trataba en condiciones. De ese grupo de prisioneros solo dos conocían la causa por la que luchaban: el teniente y un falangista, el resto eran campesinos y obreros reclutados por el ejército de Franco contra su voluntad. Uno de ellos

llevaba en el bolsillo un carnet del sindicato socialista de la UGT y había aprovechado caer preso para cambiar de bando, tenía una herida leve en una pierna. Les sorprendía que la bandera republicana siguiera siendo la roja, amarilla y morada que siempre habían conocido. Les habían contado que en este lado reinaba la anarquía desenfrenada, todos habían sido engañados. Otro del grupo llevaba una chapa ovalada cogida en el pecho con un imperdible, con el dibujo de un corazón de Jesús en el centro, rodeado de una corona de espinas y coronado con una cruz, y escrito alrededor, en la parte superior: "Detente bala", y en el lado de abajo: "El corazón de Cristo está conmigo". Solo faltaba convertir un levantamiento fascista en una guerra santa; a saber lo qué diría Jesús si levantara la cabeza. Me pregunto si acabaran siendo fusilados, al menos el teniente y el falangista. Si fuera al revés, ni siquiera les hubieran llevado a un hospital.

Cogí fuerzas suficientes para dar mi primer paseo por el pueblo. Hay un continuo ir y venir de milicianos, me va a costar llamarlos soldados, además no han cambiado de uniforme. Las calles son de tierra bien compactada. No hay agua corriente, se suministran del río que baja muy limpia salvo cuando hay tormentas; en muchas casas tienen aljibes para almacenarla y algunos pozos. Se nota que no se pasa hambre, se ve a la gente fuerte y sana, como siempre ha sido en los pueblos. Tal como sales del hospital, casas a los lados, una de ellas para el Ayuntamiento, y en una plaza, o más bien, en un amplio espacio abierto, se alza la Iglesia que tengo ganas de ver despacio. Tiene paredes gruesas de sillares de piedra y aúna elementos a medio camino entre románico y gótico con arcos de medio punto y apuntalados. Destaca el estilo mudéjar de la torre con tres cuerpos de ladrillos, que le da esbeltez al conjunto. La puerta está abierta y le pido permiso para entrar al que parece controlar el acceso, un hombre mayor del pueblo, que solo me pide que no toque nada. La planta de la iglesia es de cuerpo rectangular único, con capillas laterales, de diferentes estilos, con esculturas barrocas elevadas, destrozadas en parte; se nota que las han golpeado o disparado desde abajo. No hay retablo mayor, que era de madera y se quemó en la plaza al comenzar la guerra, según me cuenta el guardián de la puerta que se me ha unido a modo de cicerone. El lugar del antiguo culto religioso se ha convertido en el almacén de la

Colectividad y centro de intendencia para suministrar al frente. Se han distribuido los espacios por secciones: en una antigua capilla hay alpargatas, jabón y productos de limpieza; en un lateral de la nave central: conservas y carne ahumada; más allá: telas y tejidos en el fondo. Donde se encontraba el altar mayor: sacos de harina y azúcar; hacia el otro lado las patatas; debajo del coro, colgados en clavos de las vigas, chorizos y longanizas, y en el suelo barricas de vino. En lo que fue la sacristía se guardan las hogazas de pan que se hornea dos veces por semana, y a un lado se ha instalado un pequeño despacho. Me cuenta mi amable guía que no se compra con dinero sino con vales y cada colectivista tiene un carnet y su cuaderno de vales. Se apunta en la oficina y lo que desea adquirir se le suministra dos veces por semana. Una parte de los víveres van para el frente. Me sorprende lo bien organizado que parece todo, y al menos se está aprovechando el edificio en lugar de quemarlo.

Bajando hacia el río, desde la pequeña elevación en la que se asienta la iglesia, hay un túnel que se usa de refugio subterráneo cuando se alerta de bombardeos, que por ahora no son habituales, en los días que llevo aquí no ha habido ninguno.

Me meto por calles estrechas en las que todo el mundo se saluda cuando se cruza. De las casas lo mismo salen los aldeanos solos o acompañados con una mula o un burro, las cuadras están en las plantas de calle, junto con las cocinas y las chimeneas, quedando el piso de arriba para el hogar familiar y los desvanes para graneros. Me paro en uno de los bares del pueblo en una calleja, en lo que debe ser el corral de la casa con unas mesas y sillas exteriores, ahora que el tiempo lo permite. Casi no veía un bar desde antes de la guerra, y tomar una cerveza tranquilamente sentado al aire libre era un lujo que ya creía olvidado. En este pueblo te acogen sin preguntar, me llamaron de la mesa de al lado para sentarme con ellos, “no este solo”, “venga para aquí”, y pasaba a ser uno más en la conversación. El que regentaba el bar, un hombre fornido, se sentó con nosotros y tomo las riendas de la conversación. Además de regentar el bar, tenía un viejo camión Chevrolet, el único del pueblo, con el que hacía viajes de suministro al frente, supongo que por eso no se lo habían requisado. Contaba, escenificando con todo detalle que, ayer llegando a las posiciones en la Sierra de Alcubierre, un cañonazo de artillería le pasó rozando y le arrancó el toldo

del camión, gesticulando su sorpresa, ante las risas de todos. Era un hombre divertido, pero no me inspiraba confianza; los graciosos que acaparan la atención me producen recelo y la sospecha de que no son lo que tratan de aparentar. Sí este pueblo hubiera caído en el bando nacional seguro que haría lo mismo.

Al volver al hospital coincidí otra vez con Paco, el joven anarquista del pueblo, que estaba sentado en un banco del patio de entrada junto a un compañero.

—Julián, se te ve otro color, siéntate con nosotros a tomar un poco el sol. Este es Arnau un camarada amigo de la Barceloneta.

—Encantado de sentarme. Ya me voy recuperando, por suerte la herida era limpia y sana bien.

—Te he visto antes entrando a la Iglesia —dijo Paco—, ¿Qué te parece el cambio de usos que le hemos dado?.

—Lo tenéis bien organizado y todo muy limpio. Lástima de que se destrozara el retablo y las esculturas, valdrían un dineral en el mercado y se podrían haber comprado muchas armas.

—Eso fue la locura de los primeros días —comentó Arnau— había mucha rabia contenida contra la iglesia y fue inevitable que estallara. Ahora con la distancia se comprueba que fue un error y nos puso en contra a todos los gobiernos europeos.

—Y este caserón —pregunté— supongo que pertenecía a algún terrateniente.

—Era de la familia Torres Solanot —afirmó Paco—, los mayores propietarios del pueblo, y se requisó al comienzo de la guerra para destinarla a la Casa del Pueblo, junto con sus tierras. Al dueño, Joaquín Torres Solanot, lo mismo que a otro vecino de derechas, se les dijo que aquí no se iba a fusilar a nadie, que no lo íbamos a permitir, pero no se fiaron y los detuvieron en Tardienta cuando intentaban llegar a Zaragoza. Al poco los fusilaron, en aquellos días cada grupo hacía lo que le parecía. También fue muy triste la muerte del cura, muy querido y respetado en el pueblo, baste decir que a veces hacia jornales en la construcción del canal y lo daba a los pobres. Le escondimos llevándole a trabajar en el campo como otro campesino más, pero algún desgraciado le denunció a uno de los piquetes que venían buscando sangre y lo fusilaron en la misma parcela en la que trabajaba.

—Matar a la gente sin juicio —Intervino Arnau—, mancha la re-

volución y nos coloca al nivel de los fascistas. Ya estamos pagando un alto precio por los primeros excesos, los que quieren orden por encima de todo se están saliendo con la suya, esto les va de maravilla a los comunistas, para hacerse con el control del ejército republicano.

—Al requisar la casa fuimos rápidos para evitar que fuera saqueada, escondiendo algunos enseres —dijo Paco—; aun así, hubo alguno que entendió la revolución a su manera, llevándose, por ejemplo, baldosas del fregadero de la cocina para ponérselas en su casa. Hay quien considera que lo de él es suyo y lo de todos para repartir.

—El pueblo tiene un nombre singular: Poleñino, no encaja con los nombres de otros pueblos cercanos —dije cambiando el tono de la conversación que se me estaba haciendo dolorosa.

—Poleñino es un pueblo muy antiguo —aclaró Paco—, el nombre ya figura en un antiguo documento conocido como testamento del Diácono Vicente, del año 570, como "Mons Polenaria". En Mondón, una colina cercana que se ve desde el pueblo, se asentaron iberos, romanos y visigodos. Luego llegaron los musulmanes, y la reconquista cristiana. A principios del siglo XII, en el año 1107, vuelve a aparecer Poleñino en un documento en el que el rey Alfonso I el Batallador otorgó a uno de sus nobles las tierras que hay alrededor de "Mondón" para que fundara el poblado llamado de Polinyino. Ese mismo rey murió, aquí en Poleñino, en 1134, tras ser herido en el asedio de Fraga y de camino a Huesca.

Toda una lección de historia de un labrador que me dejó perplejo. Nunca habría imaginado tener esta conversación con un campesino. Se acercó un vecino del pueblo para comentar algo de la colectividad a Paco, en la que debía tener alguna responsabilidad, y se apartó y le dio alguna directriz señalando la iglesia. Al volver a sentarse con nosotros continué la conversación.

—Da la impresión que la colectividad está funcionando.

—Hacemos lo posible para que mejore cada día, incluso tenemos proyectado instalar agua corriente en todas las casas y la pavimentación de las calles. A los pocos días de la sublevación se creó el Comité Local con mayoría de la CNT y poco después se montó la Colectividad, con las tierras comunales, la de aquellos propietarios que no pueden cultivar sus tierras por sí mismos, y las aportadas

voluntariamente por los campesinos que se apuntaron. En Poleñino no hubo tantos abusos de caciques como en otros pueblos, como aquellos que decían: "Comed Republica", a los jornaleros que no querían contratar por ser de izquierdas. Aquí se pagaban jornales justos, y ahora nadie se mete con quien quiere trabajar las tierras por sí mismo, solo se impide que nadie sea explotado. Muchos pueblos de Aragón se han colectivizado, el pasado 14 y 15 de febrero se celebró en Caspe el Primer Congreso Extraordinario de Colectividades de Aragón, en el que había representadas 275 colectividades, 137 de la provincia de Huesca.

—¿Como os regís? —Pregunté—, supongo que tendréis vuestras normas.

—Muy sencillo, con unos Estatutos que recogen las bases de funcionamiento y los fines. Cuando se quiere llegar a acuerdos todo resulta muy fácil. La idea principal es mejorar la vida de los miembros que deciden compartir, no permitiendo bajo ningún concepto la explotación del hombre por el hombre, e impedir que nadie viva con el lucro de otro individuo y por ello se impone la obligación de producir por parte de todos, para cubrir las necesidades de cada uno. Seguimos el principio anarquista de que "a cada uno se le debe exigir según sus fuerzas y posibilidades". En los Estatutos se contempla la supresión del dinero, la distribución de víveres y ropas según las necesidades familiares, y el salario familiar regulado según los miembros de cada hogar.

—¿Se nota en la producción? —seguí preguntando.

—Esa ha sido la mayor sorpresa —respondió Paco—, se han superado todas las expectativas. Se han aumentado las superficies cultivadas, con mejores métodos de cultivo y preparación de tierras. Tal como viene el campo, esperamos una producción de trigo y cereales de más de un 50% con respecto a años anteriores. Las huertas también producen mucho más, y el ganado está más sano y mejor atendido. Es lo que está sucediendo en todas las colectividades, trabajar en conjunto supera con creces al individualismo.

—Muchos se preguntan ¿Por qué no ocurrió lo mismo Rusia? —comentó Arnau—, y ¿Por qué están siendo eficaces las colectividades?, no solo las agrícolas, también las de gremios, talleres y fábricas; y la respuesta es evidente: los comunistas rusos nacionalizaron, mientras que los anarquistas españoles colectivizamos. En

Rusia, los trabajadores pasaron de estar al servicio del patrón a estar al servicio del Partido, mientras que en España, por primera vez en su vida, comenzaron a ser los dueños de su trabajo y su destino.

—¿Cómo lográis poneros de acuerdo en lo que hay que hacer? —pregunté—, ¿Cómo se dan las órdenes de trabajo?.

—Se han creado equipos de trabajo —contestó Paco—, de hasta diez miembros según las labores: labradores, horticultores, pastores, y trabajos especializados. A cada grupo de trabajo se le asigna un trozo de tierra para trabajar, del que se hace responsable, eligiendo un delegado que representa sus opiniones en las reuniones de la colectividad. Un comité de gestión es el encargado del funcionamiento cotidiano que se ocupa de la obtención de materiales, de intercambios con otras áreas, organiza la distribución de la producción y se ocupa de las obras que sean necesarias. Sus miembros son elegidos en asambleas generales en las que participan todos los colectivistas. Siempre se intenta de llegar a acuerdos en los que todos estén conformes, no hay una camarilla de poder, como en las organizaciones comunistas. La distribución de los víveres se efectúa con vales de la propia colectividad, según las necesidades familiares. Pan, carne, aceite, vino y patatas se reparten en cantidad suficiente; otros víveres y artículos de necesidad, que no se producen en el pueblo, suelen estar racionados. Tenemos nuestras discusiones, pero raro es el día en que no aprobamos todo por unanimidad.

Tenían que seguir con sus cosas, nos despedimos al estilo del frente, como si nos fuéramos a ver a la vuelta de la esquina, o nunca más.

Me iba enterando de como funcionaba en la práctica el nuevo sistema social, era un cambio radical de ciento ochenta grados, un intento histórico de acabar con el capitalismo salvaje, y lo más increíble es que estaba dando frutos en solo unos meses. El anarquismo tenía mucha base, y su parte de utopía puede que fuera motivada porque aún no hay gente preparada para compartir en libertad y dejar aparte sus egoísmos personales. Ahora que la justicia social podría salir adelante, tomaba conciencia de lo que estaba en juego en esta guerra: si se ganaba, habría una oportunidad de dignidad para la vida de millones de personas; si se perdía, volvería el antiguo sistema de caciquismo, militares, trabajadores alienados

y pobreza, con la peor versión de la religión: "la iglesia cómplice" con la opresión, justo lo contrario que predicó Jesucristo. Aunque intentaba no ser pesimista, seguía teniendo una sensación interna de desazón, tal vez había visto mucha miseria humana como para creer en paraísos. Ya se vería, el tiempo recoloca las cosas en su sitio, si es que las cosas tienen un sitio.

Al día siguiente, cuando estaba dando otro paseo mañanero por el pueblo, pasaron varios aviones volando raso, persiguiéndose entre sí, causando un fuerte estruendo y un revuelo entre la población. Se iban disparando con sus ametralladoras, haciendo cabriolas y piruetas, vuelos con ascensos y bajadas imposibles. El pueblo y sus alrededores eran la zona de combate, ante la sorpresa de todo el que andaba por las calles, algunos corrían a refugiarse, otros nos quedábamos mirando hacia arriba, absortos en el espectáculo. Un miliciano cercano, que afirmaba identificar los aparatos por el sonido, decía que eran dos chatos rusos contra dos cazas de los nacionales, un Fiat italiano y un Messerschmitt alemán. Se oían perfectamente los disparos entre ellos, se estaban enfrentando en los cielos de las afueras del pueblo. Cayó a lo lejos un avión envuelto en llamas y otro humeaba y descendía intentando aterrizar en los campos. El miliciano nos dijo que el avión abatido era el italiano y el que humeaba un chato ruso, el otro chato desapareció persiguiendo al alemán. Varias personas corrieron hacia el avión que intentaba aterrizar a lo lejos, hacia el noroeste detrás de unas colinas, de las que salía una columna de humo negro; los primeros un grupo de niños que no hicieron caso a una mujer que los increpaba.

Me quede sentado delante del hospital, ajeno al alboroto que los combates aéreos habían despertado. Trataba de asimilar el sentido de que aviones de distintas nacionalidades se intentaran abatir en otro país. Esta no era solo una guerra civil, sino el preludio de una temida guerra internacional que tenía acongojada a media Europa.

Al cabo de un rato llegó una eufórica comitiva: un piloto ruso, junto a dos milicianos y un grupo bulliciosos de niños. Según contaban esos mismos niños, habían llegado los primeros hasta el piloto ruso que había conseguido aterrizar a duras penas y salir del aparato antes de arder, y ansioso, se dirigió a ellos señalando puño o mano, puño o mano, y cuando le dijeron puño, sonrió aliviado.

Me pregunto en qué llegaran a convertirse estos niños con una infancia tan alucinante. Me sigo haciendo preguntas que no tienen respuesta, algún día tendré que dejar esta costumbre.

****

Volver a la realidad del alma después de salir del Registro Akáshico, de una vida tan intensa, es la liberación absoluta.

Voy comprendiendo el sentido de revisar lo vivido en la guerra civil en conexión con la vida actual, integrando en mi conciencia el verdadero significado de la hermandad, que una guerra civil destruye de la forma más atroz: con odio y saña.

El trabajo que estoy realizando en la encarnación actual sobre la Tercera España tiene un profundo efecto liberador, al comprobar que significativas personas, héroes invisibles, ante una tremenda presión, no dieron la espalda a su humanidad, no se rindieron, ni huyeron, ni adoptaron la posición del avestruz, ocultándose entre las plumas, sino que afrontaron su destino e hicieron lo más correcto, aunque fuera lo difícil y arriesgado. Son testimonios de esperanza y ejemplo de respeto hacia el otro, en la superación de las diferencias con sentido común y armonía. Todos somos hijos de Dios, y ese principio está en la base de la auténtica libertad. Me cuesta más acabar de comprender el sentido del libre albedrío, y por qué no se ponen límites a los seres humanos cuando se lanzan a cometer atrocidades. La voz silenciosa no se hizo esperar.

—El libre albedrío humano es el medio por el que avanzamos para convertirnos en lo que somos como alma. Es nuestra herencia divina, que no se puede infringir. No se produce ningún aprendizaje cuando una energía externa resuelve las situaciones y altera las circunstancias. No es ninguna ayuda, todo lo contrario, nadie puede robarte las lecciones que el destino te tiene preparado. Cada pueblo, cada país, la humanidad en su conjunto tiene igualmente que aprender sus propias lecciones. Sin experiencia propia, personal o colectiva no hay aprendizaje ni evolución posible.

La mejor ayuda que se puede aportar es confiar en el alma de quien demanda apoyo, sea una persona, o un gran colectivo, e

inspirar su corazón con total desapego espiritual.

Tenía todo el sentido. Me vino la imagen de la educación de los niños y como había quedado demostrado que la protección contra las consecuencias de sus acciones creaba una de las peores formas de educación posibles.

—Solo se puede intervenir cuando media una invitación o una petición expresa, y siempre cuando el Karma lo permita, bajo la Ley de Causa y Efecto. La historia de la humanidad está llena de dolorosos aprendizajes, en otros tiempos, ya lejanos. Las consecuencias de interferir en el libre albedrío llevaron a los seres humanos a situaciones mucho más desastrosas que las que se intentaban resolver.

El Karma es un concepto que puedo entender, pero me sigue creando una desarmonía por considerarlo como una deuda pendiente.

—Karma es el resultado de nuestras acciones e inacciones, el escenario autocreado que condiciona la vida. Es la relación dinámica entre un acto y su resultado.

La Ley del Karma es la Ley de Causa y Efecto. No es una ley vengativa, no exige pagos o tributos por nuestros errores presentes o del largo pasado, no debe asociarse al dolor y el castigo. Correctamente interpretada y manejada trae la liberación del sufrimiento, el bienestar y la alegría. Creamos más Karma positivo que negativo. La Ley de Causa y Efecto es más una ley benefactora. Reflejamos lo que hemos aportado a los demás y recibimos aquello que supimos dar. La Ley del Karma más que retributiva es instructiva. No castiga sin piedad, ni premia a nadie, es la ley del equilibrio y del balance.

Gran parte de nuestro presente es el resultado de anteriores actitudes, reacciones y conductas. En principio no podemos cambiar lo que nos sucede, pero si modificar su interpretación y actuar en consecuencia. En cierto sentido, nuestras decisiones y respuestas moldean la forma en la que se desenvuelve nuestra vida.

Por encima del karma individual se sitúan otros Karmas: gru-

pal, nacional, planetario. Las naciones, al igual que las personas, están cosechando lo que han sembrado.

¿Cómo puede encajar un destino que llega condicionado, con la libertad?.

—La libertad, en la mayoría de las mentes consiste en evitar las reglas impuestas, poder hacer lo que se desea, pensar como se determina y vivir como se prefiera. Podría ser bello que fuera así, siempre y cuando, los propios deseos, preferencias, pensamientos y anhelos, estuvieran libres del egoísmo y dedicados al bien de la totalidad. Algo muy raro de encontrar.

La libertad es un estado mental y no un modo de ser. Libertad es doblegar la ira, el temor y el desenfreno, dejar de servir a esos falsos maestros.

Los cuerpos sin educar de la personalidad son las cárceles del alma. De la prisión física es fácil evadirse, aprendiendo a vivir como si el vehículo físico no existiera, sin permitir nunca que el cuerpo imparta órdenes. Las cadenas emocionales quiebran con el desapego. Los muros de materia mental se derriban al evocar la dinámica acción del alma.

Puede que el Karma condicione las situaciones que nos presenta la vida, pero aquellos que sepan permanecer impasibles, libres de quejas, de deseos insatisfechos, de rencores, tendrán abierta una oportunidad para hacer lo correcto, y dejar de ser esclavos de las "pequeñas tristezas" de cada día.

Internamente libre, externamente sujeto. Interior sano, alegre, esperanzado, feliz. Exterior sereno, equilibrado, conforme, listo para persistir en la adversidad.

Solo hay libertad cuando se elige servir. La idea misma de la libertad puede constituirse en opresión. No hay almas libres en ninguna parte, excepto aquellas que voluntariamente se aprisionan a sí mismas y solo obedecen a la ley del servicio.

Ser libre significa permanecer en la clara y limpia luz del alma, que es pura conciencia grupal.

Que estas verdades impregnen de reflexiones tu mente en su devenir en el plano físico.

X. Camino de Santiago. Rabanal del Camino.

Dejar la ciudad de León se me hace especialmente pesado al recorrer una larga travesía de extrarradios salpicada de almacenes, zonas industriales y residenciales, áreas de servicios, nudos viarios, que no se convierte en campo abierto hasta bien pasada la Virgen del Camino, donde tengo que tomar la decisión de ir por la vía tradicional hasta San Martín del Camino, una ruta cercana a carreteras con tráfico, o la más atractiva, hasta Villar de Mazarife, mucho más tranquila y con mayor contacto con la naturaleza. Elijo la tradicional, con sus andaderos en paralelo a la transitada carretera. Me sorprende mi decisión, no creo que sea por respetar el camino original, debo tener una especie de dependencia a la monotonía de paisajes llanos de la meseta castellana que se va a ir diluyendo en un par de días. Para acabar de hacer difícil la jornada, hace frío, lluvia intermitente con viento, y encima con un principio de catarro. Lo curioso es que me siento feliz, aunque la belleza trate de ocultarse. En estos días se descubre el camino interior y la naturaleza más dura no parece tan horrible.

Llevo toda la ropa de abrigo puesta, que en realidad no es tanta: camiseta de manga larga, polar, y mi magnifica chamarra impermeable y cortavientos, además de braga al cuello, guantes y gorro de thinsulate; todo muy ligero, que no deja paso a este viento helador empeñado en robarme el poco calor que genera mi cuerpo. Un catarro, lo que faltaba, esto si te pone a prueba.

Al entrar en Villadangos del Páramo, ha parado la lluvia, aunque continúa el viento, y me encuentro con un precioso espectáculo: un montón de aves negras haciendo piruetas en el aire. Parecen cuervos, es extraño, son demasiados. Lo compruebo con el móvil en una aplicación de internet para pájaros que me pasó una amiga ornitóloga. Les haces una foto y el programa te dice lo que es. Son grajos, o grajas, se les llama de las dos formas, también de la familia de los córvidos. Son más pequeños que los cuervos, a pesar de su considerable tamaño, y más negros que las cornejas. Es impresionante, están exhibiendo arriesgados vuelos acrobáticos, desafiando al viento, en medio de un bullicio de graznidos: garg, garg, garg, por todas partes. Un poco más allá se ve donde anida la extensa colonia, en muchos nidos de altos chopos a la entrada del pueblo; no parece

molestarles la presencia humana y el circular de vehículos. Dice la aplicación que estas concentraciones solo se encuentran en sitios muy localizados, sobre todo de la provincia de León. También dice la aplicación que es un ave de las menos agraciadas, algo que me deja perpleja, ¿Quién tiene los patrones de la belleza?, espero que no manifiesten esa opinión por el color negro, deberían fijarse en la forma tan sublime con la que vuelan, en su fortaleza, su capacidad para vivir en grupos, o en su inteligencia, que dicen es similar a la de los cuervos, las aves más listas del mundo. Hay mucha miopía a la hora de evaluar la belleza.

Se suele decir que "Cuando el grajo vuela bajo hace un frío del carajo", y en este caso los grajos hacen honor al refrán. No es que el día sea muy frio, es la sensación combinada con el viento, y en mi caso con el catarro, ya llevo gastado un paquete de pañuelos.

La jornada se hace dura hasta llegar a San Martín del Camino y encontrar un albergue que sabe a refugio. La lluvia por bien equipada que vayas, acaba encontrando huecos para invadirte. Donde más se nota es en el calzado, aunque sea de goretex, que a base agua se acaba mojando. El remedio es casero y eficaz: llenar las zapatillas con papeles de periódicos arrugados, para que absorban la humedad, y después de un rato ponerlas al lado de los radiadores, junto con las prendas mojadas. De paso aprovecho para lavar la ropa pendiente en la lavadora del albergue. Hay sitio suficiente para secarla, estamos poca gente, se nota que estas etapas se las saltan muchos peregrinos haciendo caso a las guías para turistas.

He acabado el día cansada, agotada, veintiséis kilómetros que con este clima parecen cuarenta, y el catarro mina y te aplana, no estoy para la Tablet, tengo que intentar dormir todo lo que pueda.

Con el nuevo día vuelve el sol de primavera y se para el viento, y además me encuentro mejor, lo que le agradezco a la madre naturaleza, va a ser una larga jornada hasta Astorga. El camino sigue sin desniveles de consideración, cercano a carreteras, ahora con paisajes más sugerentes y con mayor arbolado. El sol es un milagro, "un don del cielo", nunca mejor dicho, del que solo te das cuenta cuando lo ocultan las nubes

A mitad de etapa aparece otro pueblo, aparentemente como uno más, Hospital de Órbigo, pero esconde una agradable sorpresa: un

largo puente medieval de más de 200 metros de largo, sustentado por un gran número de arcos, nada menos que 19. Es un puente que desafía al paso del tiempo, sigue aquí, sobre el río Orbigo, desde hace 2000 años de su construcción romana, adaptado a su actual traza medieval en el siglo XIII, con posteriores rehabilitaciones. Fue un paso esencial por la peligrosidad del río, que termina llevando sus aguas al Duero. La construcción del embalse de Barrios de Luna, en las montañas del norte de León, reguló el cauce poniendo fin a las numerosas inundaciones que asolaban estas tierras en el pasado.

Hay una vieja leyenda sobre este puente, conocida como "El Paso Honroso", que en realidad ocurrió. En enero de 1434 Don Suero de Quiñones solicitó del Rey Juan II permiso para celebrar un torneo, y así demostrar su amor por la Dama Doña Leonor de Tovar, enfrentándose a todos los caballeros que osaran venir a luchar al Puente del Órbigo, prometiendo tronchar hasta 300 lanzas. En el mes de julio se celebró el torneo que duró 30 días y se rompieron 166 lanzas. Un año más tarde se casó Don Suero con Doña Leonor, y 24 años después uno de los caballeros derrotados en las justas acabaría con la vida de Don Suero.

Es un puente de una belleza legendaria que te transporta al pasado; incluso en la parte seca del cauce aún quedan instalaciones fijas de madera para torneos de justas medievales, ahora recreaciones de lo que en tiempos debió ser un deporte popular, donde los caballeros hacían alarde de sus destrezas lanzándose al galope el uno contra el otro con lanzas de madera, en un área conocida como liza, que tal como se ve ahora la tendrán que reparar para la próxima fiesta medieval; creo que se celebra todos los años en el mes de agosto, donde el plato fuerte son los combates de caballeros que reproducen el torneo milenario de la vieja leyenda.

La llegada a Astorga se hace rogar porque se ve desde lejos y encima es final de etapa. Es fácil caer en la trampa de "ya me queda poco", y ese poco se te va hincando en los pies, que parecen de plomo; como más ligera voy es cuando no pienso en los próximos pasos.

Astorga tiene patrimonio histórico para emplear un día entero, pero me pilla en plena recuperación. Hoy me bastará un paseo rápido por el centro, justo para deslumbrarme con el contraste entre

la recia catedral y el cercano Palacio Episcopal, un edificio de Gaudí, perfecto remate para el arte arquitectónico de la villa.

Alquilo una habitación individual en un viejo edificio. Sigo arrastrando cansancio, tampoco es de extrañar, los kilómetros van haciendo mella, y tengo que acabar de rematar a un catarro que vino sin pedir permiso. Necesito descansar, sin ruidos, ni ronquidos, y con suerte mañana volveré a estar fuerte. La habitación parece de la casa de unos abuelos, con muebles de hace cien años, aunque el colchón es nuevo y confortable

No tengo ganas de meterme con la Tablet, pero sí para dejar algo escrito en mi cuaderno de notas, que me viene rondando por la cabeza. Es sobre el vicio de contar el tiempo que queda para lo que sea, para llegar a un punto u otro del camino, para finalizar una investigación, para que llegue el fin de semana, o las vacaciones, o la jubilación, como hacen algunas de mis compañeras de trabajo. Escribo:

Contabilidad positiva, que sería algo así como contar a favor de la liberación. En vez de una jornada de siete horas de trabajo, son 17 horas diarias que no tienes que trabajar, más 48 horas del fin de semana, más las 24 de muchos días festivos. En vez de contar los años o los meses para la jubilación, contar la cantidad de tiempo que tendré vacaciones pagadas, en mi caso más de un año. En vez de contar el tiempo que queda para finalizar una etapa, contar los minutos que voy a seguir disfrutando de presenciar una escena imprevista, un paisaje nuevo. Es como revelarme contra la tiranía del tiempo que te saca del presente atemporal. Contar al revés, para dejar de contar.

Me viene a la memoria una vieja frase en inglés, que creía olvidada:
"Don´t count the days, make the days count"." No cuentes los días, haz que los días cuenten". Si me la grabo en el cerebro en inglés, quedará más huella en el recuerdo, que espero que se active cuando tenga algún día tonto, de esos que pierdes el presente.

Caer rendida por el sueño es uno de los placeres del camino. Mañana será un día magnífico.

En plena noche, a eso de las cuatro de la madrugada me desperté sobresaltada por una extraña pesadilla, con las pulsaciones cardiacas desbocadas. Tenía una fuerte sensación de que algo in-

tentaba entrar en mi cuerpo, como una nube oscura, muy densa, que me oprimía el pecho dejándome casi sin aire. Volví a recuperar el ritmo de respiración y a intentar tranquilizarme. Estaba confundida y descolocada, no recuerdo haber tenido pesadillas desde que era muy joven, y además esto era una situación que parecía muy real. Respiré profundo varias veces y me fui calmando, para volver a coger el sueño. Según me iba adormilando noté como esa extraña cosa intentaba meterse en mi cuerpo, subiendo por mis piernas, como reptando, y volví a abrir los ojos, y la sensación se disipó. Cambié de postura, en vez de boca arriba a recostarme de un lado y a volver a relajarme. Cuando volví a adormecerme, de nuevo esa masa oscura y desagradable trataba de meterse por mi espalda, y ahora no me podía despertar, aunque lo intentaba, y esa cosa asquerosa seguía avanzando. Hice un potente esfuerzo y conseguí despertarme del todo en medio de un agobio asfixiante, y una enorme presión en la cabeza, a punto de estallar. En ese momento, en la parte inferior de la cama, se movió la colcha, como si algo se arrastrará, con un susurro sordo y repulsivo, que me hizo brincar de la cama y encender la luz, con lo que la escena se disipó.

En esa habitación había algo muy extraño, una presencia, un ente, un ectoplasma, que sé yo, igual el fantasma de alguien que murió en esa cama. Estaba asustada, pero aliviada por haber salido de ese agujero negro. Marcharía pitando de allí, no iba a permitir que una entidad me poseyera al dormirme. Esa cosa, "lo que fuera", era invasiva y tenebrosa, y tenía que encontrármela precisamente yo, hay cosas que nunca te podrías haber imaginado que te fueran a pasar. Rehíce la mochila y recogí mis cosas, sin atreverme a tocar la cama; puse a mano mi frontal y me preparé para caminar de noche. Lo hacía por pura obligación, no me gusta caminar con linternas, aunque iluminen bien; solía criticar en mi interior a los peregrinos que salían escopetados, aún sin amanecer, igual a algunos les pasó lo mismo, lo que demuestra que la crítica, siempre sobra.

Caminar en soledad por la noche alumbrada de la villa de Astorga, en medio de una armoniosa paz urbana, era una delicia inesperada, y un contrate total con la experiencia nefasta que acababa de padecer. No tenía frio, pero seguro que seguía llevando carne de gallina, estaba en calma, aunque cada vez que volvía el recuerdo de la cosa, me recorría un escalofrío. Visto por otro lado la situación

tenía su punto divertido, un susto de muerte y a salir corriendo a horas intempestivas por el mundo. El sentido del humor te reequilibra y te resintoniza; me reí sola, ahora me sentía liberada y feliz.

Al dejar la ciudad y salir a la campiña nocturna me esperaba otra grata sorpresa: un cielo estrellado, inmenso, que se veía con nitidez, la belleza en estado puro, con la Vía Láctea dirigiendo la orquesta, el llamado camino o la ruta de las Estrellas, ese mapa escrito en el firmamento, que en otros tiempos sirvió de guía a los caminantes hacia Santiago y Finisterre, el final de la tierra. Me sentía arropada, amparada por ese paisaje estelar sin igual de paz y plenitud mágica, las mismas estrellas que guiaron a tantos peregrinos. ¿Cómo podemos sentirnos a veces tan importantes?, un buen baño de estrellas cura esta soberbia.

La mañana se presentó limpia y soleada, con una ligera brisa que, según anunciaban, se convertiría en fuerte viento a lo largo del día. La meseta se acaba para dejar paso a la comarca de la Maragatería, lomas con muchos colores ocres, de suelos pobres que dibujan bellos rincones. En los pueblos se empiezan a ver grandes casonas, de recia construcción, algunas dejan entrever por sus puertas abiertas amplios patios que incitan la curiosidad; ir caminando te permite observar los detalles de lo que se va poniendo a la vista.

Me he tomado el camino como un paseo, supongo que necesitaba relajarme, y me he ganado un buen almuerzo que me acabará de templar el cuerpo. Llego a un pequeño pueblo con un nombre peculiar: "El Ganso", y aparece un bar con buena pinta, amplio, con muchas mesas y unos cuantos peregrinos, de los de horario europeo, acostumbrados a comer pronto, y los platos son generosos. Al entrar, en una de las mesas coincido con Hans, el holandés que lleva una pequeña guitarra asomando por lo alto de su mochila, y que canta viejas melodías de los tiempos hippies; no le veía desde hace varias jornadas. Nos saludamos y me presenta a una peregrina que come junto a él, se llama Meike, también holandesa, más o menos de mi edad, con unos bonitos ojos azules. Es agradable compartir mesa con gente que está haciendo el camino, la conversación da igual, hablamos de cosas triviales, sobre la etapa de hoy, las ampollas, el tiempecito de estos días, y de lo felices que se les ve a los peregrinos. No lo había pensado, pero la palabra feliz se ajusta a estos días que seguro van a dejar su poso en mi interior. Meike,

parece una persona interesante, amable, habla despacio, escucha, y sonríe, una combinación de factores que me hace sentir muy cómoda. No he podido evitar preguntarle a que se dedica, es psicóloga, no muy ortodoxa, por la forma de responderme creo que no le gusta hacerse notar. Ellos ya estaban acabando de comer y continúan. Acaban el día en Rabanal del Camino, como yo, espero volver a coincidir, no me importaría conocer a Meike un poco mejor.

El día sigue soleado, con el viento creciendo que ha barrido a la brisa, y se hace fuerte por momentos. A partir del poblado de El Ganso la senda pasa a ser agreste y montañosa, entre brezos, retamas y un robledal. Un bonito paisaje que se estropea con la fuerza del viento en contra, cada vez más incómodo. Al poco rato ya es un vendaval, con rachas que casi te impiden andar, a veces me tengo que agachar para no caer, y no parece que vaya a amainar. Es una lucha continua y encima se avanza despacio, y con frío, he tenido que recurrir al equipo de invierno, chubasquero, gorro, braga al cuello y guantes. Caminar así resulta agotador, y además es un tramo largo, de diez kilómetros, y en subida, no muy pronunciada, aunque ahora cada metro es un esfuerzo extra. Se me hizo eterno, creía que no iba a llegar, no quiero calcular a la velocidad que voy. Al ver el pueblo sentí una liberación que me dieron hasta ganas de llorar de alegría.

La entrada a Ravanal del Camino por su larga calle mayor muestra los estragos del vendaval: ramas rotas, contenedores de basura volcados, mesas y sillas de las terrazas esparcidas por el suelo, que los vecinos se afanan en recoger. Es una villa con algo especial, cargada de historia, casas de piedra, ambiente de montaña, con armonía, a pesar del temporal de aire. Se nota que es un destino turístico, afortunadamente no es la época. La paliza del viento te deja baldada Tengo la sensación como si me hubieran pasado una lija desgastándome poco a poco, y eso da ganas de que te sirvan una buena comida para reponer fuerzas. Se ha hecho tarde, lo que nunca es un problema en los muchos sitios del camino que atienden en horario de “a todas horas”.

Ahora solo están en el bar los vecinos de la localidad y algún peregrino perdido que pasamos desapercibidos, deben estar acostumbrados a la gente con mochilas de todas razas y colores, pare ellos debemos ser como los pájaros que pasan volando.

No hay nada como hacer un gran esfuerzo para disfrutar del placer de una buena mesa, y valorar lo que hay sin exigencias. A cada bocado recuperaba un grado de energía, otra cosa serían las agujetas que es muy probable que salgan a escena esta noche. En la televisión dan el programa "Saber y ganar", un clásico que lleva veintimuchos años en antena, y que parece que es del interés de los lugareños. Lo he seguido a veces, intentando adivinar las respuestas, lo que me conduce a decepcionarme con mi memoria, y lo acabo dejando. Lo que más me alucina es la positividad del presentador, Jordi Hurtado, que va cogiendo canas con el devenir del programa. Al principio pensaba que era una imagen fingida irradiando felicidad, pero he ido comprobando que es su estado natural: alegre, creativo y espontaneo, incombustible, motivado de por vida; debe ser esa energía la que mantiene vivo el programa tantos años. Supongo que tendrá que envejecer, y no creo que sea sustituible, tendrán que tirar de inteligencia artificial, tienen material de sobra para hacer un clon virtual perfecto.

Albergue y ducha para rematar la remontada y vuelvo a estar como nueva. He cogido una habitación individual, empiezo a pensar que rehúyo de estar con gente, igual me estoy volviendo ermitaña. No tenía pensado salir, y eso que hay una iglesia románica que quería conocer, pero se ha parado el viento y eso lo cambia todo.

Cae el día, con una preciosa puesta de sol, llena de colores violetas y carmines. El crepúsculo es como una puerta abierta entre distintos planos, un intervalo que te deja ver la magia de la naturaleza y conecta con tu interior, sintiéndote parte del mundo. Quiero alargar esta percepción, con un delicioso paseo solitario, dando un premeditado rodeo por las pocas calles del pueblo para alargar la llegada a la Iglesia de Santa María, que atienden unos monjes. Es una joya del "románico pobre" del siglo XII y XIII, con aire viejo y destartalado, que formaba parte de un pequeño complejo de tres edificios monásticos hoy desaparecidos. Es uno de los pocos ejemplos románicos de la comarca y por lo que veo pasa desapercibida, da sensación de abandono, nadie se ha molestado ni siquiera en apañar los desconchados del mortero de cal de los muros. Nada más entrar te envuelve una atmosfera de paz y el cuerpo se alinea con la energía de este recóndito espacio. Tiene una sola nave acabada en un ábside semicircular, con cubierta de bóveda de cañón

ligeramente apuntada. Está dividida en varios tramos por arcos de refuerzo mal alineados que descargan en pilastras prismáticas adosadas al muro. En el primero de los tramos, el único románico intacto, se pueden ver dos arcos de medio punto en la galería ciega que poseía esta iglesia. Estos arcos están separados por una columna, y sus capiteles con decoración vegetal. Al parecer la propiedad de la Iglesia es de unos monjes alemanes que no se ponen de acuerdo con las autoridades porque no quieren que el turismo altere su función religiosa. No están dispuestos a priorizar el turismo sobre el culto, ni a cobrar por entrar; de ese conflicto debe venir su falta de rehabilitación, y a la vez mantiene integra su magia ancestral, que te transporta al medievo.

Me iba a poner a meditar y veo que entran varios monjes y unos cuantos peregrinos, justo van a comenzar unos cantos gregorianos, hoy voy a meditar arropada con melodías místicas. Solo cerrar los ojos y ya te viene una corriente de energía luminosa, un vendaval de luz, en nada parecido al sufrimiento de esta mañana. Al comenzar los cantos se armoniza todo el entorno, me siento envuelta en una nube de pura paz y amor, conectada con una realidad profunda que me llena de esperanza. No permito que ningún pensamiento altere ese estado, que por momentos me parece eterno.

Al acabar los cantos gregorianos abro los ojos y me parece estar en un paraíso de luz. En los bancos estaban unas copias con las letras de los cánticos en latín que algunos han seguido, traducidas a varios idiomas, y cuando los voy leyendo no tienen nada que ver con lo que he percibido. Son textos que recogen algunas expresiones muy duras, que rozan la crueldad:

"Día de ira aquel día en que los siglos serán reducidos a cenizas, como profetizó David con la Sibila".

"Cuánto terror habrá en el futuro cuando venga el Juez a exigirnos cuentas, rigurosamente"

"Rechazados ya los malditos, y entregados a las crueles llamas, llámame con los benditos"

"´Llámame con los benditos", y a los "pecadores" que les den. Me cuesta encajar esas frases en un lugar de culto, tan acogedor, lleno de energía que te llega de pleno al corazón. Deberían dejarse de traducciones, nadie entiende el latín y del gregoriano te quedarías con su armonía, su rítmica celestial y con la profundidad de la

vibración de las palabras cantadas.

Para finalizar el acto, un viejo monje nos da una bella bendición de peregrinos, que me llega con profundidad y siento con total autenticidad. Las piedras deben estar saturadas por la presencia de innumerables peregrinos que han abierto aquí sus almas y elevado sus oraciones durante siglos, lo que permite que los sentidos se reactiven y puedan captar con mayor facilidad estos mundos invisibles.

A la salida de la bendición coincido con Meike, la holandesa de ojos azulísimos. Estamos en el mismo albergue, las dos nos vamos paseando juntas hacia allí, sin decidirlo, casi no hablamos, como si no quisiéramos romper el hechizo de la iglesia románica. En el albergue, nos quedamos hablando en una de las mesas de la zona de desayunos, que tiene autoservicio para hacerse una tisana

—Los cantos gregorianos y la bendición han sido una grata sorpresa —dije, rompiendo el silencio, tirando otra vez de inglés—, y eso que no soy muy de cultos religiosos.

—Desde luego, es un lugar especial —siguió Meike, con un correcto y delicado inglés—, no hace falta la religión para conectar con el alma, todos somos espirituales, es una cuestión de sensibilidad y disposición hacia otros planos. Abrir el corazón y la mente, y meditar, está al alcance de quien desee explorar su esencia y la del mundo que le rodea. Creo que no te digo nada nuevo.

—Siempre va bien comentar esos estados —apunté—, no es fácil encontrar personas que sigan caminos de meditación. Hay aspectos que se te escapan y la comunicación con otras visiones te enriquece.

—Veo que haces sola el camino, como yo, y también tengo curiosidad por saber a qué te dedicas.

—Soy profesora de historia, y supongo que buscadora, alguien que trata de encontrar el sentido a la vida. El camino de Santiago es una interesante parcela de búsqueda, que al final siempre es interior, y en medio de un marco de belleza extraordinario. Soy casi una fanática del románico y el gótico, y amo la naturaleza, por lo que esta aventura del camino está siendo todo un descubrimiento. Y también me pierde la historia, estoy enfrascada en un estudio sobre la Tercera España en la guerra civil española, que me atrapa muchas noches antes de dormir.

—El camino me está desvelando cosas que desconocía de mí misma —continuó Meike—. También es una delicia permanente ir llegando a lugares preciosos con ricos patrimonios artísticos, y ese contrate especial entre la naturaleza y la vida de las gentes en pueblos y ciudades. Dicen que para muchos peregrinos hay un antes y un después de su peregrinación a Santiago, y creo que es por disponer de un recorrido mágico, y muchos días para interiorizar y depurar actitudes y hábitos enquistados. Ya te comenté que me dedicaba a la psicología, supongo que eso marca el prisma con el que enfoco el mundo.

—En el almuerzo comentaste que te dedicabas a la psicología, pero no estrictamente oficial, según he entendido, si lo quieres comentar, me interesan mucho esas nuevas líneas de investigación.

—Hay una amplia corriente científica, aunque muy cuestionada, que se sale de la psicología académica, y trata de descubrir otros acercamientos a nuestra realidad como seres humanos. Yo sigo una línea mixta, con base en la psicología esotérica y en otras ramas alternativas, con el denominador común de la existencia del alma, que es la piedra en la que tropieza la piscología dominante, que cree ser la dueña de la ciencia, y se cierra a todo lo que no se pueda ver y comprobar. Afortunadamente ese estrecho corsé se está rompiendo y aparecen mentes brillantes que están haciendo importantes aportaciones. Yo llevo unos años centrándome en las experiencias cercanas a la muerte, las ECM, ¿Has oído hablar de ellas?.

—Sí, lo conozco por algún artículo, pero no tengo una opinión formada.

—Hay cientos de casos publicados y muchas investigaciones serias. El trabajo científico tiene una base muy simple: se trata de profundizar en todos aquellos casos en que una persona ha fallecido, normalmente en un hospital, y se ha certificado su muerte clínica, y al cabo de un tiempo, que en algunos casos son horas, esa persona vuelve a la vida. No podemos obtener pruebas físicas de donde ha estado en ese periodo de muerte, pero si realizar una exhaustiva entrevista para que nos cuente el relato personal de lo que ha pasado. Y ahí viene la prueba científica, por la coincidencia de manifestaciones de lo que experimentan en los intervalos que están clínicamente muertos, sin la menor duda, con un electrocardiograma plano, sin respiración, ni reflejo alguno. Son personas

que no han tenido contacto entre sí, ni conocen ninguna información previa sobre el tema que les pueda condicionar. Se repite el mismo esquema en casi todos los casos con solo diferencias de matiz, aunque un 20% no tienen conciencia de lo que les ha pasado. Lo normal es que se acuerden siempre con todo detalle. Al morir se ven como se elevan sobre el cuerpo con sorpresa. Pasan a través de estructuras sólidas y de personas. No hay tiempo ni espacio. Contactan con otros seres de luz y parientes o amigos con fuertes vínculos que fallecieron antes que ellos. Ven al final la luz y un amor inmenso, imposible de describir. Ven su vida, pasado, presente y futuro, y el propósito con el que vinieron a la encarnación, y lo lejos que están de cumplirlo. La atracción de ese estado es tal que no quieren volver; seres de luz les dicen que tienen que regresar y les ayudan en su retorno. La reentrada suele ser brusca, no deseada, vuelven al plano físico y a sus limitaciones. Lo que han presenciado no son nada parecido a las alucinaciones. Son percepciones estables, ordenadas, y dejan un fuerte recuerdo, una huella imborrable. Esta experiencia marca su vida y les cambia la visión para siempre; cuando la comparten se sienten incomprendidos, dejan de contar su experiencia para que no les tomen por locos, pero se queda grabada al completo y la pueden detallar muchos años después.

Meike se detuvo, como para comprobar si estaba siendo pesada.

—Sigue, sigue —le dije—, no te cortó porque nunca me habían dado una explicación por parte de alguien que conoce las historias en primera persona. Lo que cuentas es liberador y un paso importante para entender el tema tabú de la muerte.

—Lo más sorprendente es como cambian las personas que han pasado por una ECM. Pierden el miedo a la muerte, han comprobado por sí mismas, con absoluta certeza, que morir es un paso de la conciencia a otra dimensión, mucho más auténtica, libre de la sufrida vida en encarnación física. Aprenden a ver en lugar de mirar, descubren la verdadera naturaleza humana. Se vuelven personas intuitivas y desapegadas. Vieron la trayectoria de su vida, no hay juicios, les dolió el daño que causaron y las cosas que deberían haber hecho y no hicieron, y que ahora tratan de paliar. Se vuelven espirituales, no necesariamente religiosas. Como ves me dedico a un tema apasionante, o al menos así es como yo lo vivo.

—Desde luego que es apasionante, nada menos que desvelar el

misterio de la muerte, eso tiene que dar, por fuerza, sentido a muchas cosas, y tantas evidencias aseguran que los testimonios son reales.

Estaba encantada de lo que estaba escuchando con un detallado trabajo científico. Me confirmaba algo que yo intuía sobre la muerte, y comprobarlo con explicaciones fundadas me llenaba de una sensación de libertad, el regocijo interno al saber que después de una azarosa existencia aguardaba una vida renovada y el encuentro con el verdadero sentido de la vida. Me vino la imagen de mi nefasta noche pasada, y le conté a Meike esa oscura experiencia para saber su opinión.

—Puede tener varias explicaciones. No creo que se trate de un espíritu maligno que va haciendo daño a los pobres mortales. Cuando el cuerpo muere, ya de forma definitiva, el alma vuelve a su plano, mientras que el cuerpo físico se desintegra, pero el cuerpo emocional y el mental tardan más tiempo en degradarse, quedan esos restos, como cascarones con cierta inercia propia. Para mí, la hipótesis más plausible, es que en esa habitación vivió y murió una persona muy apegada a la materia que se aferró hasta el último momento a ese espacio, haciendo más lento aún el proceso de disgregación de los cuerpos. La parasicología investiga contactos con seres que han pasado al otro lado, tu experiencia, que pondría la carne de gallina a cualquiera, creo que es sobre densidades que se resisten a reintegrarse con la tierra que las dio la vida.

A Meike le estaba entrando el sueño, lo veo en sus ojos, y ya he abusado de su paciencia. Ha sido una charla muy instructiva, y me siento mucho más tranquila sobre mi encuentro con el ectoplasma, o lo que fuera, y de paso también con el tema de la muerte, que todo humano tiene que aprender a encajar en su vida. Nos despedimos, con afecto verdadero, espero que volvamos a coincidir.

La habitación que me acogerá esta noche es antigua, rústica, muy bonita, con una puerta de madera tan vieja y desajustada, que deja pasar una brisa fría por debajo y por parte de los lados; gracias que tengo estufa eléctrica, este pueblo ya es de montaña y las noches siguen siendo frías, por mucha primavera que marque el calendario. Pero ya estoy entera, lo notó porque no me ataca el sueño, una buena excusa para retomar la Tablet y mi particular investigación sobre la Tercera España. Estoy cogiendo cariño a los

personajes honestos que mantienen la dignidad en la peor de las tormentas.

Esta noche me voy a centrar en **Antonio Machado**, y lo primero que me viene son sus famosos versos:

Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Podría haber dicho "españolitos", en plural, que acoge tanto el género masculino como femenino. Entonces a la mujer se la presuponía, como la madurez en los adultos, por no decir que se la obviaba. Me pregunto si Machado sabía o tenía en mente, algo sobre la Tercera España, puede que no lo pensara, pero si actuaba en esa línea.

Antonio Machado (1875-1939), fue un poeta que irradió poesía porque era parte esencial de su naturaleza. También fue profesor, comprometido con los idearios de la Institución Libre de Enseñanza de la que en tiempos fue destacado alumno, y participó en el proyecto de las Misiones Pedagógicas, acorde con su lucha a favor de la cultura rural. La obra y la biografía de Machado esté llena de interés, pero lo que busco está en sus decisiones como defensor de la democracia y de la República, no muy político, y consecuente hasta el final con sus ideas, demostrándolo en el periodo de guerra, que puso a prueba a todas las conciencias; como dijo el poeta: *"Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que au-dessus de la mêlée"*, (por encima del conflicto). Me interesa el espíritu de las buenas personas que anteponen los valores humanos y a la vez defienden con integridad lo que creen justo.

Siempre al lado del pueblo, Machado, manifestó a través de su personaje ficticio Juan de Mairena:

"La patria es en España un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la menta siquiera. Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta "la Marsellesa", la canta en español. Si algún día grita: ¡Viva Rusia!, pensad que la

Rusia de este grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios".

El devenir de la guerra fue un calvario para la sensibilidad de Machado, muy castigado a nivel físico y moral, sabedor, en el fondo y aunque no lo expresará, de que la guerra se iba perdiendo. No podía ser menos doloroso para alguien que pudo decir: *"Descubrí el secreto del mar meditando sobre una gota de rocío"* Salió de la Madrid acosada, primero hacia Rocafort (Valencia), y después a Barcelona, donde se alojó unos días en el Hotel Majestic Inglaterra del paseo de Gràcia. Incómodo con el lujo y el trajín de los corresponsales de prensa allí instalados, prefirió elegir para residir la abandonada Torre Castañer del paseo de Sant Gervasi, al pie del Tibidabo, de la que casi no salió en los ocho meses que estuvo en ella. Pese al dolor que arrastraba viendo como se iba destruyendo lo que la República habido comenzado a crear, y ante el panorama desolador que caía sobre España, no dudo en permanecer firme en la lucha con las únicas armas de que disponía: las palabras. Escribió sin parar a lo largo de la contienda, durante su estancia en Barcelona entre abril de 1938 y el 22 de enero de 1939; publicó una serie de artículos para *"La Vanguardia"*, bajo la denominación de *"Desde el mirador de la Guerra"*. El 3 de mayo de 1938 escribió:

"En tiempos de guerra es difícil pensar; porque el pensamiento es esencialmente amoroso y no polémico (....) Cierto que la guerra reduce el campo de nuestras razones, nos amputa violentamente todas aquellas en que se afincan nuestros adversarios, pero nos obliga a ahondar en las nuestras, no sólo a pulirlas y aguzarlas para convertirlas en proyectiles eficaces. De otro modo, ¿qué razón habría para que los llamados intelectuales tuvieran una labor específicamente suya que realizar en tiempos de guerra?".

En esa serie de artículos expresó su indignación con la actitud hipócrita y el comportamiento cobarde de Francia e Inglaterra especialmente, del primer ministro británico, Neville Chamberlain, para con la República, haciendo el avestruz ante la proximidad de una guerra mundial. El 14 de abril de 1938 escribió:

"La guerra grande, la guerra contra las democracias de Occidente, por razones más de estrategia que de política, ha comenzado con la guerra de España".

Y el 10 de noviembre de 1038:

"Nuestros enemigos, respondo, son aquellos que están en la propia Inglaterra, no sólo contribuyendo a nuestra asfixia, sino comprometiendo su propia democracia y su Imperio —su Imperio democrático o su democracia imperial— por salvar sus intereses sin patria de la alta banca."

Machado supo distinguir entre los pueblos italiano y alemán y sus dirigentes. El 21 de noviembre de 1938, lo manifestó en *"El ejército del Pueblo"*:

"No luchamos ni contra la Alemania de Einstein, ni contra la Italia de Benedetto Croce, sino —digámoslo con toda pompa— contra dos grandes potencias totalitarias, quiero decir, contra la morralla de dos grandes pueblos agavillada por Hitler y Mussolini".

Machado eligió defender la incipiente democracia española, con la confianza de que la República llegara a superar sus imperfecciones y los muchos obstáculos que tenía que afrontar. No se desentendió, ni se ocultó con cualquier excusa, dio la cara, expuso su nombre, su carrera y su prestigio en aras de un bien mayor. Cuando una sociedad se rompe, los valientes tratan de reconstruirla, no son capaces de permanecer impasibles, y en 1936 se estaba con la democracia o contra ella, al margen de tomarse decisiones personales bien intencionadas, pero erróneas.

La muerte de Unamuno en diciembre de 1936, debió impactarle, escribió, aunque puede que sin conocer los sucesos del 12 de octubre, y sin dejarse llevar por las descalificaciones o los linchamientos personales del momento:

"Señalemos hoy que Unamuno ha muerto repentinamente, como el que muere en la guerra. ¿Contra quién? Quizá contra sí mismo; acaso también, aunque muchos no lo crean, contra los hombres que han vendido a España y traicionado a su pueblo. ¿Contra el pueblo mismo? No lo he creído nunca y no lo creeré jamás".

Me fijo en textos que reflejan su ideario personal y su idea de España:

"Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo. Mi vida está hecha más de resignación que de rebeldía; pero de cuando en cuando siento impulsos batallado-

res que coinciden con optimismos momentáneos de los cuales me arrepiento y sonrojo a poco indefectiblemente. Soy más autoinspectivo que observador y comprendo la injusticia de señalar en el vecino lo que noto en mí mismo. Mi pensamiento está generalmente ocupado por lo que llama Kant conflictos de las ideas trascendentales y busco en la poesía un alivio a esta ingrata faena. En el fondo soy creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible.

Y este otro en el que abre y expone aún más su pensamiento:

Creo que la mujer española alcanza una virtud insuperable y que la decadencia de España depende del predominio de la mujer y de su enorme superioridad sobre el varón. Me repugna la política donde veo el encanallamiento del campo por el influjo de la ciudad. Detesto al clero mundano que me parece otra degradación campesina. En general me agrada más lo popular que lo aristocrático social y más el campo que la ciudad. El problema nacional me parece irresoluble por falta de virilidad espiritual; pero creo que se debe luchar por el porvenir y crear una fe que no tenemos. Creo más útil la verdad que condena el presente, que la prudencia que salva lo actual a costa siempre de lo venidero. La fe en la vida y el dogma de la utilidad me parecen peligrosos y absurdos. Estimo oportuno combatir a la Iglesia católica y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y estoy convencido de que España morirá por asfixia espiritual si no rompe ese lazo de hierro. Para ello no hay más obstáculos que la hipocresía y la timidez. Ésta no es una cuestión de cultura —se puede ser muy culto y respetar lo ficticio y lo inmoral— sino de conciencia. La conciencia es anterior al alfabeto y al pan.

Decía Machado que: *"Para dialogar, preguntad primero; después… escuchad"*. En esta sencilla frase radica la resolución de todos los desacuerdos. Si fuéramos capaces de asimilar el profundo significado de estas palabras, no habría problema ni situación, personal o colectiva, que no supiéramos solucionar, crearíamos un mundo por ahora impensable.

El domingo 22 de enero de 1939, de madrugada, un coche oficial pasó a recoger al abatido poeta y a su familia para pasar a Francia, solo 72 horas antes de que las tropas franquistas entraran en Barcelona. A menos de un kilómetro de la frontera francesa, tendrán

que renunciar al coche, también se quedaron sus maletas al pie de una larga subida bajo la lluvia y el frío hasta la aduana francesa. Pasaron una noche en un vagón de la estación de Cerbère. Al día siguiente, tuvieron ayuda para ser trasladados en tren a Collioure (Francia), donde el grupo encontró un albergue en la tarde del 28 de enero, en el Hotel Bougnol-Quintana. Se quedaron esperando una ayuda que no llegaría a tiempo. Antonio Machado murió en la tarde del 22 de febrero de 1939, su madre murió solo tres días después. No llegaron a sufrir lo que les aguardaba a muchos republicanos en los horribles campos de concentración franceses, y tampoco el dolor del exilio continuado lejos del amado país atrapado en una infame dictadura de corte fascista. Una sencilla tumba en el cementerio de Cotlliure, mantiene vivo, en silencio y con austeridad, el triste recuerdo del final de un genial español.

Se me echa el sueño encima, sigilosamente. No me quiero despedir de este breve repaso sobre Machado sin uno de sus poemas, casi elegido al azar, si es que el azar existe: *"Sobre la tierra Amarga"*, perteneciente al libro *"Soledades. Galerías y otros poemas"*, un poemario nostálgico y sereno, del que dijo el poeta: *"dolor del tiempo fugitivo tintado con el soñar de los sueños"*:

Sobre la tierra amarga
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas
parques en flor y en sombra y en silencio;
criptas hondas, escalas sobre estrellas
retablos de esperanzas y recuerdos
Figurillas que pasan y sonríen
—juguetes melancólicos de viejo—;
imágenes amigas
a la vuelta florida del sendero
y quimeras rosadas
que hacen camino... lejos...

Junio de 1937. Poleñino.

Ya es junio, los días pasan rápido, parece que se atropellan entre ellos. Me sigue molestando el hombro, pero estoy recuperado y puedo hacer cualquier trabajo, y oficialmente dado de alta. Debería haber vuelto a las trincheras, me han pedido que me quede a echar una mano con los papeles del hospital, y les viene bien un traductor para los documentos que llegan de Inglaterra. Hago trabajo de oficina: registro, contabilidad, correspondencia, ya no me asustan los cambios, se han convertido en una constante en mi vida, no hubiera adivinado que valía para tantos cometidos.

Ahora duermo en uno de los grandes almacenes del hospital, en un espacio para personal de servicios, junto al cuarto de los heridos menos graves. Sigo enseñando a leer y a escribir, casi siempre al caer la tarde, hay un verdadero interés en aprender y es muy gratificante, veo progresos rápidos de compañeros que me tratan con cariño y respeto, y tenemos clases muy divertidas. Lo mejor es que me centra en mi vocación natural de profesor, para no perder el norte en estos tiempos tan acelerados y confusos.

Se está echando el calor, por estas tierras el verano llega sin avisar. Siempre se apuntan unos cuantos y se encuentra un hueco para ir a bañarse en un par de pozas estupendas del río Flumen, al que pusieron nombre los romanos y conserva intacto su latín de origen. Me motiva pensar en la cantidad de pueblos que se han bañado en estas aguas: iberos, romanos, musulmanes, gentes del medievo, supongo que mi amor por la historia lo tiñe todo de nostalgia, de pasados que imaginamos. Hoy el río baja rápido y crecido, turbio, ha perdido sus aguas transparentes por la tormenta de esta noche, habrá que conformarse con estar un rato sentados viendo pasar la corriente. Una mujer que venía del huerto se acercó a una orilla para lavar un manojo de cebollas tiernas, con tan mala suerte que tropezó y se cayó al agua que la arrastró a toda velocidad. Un miliciano no se lo pensó y se lanzó a sacarla, todos corrimos a ayudar, el hombre agarró a la mujer, y como pudo, a trompicones, la fue llevando hacia la orilla. Todo pasó muy deprisa, ayudamos a salir a la pobre mujer que se había dado un susto de muerte, y no sabía nadar. Si hubiera estado sola se habría ahogado. No acierto a comprender como viviendo al lado del río no ha aprendido a nadar, tal

vez estaría mal visto que las mujeres se bañaran, seguro que los hombres saben nadar todos. Vinieron varios vecinos del pueblo, la noticia había corrido, había volado. Daban las gracias al miliciano, estas situaciones van muy bien para estrechar lazos con la población, que ya de por sí es muy acogedora; aquí todo el mundo te abre las puertas de su casa y te ofrece lo que tiene, hace honor a la fama de hospitalarios de los aragoneses, y a la humildad de las gentes sencillas que dan sin pedir nada a cambio.

Siempre que puedo, cuando el hospital está tranquilo, me voy a dar un paseo por el pueblo y sus alrededores, me da igual solo que acompañado. Me gusta llegar hasta las huertas, al otro lado del río, y contemplar como van creciendo las plantas. La naturaleza está desbordante de vida: los árboles muestran su esplendor, después de estar acogotados durante meses, y los pájaros vuelan felices, o eso parece, ajenos a los conflictos de los humanos. Tan pronto te encuentras con un rebaño de ovejas y me paro a hablar con el pastor, para sorprenderme con la sencillez de las palabras pausadas y el sentido común, como veo acampada una familia de gitanos: un anciano haciendo cestas de mimbre, una mujer buscando piojos a un crio, y otros niños correteando, está claro que no es una etnia con problemas de esterilidad. Las casas del pueblo tienen vida propia, suelen estar las mujeres sentadas junto a las puertas, tejiendo, cosiendo o dando de comer a sus niños, con alguna gallina picoteando, o una mula que entra o sale confiada, por la misma puerta que sus dueños.

Nos ha caído como un mazazo la muerte del General Luckacs, un prestigioso militar húngaro, mientras preparaba una planificada ofensiva para romper las líneas defensivas de Huesca. Tenía mucha experiencia por su participación en la primera guerra mundial y en la revolución rusa, y había muchas esperanzas puestas en él. Había llegado al mando de un nutrido grupo de Brigadas Internacionales, y fue alcanzado por un obús de artillería en su vehículo personal, mientras inspeccionaba el frente, a cierta distancia, preparando el ataque, un golpe de suerte para los fascistas. Otro que no tomará café en la Huesca. Desde el comienzo del cerco de la ciudad se propagó un lema: “mañana tomaremos café en Huesca”, que había proclamado alegremente un general republicano al comienzo de la guerra cuando se tomó Siétamo, un pueblo cercano a la ciudad, y la

frase acabó convirtiéndose en broma entre los milicianos, a modo de coletilla humorística. La ofensiva se produjo igual, y ha durado varios días, los muertos se cuentan por cientos, y muchos más heridos, que desde esa zona no llegan hasta Poleñino, a más de treinta kilómetros, se atienden en los hospitales de sangre cercanos y se evacuan en tren hacia Lérida.

Junio está siendo un mes con muchos heridos. También en la Sierra de Alcubierre se han recrudecido las incursiones y los ataques por ambos bandos, y se nota por la afluencia de casos que llegan, muchos de ellos graves. Un desfile militar en el pueblo de Alcubierre, ha sido la gota que colma el vaso de la ingenuidad, un desastre. Lo han sabido los fascistas y han bombardeado con aviación, por lo que ha llegado una avalancha de heridos, y han continuado al día siguiente; además cuatro casas han sido destruidas con gente sepultada en su interior. Hay muchos nervios con los espías y los quintacolumnistas, una paranoia donde se ven traidores por todas partes y se mal interpretan las cosas, a la menor duda le puede costar el fusilamiento a cualquiera. Encima corren bulos y cuentos, como cuando dicen que se comunican entre ellos, sacando la mano para ver si llueve, simulando el saludo fascista; me cuesta creer en tonterías que no ayudan nada a la República, solo nos desprestigian y nos hacen parecer incompetentes. En cualquier caso, no es muy inteligente hacer un desfile tan cerca del frente y proclamarlo a los cuatro vientos, a algunos les cuesta mucho pensar.

Cada vez que viene un montón de heridos, hierven los ánimos y el nerviosismo, se les quiere atender a todos con rapidez y es imposible; el doctor Aguiló va de un lado a otro, dirigiendo y ordenándoles por su gravedad, y pasan rápido a los quirófanos, que no dan abasto, aunque se van incorporando otros cirujanos. Las enfermeras hacen un trabajo excelente, preparan y estabilizan a los más graves, funcionan como un equipo, con eficacia y precisión. Me dejan asombrado, en esas situaciones estamos todos activos, llevando material, trayendo lo que nos piden, y yo hasta vuelvo a hacer de camillero entre la sala de operaciones y las camas. Esas jornadas son agotadoras, mucho más para los que operan, que se mantienen despiertos a base de café.

Cuando entramos en Julio ya hace un calor insoportable, al que los hijos del pueblo parecen estar acostumbrados, aunque nadie se

mueve en las horas fuertes de sol hasta que baja el bochorno. Te pasas el día bebiendo, por suerte la casona del hospital tiene unas paredes muy gruesas y se mantiene una buena temperatura. Nunca he sabido soportar los calores, me aplanan y me dan sueño, al menos se respeta la hora de la siesta cuando no hay emergencias; me imagino que en las trincheras se estarán friendo, casi sin sombras y con escasez del agua que tanto cuesta transportar.

Han llegado una cincuentena de jinetes, ex miembros del POUM, que dicen haber abandonado a sus oficiales por fascistas y van a unirse a otro grupo republicano. Tienen una pinta que asusta: hombretones barbudos, de rasgos duros, con pañuelos atados a la cabeza, o con sombreros de paja, muy prácticos para protegerse del sol, y nada más. No se han aseado en semanas, van con la ropa sucia y polvorienta, igual aprovechan el río para ponerse al día. Las sillas de montar las tienen llenas de cosas: mantas, fusiles, zurrones, capotes de milicianos, garrafas y botas de vino, y llevan otros tantos caballos de carga, incluso con una ametralladora. Algunos llevan botas con espuelas, pero la mayoría va con las habituales alpargatas. Parece estar al mando un tipo con gafas redondas, también grandote, que justo le viene para pasar por intelectual. Buscaban sobre todo cervezas frescas, que no han encontrado, las restricciones llegan a todas partes, y algunos han entrado, invitados, en casas a comer y a beber. Después de un breve descanso han seguido su marcha, casi con la comida en la boca. La situación del POUM se ha complicado hasta límites inimaginables, acusados de colaborar con los fascistas, y se les ha ilegalizado, con la detención de sus dirigentes, entre ellos Julian Gorkin y Adreu Nin. Son las consecuencias de los sucesos de Barcelona que ha supuesto la caída del Gobierno de Largo Caballero y la salida de cuatro ministros anarquistas, con una clara influencia y poder de los comunistas en el bando republicano. Los anarquistas han tragado con lo del POUM, o no les ha quedado otro remedio, están perdiendo notoriedad en la guerra a marchas forzadas, no sé si son conscientes que los próximos serán ellos. Ahora temo por el devenir de la República, aunque no lo comento, estas disputas internas son una sangría y rompen la necesaria unidad frente a los sublevados. La revolución también se ve afectada, está siendo digerida lentamente. Prefiero no pensar y seguir el día a día, no se puede vivir eternamente preocupado.

La actividad con los papeles del hospital es continua, se registra cada caso que se atiende y se añaden algunas notas sobre el resultado de las intervenciones y las curas; algún día alguien se asombrara de lo que llegó a atender un pequeño equipo médico. Se lleva un control de las ayudas que vienen de Inglaterra y queda todo documentado; las aportan, en su mayor parte los trabajadores a través de los sindicatos. El Gobierno inglés se ha desentendido de la República Española, teme enfrentarse con Hitler, y no se da cuenta que aquí se está librando una guerra contra el fascismo que acabara extendiéndose por toda Europa. Cada vez tengo menos trabajo de traductor, las enfermeras van dominando el español, supongo que pronto volveré al frente. Ya no sé dónde debo estar, me gustaría que fuera en el lugar de mayor utilidad, aunque sea el más duro y peligroso; me siento un poco culpable de estar en este paraíso, comparado con las trincheras. Veo el futuro como se va oscureciendo, pero tengo muy claro que el peor de los finales para España es que gane la guerra la horda de militares y fascistas.

Se agradece salir a tomar el aire y dar un paseo; estar metido en una oficina me produce cierto agobio, no me acabo de acostumbrar. Siempre hay algo nuevo en lo que no me había fijado y me interesan las conversaciones con las gentes del lugar y con los milicianos. Se aprende mucho escuchando opiniones, anécdotas, historias personales, y de las conversaciones con los abuelos, curtidos de experiencia, en el banco del exterior de la iglesia, debajo de un árbol donde se juntan, y nunca hablan por hablar. En una de estas salidas me ha encantado ver una exposición con los trabajos de los niños de la Escuela, casi todos copias de cuadros famosos, que estaban muy logrados. Curiosamente los de las niñas eran los mejores, no me extraña nada, cuando sepamos valorar las capacidades de las mujeres y tomen puestos de responsabilidad van a cambiar el mundo; es uno de los potenciales que está despertando la República, aunque va a costar mucho cambiar las cabezas de muchos hombres y también de no pocas mujeres.

Por la noche va a haber una fiesta, que no se había anunciado hasta el mismo día para evitar alguna filtración. Se va a hacer baile detrás del hospital, algunos soldados están regando el suelo para evitar las polvaredas, ya hace unos cuantos días que no llueve. Tenemos la suerte de contar con una banda de músicos que to-

can bien los pasodobles. Han aparecido las chicas del pueblo muy bien arregladas y elegantes, con vestidos de colores, algunas son realmente guapas y no faltan jóvenes sacándolas a bailar; los milicianos compiten con los lugareños, sin disputas, todo son risas y bromas. No ha servido de mucho que se regara el suelo, al bailar se levanta polvo, que a nadie le importa. Hace una noche preciosa, no falta vino y cerveza, y se ve a la gente alegre, disfrutando, incluso los más mayores se marcan sus bailes, y los niños corren por todas partes, sin que nadie les pise. Necesitaba estar presente en una escena tan bella, es un enorme contraste con todo lo que voy viviendo en los últimos meses. Resulta extraño que una fiesta de verano sea una anomalía, cuando hasta hace poco era la seña de identidad de los pueblos. Añoró mi tierra, aunque me sienta entre hermanos, me da por la añoranza, algo tendrá que ver el vino y las cervezas, y están bien fresquitas, mañana habrá muchas resacas.

En poco tiempo Poleñino se ha vuelto irreconocible, han trasladado aquí el Estado Mayor de la zona, porque es un pueblo más seguro. Hay un tráfico continuo de coches, camiones y ruido por todas partes, con mucho movimiento de gentes. Los mandos han ocupado parte de la Iglesia, el Ayuntamiento y un almacén cercano al hospital, y han montado un polvorín para armas y municiones en lo que aquí llaman las "cuevetas de la ripa", unas cavidades profundas de piedra de arena, en un corte abrupto del terreno junto a un desnivel al lado del río, cerca del puente viejo, un lugar bien resguardado, imposible que le alcancen las bombas. Los fascistas se enteran rápido de todos los movimientos importantes, no han tardado en aparecer aviones de reconocimiento, que son pájaros de mal agüero de próximos bombardeos. Hay una notoria superioridad de los aviones nacionales, a pesar de que los chatos rusos son muy combativos; ya se disolvió la escuadrilla de las Alas Rojas del cercano aeródromo de Sariñena para destinar los aparatos a otros frentes.

El pueblo cuenta con tres refugios, un poco alejados entre sí, uno bajo la Iglesia, que es el que tenemos más cercano, otro en la ladera norte del río, y otro más pequeño junto a una casa en las afueras. Si suenan las sirenas no va a ser fácil que todo el mundo se pueda refugiar. Y como ya se esperaba llegó el primer bombardeo, esta vez por sorpresa, a media mañana, sin que diera tiempo a

dar aviso. Estaba dando un paseo por el pueblo y en un momento pasaron tres aviones soltando bombas desde cierta altura, ante el desconcierto de la gente que no sabía hacia donde correr. Se oyeron varias explosiones en las calles cercanas, cayó una bomba a unos cincuenta metros de mí, cerca del Ayuntamiento, y me quedé de piedra al ver a un miliciano correr y como la explosión le arrancó la cabeza, y dio varios pasos por inercia y se desplomó. Ver correr a alguien sin cabeza me dejó paralizado, temblando de la impresión. Todo fue muy rápido, los aviones no dieron una segunda pasada, una ametralladora antiaérea los disparaba desde el tejado de la Iglesia, debían saberlo, por eso volaban altos. Salía una nube de polvo de una calle cercana, me acerqué junto con otros vecinos a prestar ayuda. Había alcanzado a una casa de dos plantas, y se había derrumbado la fachada principal dejando al descubierto dos habitaciones superiores. En una de ellas estaban una abuela sentada en una silla junto a otro abuelo en una cama; el impacto les había cogido cuando la anciana atendía a su marido enfermo. Parecían estar bien, solo que no habían reaccionado, no me extraña. También habían quedado dañadas las casas de alrededor, pero sin alcanzar a nadie. Se movilizó mucha gente para ayudar. Todo había ocurrido muy rápido, se hizo un recuento de daños: solo un fallecido, el miliciano sin cabeza, la casa de los abuelos destruida, y otras tres bombas que no causaron casi daños: dos junto al puente nuevo del río y otra en las afueras del otro lado.

Después del bombardeo la vida continuó como si no pasara nada. Al rato las mujeres ya bajaban a lavar la ropa en la acequia de riego que rodea las huertas, y las que hacían trabajos de limpieza en el hospital bajaron al río con una lavadora móvil, una máquina vieja de hierro y madera, para lavar sabanas ensangrentadas y otros ropajes. Las cosas volvían a su sitio.

Al día siguiente sonaron las sirenas, esta vez con tiempo. Pudimos buscar refugio en la galería subterránea de debajo de la Iglesia, que tenía hasta alumbrado, unas cuantas bombillas de luz tenue y escasa, que languidecían cuando sonaba una explosión, como llevando el mismo ritmo que las bombas, que solo han caído en los extrarradios del pueblo. Al aparecer los chatos, que ya estaban sobre aviso, los aviones fascistas salieron pitando, y ha pasado el peligro, que en una guerra nunca sabes donde se presenta.

Los días van pasando, sin que ninguno sea igual a otro, la actividad del hospital no cesa, hoy reina un poco más de tranquilidad. Detrás de unos libros amontonados en un trastero de la casona ha aparecido una "güija": una tabla desgastada, con letras y números, para supuestamente establecer contacto con los espíritus. A finales de siglo estaba muy de moda hacer sesiones espiritistas usando este artefacto, sobre todo en las clases sociales acomodadas. Había oído hablar del tema, sin que me llamara la atención, ahora me picaba la curiosidad. Lo han traído a la oficina dos de los heridos en recuperación, junto con un librillo que explica su funcionamiento y que nos ponemos a ojear. Son dos jóvenes catalanes inquietos, muy interesados en saber como funciona.

La palabra güija viene de ouija, del francés "oui" (sí) y del alemán "ja" (sí). Todas tienen letras y números, la que tengo delante lleva las letras dispuestas en círculo y los números en el centro, con un "si" y un "no" en las esquinas superiores, arriba un "hola", y abajo, "no entiendo", y "adiós". El tablero ouija tiene como objetivo el contacto de las personas que participan con espíritus o "almas desencarnadas", y con personas fallecidas. Los tableros pueden tener un puntero movible, de forma generalmente triangular; también se puede utilizar un vaso vacío que se coloca boca abajo en mitad del tablero. Los participantes ponen sus dedos índices en el puntero o en el vaso, y se comienza la sesión con una pregunta y se espera a que el puntero o el vaso se mueva de una letra a otra formando palabras coherentes y frases. El libreto recomienda practicar las sesiones en una habitación en penumbra, iluminada por una vela, sin presencia de extraños que no se impliquen en la sesión.

En eso ha entrado Paco, el joven anarquista, que no se ha sorprendido de ver la guija.

—Vaya, la habéis encontrado, ya creíamos que no quedaban restos del antiguo espiritismo de la casa.

Al ver nuestra cara de sorpresa, continuó.

—Un antepasado reciente de la familia, que murió a principios de siglo, Antonio Torres Solanot, se dedicaba al estudio de lo paranormal, y llegó a ser el presidente de la Sociedad Espiritista Española. Fue un destacado librepensador, fundador del Diario del Alto Aragón, y participó en la revolución de 1868 en la provincia, y tras su fracaso, evolucionó hacia el espiritismo y la teosofía. Los Torres

Solanot fueron progresistas y republicanos a lo largo del siglo XIX, y Antonio recogió esa tradición liberal. Es hiriente que su descendiente actual haya sido fusilado, contradicciones de la guerra. Por lo que se dice, Antonio tuvo problemas con la Iglesia que consideraba al tablero como una herramienta para dar paso a entidades sobrenaturales malignas del más allá, que pueden causar daño a los que participan en las sesiones, y son contrarias al respeto debido a Dios.

—Por lo que cuentas —comenté—, es muy probable que también perteneciera a la masonería.

—De eso no hay datos —apuntó Paco—, si lo fue, lo llevaría en absoluto secreto.

—¿Qué es la masonería?, que tanto interés tienen los fascistas en eliminar—, preguntó uno de los jóvenes.

—Es una sociedad universal —contesté—, que en principio fue secreta, se organiza en logias, y tiene carácter filantrópico e iniciático. Practican y buscan la verdad, el conocimiento de sí mismo, y la transmiten directamente entre sus miembros, con una convivencia fraternal y mutuamente enriquecedora entre diferentes sensibilidades y perspectivas, religiosas, políticas, étnicas, sin que vayan en contra de ningún gobierno sea de izquierdas o de derechas. Esa apertura a las diferencias es siempre sospechosa para las posiciones ideológicas absolutas y totalitarias, que las ven como un riesgo a su poder. Franco es uno de sus enemigos más fanático, una de sus obsesiones de dictador. No sé mucho más del tema, pero tengo amigos masones que son excelentes personas

Paco salió a hacer sus cosas, siempre atareado. Nos quedamos mirándonos, con la güija en medio, y no tardó en salir la propuesta que debía estar en la mente de todos: esta noche haríamos una sesión de espiritismo, el sitio no podía ser más adecuado, seguro que ya se habían hecho muchas sesiones de güija, y con los muertos del hospital, la casa debía estar llena de espíritus.

Buscamos un lugar discreto y recogido dentro de la casona, una habitación interior que se usaba ocasionalmente para dejar material sanitario, y que tenía una mesa y varias sillas. Al final, nos hemos juntado un grupo heterogéneo, estoy con los dos jóvenes catalanes, Pau y Andreu, otro no tan joven, de un pueblo cercano, Manuel, los tres prácticamente curados de sus heridas y a punto

de volver a la lucha, y con Paulino, el cocinero, que nos ha visto meternos en el cuarto, y le ha costado poco dejarse convencer para participar.

Colocamos la güija en el centro de la mesa con los cinco sentados alrededor, y un par de velas de iluminación. El ambiente de penumbra daba respeto, nadie decía nada. Pusimos un vaso en el centro del tablero y apoyamos el dedo índice. Pau tomó la iniciativa, ante el silencio expectante.

—Si estás aquí, manifiéstate.

No pasaba nada, solo nuestros ojos bien abiertos y la respiración comedida. Pau continuó:

—Hay algún espíritu aquí.

Ante nuestra absoluta sorpresa, el vaso se movió lentamente hacia el *"sí"*; nos miramos intrigados, como preguntándonos si alguien estaba gastándonos una broma.

—¿Has muerto en esta guerra?— preguntó de nuevo Pau.

El vaso se movió de nuevo hacia el *"no"*.

—¿Sabes algo del Jordi?—preguntó Pau—, mi amigo que murió en este hospital hace tres semanas.

El vaso se movió muy deprisa, y yo iba montando con palabras en voz alta lo que iban marcando las letras. La respuesta era: *"Jordi te manda saludos, dice que aquí no le hacen falta las piernas"*.

—Joder —dijo Pau, visiblemente alterado—, a Jordi le explotó una granada y le dejo sin piernas.

Ahora estábamos todos nerviosos, con miradas furtivas a la habitación, como si algún fantasma se podría dejar ver. La sensación de que no estábamos solos era muy evidente, además se notaba el ambiente sobrecargado, denso, hasta costaba respirar.

El vaso siguió moviéndose, sin preguntas: *"Jordi te pide que le des un abrazo a su hermana Nuria cuando la veas, pero que ni se te ocurra tocarla"*.

—Jodeeeer —Volvió a decir Pau, aun mas alterado—, se llama así, y siempre andamos tonteando.

Nos contagió su inquietud y todos quitamos los dedos del vaso, como un acto reflejo. En ese momento, el vaso se movió solo, hizo un giro corto y se paró, dejándonos aún más descolocados.

—Volver a poner los dedos —dijo Manuel, y cuando los pusimos añadió— ¿Vamos a ganar a la guerra?.

El vaso no se movía.

—¿Vamos a ganar a la guerra? —insistió Manuel—, ¿Va a ser este año?.

Se volvió a mover el vaso, esta vez lentamente, y dejó su nuevo mensaje: *"No la vais a ganar, vais a morir todos en ella, menos uno"*.

Me recorrió un escalofrío instantáneo, y algo parecido debió pasarles a los demás. Soltamos de golpe los dedos del vaso. Me costaba creer en los espíritus, y estaba de observador intentando tener la mente abierta, pero que los espíritus conocieran el futuro, para mí era demasiado. No creo que nadie moviera el vaso intencionadamente, puede que fuera cosa de nuestros inconscientes, pero se nos estaba metiendo el miedo en el cuerpo.

—Esto no tiene ninguna gracia—saltó Paulino, el cocinero, que había permanecido impasible—. Este juego es peligroso, yo no quiero saber lo que va a pasar, ahora no voy a poder dormir tranquilo.

Estaba claro que ninguno queríamos seguir.

—No sé si existen los espíritus —dije, intentando racionalizar la situación—, todo esto es muy extraño Si en realidad existen, pertenecen a otro mundo, así que lo mejor será dejarlos en paz, nosotros ya tenemos suficientes problemas como para ir por ahí montándonos historias.

—Muy bien Julián—apuntó Paulino—, la cabeza esta para pensar, y esto será mejor no contarlo, o se van a reír de nosotros hasta hartarse.

Recogimos la güija y la dejamos donde había aparecido. Pau seguía impactado, su compañero Andreu se reía para quitarle hierro a la cosa, diciéndole:

—Ahora, cuando te encuentres con la hermana de Jordi, no te vas a atrever a echarle los tejos.

Las risas de todos relajaron la tensión. Nos despedimos, haciendo voto de silencio, que seguramente no se cumpliría, este tipo de cosas las sabe todo el mundo como por arte de magia.

Me costó coger el sueño, y me despertaba cada dos por tres. La sola idea de los espíritus pululando por la noche me tenía en vilo. Al final decidí olvidarme del asunto, es una tontería temer a los muertos, ya tenemos suficiente con temer a los vivos.

Por la mañana han venido reclutando soldados para fortalecer

posiciones en el frente. Estoy totalmente recuperado, y aquí ya no soy tan necesario, el grupo que llevaba para enseñar a leer y a escribir está muy avanzado. Volveré a primera línea esta misma tarde, y me espera el puesto de camillero, ahora con experiencia propia, como si el paso por el hospital me hubiera ampliado la formación sanitaria. No me va a costar recoger mis cosas, tengo algo de ropa en buen estado, y una mano delante y otra atrás, como suele decirse. Para vivir en las trincheras tampoco necesitaré mucho, escasamente la manta por la noche para protegerme de los guijarros y los bichos, ya no hará los calores tan fuertes como a primeros de julio.

Voy a dar un paseo de despedida por Poleñino, y a la escuela a devolver el material que me habían facilitado para mis clases. Hay un montón de niños y niñas, puede que más de cuarenta, en un edificio acondicionado de las afueras del pueblo, que debió ser antes un almacén. La maestra me recibe sonriente.

—Hola, te acuerdas de mí, vengo a devolverte el material que me dejaste para enseñar. Muchas gracias, ha sido muy útil.

—Claro que me acuerdo, Julián. Me alegro que os haya servido. Que bien me vienes, si no te importa ¿Puedes echar un ojo a los críos mientras me ausento un rato para hacer un recado?, me es muy urgente. Van a salir al recreo, no te darán mucho mal.

—No hay problema, no tengo otra cosa que hacer.

—Solo te pido que tengas cuidado con ese niño rubio, tiene seis años, vino hace unas semanas con su madre huyendo de Zaragoza, vio como mataban a su padre al comienzo de la guerra, y desde entonces no habla. No juega, ni participa en nada, por eso hay que estar pendiente, también de que los otros niños no le incordien. Se llama Ramón.

—Puedes irte tranquila, yo me encargo.

Salieron todos al recreo en una era junto a la escuela, manteniendo el orden hasta que se vieron fuera y se lanzaron a correr y a jugar. Ramón se quedó a la puerta del edificio, sentado en un largo escalón. Me senté a su lado sonriéndole, no se movió, me miró a los ojos, con una mirada profunda y potente, y sostuvimos un momento las miradas, y enseguida se le relajó la cara. Es como si me hubiera hecho un examen interno para saber si era un peligro para él, y creo que lo había pasado. Cogí una piedrecilla del suelo.

—Mira Ramón, la voy a ir pasando de mano y tienes que adivi-

nar cuando las cierre en que mano se ha quedado.

Pasé la piedra por las manos, cerrando y abriendo los puños, cada vez más deprisa, y las cerré de golpe moviéndolas para despistar. Me había seguido los movimientos solo con los ojos, sin mover la cabeza. Me tocó una mano y acertó. Se acercaron siete u ocho niños y niñas a mirar, haciendo un círculo alrededor. Repetí la operación, ahora intentando hacerlo lo más rápido que pude, y cerré los puños. Acertó de nuevo, y así otras dos veces, y cada vez que acertaba, sonreía. El grupito de niños que tenía alrededor también estaban muy atentos, no debían tener muchas visitas para jugar con ellos.

—Os voy a proponer otro juego divertido. Se trata de imitar animales. Uno dice el animal y todos lo imitamos a la vez, pero haciéndolo bien, no a lo loco. Vamos por turno como las agujas del reloj.

Uno dijo perro, y todos se pusieron a ladrar, como una jauría, muertos de risa. Una niña dijo gato, y salieron los sonidos de gatos más increíbles. Otro dijo cerdo, y aquí se montó una pocilga en toda regla, ante el delirio de los niños. Casi todo el recreo se había acercado a compartir las risas. A otro se le ocurrió decir oveja, y parecía que se había soltado un rebaño. Me pareció oír la voz de Ramón, que también se reía. La situación se me iba de las manos, les estaba alterando mucho, tenía que calmar los ánimos.

—Ahora cambiamos un poco el juego—dije—, uno imita a un animal y hay que adivinarlo, a ver si sabéis imitar animales difíciles.

Y comenzó un repertorio sorprendente de sonidos de animales, que hubieran pasado por auténticos. El león, la perdiz, el burro, la lechuza, el pato, la rana, todos lo acertaban y se ponían también a imitar el sonido, con las risas generales.

—Me toca a mí—intervine, intentando imitar el relincho de un caballo, y me salió fatal, parecía el chirrido de un tren al frenar. Inmediatamente sonó:

—Caballo—lo había dicho Ramón.

Nos quedamos todos cortados. El primer sorprendido era el propio Ramón. Otro niño imitó a un lobo, y todos dijeron "lobo", también Ramón, y bien alto, y los niños volvieron a quedarse callados, contemplándole, hasta que uno dijo: "Ramón ya habla", ante un griterío de celebración.

Que escena tan preciosa, los niños felices al ver a su compañero salir de su agujero, esto era una verdadera atmosfera de amor.

Volvió la maestra, inquieta, porque los niños estaban muy revolucionados. “Ramón habla”, “Ramón habla”, la decían al llegar. Se acercó al niño y le pregunto:

—Ramón ¿Estas bien?.

—Si—contestó sonriendo, estaba encantando, había roto su hechizo.

—Que alguien vaya a avisar a su madre—pidió la maestra—, se va a llevar una grata sorpresa, ya se la merece después de lo que ha sufrido.

Los niños entraron al aula rodeando a Ramón, que era el nuevo héroe escolar, y hablaba sin parar, aunque con palabras cortas, tendría que volver a coger la costumbre. Me quedé en la puerta con la maestra que me miraba como a un ser extraño:

—No me lo puedo creer, hemos intentado todo para lograr que hable, no sé lo que has hecho, pero seguro que tienes un “don” con los niños, cuando venga su madre va a alucinar.

Le explique el juego que estábamos haciendo, puede que Ramón solo necesitará un empujón para vencer el miedo y romper su bloqueo, en una compañía entrañable, con cariño y compañerismo.

Creía que los niños no eran lo mío, no tengo la menor experiencia en tratarles, solo teoría, y lo que he visto con el método Freinet. Igual no es tan diferente como enseñar adultos, que en su mayoría también son jóvenes. Creo que la clave está en educar en libertad, con respeto hacia el alumno, del que siempre hay algo que aprender, y dejar de intentar meter nuestros esquemas e ideologías y decidan por sí mismos su camino. Espero que les dejemos un país a su altura, a su continua motivación por aprender y descubrir el mundo.

Llegó la madre y nada más entrar Ramón la dijo “mama” y la mujer se echó a llorar abrazándole; el resto de la escuela estaba en silencio, a algunos niños se les escapaban las lágrimas. La maestra le contó lo que había pasado, y no paró de darme las gracias.

Que forma más bella de despedirme de Poleñino, con este ambiente de felicidad. Me encantaría poder volver de visita cuando acabe la guerra.

****

Vuelvo a la esencia de mi verdadero ser, con una desbordante percepción de libertad, con total ausencia de emociones, que contrasta con el aprisionamiento de la vida en la forma. La infinita armonía de este espacio sacude de golpe las limitaciones del otro lado.

Visualizo la certeza de estar en un aprendizaje, en una escuela espiritual, a la que solo tiene acceso el alma, y la personalidad no puede entrar, ni recoger el recuerdo de lo vivido. Tiene lugar durante el sueño profundo de mis vehículos, generalmente entre las diez de la noche a las cinco de la mañana en coordenadas de tiempo físico, que aquí no tienen sentido, y en sesiones de enseñanza impartidas por seres encarnados y desencarnados, de distintos grados, más avanzados de lo que permite abarcar mi conciencia. No se plantea, ni se cuestiona la autoridad del maestro, ni el grado de los instructores. Hay una jerarquía basada en el nivel evolutivo. Asumo que solo se puede enseñar aquello que se ha experimentado e integrado en el Ser. Es una jerarquía que aún no acabo de comprender y encajarlo con el culto a la democracia de mi vida física.

—Es una Jerarquía de sabiduría. La unidad en el plano del alma es absoluta. Es un todo sintético que iras poco a poco asimilando. No son posibles personalismos, no se impone autoridad alguna. Hay disponibilidad permanente para el servicio, compartida en amor, luz y armonía.

La enseñanza se transmite en cadena, cada uno es maestro para quien no ha alcanzado aún su nivel de conocimiento y sabiduría, y a todos se les conoce por el brillo de su luz. La luz es vibración. En encarnación, cuanto más elevada es la materia de los cuerpos, más brilla la luz interna, la presencia del alma.

No existen verdaderas democracias en la tierra. Aún las más avanzadas están llenas de espejismos, manipulaciones y egoísmos, que van en sintonía con el actual estado evolutivo de la humanidad. La democracia es un concepto de gobierno de países de corte occidental, en experimentación, que no es por ahora aplicable a otros países del planeta con mínimas garantías, hay ejemplos recientes que lo demuestran.

Mi atención se dirige al sentido de visionar el Registro Akáshico, de una reencarnación en particular.

La voz y la presencia de mi maestro, siempre dispuesta, desvela dudas y preguntas.

—Estas aprendiendo el uso del Registro Akáshico que, en tu caso, es particularmente interesante para integrar lecciones pendientes de asimilar sobre la guerra civil española, en coordinación con los intentos de tu personalidad para converger en un punto de resolución. La personalidad esta llamada a sincronizarse con la voluntad del alma.

Aquí no existe el dilema entre Ser o no ser. El "Ser" es el alma, y su proyección de evolución espiritual. El "no ser" es la personalidad perecedera, el pequeño yo.

Cuando me pregunto ¿Quién soy yo?, no encuentro salida. No sería más natural obtener respuesta.

—Si la conciencia cerebral se pregunta, de manera honesta, ¿Quién soy yo?, generará cientos de respuestas de lo que no soy. El yo con un nombre, o con un determinado trabajo, de una nacionalidad, raza, sexo o color, el que siente o piensa esto o aquello, aspectos de identificación con los vehículos, no con el Ser.

La respuesta a quién soy yo es de naturaleza espiritual. No está al alcance de la mente concreta, que se refleja con facilidad en mil caras de falsos yos. Sólo con el cerebro no se puede responder. Si estás unificado con el Ser no necesitas hacer esa pregunta.

¿Puede considerarse verdadera vida, a vivir sin tener conciencia de Ser?.

—Puedes no tener conciencia de "Ser", pero existes, y en el plano de la forma existe también cuerpo, mente y espíritu. La clave está en ajustar los niveles de conciencia.

No saber quién eres, no debe ser motivo de frustración. Se puede vivir con un poco de locura. Intentar descubrirlo es un primer paso, una llamada a las puertas del alma. Bastaría comprender que solo el alma es perfecta. No son un drama las imperfecciones

de la personalidad. Somos mucho más que unas pobres limitaciones.

Ser lo que eres, es simplemente ser lo que eres, sin seguir ni imitar a nadie, porque nadie es igual a otro. Ninguna persona puede ser la copia de otra. Si asumimos una personalidad ajena, o cualquier modelo de personalidad, crearemos una barrera, una distancia, entre nuestra propia personalidad y el alma.

No hay nada que lograr, nada que temer, basta con confiar y seguir caminando. A su debido tiempo se despejará el velo que oculta la realidad, tan solo presentida. El camino hacia la conciencia del Ser es progresivo, no puede recorrerse en un instante.

Parece una carrera de impedimentos y dificultades cuyo fin no se vislumbra.

—Para ser quienes somos hay que salvar obstáculos ocultos. El condicionamiento es el principal de todos. Desde que se nace, a través de la educación, de la influencia de otros alrededor, y de la cultura en la que se vive, una continua corriente de comportamientos, ideas, y creencias, trata de moldear a la conciencia limpia que se ha encarnado. Unos a otros se condicionan entre sí, sobre todo a los niños que se intenta educar. Es un gran logro educar sin condicionar.

Estar condicionado es estar apegado, al cuerpo, a las emociones y pensamientos. Así no se pueden ver otros horizontes dónde situar la atención y la conciencia.

Descondicionarse a sí mismo es un proceso que lleva un continuo trabajo, un paso inevitable para llegar a ser quién eres.

Hasta no tener plena conciencia de Ser, ¿Es posible experimentar el verdadero Ser?.

—El Ser puede ser experimentado en cualquier nivel. Sea cual sea el punto en el que te encuentres, la experiencia de Ser puede ser directa. Solo ha de estar libre del condicionamiento, del pensamiento concreto y del temor.

Ser quién eres es todo lo que hay que hacer. Eres lo que eres y ocurre lo que ocurre y "todo está bien", es el escenario perfecto,

el campo de aprendizaje al que te ha llevado tu dharma. No hay necesidad de escapar.

Al ser lo que somos todo cobra sentido, el mundo se reordena, renace la armonía y la capacidad de afrontar la vida con sentido común. Cuando intentas ser lo que eres, experimentas quién eres, y muchas preguntas encuentran su silenciosa respuesta.

Un fuerte tirón reclama mi presencia en otra dimensión.

XI. Camino de Santiago. O Cebreiro.

A punto de amanecer comienza una nueva jornada que se presenta muy atractiva, en un recorrido montañoso con abundante naturaleza y estupendas vistas. Para empezar, una rápida subida a un puerto de montaña que abre las puertas a la Comarca del Bierzo, descubriendo un día espléndido, despejado y sin viento, todo un lujo, que se completa con un buen desayuno en una taberna de Foncebadón, un pequeño pueblo que se abandonó a finales de los 60 y principios de los setenta, en el éxodo por la pobreza de aquellos años, y que ha vuelto a la vida en la última década del siglo XX por el resurgir del camino de Santiago. Tiene tres albergues, y una taberna, y unas pocas casas rescatadas de su abandono, a lo largo de su única calle. Aún quedan las ruinas del antiguo hospital a las afueras del pueblo, cuyos orígenes se remontan al medievo cuando el pueblo llegó a tener dos hospitales, dos hospederías y un convento.

Dos kilómetros más de subida y coronaré la cima del puerto. Hay momentos que me siento una privilegiada por poder caminar en parajes tan bellos, sin tener que estar pendiente de ninguna otra actividad, ni trabajo, ni relaciones sociales, ni nada de nada, solo seguir hacia adelante dejándome sorprender por cada escena que se abre a mi paso.

Y justo en lo más alto del Monte Irago, se erige majestuosa la Cruz de Ferro, sobre un antiguo templo romano al Dios Mercurio, todo un hito del camino. Es un recio y tosco tronco de roble clavado en la tierra que se alza hacia el cielo a más de cinco metros, coronado por una sencilla cruz de hierro, réplica de la original conservada en el Museo de los Caminos de Astorga, que hubo que proteger de su robo. En su base, con el paso de los años, se ha ido formando un gran montículo de piedras dejadas por peregrinos. La tradición era lanzar una piedra, traída del lugar de origen del caminante, de espaldas a la cruz para simbolizar que se ha dejado atrás el puerto. Yo dudo que ningún peregrino cargue con una piedra desde su lugar de origen, con lo caro que se vende el peso en la mochila, lo normal debe ser que se coja una piedra de los alrededores y se cumpla con la leyenda.

Ahora va a ser todo bajada hasta Ponferrada, rodeada de vistas

espectaculares y una rica fauna y flora. En estos montes abundan corzos, venados, jabalís, zorros, y ardillas que me encantaría ver, son unos animalitos sigilosos llenos de soltura, que inspiran amor. También se dice que puede haber algún lobo, que rara vez se deja avistar. Lo que si se observa es una gran cantidad de aves, con buitres a lo lejos, y puede que algún águila. Hay una buena muestra de especies arbóreas, de enebro, abedul, haya, roble, y algún pinar de repoblación, en medio de matorrales y una amplia variedad de plantas y hierbas. La primavera llena la atmosfera de olores y fragancias, que despiertan los sentidos y te hacen participar de su belleza. Me siento parte de la naturaleza, es una sensación que me gustaría no perder en todo el día.

El descenso es prolongado y a veces empinado, pedregoso, y con muchos espacios de tierra erosionada, que con lluvia se debe convertir en un barrizal. Es mucho más duro que la subida, las piernas sufren un motón, hay que tener mucho cuidado en no coger velocidad. Nunca aciertas con lo que te va a ocurrir, aunque lo estés viendo venir; esperaba que la bajada fuera un paseo descansado, y es todo lo contrario: un sufrido esfuerzo. Me tengo que ir parando cada poco rato para recuperar piernas, y que no se me tensen para evitar hacerme alguna lesión.

Después de una bajada eterna, pisando piedras, intentando no resbalar y cuidando de no torcerme el tobillo, ya se deja ver Ponferrada. La etapa ha sido larga y se me ha hincado, más de veinte kilómetros cara abajo, además de la subida, acabo con los pies doloridos, sobre todo los dedos, y con agujetas en las bolas de las piernas de tanto ir frenando. La ruta, a pesar de su dureza, es de una belleza única, y con eso me voy a quedar.

Me animo a alojarme en el albergue parroquial, que será el más concurrido. Cuando es de donativo y con hospitaleros voluntarios, no me importa estar con muchos peregrinos, lo compensa con creces el trato sincero y cariñoso con el que te sientes acogida y arropada. Una buena ducha, algo de comer, y con energías recuperadas, aún hay tiempo de conocer el lugar. Ponferrada es una villa llena de historia; digo villa y no ciudad por respeto a su amplio patrimonio, pero tiene 65.000 habitantes. Siempre que hay tanto por ver no queda otro remedio que elegir; si se abarca más de la cuenta no se aprecia en condiciones. Me quedo con su castillo templario.

Es una de las fortalezas más grandes y relevantes que los caballeros templarios tenían en Europa, que se alza sobre una colina en la confluencia de los ríos Boeza y Sil. Sus orígenes datan del año 884 cuando Alfonso III El Magno lo construyó sobre un asentamiento que fue primero celta, luego romano y posteriormente visigodo, arrasado durante la invasión musulmana. Su esplendor lo alcanzó en 1178, con su cesión por Fernando I a la Orden del Temple. El recinto del castillo tiene forma de polígono irregular, se distinguen dos partes diferenciadas: la parte norte, del siglo XII, y el resto, construido a lo largo del siglo XV, con algunas obras realizadas en los siglos XIX y XX. La entrada se realiza entre dos torreones unidos por un arco de medio punto, a través de un puente levadizo rodeado de un foso que en tiempos debió ser el cauce fluvial de los ríos; en mitad del arco se haya grabada la Tau, una de las cruces de la Orden del Temple. En el interior existe un grupo de fortificaciones de origen templario, con los restos de una barbacana, una estructura defensiva medieval que servía como soporte al muro de contorno o a cualquier torre o fortificación, adelantada y aislada, que da acceso a otras torres y espacios, o lo que queda de ellos. Hay restos perimetrales de construcciones circulares que se presumen prerromanas.

Al pasar por la ronda alta encontramos dos torres con veladores que reciben el nombre “de los azulejos” y “del cenador alto”. Estas dependencias fueron levantadas por el primer Conde de Lemos y su primera mujer, Doña Beatriz de Castro, y allí se han acometido obras de rehabilitación en 1994, para crear la actual Biblioteca Templaria y Centro de Estudios Históricos, que acoge una importante colección de libros medievales, facsímiles y obras antiguas, completando la colección con los libros expuestos en la exposición permanente “Templum Libri”. Esta parte del edificio está organizada en varias alturas, con corredores y galerías. Lo que antiguamente fueran aposentos señoriales hoy son lugares para la lectura y espacios para la investigación. Vamos progresando, cuando te llega el bajón por lo lenta que va la evolución de la humanidad, viene muy bien tirar de la historia y comprobar que cualquier tiempo pasado no fue mejor, salvo las excepciones que confirman la regla.

El peso del día se me va echando encima. Ya en el albergue busco un rincón para escribir unas notas en mi cuaderno. A veces siento

el impulso de coger un bolígrafo y un papel y comenzar a plasmar palabras y frases, sin ninguna idea predeterminada. Cierro los ojos y veo paisajes, nubes, árboles, montañas, infinidad de tonos ocres, verdes y grises. He tenido una conexión muy especial con la naturaleza, me he sentido unida a la tierra y a los cielos, como nunca había percibido. El bolígrafo se dispara sin preguntar, ansioso por crear y grabar la corriente de energía que le llega por los dedos:

Hoy ha hecho un día precioso, soleado, sin viento, de los que apetece sentarse a dejar que te acaricie la suave brisa, con absoluta tranquilidad. Es en momentos así, como puedes sentir la naturaleza y establecer un nexo de unión, dejar de ser espectadora pasiva, y pasar a ser parte de ella, ser una con ella. Somos naturaleza, nos lo dice la ciencia y el sentido común, respiramos su aire sin descanso, nos nutrimos de ella, estamos hechos de los mismos elementos, caminamos juntos, y sin embargo perdemos la conexión a la menor interferencia. Es este puñetero sentido de ser una misma, generalmente exacerbado, que nos roba sigiloso la genuina sensación de libertad, que descubres cuando saltas más allá y superas la tendencia a la separatividad, esa percepción de la individualidad que nos hace creer que no pertenecemos a nuestro alrededor.

A veces, sobre todo con el paso de los años, tendemos a aislarnos, como si la intensidad de la vida nos fuera a dañar, o a rebajar nuestra vibración, y padecemos lo que se ha llamado el "espejismo del ermitaño", una peligrosa encrucijada llena de razones inteligentes, que inevitablemente nos saturará de personalismo. Más de una vez he fantaseado con perderme en un monte y pasar de todo. La naturaleza hace justo lo contrario, es unión en estado puro, todo interconectado, dependiendo entre sí; solo los estúpidos humanos no cumplimos nuestra parte en este guion natural, y eso que vamos de "inteligentes". Sería tan fácil, al menos en teoría, vivir en un presente de unión y armonía con la naturaleza.

La mecánica cuántica nos enseña que el tiempo es circular, que el tiempo cuántico está en una superposición de estados en el que el pasado, el presente y el futuro se funden, lo que no puedo asegurar que entienda; lo único que acierto a comprender, es que no hay pasado, ni futuro, solo presente, aunque no sepa aún vivir plenamente cada instante. La eternidad debe ser eso: solo presen-

te, con total ausencia de pasado y de futuro, presente continuo, permanente, inacabable, infinito.

Los días pasan deprisa, sobre todo cuando ya han pasado, el tiempo no se te escapa de las manos cuando estás aquí, en el momento, donde curiosamente parece pasar despacio. Hoy me preparo para entrar en Galicia.

Ayer fue una bonita jornada desde Ponferrada a Villafranca del Bierzo, una vez pasado el entramado urbano e industrial de Ponferrada, 22 kilómetros sin desniveles, descubriendo huertas, viñedos y bellos pueblos, en los que he calculado que el 80% de las iglesias están cerradas, y nada menos que en el camino de Santiago, que vienen a recorrerlo gentes de todo el planeta; este es mi jodido país, mucho hablar y poco hacer.

Nada más entrar en Villafranca te recibe la Iglesia de Santiago, construida en el siglo XII, en un románico de transición, con una nave única rectangular, cubierta con una bóveda de cañón y una capilla barroca y sacristía lateral añadida en el siglo XVIII. Lo que llama la atención es la ubicación en el edificio de la conocida como "puerta del perdón", donde los peregrinos que no pueden completar la ruta hasta Santiago por motivos de enfermedad, pueden obtener la indulgencia plenaria, sin llegar a Santiago, o eso es lo que dice la tradición; no me queda nada claro como se consigue, para variar la Iglesia es una más de las cerradas. Respeto la importancia que tiene para algunos peregrinos llegar a conseguir "la compostelana", el documento que certifica que has hecho el camino, o al menos los últimos cien kilómetros, y que expiden las autoridades eclesiásticas, aunque lo veo como una simple formalidad; la verdad se graba en el corazón y no necesita que la certifique nadie.

Villafranca del Bierzo es una villa antigua, señorial y conventual, con calles de casonas palaciegas y demasiado para ver y descubrir con una rápida visita. Me encantan los pueblos llenos de edificaciones de piedra, no tanto por su ambiente sólido y majestuoso, creo que es porque me transportan a tiempos legendarios y me despiertan una nostalgia de pasados épicos, mágicos, seguramente ensalzados por mi imaginación, o puede que esté más cerca de la realidad que los "expertos" empeñados en que el medievo fue una época oscura y cruel.

Me alojé de vuelta junto a la citada Iglesia de Santiago en el albergue Ave Fenix, un espacio sencillo, muy acogedor, de piedra y recias maderas muy curradas que conservan la huella de quienes las construyeron con mucho amor, y que culminó con una bonita cena comunitaria, en medio de un trato excelente. Reconforta conocer a gente hospitalaria que hace honor a su nombre y que se han convertido en una seña de identidad del camino.

Pero hoy toca una etapa mítica, la entrada en Galicia por O Cebreiro, una larga subida hasta 1330 metros de altitud, la mayor altitud del camino francés. Cuando va a comenzar la ascensión, de unos diez kilómetros, ya llevo otros veinte en las piernas, a través de preciosos paisajes y pequeños pueblos, solo estropeada por los andaderos junto a la carretera, protegidos por bloques prefabricados de hormigón; no son muy estéticos, pero hacen una buena función. Llega un momento que ya no me importan los tramos cerca de asfalto, me hacen apreciar aún más los valores naturales, que están por todas partes.

La ruta va ascendiendo, en un día con un sol espléndido, y unas vistas sublimes. Las guías meten mucho miedo a este trecho, que no me parece tan pendiente, es como una larga cuesta con intervalos suaves para recuperar fuerzas. Puede que en un día lluvioso y con barro sea un desafío, hoy es un paseo con un esfuerzo añadido. A veces me paro, no tanto por descansar, sino para contemplar el paisaje, cada vez más espectacular. Es una subida mitificada, la puede hacer cualquier persona con una salud normal, y mucho más si llevas unas cuantas etapas encima y has puesto a tono las piernas. Incluso hay un albergue y bar a algo más de la mitad de ascensión. Sin pueblos, solo un par de aldeas con cuatro casas, con una paz que te traspasa y una belleza que también se cuela y te abre a la belleza interior, hasta el olor a vacas encaja en este maravilloso tramo del camino.

Hacia el final de la subida, a kilómetro y medio de O Cebrerio, un mojón enorme informa de que entramos en Galicia, donde todos los peregrinos se paran a hacerse fotos, y yo también. No me he preocupado de ir grabando imágenes, me pasaría el día dándole al móvil, me vale con ir haciendo algunas, el verdadero recuerdo se tiene que grabar dentro; me alucinan los coreanos, llevan unas cámaras estupendas y no paran de darle al "clic", lo mismo para fotos

que para videos; me da la impresión de que en cada foto se pierde una instantánea de realidad.

O Cebrerio es un pequeño pueblo que permanece anclado en el tiempo. Nada más llegar por su calles empedradas, sorprende la presencia de varias pallozas, las antiguas cabañas tradicionales, de origen celta, similares a las casas redondas de la Edad del Hierro de Gran Bretaña y a las edificaciones de la cultura castreña. De planta circular u oval, de entre diez y veinte metros de diámetro. Con paredes bajas de piedra, cubiertas por un tejado cónico vegetal, normalmente formado por tallos de centeno, que se remata en una cumbre o en pico.

Un poco más allá se encuentra la Iglesia de Santa María, de una antigüedad prerrománica, que se remonta al año 872. Una de las referencias más antiguas es del año 1072, en donde el templo pasó a depender de monjes benedictinos franceses. El edificio consta de tres naves terminadas en ábsides rectangulares. Sus paredes son de mampostería de pizarra, con granito para las zonas más importantes. Las cubiertas a dos aguas están construidas en madera que sostienen el techo de pizarra. Los ábsides se cubren con bóvedas de cañón. Se nota la ausencia de motivos ornamentales, que no menoscaban el ambiente de espiritualidad, todo lo contrario. Su exterior es también sobrio con una puerta adintelada protegida por un pequeño pórtico de piedra con un arco de medio punto. Un torreón se levanta a la derecha, con un campanario cubierto con una cúpula. En los alrededores hubo un monasterio del que hoy solo queda la Iglesia, que disponía de un mesón-hospital para atender a los peregrinos, y funcionó hasta 1858. Cuenta la leyenda que en los días de niebla los monjes hacían sonar la campana para orientar a los caminantes perdidos.

Recoge la tradición que, en el siglo XV, aquí tuvo lugar un legendario milagro: la conversión de vino en sangre durante la celebración de una Eucaristía realizada por un clérigo incrédulo. En un día de invierno con una gran nevada, un campesino devoto de una aldea cercana, que se llamaba Juan Santín, desafió al frío y se expuso a morir en el camino para escuchar misa. Al llegar al santuario recibió la reprimenda del clérigo por haber puesto su vida en peligro solamente para acercarse hasta la iglesia y arrodillarse ante un poco de pan y vino. La eucaristía continuó su curso pero

llegado el momento de la consagración se produjo el milagro, el vino se transformó en sangre y la hostia en carne. El sacerdote fue castigado por menospreciar el sacrificio del campesino y falleció en el acto. Las campanas comenzaron a repicar solas. Todo el pueblo acudió a la llamada contemplando lo ocurrido. Se dice que una imagen de la Virgen situada en un lateral del altar mayor ladeó la cabeza para observar el milagro y así se quedó hasta la actualidad. El suceso se extendió rápidamente por toda Europa en la Edad Media, a través de clérigos, juglares y peregrinos. Gracias a esto el santuario recibió numerosos privilegios reales y bulas papales. El milagro fue conocido también por los Reyes Católicos que peregrinaron a Santiago de Compostela en 1486 y donaron el relicario que con el cáliz, se expone en la iglesia. Este cáliz fue incorporado al escudo de Galicia, y junto con la patena constituyen prestigiosas piezas del románico. La tradición popular cuenta que la reina Isabel quiso llevarse con ella las reliquias de O Cebreiro. La comitiva regia partió y unos kilómetros más adelante, los caballos se detuvieron y resultó imposible hacerlos continuar. El miedo se apoderó del séquito y dejaron libres a los caballos, que regresaron a las puertas de la Iglesia. Viendo esto, la reina Isabel ordenó entonces que las reliquias continuasen en O Cebreiro. El cáliz, donde se hizo el milagro, se conserva hoy en el interior del templo. Hay quién incluso afirma que esta copa es el cáliz de la Última Cena y que fue traído hasta aquí por algún caballero de la leyenda del Santo Grial. La fama se extendió a través de los siglos, hasta Richard Wagner en su ópera Parsifal narra la historia de un lugar en las montañas del norte de España en el que se custodiaba el Santo Grial. Me llama la atención la naturalidad de la leyenda dando por justo el castigo con la muerte al cura por simple falta de fe.

Los mausoleos de los protagonistas del milagro se encuentran en la capilla, junto a una talla de la Virgen del siglo XII. También se encuentra la tumba de su párroco Elías Valiña Sampedro, un gran impulsor del Camino Francés. Fue uno de los estudiosos de la ruta y el primer voluntario en marcar las rutas jacobeas con pintura amarilla. Se dice que fue parado por la Guardia Civil al verle pintando las flechas de color, a lo que respondió: “Estoy preparando la gran invasión”, y no le faltó razón. Un busto junto a la iglesia recuerda a Elías Valiña, que falleció en el año 1989, a la edad de 60 años.

Me siento un rato a meditar, totalmente sola, en este austero espacio repleto de energía y de paz. El zumbido del silencio llega inmediato, atento a quien se abre a recibirlo, y deja libre el canal que nos comunica con la luz. En ese instante el interior de la Iglesia pasa de ser un espacio casi vacío, a llenarse de vida, de armonía, de una atmosfera de sosiego, incolora y etérea, que al abrir los ojos se convierte en un paisaje invisible, que podría transmutarse en un paraíso de color con un simple chasquido de los dedos. Los templos del camino son estaciones de energía, dispuestas a recargar y reactivar los corazones de los peregrinos, con tan solo dejar paso a la confianza que disipa todas las dudas y temores.

A la salida me encuentro sentada debajo de un abedul a Karen, mi estimada amiga danesa, y se nos alegra la cara a las dos.

—¿Cómo va el camino, Karen?, ya estamos en Galicia. —dije desempolvando mi inglés.

—Cada día mejor, y disfrutando de estas tierras tan bellas. Creo que en Galicia nos espera una naturaleza espléndida, esperemos que no llueva mucho. Lo malo es que llevo una tendinitis en un pie que me hace ir más lenta.

—Vaya, dicen que las tendinitis son dolorosas, y encima necesitan reposo para curarse bien.

—El dolor del pie lo puedo aguantar, es mucho más llevadero que el dolor emocional y la tortura mental.

—¿Cómo llevas tus duelos?, espero que no te moleste la pregunta.

—No me molesta. Voy mejorando día a día. La pérdida de mi marido la tengo bastante asumida, pero la de mi hijo me está costando más, aún tengo ratos que se me clava el dolor de su ausencia. Las madres estamos marcadas por la vinculación con los hijos. Afortunadamente tengo otro hijo que me ayuda mucho cuando hablo con él.

—Te comprendo, yo también soy madre, y aunque a mi hija no le pasa nada y todo le va bien, la tengo siempre presente, con un punto de preocupación hacia ella, que trato de depurar, y que supongo que siempre va a estar ahí. De los hombres no puedo ser objetiva, mi marido fue una gran decepción, se portó como un capullo, le atacó el virus del sexo con mujeres más jóvenes que entre muchos hombres es como una epidemia.

—Con mi marido tuve mucha suerte en eso, pero la mayor parte de los hombres que he conocido solo querían follar conmigo. Se lo digo a mi hijo, que va de flor en flor, eligiendo a la más guapa, y me responde que es joven y que está en la edad de follar con todas, y me promete que algún día será fiel a su pareja.

—Esa puede ser la ventaja de tener un hijo en vez de una hija. Yo en eso no tengo la obligación de madre de entender a un hijo, y por extensión al resto de los hombres. La ventaja que tenemos las mujeres es que el sexo no nos perturba, y desde luego no tenemos la necesidad de ligar con hombres más jóvenes; en cierto sentido me dan pena, no me gustaría estar en su pellejo.

Nos reímos, la imagen de hombres salidos era divertida, y reírse siempre es sano. Conversar con Karen era muy fácil, nos salía sinceridad de forma natural, y nos relajaba la una a la otra.

—Espero que se te cure la tendinitis, ya estamos cerquita de Santiago.

—Me voy dando una crema muy buena, y ya veremos, pero llegaré a Santiago aunque sea arrastrándome. Tengo la sensación de que al acabar el camino va a empezar un nuevo ciclo en mi vida.

Karen se iba a recostar en la cama y a reposar el pie. Nos despedimos con un fuerte abrazo lleno de cariño. Creo que en el camino se pueden crear lazos de amistad verdadera, como los amigos que salen de compartir situaciones extremas, salvando las distancias, porque el camino no es extremo, y aunque no te vuelves a ver, te quedará la huella de una amistad real, que se podría reactivar muchos años después con un simple reencuentro.

Ya en el albergue tuve la necesidad de hablar con mi hija Lorena, después de la charla con Karen. Escuchar la voz de Lorena es como un bálsamo para mí, un momento especial, me toca la fibra amorosa, que va creciendo en profundidad y calidad y es cada vez más desapegada. Puede que ir cumpliendo años por mi parte, lo facilite, o por ver que aún con su juventud se vale perfectamente por sí misma. Ahora empiezo a comprender mejor a mis padres, que me aburrían con sus obsesiones con todo lo que me pasaba; les tengo que dar la razón, como ellos decían: “los años ya te irán enseñando”.

Ya hace unos días que no cojo la Tablet, me llama el tema de la Tercera España, que está por ahí, con una alarma activada en

mi interior que se va disparando de vez en cuando, y me vale para tomar alguna nota de las propuestas de mis pensamientos. Esta noche, aprovechando que como de costumbre todos se acuestan antes que yo, me voy a fijar en un personaje poco conocido.

Vicente Beltrán Anglada (Badalona, 1915 - 1988) fue escritor y conferencista de temas esotéricos. Impartió más de 400 conferencias entre los años 1974 y 1988, especialmente entre España y Argentina. Ha escrito más de una docena de libros publicados en español, inglés, portugués, francés e italiano. A través de sus libros facilitó el entendimiento de conceptos espirituales difundidos por la Sociedad Teosófica y la Escuela Arcana, de la que fue un instructor, aclarando posiciones, a veces contrapuestas, y hablando abiertamente de Maestros de Sabiduría, Ashramas, iniciaciones espirituales, o el Yoga de Sintesís, el Agni Yoga, entre muchos otros temas.

Es un escritor que me ha interesado por la forma tan directa que expone el esoterismo, intentando quitar ese halo de misterio y secretismo de otros autores. Me llamó mucho la atención descubrir en su libro: *"Mis experiencias espirituales"*, lo que él llamó: *"Dos íntimos relatos de guerra"*, en los que cuenta dos experiencias en la guerra civil española, en las que fue ayudado por su Ángel Guardián.

La primera ocurrió en agosto de 1937, en una ofensiva republicana intentando avanzar hacia Zaragoza. Estaba en una trinchera abierta durante la noche, a la izquierda de una pequeña ermita denominada de "La Santa Cruz", enclavada en el Monte Calvario de la Sierra de Alcubierre, en Los Monegros, hoy día totalmente en ruinas. Era una posición que se acababa de ocupar con un gran valor estratégico porque dominaba las comunicaciones que se dirigían hacia Zaragoza, con lo que el ejército de los nacionales reaccionó rápido, y desde primeras horas de haber tomado esas posiciones, estaban siendo fuertemente bombardeados por la aviación y la artillería enemigas. Anglada cuenta que era muy joven y al igual que todos los demás hacía muy poco que se hallaba en el frente de guerra. Iba con mucho miedo, pues en el lugar en donde se encontraba toda la defensa eran unos pocos sacos terreros. Los bombardeos no paraban y en medio de la humareda de las explosiones, podía contemplar como una importante cantidad de fuerzas militares

procedentes de Zaragoza acudían dispuestas a reconquistar las posiciones tomadas durante la noche por las tropas republicanas. De improviso oyó una voz potentísima dentro de su conciencia que decía: "¡Sal inmediatamente de aquí!" Con el impulso de esa voz fue fuertemente lanzado fuera de la trinchera yendo a parar a unos doce o quince metros de allí y en aquel preciso momento una potentísima bomba estalló encima del lugar donde se hallaba el instante anterior. La trinchera fue completamente destruida y en su lugar sólo se veía un profundo y humeante cráter. Lleno de polvo y medio atontado por la tremenda explosión, descendió por el otro lado de la montaña, sin explicarse lo que había pasado ni como fue emitida aquella potente voz que le había salvado de una muerte inminente.

En enero de 1939, siendo ya capitán al mando de una compañía de ingenieros zapadores, se encontraba en una gran vaguada del Sector de Valsequillo junto a otras tres divisiones con sus correspondientes cuerpos auxiliares. Estaba escribiendo una carta a sus padres. De pronto volvió a escuchar nuevamente dentro de su conciencia aquella extraña y apremiante voz que ya anteriormente había escuchado en el frente de Aragón. Esta vez aquella voz conminatoria decía: "Reúne a tus hombres, abandona este lugar y refúgiate allí arriba". Consciente del valor de la sugerencia y recordando la pasada experiencia, inventó un pretexto y aún a riesgo de molestar a sus oficiales y soldados que estaban descansando de una larga, dura y fatigosa caminata, ordenó dejarlo todo y ascender a una loma situada a un kilómetro aproximadamente del lugar donde se encontraban, refugiándose debajo de unas frondosas encinas. Al cabo de un rato se oyó el particular zumbido de la aviación, un ruido sordo que iba aproximándose, que les llenó de inquietud y sobresalto. Un centenar de bombarderos "JUNKERS" alemanes se situaron sobre el lugar que habían dejado atrás y comenzaron un tremendo e intenso bombardeo sobre las tropas republicanas que se encontraban en aquella gran hondonada. El resultado fue una matanza con un número elevadísimo de muertos y heridos, muchos con terribles amputaciones, de la que se había salvado junto a sus hombres.

Me imagino que Anglada no tendría con quien comentar lo que realmente había pasado, y puede que los hombres a su cargo lo

achacaran a su buena suerte. En su libro aseguró que la voz imperiosa de su Ángel Guardián, que por dos veces le había salvado durante la guerra, la escuchó en varias ocasiones durante el curso de su vida, advirtiéndole a veces de algún peligro o dándole en otras algún valioso consejo. Para Anglada, el Ángel Guardián no era el fruto de una leyenda arcaica, la consecuencia de un mito o el resultado de una tradición religiosa, sino una realidad vívida e incuestionable, constatada científicamente utilizando la aguda sensibilidad de su vehículo mental y la inapreciable ayuda de su Maestro.

Al final de la guerra estuvo prisionero en condiciones carcelarias infrahumanas, a punto de renunciar a toda esperanza. Según él mismo afirmó, fue entonces cuando su Maestro le reveló un plan espiritual para él, un propósito de vida a desarrollarse a lo largo de los años.

Después de la prisión, continuó con su vida y acabó trasladándose a Ginebra, en Suiza, donde se afilió a la Escuela Arcana, una escuela de entrenamiento esotérico para el discipulado en la Nueva Era, de la que llegó a ser coordinador para todos sus estudiantes en España.

Declaró en sus conferencias y escritos ser un discípulo aceptado en contacto consciente con su Ashrama. Al no poder publicar sus ideas espirituales en España durante la dictadura del General Franco, comenzó a publicar en diversas revistas de Buenos Aires, como en *"Akhenaton"*, *"Solar"*, *"Karma7"* y en la revista *"Conocimiento"*. Algunos de los artículos publicados en esta revista, titulados *"Las luces de mi Ashrama"*, sirvieron de base para su primer libro: *"La Jerarquía, los Ángeles Solares y la Humanidad"* en 1974.

Después de la restauración de la democracia en España, a partir de 1975, comenzó a hablar públicamente y pronunció conferencias en Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza. Sus charlas regulares en Barcelona fueron publicadas en 1980 en el libro *"Conversaciones esotéricas"*. Visitó Argentina en 1985, dando charlas públicas en Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Corrientes, Misiones, Córdoba y otras ciudades.

Más tarde se despidió de la Escuela Arcana y se centró en sus libros, tocando muchos temas esotéricos y aclarando muchas ideas y conceptos con un mensaje común a lo largo de su enseñanza: la revelación de un nuevo "Yoga de Síntesis", el Agni Yoga, que des-

cribe los principios generales de esta práctica espiritual que, según asegura el autor, trasciende todas las disciplinas espirituales en la vida de todos los discípulos modernos.

Murió en Barcelona el 30 de septiembre de 1988, con el pensamiento de haber hecho todo lo posible por aportar un poco más de luz a la consciencia de la humanidad.

En la Tercera España tendría que haber un gran espacio para las miles de personas que se vieron envueltas en la guerra civil y que a pesar de las tragedias, e incluso de portar armas y utilizarlas, no perdieron su condición humana, como demuestra la posterior trayectoria de muchos de los que consiguieron sobrevivir, y que en algunos casos como el de Vicente Beltrán Anglada, hicieron importantes aportaciones a la humanidad. Tengo la esperanza, casi la certeza que, en la actualidad, la mayor parte de españoles, hombres y mujeres, niños y ancianos, podrían considerarse como parte de esa Tercera España, profundamente cimentada en el respeto, la hermandad, y hasta el amor, aunque parezca todo tan egoísta.

Me viene el sueño, es un momento que no espero, pero que recibo como una bendición. Algo me dice que en el mundo de los sueños ocurren cosas maravillosas, que por algún motivo que no acierto a comprender, no se recuerdan.

Agosto de 1937. Sierra de Alcubierre.

Estaba de nuevo en el frente, a comienzos de agosto de 1937. Ya había pasado un año desde la sublevación de los militares y el estallido de esta cruenta guerra civil, o incivil, como diría Unamuno, y parecía que había pasado una eternidad. Me preguntaba si seguía siendo el mismo de siempre, porque a veces no me reconocía. Jamás me hubiera imaginado en una trinchera participando en una guerra, ni con las mayores razones y justificaciones del mundo. No me arrepiento, el destino es tremendamente caprichoso, y no se lo echo en cara, yo he tomado mis propias decisiones, no puedo permanecer ajeno a este conflicto después de todo lo que he visto, no soy capaz de desentenderme de mi país, como hacen esa supuestas "almas puras" que se llenan la boca de paz y no hacen nada para conseguirla.

He vuelto a la zona de Monte Oscuro, al atardecer, cerca del lugar por donde crucé las líneas el año pasado. Ahora las defensas están más montadas y hay muchas más posiciones que antes en los kilómetros de esta zona del frente, que controla los ataques de los nacionales hasta el pueblo de Farlete. Se nota la restauración de la jerarquía, con oficiales y suboficiales, y con rangos y saludos, pero las órdenes se siguen dando de camarada a camarada. Se ven mejores armas y mejor vestimenta con más uniformes y mejor calzado. Algo ha cambiado, no huele tan mal, no se ven zurullos ni casi porquería, supongo que se han organizado tareas de limpieza; tal vez no quedó otro remedio o morirían todos de plagas y enfermedades.

Según iba observando el panorama, intentando situarme entre sacos terreros y el movimiento de soldados para descubrir la zona que tenía asignada, un reflejo pelirrojo me dio un golpe de alegría. Hay estaba Lyam, que se me acercaba sonriente.

—Ya era hora, ya tenía ganas de hablar en mi idioma con alguien que me entendiera.

Nos dimos un fuerte abrazo de una especial intensidad, de esos que se dan entre amigos que han arriesgado juntos la vida. Nos miramos y nos reconocimos al instante, no solo nuestras caras, yo creo que también nuestros corazones.

—Me dijeron que venías con los nuevos reemplazos y te estaba reservando el puesto; tenemos la misma camilla, pero algunas co-

sas han mejorado, ahora comemos dos veces al día y no falta vino. Vamos a celebrarlo.

Me llevó a una casamata cercana excavada en la tierra y cubierta con gruesos troncos de pino y más tierra encima, con una especie de estufa al fondo, fabricada con un bidón de hojalata, y con camastros con colchonetas distribuidos en una línea de literas.

—Aquí tendrás un hueco para dormir, es fresco en verano y en invierno esperemos estar en otro sitio. Pareces repuesto del todo.

—Sí, ya estoy preparado para volver a la acción. ¿Cómo están las cosas?.

—Hay continuas escaramuzas y tenemos que estar siempre preparados para trasladar heridos, pero mira, nos han asignado pistolas a los camilleros, ya que no podemos hacer bien nuestro trabajo llevando fusiles. Aquí tienes la tuya; se está mejorando mucho el armamento.

Me quede mirando el arma, ya me había fijado que mi compañero llevaba una en el cinto con su funda de cuero sin desgastar, como la que me entregaba.

—Es un modelo potente—me indicó Lyam—, una Astra 400, muy fiable, se acciona por retroceso, y este es el seguro. Es del calibre 9 mm, y tienes dos cargadores, cada uno para 8 cartuchos. Pesa más de un kilo, y se nota al caminar, aunque te acostumbrarás pronto. No la dejes por nada o se la cogerá el primer espabilado que pase.

Me la puse a la cintura, ajustándola en mi lado derecho, y probando a sacarla y enfundarla varias veces.

—Se me hace extraño—comenté—, no me esperaba acabar con un arma en las manos, no he disparado un solo tiro desde el principio de la guerra. Me parece bien, por si tenemos que defendernos cuando estemos en tierra de nadie. No me acabo de ver apretando el gatillo.

—Para usarla, la tienes que coger con fuerza para que el retroceso no te mueva la dirección del disparo. Llegado el caso no te quedará otra que utilizarla, la guerra no se ganará sola. Ahora hay que celebrar tu vuelta.

Me acercó la bota de vino que colgaba de un camastro y comenzamos a pasárnosla junto a otros tres compañeros de casamata que se nos habían unido. Enseguida llegaron las risas y las conversacio-

nes distendidas, en las que hasta Lyam se defendía bien, y los tacos los pronunciaba de maravilla. Volvía a sentirme en buena compañía, podría decir "como en casa", pero era demasiado aceptar como hogar estos espacios invadidos a unos montes inocentes, donde se practicaba la muerte. Lo curioso es que se me hacía familiar y en parte hasta acogedora, y eso era inquietante, me quedaba la esperanza de que algún día, con una casa en condiciones, se me curaran estos delirios.

A la mañana siguiente se confirmaron lo que hasta ahora habían sido rumores. Enrique Lister, al mando de la 11ª División, que había sido enviada a Aragón de maniobras, se presentó en Caspe por sorpresa para disolver el Consejo de Defensa de Aragón, hasta ahora controlado por los anarquistas. Las autoridades republicanas, apoyadas por sectores socialistas y comunistas, envalentonadas después de haber recuperado el control en Cataluña, enviaron a Lister a cortar la independencia con que había actuado el Consejo de Defensa Aragón, tomando al asalto la Federación Local de Sindicatos de la CNT, y concentrando tanques y artillería en la salida de la ciudad. Se produjeron algunos enfrentamientos y hubo bajas y un buen número de detenciones de anarquistas. Tras la disolución del Consejo y la detención de su presidente, Joaquín Ascaso, el Gobierno nombró a José Ignacio Mantecón, antiguo miembro del Consejo y republicano de izquierdas, como Gobernador General para gestionar el territorio republicano en Aragón. Se ocuparon otras oficinas de la CNT y una buena parte de las colectividades de Aragón por unidades militares de tendencia comunista. No acabó en otro baño de sangre, como en Barcelona, porque los dirigentes de la CNT evitaron el enfrentamiento, centrándose en lograr la liberación de sus militantes detenidos y aceptando como inevitable la disolución del Consejo de Aragón.

Lo que estaba claro es que era el fin de la revolución anarquista, que había durado prácticamente un año, y el final del sueño colectivista. No sabía si entristecerme o no, sustituir a anarquistas por comunistas no me parecía un buen cambio; en definitiva, la república estaba en manos de quien suministraba las armas. Mi sueño republicano, como el de muchos españoles, se estaba esfumando, y eso era un mal menor ante el peligro del fascismo que devoraría cualquier atisbo de democracia y justicia social.

Toda esta exhibición de fuerza de Lister se solapaba con la preparación de una gran ofensiva hacia Zaragoza con el objetivo de conquistar la ciudad y atraer al ejército franquista que desde mitad de junio había ocupado Bilbao y acababan de atacar Santander. En el fondo había un tercer objetico encubierto: la necesidad del partido comunista de una victoria en el campo de batalla para justificar la disolución del Consejo de Aragón y su acción represiva sobre el POUM y los anarquistas por su incapacidad de tomar Huesca, Zaragoza y Teruel, y de paso justificar también su juicio visceral al POUM. Ahora la lucha correspondía a las fuerzas disciplinadas del nuevo ejército republicano, bajo el control político del Partido, el maldito Stalín metiendo sus zarpas, su dictadura personal y no la del proletariado como presumían los comisarios. La concentración de tropas era extraordinaria: 70.000 o 80.000 soldados, una brigada de caballería, 105 tanques, apoyo de 90 aviones, y armamento nuevo. Era patente la amargura de los exmilicianos anarquistas e internacionales, y de los pocos antiguos miembros del POUM que se habían quedado como meros soldados, que nunca tuvieron ese armamento, por mucho que lo reclamaron. No debe haber habido en la historia una guerra que se gane con divisiones.

Los preparativos para la ofensiva se trataban de hacer con discreción, pero a estas alturas, se filtraba todo movimiento al otro bando, no iban a ser cogidos por sorpresa. Liam y yo estábamos en el grupo de camilleros de primera línea, tal vez por eso nos habían facilitado las pistolas. Era consciente de que esto iba muy en serio, y de que habría muchas bajas y mucho riesgo para nosotros. No puedo decir que no tuviera miedo, eso es imposible cuando te rondan las balas y las explosiones y ves caer a combatientes a tu lado, lo que me estaba pasando es que ese miedo se me iba trasmutando en una extraña sensación, mezcla de dejadez con indiferencia, por perder, en parte, la ilusión por un mundo nuevo, que para mí tendría que venir a través de una República verdadera. No me gustaba esta actitud oscura que a veces me turbaba, lo último que se debe perder es la esperanza.

Hacia los últimos días de agosto estaba todo organizado, y no tardó en llegar la orden de avanzar. Se preparó un ataque masivo por una amplia extensión a lo largo del frente de Aragón. En nuestra zona se intentó, desde nuestras posiciones en Monte Os-

curo, romper las defensas de los nacionales a primera hora del día, comenzando por un fuego de artillería, más bien discreto por la limitación de cañones, para luego lanzar a un montón de hombres contra las trincheras enemigas corriendo y disparando sin apenas poder apuntar. Inmediatamente se produjo la respuesta, con un ruido ensordecedor por el fuego de morteros y ametralladoras que segaban vidas como si fueran espigas de trigo. Los camilleros íbamos, sin dar abasto, a recoger heridos, a taponar heridas terribles con una simple tela, y ver sangre por todas partes en medio de las humaredas de las explosiones y el horrible silbido de balas y proyectiles que me erizaba los pelos y la piel, con el escalofrío del miedo recorriéndome todo el cuerpo y la respiración a mil por hora por la ansiedad de sobrevivir, y con ese sabor a metálico en la boca que produce estar en absoluto peligro.

Lo más desolador era la juventud de los caídos, algunos auténticos críos que incluso les venía grande el uniforme, y sin embargo nadie retrocedía ni se quedaba paralizado; esto era la mejor definición del valor: seguir adelante, a pesar del temor y la angustia de ver caer a los compañeros, de estar rodeado de cuerpos reventados, y trozos volando por los aires. No creo que haya nadie en el mundo que no se cague de miedo en este infierno.

No podíamos atender a todos los heridos, Había que cargarlos y retroceder hasta un puesto seguro, y volver de nuevo tan rápidos como podíamos. No quedaba más remedio que elegir a los que se les veía alguna posibilidad, y eso era demoledor, no éramos médicos para poder acertar. Lyam y yo, apenas cruzábamos palabras, casi monosílabos: “coge de aquí”, “aguanta”, “ya lo tengo”, y correr intentando no mover mucho la camilla.

Se iban haciendo algunos avances, llegaba un punto en el que se les recalentaban las ametralladoras a los defensores, o se encasquillaban, y semejante avalancha de soldados era imparable. Los nacionales iban retrocediendo, también con muchas bajas entre sus filas. No había compasión, nadie hacia prisioneros, se cargaba a la bayoneta sin piedad rematando a los abatidos, se veían escenas de un salvajismo que me dejaban atónito, sin respiración, y seguía adelante sacando fuerzas de la nada. No podía evitar la imagen de un espectro negro entre el humo y el polvo, esgrimiendo la guadaña, esto era el reino de la muerte.

El ataque acabo deteniéndose para consolidar lo conquistado y por la fuerte resistencia del otro bando, y también por el agotamiento. Ya se echaba la tarde, llevábamos todo el día de frenética actividad, sin descanso, apenas sin beber agua en un día de caluroso verano. Muchos otros compañeros ayudaban a trasladar heridos, era raro el que no había visto caer a un amigo, los ánimos estaban tristes, el avance no compensaba el dolor de las pérdidas. Tenía tal empacho de imágenes violentas que no acertaba a coordinar bien los pensamientos. Me quedaba el consuelo de seguir entero, y de haber estado a la altura sin flaquear.

El momento de la cena, que estaba bien nutrida, tenía algo de épico, como si empezáramos a darnos cuenta de lo que habíamos hecho, rompiendo por fin las malditas defensas de los fascistas. Estábamos tan agotados que no estaba el ambiente para amenas tertulias amenizadas por la bota de vino, caíamos dormidos en cualquier recodo, con una temperatura que no pedía manta, bastante calor desprendían los motores de nuestros cuerpos.

Al día siguiente se siguieron consolidando los puntos de avanzadilla, y ya por la noche, la línea en la que estábamos lanzó un nuevo y fuerte ataque que rompió definitivamente las últimas defensas y se pudo hacer una notable incursión hacia Perdiguera, por el Monte Calvario, donde se cavaron trincheras en la oscuridad para afianzar el terreno conquistado. Esta vez se había hecho un buen número de prisioneros que nadie intento eliminar. Nos quedamos apostados en segunda línea, cerca de una ermita que algunos la conocían con el nombre de Santa Cruz, una antigua edificación con amplios arcos ojivales construidos con piedra menuda, muy bien tejida. Seguramente era un lugar vacío la mayor parte del año, un paraje silencioso, ahora invadido por el bullicio de los humanos y amenazado por su huella de destrucción.

Con la luz del nuevo día se podían comprobar las posiciones ganadas, desde las que se contemplaba el cercano pueblo de Perdiguera y toda la vaguada hacia Zaragoza. Esta era una posición de gran valor estratégico, porque dominaba las comunicaciones que llevaban a Zaragoza, lástima de no disponer de buenos morteros y cañonería de largo alcance. Desde primeras horas se veían venir desde lo lejos grandes contingentes militares a recuperar el terreno perdido. No tardó en llegar la aviación y los primeros obuses

para comenzar a someternos a un intenso bombardeo que helaba la sangre. Nos acurrucábamos como podíamos dentro de la trinchera, que no era muy profunda y estaba solo protegida por algunos sacos terreros, en medio de un ruido atronador, entre nubes de polvo y las huellas humeantes de las bombas. En un momento dado, Lyam y yo, coincidimos en mirar hacia la ermita, que estaba siendo destruida sin compasión, cuando presenciamos una escena inaudita. Un soldado salió como despedido desde el interior de la trinchera a cerca de quince metros de distancia y en ese mismo instante un potente obús alcanzó en el lugar exacto desde el que había salido, arrasando totalmente ese tramo de trinchera, y dejando a cambio un profundo cráter del que salía un humo oscuro, como si la tierra se hubiera vuelto volcánica. El hombre bajaba la colina, polvoriento y aturdido y, junto con Lyam, nos acercamos a atenderle y traerle a nuestro recoveco. Nos aseguramos que estaba bien, aunque un tanto confundido. Aprovechamos para retroceder posiciones a un lugar más resguardado de las bombas.

—¿Qué es lo que ha pasado?—pregunté—, ¿Cómo has podido dar semejante salto?, y justo un segundo antes de que cayera el bombazo. ¿Eres de otro mundo, o tienes poderes especiales?.

El soldado nos miró a los ojos, como pensando si valía la pena responder o si entenderíamos su respuesta.

—Hola, me llamo Vicente—dijo, recuperando el aliento—, y como veis soy de carne y hueso como vosotros.

—Hola Vicente, yo soy Julián y este Lyam, un irlandés que ya se apaña entendiéndonos, pero hemos visto lo que hemos visto, y estamos tan alucinados como tú.

—No puedo explicar lo que me ha pasado. De improviso he oído una voz firme y potente dentro de mi conciencia que me decía: "¡Sal inmediatamente de aquí!", y he sentido un fuerte impulso que me ha lanzado fuera de la trinchera, justo un instante antes de caer la bomba. Solo sé que se me ha salvado la vida, yo solo soy testigo en primera persona, tan sorprendido como vosotros.

—¿Qué o quién crees que te ha salvado? —pregunté, intentando buscar una explicación a lo que había presenciado, aunque fuera cualquier teoría imaginativa, cogida con pinzas.

—Creo que ha sido la voz de mi Ángel Guardián, que nunca había escuchado con tanta claridad. Esto puede ser la demostración

de que el Ángel Guardián no es un cuento para que los niños se duerman, ni un mito o un invento religioso, es real, existe, no hay nada tan real como la experiencia propia. Todos en el fondo estamos protegidos por nuestra alma. Para mí tiene mucho sentido, ¿Lo tiene para vosotros?.

—Desde luego, tiene mucho sentido lo que dices—apunté—, no soy un gran creyente, pero la existencia el alma es de una lógica aplastante, no puede ser que este mundo sea fruto de una locura casual, ni que los humanos llevemos miles de años en la tierra por azar. Creo que en la vida hay que ir siempre con los ojos y la mente bien abiertos para intentar buscar respuestas a todo lo que no entendemos.

—Soy estudiante de la Escuela Arcana, y de los libros de Alice Bailey, dictados por un maestro tibetano—añadió Vicente—. Trato de llevar una vida acorde con lo que voy comprendiendo, y tengo la certeza de que no estamos solos, y se nos presta ayuda en más ocasiones de las que somos conscientes, aunque nunca tan evidente como la de hoy. A pesar de ello estoy muy descolocado, he sido arrancado de las mismas zarpas de la muerte, espero ser digno de merecerlo.

Lyam nos miraba y seguía nuestra conversación como si estuviera viendo una película de ficción. Me dijo en inglés, y se lo traducía a Vicente a medida que hablaba.

—Tiene que haber algo que haga encajar todo lo que ocurre, llámese alma, Dios, o como se quiera. En Irlanda se sigue la tradición católica, dan igual los detalles de las religiones, todas coinciden en atribuir causas sobrenaturales a nuestra existencia. Lo que hemos presenciado hoy, las religiones lo llamarían milagro, yo prefiero no ponerle nombre, ya llegara el día en que estas cosas tengan su explicación. Lo que está claro Vicente, es que eres muy afortunado, y si te han protegido seguro que es por una buena razón.

Seguía el bombardeo muy próximo a nosotros, del que nos habíamos abstraído con nuestra conversación, aunque había bajado de intensidad. Vicente volvió con su batallón, y nosotros nos replegamos a segunda línea de fuego, se avecinaban más combates y eso significaba actividad total para los camilleros.

La gran ofensiva se quedó en agua de borrajas, con un enorme

número de bajas, y el frente volvió prácticamente a sus posiciones iniciales con la contraofensiva de los nacionales que se vieron reforzados por tropas venidas desde Madrid y de la reciente caída de Santander. A primeros de septiembre se conquistó Belchite con un coste de miles de bajas republicanas, cada pequeño trecho arrebatado al otro bando costaba demasiadas vidas, para volver a retroceder en pocos días; era una sangrienta guerra de desgaste, donde la República iba perdiendo fuerza, cada vez más aislada, y el ejército nacional aumentando su poder, con el apoyo decisivo de los fascistas alemanes e italianos.

Ha vuelto la monotonía de las trincheras, a punto de comenzar el otoño. Los enfrentamientos son esporádicos y la mayoría de los heridos se producen por balas perdidas. Las posiciones defensivas de ambas partes exigen fuertes ataques para derribarlas, y por ahora los grandes frentes están en otras zonas. Iban pasando los días donde lo más interesante que podía ocurrir es ver a un grupo jugando a las cartas. Yo estaba más entretenido, volviendo a enseñar a leer y a escribir, para lo que siempre había alumnos dispuestos. Es muy esperanzador comprobar el interés de tantos jóvenes por tener una mínima cultura a la que no tuvieron la suerte de acceder. Aprenden rápido, y ponen mucho interés, hay mucha inteligencia por canalizar, esa es la forma más efectiva para conseguir cambiar definitivamente las estructuras arcaicas del país.

Tenemos una radio en nuestro sector, es un entretenimiento que se agradece, escuchamos música, y novelones radiados que mantienen a muchos absortos con sus exagerados guiones, y nos pone al día del curso de la guerra, aunque las noticias son mucho más triunfalistas que la realidad, supongo que para elevar la moral y mantener altos los ánimos.

Uno de esos días pudimos oír en Radio Sevilla la voz airada del General Queipo de Llano que decía con desprecio y crueldad: *"A estos rojillos de Sariñena que nos han matado a unos valientes aviadores, yo les prometo que recibirán muy pronto su castigo"*. Era la amenaza de un militar sádico, ya conocido por la enorme cantidad de fusilamientos que ordenaba. Enseguida se supo lo que había ocurrido. Un chato ruso había derribado en plena noche a un Junkers 52 alemán que volaba a 3000 metros de altitud intentando bombardear el aeródromo de Sariñena, lo que podría ser el primer

derribo nocturno de la historia de la aviación. Localizar un avión en la oscuridad era una tarea casi imposible. El Junkers se delató al lanzar una bengala muy luminosa para localizar el aeródromo, lo que aprovecho el chato, volando desde abajo, para ametrallarlo y derribarlo. Murió la mayor parte de la tripulación, en la que también volaban españoles. Dos consiguieron tirarse en paracaídas, a uno lo mataron al intentar escapar del "alto" de una patrulla, el otro escapó por la Sierra de Alcubierre al parecer ayudado por un pastor que se pasó al otro lado. Había caído un Junkers, un coloso de los cielos, y además abatido por la noche, una hazaña que levantó la moral, pero se quedaba en un hecho aislado, la supremacía aérea se decantaba claramente a favor de los nacionales y eso hacía muy difícil ganar batallas.

Los días otoñales pasaban deprisa, a pesar de la escasa actividad, lo que me resultaba inquietante. Se me ocurría pensar que mi cabeza estaba perdiendo facultades por inanición, por falta de una vida con algún contenido cultural. Me propuse tomarme aún más interés en mi labor de maestro de trinchera. Además del trabajo de alfabetizar, a base de constancia y monotonía, dedicaba la segunda parte de las clases a intentarles meter el veneno de la poesía, echando mano de las más sencillas y populares, asequibles para todas las mentes con un mínimo de sensibilidad. Les hablaba de Lorca, quería que conocieran su historia y su obra, y de poetas como Miguel Hernández y Machado. Enseñar a leer es también abrir las mentes para la buena poesía, no solo para devorar periódicos o novelas baratas. Yo mismo disfrutaba al recitar, lentamente, metido de lleno en las palabras, y me maravillaba con lo que leía, encontrando nuevos mundos y significados, y puede que les contagiará, me sorprendían mucho algunos de los comentarios cuando preguntaba sobre lo que habían comprendido; el verdadero corazón está siempre vivo, no le afecta la falta de formación.

La añoranza de mis tiempos universitarios me impulsaba a veces a intentar escribir versos, pero a las cuatro palabras se me esfumaba la inspiración, supongo que con el síndrome de escritor bloqueado; no era nada extraño en medio de este terreno árido, yermo, duro, peligroso, abandonado a su suerte. Tendría que esperar a disponer de una mesa y una cómoda silla, con una pluma y su

tintero, a la luz del sol filtrándose por los cristales de una ventana, en una habitación sencilla, pero acogedora,...qué fácil es soñar.

De vez en cuando también hacíamos de camilleros, más por accidentes domésticos, o por armas que se reventaban. Había lesiones en manos y pies muy sospechosas; no me extrañaba que algunos, tan jóvenes, no aguantaran la presión y se autolesionasen, no les juzgaba, bastante carga llevaban encima.

El invierno se adelantó, llegó antes de tiempo y con mucho frío. Mi segundo invierno viviendo a cielo abierto, a lo que es imposible acostumbrarse. Ahora por fuerza me sería más fácil comprender a los indigentes que viven en la calle, y me juré que me ahorraría echar un juicio fácil sobre ellos; sufrir te enseña a respetar el sufrimiento ajeno.

Volvía a tomar protagonismo el "asaltaparapetos": coñac o puro aguardiente del que nadie preguntaba por su procedencia. Y aparecían nuevas dolencias, como los pies de trinchera, que se acartonaban por el frío y la inactividad; no había donde ir, ni se podía ir derecho recorriendo las trincheras, te arriesgabas a llevarte un balazo disparado por algún aburrido tirador del otro lado que no tenía mejor cosa que hacer. Se disparaban muchas balas aisladas, y hasta ráfagas sueltas de ametralladora, puede que con la idea de mantener a punto las armas, o con simple mala leche para cortarte el sueño, sobre todo en la hora de la siesta; muchos ni se inmutaban, yo creo que ni las oían.

Llegaron pronto también algunas nevadas acompañadas de buenas dosis de hielo. En enero de 1938 ya se decía que era el invierno más frio del siglo. Se distribuyeron cubiertas de lona en las trincheras que no tenían casamatas, para resguardarse de los bonitos copos de nieve, del viento helador y del frío intenso, Estábamos revestidos con todo lo que teníamos, con más capas que una cebolla, gorros, bufandas, envueltos en mantas, y encima no se podía hacer fuego hasta la noche, y no era tarea fácil, la leña era un lujo, mucho más que la comida. Los sabañones, estaban a la orden del día, esas extrañas ampollas en manos y pies, rojizas, que se hinchan y pican, fruto de la mezcla fatal de frío y humedad. Lo que no echaba para atrás a Lyam, que por las mañanas se procuraba un baño desnudo en la nieve, que nos daba aún más frío; él insistía en que es lo mejor para estar en forma y matar piojos; no le atacaban los sabañones,

aunque no convencía a nadie, los españoles somos más de secano.

A primeros de enero se obtuvo la primera conquista republicana de una capital de provincia, de Teruel. La noticia se propagó rápidamente despertando a todo el mundo de su letargo. Volvía a renacer la esperanza, y a despejarse el pesimismo, a nadie se le escapaba que la guerra iba mal, y esta era la primera vez que se avanzaba de verdad y se dejaba de retroceder. Yo tendría que ver más para creer, tenía muy clara la superioridad de armamento del ejército franquista, y las guerras se ganan sobre todo con armas. A veces deseaba no saber pensar, para dejar de visionar acontecimientos, que por desgracia muchas veces se hacían realidad.

El 25 de enero de 1938 es una fecha que intentaré recordar. Se produjo una Aurora Boreal, que se pudo ver en España y en buena parte de Europa. Algo totalmente inaudito que nadie había visto antes. El espectáculo empezó al poco de anochecer y duró hasta bien pasada la medianoche. Comenzó con un resplandor rojizo en el noroeste y más tarde en el noreste, con un amplio arco verde a media altura. El área del cielo luminoso fue aumentando, y el color verde con áreas rojas se fue extendiendo. Luego hubo como distintas fases, al principio con un brillante resplandor rojo en el noreste, atravesado por muchos ejes verdes y blancos claramente definidos. Más tarde especialmente en el este, aparecieron como serpentinas verdes difusas, que se movían y cambiaban con rapidez entre noreste y noroeste, dirigidas hacia el cénit. A partir de entonces, la luminosidad disminuyó, pero todavía se veía claramente un amplio arco verde que se extendía de lado a lado de la cúpula celeste. Alrededor de la medianoche, volvió otra remesa de serpentinas rojas en el noroeste, que se extendió hasta que se formó una amplia banda roja que pasó por el cenit hacia el noreste. Luego el cielo nocturno se relajó dejando aun tenues brillos rojos y verdes.

Aquella visión me tuvo absorto durante horas, y no fui el único, veía muchas cabezas mirando al cielo, sin importar el frío intenso de la noche. Había mucho silencio, la escena imponía, y a la vez era una visión de una belleza muy especial, sutil, etérea, mística. Trataba de imaginar un significado para aquella fantasía nunca vista. Me quedé con la idea de que era un mensaje de un plano muy elevado, en un lenguaje de luz y color, que probablemente advertía de que la humanidad iba por un camino equivocado, y que un mundo de una

belleza extraordinaria nos aguardaba cuando fuéramos capaces de superar nuestras miserias.

Los días de crudo invierno iban pasando y cada uno los soportaba como podía. La norma es que todo estaba paralizado, el hielo lo cubría todo y no dejaba deshacerse a la nieve caída muchos días atrás. Los enfrentamientos eran muy raros, estábamos todos muy ateridos como para pensar en movernos. Manteníamos las armas envueltas en sacos y telas por miedo a tener que utilizarlas y se hubieran congelado hasta los gatillos.

Sabíamos que otros frentes estaban muy activos. El primer mazazo llegó avanzado febrero, Teruel fue recuperada por el ejército del dictador Franco, y el buitre empezaba a fijar su atención en Aragón, y que me perdonen los buitres por la comparación. Nos llegaban noticias de que las tropas nacionales se estaban concentrando en todo el frente de Aragón, con el apoyo de la aviación alemana e italiana. Había mucho nerviosismo entre los mandos, que tenían información sobre los movimientos enemigos. A estas alturas, en cada bando se sabía todo lo que pasaba en el otro, las redes de espías estaban más tejidas que las alambradas.

Se puso empeño en mejorar aún más las defensas de las trincheras, con más sacos terreros en los puestos de tirador, cavando segundas y terceras líneas de trincheras, y reforzando las comunicaciones.

A los pocos días, ya bien entrado el mes de marzo, la temida ofensiva de los nacionales comenzó en todo el frente de Aragón, desde Teruel a los Pirineos, precedida de potentes bombardeos de artillería y aviación, contra lo que no teníamos respuesta posible. Se rechazaron los primeros ataques y se producían bajas y heridos continuamente. Oíamos el grito de "camillero" por varias partes a la vez, y hacíamos lo que podíamos en medio del caos creciente. Aparecieron los temidos tanques y las líneas comenzaron a ceder y desmoronarse como un castillo de naipes. No ayudaba nada ver a los mercenarios moros avanzar entre los tanques, bien provistos de granadas, y la zona que ofrecía mayor resistencia se sometía a una potente lluvia de proyectiles de artillería. Y este desastre estaba ocurriendo por muchos puntos del frente.

La orden de retirada general nos llegó a media mañana, cuando estábamos tras las líneas cargando un camión-ambulancia de he-

ridos. Cargamos todos los que pudimos, quedándonos Lyam y yo atrás para sujetarles, y con el conductor y otros dos soldados menos graves delante, salimos escopetados en dirección a las líneas de tren, con la esperanza de poder evacuar a nuestros heridos en algún tren-hospital. Se produjo una desbandada, en la que algunos grupos de valientes se parapetaban para proteger la huida masiva, y otros intentaban salvar las armas y las municiones que podían cargar.

Los aviones enemigos se cebaban ametrallando a los vehículos, y a todo lo que se movía. Según íbamos avanzando, a demasiada velocidad para nuestra delicada carga, teníamos que esquivar alguna chatarra en llamas y a veces evitar el bloqueo bordeando los caminos. Era cuestión de suerte que uno de esos malditos cazas no la emprendiera con nosotros, tampoco daban abasto para atacar a todos, y ayudaba un poco las nubes de polvo que inundaban la carretera. No solo era una huida de soldados abatidos, también de civiles de los pueblos cercanos, con carros, mulas y a pie, sabedores de las terribles represalias que acompañaba al piadoso ejército nacional.

Pasamos por las afueras de Poleñino, donde nos dijeron que, en la estación del pueblo a unos tres kilómetros, estaba a punto de salir un tren con heridos y refugiados. Poleñino estaba desconocido, salían varias columnas de humo, y había un movimiento frenético de civiles y militares, de carros y vehículos, sobre todo. Al caer la Sierra de Alcubierre no habría defensa posible hasta las montañas previas al Pirineo. Los aviones seguían haciendo barridas, contestadas por un fuego intenso de fusilería y alguna ametralladora. Vimos caer derribado un Fiat Italiano envuelto en llamas y estrellarse con una estrepitosa explosión a un par de cientos de metros de los puentes del río Flumen, que pasamos mientras algunos soldados ponían cargas para volarlos. Llegamos a la estación a tiempo para subir los heridos al tren, con la ayuda de la gente. No era un tren-hospital, no había médicos, ni enfermeras; a finales de verano el hospital de Poleñino se había desmantelado y trasladado a otros frentes. Dejamos a los heridos al amparo de mujeres voluntarias, atención no les iba a faltar. Salió el tren que, al ir protegido por ametralladoras, mantenía a los aviones a cierta distancia, y justo aparecieron algunos chatos que iban cubriendo como podían la

retirada, muy inferiores en número a los cazas fascistas.

Volvimos a rescatar a más heridos, sin siguiera pensarlo, y antes de recorrer el primer kilómetro un caza enemigo, al que no acerté a poner nombre, se lanzó en picado hacía nosotros con un zumbido aterrador creciendo en intensidad, que nos hizo parar la ambulancia y salir a refugiarnos en los arcenes del camino, justo a tiempo de evitar un bombazo que hizo saltar la camioneta por los aires envuelta en fuego, esparciendo trozos de chapa ardiendo a nuestro alrededor.

Por unos segundos me quedé sin oír nada, no había tenido la precaución de taparme las orejas. Enseguida pude escuchar a Lyam que me zarandeaba

—Julián, reacciona, ¿Estás herido?.

—No—me costó responder—, creo que no, ya recupero el oído.

—El conductor está muerto—aseguro Lyam—, le ha fallado la suerte, la metralla le ha alcanzado en la cabeza. Y nosotros menos mal que íbamos vacíos, no habríamos tenido valor de abandonar la ambulancia llena de heridos.

—Ya no se sabe dónde estar más seguros—comenté—, en un vehículo somos un blanco muy llamativo.

Llevar una cruz roja bien grande en la chapa de la ambulancia, no nos había librado. Ya no me extrañaba de nada, esto era una guerra que no buscaba la victoria del contrario sino su muerte, una guerra fratricida, la peor de todas, si es que se puede hablar de graduaciones a la hora de matar.

Seguían pasando refugiados y algunos grupos aislados de soldados, todos a pie, y con prisas. El terreno era llano y no habría manera de oponer resistencia.

—¿Qué vamos a hacer ahora?—preguntó Lyam.

—Tenemos que ir hacia las montañas en dirección a Barbastro, y reagruparnos en cuanto podamos—comenté—. Mejor será no ir en grupos y evitar los caminos principales. Hay como treinta kilómetros, Ya intentaremos aprovisionarnos por el camino, va a ser duro.

—Bueno, vamos a tener que andar y llevamos buenas botas—dijo Lyam—, podría ser peor, muchos tienen que huir con alpargatas.

El optimismo del pelirrojo no dejaba de sorprenderme. Íbamos con lo puesto, literalmente, con nuestras flamantes pistolas enfun-

dadas que solo habíamos usado para probarlas y nuestra ropa ensangrentada con sufrimiento ajeno.

Nos pusimos en marcha marcando el paso lo más deprisa que pudimos. Nunca hubiera imaginado que se pudiera andar tan rápido. Atravesamos el rio Alcanadre por un puente, que nadie parecía querer volar, lo que hubiera imposibilitado el paso a vehículos y carruajes que seguían tratando de poner distancia a la debacle.

Después de atravesar una extensa llanura llegamos al pueblo de Berbegal, ubicado en una loma elevada, donde pudimos beber y comer algo. Un grupo de soldados con un sargento al mando, intentaba organizarse y nos unimos a ellos. Uno de los soldados vigilaba con unos prismáticos que desde esa altura se podía divisar hasta la Sierra de Alcubierre, a más de cincuenta kilómetros. Los nacionales avanzaban muy deprisa, se veían a lo lejos muchos vehículos, camiones, tanquetas, y hombres a caballo; se oían explosiones y había muchas columnas de humo; las líneas del frente habían caído totalmente, y el ambiente era de caos y desastre, con muchos nervios.

Decidimos seguir la retirada para encontrarnos en Barbastro, a poco más de 15 kilómetros. Por las carreteras nos alcanzarían pronto, atravesaríamos por los campos, evitando los caminos, aprovechando las zonas más arboladas, sobre todo de encinas, almendros y olivares, para protegernos de la aviación; los almendros estaban aún pelados y eso que acababa de entrar la primavera, seguía haciendo mucho frío, lo que para hacer grandes caminatas no viene tan mal. Antes de salir pudimos cambiar nuestras ropas por otras chaquetas militares y llevar una manta y algo más de abrigo. Lyam y yo éramos camilleros sin camilla, reconvertidos a soldados de infantería, armados con pistola en vez de fusil, y unos cuantos cartuchos.

Partimos en grupos de seis, quedaban tres horas de luz, llegaríamos a Barbastro entrada la noche, los nacionales no llegarían antes porque decían que se estaban volando todos los puentes, eso sí lo conseguían a tiempo. Marcamos un ritmo difícil de seguir, y aun así, cuando apenas llevábamos media hora de marcha, pudimos ver a lo lejos tropas nacionales bajando de camiones, que intentaban cazar a todo lo que se movía. Se oían disparos de vez en cuando y daba la impresión de que se acercaban, lo que nos iba subiendo la

tensión y el nerviosismo, y ya no podíamos apretar más el paso. Llegamos a un punto en el que había un joven soldado republicano sentado debajo de una olivera intentando vendarse una pierna que le sangraba. Me quede con Lyam para ayudarle mientras el resto de compañeros continuaban. La herida de su pierna no era grave, se la había hecho en una caída al rasgarse con una piedra. Le ayudamos con la venda y a ponerse de pie, cojeaba, le cogimos uno por cada lado y continuamos, sin poder correr, pero a buen ritmo; ser camillero te enseña a meterte en la piel de los que atiendes.

Cuando llevábamos un buen rato, se escucharon varios tiros muy cercanos, y se podían escuchar voces diciendo que no les mataran. Nos pusimos a resguardo en unos matojos, dejando a nuestro compañero que tenía las fuerzas a límite. Caía la tarde, con la pistola en mano, avanzando agachados, fuimos hacia el lugar de donde venían las voces. Detrás de unos matorrales vimos, a solo unos metros, una pequeña hondonada en la que estaban arrodillados dos soldados y otro en el suelo abatido, rodeados por dos moros que los registraban, un tercer africano estaba intentando arrancar un diente de oro al soldado caído, que se movió e inmediatamente el moro le corto el cuello. En ese momento llegó un joven cabo de los nacionales y se puso a gritar a los moros, llamándoles carroñeros, a lo que ellos agacharon la cabeza, y continuó diciéndoles que eran prisioneros y las decisiones las tomaba él, y que al primero que desobedeciera le volaba la cabeza, señalando su pistola enfundada. Lyam me miró marcando con la cabeza de que fuéramos uno por cada lado, con la pistola en mano; sin pensarlo más salimos a la vista y disparamos a bocajarro sobre los moros, ante la sorpresa del cabo que no tuvo tiempo de reaccionar. Lyam derribo a dos de ellos de sendos tiros en la cabeza y yo al otro de dos tiros más en el pecho, y me quedé apuntando al cabo, que se quedó enmudecido. Los dos soldados se incorporaron y recogieron las armas de sus captores.

Estaba alucinado, todo estaba ocurriendo muy deprisa, mis primeros disparos en la guerra habían cortado una vida, y lo que más me sorprendía era que permanecía inmutable, como si fuera algo normal

Continuaba encañonando al joven nacional.

—A este, le pegamos un tiro y nos vamos corriendo—dijo uno de

los soldados liberados.

—No se pega un tiro más—dije con seguridad, a lo que Lyam asintió—, este oficial os iba a hacer prisioneros.

—Nos habrían matado igual más adelante—insistió el soldado—, y si le dejamos capturara a más compañeros.

Mire a los ojos al joven que apuntaba, que estaba aterrorizado y ni siquiera le salían palabras de clemencia. Tenía otra vida en mis manos, el destino me daba el papel de juez sin tiempo para pensar. Con absoluta sangre fría le dispare en un pie y cayó al suelo retorcido de dolor, ante la extrañeza de mis compañeros.

—Más vale cojo que muerto—sentencié, con una frialdad desconocida en mí—, y podrías haberte pensado lo que significa ponerse del lado de los fascistas.

Miré a mis compañeros diciéndoles que atender a un herido impedirá a otros más que sigan la cacería, un argumento muy convincente. Nos aprestamos a recoger lo que nos fuera útil y salir pitando. Los moros llevaban en los morrales dientes de oro y otras joyas; la palabra carroñeros les quedaba clavada; así era la guerra de los patriotas, contratando mercenarios asesinos para hacer su trabajo sucio, y eso que eran racistas de libro, debían pensar que eran sus perros de presa. Tiramos los sucios morrales a una zona de zarzas. Uno de los soldados se despedía de su compañero abatido y escupiendo sobre el cadáver del moro que lo había degollado le dijo: "ahora, maldito asesino, vas y lo cuentas en ese supuesto paraíso que te espera con mujeres vírgenes".

Nos pusimos en marcha, recogiendo a nuestro compañero herido que se había acercado y presenciado desde lejos la escena, y al llegar a su lado me hizo una señal de reconocimiento con la cabeza, como aprobando lo que había hecho. Mi conciencia estaba tranquila, ya no podría decir que había pasado por la guerra sin matar a nadie, ese era un pensamiento cínico, el simple apoyo a un bando te hace cómplice; la cuestión es si tienes legitimidad suficiente para actuar en la defensa de lo que crees. Y como todo el mundo en la guerra se cree legitimado para matar, no hay una respuesta fácil, la tienes que hacer con tu propia conciencia, y la mía estaba en paz.

****

Salir del Registro Akáshico al puro plano del alma conlleva una espléndida expansión de paz y libertad.

Una presencia luminosa me esperaba, la reconocí en el acto, era un condiscípulo de mi Ashrama, y me llegó la visión de su imagen en la guerra civil española, la de Vicente, el joven que salió despedido en la trinchera junto a la ermita de Santa Cruz en la Sierra de Alcubierre. En este plano se sabe todo al instante, y no se necesita recordar lo que acontece a nivel de alma porque es un continuo presente. Nos reconocimos mutuamente, no necesitábamos comunicarnos con palabras o con ideas. Me vino también la visión del campo de servicio de la vida de Vicente, como conferenciante, escritor, e instructor en la Escuela Arcana para estudiantes de habla española, que hace poco había repasado mi mente, desde el otro lado, en el Camino de Santiago. Estábamos en envueltos en luz, radiantes, sin un solo rasgo de oscuridad. La vibración de Vicente era más etérea y sutil. Una presencia aún más luminosa se nos acercó inundándonos de luz y amor.

—Ambos tenéis un pasado en común, lo que se vive en una vida determinada crea lazos kármicos que se extienden por muchas más vidas. La experiencia de Vicente en su anterior reencarnación te será muy útil, lleva grabada en su luz la resolución del conflicto de los contrarios, que alcanzó su culmen en esa terrible guerra, como te ocurrió a ti. Él lo resolvió tras su difícil paso por la prisión al terminar la contienda, lo que posibilitó una potente línea de servicio, que es el principal objetivo que se marca el alma encarnada al limitarse en vehículos en el plano físico. Estas saliendo del mismo espejismo de los contrarios, que adopta el esquema de uno contra otro, tanto con respecto a sí mismo, como en relación con los demás, y que una guerra representa en grado extremo. Compartir la luz del alma de Vicente te ayudará a comprender de forma definitiva, en la luz se refleja la verdad realizada. Descubrirás que todo el complejo embrollo se aclara con pasmosa sencillez, sobre la base de la aceptación de que todos somos uno y las diferencias son nubes falsas e insustanciales, que obstaculizan la evolución y bloquean la verdadera naturaleza humana.

Vais a tener el privilegio de acompañar a otros discípulos y a grandes seres en el plano etérico del festival de Wesak, que ocurre

ahora en tiempo físico, como todos los años en la luna llena de mayo, en un remoto valle de los Himalayas al norte de la India.

Es el gran Festival de Oriente, en el que Buda, el anciano hermano de la humanidad, se acerca cada año a la humanidad y trae la energía de Shamballa, el eje y el centro de la vida en el planeta Tierra donde la voluntad de Dios es conocida, que se distribuirá al mundo a lo largo del siguiente año. Expresa los principios de sabiduría y propósito divinos. Las fuerzas de Iluminación son activas en esta época. Estas fuerzas están asociadas a la comprensión divina y pueden alcanzar a aquellos que aman y que sirven a sus semejantes.

Dejaros llevar.

De una forma instantánea nos desplazamos a un valle con unas montañas gigantescas, en visión etérica, con perfecta conexión con la visión física, solo que en frecuencia de luz.

La Jerarquía espiritual estaba reunida con todos sus miembros, con algunos también en presencia física. Tuve la certeza de conocer todo lo referente a la Jerarquía, sin la menor duda. El Cristo, y dirigentes de los otros dos grandes Departamentos, el Manu y el Señor de la Civilización, se disponían en formación triangular, frente a una enorme piedra plana sobre la cual descansaba un gran recipiente de cristal lleno de agua pura. Cuando la luna se asomó por el horizonte, en el momento de la luna llena de Tauro, vino el Buda, Gautama Buda, llegando desde Shamballa, y al rondar alrededor de la piedra y del recipiente, le transmitió al Cristo la energía que traía desde el elevado lugar de Shamballa, en los planos etéricos del desierto de Gobi. El Cristo la hizo circular por los tres grandes Seres, la Jerarquía en su conjunto la sujetó, y supe con la misma certeza que la liberaría gradualmente en el mundo hasta el plenilunio de Libra, cuando sería retirada hasta el próximo Wesak anual. La comprensión de todo lo que sucedía era exacta e instantánea.

En plena presencia física, la gente de la zona, tibetanos y los peregrinos del Norte de la India, se juntaron en un extremo del valle mientras esta gran ceremonia tenía lugar. Ellos no eran conscientes de todo lo que estaba ocurriendo en planos etéricos. Entonces el agua del recipiente de cristal, bendecida por la presencia del Buda, se repartió entre todos los participantes, en silencio total, en un

evento ceremonial de intensa energía, y de gran contenido significativo.

Presenciaba una magnífica visión, indescriptible e inimaginable en su auténtica grandiosidad. El mundo físico y los planos internos estaban perfectamente interconectados. Percibí todo mi ser bendecido de paz, luz y amor, permaneciendo en plenitud en un estado sublime, y estableciendo un compromiso interno, firme y potente, de trasmitir ese impulso allí donde pudiera llegar mi conciencia.

XII. Camino de Santiago. Samos.

Ya llevo varias etapas por Galicia y esta noche la pasaré en Pedrouzo a solo 20 kilómetros de Santiago. Esta tierra es un paraíso hasta cuando llueve, y un espectáculo de naturaleza aun mayor cuando la ilumina el sol. No me acabo de acostumbrar a caminar con lluvia, me gusta contemplarla sentada en un porche, o detrás de los cristales de un ventanal, y por mucha ropa impermeable que lleves, cuando llueve de verdad te acabas calando. Suerte que las chaparradas de estos días son esporádicas y suaves.

Galicia es un lujo para la vista, con infinidad de tonos verdes y preciosos paisajes, que a menudo te hacen detener la marcha para contemplarlos. Hay arbolado por todas partes, robles, chopos, álamos y otros árboles de ribera; pinos, eucaliptos, y los majestuosos castaños, que ahora están volviendo a la vida y comenzando su floración; muchos son enormes, centenarios, lo que habrán visto estas inmensas formas de vida. No faltan pastizales donde las vacas disfrutan de una vida idílica, mejor que en la India, y nos regalan su particular perfume. El olor a fiemo de vaca es una constante en las docenas de aldeas que atraviesa el camino, y también sus "delicadas" deposiciones, que yo siempre he visto como un valioso abono para las huertas. En las poblaciones, la mayor parte muy pequeñas, abundan las casas de piedra, techadas de pizarra, y no faltan los hórreos, esas peculiares construcciones donde los antiguos protegían de la lluvia su maíz y otros cereales, elevadas por columnas de piedra, con unas cámaras de paredes caladas para permitir la ventilación. Me llaman la atención los torna-ratas, unas piedras sobre las columnas, de pizarra o granito, planas y de escaso grosor, que impedían el paso a los roedores y otros animalitos sin complejos por saquear las despensas de los aldeanos.

Desde pasado O Cebrerio se me están complicando las piernas, la rodilla derecha amenaza con inflamarse, y tengo que llevar una rodillera, que por ahora aguanta bien. Lo que ya es otra cosa es la tendinitis que llevo en la espinilla izquierda, en la parte delantera de la tibia, es dolorosa y me obliga a caminar despacio. Ahora comprendo a Karen que tenía el mismo problema; como hizo ella también seguiré adelante, no tengo días de sobra para dedicarme al reposo, que es la única forma de curar bien las tendinitis. Es un

incordio, pero me contento con no sufrir las ampollas como otros peregrinos; al andar, siempre que no llueve, con sandalias de travesía, los pies van aireados y sin roces. De todas formas, después de tantas jornadas de caminatas es normal que vaya saliendo algún incordio.

Llevo varios días buscando la soledad, no tengo un motivo especial, me lo pide el cuerpo, es como si necesitara asimilar todas las reflexiones, sensaciones, imágenes, pensamientos e ideas, que me están surgiendo en esta aventura tan especial. No tengo problemas en pararme a hablar con alguien, al coincidir en un almuerzo o en un descanso, solo que al arrancar les digo que me adelanto sola, y todo el mundo lo acepta con naturalidad y asiente con la cabeza. No soy la única que lo hace, muchos van descubriendo la diferencia entre caminar hablando, intercambiando impresiones y comentarios, o hacerlo en silencio, con todos los sentidos abiertos y atentos a lo que depara el sendero. Son espacios mágicos que te hacen descubrir que la belleza del mundo está por todas partes, no solo en paisajes de especial naturaleza o en esbeltas iglesias, lo bello se puede desvelar también de apariencias que consideramos feas o poco agraciadas: de un montón de viejos ladrillos puede salir una mariposa; el asfalto húmedo refleja las nubes del cielo; un tractor destartalado y humeante marca su propio ritmo musical. Empiezo a darme cuenta de forma evidente que los seres humanos somos responsables de todas nuestras limitaciones.

Hace falta un buen presupuesto para hacer el camino, sobre todo con la edad, si se pretende dormir en habitación individual o doble, y comer en restaurante al menos una vez al día. Hay a quienes se les nota que van apurando sus recursos, buscando albergues de donativos y haciéndose la comida en las cocinas comunitarias. Ya no se peregrina confiando en la hospitalidad, como pudo ser lo habitual en el medievo, de ahí el nombre de hospitaleros con el que se quedaron los regentes de los albergues. Van cambiando los tiempos y todo funciona a base de dinero, es la sociedad que nos toca vivir.

Algunos hosteleros, los pocos, que hacen más ruido de lo que valen, se aprovechan de la ruta con precios abusivos sabiendo que cada día llegaran nuevos clientes. Tuve que presenciar una escena que me indignó cuando a dos peregrinas nórdicas las quisieron co-

brar en un bar 15 euros por dos simples refrescos. Me encaré con la camarera descarada, diciéndola, que o se había equivocado o tenía mucha geta, y encima se puso chula y la amenacé con provocar una inspección de su local, con lo que se lo dejó en 8 euros, aun un precio abusivo. Las dos peregrinas estaban sorprendidas de mi intercesión y me lo agradecieron. Ya no es por dinero, es cuestión de actuar cuando delante de tus morros se produce un atropello; si nadie hace nada ante las pequeñas situaciones injustas, no es de esperar que se haga tampoco con las grandes. Debería haber un control de estos excesos, que estropean la imagen y la buena acogida con el que muchas personas atienden a los peregrinos.

Un fin de etapa reseñable fue hace tres jornadas en el Monasterio de Samos, un icono de la cultura gallega, que fue el hogar del rey Alfonso II El Casto, creador e impulsor del camino de Santiago, quien instauró el sello oficial a las peregrinaciones. Sus orígenes se remontan al siglo VII, refundado en el año 759 para acoger una comunidad de monjes del sur que huían de la invasión musulmana. Con la adopción de la regla de San Benito, en el año 960 comenzó la hospitalidad de peregrinos.

El monasterio ha sufrido varios incendios que han obligado a su reconstrucción en otras tantas ocasiones, Se dice que algunos eran causados por los frailes en su empeño por conseguir el "acqua vita" alquimista. Los monjes de Samos, además de alquimistas, eran populares por sus trabajos con el hierro; se los llamaba "monxes ferreiros", por la calidad de sus forjados, que aparecen también en otros templos del camino. Uno de los peores incendios ocurrió en 1951, que fue seguido de una amplia reconstrucción; era la niña bonita del franquismo y Franco, como buen gallego, se esmeró en su costosa recuperación.

Se encuentran varios estilos arquitectónicos: restos románicos, gótico tardío, renacentista y barroco. La iglesia abacial, es barroca, construida entre 1734 y 1748. Tiene planta de cruz latina y tres naves, con mucha luz, como la que llega de su bóveda, iluminada por ocho óculos . El retablo mayor también es clasicista y destaca un inmenso órgano con 3800 tubos, tiene que ser una maravilla disfrutar aquí de un concierto con este impresionante instrumento.

Hay dos claustros comunicados entre sí. El Claustro Pequeño o "de las Nereidas", es del siglo XVI, imita el estilo gótico y dispone de

curiosos motivos de decoración, como la inscripción humorística "Qué miras, bobo" en una clave. El centro del claustro lo ocupa una singular fuente barroca de comienzos del siglo XVIII.. El Claustro Grande, es del siglo XVII, con una extensión enorme, tiene 3.000 metros cuadrados y 54 metros de lado. Se conoce como "del Padre Feijoo", por ser donde tomó el hábito benedictino en 1690. El estilo es una combinación austera y sencilla de clasicismo y herrerianismo, con nueve arcos de medio punto por cada lado en la planta baja, columnas dóricas en las dos primeras plantas y jónicas en los ventanales de la tercera. Los muros del piso superior están decorados con pinturas murales modernas, muchas de monjes y de San Benito. En uno de los murales se cuelan retratos en los devotos personajes de conocidos miembros del régimen franquista, como el de Carrero Blanco, el brazo derecho y posible sucesor de Franco. Quien le iba a decir que años después de su pintura acabaría de mártir cuando su coche voló por los aires de Madrid cuando iba a misa. Con referencias al antiguo régimen e incluso con reliquias de la guerra civil, de Papas que santificaron una sublevación de corte fascista, me cuesta contemplarlo de manera imparcial. Es una forma de pervertir el arte sacro.

Una de las joyas del monasterio es su gran biblioteca, que tiene una inscripción en latín en su puerta de entrada: *"Claustrum sine librario sicut castrum sine armamentario"*, "Un monasterio sin libros es como un castillo sin armas". Tiene más de 30 metros de largo, y alberga unos 25.000 volúmenes, inclusos varios incunables y muchos documentos de valor histórico, sobrevivientes privilegiados de los fuegos y las vicisitudes históricas. Es un lugar de silencio y estudio que no permite visitas, me habría encantado entrar y sentirme arropada por libros cargados de historia.

El entorno del monasterio, con el río Sarria bordeando sus muros y grandes extensiones de prados y bosques, prolonga la tranquilidad del enclave y lo funde con la paz de la naturaleza. A unos cien metros del monasterio actual se encuentra el resto más antiguo que se conserva, la Capilla del Ciprés, dedicada a San Salvador. Posiblemente se trataba de una celda monástica. Su construcción, de estilo mozárabe, en lajas de pizarra, data del final del siglo IX. Consta de dos cuerpos de planta ligeramente trapezoidal, nave y cabecera, con la puerta situada en un lateral sur cuya curvatura

tiende a la forma de herradura. En el interior aún se conservan pinturas al fresco de influencia astur. Casi adosado a la Capilla se encuentra un gran ciprés milenario de veinticinco metros de altura y de unos tres metros de perímetro. También es un sobreviviente al paso del tiempo, incluso lleva un parche negro causado por un rayo, un gigante que ha vivido mil años en un entorno de paz, con esporádicos desastres en el lado de los humanos.

El albergue del Monasterio Samos es muy justito, está en un lateral, en una planta baja, junto a la carretera y un viejo poste de suministro de carburante, aun en vigor, una mini gasolinera que allí no encaja para nada. Todo el albergue es una sencilla y una única habitación alargada con literas y baños en el fondo, austera donde los haya. Nada que objetar, es de donativo y atendido con amor por un hospitalero voluntario auténtico, un andaluz de Sevilla con un fuerte acento difícil de entender, lo curioso es que a él también le cuesta entender a los españoles del norte. Da igual, solo estábamos tres españoles, y al menos el doble de coreanos, que me caen bien, son muy amables, vienen de una sociedad que les enseña a vivir en comunidad, tienen un alto sentido del respeto a los demás, y nunca se hacen notar, ni crean la menor molestia. También había ingleses y norteamericanos, con un significativo contraste con la educación coreana. Me siguen sorprendiendo personas de hable inglesa a las que te diriges en su lengua haciendo un esfuerzo de habla y comprensión, y te hablan a toda velocidad sin el más mínimo respeto, y a los que no hablan inglés los ignoran. Se olvidan que están en España y el mundo no les debe pleitesía. Me revienta la supremacía lingüista, venga de donde venga.

Esa misma noche coincidió con la luna llena de mayo; recordé que se celebra el festival de Wesak en un remoto valle de los Himalayas, y que hay una red de meditaciones por todo el planeta en conexión con ese evento espiritual. Estuve un buen rato meditando en la Iglesia totalmente sola, con una energía desbordante y un silencio infinito. Me queda un grato recuerdo de una preciosa noche de paz, arropada por la luz de la luna, en un delicioso paseo nocturno alrededor del monasterio.

A solo 11 kilómetros de Samos se llega a Sarria, donde quedan poco más de 100 kilómetros para Santiago, y es el inicio del camino para muchos peregrinos con poco tiempo y que quieren ganarse la

Compostela, que exige ese tramo mínimo. Es por eso que aumenta el número de caminantes, que en periodos estivales se convierte en avalancha. El éxito puede ser un problema para el camino de Santiago, con demasiada afluencia se pierde parte de su encanto. A partir de aquí la cuenta para el final del camino va descendiendo, se refleja en los mojones y en las señales de información, y a medida que se reduce, te va dando la sensación de que se aligera el peso de la mochila y la ruta te lleva en volandas.

Me detuve ayer en Melide, iba de paso hasta el final de etapa en Arzúa. Tenía poco tiempo y tuve que elegir entre el patrimonio de sus iglesias o comer el famoso pulpo gallego del lugar, y eso que aún queda lejos del mar. Me sentí un poco culpable por preferir el pulpo al arte arquitectónico que merecía ser contemplado, lo intenté con la primera iglesia, pero estaba cerrada, y rara vez en mi vida, me pudo la gastronomía. Comer pulpo en Melide, en uno de sus centros míticos, también es arte.

Me maravillan los cruceros gallegos, los hay por centenares por toda Galicia, y son muy notables en el camino. Su origen se remonta a tiempos romanos en el periodo del emperador romano Constantino. A partir del siglo VII, los monjes irlandeses difundieron las cruces célticas, bien decoradas, con su característica cruz anillada que se extendió también por Gran Bretaña. En el continente europeo, los cruceros de piedra se hicieron muy habituales de manos del Románico y proliferaron en el Renacimiento, y durante el Barroco. En el Camino a Compostela hallamos cruces de todas las clases, desde antiguas cruces de madera, hasta elaborados diseños esculpidos en piedra granítica, todas ellas cargadas de historia y espiritualidad. La estructura clásica del crucero consta de una plataforma de varias gradas, que culmina en una base sobre la que arranca la columna, con un capitel encima, y en lo más alto aparece la figura de un Cristo crucificado, a menudo con una imagen de la Virgen María en la parte opuesta. Hay una colección muy creativa de variantes, en las formas geométricas de la base y los capiteles, y en los muchos elementos decorativos, de vegetales, ángeles o incluso calaveras.

Me acerco al final de la etapa en Pedrouzo, atravesando pequeñas aldeas, siempre a paso lento por mi tendinitis que me incita a hacer muchas paradas y no hay terraza de bar en la que no me de-

tenga con la excusa de descansar mi sufrida pierna, y suele caer una cerveza; como siga así voy a tener que poner límites. Ir a ritmo lento me deja percibir, aun con más detalle la belleza de la vida rural. Continúo por un sendero rodeado de prados, robles y eucaliptos, que siguen ganando terreno. No me deja de sorprender como ha llegado a Galicia el eucalipto, un árbol de origen australiano, y que se sigue extendiendo sin darse cuenta que está en la otra punta de la tierra. Se cree que los primeros eucaliptos llegaron por diversas vías en el siglo XIX. En los años 40, después de la guerra civil, la dictadura franquista consideró al eucalipto como una fuente principal de materia prima para la industria de la celulosa, por lo que se comenzó a expropiar terrenos forestales y talar el bosque autóctono para destinarlos al nuevo inquilino. Más adelante se instalaron fábricas papeleras, y ese imparable crecimiento se extiende hasta hoy, apoyado por políticas a favor del desarrollo de esta superficie de cultivo, lo que sumado al abandono de la gestión forestal ha creado una situación de empobrecimiento de los bosques gallegos, todo ello por monocultivo de una especie que aporta poco valor y fomenta la migración de la población, el talón de Aquiles de Galicia desde finales del XIX hace más de cien años. Estos últimos años se han creado colectivos en contra de la industria de celulosa en Pontevedra, que a su vez han conectado con otros preocupados por la diversidad en los montes gallegos, encima asolados por incendios forestales, y parece que se están frenando las nuevas plantaciones. Tengo un cierto cariño a este árbol, a pesar de que lo hayamos convertido en una especie invasora, que además ya ha dejado de ser exótica. Para mí lo mejor del eucalipto son los vahos con sus hojas que me han ayudado muchas veces a llevarme mejor con mis catarros.

Llegar a Pedrouzo, a solo 20 kilómetros de Santiago, es como la antesala de la etapa triunfal de mañana, que sin duda será un día muy especial. A la entrada del albergue casi me impide el paso un montón de mochilas de las que vienen por el servicio diario de transporte. Es una buena opción para gente mayor o con problemas físicos, les permite caminar con solo lo puesto y poco más, pero te obliga a acabar la jornada en el sitio al que has enviado tu equipaje y eso limita la libertad de parar o seguir que para mí es muy valiosa. Cuando llevas el peso justo, bien anclado en la cintura, no se nota

casi la mochila.

Después de la santa ducha viene la tranquilidad, hoy no me altera el ajetreo de peregrinos. Van un poco excitados y eufóricos por el final del camino, sobre todo los que llevan muchas etapas en sus costillas. Son momentos de animadas conversaciones; se me hacen agradables y amenas. Me quedo absorta observando a una familia joven de franceses con sus cuatro hijos, tres niñas de 7, 9, y 11 años y un adolescente de 14; se han montado la cena en la cocina del albergue, y en la que todos ayudan como si fueran adultos. Hablo con ellos, aunque no domino mucho el francés, son muy amables, se nota que han creado un ambiente familiar unido, irradian una honda muy dulce y relajada. La niña de 7 años me tiene enamorada, con sus gafitas redondas y su cara sonriente, está haciendo dibujos para los peregrinos, y se los entrega diciendo: "buen camino". Aunque no se parece en nada a mi hija, me la recuerda, puede que por su vivacidad y aire de pizpireta, y no puedo detener el impulso para coger el móvil y llamar, espero cogerla en casa.

—Hola Lorena, tengo delante a una niña preciosa y he tenido la necesidad de llamarte, te echo de menos, y te lo digo con sano desapego, ¿Cómo va tu vida?.

—Hola mama, yo también tengo ganas de verte, estoy genial, ya te imaginas que me apaño bien sola, pero para ser sincera echo de menos la forma en que me das cariño con tus guisos de cocina, creo que hasta estoy perdiendo peso y ya sabes que no voy sobrada.

—Tienes mucho morro, pero estoy deseando una comida de madre e hija, me han dado ideas lo que he visto en algunos restaurantes del camino, debo tener la clásica deformación de madre.

—Pues me encanta que hagas de madre, sin excesos que nunca son buenos, pero ¿Cómo llevas la tendinitis?, anteayer no te pregunté.

—La tengo mejor, he procurado no forzar la marcha los últimos días. Mañana en Santiago veré como estoy y que sensaciones me llegan, para decidir si quiero llegar hasta Finisterre; son al menos tres etapas adicionales.

—Claro que sí, aprovecha, lo tienes a tiro de piedra, y a saber cuando dispones de un periodo tan largo de vacaciones. Algún día, espero que no muy lejano, yo también haré el camino.

Hablar con Lorena, aunque sea una conversación trivial, me cal-

ma y es como si me asienta, es un tentáculo de mi vida que siempre está presente, aunque procuro no darle importancia y mantener el equilibrio en la distancia.

En el cuaderno de notas voy llenando páginas con muchas de las cosas que pasan por mi mente a cualquier hora del día. Me alegra la idea de releerlo cuando este en casa, una de esas tardes con varias horas muertas; supongo que me entrará morriña de estos increíbles días, ya me da nostalgia ahora solo de pensarlo, y aún no he acabado el camino. Escribo una frase:

"Quiero a mi hija, de forma sana, aceptándola como es, sin exigirla nada, con un amor profundo y sincero, ojalá el sentimiento que tengo hacia ella lo pudiera tener a toda la humanidad, ojalá todos nos amaramos como aman las madres a sus hijos".

La gente se va yendo a la cama, Por fin vuelvo a coger la Tablet que tengo más que abandonada. Me interesa ahondar en el papel de las mujeres, salvo excepciones, son las grandes olvidadas de la guerra civil, y la sufrieron por partida doble, por ellas mismas, como todos, y por el dolor de la perdida de sus hijos, una tragedia más atroz para las madres que para los padres, aunque suene a tópico, hay que ser madre para comprenderlo. También pasaron por un machismo que ahora se ve inaceptable, como se verá el machismo actual dentro de cincuenta años, hoy por hoy sigue siendo una lacra, una asignatura que se sigue suspendiendo por muchos hombres y por demasiadas mujeres.

Me meto a bucear en la figura de **Clara Campoamor** (1988-1972), que tiene un apellido que hace honor a su trayectoria humana. Fue una abogada, escritora, política y defensora de los derechos de la mujer española. Ha pasado a la historia como una de las principales impulsoras del sufragio femenino en España, que se incluyó en la Constitución de 1931 y fue ejercido por primera vez en las elecciones de 1933.

Proveniente de una familia con escasos recursos se fue haciendo a sí misma. Con solo diez años de edad, impulsada por la necesidad familiar tras la muerte de su padre, tuvo que dejar sus primeros estudios y ponerse a trabajar en un taller de modista, luego de dependienta comercial, más tarde de telefonista, logrando en 1909 una plaza en el cuerpo auxiliar de Telégrafos del Ministerio de la Gobernación, en las primeras oposiciones de auxiliares femeninas

de Telégrafos, con destinos sucesivos. Ya para entonces era una mujer autónoma e independiente, algo poco habitual en esa época. En 1920 inició sus estudios de bachillerato, consiguiendo el título y matriculándose luego en la Facultad de Derecho, por la que se licenció el 19 de diciembre de 1924. Con 36 años, se convirtió en una de las pocas abogadas españolas de la época, y pasó a ejercer su profesión. También desde 1920 se publicaron sus primeros artículos y nació su interés por la política, frecuentando ambientes intelectuales madrileños y colaborando con diversas asociaciones feministas, dando conferencias y aumentando su presencia en la prensa. Fue parte del núcleo fundador de la Acción Republicana de Azaña, pasando después al Partido Radical, cuando fue imposible que se construyera un único partido liberal republicano, y lo abandonó cuando se fueron hacia la derecha. Su paso por la política fue controvertido y nunca logró su aspiración de unión de todos los republicanos. Sus ideas no se ajustaban a los moldes establecidos, dejó dicho: *"Estoy tan alejada del fascismo como del comunismo. Soy liberal"*. En 1930 a la pregunta de un periódico sobre sus ideas políticas contestó: *"República, república siempre, la forma de gobierno más conforme con la evolución natural de los pueblos"*.

Clara Campoamor será siempre recordada por su lucha a favor del voto femenino en el Congreso de los Diputados en octubre de 1931, después de haber sido elegida diputada por Madrid por el Partido Radical, en las elecciones de ese mismo año, y por su enconado debate con otra diputada, Victoria Kent. Los partidos republicanos más radicales no querían que las mujeres votasen porque daban por hecho que estaban muy influidas por la Iglesia y votarían a favor de la derecha. Por ello, el Partido Radical Socialista, con Victoria Kent al frente, se enfrentó a Clara esgrimiendo su posición contraria al voto de las mujeres. Campoamor fue considerada como la vencedora y artífice de la aprobación del artículo 36 que posibilitó el sufragio femenino; se logró con 161 votos a favor por 121 en contra. En pleno debate Clara manifestó:

"*Tenéis el derecho que os ha dado la ley, la ley que hicisteis vosotros, pero no tenéis el Derecho Natural, el Derecho fundamental que se basa en el respeto de todo ser humano, y lo que hacéis es detentar un poder; dejad que la mujer se manifieste y veréis como ese poder no podéis seguir detentándolo…"*

Además del voto femenino, que se consiguió por votación, Clara Campoamor, como vocal de la Comisión que elaboraba el texto constitucional de la nueva República, logró introducir la no discriminación por razón de sexo, la igualdad de derechos dentro y fuera del matrimonio, también para los hijos, y el derecho al divorcio.

Otro de los debates en los que fue protagonista Campoamor tuvo lugar también en el Congreso, el 12 de enero de 1932, sobre la abolición de la prostitución, que suscitó muchas intervenciones. Clara, en un memorable discurso insistió en que: "*la ley no puede reglamentar un vicio*", y arremetió contra la pasividad de las autoridades: *"Las casas de prostitución reglamentadas, autorizadas por el Estado, percibiendo directa o indirectamente de ellas tributos, de una corrupción, de un vicio, son los centros de contratación de la trata de blancas, en donde se pueden albergar fácilmente todas las mujeres que un vividor, delincuente de oficio, traspasa de ciudad en ciudad y lleva de mercado en mercado"*. Recordó al Congreso que España estaba representada en la Sociedad de Naciones de Ginebra, donde existía una Comisión de Protección de la Mujer y contra la trata. La aprobación de la abolición de la prostitución tuvo que esperar a hacerse por Decreto el 23 de junio de 1935. Se declaraba como una forma de garantizar la igualdad entre hombres y mujeres, y algunos sectores tacharon de ser poco ambiciosa. Es un debate que se extiende hasta nuestros días en los países más avanzados en democracia, entre quienes abogan por regularla para evitar que las mafias exploten y esclavicen a las mujeres, y quienes creen que su prohibición acabará con el tiempo con el problema, que desde luego no ha ocurrido en los países donde se ha abolido. Son posiciones muy encontradas, con suficientes razones en ambos sentidos, que a muchas personas nos suscitan dudas, y no tiene una solución fácil. Lo que nos enseña la historia es que ningún asunto complicado, profundamente arraigado en el tiempo y en determinados comportamientos sociales, se resuelve con soluciones radicales.

En 1934, después del abandono de Campoamor del Partido Radical por su subordinación a la derecha y los excesos en la represión de la insurrección revolucionaria en Asturias, intentó unirse a Izquierda Republicana, pero no fue admitida, convirtiéndose en una republicana sin partido, y pagando su independencia y el adelanto

a su tiempo con su lucha a favor de la mujer. En mayo de 1936, publico *"Mi pecado mortal. El voto femenino y yo"*, un testimonio personal de sus luchas parlamentarias en favor de los derechos de las mujeres, que refleja también su soledad, que marcaría el resto de su vida.

Al estallar la Guerra Civil, por temor a ser represaliada tanto por el bando sublevado como el revolucionario, se exilió a Lausana, en Suiza, donde trabajó como traductora, después a Buenos Aires y posteriormente regresó a Lausana. Durante su exilio compaginó sus empleos con la escritura de diversas obras sobre feminismo y sobre su experiencia en el ámbito político. En París, en 1937, publicó *"La revolución española vista por una republicana"*, donde narra su experiencia en Madrid, mostrándose crítica con el comportamiento de los republicanos, escribió:

"Dejé Madrid a comienzos de septiembre. La anarquía que reinaba en la capital ante la impotencia del gobierno, y la falta absoluta de seguridad personal, incluso para las personas liberales -sobre todo, quizá, para ellas- me impusieron esta medida de prudencia. Si la gran simpatía que se siente siempre por la situación de los que se defienden, puede llegar hasta explicar los errores populares, esta misma simpatía rechaza llegar hasta el sacrificio, oscuro e inútil, de la propia vida. Se sabe también que los autores de los excesos, o los que los han dejado cometer, encuentran siempre cómo disculparse, aunque sólo sea pretendiendo que hay que juzgar a las revoluciones en su conjunto y no en sus detalles, por muy elocuentes que sean. ¡Y yo no quería ser uno de esos detalles sacrificados inútilmente! No quise irme sin llevar conmigo a mi anciana madre de ochenta años de edad y a mi sobrinita, únicas personas que estaban a mi cargo".

Vivió más de una década en Buenos Aires, donde se ganó la vida traduciendo, dando conferencias y escribiendo biografías. Publicó veintinueve textos divulgativos en la revista femenina *"Chabela"* entre 1943 y 1945

Intentó regresar a España a finales de la década de 1940, pero desistió al conocer la noticia de que se había abierto un proceso contra ella acusada de pertenecer a una logia masónica, por el que habría sido condenada a doce años de cárcel de haber regresado. Las acusaciones de pertenencia a la masonería era un recurso ha-

bitual del régimen franquista cuando querían destruir a alguien y no tenían como justificarlo; las condenas de los tribunales eran seguras, al viejo estilo de la inquisición.

En 1955, se instaló en Lausana, donde trabajó en un bufete de abogados hasta que murió en 1972. Toda su vida fue una: *"lucha sobre el pateado sexo"*, como escribió en una carta desde el exilio.

Se ha calificado al siglo XX como el Siglo de las Mujeres, y sin duda no se entendería ese periodo sin tener en cuenta la aportación de muchas valientes que se jugaron la vida por sus ideales, en especial en la guerra civil española. Fueron sobre todo las mujeres de principio del siglo de muchos países, las que lucharon con tenacidad y bravura para conseguir derechos en la igualdad entre hombres y mujeres, que ahora se consideran básicos.

Me doy cuenta que hoy estoy en clave feminista, y no está de más, cuando rebrotan los males del pasado que creíamos superados, con el incomprensible auge de la extrema derecha, empeñada en negar la discriminación que todavía padecen muchas mujeres. Lo que más me sorprende es el poco conocimiento de la historia en Europa, y hacia donde nos llevan determinadas ideas políticas; no hace tanto tiempo que el fascismo tiñó de sangre y destrucción todo el continente. Al final va a resultar que la asignatura de historia es más importante en una buena educación, que la lengua y las matemáticas.

Me encanta que me llegue el sueño leyendo o escribiendo, ir a dormir en calma y con la cabeza centrada es garantía de un sano descanso.

Marzo de 1938. Bolsa de Bielsa.

A finales de marzo de 1938 ya son varios días de retiradas, cada vez con menos precipitación. Desde Barbastro se han ido creando líneas defensivas con el único objetivo de detener el arrollador avance del ejército de los nacionales y dar tiempo a poner a salvo el mayor número de efectivos y de refugiados, y recopilar armamento para sostener una férrea defensa ya en pleno Pirineo de Huesca. Lyam y yo volvemos a ser camilleros y no paramos de llevar heridos, los combates están siendo muy sangrientos, con muchas bajas de valientes que se quedan con lo puesto protegiendo a los que nos retiramos. No creo que haya nadie capaz de acostumbrarse a ver tanto dolor y tanta muerte. También los franquistas están cayendo por centenares; a sus mandos parece darles igual, compitiendo entre ellos para ver quien hace mayores avances; los que dan las ordenes no están en primera línea, si no, tendrían más cuidado en lanzar a sus soldados como si no tuvieran familia.

Hemos visto con desesperación como han ido cediendo todas las barreras que se iban poniendo, por la Guarguera, en los pueblos de Gillué y Matidero, por Barasona, o por el puerto del Serrablo, en el que ha habido una fuerte resistencia, hasta llegar a la línea defensiva de Campodarve y Morcat, que ha aguantado los embistes unos días y se va a dejar caer en breve. Ahora llevamos dos días creando una línea de trincheras, mucho más potente, entorno a la Peña Montañesa pasada la localidad de Ainsa, que a pesar de tener un viejo castillo amurallado no tiene una posición estratégica defendible y acabará cayendo. Lo mismo rellenamos sacos de tierra que hacemos de albañiles y carpinteros montando refugios para soportar las cargas de artillería y aviación que nos están haciendo perder las posiciones.

Hace un frío que pela, ni los montañeses de la zona recuerdan un invierno tan duro y tan largo. Eso en parte nos beneficia porque no es fácil mover tanques y cañones entre hielo y nieve o en zonas embarradas, pero también nos complica la vida, hasta calentar un café aguado es un desafío, y ya lo de las comidas calientes es un lujo de otro mundo. Tampoco es fácil hacer zanjas en terreno helado, el pico rebota y no sabes si es del hielo o de alguna piedra, al menos estar haciendo trabajo físico evita que te congeles.

Un poco más allá están montado un puesto de tirador con una ametralladora, una vieja hotchkiss de 7 mm modelo 1914, que viene de la revolución mexicana y ya la he visto actuar en combate, sólida y bastante fiable, y no se recalienta con facilidad; es pesada, necesita un trípode para sostenerse. Estaba mirando a tres soldados montando el arma y uno de ellos me resultó familiar por su fuerte complexión, un hombre de más de cuarenta años, poco habitual entre tantos jóvenes. Me acerqué hacía él de forma casi instintiva y según me acercaba nos cruzamos la mirada, y a los dos se nos quedó cara de sorpresa, seguida de una sonrisa. Era Teo, mi compañero de cárcel y fusilamiento, y él también me había reconocido. Nos dimos un fuerte abrazo sin pensarlo, y nos echamos a reír de alegría.

—Vaya, al final no has resultado tan flojo como parecías—dijo Teo—, no sabes lo que me alegra verte de nuevo.

—Lo mismo digo, supongo que también pasarías lo tuyo huyendo de los falangistas. Yo tuve suerte y encontré ayuda, y pude pasar desde Zaragoza a la Sierra de Alcubierre, de la que no he salido hasta que ha caído el frente en Aragón. Nunca me hubiera imaginado como soldado, la vida de estos últimos meses no hace más que darme sorpresas.

—Son tiempos difíciles para todos, nadie lucha en esta guerra salvaje por gusto. Yo fui hacia el Norte y aguanté hasta que cayó el país vasco y entonces pasé hacia el Pirineo de Huesca, y aquí estoy, responsable de una ametralladora, que ya ha cortado la vida a muchos desgraciados.

Teo contó a sus camaradas, que nos observaban con interés, nuestra odisea ante un pelotón de fusilamiento, que también escuchaba Lyam, que no conocía los detalles.

—Ahí donde le veis—continuó Teo—Julián, un profesor de Universidad de aspecto frágil, no se acobardó, ni apaleado en la cárcel, ni ante los fusiles, y lucha en primera línea por la República del pueblo, sin excusas, y sin hacer valer sus conocimientos y sus saberes como hacen otros. Desde el primer momento en el que te vi supe que darías la talla.

—Yo soy solo responsable de una camilla, junto con mi compañero pelirrojo que ha venido de Irlanda a luchar con el pueblo español, y eso si es para quitarse el sombrero, o la gorra, o lo que

cada uno pueda llevar en la cabeza para soportar este frío helador, y aunque rehúyo disparar, ya nos ha tocado pegar algunos tiros y ver como se desvanece una vida delante tuyo.

—No creo que a nadie le divierta matar—apuntó Teo—, no es una elección, es una lucha por la supervivencia y por defender lo que crees que es de justicia ante esta horda de fascistas. Ya los vistes en los Montes de Oca, con que saña quitaban la vida y obligaban a los campesinos a cavar las tumbas. Cuando disparamos con la ametralladora caen soldados enemigos, muchos reclutados a la fuerza, pero también se abre una oportunidad para que miles de personas salgan de la miseria; no te puedes quedar con juicios a medias.

—Tienes razón—dije—, y no me siento culpable, solo que me han educado para las letras y jamás me he peleado con nadie. Por eso encajo mejor de camillero.

—Tendrías que ver a Julián en acción recogiendo heridos—dijo Lyam, chapurreando en español—, es capaz de meterse en el mismísimo infierno por sacar a un compañero caído, y ya ha tenido que pasar por el hospital.

Por la forma que Lyam y Teo se miraban noté que se caían bien. Estar en continua relación con personas de todo tipo te despierta la capacidad de desvelar la verdadera identidad de los demás y ellos dos eran hombres con mucho mundo. Tantos meses en las trincheras rodeado de muchos compañeros en poco espacio y además enseñando a leer y a escribir, te hace desarrollar dotes de observador que no creías que existieran.

Nos fuimos cada grupo a su trabajo, quedando con Teo que cuando tuviéramos ocasión celebraríamos nuestro encuentro. Era muy reconfortante saber que él también lo había conseguido, seguramente también pasando unos días peligrosos y muchas penurias. Ahora la prioridad era fortificar posiciones y hacer refugios tanto para las bombas como para el gélido invierno que no daba paso a la primavera, e intentar contener los ataques y reorganizar el ejército republicano.

Nos van llegando las informaciones de como van cayendo pueblos y hasta donde va llegando la desbandada. El 27 de marzo cayó Sariñena, el 28 Albalatillo, Lastanosa, Peralta y El Tormillo, y una lista interminable. El general Yagüe con los moros llegó a Fraga,

Lérida no tardará en claudicar, y también cayó Barbastro, con una dramática retirada por al alto del Pino que ha traído a los nacionales hasta las puertas de Ainsa. Se van ralentizando los avances de los nacionales con el coste de muchas bajas por ambos bandos, y se van acercando a nuestra posición, elevada y bien preparada, donde no les va a ser fácil pasar.

A primeros de abril sigue el frío intenso que solo se reduce un poco cuando la nieve se convierte en lluvia o granizo, lo que aún empeora las condiciones por la humedad y la falta de ropa de abrigo; aún son muchos los que llevan alpargatas, y se envuelven los pies con pedazos de mantas y lanas como pueden. Lo único que da imagen de estar uniformados son los capotes, que se mezclan con boinas y gorras con orejeras, tipo Durruti, y cazadoras de cuero. El 2 de abril, cayó Yesero y el avance llegó al inacabado túnel de Cotefablo. Hay muchas voladuras en la zona, se va estrechando el cerco en las montañas del Pirineo, y empuja hacia arriba. La línea defensiva se sitúa demarcando una bolsa por el circo de Cotatuero, las faldas de las tres Sorores, Puyarruego, Escalona, Laspuña, Peña Montañesa, Cotiella, Collado de Sahun y algunas crestas. El 5 de abril, cayó Ainsa, como ya estaba previsto, y se produjeron fuertes combates en nuestras trincheras en el entorno de la Peña Montañesa. Las defensas han aguantado bien los bombardeos de artillería y de la aviación, que domina casi totalmente los cielos, pero no son muy precisos, no bajan a menos de 1500 metros por miedo al ser alcanzados por nuestras armas de mayor calibre, y por lo escarpado de las montañas. No falta trabajo para trasladar heridos y hacer las primeras curas improvisadas, aunque ya no son continuos como en días anteriores.

No todo iban a ser malas noticias, entre el 4 y el 5, de abril, un episodio en Fanlo, en el lado Noroeste de las montañas, ha sorprendido a los nacionales. Toda una compañía de esquiadores franquista, del Batallón Mixto de Montaña, ha sido aniquilada en una emboscada. Los militares de élite han pagado caro subestimar la capacidad de recomposición del ejército republicano, seguro que prepararán con menos prisas sus ofensivas a partir de ahora. Las defensas se han reorganizado con mucha eficacia, ya el 6 de abril se puede decir que se ha sentado un nuevo frente, rodeado por todas partes con solo la frontera francesa al fondo, y sin posibilidad de

ser auxiliados.

Esta reorganización tan rápida y eficaz no ha sido por casualidad, está dirigida por un mando con experiencia y mucha cabeza, Antonio Beltrán Casaña, nacido en el pueblo pirenaico de Canfranc, buen conocedor de estas tierras y con mucho combate en sus venas. Luchó con los dorados de Pancho Villa en 1915 en la revolución mexicana y luego en la Primera Guerra Mundial, y también participó en la sublevación de Jaca de 1930. Le suelen llamar "El Esquinazau", porque uno de sus antepasados solía decir lo esquinazau que estaba tras una jornada dura de trabajo, en la que se le doblaba al espinazo. Se ha hecho cargo de los restos del ejército republicano reorganizado en la 43 división, que cuenta con cerca de 8000 hombres, 4 cañones, 60 ametralladoras y sobre 5000 fusiles, con munición limitada; frente a una fuerza enemiga de 14.000 soldados, 30 cañones, con una superioridad aérea incontestable, y bien abastecidos de armas ligeras y automáticas, repuestos y víveres.

Estabilizado el frente en esta zona nos han mandado a la mayoría de camilleros a ayudar a la población civil de estos valles que se está evacuando hacia Francia por el puerto viejo de Bielsa. La Bolsa de Bielsa es ya el nombre con el que se conoce a los terrenos pirenaicos de Huesca que el ejército franquista tiene rodeados y no puede conquistar. Por el continuo bombardeo a los pueblos del valle, se ha decidido sacar a todos los civiles que no sean imprescindibles en la lucha, mujeres, niños y ancianos, y el único punto asequible para pasar a Francia es ese viejo puerto de Bielsa, que siempre ha sido un paso natural entre las gentes de los dos lados de la frontera, también de contrabandistas, los llamados "paqueteros", solo que nunca en invierno, o cuando como ahora está totalmente cubierto por una densa capa de nieve, con temperaturas heladoras, y hay que llegar al collado que marca la muga con Francia a cerca de 2300 metros de altitud, con un trayecto de más de cuatro kilómetros de subida y un desnivel de 700 metros, y otro tanto tocará para bajar a Aragnouet, el primer pueblo del lado francés.

Al llegar hemos visto que la operación de evacuación había comenzado y nos hemos quedado helados, no ya de este frío intenso, sino de ver la precaria situación de quienes tienen que hacer este largo y durísimo recorrido, sobre todo los niños pequeños y perso-

nas mayores. Se ven caras de inmensa tristeza y mucha preocupación, son gentes que lo están perdiendo todo y además conocen los peligros de la montaña y saben del desafío que les espera. Tienen que pasar cerca de 6000 personas a través de la nieve y el frío. Hay también heridos para trasladar, que aquí no se pueden tratar, para que tengan alguna oportunidad de cura en Francia.

El día está muy nublado y amenaza con seguir nevando, lo que impide volar a los aviones que harían una matanza en estas laderas descubiertas de protección. La subida por el puerto es una larga cola de refugiados ascendiendo con lentitud, cargados con maletas y bultos, algunos con hatillos de ropas, otros con niños muy pequeños, "a cuestas", en el sentido más doloroso de la expresión. La imagen sobrecoge, en medio de un silencio casi sepulcral. Todo el mundo ayuda en lo que puede, estamos también un buen número de soldados para los casos más necesitados. Lyam y yo subimos tirando de camilla con un joven herido, con una herida muy fea en la pierna, que muerde el cuello de su cazadora cada vez que lo movemos un poco más de la cuenta, aguanta el dolor y no se queja, hay muchas formas de demostrar valor. Vamos tan lentos como la columna, intentando subir con suavidad, que no siempre es posible, y tenemos que parar cada rato, porque es agotador caminar por la nieve con tanto peso que se soporta solo con las manos. Hay puestos escalonados de café y coñac y algo de comida y agua. Se ven cosas tiradas por todas partes, del exceso de peso que no se puede soportar, y también algún fallecido, para gente muy mayor y enferma es una prueba terrible. Todos llevamos la cara enrojecida, a medida que ascendemos sopla un viento helador que traspasa hasta por la ropa.

Entre tanto esfuerzo se oye a un soldado cantar a lo lejos la canción de "Ay Carmela", y se la van uniendo voces; es una inyección de moral que levanta los ánimos, y te das cuenta que no estás solo, y salen fuerzas de donde no había nada. Tampoco falta quien te pasa la bota de vino. Me sorprenden los niños, que aguantan la subida sin quejarse, tal vez por ver sufrir a sus madres y captar su desesperación al dejar sus tierras y a los hombres en la lucha, y también para aliviar la carga de sus abuelos.

Llegar a la muga, la piedra que marca la frontera, es como coronarse de gloria. Allí espera un puesto destacado del ejército fran-

cés y muchos voluntarios dispuestos a auxiliar refugiados, algunos conocidos de las familias que iban pasando la frontera, por el trato de muchos años entre pastores y ganaderos de ambos lados, preparados también para bajar a los heridos que vayan llegando, y no será fácil la bajada, porque hay mucha nieve, incluso más que en el lado español, pero es cuesta abajo y requiere menos esfuerzo. Nos dicen que el socorro francés los atenderá en el primer pueblo, en Aragnouet, no queda otra que confiar en la hospitalidad de los franceses, y no en su Gobierno, que ha demostrado que el destino de la República Española le trae sin cuidado.

Retroceder y bajar el puerto y deshacer el camino andado es más fácil y más rápido; sabemos que hay más heridos que subir y al menos lo haremos hoy otra vez, pero antes de descender ayudamos a varios abuelos a llegar a la muga, que ya no se tenían, y a una mujer embarazada.

Continuamos varios días ayudando en tareas agotadoras de evacuación, que te hacía olvidar por completo el frío y centrarte en continuar. El mal tiempo nos protegía del fuego aéreo que hubiera provocado una carnicería, aunque empeoraba las condiciones de la ascensión. Por la noche te dormías en cualquier sitio, en las casas y almacenes que quedaban en pie. Y así hasta que todos los civiles pasaron el puerto. Ahora solo quedábamos soldados para la lucha y muy motivados después de ver tanto sufrimiento ajeno.

El 14 de abril, en el aniversario de la República, se acrecientan los ataques sobre nuestras posiciones, apoyados por artillería y bombardeo aéreo, y son todos repelidos, con muchas más bajas entre los atacantes que en nuestras filas. El trabajo de camillero no cesa, nos encargamos de trasladar heridos a una segunda línea, y desde allí otro grupo los lleva hasta el valle de Pineta, cerca de Bielsa, donde hay un Sanatorio, al lado de una gran explanada, que se ha habilitado de hospital.

En un punto cercano a nuestras trincheras, en una zona de barrancos y cortados se produjo un avance enemigo que se ha detenido al utilizar lanzaminas y barrenos en zonas más elevadas, con el desprendimiento de grandes cantidades de rocas y la consiguiente desbandada de los fascistas, dejando muchas bajas en su huida. Este tipo de fracasos les obliga a medir sus ataques por sorpresa y ceñirse a desgastarnos a base de obuses. Además, nosotros conta-

mos con la orientación de las gentes de los pueblos, que conocen al detalle los pasos y las vías rápidas, con lo que se pueden desbaratar muchas incursiones cortándoles los suministros y la retirada.

Los bombardeos no paran a lo largo del día, son mucho más peligrosos que los ataques frontales, hay que estar siempre bajo cubierto. Se oyen disparos a cualquier hora en toda la línea del frente, sobre todo de los nacionales que hacen demostración de su poderío en armamento y municiones. Si estuviéramos igualados en recursos los derrotaríamos en cuestión de horas, pero solo podemos esperar y defendernos con pocas balas y granadas caseras, que hacen estragos cuando los atacantes se acercan demasiado.

Los franceses han cerrado la frontera, ni siquiera permiten pasar medicinas o ayuda humanitaria, tienen un miedo atroz a enfadar a los alemanes, no se dan cuenta que, cuanto más tiempo le den a Hitler para agrandar su ejército, peor lo tendrán cuando llegue el inevitable enfrentamiento. Más les valdría ayudar a la Republica Española, que sería un buen aliado en la lucha contra el fascismo, una amenaza que se extiende por toda Europa.

Va pasando el mes de abril y el tiempo de primavera sigue sin llegar. Los días, nublados o con temporal, no permiten incursiones aéreas y nos dan espacio para reorganizarnos y hacer traslados y movimientos de material en los pocos vehículos que quedan operativos. Se ha editado un *"Boletín de Información"* con una imprenta rudimentaria de campaña, que nos mantiene conscientes de donde estamos y que hacemos, recogiendo noticias de la guerra, en las que salimos como un ejemplo de defensa con escasos medios, que puede servir de modelo para la resistencia de otros frentes. Es una forma de mantener alta la moral, pero a mí, y a otros muchos, no se nos escapa que la guerra va mal, y de seguir así inevitablemente se va a perder. Puede que nuestra única opción sea aguantar hasta que el conflicto internacional estalle y se involucre Francia e Inglaterra y se paren los pies a los matones alemanes e italianos, y esa es una esperanza incierta, cogida por los pelos.

No nos falta comida y aún queda vino, con lo que el frío se va llevando mejor. Todos los días nos pasan el rancho, un guiso con de todo lo que se encuentra y se puede echar a la cazuela, al que no le faltan trozos de carne de los ganados dispersos que quedan, ovino y vacuno, y no se han podido evacuar, y a veces, cuando nieva y es

complicado mover pucheros, nos pasan unos trozos de cecina de sarrio de los que han tenido que dejar curándose en muchas casas vacías. Los sarrios, según nos cuentan los lugareños, son animales salvajes de las montañas, parecidos a las cabras, van en grupos, tienen cuernos en forma de gancho, y una banda negra que recorre su lomo del cuello a la cola. En invierno su pelo es más denso y oscuro, en verano más claro y rojizo. Les gusta corretear por terrenos elevados, bajando con las nieves a pastar en los valles, solo que con la guerra han escapado a las cumbres y a las montañas del lado francés. Supongo que estarán alucinados con el espectáculo que estamos dando los humanos, no creo que les queden ganas de acercarse a nosotros en mucho tiempo.

Entre ataques y bombas no faltan quienes se lo toman con calma, como si no fuera con ellos, y aprovechando que sale un poco el sol, se ponen a jugar a las cartas en plena trinchera, como si estuvieran en el bar de su pueblo. En uno de esos días, no lejos de nuestra posición, cayó un morterazo del 81 en medio de un corrillo de jugadores, sin llegar a explotar ni dañar a nadie, pero despedazando la baraja. Algunos decían que era un golpe de suerte y habían vuelto a nacer. A mí no me acaba de parecer suerte el que te caiga justo encima un proyectil, lo que ya me parece evidente es que si no ha llegado tu hora la muerte no te toca.

Empieza a ser una costumbre vivir entre ataques y explosiones, que no consiguen su objetivo. La única novedad es que han nombrado Teniente Coronel al "Esquinazau", que ya es un líder carismático indiscutible, con fama de tomar decisiones sagaces e inteligentes, y se ha ganado el respeto de todos los combatientes.

A primeros de mayo arrecia una vez más el temporal de lluvia y nieve. Son condiciones muy duras, pero dificultan los movimientos de los nacionales e impiden los avances. Lo peor es mojarse porque no hay manera de poder secar la ropa, sin sol, y sin poder hacer fuego, que es como ponerle una mirilla a las piezas de artillería fascistas, que tienen todos los obuses que precisan. Hay que esperar a la noche para intentar hacer fuegos en recovecos discretos con los pocos palos y matas húmedas que encuentras, y mientras tanto el hielo va haciendo mella, más vale no dormirte mojado o te arriesgas a congelarte. En cuanto se despejan los cielos aparecen los pájaros de la muerte como carroñeros ansiosos buscando sus

presas. A base de verlos actuar y por el silbido de las bombas cuando van descendiendo sabes si te van a caer cerca, y te acurrucas en la trinchera. También voy aprendiendo a distinguir los aviones, no faltan entendidos que te explican los modelos y el peligro que supone cada uno. Vienen oleadas de cazas Romeo Ro. 37, muy eficaces para blancos en movimiento y muy poco para dañar defensas, y los bombarderos alemanes, los ligeros Heinkel He 46, las "Pavas", y los más potentes Junkers Ju 52 con mayor capacidad de bombas, que no son muy precisas porque no pueden descender mucho, se lo impiden las crestas de las montañas y además se pondrían a tiro de nuestras ametralladoras. Están destruyendo sistemáticamente todas las poblaciones y las casas y bordas asiladas, rematando con bombas incendiarias, sobre todo en Bielsa y la cercana población de Parzán.

En una noche, casi a mediados de mayo, se puso en marcha otra treta del "Esquinazau" en la zona de Puyarruego y Escalona. Se preparó una simulación de retirada, montando hogueras más alejadas, con movimiento de tropas y mulas, y con los ruidos y bullicio justos para parecer que no se quería que nos descubran; incluso se incendiaron algunas casas para hacer pensar que no caerían en manos enemigas. Mientras, bien ocultos en las trincheras y en perfecto silencio, quedaron la casi totalidad de los soldados, sin contestar al fuego ocasional que se iba produciendo a lo largo de la noche. Por la mañana comenzó un fuego de morteros que se aguantaron sin un solo movimiento, sin una voz, ni el menor quejido. La artimaña surgió efecto y poco después se lanzó una avanzada a campo abierto por los soldados franquistas ansiosos por romper el cerco de la bolsa. Nadie se movió hasta que los primeros atacantes estaban a diez metros de distancia, y entonces se dio la orden de disparar a bocajarro y lanzar las temidas bombas de mano, arrasando todo lo que se movía, y produciendo una enorme masacre, entre sangre y griteríos, con la huida precipitada de los que pudieron escapar a duras penas.

De esos combates, que nos pillaron un poco alejados, nos tocó a Lyam y a mí, trasladar algunos heridos hacia el hospital del Sanatorio de Pineta, aprovechando la noche, con una camioneta convertida en improvisada ambulancia, por una estrecha carretera de montaña muy dañada, con muchos trozos de tierra llena de socavo-

nes producidos por las bombas, mal parcheados, con barro y nieve pisada y helada. Al llegar, nos recibe un médico alto, bien plantado, ya peinando canas, que organiza y ordena los heridos por su gravedad dando órdenes directas y firmes, y mostrando atención y cuidado. Le llaman doctor Iparraguirre, y me recuerda al doctor Aguiló, con ese mismo estilo de médico entregado y humanitario; me pregunto que habrá sido de Aguiló y de su equipo de enfermeras.

Pasamos la noche en el Sanatorio en un local de la planta baja habilitado para el personal de servicios. El hospital estaba lleno de heridos, ocupando todo un edificio de grandes dimensiones, con cuatro plantas operativas. El Sanatorio se terminó de construir justo en 1936, para destinarlo a tuberculosos, pero como estalló la guerra apenas llegó a funcionar. En una explanada junto al Sanatorio se estaba construyendo una pista aérea con la intención de que nos pudieran llegar los ansiados suministros y refuerzos; con la superioridad aérea de los nacionales no me acabo de creer que sea posible.

Al día siguiente nos sorprendió un inusual movimiento de vehículos a lo lejos, fuertemente escoltados, algo extraño por estar nublado y con lluvia alternando con nieve. Era nada menos que una visita a la Bolsa de Juan Negrín, Jefe del Gobierno de la República, en compañía del General Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor, y de otros altos mandos. Parece ser que habían pasado a pie por el Col de la Gela y el puerto de Barrosa, aún con nieve, procedentes de Tarbes, desde el lado francés. No llegamos a verlos de cerca, se decía que venían a felicitarnos por nuestra brava defensa y dar algunas condecoraciones al valor y pasar revista a las tropas. Recorrieron algunas posiciones y nos informaron que Negrín había arengado a un grupo de comisarios y soldados, diciéndoles que toda España tenía fijados los ojos en nuestro ejemplo, incidiendo en su conocida proclama de "resistir es vencer". Junto con Lyam tuvimos que marchar para dejar la ambulancia lo más cerca de la línea del frente, aprovechando que con el temporal no volaban los aviones. Supimos que los jefazos durmieron en el Sanatorio y partieron a la mañana siguiente, dejando una inyección de moral, pero cuando se acaben las municiones la moral no servirá de mucho.

A los pocos días, seguramente por la publicación en la prensa

de la visita a la Bolsa de Bielsa de Negrín y Vicente Rojo y por enfatizar el heroísmo de los resistentes, se produjo un fuerte bombardeo en la zona del Sanatorio de Pineta intentando destruir el aeródromo provisional improvisado. La pista fue destruida pero el hospital apenas fue alcanzado, lo cual resultaba extraño; se me ocurrió pensar que fuera propiedad de algún gerifalte franquista, y es muy propio de los mandamases que nunca vayan contra lo suyo. También se intensificaron los bombardeos de artillería y aviación por distintos puntos de las líneas defensivas, y se lanzaban ataques que cada vez más difíciles de repeler, por la falta de balas y bombas de mano. Los heridos son continuos, aunque escalonados, no paramos de trasladarles, casi siempre en penosas condiciones, y a veces por largos tramos hasta llegar a alguno de los escasos vehículos o algún carro con mulas, que se encargan de llevarlos al hospital. No me deja de asombrar el valor de los jóvenes soldados que, con heridas desgarradoras, no sueltan un grito de dolor.

A primeros de junio, después de unos días de relativa calma, se trasladó parte de nuestro batallón a los altos de la zona de Tella, preparando una segunda línea de defensa, justo al otro lado del valle de Pineta, en una zona muy elevada fácil de defender, aunque de ser rodeados quedaríamos aislados. El pequeño pueblo de Tella estaba muy expuesto, en lo alto de una montaña, y ya tenía muchas casas y bordas destruidas, por lo que preparamos defensas en los alrededores, aprovechando las rocas y los recovecos mejor protegidos.

Alrededor de la aldea, en un recorrido por un sendero llano bordeando la cresta de la montaña, se distribuyen tres ermitas que, con la iglesia del pueblo, hacen de estos parajes una ruta muy devota. De momento ninguno de estos edificios ha sido bombardeado. Hemos elegido la ermita del lado norte para albergarnos unos cuantos. Es muy antigua, prerrománica de inicios del siglo XI, conocida como de San Juan y San Pablo, de pequeñas dimensiones, con una nave y cabecera semicircular en forma de herradura, construida en sillarejo con abundante argamasa y con lajas de piedra en la bóveda de la nave. Bajo el ábside hay una cripta a la que se accede por unas escaleras rusticas, cubierta con una bóveda de cañón, tosca e irregular, un refugio perfecto, aunque para poca gente.

A un lado de la ermita hay una elevación estratégica que domina

toda la subida desde el valle, le llaman el puntón de las brujas, y desde allí se domina todo el valle hasta la Peña Montañesa y Ainsa, y por los lados la vista se extiende hasta las gigantescas montañas. Tiene algo mágico este lugar, puede que edificaran esta sencilla ermita para conjurar a las brujas, igual al habitar en el templo rompemos la protección, esperemos que si aparecen estén de nuestra parte y nos echen una mano con los fascistas.

A poco que se despejan las nubes y se asoma el sol, las vistas son preciosas, de una belleza espectacular que te pasarías horas contemplando, y hasta olvidándote del frío, lástima que los aviones aprovechan para volver a incordiar y acercarse con malas intenciones, lo que te obliga a estar en permanente alerta, lo más ocultos posible.

Al anochecer, libre ya de ataques aéreos, hemos ido al pueblo, a solo veinte minutos con Lyam y otros dos más, caminado por una senda entre matorrales de boj, para ver si podemos recoger algún alimento y ropa de abrigo en las casas de Tella que aún quedan en pie. Entramos en una de esas casas típicas del Pirineo aragonés, recias y fuertes construcciones en piedra y madera, de dos plantas más desván, con una gran chimenea en la planta baja que conforma el centro de la casa, haciendo de cocina, comedor y lugar de reunión. Esta coronada por una cúpula que se prolonga hacia arriba atravesando todas las plantas. El hogar para el fuego se encuentra en el centro sobre una ancha piedra plana y a su alrededor hay un par de bancos en los que cabe toda una familia numerosa. Sobre una viga horizontal transversal y bastante elevada, cuelgan ollas y sartenes. La chimenea sale al exterior por encima del tejado de losas de piedra, en forma de cono con varias aberturas superiores cubiertas por piedras planas, y sobre ellas una piedra esculpida en forma de personaje, el llamado “espantabrujas”; parece que por estas tierras se toman muy en serio lo de la brujería.

Es un espacio austero, pero confortable, y a nada que se inicia el fuego se calienta con facilidad y el humo tira hacia arriba sin molestar. Hemos encontrado cecina de sarrio, algunos chorizos y una cubeta de vino, junto a varios porrones y una bota también llena, todo un tesoro. Pasaremos aquí una estupenda noche bien calientes, y antes de que salga el sol volveremos a la zona de la ermita.

Al poco llegaron otros tres soldados de otra posición cercana,

que se les había ocurrido la misma idea que a nosotros, y uno de ellos era Teo, un nuevo reencuentro, parece que el destino nos permite acabar lo que dejamos el otro día a medias.

—Vaya, vaya, Julián, veo que vas aprendiendo a montártelo bien.

—Bienvenidos, querido Teo y compañía, a este paraíso improvisado—saludé—, sentaros al calor del hogar que una familia tuvo que abandonar y que aún se mantiene entero, y como decían los gladiadores romanos: "comamos y bebamos que mañana moriremos".

Volver a ver a Teo era otro golpe de alegría, me recordaba que seguíamos vivos, compartiendo situaciones intensas, y manteniendo la dignidad y el compromiso con la libertad. Con él había aprendido que lo importante no es lo que va a pasar, sino lo que se hace en cada momento, con valor, o lo que es lo mismo: haciendo lo que hay que hacer, aunque estés cagado de miedo.

—Por fin podemos celebrar tranquilos—dije dirigiéndome a Teo y haciendo participes a Lyam y los demás con un giro de cabeza—. Este amigo se mantuvo firme ante un pelotón de fusilamiento y me dijo lo que hacer cuando todos se venían abajo. Siempre pensé que yo era un timorato, incapaz de arriesgar nada, y junto a Teo se desveló mi otro yo, y no es que sea muy lanzado, pero es capaz de hacer alguna pequeña locura. Echemos un buen trago brindando por todos aquellos que hacen lo que deben, aunque duden y tiemblen de temor: ¡Por los valientes de la 43¡.

Todos gritaron lo mismo conmigo y bebieron sonrientes. No sé de donde me salió ese alarde guerrero, debía ser de ese otro yo, poco dado a aparecer en escena. Me gustaba sentir que tenía una faceta apacible, amante de la paz, de las letras y el arte, y también otra más activa y decidida, aunque solo fuera para situaciones de emergencia. Corría de mano en mano el porrón y la bota de vino

—Trato de imaginar como te debes sentir cuando te van a fusilar—comentó Lyam, dirigiéndose a nosotros y un poco aparte de los demás compañeros, con su particular forma de hablar en español —, que la muerte te llegue de sorpresa es una cosa, pero tenerla enfrente, ahí esperando a engancharte, supongo que pone los pelos de punta.

—Todo ocurrió muy deprisa—comentó Teo—, y en esos casos no

hay tiempo para pensar, te tienes que dejar llevar por tu intuición y hacer caso al primer impulso que te llega, y luego confiar en el instinto. En el fondo es muy parecido a lo que haces en pleno combate, te olvidas de lo que sientes, y actúas, no tienes elección o vas a caer enseguida.

—Parece fácil, y más de una vez lo hacemos sin pensar—continuó Lyam—, pero me preocupa que nos podamos volver locos, ya lo he visto en algunos soldados, que se vienen abajo y da pena verlos.

—La guerra es una locura, y encima contagiosa—comenté—. A mí me funciona verla como un observador, aunque este de lleno metido en ella. Es hacer como que las cosas que van pasando les ocurren a otros, despersonalizar, pensar lo menos posible en lo que va a ser de ti, y sobre todo aceptar lo que va sucediendo. Matarse es profundamente antinatural, y a buen seguro nos dejará huellas a todos, pero intento echarle valor en medio del caos y del infortunio y combatir el sufrimiento con alegría, aunque a veces no haya forma de estar alegre. Echo mucho de menos los libros y las bibliotecas, me consuelo tratando de desvelar la belleza que se oculta por todas partes, y en estos parajes de naturaleza espléndida y rebosante resulta mucho más fácil.

—Se nota que eres filósofo—dijo Teo—, es una suerte tener una mente como la tuya, siempre pensando bien, eso es lo que más falta hace en este país: buenos pensamientos, y dejar a un lado los fusiles. Hoy por hoy, y por desgracia, eso queda muy lejos; las heridas que dejará la guerra tardaran décadas en sanar.

—Supongo que lo que aquí está ocurriendo pasará a formar parte de la historia—comenté—, y se contará en algún libro, incluso con fotografías; espero que cuenten la verdad. Luego volveremos a una ermita que tiene casi mil años, os dais cuenta de la historia que tienen estas montañas. Estas tierras pertenecieron al antiguo reino del Sobrarbe, trato de imaginarme como sería la vida entonces, puede que la vida no fuera fácil, pero dudo que tuvieran la mala leche que hay ahora.

Teo y Lyam me miraban como si estaba delirando, pero creo que disfrutaban con mis discursos y entendían bien lo que decía. Se reían diciendo que le daba mucho a la imaginación, y que echara un trago, que la vida era mucho más sencilla. Lo sería para ellos, también yo desearía a veces dejar de pensar, pero para ser justos,

mi mente me da muchas más alegrías que tristezas.

Pasamos la noche todos alrededor del fuego, arropándonos con lo que encontramos y cuidando la casa como si fuera nuestra. Antes del amanecer salimos cada cual a sus posiciones. Me volví a despedir de Teo deseándonos mutua suerte, con la certeza de que lo volvería a ver, algo me dice que nuestros destinos están entrelazados, y no por casualidad, en la que cada vez creo menos.

Arreció otro temporal de nieve y frío ya en pleno mes de junio. Cuando no volaban los aviones nos refugiábamos dentro de la ermita, y también por las noches, en lugar de nuestras posiciones escondidas en los alrededores. Ese espacio tenía algo que me fascinaba, sobre todo a la luz de una vela, se notaba una paz profunda, puede que por las oraciones de fieles durante siglos. El caso es que me incitaba a reflexionar y escribir con lo que me queda de un lápiz y unos pocos papeles que guardo en un bolsillo. Cojo el lapicero, suelto la imaginación, y escribo a la luz de la vela:

Mi hogar es una ermita milenaria que ha visto pasar a muchos humanos, que se han quitado la coraza y ha caído a sus pies, dejando entrever sus inquietudes y desvelos, sus esperanzas, y a buen seguro este sencillo y mágico templo los ha arropado, ha dado paz a sus mentes y corazones. Ahora dormimos aquí unos infieles, que solo creemos, nada menos, en la justicia, en la igualdad, en la erradicación de la pobreza y la miseria; pobres mortales amantes de la libertad, ¿Nos acogerán estos muros como hicieron con nuestros antepasados?. El silencio me responde, acariciando la llama de una vela, que se contornea alegre: "mi bendición está con vosotros, con los espíritus libres que buscan amar y no odiar, con los que aprendisteis a volar ya desde niños, los soñadores de un mundo nuevo".

Cuando los cielos están en calma se puede ver un precioso vuelo de buitres por las cimas de Tella, pero en cuanto aparecen los aviones no se ve ni un triste pájaro. Tan pronto como los días se despejan aumentan los bombardeos y los ataques. Según avanza junio el frente se va tambaleando, no se puede defender sin suministros para nuestras escasas armas. Se sabe que los nacionales se han reforzado con nuevos mercenarios marroquís, y se han intensificado los bombardeos aéreos de casi todas las poblaciones, con muchas

bombas incendiarias, teniendo buen cuidado de no alcanzar la central hidroeléctrica de la Iberíca del pequeño pueblo de Lafortunada, una de las más importantes del Pirineo, que abastece de energía a las industrias de Bilbao. Pero ante la inminente caída del frente en la Peña Montañesa se decidió volarla, tanto las grandes tuberías como la propia central, incluyendo hasta las oficinas, lo que sin duda paralizará en parte los recursos del ejército franquista, pero es seguro que mucha gente pagara las consecuencias; de las repercusiones de la guerra no se acaba salvando nadie.

El derrumbe del frente era inevitable, se ha producido después de un intenso ataque, con una retirada con cierto orden, porque ya estaba prevista, hacia las nuevas posiciones defensivas que estábamos montando en la zona de Tella y del valle de Bielsa, que tampoco será fácil sostener. Han caído las líneas de Puyarruego, Peña Montañesa y Escalona, y por otro lado los altos de Gistaín, el último reducto del valle de Plan, con una evacuación en condiciones muy penosas, con frío y nieve de treinta centímetros en las partes altas.

Son ya dos meses resistiendo en la Bolsa de Bielsa, en una inferioridad manifiesta. Está claro que no se va a aguantar mucho más, sin municiones ni suministros y con los nacionales presionando con fuerza, lanzando fuego y soldados sin parar.

Hemos bajado de nuestras posiciones a las zonas bajas para trasladar heridos subiéndoles hacia Tella y luego en dirección al Sanatorio de Pineta, ya con vistas a su paso a Francia. Primero hay que enfrentar una enorme subida y luego por senderos y por el canal del Cinca, con muchos tramos donde todavía quedan restos de nieve. Subimos por el valle de Tella, bordeando el río Yaga para ascender buscando espacios protegidos, Por ahora el día está muy nublado y no hay aviones, si no hubiera sido un desastre, aunque no dejan de lanzar obuses dificultando la retirada.

Llevamos un herido en el pecho que se retuerce de dolor. Lyam y yo vamos cogiendo el punto para mover lo menos posible la camilla; es un esfuerzo titánico, pero ya tenemos callo y buenos músculos en los brazos. En una de esas se oyó el silbido de un obús que venía hacia nosotros, nos echamos al suelo y explotó a pocos metros llevándose la vida de un joven soldado. Al ir a coger de nuevo la camilla, veo que Lyam se agarra la pierna ensangrentada. Jodida

suerte, un trozo de metralla le ha hecho una buena brecha que le llega hasta el hueso. Con el poco material que llevamos improvisamos un vendaje, no parece que le afecte a una vena importante como para hacer torniquete, pero la herida le llega de la rodilla hasta el tobillo, no va a poder andar, y no quedan camillas, pero lo voy a sacar de aquí como sea. Otros dos soldados se hacen cargo del herido que transportábamos, y junto con otro compañero cogemos a Lyam uno de cada lado y lo vamos llevando prácticamente en volandas, todos en silencio, Lyam sin soltar la mínima queja y nosotros dos concentrando todo el esfuerzo en la ascensión.

Los nacionales van ganando terreno, aunque les está costando muchas bajas; también otros compañeros se quedan rezagados y lo van a tener mal para escapar; me sobrecoge ver a valientes jugársela protegiendo a sus compañeros.

Después de una subida eterna llegamos cerca de la ermita milenaria y del puntón de las brujas, nos iría bien que estas amables señoras nos echaran una mano y nos llevaran volando en sus escobas. Hay un buen número de heridos para trasladar y no se puede ir muy deprisa, pero se ve avanzar rápido a los franquistas, hasta se distingue ya el atuendo de los jodidos moros. Llegan varios compañeros de las posiciones que estábamos preparando, y nos comentan que hay orden de retirada, los nacionales han llegado hasta Lafortunada y comienzan a subir por el otro lado, nos acabaran rodeando si no nos movemos hacia posiciones más elevadas. Alguien se tiene que quedar a parar el avance de los moros para que dé tiempo a evacuar a los heridos. En eso apareció Teo y otros tres más, cargando con su ametralladora, el trípode y dos cajas de municiones; frunció el ceño al ver a Lyam herido.

—Vamos a montar la ametralladora un poco más abajo del puntón—dijo Teo con seguridad—, en una ladera que domina toda la subida, y detendremos a los fascistas hasta que se pongan a salvo los heridos.

—Pero quien se quede no va a poder escapar—dije convencido.

—Me quedo yo—dijo Teo, dejando a sus compañeros con cara de alivio—, me vasto y me sobro para manejar este trasto.

—Necesitarás a alguien que te ayude con los cargadores—añadí—, o poco podrás hacer. Me quedo contigo y que tus compañeros se encarguen de Lyam.

—¿Estás seguro?—preguntó Teo—, esto va muy en serio.

—No tengo la menor duda, si nos alcanzan y se cargan a los heridos no podría vivir con eso.

—Vale—sentenció Teo—intentaremos salir en el último momento, y ya sabes correr ante las balas.

Al decirlo me regalo una sonrisa, sabiendo que iba a ser difícil salir de esta. Miré a los ojos de Lyam para grabar una despedida de corazón, ambos tuvimos que contener las lágrimas, y nos dimos un abrazo fraternal auténtico.

—Julián—me dijo Lyam con la voz quebrada—, pase lo que pase nunca te voy a olvidar.

Enseguida se puso en marcha la comitiva de refugiados heridos acompañada por un grupo de soldados, que al pasar junto a nosotros nos lanzaban una mirada de orgullo ajeno. Ya me habían dejado de importar los elogios, ahora había que centrarse, los que subían se estaban acercando, teníamos el tiempo justo para montar la Hotchkiss, una ametralladora de pocas piezas, fácil de armar, fiable y sencilla de alimentar, que para un uso óptimo necesitaba a tres sirvientes, se tendría que contentar con lo que había. Cada peine solo tenía 24 cartuchos y era eyectado automáticamente tras haber sido vaciado, dejando el cerrojo abierto y en posición posterior; la introducción de un nuevo peine lleno soltaba el cerrojo y el fuego continuaba. La clave estaba en suministrar los peines con rapidez e ir recargándolos con habilidad.

Elegimos un hueco entre rocas que dominaba bien el valle que solo se veía cuando estabas encima, y lo pusimos todo a punto, también disponíamos de una docena de bombas caseras de mano. En unos minutos estarían aquí, los íbamos viendo subir a marchas forzadas, eran sobre todo moros y también soldados de infantería, que pensaban hacer una buena caza, se iban a llevar una buena sorpresa.

—Por si no tengo ocasión—dijo Teo en voz baja—es un honor compartir ametralladora contigo, me alegro mucho de haberte conocido.

—Lo mismo te digo, ojalá tengamos la oportunidad de vernos en tiempos mejores.

—Puede que ahora por fin vayan a conseguir fusilarnos—añadió Teo—, pero un buen puñado de estos desgraciados se vendrán con

nosotros. Ahora silencio, ya se acercan.

Era sobre mediodía, aunque no se veía el sol por ninguna parte. Les dejamos avanzar sin hacer el menor movimiento, hasta que los primeros soldados estuvieron a unos veinte metros de nuestra posición, a lo largo de una ladera despejada. Entonces Teo dijo: "Comienza la función", y abrió fuego a bocajarro moviendo la ametralladora a derecha e izquierda, abatiendo cuerpos sin contemplación, en medio de gritos de dolor y de sorpresa. Tan pronto como saltaba un peine le preparaba otro y entre tanto los iba recargando a toda velocidad. Las balas silbaban también sobre nosotros, pero se notaban que no apuntaban bien, trataban de ponerse a cubierto disparando casi a ciegas. En solo unos minutos habíamos parado el avance de todo un batallón, haciéndoles retroceder a las colinas cercanas, a buena distancia, y dejando un reguero de muertos y heridos agonizantes, que la ametralladora fue rematando sin piedad. Les habíamos cogido por total sorpresa, había más de treinta caídos y unas grandes manchas de sangre, los cazadores cazados, se les habría atragantado el ansía de ajusticiar heridos indefensos.

—Ahora tomaran posiciones antes de avanzar de nuevo—dijo Teo—, e intentaran rodearnos, deberías dejar los peines cargados y marchar, o vamos a caer los dos.

—Si no te ayudo caerás enseguida y peligra la retirada, yo ya he tomado mi decisión, igual que tú, ya estoy harto de huir.

—¿No tienes miedo?.

—No sabría decirte, no quiero morir, pero tampoco vivir en un mundo oscuro gobernado por fascistas, prefiero ser uno de tantos que han intentado evitar esa tragedia, y tengo ganas de ver lo que hay al otro lado.

—Eres un romántico, pero prepárate para darles un acto más de "amor", ya la emprenden.

Habían tomado posiciones fijas de disparo, aunque un poco lejanas y empezaron a llover balas sobre nuestro puesto, ahora mucho más precisas, daban por todas partes haciendo un festival de sonidos, hasta parecía que seguían un ritmo con los tonos sordos de las rocas.

Lanzaron un nuevo ataque sin dejar de disparar confiados en su potencia de fuego. Cuando se acercaron a unos metros la ametralladora empezó a soltar ráfagas a uno y a otro lado sin dejar a

nadie en pie, repitiendo la escena de griterío y dolor, y tiñendo aún más de rojo esta inocente montaña. Pasábamos los peines, uno tras otro, sin el menor atasco, la Hotchkiss, se estaba portando, y resistía bien el fuego Se retiraron de nuevo como pudieron dejando ya a sus espaldas una auténtica carnicería. Algunos habían lanzado granadas, pero estábamos muy altos para ellos y les habían caído de vuelta. El espectáculo era dantesco, la de la guadaña se estaría frotando las manos.

Ahora habían tomado posiciones cortándonos la retirada, ya no había marcha atrás, pero nuestros heridos estaban ya a salvo, lo habíamos logrado, quedaba el trago más amargo

—Ves el panorama—dijo Teo, con pasmosa tranquilidad—, se acerca el final de la historia. Nos les des el gusto de cogerte vivo.

—No pensaba, me reservo las dos últimas granadas, y conservo la pistola por si me fallan, la he llevado colgando durante meses y apenas la he disparado.

—Hay se preparan de nuevo, suerte, y nos vemos en el cielo si es que existe, el infierno ya lo tenemos en vida.

Comenzó un fuego intenso sobre nosotros, solo quedaban tres peines, se los pasé a Teo y preparé las bombas de mano. Empezó a rugir la ametralladora haciendo estragos, pero al segundo peine una bala atravesó la frente a Teo y lo dejó seco. Le dediqué un momento para decirle "Adiós" y me puse a lanzar las bombas de mano, una tras otra sin parar, que cogieron a los que avanzaban de sorpresa y les hizo echar cuerpo a tierra, ya convertida en una masacre. Vacié el último peine y me agarré a las dos granadas que me quedaban. Sentí muy cerca a los atacantes y tiré de las cintas. En el mismo momento que estallaban y me abrasaban perdí de golpe la consciencia.

Una atmosfera de luz inunda mi percepción, que ha saltado en un instante a otro nivel, fuera de la presión del plano físico. Me elevo, estoy como flotando sobre los restos del que hasta ahora era mi cuerpo, desprendido totalmente de sensaciones, de emociones y pensamientos, sin el más mínimo apego al reciente momento en el tiempo. En medio de una paz inmensa puedo escuchar voces airadas y ver la escena de los atacantes disparando enloquecidos sobre dos cuerpos destrozados, inertes; oigo sus conversaciones y sus pensamientos, y percibo todo lo que ocurre a su alrededor, y nada

de ello pertenece ahora a mi mundo. Soy plenamente consciente de que he abandonado el cuerpo físico, y experimento una liberación gigantesca, no existen palabras para describirla, es la salud plena, la conciencia sin obstáculos, una dicha infinita, la libertad en estado puro. Va creciendo la intensidad de la luz y se va dibujando un centro de luz cada vez más nítido y a la vez más etéreo, me dirijo hacia allí atraído de forma natural. Veo aparecer una figura hermosa, blanca, o tal vez transparente, de una luz amorosa que irradia paz, arropada por un elevado silencio, armonizado con música de las esferas. Es una figura conocida, mi maestro e instructor, que me muestra otras figuras luminosas que percibo como muy cercanas. Reconozco a mi madre y a mi padre y a personas que he amado; han venido a mi encuentro, también la presencia de quien fue Antoni Benaiges. Es un recibimiento precioso, libre de emociones, de una belleza sublime un festival de luz y amor auténtico. Nos comunicamos sin palabras, me dan la bienvenida, me felicitan por mi devenir en la que hasta ahora era mi reencarnación en el plano objetivo.

Ante mi maestro, contemplo toda la vida pasada sucediendo al mismo tiempo de forma instantánea. Aquí el tiempo no existe como tal. Percibo con plena conciencia una sucesión de actos, palabras, decisiones y pensamientos, de mi anterior existencia física y la forma que han afectado a otros, incluso a desconocidos; comprendo con claridad como las vidas de todas las personas están interrelacionadas, entrelazadas. Veo como podía haber sido mi vida utilizando las plenas capacidades con las que estaba dotado y los pasos efectivos dados, y la evolución realizada, que ha sido destacada, y también los pasos que no he dado y quedaran pendientes para una nueva oportunidad reencarnatoria. Había aprendido algunas lecciones, menos de las que hubiera podido asimilar, de las cuales la principal versa sobre el amor incondicional, y descubro que he hecho avances sustanciales y tendré que seguir depurando imperfecciones.

He vuelto a mi hogar verdadero, la paz y tranquilidad es indescriptible, luminosa, profundamente acogedora. En el plano del alma somos todos uno, no hay divisiones posibles, somos humanidad demostrando su esencia y su naturaleza ancestral, es el paraíso más grandioso que se pueda imaginar.

Percibo con claridad que es un registro akáshico del que estoy a punto de salir.

****

He salido del registro con la plena certeza de que cuando se pasa al plano del alma el registro akáshico deja de grabar, no es necesario, el alma no vibra en coordenadas de tiempo, conoce todo instantáneamente, lo que aquí se comprende y se experimenta no se difumina, se integra, forma parte de la propia alma; se puede acceder a todo lo que sucede de forma permanente, no se precisa memoria.

Esta visión del registro ha sido una lección espectacular sobre la muerte, un proceso por el que he pasado infinidad de veces, y del que no se tiene consciencia en el plano físico. La humanidad ha practicado tanto este tránsito que debería ser parte natural de su conciencia.

La voz silenciosa de mi maestro acude iluminando mi comprensión.

—La muerte no existe. El espíritu humano perdura eternamente, saltando de un nivel de conciencia a otro, hasta universos insondables. No existe la muerte, solo hay una entrada en una vida más plena, como acabas de comprobar en el registro de tu anterior reencarnación. Lo único que desaparece son nuestros vehículos, y con ellos el espejismo y la ilusión de la forma.

En el mundo encarnado se celebra el nacimiento, y se sufre y se teme por la muerte. Nacer supone un auténtico encierro para al alma, y la muerte física solo es el inicio de una gran liberación. Lo que se llama muerte es cuestión de conciencia. En cierto momento estamos conscientes en el plano físico; en otro, nos retraemos a otro plano, para estar conscientes con mayor plenitud.

—Entonces todo el sufrimiento que produce la muerte en el plano físico carece de sentido, ¿Estamos derrochando energía inútilmente?.

—El temor a la muerte física que asola el mundo es puro espe-

jismo, un sufrimiento innecesario que no se ajusta a la realidad. Pasar por un espejismo no carece de sentido, es un foco de aprendizaje, nadie puede prever las lecciones que se aprenderán de las limitaciones, o de los supuestos errores o fracasos.

Lo que no es necesario es sufrir por los que pasan a esos mundos. Solo puede haber dolor para el que queda, al perder un eslabón importante de su vida cotidiana. Tomar conciencia de que el duelo es por la pérdida que supone para nuestra personalidad pone las cosas en su justo punto de proporción y ayuda a gestionar el dolor con amor. En poco tiempo el dolor se transmutará en compasión, en paz interior y exterior.

El alma nunca pierde nada. En el plano del alma no hay pérdidas de seres queridos, allí descubrimos que somos inmortales, y que el amor es una parte esencial y vital de ese plano, tan vital como es el aire en el mundo de la forma.

—¿Qué ocurre durante el sueño, en ese periodo en el que se puede acceder al plano del alma?, ¿Es otra forma de muerte?.

—Dos vías, llamados hilos, conectan el alma con los cuerpos: el hilo de la conciencia anclado en la cabeza, y el hilo de la vida arraigado en el corazón. Cuando estos hilos se cortan se produce la muerte en el plano físico. Si se corta el hilo de la vida la muerte es inevitable. Si solo se corta el hilo de la conciencia, permanece el principio vida en los cuerpos, pero en un estado vegetativo carente de toda conciencia. En el sueño se corta temporalmente el hilo de la conciencia, y cuando se repone se vuelve a la conciencia cerebral, se despierta. Para recordar este proceso hay que tener conciencia permanente de alma.

—¿Se necesita morir a la forma y pasar hacia el alma para asimilar los aprendizajes realizados en el plano físico?.

—Tenemos solo un alma, que ha pasado por miles de cuerpos. Es ilógico, y no es posible en un solo paso por la tierra física, recorrer todo el largo camino evolutivo. Nos reencarnamos una y otra vez para espiritualizar la materia, para que en cada nueva vida afluya más luz a nuestros vehículos, hasta conseguir que la luz

prevalezca sobre la materia. Cada vuelta a la reencarnación es un nuevo paso y una nueva oportunidad que debe ser aprovechada. Y cada vuelta al plano del alma abre también nuevas oportunidades. La conciencia siempre es la misma, esté en encarnación o no, y el desarrollo puede llevarse a cabo con mayor facilidad que cuando está limitado y condicionado por la conciencia cerebral. Se debería sustituir la palabra "muerte" por "desencarnar". La verdadera naturaleza del ser humano nunca muere, solamente cambia de plano de conciencia.

Trato de introducir con fuerza en mi conciencia todo lo que voy comprendiendo con total claridad, con la esperanza de que cuando vuelva a los cuerpos aflore esta sencilla y liberadora sabiduría. Que mi visión de la muerte se sincronice con la realidad.

La muerte no es el temido fin de todas las cosas. El ser espiritual es indestructible, inmortal y eterno. Sólo muere lo que no tiene valor, esos factores que solo importan a la forma. La muerte no destruye nunca seres humanos, únicamente les libera de sus vehículos temporales, y facilita el paso de la conciencia del plano físico a otros planos donde la vida vibra con mucha más intensidad.

Desde la visión del Ser espiritual, la liberación de la triple forma se considera como el máximo bien, siempre que llegue como resultado del destino espiritual. Nunca debería venir como un acto arbitrario, o una escapatoria de las circunstancias del plano físico.

No existe la muerte, y cuando llegue nuestro momento, será como atravesar una puerta hacia nuestro "hogar real". El presente eterno nunca muere.

Que la luz del alma te dirija, para caminar de la oscuridad a la luz, de lo irreal a lo real, de la muerte a la inmortalidad.

XIII. Camino de Santiago. Santiago de Compostela.

La última etapa hasta Santiago de Compostela tiene algo misterioso, mágico. Procuro ir en silencio, pasando desapercibida, entre una hilera de peregrinos que parecen multiplicarse por momentos y dan un extraño aire de romería. No me importa, los veo como parte del paisaje, hoy presiento un día de recorrido interior, como si una importante lección espera en uno de los últimos mojones.

Hace un bonito día, de esos que maquillan Galicia y la sacan su infinidad de tonos verdes que te desbordan cuando tratas de observarlos. Disfruto de cada pequeño tramo, entre eucaliptos, por pistas forestales, rodeada de castaños, atravesando aldeas fieles al olor de fiemo de vaca, que ni siquiera molesta, hasta me parece que encaja en el entorno. No faltan los hórreos, recias construcciones que me siguen fascinando por su combinación de diseño y utilidad, y me sigo fijando en los torna-ratas, esas piedras planas sobre sus columnas de piedra que impiden el paso a ratas y ratones, una simpleza de antigua inteligencia que descorazonó a esos roedores tan listos.

Continuo con la tendinitis, pero ha bajado la intensidad del dolor, me ha debido dar por imposible. La rodilla ha dejado de molestarme, aunque mantengo la rodillera por precaución. No soy la única que anda parcheada, se nota a los peregrinos con muchas jornadas en sus piernas por la forma en la que caminan, quien no tiene ampollas, se ladea, o medio cojea, o da un paso distinto con cada pie, y parece que en esta última etapa abandonan la compostura y dejan ver sus debilidades.

Antes de darme cuenta me planto en el Monte Do Gozo, a unos 6 kilómetros de Santiago, desde donde ya se divisan las torres de la catedral. Me recorre una sensación extraña, muy agradable, una mezcla de alegría y libertad, un principio de algo imprevisible al que quiero llegar, pero despacio, con paso corto, saboreando cada instante.

Compostela es para muchos peregrinos el final del camino, pero no para mí. Ya he decidido continuar otras tres jornadas hasta Finisterre, el antiguo y mítico "final de la tierra", donde un inmenso mar cortaba las alas a los espíritus viajeros, y el sol moría y renacía cada día. Ello no quita la importancia de este día, aunque lo tendrá

difícil para mejorar a los anteriores.

En el extrarradio de la ciudad te recorre un cosquilleo que se convierte en adrenalina a la entrada en el caso viejo por la antigua puerta del camino de la que ya no queda ni rastro, solo un cruce de calles. Comienza un festival de piedra, de grandes losas en el suelo, y mucha fachada pétrea y sólida, con preciosos balcones acristalados. Santiago trasmite una energía muy particular, que se me antoja impregnada del ambiente peregrino y de las energías de visitantes, a lo largo del tiempo, de países con variadas culturas que han ido dejando su huella y su presencia.

La ciudad se ubica sobre un antiguo asentamiento celta de la cultura castreña, que más tarde fue romano entre el siglo I al V, para convertirse después en despoblado y utilizarse como cantera por los suevos en el siglo VII. Desde el siglo IX y tras descubrirse por el eremita Pelayo la tumba del apóstol Santiago, en medio de misteriosas luminarias en los cielos, el lugar se consideró santo, conocido entonces como "Campo de Estelas", de donde procede su actual nombre. Se levantó un santuario y se estableció una comunidad de monjes, que acabó siendo una villa con privilegios reales, y quedaría arrasada por la incursión musulmana de Almanzor en el siglo X. A partir del siglo XI comenzó su etapa de esplendor, impulsada por el camino de peregrinación, que ha llegado a la espléndida ciudad actual, patrimonio de la humanidad, llena de arquitectura sobria, erigida sobre infinidad de piedras trabajadas durante siglos.

Callejear por Santiago es una delicia. Primero una ligera subida hacia la plaza de Cervantes, con su esbelta fuente de piedra y agua fresca para la cara, que se agradece en un día soleado; luego una bajada por la calle Azabacheria, donde ya se presiente la grandiosidad que espera a la vuelta de la esquina; se nota en las caras de algunos peregrinos, con sus ojos bien abiertos, preparados para un asalto de asombro. La entrada en la plaza del Obradoiro es un momento único, en medio de una superficie extensa, empedrada, cubierta de infinidad de pasos de peregrinos que siguen llegando y que parecen empezar a levitar. Y aquí estoy, delante de su imponente catedral, junto a otros tres edificios pétreos: el colegio de San Jerónimo, el pazo de Raxoi y el hospital del Rey, y en ese momento empiezan a tocar las campanas, como si nos estuvieran esperando, debe ser casualidad, pero es un recibimiento a lo grande, con una

preciosa sensación de plenitud.

La Catedral de Santiago es una enorme edificación que abarca cerca de ocho mil metros cuadrados. Es un templo románico y gótico de planta de cruz latina, con reformas intensas en los siglos XVI y XVII. Dispone de Tres altas torres y cuatro portadas que dan a otras tantas plazas. El interior se distribuye en tres naves separadas por un buen número de pilares, con capiteles tallados de motivos históricos y vegetales, con un destacado cimborrio y abundantes vidrieras. Hay mucho por ver, me tendré que conformar con una visita rápida y elegir donde centrar la atención.

Me quedo un rato contemplando el llamado pórtico de la Gloria, ubicado en la fachada principal al que se accede por una serie de grandes escalones. Es una obra cumbre del románico, una de las joyas de la catedral, a la que merece la pena dedicar mi limitado tiempo. Se divide en tres arcos de medio punto que se corresponden con cada una de las tres naves de la iglesia, sostenidos por gruesos pilares con columnas adosadas. Todo el conjunto es de una gran riqueza iconográfica y simbólica, y cuenta con más de doscientas figuras representativas. El arco central, el mayor de todos, es el único que posee tímpano y está dividido por una columna central, el parteluz, con la figura de Santiago y su bastón de peregrino. Al pie de esta columna central, está la figura arrodillada del propio maestro Mateo, el artista de esta maravilla escultórica, sosteniendo un cartel en el que está escrito "Architectus". A esta imagen se la conoce popularmente como «Santo dos croques», por la antigua tradición de los estudiantes de golpear su cabeza contra la figura para recibir sabiduría, lo que posteriormente adoptaron los peregrinos, y se tuvo que tomar medidas para limitar el acceso y proteger la obra de deterioros por "cabezazos".

La catedral dispone de dos grandes órganos situados en la parte central de los tramos altos de la nave principal, fusionados en uno solo; será un espectáculo verlos en plena acción. Hay también muchas capillas laterales, que paso por delante como una turista despistada, para llegar al Retablo Mayor, con una recargada decoración barroca que me chirria, y no le veo que sintonice con el conjunto, ni mucho menos con el esfuerzo y la austeridad del camino.

El lugar mítico de visita obligada y deseada es la cripta donde se ubica el sepulcro del santo, debajo del altar mayor, a la que se baja

por una estrecha escalinata de escalones de mármol desgastados por las pisadas de infinidad de peregrinos. Tras una verja de hierro se encuentra un arca de plata repujada que contiene las reliquias del apóstol Santiago y sus dos discípulos, Atanasio y Teodoro. No faltan quienes cuestionan su autenticidad, y que igual da, lo importante es lo que significa, no unos tristes huesos. Muchos sienten una gran emoción al estar por fin delante de los restos del apóstol; yo lo percibo como un lugar especial, sobrecargado de energía, en sintonía con otros tantos espacios dedicados al culto y a la oración. Los contenidos espirituales son o no son, al margen de lo que afirmen las autoridades eclesiásticas. Me tomo solo unos minutos en este singular espacio para no abusar y dejar paso a otros peregrinos. Trato de estar abierta a sentir algo especial; se siente paz y armonía, pero no me llega una bendición. No importa, no voy buscando nada especial, y sin embargo percibo una energía diferente a las habituales en los templos; me gustaría ser vidente para visionar las energías que circulan, impulsadas por la devoción, las oraciones y la concentración continua en un hueco tan reducido. Lo que si me llega es la apreciación de que se está cerrando un capítulo en mi particular peregrinaje, como si las últimas piezas van encontrando su encaje.

De lo que no he visto señales es del famoso botafumeiro, un inmenso incensario de latón bañado en plata, que pesa sobre sesenta kilos y mide metro y medio. Para su uso en las grandes celebraciones se cuelga de una larga cuerda atada al techo del crucero, y se desplaza mediante un mecanismo de poleas a través de la nave principal de la iglesia, tirado por un grupo de ocho hombres, a los que llaman "tiraboleiros", que lo empujan primero para ponerlo en movimiento, y después tirando cada uno de un cabo de la cuerda para ir consiguiendo velocidad. Solo lo he visto en videos, hubiera sido un buen colofón presenciarlo en directo.

No me puedo ir de esté mágico y ansiado lugar sin meditar. Elijo una de las capillas que está casi vacía, la "Capela do Santisimo", como dice un cartelito exterior, una capilla en uno de los laterales de la catedral que se dice dedicada a la oración. Es de planta cuadrada que se transforma en octógono y luego en círculo, culminada en una cúpula con una linterna superior en forma de óculo, sostenida por grandes y gruesas columnas jónicas adosadas a la pared

con figuras talladas. Es una estancia inundada de luz que, apenas me siento, penetra con facilidad en mi interior, y continua al cerrar los ojos. Una atmosfera de paz y silencio me envuelve, y hasta parece que me eleva. Me siento etérea y a la vez parte de la capilla y de la tierra, en hermandad con todos los seres humanos. Es un baño de espiritualidad que no puedo definir de pura sencillez y sentido de lo natural.

De nuevo en el exterior me dirijo, casi por inercia, a los bajos de un edificio cercano a la catedral donde hay una larga cola para conseguir la Compostela. Por lo que veo en los que la van sacando es un papel con unas bonitas letras góticas y tu nombre de pila en latín; me gustaría saber como lo hacen para los coreanos. Me dice una amable voluntaria que con la marcha que lleva la cola, puede tardar hasta dos horas, demasiado tiempo, y no es por falta de paciencia; a estas alturas del camino ya es parte de la mochila. Prefiero conocer la ciudad antigua, llena de rincones por descubrir. No necesito un papel que me certifique nada, cada paso del camino me quedará grabado en mi interior, no me hará falta tirar de recuerdos; cada reflexión, cada comprensión, han ido moldeando mi ser en cada etapa. El camino ya es parte de mí o yo ya soy parte del camino.

Es hora de comer, lo dice el reloj del móvil y mis sensores del hambre, no tanto de caminar como por haber recibido una lluvia de bellas imágenes invadiendo mi campo visual, lo que siempre despierta mi apetito. Un restaurante italiano viene en mi ayuda, no me puedo resistir a una buena pizza, seducida con el aroma que llega de la cocina, y con el nombre del lugar: "La piccola Italia". La pizza estaba buenísima, por algún motivo que desconozco me sientan siempre bien; en una lista de grandes inventos la situaría en los primeros lugares. Un simpático camarero con coleta prepara una sangría a un par de turistas alemanas. Por la agilidad y la alegría con la que se maneja, mi intuición me dice que apunté la receta en mi cuaderno, y al verme tomar apuntes, el amable camarero me la va redactando a modo de "rap": sobre una base de hielos y rodajas de limón, se tiene a mano un vaso pequeño, no tan pequeño, al que llama "chupi". Se echan 2 chupis de ginebra, 2 chupis de coñac, un buen chorro de Martini blanco, y luego cerca de un litro de bebida espumosa de refresco de limón. Se agita unas vueltas, y ya sin agitarse se va echando vino tinto muy despacio, un litro, de buena

calidad, ese es el truco, y se deja reposar. Se sirve sin mezclar para que lo hagan los clientes. Las dos alemanas lo agitan y se lo beben mano a mano. No tardaron en enrojecerse sus mejillas, y no precisamente por el color de la sangría. Esta noche dormirán de tirón.

De camino al albergue, alargando el paseo por estrechas calles, me encuentro una figura conocida sentada en el banco de una replaceta. Es Karen, mi querida amiga danesa. Nos miramos y se nos alegró la cara a las dos.

—Karen, que alegría encontrarte, y has llegado a Santiago, ¿Cómo estás?—dije recuperando mi inglés a trompicones.

—Hola Raquel, ¡estamos en Santiago¡. Estoy feliz, no creí que llegaría hasta aquí, y sigo arrastrando la tendinitis, pero no me he rendido; a fin de cuentas, solo es dolor físico. Y ¿cómo vas tú?, te veo radiante.

—Llegar a Santiago es un subidón y una alegría. En este camino tengo la sensación de que algo por dentro se va recolocando, y me da mucha tranquilidad; fue una buena decisión venir a esta aventura. Desde que nos vimos en O`Cebreiro cargo también con una tendinitis, debe ser por imitación, aunque creo que no es tan fuerte como la tuya; la he ido llevando bien, ahora casi no me molesta. ¿Ya has pasado por la catedral?

—Sí, es lo primero que hice al llegar antes de comer, es muy espectacular e impresiona ver como van llegando tantos peregrinos a la plaza. Pasar por el sepulcro de Santiago tiene algo especial, aunque como sabes no soy muy religiosa. Lo que si me ha encantado es meditar en una capilla, llena de energía, redonda, con una cúpula por la que entraba una preciosa luz; me he sentido en paz como nunca hasta ahora, y lo necesitaba.

—Yo también he meditado allí, tenemos algo en común, estas cosas no son meras coincidencias. El camino tiene mucho de interior, y los templos son unos espacios privilegiados para descubrir quiénes somos, elevar el sentido de nuestras existencias, y conectar con energías y mundos que no suelen estar al acceso en la vida cotidiana. Es como una escuela acelerada, nunca sabes lo que te va a enseñar.

—¿Crees Raquel, que seremos las mismas cuando regresemos a nuestra casa?, ¿volveremos a nuestros hábitos, y limitaciones?.

—Dudo mucho que volvamos a repetir viejos moldes. La vida

de por sí ya te va cambiando, y todos estos días de esfuerzo, de reflexión, a menudo de soledad, y con tanta belleza alrededor, no pueden dejar indiferente a nadie. Si algo creo que produce el camino es su impacto interior en cada peregrino, al menos en los que caminan con espíritu de búsqueda y no por mero turismo. Por lo que veo en ti, y no tengo poderes de videncia, me parece que estás dando un paso de gigante. La Karen que conocí por allá en La Rioja, no es la Karen de hoy, tu lenguaje corporal lo proclama a los cuatros vientos.

—Desde luego, llegue desecha al camino, cargando con el horrible peso de las muertes de mi hijo y mi marido. Creo haber aceptado lo que pasó, aunque convivo con un dolor que tiene sus altos y sus bajos. De todas formas, ahora puedo respirar y sentir una libertad que pensé que había perdido para siempre. Supongo que voy gestionando el duelo, y me ha vuelto un aire de alegría que siempre he tenido. Tal vez solo necesitaba soledad, y tener la suerte de encontrar una ruta mágica, un camino a las estrellas. Eres la única con la que hablo de esto, ni siquiera lo he hecho con mi hijo, con el que espero hablar de todo al volver a Copenhague, puede que le ayude a él también, ha perdido a un padre y a un hermano. Me alegro mucho de haberte conocido.

—A mí me pasa igual, no es fácil encontrar a alguien con quien te sientes en total confianza y te entiendes desde el primer momento. Dicen que en el camino se hacen grandes amistades, yo tenía mis dudas, pero ahora lo compruebo contigo.

Nos dimos un abrazo como dos enamoradas. En realidad, nos unía una oleada de amor, solo que, sin connotaciones físicas, nuestros corazones estaban en total armonía. Continuamos hablando un buen rato: de las anécdotas del camino, de los días más o menos duros, de las iglesias y el enorme patrimonio que acompaña al camino, de los hijos, de nuestros trabajos. Se nos echó la tarde en animada conversación sentadas en el mismo banco. Karen se iba a hospedar en un hotel y se quedaba un par de días en Santiago antes de volver a casa. La comenté que yo seguiría otras tres jornadas hasta Finisterre, pero su pierna ya estaba al límite, y había tomado la determinación de retomar su vida y el desafío de volver a su tierra y a los recuerdos cercanos. Estoy segura que lo iba a hacer de maravilla, se la veía templada y serena, era una mujer mucho más

fuerte de lo que aparentaba, como casi todas las mujeres. Quedamos en comunicarnos y nos dimos las direcciones y correos; estos propósitos se dicen en caliente, puede que no nos volvamos a ver, en cualquier caso, siempre sabré que tengo una amiga en Dinamarca que camina con corazón y paso firme.

Me dirigí a uno de los albergues cercanos a la catedral con idea de recogerme, y me sorprendió la cantidad de peregrinos yendo de un lado a otro y con el ambiente revuelto; la mayoría ha acabado el camino y tienen ganas de celebración. Yo continuo la ruta mañana, prefiero buscar un lugar más tranquilo. Después de un breve recorrido por el casco viejo encontré un hotelito en una calle estrecha, por la que apenas pasaba gente, es el sitio que necesito esta noche, alejada del bullicio. No me atrae estar de fiesta, a pesar de que los peregrinos tengan muy buena onda; además, las aglomeraciones me saturan enseguida, se me dispara un sensor que me hace rehuirlas.

La habitación es pequeña, pero limpia y con una sencilla decoración, y lo mejor: tiene una mesita con un flexo, un lugar perfecto para sentarse a escribir, que aprecio mucho; cuando vuelva a mi escritorio va a ser todo un reencuentro, voy a disfrutar de lo lindo.

Me siento delante del flexo con mi cuaderno de notas, por si surge algo que debo apuntar. A lo largo del camino me han ido interesando varias líneas de investigación histórica y he tomado algunos apuntes. Si me pongo en serio a hacer una criba de ideas me quedaran temas interesantes por indagar, se me ocurren nuevas ideas, mi mente de historiadora no para nunca. Antes tendré que ultimar mi trabajo sobre la Tercera España, no se pueden hacer varias cosas a la vez, porque acabas por no terminar ninguna. En materia de historia, como todo en la vida, la concentración de energía es la base que te permite siempre llegar a buen puerto. Mejor me paso a la Tablet y continúo dando puntadas.

Esta noche me voy a meter en la figura de otro poeta, del mítico **Miguel Hernández**, que solo dispuso de 12 años para hacer poesías memorables y tuvo una destacada actuación en la guerra civil. No acierto a imaginar si todas las mentes creadoras en literatura y poesía hubieran sobrevivido a la guerra y cumplido su normal periodo de vida, las obras que hubieran salido de sus plumas privilegiadas. Hay muchos personajes que actuaron con dignidad,

sometidos a una enorme presión, y no se dejaron obsesionar por los espejismos de la revolución justa, o la rectitud de militares y fascistas. La sociedad de entonces, como la de ahora, no era perfecta, porque no puede haber sociedad perfecta si no lo son sus miembros. Las nostalgias de tiempos pasados, que algunos tratan de resucitar, son peligrosas, y no se suelen ajustar a lo que realmente ocurrió.

Miguel Hernández nació en 1910 en Orihuela, y muy pronto tuvo que dejar la escuela para dedicarse al pastoreo de cabras en la explotación familiar. Consiguió hacer un par de años de estudio más tarde, para volver de nuevo a cuidar el rebaño, con largo tiempo por delante, que aprovechó para leer libros con afán y escribir sus primeros poemas. Me gustaría conocer un mundo en el que la poesía fuera la pasión de todo tipo de gentes: del campo, de sencillas profesiones, de las estresadas ciudades; debería dejar las fantasías para sus propios mundos y dejar de soñar despierta.

Hernández visitaba la biblioteca de Orihuela con frecuencia y formó un grupo literario con otros jóvenes. Fue un gran autodidacta, inspirado por grandes autores clásicos: Cervantes, Garcilaso de la Vega, Góngora, entre otros. Con el tiempo, ya en 1931, consiguió comprar una máquina de escribir portátil, de segunda mano, que se llevaba cada mañana al monte en el morral, y entre ojo y ojo a las cabras, se dedicaba a escribir poemas aporreando el teclado con entusiasmo. Pronto obtuvo resultados, en marzo de 1931, con solo veinte años, obtuvo su primer y único premio literario concedido a sus versos por la Sociedad Artística del Orfeón Ilicitano, que para su sorpresa no contenía un premio monetario, sino una escribanía de plata. Con una pequeña reputación consiguió hacer algunas publicaciones en Madrid, en revistas y diarios, y acompañado de mucha pobreza y vicisitudes acabó encontrando trabajos en varias revistas, y ser nombrado colaborador en las Misiones Pedagógicas. En ese periodo conoció el ambiente literario y poético de Madrid, e hizo amistad con Vicente Aleixandre y Pablo Neruda. No dejaba de escribir poesía, que se fue enfocando hacia lo social, manifestando su compromiso en apoyo a las clases más pobres y desfavorecidas.

El estallido de la guerra civil cogió a Miguel Hernández en Orihuela, y ya entonces dejó constancia de su indignación por el asesinato en Elda del padre de su novia Josefina Manresa, por el mero

hecho de ser guardia civil, una "equivocación" que dejaba una viuda con varios hijos. Pero ese y otros sucesos no le impidieron ser fiel a sus ideales y se alistó en el ejército republicano, afiliándose en el verano de 1936 al Partido Comunista, siendo comisario político militar desde comienzos de 1937, participando en la lucha de diversos frentes a lo largo de la guerra, que no le impidieron seguir escribiendo poemas, llenos de fuerza y contenido. Se casó con Josefina en marzo de 1937, y en el verano participó en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura celebrado en Madrid y Valencia, aunque la mayor parte de la guerra la pasó en las trincheras, en contacto directo con los sufrimientos del pueblo, del que se consideraba un miembro más. En septiembre de 1937 viajó a Rusia, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, en representación del Gobierno de la República, pasando allí un mes, tiempo suficiente para desencantarse con el comunismo, no tanto de sus principios, como de su mala aplicación. En diciembre de ese año tuvo su primer hijo, que solo vivió unos meses, y en enero de 1939 tuvo su segundo hijo, al que más tarde dedicaría desde la cárcel sus conocidos versos de las *"Nanas de la cebolla"*, cuando su mujer le envió una carta en la que decía que solo tenían pan y cebolla para comer, y que la primera vez que los leí, a los 16 o 17 años, me dejo impactada y me hizo derramar algunas lágrimas; aún me sobrecogen si los vuelvo a leer.

Miguel Hernández pasó por un montón de peripecias al final de la guerra antes de caer preso definitivamente y condenado a muerte, con un intento fracasado de huida por Portugal, para luego ser hecho prisionero en Huelva, donde fue sacado varias veces por grupos de falangistas que lo golpearon brutalmente, para que confesara que había matado a José Antonio Primo de Rivera, el líder de Falange. Más tarde lo trasladaron a la cárcel de Sevilla y de allí a Madrid, donde tras las gestiones de Pablo Neruda y su amigo Cossio, salió inesperadamente en libertad y sin procesar. De vuelta a Orihuela fue delatado y detenido y encarcelado de nuevo en Madrid, esta vez procesado y con sentencia de muerte que, con la intercesión de varios intelectuales amigos respetados por el régimen franquista, se conmutó por treinta años de cárcel. Pasó por varias prisiones, por la de Palencia, de la que decía que no podía llorar porque las lágrimas se congelaban por el frío, por la cárcel de Yese-

rías y por la de Ocaña, en Toledo. En junio de 1941, fue trasladado al Reformatorio de Adultos de Alicante, donde compartió celda con Buero Vallejo. Allí enfermó, primero de bronquitis y luego de tifus, que se le complicó con tuberculosis. En los últimos días previos a su muerte, Miguel accedió a contraer matrimonio eclesiástico con Josefina en la enfermería de la prisión, para facilitar las cosas a su esposa, porque su anterior unión civil no tenía validez legal para el nuevo régimen. La dureza de las condiciones en cárceles franquistas y el desprecio por los presos republicanos, fue una forma deliberada de fusilar lentamente, que costó la vida a miles de personas, y no cuenta en las macabras estadísticas de fallecimientos posteriores a la guerra, ya de por sí tristemente extensas.

Hay un episodio en la frustrada salida de Miguel Hernández de España que me llama la atención. Cuando la República estaba perdida, el famoso poeta gaditano Rafael Alberti organizó con cuidado su salida de España y la de otros intelectuales y políticos. Pudo incluir a Hernández en una lista de refugiados que debían ser acogidos en la embajada de Chile, pero no lo hizo. Hay quienes achacan a Alberti esta omisión de ayuda por un grave encontronazo con Miguel Hernández en una fiesta en honor de la mujer antifascista, que otras versiones apuntan a que era para el nieto de Tolstoi, para mantener buena relación con Rusia. Hernández, indignado por la ostentación y frivolidad del evento, con las penurias que estaba pasando el pueblo y los combatientes en las trincheras, dijo públicamente que allí había "mucha puta y mucho hijo de puta". Alberti y su pareja, María Teresa León, trataron de obligarle a que rectificara, pero él escribió sus palabras en una gran pizarra para que no pasaran desapercibidas. No sé lo que puede haber de cierto en el suceso, lo que si se conoce es que, durante la Guerra Civil, Albertí se dedicó a tareas de agitación propagandística, pero nunca se acercó al frente, permaneciendo en retaguardia con una vida sosegada como muchos intelectuales, a los que Juan Ramón Jiménez tachó de *"señoritos, imitadores de guerrilleros", "que exhibían sus rifles y sus pistolas de juguete, mientras vestían monos azules muy planchados"*.

Miguel Hernández mantuvo un comportamiento íntegro y comprometido, estuvo en el frente y escribió versos a favor de la República, las tropas le consideraron como el poeta del pueblo. Alberti

no llegó a disfrutar de esa admiración y reconocimiento entre los soldados.

No creo que sea muy objetiva con Alberti. Al verle hablar en sus muchas entrevistas que hay en internet, le veo con expresión de dureza en su rostro, fuerza excesiva, cierta altanería, que podría parecer prepotencia intelectual, imagen que encaja con su radicalismo político y sus feroces críticas a muchos autores, como si tuviera el derecho de decidir quien manejaba la pluma mejor o peor.

En el periodo de la guerra civil y los años inmediatos posteriores, Alberti estaba muy radicalizado, como comunista convencido, ensalzando la revolución rusa. Incluso en 1953, cuando murió Stalin, escribió una sentida elegía en honor al dictador soviético. Años más tarde, Moscú le distinguió con el Premio Lenin de la Paz, que ya se llamaba Premio Stalin, cuando aún no habían salido a la luz los abusos de la dictadura soviética. De regreso en España, tras un largo exilio, en 1977, Alberti fue diputado al Congreso por el Partido Comunista, aunque renunció al escaño para consagrarse a su labor artística. Dijo entonces que se había ido del país con el puño cerrado pero que volvía con la mano abierta, se convirtió en uno de los símbolos de la Transición, porque expresaba la idea de reconciliación nacional. El gobierno le otorgó el Premio Cervantes en 1983, y continuó recibiendo homenajes hasta su muerte, en su Cádiz natal, en 1999.

No me dejo llevar por la dicotomía entre la calidad de la obra y el comportamiento del autor. A Rafael Alberti se le suele reconocer como uno de los grandes poetas españoles del siglo XX, y eso es innegable. Además, conviene tener siempre presente que los seres humanos cambiamos, a veces aprendemos de nuestros errores, y superamos los radicalismos de la juventud.

Una tercera o tal vez una nueva forma de hacer España pasa por sacar lo bueno de las personas, una combinación de saber perdonar y de ver el alma que está detrás de las limitaciones personales. En mi caso, aunque la imagen de Alberti no me sea agradable en algunos aspectos históricos, me quedo con la belleza de su poesía, y sus palabras de reconciliación. En esa nueva España tenemos que caber todos.

Me apetece despedirme de Miguel Hernández, en esta especial noche del camino, con uno de sus poemas. En abril de 1939, recién

concluida la guerra, se había terminado de imprimir en Valencia "El hombre acecha", una de sus últimas obras, que aún sin encuadernar, una comisión depuradora franquista, ordenó la completa destrucción del material editado. Sin embargo, dos ejemplares se salvaron y permitieron reeditar el libro en 1981. Elijo los versos de "Canción última", y para profundizar y disfrutar al máximo los leo y recito en voz alta, lentamente, antes de que me acabe de vencer el sueño.

Pintada, no vacía:
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.

Regresará del llanto
adonde fue llevada
con su desierta mesa
con su ruinosa cama.

Florecerán los besos
sobre las almohadas.
Y en torno de los cuerpos
elevará la sábana
su intensa enredadera
nocturna, perfumada.

El odio se amortigua
detrás de la ventana.

Será la garra suave.

Dejadme la esperanza.

Después de una guerra.

Entro al Registro Akáshico y lo visiono desde la posición de observadora, sin imbuirme en el devenir de los hechos que repaso, como al recorrer una de mis anteriores reencarnaciones. Estoy cerrando las reflexiones sobre la guerra civil, y es el momento de comprobar el devenir posterior de personajes con los que tuve contacto en esa vida y lo que ha quedado de sus acciones y de su memoria. He sido autorizada, no se visiona el Registro Akáshico sin un buen motivo o una utilidad definida, lo que se contempla no es una película indiferente, genera responsabilidades y provoca compromisos.

La primera imagen que me llega es una placa en la antigua escuela de Bañuelos de Bureba, ahora reconvertida en "Museo Escuela Benaiges de Bañuelos de Bureba". Tiene una inscripción que dice: *"Respetemos al niño. Que sea niño y sienta, luego, la necesidad de ser hombre"*.

Un amigo de Benaiges, Patricio Redondo, que firmaba como Paco Itir en sus escritos, compañero de desarrollo del método Freinet, fue director de la Escuela de Villanueva y la Geltru, y tuvo que exiliarse al final de la guerra a Méjico. Allí continuó con el método Freinet como base de la educación, y acabó fundando una pequeña escuela experimental con esa técnica en San Andrés de Tuxtla, en Veracruz. Un cartel rojo con el nombre de Antonio Benaiges presidió durante años un aula de aquella Escuela, y los cuadernillos que allí siguen imprimiendo sus alumnos llevan el nombre de Antonio Benaiges, junto con el Celestín Freinet y José de Tapia Bujalance, el primer maestro español que introdujo la imprenta en la Escuela, exiliado también en México.

Los cuadernos impresos por los niños en la escuela de Bañuelos de Bureba se han conservado, y la historia del "maestro que prometió el mar", se ha difundido en libros, teatro y cine. La memoria de Antonio Benaiges no solo se conserva en el Registro Akáshico, donde nada se olvida, se ha irradiado por muchas mentes, que han apreciado su mensaje de humanidad.

Cesar Ojeda, el alumno que compartió la vivienda con Benaiges en la escuela de Bañuelos de Bureba, continuó con una larga vida tras la guerra. Su padre fue fusilado en 1936, y su madre se vio obli-

gada a llevar a varios de sus seis hijos al hospicio de Burgos.

Domingo Viadas, el amigo de Antonio que acudía a su academia nocturna para adultos, se refugió en los montes cercanos a Bañuelos de Bureba al estallar la sublevación militar en 1936. Los falangistas lo fueron a buscar varias veces, pero él estaba prevenido y no se dejó capturar. La familia de Domingo lo convenció para que se entregara, les hizo caso, y poco después lo fusilaron. Su nombre, con el de Antonio Benaiges, figura en una placa del monumento conmemorativo a los asesinatos de la Pedraja, levantado en ese lugar de los Montes de Oca.

Rafael Martínez, con el que coincidí en la prisión en Burgos, el contratista de obras y presidente de la Agrupación Socialista de Briviesca, fue fusilado también en la Pedraja en el otoño de 1936.

Doy un salto en el registro hacia el destino de Antonio José Martínez, el célebre músico burgalés con el que compartí cárcel en 1936. Fue fusilado en octubre de ese mismo año y arrojado a las fosas comunes de Estepar, otro lugar cercano a Burgos, testigo de la crueldad en la que pueden caer los humanos. Antonio José simplemente simpatizaba con la República, no tenía militancia política alguna e incluso mantenía buenas relaciones con destacados responsables de los sublevados, que no le valieron para salvar su vida. Fue director del Orfeón Burgalés desde 1929, obtuvo el premio nacional de música y es autor de más de 150 composiciones. Como tantos otros genios de las artes, de no truncarse su trayectoria, su obra hubiera llegado muy lejos. Su hermano Julio, también fue fusilado unos días más tarde, era maestro y periodista, miembro de la UGT de Burgos en la Asociación de Trabajadores de la Enseñanza.

Entro en la historia de Jesús Arnal, el cura secretario de Durruti, con el que entable una cordial relación. Continuó haciendo un buen trabajo de gestión en la defensa de la República, aun sin el respaldo de su protector, con el respeto de sus compañeros de filas, procurando siempre hacer el bien. Tras cruzar a Francia por Catalunya en los finales de la guerra, fue conducido a Hendaya, pasó unos días en un campo de prisioneros en Irún y luego trasladado a Pamplona, donde en unas semanas, tras la mediación de la familia Jandín, con la que estaba emparentado, salió del campo de La Merced y quedó sin cargos. Fue reintegrado como sacerdote hasta su muerte en su último destino como párroco en un pueblo de

Huesca, en Ballobar, donde murió en 1971. Escribió un libro: "Yo fui secretario de Durruti", donde narró sus peripecias con Durruti y otros anarquistas.

Dirijo la atención hacia Poleñino, para visionar lo que ocurrió tras la caída del frente en Los Monegros, de la que no pude saber nada en mi precipitada retirada.

Francisco Zamora, Paco, el joven e inquieto anarquista del pueblo que pretendía cambiar las cosas, fue fusilado en octubre de 1939, ya acabada la guerra: su delito pertenecer a la CNT, una garantía casi segura de paredón, aunque hubieran acabado las hostilidades, como le ocurrió a miles de personas. Estuvo un tiempo en la prisión de Zaragoza, con nombre falso, hasta que otro preso le reconoció y le delató para mejorar su situación. Escribió unas emotivas cartas a su familia antes de ser ejecutado, que se conservan en el Archivo Provincial de Huesca.

El Doctor Gonzalo Aguiló Mercader, cuyo equipo había abandonado Poleñino antes del derrumbe del frente, continuó toda la guerra operando heridos y salvando muchas vidas. La enfermera escocesa Susanne Sutor se quedó embarazada de él en su estancia en Poleñino, y por ello regresó a Escocia a mediados de 1938. Aguiló continuó de médico de guerra, prestando sus servicios a todo el que lo necesitaba. Al final del conflicto pasó por un tribunal que le acabó dejando libre, pero tuvo que empezar de cero como médico, a pesar de haberse convertido en uno de los mejores cirujanos del país. Volvió a Mallorca, su tierra de origen, donde desarrollo una brillante carrera médica, convirtiéndose en un eminente cirujano, muy destacado en operaciones de cáncer de color, llegando a ocupar el puesto de director del Hospital de la Cruz Roja de Palma de Mallorca. En ese hospital realizó muchas operaciones gratuitas a personas sin recursos, acorde con la línea humanitaria que caracterizó su vida. Se reencontró con Susanne Sutor, en 1954, tras muchas vicisitudes, y continuaron su vida juntos. Aguiló falleció en 1980.

Una de las enfermeras del equipo de Aguiló, la australiana Agnes Hodson, regreso a su país al final de la contienda. En el libro, *"A una milla de Huesca"*, se publicó el diario que escribió de su estancia en España durante la guerra civil, que recoge mucho de lo sucedido en Poleñino en ese periodo.

La Bolsa de Bielsa cayó a los pocos días de mi muerte, de mi paso al plano del alma en el puntón de las brujas de Tella. Resistió durante 62 días de asedio. La práctica totalidad de los combatientes pasaron a Francia, aunque tuvieron que dejar algunos heridos muy graves que no hubieran aguantado el traslado. Al pasar la frontera, los franceses les dieron a elegir el bando por el que volver a España: 411 hombres, de los cuales solo 38 eran combatientes, acompañados por 5 enfermeras del Sanatorio eligieron el bando franquista; 6889 eligieron pasar por Cataluña a seguir defendiendo la República, aun con la guerra claramente en contra. Cuando se dirigieron en trenes hacia Cataluña, el pueblo francés salió a las estaciones por las que pasaban para elogiarles por su heroica resistencia. Muchos de ellos morirían en la batalla del Ebro.

Antonio Beltrán, el Esquinazau, siguió dirigiendo la lucha hasta el final de la guerra, para luego pasar por un largo exilio, falleció en Méjico en 1960. Poblaciones como Bielsa, Parzan, San Juan de Plan o Gistain, entre otras, fueron totalmente destruidas, sobre todo por la aviación alemana y sus bombas incendiarias. Muchos Guernicas dejaron los nazis en España ante la pasividad de los supuestos gobiernos democráticos de la comunidad internacional.

Al final de la segunda guerra mundial, los aliados abandonaron a España y al pueblo español, que fueron los primeros que se enfrentaron al fascismo, solo apoyados por Rusia. Prefirieron dejar en el poder a un dictador de corte fascista, apoyado por el catolicismo radical. Temían que con una República reapareciera el peligro del comunismo y anarquismo. Acabada la guerra, el régimen franquista siguió fusilando gente y dejándola morir en la cárcel de enfermedades. El perdón, tan proclamado por la religión cristiana, no encontró espacio donde ubicarse.

****

Salgo del Registro Akáshico, y vuelvo al plano del alma, esta vez sin cortes bruscos; la posición de observación en el registro crea una continuidad de conciencia que tienes presente en todo momento.

Esta vez la presencia luminosa de mi maestro acompaña a su voz inaudible

—Con estos ejemplos debería ser suficiente; las vidas y las nuevas oportunidades evolutivas continúan para todos, ya sabes que la muerte solo es un cambio de plano de conciencia, no hay un final que lamentar o ensalzar, solo importa el servicio prestado y la evolución realizada. La vida se desenvuelve en continuo movimiento como los planetas y las estrellas surcando el universo.

—Voy asimilando que la guerra no es una forma correcta de resolver las diferencias. Visionando el registro y desde mi conciencia actual puedo entender las oscuridades de los dos bandos en esa terrible guerra civil; sin embargo, valoro el sentido que tuvo defender la Republica ante la maldad manifiesta.

—El mal, o si prefieres llamarlo, la densidad de la negatividad y el materialismo, encuentra su lugar para germinar cuando estalla la separación y la división entre seres humanos, y no tanto entre ideologías de derechas o de izquierdas. El fascismo fue separatista en grado extremo y por eso la Jerarquía de maestros se posiciono a favor de los aliados, respetando al máximo el libre albedrío humano. La sublevación militar de 1936 en España, y el régimen franquista posterior no encarnaba el mismo peligro para la humanidad, ni la misma maldad interna que los nazis y los camisas negras de Mussolini. La República española quedó a la deriva tras el golpe militar, prácticamente sin ejército que velara por ella, solo sustentada por una revolución, más idealista que práctica, que fue precipitada y descontrolada desde su inicio, con fuertes divisiones entre diferentes grupos combatientes, lo que la abocó desde muy pronto al fracaso. Muchas personas honestas lucharon para defender la libertad y sacar de la miseria al pueblo español, pero los avances reales los hace la evolución, nunca el odio y las ganas de revancha. A las revoluciones les sobra siempre la "r".

—¿Fue entonces una equivocación recurrir a la fuerza para defender la República, a pesar de sus imperfecciones?.

—No, la defensa ante un ataque es legítima. Otra cosa es tratar de imponer las ideas por la fuerza; en ese escollo se estrellan

muchas buenas causas. La guerra civil española se originó con una sublevación, una agresión, que debió ser atajada. El desarrollo posterior fue mucho más complejo; cuando en un pueblo estalla el odio, todas las soluciones se envenenan. Lamentablemente faltaron las acciones correctas: desagraviar, reconocer errores, perdonar, aislar a los radicales y desvirtuar su acceso al poder, reeducar. El pueblo español ha tenido que soportar un pesado Karma por sus ímpetus y sus errores, y ha aprendido, como país, lecciones muy valiosas a las que solo falta un último punto final: el respeto real y definitivo hacia todo ser humano, y eso se consigue a través del amor.

En tu progresión sobre la integración de lo que supuso para tu conciencia la guerra civil, puedo afirmar que has hecho un gran avance. Te está ayudando tu trabajo sobre la Tercera España y las reflexiones en el Camino de Santiago. Has salido del espejismo de los bandos, que limitaba tu capacidad de comprensión, estás dejando a un lado prejuicios y divisiones. Se puede ver en tu aura, que deja pasar con fluidez la energía del amor.

—Las divisiones actuales de la humanidad son muy notables y peligrosas. Hay mucho temor e inquietud en el plano físico sobre el futuro que nos espera, y muchos también tenemos dudas sobre si estamos tomando el camino equivocado

—El conflicto sigue siendo librado por los seres humanos evolucionados, en el plano mental, y por las masas en el plano de las reacciones emocionales. La auténtica lucha está entre los que trabajan desde el aspecto forma y los que trabajan desde el aspecto alma, entre las fuerzas de la luz y las de la materialidad, que emplean las divisiones nacionalistas, la situación económica y los odios religiosos como sus instrumentos principales. El caos resultante, que aún continua, y amenaza con recrudecerse, es pasajero. A pesar de las apariencias externas, la humanidad camina con paso firme hacia su liberación del materialismo y el egoísmo. La era de Acuario, recién comenzada, que estará activa los próximos dos mil años, trae poderosa energías de síntesis a la tierra; la conciencia grupal estará en la base de todas las decisiones de importancia, lo que creará un tiempo de paz y justicia jamás visto

hasta ahora. Las divisiones externas cesaran y la unión interna será demostrada.

Para completar lo visto en el Registro Akáshico, puedes ahora acceder a una visión del futuro, que también está grabado, aunque solo como proyección del presente, estando en manos de la humanidad el momento en que se haga realidad, que inevitablemente llegará. Contempla el futuro que espera sin prisas.

Desde una posición de observación visiono una serie de espacios sorprendentes: ciudades embellecidas, con arquitecturas integradas en una naturaleza rebosante, limpia, llena de árboles, verdes arbustos, plantas florales, fuentes, pequeños lagos, sin ruidos ni aglomeraciones, arropada por cantos de aves y delicados y rítmicos sonidos naturales. Hay armonía en la relación con los animales y las plantas. No hay el menor atisbo de contaminación, los humanos ya no son los invasores del medio ambiente. Los vehículos se desplazan sin necesidad ruedas, a una distancia del suelo, parecen volar, silenciosos. No hay obstáculos para viajar y para el intercambio entre los pueblos.

Las guerras has desaparecido por completo, han pasado a la historia, no se ven policías, la justicia social ha erradicado la violencia y no hay delitos reseñables. No existe la miseria; la competición ha sido totalmente sustituida por la cooperación, la codicia ha sido extirpada. Se ha creado una civilización renovada en la que se ha establecido la paz, cimentada en una era basada en "compartir". Las naciones han descubierto su verdadero espíritu, se apoyan y se ayudan entre sí, sin considerarse especiales ni exigir privilegios. El racismo ha desaparecido, el color de la piel o la apariencia física es indiferente, y el respeto de los sexos es real, incuestionable

Se utiliza una forma avanzada de la electricidad y se aplica en múltiples campos, en las necesidades energéticas, y también en medicina de curación y regeneración de órganos. Hay un fondo de conocimiento asequible para todos, como lo es el estudio, la investigación, y el acceso a la verdadera historia y a las informaciones sin manipular.

Las religiones se han liberado de dogmas y rivalidades, y una nueva espiritualidad caracteriza las mentes y corazones, con la eliminación de la culpabilidad y el temor, la purificación de las per-

sonalidades y la educación de la humanidad en las leyes de la vida y el amor. La meditación y la reflexión han sustituido a la devoción emocional. Muchas personas desarrollan capacidades, cono la clariaudiencia, telepatía, y clarividencia, que aplican en bien de todos. Una avanzada psicología basada en la realidad del alma ha promovido avances espectaculares en el conocimiento de la constitución del ser humano y en sanar enfermedades emocionales y mentales. Se han creado lugares para el "buen morir", se conoce el paso al otro lado y se acepta como algo natural, se ha pasado del miedo a la muerte a la celebración por quien vuelve a su hogar espiritual.

El amor se respira por todas partes; ha pasado de ser menos físico y emocional a más mental y espiritual. La Conciencia de grupo impregna la sociedad y se manifiesta en todas sus creaciones.

La visión de la Era de Acuario es la de un mundo renacido, lleno de vida, de inquietud evolutiva, de pasión espiritual, y de mucho amor.

Estoy presenciando la tierra prometida, el paraíso en la tierra, y está ocurriendo, no es un sueño. Lo observo, casi añorando vivir ya en ese tiempo, en este planeta.

—Que se materialice todo esto, antes o después, depende de la actitud de la humanidad; la clave radica en que la inofensividad y el principio de compartir se desarrollen progresivamente, sin retrocesos. En todo caso ocurrirá, de lo que queda constancia en el registro, en la lectura del futuro, no hay error, solo en el tiempo en que tendrá lugar en coordenadas físicas, con mayor o menor retraso. No es una profecía, es una certeza; el camino espiritual de la humanidad se abrirá paso ante cualquier adversidad. Al final siempre sale el sol.

Tu conciencia cerebral te reclama, no la hagas esperar.

XIV. Camino de Santiago. Finisterre.

Hoy es un día muy especial, estoy en la última etapa del camino en la que llegaré a Finisterre y terminará está preciosa aventura que me ha enamorado y ha conquistado mi corazón para siempre; a estos amores nunca se renuncia. Ahora me parece que soy una privilegiada por poder disponer de un mes entero caminando por la ruta de las estrellas; no todo el mundo tiene el tiempo y los recursos para dedicar a sus inquietudes, a sus proyectos, sean banales o elevados. Me gusta comprobar que esta oportunidad de libertad la estoy aprovechando, lo creo sinceramente. Supongo que cuando vuelva a casa y pasen unos días sabré como me ha impactado el camino y los verdaderos cambios que afectarán a mi vida.

Desde Compostela han sido tres jornadas, cerca de ochenta kilómetros, por senderos de la bella Galicia, que han pasado como un suspiro. Lo primero que sorprende al salir de Santiago hacia Fisterra son las vistas de las torres de la catedral y del caso antiguo, mucho más bonitas que las que se divisan al llegar, desde el monte Do Gozo, que es el que se lleva los honores. Luego te adentras de nuevo en tierras y montes gallegos y la magia del paisaje te envuelve y te seduce, y pierdes la noción del tiempo: entre suaves colinas tapizadas por prados y floridas plantas primaverales; por montes de pinos y eucaliptos, alternados con pequeños valles, salpicados de viviendas; a través de robles, castaños, helechos y mantos de musgo en los puntos más sombríos de los bosques. A veces andaderos junto a carreteras que saben también a naturaleza virgen, y con los peregrinos justos, pocos y ninguno por turismo; el silencio ensalza la luz y los colores, y lo llena todo de paz.

Galicia con sol y con lluvia, ya me gusta de todas las maneras, se pongan los caprichos del tiempo como se pongan. Los gallegos parecen no molestarse con la lluvia, ahora los entiendo, aunque me cuesta entenderlos cuando hablan, con ese particular acento que parece acariciar a las palabras y marearlas. A decir verdad, no suelo entender a nadie cuando habla deprisa, puede que mi cerebro se niegue a seguir a quien parlotea sin pensar en la parte que escucha.

Ni siquiera me doy mucha cuenta de que sigo con la tendinitis, no se va a curar hasta que haga reposo, al menos es soportable, y ya me da igual, para lo que queda iría arrastras. La rodilla esta estupenda, ya no necesita ni protección. He ido comprobando que en el camino hay peregrinos que centran su atención en el esfuerzo y el dolor, y otros en la belleza y lo que llega a cada paso. Tal vez los dos caminos conducen al encuentro interior, con lo espiritual, lo divino, o como quiera llamarse. Yo elijo la belleza sin pensarlo, al cuerpo hay que darle la atención justa, le acostumbramos mal, no es el centro del universo.

Estoy llegando a la villa de Corcubión, ya se huele el mar, el insondable Atlántico, lo estoy deseando tocar. Todo el camino ha sido por tierra adentro, es una novedad ver el horizonte que se pierde en una gigantesca superficie azulada, descoloca un poco. Hay una playita a la entrada del pueblo, y con este día soleado, me tienta para darme un baño rápido. Al descalzarme y poner los pies en el final de una ola tranquila, supe instantáneamente que ese era todo el baño que me iba a dar: el agua estaba helada, el Atlántico no es el Mediterráneo al que estoy acostumbrada.

La parte antigua de Corcubión tiene aún las huellas de un pasado medieval de pueblo costero, con recias casas de piedra, a lo largo de su calle principal, con el mar al lado, pequeñas playas, un puerto mediano y otro más reducido para barquitas. Me encanta el olor a mar, el ronroneo de las olas, los revoloteos de pájaros marinos. Me pasaría horas en plan contemplativo, pero aún queda trecho y quiero llegar a Finisterre a buena hora. Solo me paro para almorzar en una taberna a la que van los pescadores y gentes del pueblo, es un buen indicativo de que es el sitio apropiado, y una buena ración de chipirones en su tinta me lo confirma.

Continuo por bosques de altos árboles y mucha vegetación, y al poco, a partir de la aldea de Estorde, la vista del mar, de playas y acantilados te acompaña por el lado izquierdo; es un bonito contraste entre mar y monte; camino sola, pero me siento muy acompañada.

A llegar al pueblo de Fisterra el cuerpo ya sabe que está en el broche final y se nota alterado, como mis alumnos el último día de clase. En tres kilómetros más terminará el camino para

mí; mis piernas ya deben saber que les llega un respiro, están diseñadas para andar, pero no pondrán reparos a su merecido descanso.

La Iglesia de Nuestra Señora de las Arenas, o Nosa Señora das Areas, como la llaman aquí, va a ser la última joya del camino que voy a tener la oportunidad de apreciar, románico al borde del fin del mundo. A lo largo del camino he tenido una relación particular con los templos que no olvidaré. Siempre he valorado la arquitectura y la historia que está escrita en las piedras, ahora descubro la luz que irradian y el lado espiritual de estos espacios sagrados, no solo porque los sacralicemos los humanos, sino porque lo deciden las corrientes de energías universales.

La entrada a la iglesia está protegida por un porche de arcos de piedra y semitecho de madera y teja. Un retorcijón inoportuno, de esos que te dan a veces en el camino y no hay un sitio adecuado para evacuar me pone en alerta máxima. Hay un cura de rasgos orientales, parece de la India, al que le pido si hay un inodoro que pueda usar; me lo deja, advirtiéndome que solo es para emergencias. La verdad nunca he pensado que las iglesias tuvieran servicios, los tienen bien escondidos. Se nos olvida a menudo que somos seres orgánicos; si todo es divino, también lo serán nuestras necesidades físicas, y sigue pareciendo grosero hasta hablar de ellas.

El templo románico es del siglo XII, construido en granito autóctono en el Promontorium Nerium, sobre un antiguo castro, al que se han ido haciendo añadidos posteriores. Cuenta con una nave central, orientada hacia el oeste, con poderosos contrafuertes y escasos vanos, de planta rectangular, en una sola nave, con grandes y elevados arcos apuntados que sostienen la techumbre de madera, apoyándose en semicolumnas adosadas a los muros laterales con capiteles decorados con motivos vegetales. Dispone de un ábside románico de piedra sin retablo y varias capillas. Tiene unas escaleras que suben a un campanario, de tejado piramidal y planta cuadrada, de gran sobriedad ornamental, de estilo renacentista. La puerta principal cuenta con un pórtico sin parteluz de dos arquivoltas, cuyos detalles ornamentales se hallan en su mayor parte destruidos por el mal de la piedra. El altar mayor fue añadido a la nave central en su extremo oriental,

de estilo gótico, con bóveda de crucería y de menor altura que el techo de la nave principal. El interior de la iglesia tiene inscripciones de origen medieval, escudos y varias tumbas.

En una de las capillas me sorprende encontrar un Cristo muy atípico: una talla del siglo XV, articulada, con piel animal y pelo humano. La leyenda cuenta que apareció de las profundidades del océano, en un arcón arrastrado por el mar en un día de temporal. Me recuerda al Cristo de la catedral de Burgos, en la misma línea, un tanto macabra, que a mí no me ayudaría a aumentar mi devoción.

Aprovecho a meditar consciente de que es el último templo del camino, creo que no podré volver a entrar en una iglesia sin pararme a meditar un rato y captar las energías que emanan de sus piedras; puede que estas sutiles prácticas creen adicción, aunque no todos los hábitos tienen por qué ser malos. Nada más sentarme y cerrar los ojos conecto enseguida con la paz y el zumbido del silencio, que resuena en mi interior y recorre todo mi ser llenándolo de luz, sin perder la presencia en este instante, consciente del lugar en el que estoy. La propia energía que percibo me ayuda a fijar el punto de concentración en el entrecejo, en el centro ajna. Solo permanezco unos minutos, podría estar mucho más, pero aún queda un trecho especial de camino por andar.

Vista la iglesia desde el exterior ofrece una imagen extraña y excéntrica, carente de simetría, y sin embargo hermosa por sus formas macizas y cuadrangulares que le confieren un cierto aspecto de fortaleza; la fuerza que emana de su interior es incuestionable. También en ese entorno se yergue impasible y altivo al paso de peregrinos, el Crucero de Santa María das Areas, el último "cruceiro" del camino, de una larga familia de singulares símbolos pétreos que parecen proclamar que el cielo está delante de nuestros ojos. Me detengo a contemplarlo despacio, con el reconocimiento a su labor indicativa de espiritualidad y como señal de despedida a todos los cruceros que se encuentran a lo largo del camino, que en Galicia son multitud. Es un crucero de granito de tipo de crucifijo, con una plataforma cuadrangular de tres grados y un pedestal octogonal, del que se eleva, continuando con la forma octogonal, una columna y un capitel adornado

de hojas de acacia y flores; todo ello coronado por una bella cruz gótica: un sencillo y precioso conjunto escultórico, que no pasa desapercibido, con una fuerte presencia, que atrae la atención y da la sensación de que transmite algún mensaje inaudible.

Dejo también atrás Fisterra, el último pueblo por el que voy a pasar en este viaje mágico. Cuando hay un último de algo, acaba siendo un primero de otra cosa. Ha sido una gozada ir llegando a tantos pequeños pueblos y aldeas, descubriendo detalles de las casas, rincones de las calles, cruzándote con los vecinos, que van a sus cosas sin preocuparse de los que pasan con mochilas; puede que incluso no hayan sido nunca peregrinos, ni lo serán, pero demuestran respeto, y siempre hay alguien diciéndote: "buen camino".

Solo quedan tres kilómetros de paseo a media ladera, con el mar abajo y arbolado por todas partes, en silencio, escuchando la naturaleza, sin casi nadie a la vista, disfrutando de estos instantes que serán irrepetibles, en el fondo como casi todos los instantes. Voy lenta, haciendo algunas fotos, que envío por WhatsApp a mi querida hija Lorena; tengo el impulso de compartir la plenitud y la alegría que siento, y compartirla con algún ser querido. En todo el camino apenas me he comunicado con nadie, con todos los grupos y las redes en silencio, solo algunas fotos que he compartido con Lorena; el móvil ha estado prácticamente sin uso, y no se ha quejado. He comprobado que ese artefacto no es tan necesario, ni tan imprescindible, no merece el puesto de privilegio que ocupa. Te invade sin contemplaciones y te envuelve y caes en sus rutinas sin darte cuenta; tiene un peligro oculto que, si te descuidas, te atonta y descafeína la vida. A partir de ahora bajaré mucho el ritmo de móvil y seguirán silenciados todos los grupos; no son tan importantes, con echar un vistazo de vez en cuando sigues estando en el mundo.

Y por fin Finisterre delante de mí, con su imponente faro y un mar por siglos enigmático. El Finis Terrae romano, el final de la tierra, donde terminaba el mundo conocido de los antiguos, y el comienzo de un mar tenebroso, el principio de la inmensidad, donde el sol moría y renacía todos los días, como en cualquier otra parte del mundo, solo que aquí cargado de leyendas y misterio.

Hace un precioso día soleado, casi sin viento, un regalo de despedida de la "Costa da Morte". El Faro se eleva en un escarpado y rocoso acantilado, se construyó en el siglo XIX, con base octogonal, de 17 metros de altura, con cornisa balconada y bóveda poligonal; y junto al faro el mojón del kilómetro cero, la cuenta en piedra que ha ido bajando día a día y perdiendo números. Cuando los peregrinos llegaban a este punto final se hacían con las conchas de vieira encontradas en las playas y se dice que delante del océano, y posiblemente debajo de este faro, quemaban alguna prenda, un rito heredado de los celtas; otros dicen que quemaban sus viejos ropajes en una ceremonia que significaba la purificación, dejando todo lo malo y renaciendo de forma simbólica a una nueva vida. Lo dudo, no creo que nadie les preparara otros ropajes. Hoy día más vale dejarse de dudosas tradiciones, que solo serían riesgos de incendios y basura por recoger.

Me siento en unas rocas debajo del faro, con unas increíbles vistas al mar, que luce espléndido en este día luminoso. El horizonte se pierde y se difumina al mezclarse con los azules del mar y del cielo. Aquí se habrán sentado muchos cansados peregrinos contemplando el inmenso paisaje marino, o puede que les tocara un día nublado o lluvioso. Lo que no les faltaría sería tiempo para tomar conciencia del camino realizado y establecer nuevos propósitos de vida.

No me surge hacer balance o repaso de estos días tan especiales; las reflexiones más profundas son parte de muchos episodios de la vida, no solo de momentos especiales, y emergen cuando menos te lo esperas, no se adaptan bien a programaciones. No creo que el camino sea solo el final de algo o el comienzo de otra cosa, es una continuidad de la vida, mucho más equilibrada y realista, enriquecida por una bella experiencia que tiende a despertar el lado espiritual, latente en todo ser humano. Machado decía: "caminante no hay camino, se hace camino al andar"; ahora siento que el camino está en el interior de cada corazón sincero y se descubre cuando se camina con amor. Eso no quita para ser consciente, que me llevo una esperanza renovada y un espíritu de libertad revitalizado, y mucha belleza impregnada en mi cuerpo y en mi mente.

Un gorrión se me acerca dando pequeños brincos, medio volando, se detiene ante mí, muy cerca, me mira con curiosidad y continua hasta unas flores a seis o siete metros, picoteando algunas semillas. Un gato se le va acercando con sigilo, ocultándose entre hierbas y matojos; cada vez está más cerca, le acecha preparándose para dar un salto y completar la caza. Creo que no debo intervenir, es la naturaleza expresándose, aunque no entienda sus aparentes crueldades. Le lanzo un pensamiento con fuerza al inocente ser alado: *"Vuela, gorrión, vuela"*, justo cuando el gato estaba saltando sobre él. El gorrión levantó el vuelo a tiempo, aleteando majestuoso sobre el mar, para fundirse con el brillo del sol y con la vista del horizonte.

La vida no se detiene, sopla un poco de viento, me dejo llevar, dispuesta a elevar el vuelo donde quiera el destino.